

Enamorada de ti

Beta Julieta

Enamorada
de ti

Beta Julietta

A mis lectores, por confiar en mi. Por haber dado una oportunidad a mi sueño.

Sinopsis

Evelyne Taylor lo ha perdido todo. Su puesto de trabajo en la empresa de publicidad Advertising pende de un hilo, la relación con su padre y con sus amigos no pasa por su mejor momento, y por si fuera poco, el hombre que parecía poder curar su maltrecho corazón, se lo ha destrozado.

El encuentro con Mark es inminente, y no dejará indiferente a ninguno de los dos. Y cuando Evelyne descubra la verdadera razón por la que Mark decidió terminar su relación con ella, ya nada volverá a ser como antes.

¿Podrá Mark enfrentarse a sus propios demonios y ganarse de nuevo su corazón? ¿Será Evelyne capaz de entender esos extraños sentimientos que solo Mark parece despertar en ella? ¿O se dejará llevar por su orgullo y le dará una oportunidad al inquietante Neil, que está dispuesto a darle aquello que buscaba antes de que Mark apareciera en su vida?

Descubre el final de la historia narrada en Hasta que te Enamores de mí y déjate enamorar por el ardiente romance entre Mark y Evelyne...

PRÓLOGO

Habían pasado más de tres días desde la última vez que habló con Evelyne por teléfono, y acordaron que, aprovechando las dos semanas que Henry la había obligado a cogerse, mirarían vacaciones juntos. Tres días en los que el puto destino había decidido poner su vida patas arriba. Pero Mark ya no podía posponer su encuentro con Evelyne mucho más. Tenía que hablar con ella y decirle la verdad.

Oyó unos tacones subir por las escaleras y supo al instante que era ella. ¿Cómo no iba a reconocer aquel taconeo tan característico de Evelyne? Quiso erguirse pero no pudo. Su cuerpo temblaba y no fue capaz de separarse de la puerta, así que se mantuvo apoyado allí mientras Evelyne subía a su encuentro.

—¡Qué susto me has dado! —gritó ella cuando lo vio, dando un pequeño saltito que hizo que todos los tuppens que traía se tambalearan en sus brazos.

—Trae —dijo él acercándose a ella y cogiéndoselos todos.

—Gracias —respondió Evelyne mientras le sonreía con aquella boca tan perfecta.

Mark se tensó, intentando evitar cualquier posible contacto con ella. En otra ocasión se hubiera abalanzado sobre ella y la hubiera besado con ganas. Pero no. Aquello se había acabado. Había tomado una decisión y no podía posponerla más.

Evelyne lo miró nerviosa y pasó junto a él con las llaves en la mano. Estaba inquieta, lo notaba. ¿Cómo no iba a estarlo si él estaba más frío que un témpano de hielo?

Evelyne abrió la puerta del apartamento y Mark pasó rápidamente al interior, en dirección a la cocina. Ella cerró y, cuando llegó junto a Mark, comenzó a colocar los tuppens dentro del congelador.

—Cortesía de Fiona —justificó ella, con un pequeño temblor en la voz.

—Es una gran cocinera —dijo él sin saber qué decir, apartando la vista—. ¿Qué tal está tu padre?

—Bien, aunque te echa más de menos a ti que a mí.

Joder. Eso no se lo esperaba. Todo su cuerpo se tensó e instintivamente dio un paso hacia atrás. Ninguno de los dos volvió a hablar mientras Evelyne

terminaba de colocar los alimentos en el frigorífico. Cuando terminó, sus preciosos ojos verdes se fijaron en él y Mark apartó la mirada, dolido.

Evelyne se quedó mirándolo un buen rato, contemplándolo de arriba abajo. Seguramente estaría sorprendida de verlo así, pensó Mark. Estaba más desaliñado, hacía días que no se afeitaba (nada propio de él, por cierto) y una barba incipiente se le marcaba en la mandíbula. Se notaba más delgado porque los vaqueros y la camisa negra que llevaba le quedaban un poco sueltos. Pero era normal, apenas había comido en los últimos tres días.

—Mark, ¿va todo bien?

No. Claro que no. Nada iba bien. Joder. La miró a los ojos, sin ganas.

—La verdad es que no, tenemos que hablar.

Mark pudo ver como la angustia se apoderó de Evelyne. Intentaba tranquilizarse, lo sabía. A pesar del poco tiempo que se conocían, Mark sabía a la perfección cuando Evelyne estaba intentando tirar de todo su autocontrol.

—Vale... —dijo ella—. ¿Quieres una copa de vino?

—No, gracias.

Y no pudo aguantar más su mirada, pidiéndole más explicaciones. Mark giró sobre sí mismo y se dirigió al salón, sin esperar a que ella lo siguiera. Evelyne no era tonta. Sabía que había pasado algo.

La última vez que habló con ella le explicó que había quedado con Susan para cenar y firmar los papeles del divorcio. Y después de aquello ya no había vuelto a saber nada de él. Se sentó en el *chaise longue* sin quitarse la gabardina y apoyó los antebrazos en sus rodillas, mirando al suelo. No era capaz de mirarla a los ojos. No podía. Evelyne se sentó en el otro extremo y Mark agradeció que le diera distancia y no se sentara cerca de él.

—¿Qué pasa, Mark?

Directa. Sin rodeos. Así era Evelyne. Podía haber preguntado cualquier otra cosa en plan ¿por qué no me has llamado? ¿Qué pasó la última vez que quedaste con Susan? Pero no. Ella no era así. No era como las demás mujeres que había conocido. Y eso lo entristeció demasiado. Soltó el aire que estaba acumulando y hundió la cabeza lo más que pudo, dispuesto a soltar el discurso que se había preparado tan minuciosamente.

—No voy a divorciarme de Susan.

Mark pudo escuchar cómo a Evelyne se le paraba la respiración y no fue capaz de levantar la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Por qué?

Joder. La pregunta hizo que un escalofrío le recorriera de arriba abajo, helándole hasta los huesos. Díselo, le pedía su conciencia. Dile la verdad. Díselo. Mark juntó las manos y las apretó.

—Porque es la mujer de mi vida. Lo que hemos tenido tú y yo solo ha sido una aventura.

Cobarde. Eres un auténtico cobarde, repetía su voz interior una y otra vez. ¿Por qué le mentía? ¿Por qué le decía cosas que no eran verdad?

—No es verdad... —soltó Evelyne con la voz temblorosa.

Joder. No. Parecía estar a punto de echarse a llorar. Y Mark no podía soportar verla llorar. Tenía que acabar la conversación cuanto antes.

—Lo siento, Evelyne.

A pesar de no mirarlo directamente, Mark notó como ella apretaba los puños de las manos, intentando calmarse y asimilar las palabras.

—No te creo, Mark... —repitió ella con la voz queda—. ¿Qué te ha dicho Susan para que no quieras estar conmigo? ¿Con qué te ha chantajeado?

Mierda. Evelyne no era tonta. Joder. ¿Por qué hostias no era capaz de ser sincero con ella? ¿Por qué no le decía la verdad? La había cagado, ¿y qué? ¿Acaso no podían arreglarlo juntos? No. Esto era algo que tenía que arreglar él solo. A pesar de que lo que tenía con Evelyne era muy difícil de encontrar, su relación había puesto en peligro el puesto de Evelyne en Advertising. Susan había pedido su cabeza y no pararía hasta conseguir que la echasen. Y Evelyne no se merecía eso. Por supuesto que no. Si Mark no quería interferir en su carrera profesional tenía que alejarse de ella, costase lo que costase. Y además estaba el otro asunto que lo traía de cabeza y que le había trastocado los planes de futuro con ella. Joder. ¿Por qué ahora? Había tomado una decisión. La había meditado durante muchas horas en silencio y en soledad consigo mismo. Y había decidido que era lo mejor para todos.

Mantén la mirada fija en el suelo, aguantando el nudo que se le había formado en su garganta.

—No me ha chantajeado con nada...—mintió—. Simplemente, hemos hablado y nos hemos dado cuenta de que nuestra relación es salvable.

—No te creo... —dijo Evelyne con las lágrimas a punto de salir de sus ojos—. No te creo... mírame y dime que no es verdad.

Joder. ¿Es que no podía dejarlo estar y punto? Se pasó las manos por el pelo, alterado, y hundió más la cabeza.

—Joder, Evelyne, no hagas esto más difícil...

—Dímelo... mírame y dímelo a la cara —lo retó ella.

¿Sería capaz de enfrentarse a sus ojos y mentirle a la cara? Vamos Mark, tienes que hacerlo. Has tomado una decisión y tienes que asumir las consecuencias. Levantó la vista y se enfrentó a aquellos ojos verdes que le hacían perder la cordura.

—Lo nuestro no puede ser, se acabó —espetó él sin ser capaz de mentir en sus sentimientos—. Ha sido una aventura, un error. Estoy casado con Susan y me ha perdonado.

—¿Y la has perdonado tú a ella? —soltó Evelyne con el ceño fruncido, sin apartar los ojos de él—. ¿Le has perdonado que se follara a tu mejor amigo?

—Sí.

Y lo dijo tan rápido que sonó convencido. Si Mark se hubiera parado a pensar la respuesta jamás hubiera contestado que sí. Por supuesto que no había perdonado a Susan su infidelidad. No se había acostado con su mejor amigo una vez, ni dos... Susan y el innombrable llevaban acostándose años. Joder. Pero ya no le importaba, maldita sea. Solo le importaba Evelyne y el putito destino les obligaba a separarse. Le aguantó la mirada unos segundos más, viendo cómo se había quedado pálida. Estaba dolida. ¿Cómo no iba a estarlo? Si estaba más tiempo en la misma habitación que Evelyne acabaría abalanzándose sobre ella para buscar sus labios y lo estropearía todo.

—Lo siento —volvió a repetir Mark, levantándose—. Solo quería decírtelo a la cara.

Pasó al lado de ella sin mirarla y se dirigió a la puerta.

—¿Y ya está? —dijo Evelyne elevando la voz—. ¿Has quedado con ella dos noches para cenar y eso ha bastado para reconciliaros?

Mark se detuvo en seco y cerró los ojos. Por supuesto que no. Evelyne no entendía nada. ¿Cómo iba a entenderlo si él mismo no era capaz de decirle la verdad? Era mejor así. Era más fácil para todos si no descubría la verdad. Por lo menos, de momento.

—Sí —contestó girándose—. Los matrimonios tienen crisis, pero se solucionan.

—Lo tenías muy claro —dijo ella—. ¡Siempre me repetiste que lo tenías muy claro, que lo tuyo con Susan se había acabado, que me querías a mí!

Y la quería a ella. Joder. Pero no podían estar juntos. Había cometido un error y lo estaba pagando. Evelyne tenía que ser feliz. Sin él. Joder... Tenía que acabar con esto. Tenía que cortar cualquier lazo con Evelyne, cualquier

unión. Y supo que la única manera de hacerlo era intentando que ella le odiara.

—Me equivoqué —soltó Mark apretando los puños.

Evelyne se quedó pálida ante la seriedad y la rotundidad con la que él le estaba hablando. Mark estaba siendo frío y cortante, pero era lo mejor. Joder, era lo mejor, se repetía una y otra vez.

—Eres un cabrón —masculló Evelyne dolida.

Y tenía razón. Se estaba comportando como un auténtico gilipollas. Mark aguantó la respiración y apartó la vista.

—Lo sé. Y te pido perdón.

—Me has utilizado... —dijo ella, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin control.

Mark abrió los ojos. No quería verla llorar. No podía soportar que Evelyne llorase. Quiso acercarse a ella, acabar con todo esto, abrazarla, besarla y contarle la verdad. Pero no podía. Joder, no debía. Tenía que alejarle de él. Era lo mejor. Sacó fuerzas de donde pudo y se mantuvo quieto en su sitio, viendo como el corazón de Evelyne se rompía por su culpa.

—Me has utilizado... —repitió ella viendo que Mark se había quedado impasible—. Me hiciste pensar que eras diferente...que habías visto algo más en mí que un simple polvo...

—Evelyne...

—Eres un cabrón... —repitió ella, sorbiendo por la nariz—. ¿No te importan nada mis sentimientos?

Y entonces lo vio claro. Era ruin, era caer muy bajo. Sí. Pero solo había una manera de que Evelyne se alejara de él.

—No estás enamorada de mí, no frivolices.

Algo se rompió en el interior de Evelyne. Mark lo vio en sus ojos cuando pronunció aquellas palabras. ¿Acaso ella estaba enamorada de él? No. No podía ser. Lo habían hablado. Ella no tenía los mismos sentimientos por él, se lo había dicho...

—¡Me dijiste te quiero! —soltó ella, subiendo la voz más.

Mark abrió los ojos y apretó los puños. Era verdad. Se lo había dicho. Después de hacer el amor con ella, se lo había dicho. Porque la quería, porque se había enamorado. Tragó saliva y mantuvo el silencio más segundos de lo normal.

—Era la única manera de llevarte a la cama.

Las lágrimas se desbordaban por los ojos de Evelyne. Estaba siendo demasiado cruel con ella, joder. Tenía que irse de allí, no soportaba hacerla tanto daño. Evelyne dio un paso hacia él, pero se detuvo a mitad de camino, manteniendo las distancias.

—Me dijiste que me querías... —repitió ella con el ceño fruncido—. ¿Y sabes lo peor de todo? Que me lo creí como una gilipollas...

Mark aguantó la mirada y tragó con dificultad.

—¿Qué pasa? —Increpó Evelyne—. ¿Se te suelta la lengua cuando vas a correrte?

Se lo merecía. Por supuesto que se merecía aquella acusación. Estaba siendo un maldito cabrón. Metió las manos en los bolsillos y bajó la vista mientras ella siguió hablando:

—No voy a decirte lo que pienso de ti porque tu madre no tiene la culpa de que seas un cabrón.

—Vale —fue lo único que supo decir.

—Vete —gritó ella—. ¡Lárgate! No quiero volver a verte en mi vida.

Mark soltó el aire por la nariz y le aguantó la mirada unos segundos más. Lo había conseguido. Había conseguido que ella le odiara y que no quisiera verlo más. ¿Entonces por qué no se sentía bien? ¿Por qué sentía que se estaba equivocando y que podía haber hecho las cosas de otra manera? Quiso decir algo pero no encontró las palabras adecuadas. Se giró y se dirigió hacia la puerta.

Es lo mejor, se repetía a sí mismo. Es lo mejor, joder.

—Lo siento, Evelyne.

—Vete a la mierda.

Y abrió tan rápido como pudo para largarse de allí.

Cerró la puerta con la única intención de olvidar el sonido de ella sollozando y derrumbándose sobre el suelo del salón. Ya está. Lo había hecho. Se acabó.

Mark bajó las escaleras con dificultad, apoyándose en las barandillas. Las rodillas le cedieron y una horrible sensación de vacío se arraigó fuertemente en el centro de su pecho, a la altura de su corazón. Se sentía fatal. ¿Qué había hecho? ¿Estaba seguro de que esto era lo que quería? Sí, se respondió seguro de sí mismo respirando con dificultad. Había estado dos días meditándolo a

conciencia y es lo que quería. ¿O no?

Cuando abrió la puerta del portal y salió a la calle, se detuvo, intentando calmarse.

Llovía a mares. Llovía como si en vez de haberle roto el corazón a ella, se lo hubiera roto al cielo. Y levantó la cabeza, haciendo que la lluvia le empapase el rostro mientras intentaba recuperar el aliento. Se palpó los bolsillos en busca del cajetín de tabaco y extrajo el último cigarrillo.

—Joder...—maldijo al darse cuenta que en apenas dos días se había fumado la cajetilla entera. No era propio de él, no fumaba, solo cuando estaba expuesto a un estrés que no era capaz de controlar.

Comenzó a andar bajo la lluvia, encendió el cigarro y guardó de nuevo el tabaco en el bolsillo interior, palpando sin querer dos trozos de papel. Se detuvo en seco y los sacó, recordando de qué se trataba.

Los billetes de avión de ida y vuelta con destino a Roma se empezaron a calar bajo la lluvia. Mark los miró y se obligó a tragar la bola de rabia y desdén hacia sí mismo que se le había atascado en la garganta.

El escozor se implantó en sus ojos de repente y antes de que su dolor saliera al exterior, rompió los billetes de avión y dejó caer los pedazos sobre el suelo mojado para continuar andando.

Tenía que olvidarse de ella. Era lo mejor, repetía una y otra vez. Era lo que él había decidido. Había decidido arreglar las cosas con Susan y... La vibración de su móvil lo sacó de sus pensamientos.

—Hola —respondió sin ganas.

—Cariño, ¿dónde estás?

—Voy para casa.

—¿Has hablado con ella?

Mark se acercó más a las paredes, protegiéndose de la lluvia gracias a los soportales de las calles.

—Sí.

—¿Y?

—Nada.

—¿Qué te ha dicho? —insistió ella.

—No quiero hablar de eso, Susan. Se acabó, ya está.

Ella suspiró aliviada al otro lado del teléfono.

—Bien. Ahora todo estará bien. Volvemos a ser una familia.

—Claro.

—Te quiero.

—Hasta ahora.

Cuando colgó las palabras de Susan martilleaban en su cabeza. Familia. Volvían a ser una familia. ¿Alguna vez lo habían sido?

1

Tres días. Habían pasado tres días desde el encontronazo con Mark y cuando se levantó de la cama, su cabeza le daba vueltas. Debía ser mediodía por la forma en que la luz incidía a través de las ventanas de la única habitación que tenía su pequeño apartamento, en pleno corazón de Manhattan.

Evelyne se acarició la sien y notó como todavía le palpitaba. Mierda. La migraña que apareció aquella misma noche cuando Mark rompió con ella, no había desaparecido del todo. Se quedó unos minutos así, sentada en el borde de la cama, y los recuerdos de aquella noche la volvieron a asolar.

Desde que Mark cortó con ella, Evelyne rememoraba una y otra vez todas y cada una de las escenas que se sucedieron. En el momento en que lo vio, apoyado contra la puerta de su apartamento, supo que algo no iba bien, y cuando Mark confesó que no se iba a divorciar de Susan, Evelyne sintió como si le hubieran abierto el pecho de par en par con un hacha. *“Es la mujer de mi vida. Lo que hemos tenido tú y yo solo ha sido una aventura”*. Aquellas palabras se la habían quedado grabadas en su memoria y no era capaz de olvidarlas por más que lo intentase.

Se levantó bruscamente al notar como los ojos le escocían de nuevo, anunciando que las lágrimas querían salir. Tenía que ser fuerte y no derrumbarse.

Movió la cabeza a ambos lados, apartando esos pensamientos. Se había prometido a sí misma que no iba a llorar por Mark nunca más. Ya había derramado demasiadas lágrimas por él aquella noche, cuando salió dando un portazo, dejándola de rodillas sobre el piso de su salón. Jamás se había sentido así, tan dolida, tan humillada. Se pasó horas llorando hasta que no hubo ninguna lágrima más que derramar.

Al recordar aquella sensación, el estómago le dio un vuelco y un sudor frío volvió a recorrerle la espalda.

Respiró, dirigiéndose al salón y cogiendo su móvil que descansaba en la mesita central. Lo había silenciado con la única intención de evitar cualquier ruido que hiciera más agudo su dolor de cabeza. Pero al final, con el móvil silenciado o no, la migraña perduró durante tres días.

Desbloqueó la pantalla de su Smartphone y comprobó las notificaciones que tenía: cuatro llamadas perdidas de Victoria y dos de su padre; más unos cuantos mensajes de WhatsApp.

Chasqueó la lengua al ver que Mark no se había puesto en contacto con ella, y sintió una presión en su pecho. Mierda. ¿Por qué iba a ponerse en contacto con ella si había sido él quien había decidido terminar la relación? Tenía que olvidarse de él.

Se encaminó hacia la cocina para prepararse un café bastante cargado mientras abría los mensajes del viernes.

Victoria: Llámame Evy, no puedo creer lo que me dices ¡¿Qué coño ha pasado?!

Evelyne puso los ojos en blanco y soltó el aire retenido. Se le había olvidado que aquel viernes, entre lágrimas, ansiedad y decepción, buscó apoyo en su mejor amiga, mandándole un escueto, pero claro mensaje, que lo decía todo:

Evelyne: Mark no se va a divorciar de Susan. Lo nuestro ha sido una aventura.

Aquella noche, después de enviarlo a duras penas, silenció el teléfono, se tomó más de dos pastillas para la cabeza, y se refugió entre las sábanas de su cama con la única intención de olvidarse de todo.

Alejó ese recuerdo de su mente y siguió leyendo los mensajes. Los respondería todos después.

Victoria: Joder Evelyne, me estás preocupando. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado con Mark? Laurent está intentando llamarlo, pero tampoco responde...dime algo.

Thomas: Hola cielo, ¿qué tal? ¿Habéis elegido Mark y tu dónde os vais a ir de vacaciones? Pasaos por aquí y así nos despedimos Fiona y yo de vosotros. Un beso.

El nudo en la garganta volvió a aparecer. Maldita sea. ¿Cómo iba a explicarle a su padre que las cosas con Mark habían terminado? Se llevaría un disgusto y lo que menos quería era que eso afectara a su enfermo corazón.

Chasqueó la lengua otra vez y puso la cafetera en marcha. Joder. Se suponía que esa semana tendría que estar de vacaciones con Mark en alguna capital europea y estaba allí, en su pequeño apartamento de la 52th, en Manhattan, con un dolor de cabeza considerable y una frustración que ni ella misma entendía.

Se recriminó por haber confiado de nuevo en un hombre que lo único que buscaba en ella era sexo y diversión. Se lo merecía, pensó. Se lo merecía por dejar que la engañaran otra vez, y por jugar a ese juego con un hombre casado.

Las lágrimas volvieron a amenazar con salir y ella las contuvo, respirando con dificultad. Tenía que terminar de leer los mensajes y contestarles a todos. Abrió las notificaciones del sábado:

Victoria: ¡Menudo cabrón! He hablado con Mark. Bueno, más bien discutido. ¡No puedo creer lo que ha hecho! ¿Cómo estás? Joder, me tienes muy preocupada. No contestas, no me llamas... ¿Estás con las migrañas? ¡Por favor, dime algo!

¿Victoria había hablado con Mark? Sintió como el corazón se la paraba por unos minutos. ¿Qué le habría contado? Se enfureció al pensar que su amiga había hablado con Mark y ella no.

Un momento. ¿Acaso necesitaba hablar con él? Había quedado clara la razón de su ruptura, ¿no? Mark simplemente buscaba una aventura para salir de la rutina de su matrimonio con Susan, y la había encontrado en ella. Además, Victoria tenía derecho a hablar con él, por supuesto. Era la novia de Laurent, el hermano mayor de Mark.

La cafetera pitó sacándola de sus pensamientos. Se preparó el café, bien cargado, y se sentó en uno de los taburetes rojos a juego con los azulejos de su cocina y su barra americana.

Siguió leyendo los mensajes mientras sorbía su café.

Thomas: Cielo, estoy un poco preocupado porque no sé nada de ti. Fiona me dice que me tranquilice, que seguramente ya estéis en alguna capital europea paseando vuestro amor como dos enamorados. Dice que son locuras que os da por hacer a los jóvenes, pero aun así, me preocupo. Llámame cuando puedas. Te quiero. Un beso.

El café bajó lentamente por su garganta mientras su corazón comenzó a latir aceleradamente. Enamorados. Maldita palabra.

La rabia se aposentó en sus ojos mientras apretaba los labios, leyendo una y otra vez el mensaje de su padre.

Enamorados. Mierda. No lo estaban, nunca lo habían estado. A pesar de que Mark le dijera que se había enamorado de ella en dos ocasiones: aquella vez que la llevó a su ático después de que a su padre le diera un ataque al corazón y cuando Susan descubrió su romance. Había dicho que se había enamorado de ella, que la quería. Y por un momento, se lo creyó. “*¿No te importan nada mis sentimientos?*” le había preguntado llorando, sin creerse lo que estaba pasando “*No estás enamorada de mí, no frivolices*” “*¡Me dijiste te quiero!*” “*Era la única manera de llevarte a la cama.*”

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y los cerró para atraparlas. No. Basta. Se había prometido a sí misma no llorar nunca más por un hombre. Y mucho menos por Mark.

Apretó los labios tan fuerte que el martilleo de su cabeza se hizo más intenso. La migraña volvía a aparecer de nuevo.

Apuró el café y decidió contestar a los mensajes rápidamente para volver a su refugio y dormir hasta que la cabeza dejara de dolerle.

No veía justo contarle a su padre por WhatsApp que su historia con Mark se había acabado. Así que le contestó de la manera más formal posible para que no se preocupara. Ya se le ocurriría alguna manera para decírselo sin hacerle daño. Si Mark no le cayera tan bien a su padre, sería más fácil, pensó.

Evelyne: Hola papá, estoy bien. No te preocupes. Te llamaré pronto.

Contestar a Victoria era más fácil, pero no quería hablar por teléfono con nadie. Solo quería descansar, y olvidarse de todo. Cuando se encontrase mejor ya la llamaría.

Evelyne: Estoy bien, Vicky. Solo necesito descansar...la cabeza, ya sabes. Te llamaré en cuanto pueda.

Lo envió y dejó el móvil en la cocina. Se acercó al botiquín que tenía en el baño y sacó los analgésicos.

—Mierda...—maldijo al ver que eran las dos últimas pastillas que la

quedaban.

Chasqueó la lengua y se quedó unos segundos mirándolos. Tendría que ir a por más si el dolor no amainaba. Decidió tomárselas directamente, sin agua. Ya iría cuando se recuperase.

Regresó a su habitación y después de cerrar a conciencia la persiana, para que no entrara ni una gota de luz, se metió en la cama y se hizo un ovillo. Necesitaba dormir y olvidar todo cuanto antes.

2

Miércoles. Cinco días desde lo sucedido con Mark. La cabeza seguía martilleándole sin parar. Se pasaba las horas dando vueltas en la cama o en el sofá, intentando conciliar un sueño que se le resistía. Y cuando por fin conseguía dormir algo, las pesadillas se apoderaban de ella. Pesadillas donde aparecía Mark, Susan, Peter... Incluso Henry, su “todavía” jefe. Había pasado más de una semana y seguía sin noticias de él. Maldita sea. No pintaba muy bien el asunto y tendría que empezar a buscar trabajo cuanto antes.

Se levantó, con la sien izquierda palpitando sobre su ojo y blasfemó al recordar que no le quedaban pastillas. Se vistió con lo primero que vio en el armario y bajó al supermercado de la esquina. Compraría medicamentos y subiría en un santiamén.

Volvía a ser viernes, y eso significaba que había pasado una semana. Una semana DM. Después de Mark, pensó, y se sintió idiota por darle sentido a aquellas estúpidas siglas.

Se encontraba un poco mejor, aunque aún sentía una ligera desazón en la cabeza y en el estómago debido a las pastillas. Aun así se levantó y decidió hacer algo de provecho.

Revisó el apartamento e hizo una mueca al ver el estado del mismo. En la penumbra, con todas las persianas bajadas, parecía tenebroso. Atardecía en Nueva York, y decidió levantar todas las cortinas y abrir las ventanas para airear las habitaciones, aunque solo fuera durante unos pocos minutos.

Tardó más de lo normal en recoger la cocina, el salón y su dormitorio. No quería hacer grandes esfuerzos para que las migrañas no volvieran a aparecer, y por eso lo hizo todo como a cámara lenta.

Cuando tuvo el apartamento un poco más decente, se dio una ducha de agua caliente que consiguió relajar sus músculos y despejar un poco su atormentada cabeza. Mientras se secaba el pelo con el secador, se detuvo a observarse. Estaba pálida y había perdido peso, pues sus pómulos resaltaban en el óvalo de su cara. Sus ojos verdosos estaban un tanto enrojecidos, y

unas bolsas se marcaban junto a las ojeras. ¿Por qué tenía bolsas y los ojos rojos? Se supone que solo salían cuando llorabas y ella solo lo había hecho el primer día. ¿Acaso ese aspecto se debía a que durante todos había aguantado las lágrimas?

Con el cuerpo y el alma un poco más limpios, se preparó un sándwich que le costó terminar y decidió llamar a su padre. Cuando revisó su teléfono móvil, no se sorprendió al encontrarse con varios mensajes:

Victoria: Te voy a matar, necesito hablar contigo. ¿Sigues con tus migrañas? Quizás deberías plantearte ir al médico...

Victoria: Evelyne, me estás preocupando. Tu padre me ha llamado hiperventilando porque no lograba contactar contigo y he tenido que contarle lo de Mark...

El corazón le dio un vuelco. Ver SU nombre escrito le revolvió el estómago. Trataba de tirar de todo su autocontrol para no acordarse de él, y se decepcionó a sí misma al sentir esas emociones. Maldita sea.

Chasqueó la lengua e intentó centrar su atención en el “otro” gran problema: su padre conocía la noticia gracias a Victoria.

Frunció el ceño, malhumorada. Sentía que Victoria la había traicionado. Era ella quien tenía que decírselo a su padre, no su amiga. ¿Y si no había tenido tacto? ¿Y si le había causado tal impresión que había tenido una taquicardia? Debido al estado de salud de Thomas, los sobresaltos no le convenían.

Aguantó la respiración hasta que notó que le faltaba el aire. Calma, se dijo a sí misma. O la cabeza la volvería a explotar.

Antes de que pudiera responder a los mensajes de su amiga, su teléfono vibró, alertando de una nueva llamada.

Respiró hondo y descolgó.

—Hola papá.

—Hija ¡por fin te encuentro! ¿Dónde estabas? ¡Llevo toda la semana intentando localizarte! ¡Pensé que estabas fuera!

—Cálmate papá, estoy bien. Estoy en casa.

Se escuchó el silencio al otro lado de la línea. Evelyne puso los ojos en blanco, esperando que su padre preguntase por la revelación de Victoria.

—Ah... —comenzó el hombre—, pensé que estabas fuera... ya sabes, como me dijiste que tú y...

—Papá, para —cortó tajante ella, perdiendo la paciencia—. No te hagas el despistado. Sé que Victoria te lo ha contado.

—Cielo...

—Ya no estamos juntos, se acabó. Él ha vuelto con Susan.

—Cariño... —susurró Thomas, con voz calmada—. ¿Por qué no me lo has contado?

—No tengo por qué contarte todo lo que pasa en mi vida, papá.

Thomas enmudeció ante la dureza de las palabras de su hija. Evelyne resopló al otro lado de la línea, arrepintiéndose de ser tan cortante con su padre.

—Solo fue un hombre más —continuó ella suavizando el tono, sin querer nombrarle.

—Hija, no creo que Mark fuera un hombre más para ti.

—No quiero hablar de él. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—No, cielo, escúchame primero.

—Papá...

—Llamé a Victoria porque no sabía dónde estabas.

—Está claro que no se puede confiar en ella.

—No digas eso, no te enfades con Victoria —dijo Thomas endureciendo el tono de voz—. Se lo sonsaqué yo.

Claro. ¿Cómo podía olvidar el poder de convicción que tenía su padre para acabar consiguiendo cualquier cosa que se propusiera? Pensó ella sarcástica, cruzándose de brazos.

—Evy, mi niña —dijo Thomas intentando sonar lo más apaciguador posible—. No tienes por qué quedarte con los sentimientos para ti, puedes hablar conmigo.

Evelyne soltó una carcajada carente de humor.

—¿En serio, papá? —preguntó sarcástica, perdiendo la paciencia—. ¿De verdad quieres que te cuente todos mis escauceos amorosos? Creo que no me volverías a mirar a la cara.

—¡Basta, Evelyne! —soltó Thomas elevando bastante la voz. Evelyne enmudeció ante la dureza de su padre, y supo que había metido la pata hasta el fondo. ¿Qué clase de hija habla en ese tono a su padre? Soltó el aire que contenía en los pulmones.

—Papá, yo...

—No. No voy a permitir que me hables así. Soy tu padre y me merezco un

respecto. —sentenció duro—. No quiero que me cuentes tu vida privada hasta esos extremos, ni mucho menos. Sé que te ves con chicos, no soy tonto. Solo digo que con Mark era diferente y que...

—No lo era, estás...

—Por el amor de Dios, ¿me puedes escuchar?

Evelyne enmudeció. Su padre estaba tenso y enfadado, pero ella también. ¿Es que no podía dejarla en paz con ese tema?

—Hija, no estoy equivocado. Le trajiste a casa para conocerme.

—Fue para que no me dieras la coña y no te llevarás disgusto... —confesó ella relajando el tono.

—Puede que al principio fuera así, pero he visto cómo os mirabais, como os buscábais... incluso cómo discutíais y os besábais. Créeme, Mark no es como los demás.

Comenzó a notar una presión en el pecho al recordar aquella primera vez que Mark la acompañó a casa de su padre, fingiendo que eran novios para que Thomas no se disgustara. Y por alguna razón, le dolía. La dolía demasiado pensar que Mark la había buscado con la mirada, había tonteado con ella y la había besado para hacer las paces. Y le dolía saber que no solo la había engañado a ella, sino también a su padre. Notó como las lágrimas subían hasta sus ojos y los cerró.

—Pues era todo mentira, papá. Está con Susan. Lo nuestro fue una aventura.

—¿Has hablado con él?

—No tengo nada más que hablar con él, papá. Me ha quedado bastante claro.

—Fiona dice que...

—¿Podemos dejar de hablar de él, por favor? —espetó Evelyne, notando como su voz se rompía.

—Cielo...

—Estoy bien.

—Evy, no estás bien. Llevas días con migrañas. Deberías ir al médico.

—Estoy con migrañas como todas las primaveras, papá, con las pastillas se me pasará.

Thomas resopló al otro lado del teléfono. Desesperarse de aquella manera estaba claro que venía de familia.

—¿Te llamó Henry? —preguntó su padre, cambiando de tema.

—No.

—¿Por qué no le llamas tú? Quizá está esperando a que le llames...

—Me dijo que se pondría en contacto conmigo —espetó ella tajante y arisca.

—Bueno hija —dijo intentando suavizar la conversación—, no te preocupes que seguro que te llamará pronto.

—Claro —dijo sonriendo lo más falsamente posible. Estaba claro que ni ella misma se lo creía.

—¿Vendrás algún día? Aunque sea a comer.

—Ya te llamaré.

—Vale.

—Bueno papá, tengo que colgar. Hablamos.

—Cuídate cariño.

—Adiós.

Y colgó antes de que Thomas pudiera seguir hablando. Se dirigió hacia el salón y dejó de malas maneras el teléfono sobre su *chaise longue*. Debería llamar a Victoria y cantarle las cuarenta por haberle dicho eso a su padre sin consultarla, pero no tenía ganas de discutir. La conversación con su padre había sido tensa y todavía notaba como el corazón la latía con fuerza, resonando en su cabeza. Estaba cabreada, irascible y rabiosa. ¿Por qué su padre tenía que hablar de él como si fuera diferente a los demás hombres que había conocido? Eso la molestaba bastante. No quería saber nada de él, ni siquiera recordarlo y mucho menos nombrarlo. Encendió la televisión y buscó un programa con el que entretenerse. Mañana sería otro día.

3

Diez días desde que Mark se había ido y último de sus “supuestas” vacaciones. Eso significaba que mañana, teóricamente, debería regresar al trabajo. Pero a pesar de revisar el correo y el teléfono mil veces, Henry no se había puesto en contacto con ella desde que le pidió “amablemente” que se cogiera vacaciones mientras él tramitaba su reincorporación con M&S. En fin.

Desde hacía varios días había perdido la esperanza de volver al trabajo, así que aquella mañana de domingo, sin ganas de nada y de malhumor, se dedicó a actualizar su currículum para mandarlo a las empresas dedicadas a publicidad que conocía en la ciudad de Nueva York. Ni siquiera se había planteado buscar fuera de la capital. Su padre vivía a las afueras de Staten Island y se negaba a dejarlo solo debido a su delicado estado de salud.

Las horas se le pasaron volando en el ordenador. Había actualizado su historial laboral en todas las páginas de internet dedicadas a la búsqueda de empleo y envió unos cuantos mails a varias empresas. Estaba segura de que no tardarían en contestarle. O por lo menos, eso deseaba.

Ni siquiera se dio cuenta de que la hora de comer había pasado. Desde hacía diez días exactamente, su estómago se había puesto en huelga y había decidido no tener hambre.

Cuando se levantó de su sofá beige, sintió un ligero mareo. Estaba débil y sin fuerzas, pero no le apetecía comer. Decidió ir a la cocina y prepararse un café para espabilarse.

Antes de que la cafetera pitara, la apartó del fuego y sirvió su contenido en una taza. Quemaba y sopló un poco para bebérselo rápido.

Cuando estaba a punto de ingerirlo, unos golpes en la puerta de su piso la sobresaltaron, y el timbre empezó a sonar insistentemente. Se paralizó y el estómago le dio un vuelco en su interior.

Maldita sea. No podía ser. ¿Sería él? Mark acostumbraba a subir hasta su apartamento sin llamar antes al telefonillo del portal. No. No podía ser él. No quería verle. O sí. Joder. ¿Qué le pasaba?

Dejó el café en la encimera y avanzó unos pasos hacia la entrada. El corazón le iba a mil. El timbre volvió a sonar más reiteradamente y los golpes

en la puerta volvieron a retumbar en el piso.

—¿Evy? —llamó una voz conocida para ella— ¡Joder Evy! ¡Ábreme! ¡Sé que estás ahí!

Evelyne soltó todo el aire retenido y se llevó una mano al corazón, intentando calmarse. No era él, se trataba de su mejor amiga.

Se acercó a la puerta y la abrió.

—Hola Vicky —saludó ella, con cara de pocos amigos—. No te esperaba.

—¿Ah, no? —bufó Victoria con el ceño fruncido—. Quince días sin vernos, sin hablar por teléfono, ¿y no me esperabas? No te mando a la mierda porque eres mi mejor amiga ¡qué si no!

Evelyne puso los ojos en blanco y se apartó de la puerta para dejarla pasar.

Victoria era una mujer de veintisiete años de poco más de metro sesenta, con una media melena negra que siempre llevaba alborotada y unos ojos marrones que observaban todo. Normalmente, solía usar gafas de pasta en el trabajo, pero cuando no estaba pendiente de papeles y de su ordenador, usaba lentillas.

Victoria entró alterada directamente a la cocina, cargada con una enorme bolsa de plástico.

—Pasa, pasa... —susurró Evelyne molesta—, como si estuvieras en tu casa.

—No me vengas con pamplinas —dijo ella malhumorada, depositando la bolsa en la encimera de la cocina y empezando a sacar su contenido—. ¡Ni siquiera tenía que haber venido!

Evelyne se cruzó de brazos y se acercó a ella. Victoria sacaba de la bolsa productos variopintos: desde comida tipo pan de sándwich, embutido, yogures, huevos, patatas, verduras; hasta artículos de higiene personal.

—¿Se puede saber qué has traído?

Victoria se giró y se enfrentó a los ojos verdosos de su amiga, con la cara arrugada.

—¿Tú que crees? —Se apartó y señaló las cosas—. Comida, alimentos...

—¿Para qué?

Victoria levantó una ceja.

—¿Para qué comas? —exclamó arisca.

—Ya como.

Su amiga la revisó de arriba a abajo, haciendo una mueca.

—Ya lo veo —luego miró a su alrededor y descubrió la pila con las tazas de

café sucias—. ¿Te alimentas a base de café, no?

Evelyne puso los ojos en blanco.

—¿Ahora eres mi padre?

Victoria puso los brazos en jarra y se encaró a ella.

—Por supuesto que no, pero una buena azotaina no te vendría mal. Esta vez te has pasado.

Evelyne giró sobre sus talones y se fue hacia el salón. Victoria, resoplando, cogió un tupper de pasta y rápidamente, lo metió al microondas. Después, siguió a su amiga.

—No puedes coger y desaparecer durante dos semanas.

—No han sido dos semanas —sentenció Evelyne sentándose en el sofá sobre una pierna, sin dejar de cruzar los brazos.

—Lo que sea Evy, nos tenías preocupados. A tu padre casi le da algo. ¡No sabía dónde estabas!

—No te preocupes —bufó ella clavándole la mirada a su amiga—. Ya te has ocupado tú de decírselo, ¿no? Sin contar con mi opinión.

Victoria abrió mucho los ojos.

—¿Qué querías que hiciera? ¡Me llamó desesperado!

—¿Esperar a que se lo contara yo? Mi padre está enfermo del corazón, Vicky.

—¡Joder! ¡Pues por eso mismo! No le llamabas, no te localizaba. Si no llega a ser por Fiona que lo calmó un poco, estaría en el hospital con un ataque al miocardio.

Evelyne enmudeció. Vale. Su amiga tenía razón. Tenía que haberle contado a su padre lo ocurrido en cuanto pasó, intentando tener el mayor tacto posible. Pero no pudo. No quería hablar con nadie de Mark. Le dolía demasiado.

Suspiró. Una parte de ella quería reconocer que Victoria tenía razón, agradecerle que ella se lo hubiese contado a su padre. Y también a Fiona. A pesar de que Fiona fue la niñera de los hermanos Evans, y ahora mismo no quería saber nada de cualquier cosa que estuviera relacionada con Mark, Fiona calmaba a su padre y eso era de agradecer.

—Vale, pues ya está —sentenció Evelyne, apartando la mirada de su amiga.

Victoria puso los ojos en blanco y antes de que dijera algo, el microondas pitó, alertando que el plato se había calentado.

En menos de un minuto, la chica apareció con un bol humeante y un

tenedor. Se lo tendió a Evelyne y esta puso cara de pocos amigos.

—¿Qué es esto? —preguntó arrugando la nariz, mientras lo cogía.

—¿A ti que te parece? —terció Victoria sarcástica—. Es comida.

—Muy graciosa, ya veo que es comida.

—Estás demasiado delgada, no puedes alimentarte a base de café. Come.

—Vicky, no tengo hambre.

Victoria bufó y se sentó al lado de su amiga, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Sé que no tienes hambre, pero tienes que comer Evy. Vas a enfermar.

Evelyne aguantó la mirada de su amiga en silencio durante unos segundos.

Victoria, a pesar de estar enfadada con ella, parecía realmente preocupada.

Vale, igual tenía razón.

Cogió el tenedor y después de pinchar un par de macarrones, se lo metió en la boca.

—¿Contenta? —exclamó Evelyne con la boca llena.

Victoria sonrió y la apretó por los hombros. Evelyne siguió comiendo desganada la pasta, bajo la atenta mirada de su amiga.

—Si sigues mirándome así, dejo de comer —amenazó Evelyne—, me estás poniendo nerviosa.

—Vale, vale —accedió Victoria apartando la vista de su amiga—. ¿Me vas a contar qué ha pasado con Mark?

Evelyne palideció al oír su nombre. Su corazón pareció detenerse, aprisionándose en su pecho.

—Ya lo sabes. Se acabó. —dijo con la voz seria—. No hay nada más que contar.

—Quiero saber tu versión.

Evelyne dejó de comer. Su versión. Eso quería decir que Mark le había contado a su amiga la suya.

Recordó los mensajes de Victoria en los que le contaba que había hablado con él. O más bien, discutido. Joder. ¿Quería saber la versión de Mark?

—Ha vuelto con Susan, ya está. Solo ha sido una aventura. No quiero hablar de ello.

—Evy...

—Por favor, Vicky. No quiero hablar de él. Se acabó. Ya está.

—Pero...

—Háblame de ti —pidió Evelyne cortando el tema—. ¿Qué tal en la empresa?

Victoria la escudriñó con la mirada. Evelyne apartó la vista y volvió a comer, esperando que el bocado se llevase consigo la bola que se le había formado en la garganta. Tenía que ser fuerte, tenía que aguantar esta conversación con su amiga.

—Está bien —accedió ella—. Desde que te has ido estoy ayudando a Henry con tus funciones. La mitad de los clientes los lleva él y la otra yo.

Evelyne sonrió. Una parte de ella se alegró de que de alguna manera hubieran ascendido a su amiga en cargos.

Antes, cuando Evelyne era la ejecutiva de cuentas en la empresa Advertising, Victoria ejercía de secretaria, ayudándola y apoyándola con todos los proyectos. En los últimos meses, había mejorado bastante y estaba preparada para ascender al puesto de Evelyne. Por otra parte, eso significaba que si ahora Victoria hacía las funciones de Evelyne, ella no era necesaria en la empresa.

—Evy —dijo Victoria sacándola de sus pensamientos—, que haya cogido tus competencias no significa que ya no nos hagas falta.

Evelyne sonrió como pudo. La pequeña esperanza que quedaba de volver al trabajo se había evaporado al saber que Victoria había ocupado su puesto.

—Henry está luchando porque vuelvas.

—Es domingo Victoria, tendría que volver mañana.

—Bueno —dijo mirando el reloj—, aún falta media tarde.

—Ya.

Evelyne apartó la mirada y se concentró en la pasta.

—Henry está luchando porque regreses —insistió su amiga.

—Pues está claro que ha perdido la batalla.

—Evy, por favor —terció Victoria disgustada—. Confía un poco más, no seas tan negativa.

Ella siguió comiendo, sin hacer caso de la reprimenda de su amiga.

—Escúchame —pidió Victoria—, Henry lleva dos semanas en Nueva York para resolver el tema de tu puesto de trabajo. Ha anulado todas las reuniones con los clientes internacionales, ¿y sabes por qué? Por ti. Dale un voto de confianza.

—Vale, Vicky —dijo sin mirarla. Se negaba a aceptar que Henry estuviera luchando por ella. Habían pasado los días y ni siquiera tenía noticias de él. Ni una sola llamada para calmarla y decirle que estaba en ello. Nada. ¿Cómo podía estar su amiga tan segura de que ella recuperaría su trabajo?

Victoria resopló.

—Sabes perfectamente que Henry no se queda en la ciudad más de tres días seguidos —continuó ella, intentando hacer entrar en razón a Evelyne—. Ha ido tantas veces a la sede de M&S durante los últimos días que he perdido la cuenta. Se ha reunido con los asesores del Consejo Directivo día sí y día también. Evelyne, ten fe.

Ahora la que resopló fue ella. Que le mencionara M&S, la empresa en la que trabajaba Mark, solo la ponía más nerviosa. Quería acabar esta conversación sobre su futuro profesional en Advertising lo antes posible, y solo había una manera de hacerlo.

—De acuerdo, tú ganas.

Victoria soltó el aire retenido y sonrió no muy convencida. Antes de que siguiera interrogándola, Evelyne decidió cambiar de tema.

—¿Os arregláis bien, entonces?

—Bueno, sí. Pero no es lo mismo sin ti —confesó Victoria afligida—. Además, han contratado a alguien que está haciendo las funciones que hacía yo.

—¿Sí? —exclamó Evelyne, abriendo los ojos. Sí que se han dado prisa en encontrar a alguien que reemplazara a Victoria, pensó.

—Sí, se llama Neil. Parece bastante espabilado —continuó Victoria mirando hacia arriba, recordando—, enseguida se ha hecho con el puesto y la verdad es que nos está ayudando bastante a Henry y a mí.

—Me alegro entonces —dijo Evelyne sonando más seria de lo normal.

—Estoy segura que te caerá bien en cuanto le conozcas.

Evelyne rio soltando el aire por la nariz, no muy convencida. ¿Conocería al nuevo secretario? No las tenía todas consigo. Las posibilidades de recuperar su trabajo habían disminuido exponencialmente según pasaban los días.

Apartó el pensamiento de su cabeza. Con un poco de suerte, la semana que entraba haría entrevistas y en menos de un mes estaría trabajando de nuevo.

Terminó la pasta recalentada y dejó el bol sobre la mesita de cristal. Después, con la boca aun llena, miró a Victoria y sonrió.

—No volveré a comer pasta en días —sentenció tapándose la boca.

—No digas bobadas. Vendré cada día a darte de comer si hace falta.

Evelyne levantó las cejas ante las palabras de Victoria, que parecía decirlo muy en serio.

Intentando quitar tensión a la situación, Evelyne se levantó, cogió el tupper

vacío y se dirigió a la cocina. Su amiga hizo lo propio y la siguió.

—Evy...

—Bueno —comenzó ella, cambiando de tema mientras fregaba el tazón—, enséñame qué más has traído.

Victoria se cruzó de brazos, contemplando a su amiga fijamente. Pareció que Victoria iba a decir algo, pero finalmente se acercó a la bolsa que había depositado en la encima de la cocina y comenzó a sacar productos de la bolsa.

—Te he traído lo último en cremas, champús, geles de baño...

—Tengo de todo eso, Vicky.

—¡Pero no de esta marca! —dijo ella eufórica, mostrando la etiqueta de los artículos. Evelyne sonrió ligeramente. Su amiga se había olvidado completamente de la regañina que había comenzado contra ella en cuanto vio los productos de belleza—. Resulta que el otro día hice un pedido y me equivoqué en la cantidad. Así que me pareció buena idea traértelos. Los he probado y son estupendos.

—Gracias —dijo Evelyne acercándose a su amiga y cogiendo las cremas.

No tenían mala pinta, la verdad, pensó cuando se fijó más detalladamente en ellas. Si Victoria las había probado y decía que estaban bien, es que eran buenas. Quizá no estaba de más darles una oportunidad.

—Mark ha vuelto a su antiguo puesto —soltó Victoria pausadamente, midiendo sus palabras—. Vuelve a venir a las reuniones que teníamos con M&S como adjunto de Susan en el Departamento de Marketing.

Evelyne no se inmutó. A pesar de que por dentro su flujo sanguíneo se la subió a la cabeza al escuchar de nuevo su nombre, permaneció con toda la calma que su autocontrol le permitía.

—Me parece muy bien —espetó seria, sin mirarla, concentrada en las etiquetas de las cremas que sujetaba en sus manos.

Victoria se puso nerviosa. Se agarraba las manos y Evelyne se temió lo peor.

—Tengo que contarte una cosa, Evy...

Evelyne giró la cara para enfrentarse a la mirada de su amiga. Tenía una expresión extraña, como de decepción, de angustia...de ¿rabia?

—¿Ha pasado algo con Laurent? —se aventuró a preguntar, sospechando que no era de Laurent de quien quería hablarle.

Victoria negó levemente con la cabeza, sin apartar sus oscuros ojos de ella

y dio un paso acortando la distancia.

—No... Es sobre Mark.

Ella irguió la espalda y entornó los ojos, notando como un sudor frío la recorría la espalda.

—No quiero saber nada de él, Vicky.

—Pero...

—No —bramó Evelyne, clavando sus ojos en los de ella.

Victoria enmudeció ante la rigidez de su amiga, pero no quitó el contacto visual.

—Creo que es importante, Evy...

—Me da igual —espetó ella, apartándose de Victoria y dirigiéndose de nuevo al salón—. No quiero saber nada de él.

—¡No seas tan cabezota! —gritó su amiga, siguiéndola—. Escúchame un momento, solo...

—¡Para, Vicky! —gruñó Evelyne, girándose y enfrentándose a su amiga—. ¡No me interesa!

—¡Evy! ¡Joder! —gritó Victoria encarándose—. ¡Te estoy diciendo que es algo importante!

—¡Me da absolutamente...!

Pero antes de que pudieran seguir discutiendo, la vibración de un móvil las sobresaltó. El teléfono de Evelyne zumbaba encima de la mesita de cristal del salón. Como si estuvieran hipnotizadas, las dos clavaron sus ojos en el Smartphone.

Evelyne se acercó a él y lo cogió un tanto insegura.

—Es Henry —sentenció al ver la pantalla.

Victoria se cruzó de brazos y se acercó a ella. Evelyne descolgó intentando tirar de todo su autocontrol para manejar los nervios.

—Henry.

—Hola Evy... —saludó su antiguo jefe resoplando. Parecía... ¿cansado?—. Por fin podemos hablar, ¿Cómo estás?

Evelyne se tensó. Henry parecía agotado y no sonaba muy contento que digamos. Se temió lo peor.

—Bien, ¿y tú? —se limitó a contestar lo más serena posible.

—Bien, cansado —se sinceró su jefe—, acabo de terminar una reunión y salgo de la empresa ahora.

¿Acababa de terminar una reunión? ¿En domingo? Algo no iba bien, pensó.

Vale que Henry fuera un currante, pero quedarse hasta estas horas de la tarde de un domingo, trabajando, solo podía significar que las cosas se habían complicado en Advertising con algún tema. Y Evelyne no podía evitar pensar que el tema en concreto tenía que ver con ella.

—¿Podemos vernos? —preguntó Henry, directo. Al otro lado de la línea se oía el ruido de los coches circulando. Evelyne supuso que debía estar andando por las calles del distrito financiero.

—Claro —dijo ella, intentando concentrarse en la conversación—. ¿Cuándo quieres que nos reunamos?

—¿Ahora?

Evelyne se irguió, sorprendida por la proposición. Se giró y miró a su amiga, que estaba impaciente por saber de qué estaban hablando.

—Em... ¿Ahora? —repitió, extrañada.

—Sí, por favor —rogó Henry—. Quiero hablar contigo y me gustaría que fuera en persona.

Evelyne cerró los ojos. Mil pensamientos se le agolparon en la cabeza y antes de que la atosigaran, los apartó, abriendo los ojos y encontrándose con la mirada preocupada de Victoria, que se había acercado hasta ella, colocándose delante.

—Claro, dime donde nos vemos.

Henry resopló al otro lado de la línea.

—Voy a tomar un café mientras te espero. En cuanto encuentre un bar te mando la dirección al móvil.

—De acuerdo.

—Ven lo antes posible, por favor.

Y antes de que pudiera responder, Henry colgó la llamada. Las dos amigas se miraron durante un largo minuto que se hizo eterno. La espera había terminado y dentro de unos minutos, Evelyne sabría qué pasaría con su futuro dentro de Advertising.

—¿Y bien? —preguntó Victoria acercándose más a ella—. ¿Qué te ha dicho?

—Que me reúna con él.

—¿Cuándo?

—Ahora —confesó Evelyne sin moverse.

—¿Cómo qué ahora? ¡Es domingo!

—Joder —gruñó chasqueando la lengua. ¿Acaso pensaba que ella no se

habría dado cuenta de que era domingo? Se apartó de su amiga y se dirigió al baño. Tenía que prepararse en cuestión de minutos.

—¿A dónde vas? —preguntó Victoria, siguiéndola.

Evelyne puso los ojos en blanco.

—¿Tu qué crees? —Cogió su neceser de maquillaje—. Voy a prepararme.

—¿Qué te ha dicho Henry?

—Que nos veamos. Tiene que hablar conmigo —dijo, mientras se daba base de maquillaje intentando darle color a la palidez de su cara.

—¿No te ha dicho nada más?

—Sí —la miró a través del espejo, aplicándose polvos fijadores —, que tengo que ir cuanto antes al bar que me dirá ahora.

Victoria soltó un grito.

—¡Voy contigo! —exclamó eufórica—. ¡Te va a decir que sigues en la empresa! ¡No puede ser otra cosa!

Evelyne mantuvo la calma mientras se aplicaba rímel.

—¿No puede ser otra cosa? —repitió severa—. También cabe la posibilidad de que me dé el finiquito.

—¡Joder! ¡No hay quien te gane a pesimista!

—No soy pesimista, soy realista —se aplicó un poco de colorete y brillo de labios—. Es muy educado por su parte despedirme en persona y no por teléfono

Victoria hizo un mohín y antes de que pudiera contraatacar, Evelyne salió disparada del baño, con el único pensamiento de acicalarse y acudir a la cita con Henry.

—Te acompaño.

—Ni hablar —dictaminó Evelyne enfundándose en unos vaqueros pitillo—. Luego te llamo.

—¡Pues déjame acercarte! —propuso, nerviosa—. ¡He traído coche!

Evelyne se despojó de su camiseta de andar por casa y se puso una blusa blanca con lazada al cuello.

—Cálmate, cogeré un taxi.

Victoria hizo pucheros mientras Evelyne se ataba los zapatos de tacón ancho al tobillo.

Cogió el bolso y su gabardina color camel y salió disparada hacia el pasillo. Su amiga salió tras ella y recogió sus pertenencias en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—Que no —dijo Evelyne, abriendo la puerta y apartándose para dejar pasar a su amiga primero—. Te llamaré.

—Siempre me dices lo mismo y luego no me llamas —se quejó Victoria al pasar por su lado.

Evelyne puso los ojos en blanco, y después de cerrar la puerta con llave se dirigieron a las escaleras.

En pocos minutos descubriría si seguiría en Advertising o no. Había llegado el momento de enfrentarse a su destino.

4

Cuando el taxi la dejó en la esquina de la séptima con la treinta uno, solamente había pasado media hora desde que Henry la había llamado por teléfono. Había conseguido deshacerse de Victoria en el portal, a pesar de que intentó subirse al taxi con ella. Pero al fin, allí estaba, preparada para cualquier cosa. Minutos antes Henry la había mandado un mensaje claro y conciso:

Henry: Evelyne, te espero en el Starbucks de la 31 con la 7 Avenida.

Aquel café estaba a más de media hora andando del distrito financiero. ¿Habría cogido Henry un taxi también para reunirse allí con ella? Pensó.

Se apartó esa duda de la cabeza, cogió aire y avanzó hasta la puerta del establecimiento. Estaba nerviosa, pero no lo quería reconocer. Y mucho menos quería que Henry se diera cuenta. Soltó el aire que retuvo en sus pulmones despacio y abrió la puerta del Starbucks.

No le costó mucho tiempo reconocerle entre la gente que tomaba café a las seis de la tarde. Estaba de espaldas, con el Mac portátil sobre la mesa y tecleando correos. Incluso finalizada su jornada laboral, Henry no dejaba de trabajar nunca.

Evelyne se acercó decidida, haciendo resonar sus tacones por el entarimado, dispuesta a descubrir su destino.

—Henry.

Él alzó la vista y clavó sus ojos marrones en ella, esbozando una pequeña sonrisa. Parecía cansado, y tenía una expresión como entre abatida y de derrota. Unido a su melena canosa y su constitución delgada, aquel hombre de unos cincuenta años aparentaba más edad de la que realmente tenía.

Henry se levantó y la indicó a Evelyne que se sentará frente a él.

—Me he tomado la libertad de pedirte un café, espero que te guste —dijo él, ofreciéndole un enorme vaso humeante.

—Gracias.

Henry cerró el ordenador y sorbió de su café. Evelyne apoyó las manos en la mesa y se las apretó. ¿Era ella sola o la tensión que había se cortaba con un

cuchillo?

—Te veo más delgada —dijo Henry.

—Me lo dicen todos.

Henry sonrió levemente y después de coger aire, lo dejó escapar entre sus labios.

—Voy a ir al grano Evelyne —terció él mirándola fijamente—. Lo primero, gracias por reunirte hoy conmigo a pesar de ser domingo por la tarde.

—No tienes nada que agradecer —dijo ella, impasible. Tampoco tenía nada mejor que hacer, pensó.

—Lo segundo —continuó él—, sigues en Advertising, Evelyne.

Ella levantó una ceja, pero no dejó que sus emociones salieran de su interior. Estaba en la empresa. Volvía a trabajar para Advertising. Henry había cumplido su palabra y había conseguido que, a pesar de la actitud de Susan, ella mantuviera su puesto de trabajo.

—Pero...—interrumpió Henry—, las condiciones no serán las mismas.

Evelyne frunció el ceño. Ese “pero” no le gustó nada. ¿Qué significaba eso? Controló sus emociones y se acercó a Henry, apoyándose sobre sus codos.

—¿En qué condiciones?

Henry cogió el maletín que tenía en el suelo y sacó unos papeles.

Evelyne se cruzó de brazos sobre la mesa. No tenía buena pinta. ¿Volvía a la empresa pero con otras condiciones? ¿Acaso la habían degradado de su puesto? Maldita sea. ¿Se podía hacer eso? Se preparó para lo peor.

Su jefe depositó los papeles frente a Evelyne, pero mantuvo la mano sobre ellos.

—Antes de que conozcas las condiciones, me gustaría comentarte algo.

Evelyne le mantuvo la mirada.

—Tú dirás.

Henry se agarró las manos, dejando los papeles entre los dos. Cogió aire y miró a Evelyne.

—Durante estas dos semanas, he estado hablando con M&S para llegar a un acuerdo. Como te dije, no puedo prescindir de ti. No ahora que la empresa está en apogeo. Eres una pieza clave en la expansión de nuestro negocio y no podía arriesgarme a desprenderme de ti.

Evelyne no se inmutó. Eran palabras que la elogiaban, pero estaba expectante. No tenía ni idea de por dónde saldría Henry y mucho menos de las nuevas condiciones, por eso escuchaba atenta lo que decía, aunque se

muriera de ganas por preguntar.

—Las reuniones a nivel de departamento estaban perdidas —continuó él—. Susan, como directora del departamento de marketing, estaba cerrada. Hermética, más bien.

Por alguna extraña razón, la afirmación de Henry no le sorprendió. A fin de cuentas, fue ella quien pidió su cabeza.

—Por lo que me vi obligado a subir de nivel.

Evelyne levantó una ceja y se relajó. Subir de nivel solo podría significar una cosa.

—Como sabes, M&S no está dirigido por un director como tal. Está administrado por un Consejo de Dirección.

Sus sospechas se hicieron ciertas. Por encima de los directores de departamento quedaba directamente el Consejo Directivo.

—Pedí audiencia y me la concedieron —espetó Henry, sonriendo eufórico, como si estuviera rememorando su hazaña—. Supongo que lo sabrás, pero el presidente y el vicepresidente del Consejo cesaron sus funciones a principios de año y ahora mismo el Consejo está cojo. Están en plenas elecciones de los nuevos representantes.

Evelyne asintió, confirmando las palabras de Henry. Recordó que durante la última convención de M&S a la que asistió con Victoria, Laurent les contó todo lo relacionado con el Consejo Directivo de la empresa.

—Por lo tanto —continuó Henry —, las decisiones las deben tomar los asociados, a falta de un presidente.

Mierda. Laurent había mencionado que los asociados del Consejo eran los jefes de cada uno de los departamentos que constituían la empresa de cosméticos. Y eso la desfavorecía. Maldita sea.

—Los asociados son los directores de cada uno de los departamentos —dijo Evelyne.

—Eso es.

—Lo que significa que Susan Evans forma parte del él.

Henry sonrió.

—Pero no es la única. Mark también está en el Consejo.

Evelyne parpadeó. ¿Mark formaba parte del Consejo de Dirección? ¿Desde cuándo?

—No lo entiendo —dijo Evelyne—, se supone que son los jefes de cada departamento, ¿no?

—Preferiblemente sí, pero no tiene por qué.

Evelyne apretó los labios. ¿Le habrían nombrado recientemente asociado? ¿O ya lo era cuando estaban juntos? Entornó los ojos. Quizá cuando cambió de puesto y dejó de ser el adjunto de Susan entrase en el Consejo de Dirección, pensó. ¿En qué momento si no?

—La cosa es que me reuní con todos ellos para justificar tu regreso — continuó Henry—, y finalmente, el Consejo decidió someterlo a votación ante la falta de un presidente.

Evelyne aguantó el tipo. De todos los asesores solo conocía el voto de uno, el de Susan. Y estaba claro que si ella había pedido su cabeza, su voto no favorecería su regreso. ¿Qué habría votado Mark? ¿Querría que volviera a su puesto de trabajo o prefería mantenerla alejada de M&S ahora que Victoria había cogido sus responsabilidades? Maldita sea. No quería pensar en él, no se lo permitía.

Apartó los pensamientos de su cabeza y asintió para que Henry continuara con la conversación.

—Han tardado más de diez días en tomar una decisión y, al fin, hoy he recibido este correo.

Henry descubrió la primera página del montón de papeles y se la tendió a Evelyne. Ella lo miró desconfiada, pero lo cogió.

Estimado señor H. Carter,

Rogamos disculpe las molestias ocasionadas en los últimos días. Sentimos profundamente los acontecimientos acaecidos en relación a una de sus trabajadoras, la señorita Evelyne Taylor. Fue una decisión unilateral desacertada por parte de uno de nuestros asociados. Desde la dirección de M&S, queremos comunicarle que anulamos cualquier sentencia de cese de actividad con respecto al trabajador citado anteriormente.

Por último, agradecerle su implicación con nosotros y su admirable trabajo, haciendo que la campaña publicitaria de M&S con ustedes esté siendo un auténtico éxito.

Atentamente,

El Presidente del Consejo Directivo de M&S.

Evelyne parpadeó y releyó el correo varias veces.

—Está firmado por el presidente —dijo al final ella. Henry asintió lentamente— ¿Hay una resolución del Consejo?

—Parece ser que sí —afirmó Henry, con los brazos cruzados.

—¿A quién han elegido finalmente?

Henry sorbió de su café.

—No se sabe, todavía no es público. Parece ser que van a esperar unos meses hasta divulgarlo de manera oficial.

Evelyne devolvió el correo a la pila de papeles y se cruzó de brazos. Así que por fin, M&S habría nombrado a un presidente del Consejo Directivo.

Después de meses sin cabeza visible para la empresa parecía que M&S volvía a tener un gobernante. ¿Quién sería? Los que optaban al puesto de dirección eran los asociados y jefes de departamento. Evelyne solo conocía a Susan, y ahora que lo había descubierto, a Mark, que formaba parte del Consejo desde hacía poco. ¿Sería alguno de ellos? Pensó. No. No podía ser ninguno de los dos, reflexionó descartando la idea rápidamente. Si Susan fuera la presidenta, ella no hubiera recuperado su trabajo jamás, estaba claro. Y si Mark resultase ser el presidente...¿Sería posible? No. Entonces no habría vuelto a su antiguo puesto como adjunto del departamento de Marketing, como le había anunciado Victoria. ¿O no?

—Tu tema ha conseguido que se adelantasen las elecciones. —dijo Henry, sacándola de sus propios pensamientos.

Evelyne levantó una ceja, pero mantuvo el silencio.

—Parece ser que, el hecho de que Susan pidiera tu cabeza por cuenta propia, hizo que saltaran las alarmas en el Consejo de Dirección al no haber tomado esa decisión de manera consensuada. Y eso hizo que se vieran obligados a elegir al presidente antes de tiempo.

Evelyne no se inmutó. ¿Su situación laboral había acelerado el proceso en la dirección de M&S? ¿Cómo debía tomarse eso? Frunció los labios y decidió olvidarse de ese tema. ¿Qué narices le importaba a ella? Nunca había sido la típica profesional enterada de todos los tejemanejes de sus clientes. Ahora no iba a ser diferente.

Irguió la espalda y le aguantó la mirada a su jefe.

—¿Y bien? ¿Cuáles son las nuevas condiciones? —preguntó ella sin rodeos.

Henry sonrió de manera sutil y, apartando la primera tanda de papeles, le tendió un fajo grapado.

Evelyne levantó una ceja viendo que se trataba de un comunicado sellado por el director de Advertising, al que por cierto, no conocía. Lo cogió expectante, sin saber a qué atenerse.

Señorita E. Taylor,

Nos complace anunciarle que desde la Dirección de la empresa publicitaria Advertising St Gobain, le ofrecemos el puesto de Dirección Nacional en el Departamento de Cuentas, con las condiciones laborales y salariales abajo expuestas.

Evelyne levantó una ceja. ¿Directora del Departamento de Cuentas? ¿Eso era el ascenso que Henry le había prometido hacía unos meses? Pasó las páginas y revisó las condiciones del nuevo contrato.

—Tus funciones pasarían a ser las mías —dijo Henry, sin esperar a que leyera el contrato hasta el final.

—¿Y qué pasara contigo? —quiso saber Evelyne mirándolo fijamente.

—Seguiría haciendo las mismas funciones que ahora, pero a nivel internacional —aclaró él—. Evelyne, la expansión de Advertising está siendo vertiginosa, y ahora mismo no puedo encargarme de toda la cartera de clientes que tenemos. Por eso, desde arriba han decidido que el Departamento de Cuentas esté gestionado por un binomio. Un director para los clientes internacionales y otro para los nacionales.

Evelyne dejó de mirarlo y continuó leyendo las condiciones de su nuevo puesto de trabajo. Básicamente, eran las mismas que tenía siendo ejecutiva de cuentas, pero añadiendo movilidad eventual en el distrito de Nueva York y una más que sorprendente subida salarial.

—Te prometí un ascenso y aquí lo tienes —dijo Henry terminando su café, orgulloso.

—Gracias —terció Evelyne, intentando mantener la compostura. Al final, tal y como había predicho Victoria, Henry cumplió su palabra. Volvía a Advertising y con el nuevo puesto que durante tanto tiempo había luchado por conseguir.

—Si estás de acuerdo, pasarías a llevar los clientes potenciales de todo Nueva York, y serías la responsable directa de Victoria y del señor Sanders.

Evelyne asintió dando por supuesto que el señor Sanders era el nuevo secretario del que le había hablado su amiga.

Henry sacó un bolígrafo de su americana y se lo tendió.

—¿Qué me dices?

Ella le mantuvo la mirada unos segundos y sin inmutar su expresión, agarró el bolígrafo.

—Claro, será un placer —dijo firmando todas las hojas de su nuevo contrato.

Henry sonrió eufórico y cuando Evelyne terminó de garabatear su rúbrica, cada uno tomó una copia del contrato.

—Genial —concluyó Henry mientras recogía todos los papeles y los metía en su maletín—, entonces nos vemos mañana. Tendrás un nuevo despacho junto al mío, así que nos encargaremos de trasladar tus cosas y ponerte al día.

—De acuerdo.

Los dos se levantaron y se dirigieron a la puerta del bar. Fuera, la noche había invadido la ciudad de Nueva York y las primeras luces de los edificios empezaban a despuntar.

—Entonces nos vemos mañana, Evy —dijo Henry apretando su mano—, si te parece bien, a eso de las nueve y cuarto.

Evelyne le devolvió el gesto y Henry aprovechó que un taxi pasaba por allí para subirse a él. Solo en ese momento, en el que se quedó sola, Evelyne se permitió sonreír.

No solo había recuperado su trabajo, sino que regresaba con una promoción. Henry había cumplido su palabra y por fin, después de tantos años luchando, tenía el ascenso que tanto deseaba. Debería sentirse orgullosa de sí misma, pero sentía una opresión en el pecho que no terminaba de entender. ¿Por qué no se alegraba cómo debería?

La noticia de Henry le había alegrado, pero por algún motivo no se sentía feliz del todo. ¿Qué le pasaba? Había recuperado su trabajo y con unas condiciones mucho mejores que antes. ¿Por qué no era capaz de sentir paz consigo misma?

Chascó la lengua al descubrir que sus pensamientos vagaban de nuevo hacia Mark. Maldita sea. ¿Es que hubiera preferido recuperar a Mark antes que su trabajo? No, no y no, se dijo a sí misma. Lo de Mark se había terminado. ¿Por qué tenía que seguir pensando en él? Y entonces cayó en la cuenta.

Henry no le había preguntado por su relación con él. ¿Sabría que se había terminado y que Mark había vuelto con Susan? Joder. El silencio de Henry solo corroboraba sus sospechas. Daba igual, Mark ya no formaba parte de su

vida y tenía que centrarse en su nuevo puesto. Costase lo que costase.

Aceleró el paso con la única intención de dejar atrás esos pensamientos y llegar a casa lo antes posible. Al llegar a su apartamento les comunicaría la noticia a su padre y a Victoria. Y así por lo menos hablarían de otra cosa que no fuera Mark...

5

Aquel lunes se preparó a conciencia para regresar a Advertising. Se decantó por una blusa blanca con cuello redondo y una falda lápiz negra. Como ya estaban en mayo y el tiempo empezaba a cambiar, decidió calzarse sus stiletos con unas medias transparentes. Quería estar perfecta para el primer día del resto de su vida.

Aparcó el coche en su plaza del parking, que seguía libre, y subió en el ascensor hasta la primera planta de las oficinas de Advertising, en pleno Distrito Financiero de Nueva York. Era temprano aún, ni siquiera eran las nueve de la mañana, pero tenía claro que encontraría a Henry en su despacho. Siempre le encontraba.

Cuando pasó al lado de las recepcionistas, éstas le saludaron con un tierno y encantador “buenos días”. Nada que ver con la manera de saludar la última vez que estuvo allí, el día que Susan llegó hasta Advertising echa una furia pidiendo la cabeza de Evelyne. ¿Dónde habían quedado esas miradas raras mientras agachaban la cabeza?

Evelyne frunció el ceño sin entender. Quizá el hecho de haber conseguido el nuevo puesto de dirección le había otorgado otra categoría, y ahora se veían obligadas a ser más amables con ella.

Giró la cabeza a ambos lados intentando apartar ese pensamiento de su mente y concentrarse en su nueva vida.

Enfiló por el pasillo de la primera planta en dirección a las escaleras. Quería pasar por su antiguo despacho antes de reunirse con Henry y saludar a su amiga.

Cuando llegó hasta la mesa de la secretaria, un sentimiento de nostalgia la invadió. Victoria ya no estaba allí y se entristeció al ver el escritorio prácticamente vacío, sin los post-it de colores que acostumbraba a tener desperdigados por la mesa, el montón de papeles y un par de agendas en las que apuntaba todo.

En lugar de eso, había un montón pequeño de folios y un cubilete negro con un par de bolígrafos. Imaginó que la simpleza de esa nueva decoración correspondía al nuevo secretario.

Pasó de largo y entró decidida a su antiguo despacho, que tenía la puerta

entreabierta.

Se sorprendió al ver a Victoria detrás del escritorio con sus gafas de pasta y tecleando sin parar. No acostumbraba a verla tan temprano y tan concentrada. Su amiga ni siquiera se percató de su presencia.

Sonrió y llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Se puede?

Victoria giró la cabeza hacia ella y en cuanto la reconoció, se quitó las gafas y salió como alma que lleva el demonio de detrás del escritorio para abalanzarse sobre Evelyne.

—¡Evy! —gritó colgándose a su cuello—. ¡Qué alegría verte!

—Por favor, Vicky, me viste ayer.

—¡Pero te echaba de menos! —dijo poniendo pucheros.

Evelyne esbozó una pequeña sonrisa y Victoria la instó a que pasara hacia el interior del despacho.

—¿A qué hora has quedado con Henry?

—En quince minutos —afirmó Evelyne sin dejar de mirar a su alrededor—. Vaya, sí que has actualizado esto.

El asombro de Evelyne no era para menos. Cuando el despacho era suyo estaba decorado en tonos blancos, negros y grises. Ahora, aunque mantenía los mismos muebles, estaba adornado con colores verdes: un reloj en la pared verde, un cuadro verde, y las sillas y demás elementos verdes.

—Yo lo llamo el toque de Vicky —dijo ella guiándole un ojo.

—No está mal.

—Tengo tus cosas guardadas aquí —alertó Victoria acercándose a la estantería del fondo y sacando una caja de cartón—, si quieres las subimos ahora a tu nuevo despacho, señorita directora.

Evelyne sonrió ante el sarcasmo de su amiga y se acercó a ella para coger la caja.

—Hola chicas —saludó Henry desde la puerta—, no os preocupéis por eso, luego lo subimos.

Evelyne y Victoria se giraron para mirar a Henry y dejaron la caja encima del escritorio.

—¿Subimos ahora y te enseño tu nuevo despacho? —propuso Henry, con una sonrisa de oreja a oreja.

Evelyne asintió levemente y se acercó a él.

—Nos vemos luego, Evy —dijo Victoria antes de que salieran de su

oficina.

Henry y Evelyne caminaron en silencio hasta la planta superior, en dirección a los despachos de los jefes de departamentos.

Las oficinas de Advertising ocupaban dos pisos de uno de los rascacielos centrales del distrito financiero de Manhattan. En la primera planta, estaban las mesas y los despachos de los ejecutivos; mientras que en el piso de arriba estaban los despachos de los directores de departamento. En total, entre las dos plantas había unos cuarenta trabajadores.

Los tacones de Evelyne resonaban a su paso por las instalaciones mientras Henry iba sacando varios papeles de su maletín. Este hombre no paraba quieto ni un momento, pensó ella.

Cuando por fin llegaron hasta el despacho de Henry, este sacó unas llaves de su americana y abrió la oficina contigua. Haciéndose a un lado, dejó a Evelyne que pasara primero.

Lo primero que vio fueron dos grandes ventanales separados por una pequeña columna, que dejaban ver la grandiosidad del Distrito Financiero de Nueva York.

El despacho tenía la misma distribución que el de Henry, pero invertida. Al estar contiguos, los elementos que quedaban a la izquierda ahora se encontraban a la derecha. En el centro, un gran escritorio en madera de haya blanca con forma de L. A la izquierda quedaba una estantería vacía, que cubría la pared entera, y a la derecha dos muebles archivadores de media altura. Justo detrás de la puerta, un sillón bajo de color blanco. La verdad era que, incluso vacío, el despacho era impresionante y muy bonito. El doble de grande que su antigua oficina que ahora ocupaba Victoria.

—Está un poco vacío así, sin cosas —dijo Henry, sacándola de sus pensamientos—, pero estoy seguro de que en un par de días lo tienes a tu gusto.

Henry le tendió las llaves y se dirigió al escritorio.

—Vale —dijo Henry un poco nervioso, apoyando su maletín en la mesa y revisó las hojas grapadas que había ido sacando mientras subían por las escaleras—, entro en una reunión en cinco minutos y no tengo mucho tiempo para ponerte al día de la nueva cartera de clientes y de los próximos eventos, pero espero que con este dossier por lo menos sepas por dónde andamos.

Evelyne se acercó a él y cogió los papeles.

—Lo ha hecho el señor Sanders y está bastante detallado —explicó Henry

—. Si tienes alguna duda, lo podemos ver al final del día.

—También puedo explicárselo yo —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Henry y Evelyne se giraron en dirección a la puerta y vieron a Victoria sonriente, junto a un hombre que llevaba la caja con las pertenencias del despacho de Evelyne.

Era un joven alto, de hombros anchos, con una melena rubia oscura que hacía ondas alrededor de su rostro, el cual estaba encuadrado por unos pómulos marcados, una mandíbula prominente y unos ojos de un azul tan intenso que asustaban.

—Claro —dijo Henry, cogiendo su maletín y cerrándolo—. Evy, te presento a Neil Sanders, el nuevo Secretario de nuestro departamento.

—Encantada, señor Sanders —dijo Evelyne tendiéndole la mano.

Él acortó la distancia que había entre ellos en dos zancadas, se apoyó la caja en la cadera y con la mano libre, le apretó la suya, acariciándola el dorso delicadamente, mientras le plantaba un sonoro beso en la mejilla.

—El placer es mío —dijo sonriendo abiertamente, sin soltarla la mano, sujetándola más tiempo de lo normal—. Llámame solo Neil.

Evelyne no supo dónde meterse. No estaba acostumbrada a presentaciones tan... cariñosas.

Intentó retener el rubor que le subió hasta sus mejillas, pero no pudo. En cuanto notó el calor en la cara dejó de mirar a su nuevo secretario y cogió la caja, abrumada.

—Gracias.

—Bueno —dijo Henry en la puerta—, tengo que dejaros, si necesitáis algo, estaré por aquí después del mediodía.

—Claro Henry —dijo Neil, girándose hacia él.

Evelyne y Victoria intercambiaron una mirada y esta última, levantó una ceja. Estaba claro que no había pasado desapercibido para ella el gesto tan arrollador del nuevo secretario.

—Por cierto —dijo Henry antes de irse—, acordaos de comentar con Evy lo de la convención. Nos vemos luego.

La puerta se cerró tras él y los tres se quedaron solos en el nuevo despacho de Evelyne.

—Guau...—exclamó Victoria apoyándose en una de las butacas de piel negra y cruzando los tobillos—. Menuda oficinita te ha tocado chica, ¡vaya vistas tienes desde aquí!

—No es para tanto —dijo Evelyne poniendo los ojos en blanco. Pero la verdad es que su amiga no se quedaba corta. Las dos cristaleras que coronaban la pared frontal dejaban a la vista un paisaje pintoresco formado por los enormes rascacielos que reflejaban la luz del sol en los brillantes ventanales.

Neil sonrió y se apartó un mechón rubio que caía por su frente, mientras imitaba el gesto de Victoria y miraba por la ventana con los brazos cruzados.

Evelyne parpadeó sorprendida por la familiaridad que desprendían los dos. Vale que Victoria y ella se conocieran desde hacía años y la complicidad que tenían era inmejorable, pero Neil era nuevo y estaba en su despacho tan cómodo, como si no pasara nada.

Aprovechando que los dos miraban por la ventana, se detuvo a observar a su nuevo compañero de trabajo.

Tenía una constitución bien definida, como de modelo. Rubio, alto, y con esos ojos azules, era el típico chico al que una madre te aconsejaría no acercarte. Y no vestía nada mal. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa blanca que se ajustaba perfectamente a su anatomía, marcándole sus músculos bien definidos por debajo de la ropa.

Cuando se cruzó de brazos, a Evelyne se le secó la boca al ver cómo sus brazos, descubiertos, porque llevaba la camisa arremangada, se marcaban deliciosamente.

Carraspeó al notar esa extraña sensación que la tensaba, y se obligó a centrarse en sacar las pocas cosas que tenía en la caja de cartón. Por alguna extraña razón, sentir atracción por un hombre después de lo que la había pasado, la irritaba.

—Deja eso —dijo Victoria volviendo en sí—, si quieres podemos ver ahora rápidamente el estado en el que están las campañas publicitarias y después te ayudo a colocar tus cosas.

Evelyne cesó en su tarea y miró su reloj. Su amiga tenía razón, lo mejor era ponerse al día lo antes posible para poder recuperar el tiempo perdido en la empresa.

Victoria cogió el dossier que Henry había dejado y comenzó a ojearlo. Neil se acercó tranquilamente hasta ellas, con las manos en los bolsillos.

—Vale —comenzó Victoria—, creo que lo más importante sería...

Pero no pudo acabar la frase, su teléfono empezó a vibrar en el bolsillo trasero de su pantalón. Victoria lo cogió sin soltar los papeles que tenía.

—Victoria —dijo sujetando el teléfono con un hombro—. No, estoy arriba...—se tensó y dejó de ojear las hojas, cogiendo el teléfono con la mano—. No no, voy ahora mismo.

Colgó el teléfono y miró a Evelyne de reojo. Esta se cruzó de brazos y levantó una ceja, sin entender. ¿Estaba esquivando?

—¿Todo bien? —preguntó Neil sacándolas de su propio ensimismamiento.

—Eh...—comenzó Victoria, nerviosa—, se me ha adelantado la reunión que tenía a las 10...

Evelyne la miró extrañada. Nunca había visto a Victoria tan nerviosa porque una reunión se adelantara. Normalmente, su amiga no era tan estricta con la puntualidad. Esa reacción no era propia de ella. Antes de que pudiera decir algo, Neil se adelantó.

—¿Ya están aquí los de M&S?

Ahora la que se tensó fue ella. Mierda. Las palabras se repetían en su cabeza una y otra vez. Los de M&S estaban aquí. Aquí. En Advertising. Y lo había dicho en plural, lo que significaba que Susan no había venido sola. Maldita sea. Mark estaba en el mismo edificio que ella, a pocos metros. Más concretamente en el piso de abajo. Joder.

El sudor frío le recorrió la espalda y el corazón le comenzó a ir a mil.

—Sí —confesó Victoria, mirando a su amiga, preocupada—, tengo que bajar...Luego lo vemos y te pongo al día.

—No te preocupes —dijo Neil, mesándose el pelo—, yo me ocupo.

—Pero... —quiso decir Victoria.

—Pero nada —se defendió él, poniéndole una mano en el hombro para tranquilizarla—. A fin de cuentas, el dossier lo he hecho yo ¿no?

Victoria suspiró tranquila y miró a Evelyne, que seguía impassible de brazos cruzados. Estaba en su despacho pero no prestaba atención. Mark estaba allí. Joder. Hacía diez días que no lo veía. Diez días y... ¿Quería verlo? No, por supuesto que no. No quería volver a verlo en su vida, pensó.

Reaccionó y antes de sentarse en su silla, asintió con la cabeza.

—Vete tranquila —dijo intentando que no le temblara la voz.

Victoria enterneció el gesto, pero antes de decir algo, Neil cogió los papeles con una sonrisa y se sentó en uno de los butacones de cuero, frente a Evelyne.

—Luego nos vemos, Evy —dijo Victoria retrocediendo hacia la puerta, de espaldas.

Evelyne sonrió forzosamente y respiró tranquila cuando Victoria cerró la

puerta tras de sí, dejándoles solos en el despacho. Ahora que se había ido Victoria las posibilidades de que Mark subiera a su encuentro eran nulas. Un momento, ¿realmente había pensado en la posibilidad de que Mark subiera a buscar a Victoria?

—Por fin solos —sentenció Neil clavando sus azules ojos en ella y sacándola de sus pensamientos—. Si te parece, podemos ver el estado actual de los clientes potenciales de Victoria y luego tratamos lo de la convención.

Evelyne levantó una ceja.

—¿Qué convención?

Neil sonrió y se echó hacia delante, para acercarse más.

—Claro... —comenzó a decir, divertido—. Cómo ibas a saberlo si has vuelto hoy. Resulta que hace un par de semanas dos jovencitas que suelen ir a convenciones de proveedores tuvieron la brillante idea de que Advertising hiciera algún evento propio.

Evelyne frunció el ceño. ¿Las dos jovencitas eran ellas?

—Enhorabuena, Evelyne —felicité Neil, levantando una ceja de manera pícaro—. Tuvisteis una gran idea y a las altas esferas les ha gustado.

Evelyne se cruzó de brazos, molesta. No le había gustado la manera en que el nuevo empleado se había referido a ella. Primero, por tutearla. Segundo, por haber pronunciado su nombre completo como hacia él.

—La convención es este viernes —continuó Neil, sin dejar que ella metiera baza—. Está todo organizado —abrió el dossier y sacó una carpeta de color crema—. Ahí tienes la planificación del evento, las empresas contratadas para catering y música, y la lista de invitados confirmados.

Evelyne cogió un tanto brusca los papeles que le dio Neil y comenzó a ojearlos. Vaya. Estaba bastante bien detallado y ordenado. No faltaba ninguna puntualización.

La convención sería en el Hotel Península, en pleno centro de Manhattan. Advertising había reservado la planta superior, que contaba con una zona de terraza para el evento. Habría un servicio de catering que estaría sirviendo desde media tarde hasta pasada la madrugada. En las páginas siguientes se detallaba el planning de la convención, donde se presentaría la historia de Advertising, la rápida expansión que había sufrido en los últimos años y la nueva organización jerárquica, en la que entre otros, presentarían a Evelyne como directora del Departamento de Cuentas.

Pasó las hojas y llegó hasta la lista de los invitados. La mayoría de los

clientes con los que ella había trabajado estaban incluidos y correctamente ordenados alfabéticamente en una tabla que los separaba por empresa, nombre, y confirmación. Sin saber por qué, sus ojos fueron directamente a la letra M.

La respiración se le cortó cuando encontró la empresa que buscaba, y por consiguiente, el nombre que figuraba a continuación. Mark había confirmado su participación en el evento, y cómo no, Susan también.

—¿Hay algo mal? —preguntó Neil.

Evelyne cerró rápidamente la carpeta con los papeles dentro y los dejó en la mesa.

—No, está todo bien.

Neil sonrió y echó el cuerpo hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo acolchado.

—Esperaré hasta el jueves para llamar al hotel y confirmar el número definitivo de invitados —continuó él —, si te parece bien, Evelyne.

Se tensó. Notó como se le calentaba la sangre ante esa frase y no pudo contenerse.

—Me parece bien —dijo cortante, cruzándose de brazos—. Lo que no me parece bien es que me llames Evelyne.

Neil levantó una ceja y sonrió.

—¿Prefieres Evy?

—Prefiero señorita Taylor —escupió arisca—. Recuerda que soy tu jefa.

Por un momento pareció que a Neil le había intimidado su comentario, pero a los pocos segundos, su sonrisa se hizo más grande y guiñándola un ojo, espetó, pícaro.

—Como tú quieras...jefa.

6

Eran cerca de las nueve de la noche cuando Evelyne recogió su despacho para irse a casa. Cerró la puerta con llave y apagó todas las luces que había en el camino. Era la última en salir de las plantas de Advertising y las oficinas, tan desiertas, asustaban un poco.

Victoria y el nuevo secretario habían abandonado las instalaciones hacía más de tres horas, dejándola inmersa en la cantidad de papeles con el estado de avance de todos y cada uno de los clientes potenciales que ahora gestionaba ella a nivel nacional. Pero por fin, cuatro días después de haber regresado al trabajo, había conseguido ponerse al día con ello.

La semana había sido demasiado intensa, y se había centrado tanto en su trabajo que se había olvidado de ir a ver a su padre. Así que ese jueves iría a cenar con él a pesar del cansancio que acumulaba.

Arrancó su BMW y circuló por las calles de Manhattan en dirección a Staten Island, donde residía su padre. Tardaría unos veinte minutos en llegar a su destino, cenarían juntos y volvería a su casa. Y de repente cayó en la cuenta. Seguramente, Fiona estaría con él.

Apretó los labios, tensa. Fiona conocía a Mark desde que eran pequeños... ¿le preguntaría por él? No quería hablar de Mark. Evitaba estar en una conversación en la que mínimamente le nombraban.

Victoria se había pasado toda la semana intentando hablar con ella sobre él y al final, las cosas entre ellas se habían puesto un poco tirantes. ¿Es que nadie entendía que no quería saber nada de ese hombre? Después de pasar dos semanas lejos de Mark, cada día era una prueba de fuerza y de resistencia que se negaba a no superar.

Chasqueó la lengua, enervada al recordar que al día siguiente era la convención de Advertising. No estaría de tan mal humor si no fuera porque le encontraría allí. A él. Mierda. Se había pasado la semana rezando porque Mark anulara su participación a última hora, pero cuando Neil se presentó aquella misma tarde en su despacho con la lista de los invitados definitiva, su gozo se hundió en un pozo.

Cuando llegó a la pequeña casa de su padre, aparcó su coche en el porche lateral y entró decidida al interior de la vivienda.

Enseguida le llegó un aroma a guiso que hizo confirmar sus sospechas. Fiona estaba allí.

—Hola —saludó sin ganas.

—Cielo —dijo su padre—, estamos en la cocina.

Evelyne dejó el bolso en el mueble del salón y se dirigió hacia el lugar indicado. Su padre y Fiona estaban sirviendo los platos de la cena, joviales. Thomas era un hombre bastante delgado y de estatura mediana, cercano a los sesenta años. Tenía el pelo y la barba grisácea, que enmarcaban su delgado rostro. La pincelada de color lo daban sus ojos verdes, idénticos a los de su hija. Fiona era una mujer bastante vivaz, con la cara redondeada y llena de pecas, en la que resaltaban sus ojos rasgados y azulados. Su pelo castaño lo llevaba siempre atado en un moño alto.

En cuanto oyeron entrar a Evelyne, dejaron los platos sobre la mesa y se acercaron a ella.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó Thomas, acercándose a ella y besándola las mejillas—. ¡Por fin te vemos!

—Lo siento, papá —susurró ella, sintiéndose un poco mal—. He estado demasiado ocupada con el nuevo puesto de trabajo y se me ha ido el santo al cielo. Lo siento mucho.

—No te preocupes, cielo.

—Hola pequeña ¡qué alegría verte! —dijo Fiona acercándose a ella y apretándola contra su cuerpo. La familiaridad y el cariño que esa mujer desprendía siempre conseguía relajarla.

—Vamos a cenar, qué mi niña estará cansada —propuso su padre instando a que las mujeres se sentaran a la mesa.

—¿Qué tal el nuevo puesto, pequeña? —preguntó Fiona en cuanto los tres ocuparon las sillas.

—Bien —contestó Evelyne mientras degustaba el guiso que habían preparado—. Básicamente era lo que estaba haciendo en mi antiguo puesto, pero con más responsabilidad.

—¿Y Victoria? —quiso saber Thomas.

—Victoria sigue dependiendo de mí —aclaró Evelyne—. Gestiona a la mayoría de los clientes que trataban conmigo y yo dirijo que todo siga su curso.

—¿Y el puesto que tenía ella? —preguntó esta vez Fiona.

—Han contratado a un nuevo secretario. El señor Sanders.

—¿Bien con él? —dijo Thomas, mientras comía de su plato entre pregunta y pregunta.

—Sí —contestó ella—. Parece bastante espabilado, aunque a veces le fallan las formas.

Thomas y Fiona dejaron de comer para mirarla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fiona—. ¿No te trata bien?

—No, no es eso. Simplemente se descentra a veces y no se toma las cosas en serio —argumentó Evelyne, soltando la cuchara y recordando la manera en la que Neil se dirigía a ella en ocasiones por su nombre completo, provocándola.

—¿Es muy mayor? —preguntó su padre.

—No, tendrá un par de años más que yo, a lo sumo.

—Quizá no le gusta tener una jefa más joven que él.

Evelyne miró a su padre. No se lo había planteado, pero Neil no parecía de esa clase de persona. En los pocos días que había coincidido con él, más bien le parecía el tipo de hombre que pasaba olímpicamente de todo. Llegaba al trabajo, hacía sus funciones y se marchaba. No tenía pinta de esforzarse más de la cuenta, sino más bien de trabajar porque tenía que hacerlo. Eso sí, profesional ante todo, porque llevaba las cosas al pie de la letra y bastante ordenado para lo poco que llevaba en el puesto.

—No creo que sea de esos —dijo Evelyne al fin.

—Bueno —sentenció Thomas—, lo importante es que te ayude en tu trabajo y haga bien las cosas.

—Sí, de eso no tengo ninguna queja. Se ha ocupado prácticamente de todo lo que tenía que ver con la convención de mañana.

—¿Tenéis convención, pequeña?

—Sí —respondió ella—. La idea que propusimos Vicky y yo a Henry parece que le gustó, y mañana Advertising organiza un evento en el Hotel Península.

—Eso es estupendo, cielo. Son buenas noticias para tu empresa.

Evelyne sonrió un tanto forzada. Su padre tenía razón. Que una empresa tuviera ese tipo de eventos significaba que estaba creciendo. Pero su cabeza vagaba hacia el hecho de tener que coincidir con Mark inevitablemente.

Siguieron comiendo en silencio durante unos minutos más, en los que Thomas y Fiona intercambiaron algunas miradas, incomodando a Evelyne.

—¿Has vuelto a ver a Mark? —preguntó su padre al fin, con un tono de voz

más bajo de lo normal.

Evelyne dejó los cubiertos y miró a su padre, con el ceño fruncido.

—No —soltó con la voz demasiado grave.

Thomas miró de reojo a Fiona, que también había dejado de comer y escuchaba atenta la conversación.

—Igual si habláis las cosas...

—No tengo nada que hablar con él, papá —bufó Evelyne, poniéndose a la defensiva.

Thomas se limpió la boca con la servilleta, frunciendo ligeramente el ceño.

—Cielo —comenzó, más serio de lo normal—, Fiona está preocupada por él.

Evelyne miró a la mujer sin comprender y se cruzó de brazos. ¿Debería cortar la conversación ahora o quería saber la razón de la preocupación de Fiona?

—Hace varias semanas que no lo veo... —comenzó la mujer, sin esperar a que Evelyne le preguntara—. He hablado un par de veces con él y siempre se muestra esquivo y cortante... Algo le pasa, no es propio de Mark.

Evelyne apretó los dientes y mantuvo la mirada a Fiona. ¿Y a ella qué le importaba lo que le pasaba o le dejaba de pasar a Mark? Que todo el mundo le preguntara por él, le contara cosas de él, la enfurecía. Más de lo que ella quisiera. Sin pensarlo se levantó y recogió su plato y los cubiertos.

—Evy... —llamó Thomas.

—Si tanto te preocupa, llámalo y cuéntale tus inquietudes.

—Evelyne.

Fiona tomó la mano de Thomas y negó con la cabeza. Cuando su padre la llamaba por su nombre completo era para recordarle que había hecho algo mal y eso puso en alerta a Evelyne.

—Discúlpame —dijo Fiona—. No debería haber dicho nada del tema.

Evelyne apretó los ojos, de espaldas a ellos. No tenía que haberle contestado así. Fiona no tenía la culpa de lo que había pasado entre ellos. Pero por alguna extraña razón necesitaba descargar su ira y su furia con la gente que la rodeaba.

El escozor en sus ojos volvió a aparecer y sintió que el pecho se le encogía. Maldita sea, se había prometido a sí misma no ponerse así, y mucho menos por Mark.

—Será mejor que me vaya —dijo Evelyne, girándose hacia ellos, sin ser

capaz de mirarles a los ojos—. Es un poco tarde ya.

Thomas se levantó, seguido de Fiona, pero antes de que pudieran retomar la conversación, Evelyne había salido hacia el comedor para recoger sus cosas y salir despavorida por la puerta.

—Evelyne...

No se giró cuando su padre la llamó. Cogió el pomo, cerró la puerta tras de sí y se metió en su coche. Arrancó rápidamente y salió hacia la carretera derrapando.

Joder. ¿Qué le pasaba? Jamás se había puesto así por un hombre. ¿Por qué tenía que reaccionar como una histérica por el simple hecho de que alguien lo nombrara? La historia con Mark se había acabado. Incluso ella misma se negaba a admitir que había sido “algo más” que un simple tonto.

Apretó el volante con fuerza mientras aceleraba en dirección a su casa, con la única intención de olvidar el episodio en casa de su padre. ¿Acaso siempre reaccionaba así cuando había vivido una ruptura con un hombre? No, se respondió a sí misma rápidamente. Ni siquiera se había puesto así con Peter, su ex, con el que mantuvo cinco años de relación. ¿Por qué ahora con Mark era diferente? ¿Por qué el hecho de que alguien lo nombrara la abrasaba por dentro como si la estuvieran quemando con fuego?

Las lágrimas amenazaron con salir mientras conducía más rápido de lo normal por el centro de Nueva York. Se obligó a sí misma a retenerlas, a pesar de las terribles ganas que sentía de llorar. No se había portado bien con Fiona, y mucho menos con su padre. Jamás, en sus veintinueve años de vida, había salido de casa sin despedirse de su padre y darle un beso.

Se sentía la peor hija del mundo y no era para menos.

La noche previa a la convención de Advertising, Evelyne no había pegado ojo y el cansancio se acumuló en su rostro en forma de ojeras e hinchazón. Se había maquillado a conciencia por la mañana para intentar ocultarlas lo máximo posible, pero a pesar de todo, cuando llegó a su apartamento a media tarde, tuvo que maquillarse desde cero para estar “algo” presentable para la convención de aquella noche.

Se miró en el espejo mientras se aplicaba los polvos fijadores y no le gustó lo que vio. Desde hacía días, sus ojos quedaban enmarcados por sus cejas fruncidas. El estado de ánimo que sentía se veía reflejado claramente en su aspecto físico. Y no era para menos.

Después del encontronazo con su padre y con Fiona, aquel día no había sido mucho mejor. Cuando llegó a primera hora de la mañana pidió estrictamente a Neil que solo le pasara las llamadas urgentes. Y para su sorpresa, obedeció, a pesar de que dejó entrar a Victoria a media mañana porque insistía en hablar con ella. Al principio pensó que su amiga quería comentarle cosas sobre el atuendo que llevarían por la noche, pero cuando la vio entrar nerviosa en su despacho, supo que algo no iba bien y sus sospechas se confirmaron.

—Tengo que contarte algo sobre Mark —había dicho por enésima vez.

Decir que Evelyne la echó de su despacho de una forma poco apropiada es quedarse corto. Victoria refunfuñó, y después de llamarla cabezota, salió cerrando la puerta de un portazo.

Evelyne suspiró al recordar lo sucedido con su amiga y algo en su corazón se encogió. A pesar de haber vuelto al trabajo, apenas habían coincidido para comer o verse. Evelyne se había centrado en ponerse al día y en gestionar a los clientes lo antes posible, y eso suponía no parar hasta altas horas de la noche. Victoria, por su parte, intentaba buscar un hueco en el que pudiera hablar con su amiga, pero después de intercambiar un par de frases, ella volvía al mismo tema, Mark, lo que provocaba la ira de Evelyne y por consiguiente, el final de la conversación.

Agitó la cabeza para apartar esos recuerdos de su mente y concentrarse en la convención. Se terminó de vestir y bajó a esperar al taxi que había llamado para que la acercara al Hotel Península.

En esta ocasión, se había decantado por un vestido largo rojo, con escote en uve y abierto por la espalda. Necesitaba sentirse bien y el rojo era un color que demostraba personalidad y fortaleza. Volvería a ver a Mark, y también a Susan. Y quería que la vieran como la mujer poderosa y resistente en la que se había convertido. El pelo lo había ondulado y recogido en moño informal, dejando al descubierto unos pendientes largos de cristal de Swarovski que había heredado de su madre.

El taxi la dejó en doble final frente a la impresionante fachada empedrada del Hotel Península.

Dos grandes columnas jónicas custodiaban la entrada, decoradas con pequeñas luces blancas que el hotel se había encargado de colocar para la convención. En cuanto la vió salir del vehículo, uno de los botones apeados allí, se acercó para acompañarla hasta el interior del mismo.

Impactaba la elegancia y la sencillez con la que el hotel estaba decorado y Evelyne sonrió satisfecha por la elección. Era la primera vez que Advertising hacía un evento como ese y no se quedaba atrás. Todo estaba cuidado al detalle.

El botones la condujo hasta uno de los ascensores laterales y una vez dentro, pulsó el botón hasta la última planta. Evelyne estaba nerviosa y respiró profundamente, sin que se le notara, para calmarse. Este día tenía que ser especial para ella, era su presentación oficial como directora del Departamento de Cuentas a nivel nacional, y eso la enorgullecía. Ese ascenso que, después de tantos años y sacrificio, había conseguido.

El ascensor pitó alertando que habían llegado a la última planta y cuando las puertas se abrieron, los ojos de Evelyne parpadearon ante tanto esplendor. Y no era para menos.

La planta de arriba estaba espectacular. Había mesas circulares con manteles blancos a ambos lados de la estancia, decorados con lirios que se elevaban como atraídos por la luz que desprendían los candelabros del techo. Las paredes laterales estaban decoradas con pequeñas luces verticales que le daban a la estancia una personalidad única. Al frente, una gran pantalla que iba proyectando diferentes imágenes de la empresa, entre ellas a sus trabajadores.

El pecho se le hinchó orgullosa al ver todo aquello y pensó en felicitar a Neil en cuanto lo viera.

—¡Guau! —exclamó una voz familiar a su espalda.

Evelyne giró la cabeza para descubrir a una Victoria espléndida, con un vestido rosa palo de escote recto decorado con adornos florales que subían desde el bajo del vestido hasta la parte superior de su busto. Era un vestido muy en la línea de su amiga.

—Vicky —dijo acercándose a ella para darle un beso. Victoria se dejó llevar y la estrechó entre sus brazos. Evelyne sonrió, aliviada por la tensión que había surgido entre ellas esta última semana—. Estas preciosa, Vicky.

—¡Y tú! ¡No te quedas corta! —Exclamó eufórica— ¡Menudo vestidazo rojo que nos traes!

—No es para tanto —dijo, mirando a su alrededor.

La gente llegaba poco a poco y se juntaba en pequeños grupos alrededor de las mesas redondas, degustando copas de vino y canapés.

—¿Henry y el señor Sanders aún no han venido? —preguntó Evelyne, mirando sin localizarlos.

—Henry está saludando a unos clientes —justificó Victoria, mientras la agarraba del brazo y la acercaba hasta la mesita más próxima—. Neil no podía venir.

—¿Y eso? —quiso saber Evelyne, frunciendo el ceño. Había coincidido durante toda esa semana con él, sobretodo para ultimar los detalles de la convención y en ningún momento había mencionado que no estaría.

—Resulta que tenía reservado este fin de semana desde hacía bastante tiempo y no está en la ciudad.

—No me había dicho nada —dijo Evelyne, molesta. A fin de cuentas, era su jefa directa y tenía una responsabilidad para con ella que no había cumplido. El lunes hablaría con él, pensó.

—Vamos —dijo Victoria, ofreciéndola una copa de vino—. No seas tan dura con el chico, acaba de empezar.

—No tiene quince años.

—¿Quién no tiene quince años? —preguntó una hombre a sus espaldas.

Victoria sonrió antes de girarse y Evelyne respiró hondo. Reconoció la voz enseguida y cuando se giró, puso su mejor cara para volver a encontrarse con Laurent, el hermano mayor de Mark, que nunca faltaba a una convención.

—¡Hola cariño! —gritó Victoria, acariciándole el brazo—. ¿Has hecho muchas fotitos?

—Mira que eres cría cuando quieres... —respondió él, arrimándose a ella un poco más.

Evelyne se forzó a sonreír.

—Hola, Evy —dijo Laurent, acercándose a ella y plantándole un beso en la mejilla—. Estás espectacular con ese vestido.

—Gracias Laurent —dijo ella intentando mantener la compostura.

Laurent era bastante alto y atlético. Tenía el pelo rubio y corto, peinado hacia arriba. Cualquiera que viera a los Evans no dudaría de que eran hermanos: tenían los mismos ojos verdes y el mismo gesto en la boca al sonreír de lado. Laurent vestía con un traje de tres piezas en negro, adornado con una pajarita en el mismo tono. Al cuello, llevaba su cámara Nikon siempre preparada para este tipo de eventos. Poco a poco se estaba haciendo un nombre como periodista de sociedad y eso alegró a Evelyne.

—Enhorabuena por tu ascenso, Evy —dijo él, sonriendo de lado y haciendo que ella palideciera al recordar aquel gesto tan de Mark.

—Gracias de nuevo —tartamudeó ella, llevándose la copa a la boca y bebiendo un largo trago.

—¿Han venido ya? —preguntó Victoria mirando hacia ambos lados, nerviosa.

—Todavía no —respondió Laurent, mirando su reloj.

Evelyne frunció el ceño sin entender.

—Evy —susurró Victoria acercándose a su amiga—, tengo que hablar contigo.

—¿Aún no se lo has dicho? —preguntó Laurent crispado.

¿Decirle qué?

—¡No he tenido oportunidad! —bufó Victoria poniéndose de puntillas para plantarle cara a su chico—. ¡Llevo toda la semana detrás de ella!

Evelyne dio un paso atrás sin comprender y chocó contra alguien.

—¡Por fin encuentro a mis chicas! —dijo Henry con una sonrisa de oreja a oreja—. Evy, tienes que venir conmigo, quiero presentarte a unos cuantos colaboradores. Vicky, los de TrescientosSesenta acaban de llegar y han preguntado por ti.

Victoria chasqueó la lengua y asintió desganada. Henry cogió del brazo a Evelyne y la instó a que le agarrara del brazo, alejándose de la pareja y mezclándose con la multitud.

Recorrieron la estancia saludando a diestro y siniestro a patrocinadores, clientes y demás invitados. Henry se movía como pez en el agua y Evelyne intentaba centrarse en cada conversación como podía. Estaba inquieta por lo

que habían dicho Victoria y Laurent. ¿Qué sabían ellos que querían contarle?

Apartó los pensamientos de su cabeza y se centró en la convención. Tenía que estar perfecta, tenía que dar una imagen de la profesional que era y no podía descentrarse. Pero no podía. Estaba inquieta, nerviosa. No era la primera vez que estaba en una convención, pero estaba más nerviosa que nunca. Lo peor de todo es que en su interior, sabía perfectamente el motivo de su inquietud, y para nada tenía que ver con el ascenso a nivel laboral.

No hizo falta que le buscará entre la multitud. En cuanto entró en la estancia, ella lo supo. Su sola presencia hizo que su piel se erizase bajo su vestido y se quedase sin respiración.

Joder. ¿Realmente ese escalofrío había sido por él? Henry estaba inmerso en una conversación con otros dos hombres trajeados mientras ella sonreía sin prestar atención. Lo notaba. Notaba que Mark estaba cerca y le pudo la curiosidad.

Cuando giró la cabeza no tardó en localizarle.

Acababa de entrar en la sala, cómo no, con Susan colgando del brazo. Estaba más delgado, se le notaba porque el traje de tres piezas en gris marengo que llevaba le quedaba un poco suelto. Se había cortado su pelo castaño y lo llevaba de tal manera que marcaba mejor sus apuestas facciones, haciéndole incluso más atractivo de lo que era.

Evelyne se quedó sin palabras. Solo él era capaz de provocar esa sensación en ella. Notó como la frustración al no controlar sus emociones se apoderaba de ella y justo antes de apartar la vista de él para centrarse en los clientes, Mark la miró. La miró con esos ojos verdes que solo un dos por ciento de la población tenía, y un escalofrío la recorrió de principio a fin, dejándola sin respiración. Daba igual el tiempo que pasara o donde estuvieran, en el poco tiempo que se conocían habían descubierto que tenían un radar que les permitía encontrarse en lugares plagados de gente.

Evelyne intentó apartar la vista, pero no pudo. Mark la miraba fijamente y ella fue incapaz de girar la cara. Estaba hipnotizada por esos ojos que unos días atrás, quince concretamente, la habían mirado solo a ella.

Entrecerró los parpados y se dio cuenta de que los ojos de Mark tenían algo diferente. Ya no brillaban. Estaban apagados. Era como si se hubieran quedado sin luz...Mark estaba rodeado de gente pero en realidad, parecía sentirse solo y desubicado.

Henry la agarró por el codo haciendo que volviera a la realidad.

—Evy, van a comenzar las charlas —explicó, mirando hacia donde estaba el proyector—. Tienes que venir conmigo para cuando hagan públicos los ascensos.

Evelyne asintió sin palabras y siguió a Henry por el centro de la sala.

Su corazón estaba desbocado y notaba las palpitaciones en la sien. Lo había visto. Él estaba allí y sus miradas se habían cruzado. Maldita sea. ¿Por qué se había puesto tan nerviosa? ¿Por qué le temblaban las piernas? Mark había sido algo pasajero en su vida, ¿no? Entonces, ¿por qué reaccionaba así?

8

Durante la siguiente hora y media, diferentes cargos de la empresa Advertising subieron por el escenario. Todos y cada uno de ellos tenía algo que decir en relación a la rápida expansión que había sufrido la sociedad en los últimos años.

El director general, el señor Roberts, era un hombre entrado en la cincuentena que llevaba más de diez años en el puesto. Evelyne jamás había tenido que tratar con él en todo el tiempo que llevaba en la empresa, por lo menos hasta ahora. Por comentarios de Henry parecía que el señor Roberts era bastante cercano y humano. Todas las semanas, tenía reuniones con los jefes de cada uno de los departamentos, a las que, por supuesto, asistía Henry. Como el ascenso de Evelyne había sido tan precipitado, y tan cercano a la primera convención que organizaban, no había tenido tiempo de ver con su antiguo jefe si a partir de ahora ella tendría que ir a esas reuniones.

Cuando acabó el turno del director general, llegó el momento de las presentaciones de cada uno de los Departamentos. Henry se había preparado unas palabras para comentar la gran evolución del Departamento de Cuentas gracias a su equipo. Y antes de que Henry pudiera finalizar, el señor Roberts pidió la palabra.

—Gracias por sus palabras señor Carter —dijo, dándole la mano—. Permítame hacer los honores para compartir con nuestros invitados una grata noticia.

Evelyne se tensó y respiró hondo.

—Quisiera mencionar que desde la dirección general de Advertising y debido al rápido crecimiento de la empresa a nivel internacional, hemos decidido que el Departamento de Cuentas sea un binomio y tenga dos responsables. Uno para los clientes internacionales, al que muchos conocéis —señaló a Henry, que sonrió ruborizado—, y otro a nivel nacional, en el que contamos con la increíble labor de la señorita Taylor.

La sala rompió en aplausos y el director instó a que Evelyne se acercara hasta él. Tomó aire y evitando tropezarse con el bajo de su vestido, se aproximó hasta los hombres.

—Gracias, señor Roberts —dijo, tendiéndole la mano.

—Gracias a usted, señorita Taylor. Su trabajo es impecable y estoy seguro de que el nuevo cargo hará que la empresa siga creciendo como hasta ahora. Tenemos muchas esperanzas puestas en usted.

Evelyne sonrió levemente, sin alterar su expresión. Estaba emocionada por este reconocimiento, pero tenía que mantener las apariencias y comportarse como una auténtica profesional. La llenaba de orgullo que, a pesar de todo lo que había pasado con M&S, su empresa hubiera acabado reconociendo su labor y la hubiera concedido el ascenso por el que tanto había luchado.

Henry apoyó su mano en la espalda de Evelyne y la instó a reunirse con la multitud. No fueron capaces de andar más de cuatro pasos seguidos porque enseguida, los diferentes representantes de las empresas se habían acercado hasta ellos para darle la enhorabuena a Evelyne.

Con el gesto imperturbable, Evelyne recibía sus halagos con media sonrisa y con un apretón de manos.

—¡Estoy tan orgullosa de ti! —exclamó Victoria cuando Henry y ella consiguieron salir de la multitud.

—Gracias, Vicky —respondió ella—. También me alegro por ti.

—Claro —dijo Henry—, esto no hubiera salido tan bien si no hubiera sido por vosotras dos. ¡Tengo un gran equipo!

—Buenas noches —saludó una voz aguda a sus espaldas.

Reconocería aquella voz en cualquier lugar. Evelyne apretó los párpados antes de girarse y enfrentarse a la mujer que había hecho peligrar su carrera laboral y que había sido partícipe de que, de una manera u otra, Mark le hubiera roto el corazón.

Susan era la elegancia personificada. Con la piel tan blanca como la porcelana, los ojos azules rasgados y una melena rubia que siempre brillaba, no dejaba indiferente a nadie.

En esta ocasión se había decantado por un vestido en dos colores, con la parte superior en crema y una falda negra plisada con una apertura lateral que dejaba ver la mayor parte de su esbelta pierna. Mark estaba a su lado, recto, impasible.

Evelyne se tensó. Estaban demasiado cerca el uno del otro y volvió a sentir como un escalofrío la recorría entera, de arriba abajo. No se miraban, pero se veían. No se tocaban, pero se sentían. Los recuerdos de hacía apenas unas semanas se hicieron latentes en su cabeza y la rabia subió por su pecho hasta su garganta. ¿Por qué tenía que acordarse así de él? Maldita sea.

—Está siendo una velada increíble, Henry —dijo Susan mientras le apretaba el brazo de manera cariñosa, sin soltar ni por un momento a Mark.

—Gracias Susan —respondió Henry, sonriendo nervioso—. La verdad es que el Hotel es precioso, nada podía haber salido mal en un sitio como este.

Susan sonrió falsamente y se giró hacia Victoria, que estaba al otro lado de Henry.

—Victoria, querida, no te he visto.

¿Victoria, querida, no te he visto? Repitió Evelyne en su cabeza. ¿Desde cuándo había tanta familiaridad entre ellas? ¿Acaso Susan ya sabía que Laurent y Victoria eran pareja?

—No te preocupes, Susan —dijo Victoria, sonriendo tirante, sin enseñar los dientes. La saludó con la mano antes de que se acercara a darle un beso—. Ya nos vemos bastante.

—Claro —contestó Susan aceptando el saludo, luego se giró a Henry—. Henry, ¿sabías que Victoria y yo somos cuñadas?

Evelyne se irguió. Menuda descarada. Con aquella simple frase confirmaba sus sospechas. Susan sabía que Laurent y Victoria estaban juntos. Maldita sea.

Apretó los labios, intentando disimular su animadversión hacia aquella mujer. No aguantaba la manera tan directa que tenía Susan de atacar. ¿Lo estaba haciendo a posta delante de ella?

—Sí, Victoria me lo ha contado —afirmó Henry, sin saber dónde meterse.

—Es una suerte tenerla de cuñada —dijo Susan sonriendo secamente.

Victoria apartó la mirada, cogió aire y volvió a extender la mano más tiesa que un palo.

—Mark —saludó, en un tono muy brusco en el que pocas veces había oído a su amiga. ¿Qué ocurría aquí?

—Hola, Victoria —dijo Mark apretando su mano.

En ese momento, Susan fijó su mirada en Evelyne y una curvatura se formó en sus perfectos labios rojos.

Evelyne frunció el ceño, preparándose para lo que iba a venir.

—Enhorabuena, señorita Taylor —dijo Susan, alargando la mano.

—Gracias —respondió cortésmente, devolviéndole el gesto y notando como ella apretaba su mano más de la cuenta.

—Ha sido un ascenso vertiginoso para lo poco que lleva en la empresa y lo joven que es —soltó ella, sarcástica.

Evelyne levantó una ceja y sonrió.

—Con esfuerzo y dedicación se puede conseguir todo.

—Ya lo veo, ya.

—Usted mejor que nadie debería saberlo, señora Evans —soltó Evelyne, sin saber muy bien si lo decía por el puesto que ocupaba ahora Susan o por otra cosa.

Susan frunció el ceño, y antes de que pudiera contratacar, Mark le tendió la mano.

—Felicidades, Evelyne.

Ella sintió como la sangre se le congelaba en las venas y un escalofrío recorría su cuerpo de arriba abajo. Maldita sea. Otra vez. Ese nombre. Su nombre completo dicho por él. Menuda falta de respeto, pensó. ¿Acaso no podía dirigirse a ella por su apellido, como era lo normal? Ya no tenían nada, no tenía por qué referirse a ella por su nombre de pila.

Sintió como se le helaba la sangre ante la cercanía de Mark. ¿Por qué narices no era capaz de controlar su reacción?

Apretó los labios y le devolvió el gesto, más fuerte de lo normal.

—Gracias, señor Evans.

La corriente eléctrica pasó entre ellos a la velocidad de la luz. Evelyne la sintió metiéndose muy dentro de ella, recorriendo sus venas y llegando hasta su corazón. Y supo que Mark también lo había sentido cuando sus ojos se encontraron y un brillo apareció en su mirada apagada.

Evelyne lo soltó antes de que perdiera el control de la situación. Estaba temblando y necesitaba mantener la compostura. Tenía que salir de allí lo antes posible.

—Cariño, deberíamos irnos ya —soltó Susan agarrándose más a su esposo—. En mi estado no me conviene estar mucho tiempo de pie.

Evelyne palideció. ¿En su qué? No. No podía ser. Sin saber muy bien la razón, buscó a Victoria con la mirada.

Sus ojos se encontraron durante una fracción de segundo, y antes de que Evelyne pudiera entender la expresión de su amiga, Victoria apartó la vista. Maldita sea. Su amiga sabía algo. Los pensamientos se agolparon en su cabeza, intentando coger forma, pero ella los retuvo sin dejar que se ordenaran.

—¿Te encuentras bien, Susan? —preguntó Henry.

Susan le miró y una sonrisa lobuna apareció en su rostro. Se apretó más a

Mark, apoyándose en su hombro y agarrándole con las dos manos el brazo. Mark hinchó el pecho, estirando la espalda, incómodo.

—Más que bien, Henry —dijo ella, divertida—. Solo tengo los típicos síntomas de los primeros meses.

Henry cambió el peso de un pie a otro, sin saber dónde meterse. A su lado, Evelyne no podía creerse lo que estaba oyendo. No podía apartar la vista de Susan, expectante porque siguiera hablando. ¿Realmente quería escuchar lo que sospechaba?

—Mark y yo vamos a ser padres —confirmó Susan, acariciándose con una mano el vientre—. Estoy embarazada.

Notó como la sangre se la congeló en su interior, quedándose sin aire. No podía respirar. No quería respirar. ¿Había oído bien?

—Ah...vaya —dijo Henry, removiéndose un poco incómodo. A fin de cuentas él conocía la historia que habían tenido Evelyne y Mark—. Enhorabuena. Es una gran noticia.

—Gracias —dijo Susan, eufórica.

Las palpitaciones aumentaron y Evelyne se forzó a sí misma a mantener la compostura. Jamás se hubiera imaginado algo así.

Cogió aire por la nariz y lo soltó lentamente, obligándose a guardar la calma. Tenía que ser una profesional y una mujer madura, con todas las de la ley. Luego ya tendría tiempo de frustrarse y desmoronarse, pero ahora no.

—Enhorabuena —dijo, curvando ligeramente los labios.

Mark la miró, respirando entrecortadamente y con el rostro pálido. Parecía estar a punto de explotar, de decir algo.

Antes de que pudiera hacerlo, Susan se adelantó.

—Gracias, señorita Taylor —apoyó la cabeza en el hombro de Mark, marcando territorio—. Mark y yo siempre hemos querido ser padres.

Evelyne asintió falsamente, sonriendo a Susan. Sabía que Mark siempre había querido ser padre y que renunció a una familia porque Susan odiaba a los niños. Y ahora ella soltaba eso. Esa bomba. Maldita sea. ¿Quién estaba mintiendo?

—Por cierto —interrumpió Henry—. ¿Cuándo hará oficial M&S la elección del presidente? Lo último que sé es que el Consejo resolvió la votación y que ya hay un elegido.

—Pronto —sentenció Susan frunciendo el ceño—. Aún tienen que pasar unos meses para que se adapte al nuevo puesto y se pueda hacer oficial. Por

la presión mediática, ya sabe.

—Claro...—dijo Henry, meditando.

Evelyne había dejado de escuchar desde hacía un rato. Solo necesitaba salir de allí, alejarse de todo aquello. De Susan, de Mark. De lo que estaba por llegar. Joder. Estar tan cerca de Mark estaba siendo demasiado intenso y doloroso. Y más aún al descubrir aquella dolorosa realidad. Mark y Susan iban a ser padres. Ella estaba embarazada. No podía creerlo. No podía soportarlo. Si seguía más tiempo allí acabaría explotando y no quería que las lágrimas desbordaran por sus ojos delante de todos los demás.

—Si me disculpan —comenzó Evelyne, intentando que no se le notara la mentira que iba a decir—, voy a saludar a unos clientes. Buenas noches.

Ni siquiera esperó a que los demás se despidieran de ella. Agarró su vestido y se mezcló entre la multitud. Solo quería salir de allí, tomar el aire y olvidarse de todo.

9

Necesitaba aire. Los pulmones le oprimían el pecho, y no era capaz de inspirar ni por la nariz ni por la boca. Se estaba ahogando.

La ansiedad se instaló en su interior como una bala disparada por un francotirador. El corazón le palpitaba con fuerza y lo único que podía oír mientras caminaba entre la gente con paso acelerado, eran sus propios latidos.

A pesar de que en la última planta había una terraza descubierta, Evelyne buscó las escaleras para bajar a una inferior en la que tuviera intimidad. No quería que nadie la viera en ese estado. No quería que vieran como retenía las lágrimas y apretaba los puños, controlando su rabia.

Cuando descubrió que justo al bajar las escaleras a la derecha había una puerta hacia el exterior, no dudó ni un instante. La terraza era un poco más pequeña que la del piso superior, pero la ventaja que tenía era que estaba sola.

Llegó lo más rápido que le dejaron sus tacones hasta la barandilla y se apoyó de lleno contra ella. Fue en ese momento cuando soltó todo el aire que había retenido y lo volvió a coger, apretando su pecho contra la barra de metal para aliviar el dolor que la consumía por dentro.

Embarazada. El muy cabrón había dejado embarazada a Susan mientras estaba con ella. Joder. ¿Cómo había sido tan idiota de no haberlo visto venir? ¿Cómo había sido tan estúpida de confiar ni por un momento en Mark? Embarazada. Joder. Susan estaba embarazada de apenas unos meses. No se le notaba nada la barriga, por lo que eso solo significaba que Mark se había estado acostando con las dos a la vez.

—¡Joder! —gritó apretando los dientes.

El escozor de los ojos se intensificó, anunciando que las lágrimas saldrían de un momento a otro. ¡No! Se reprimió. No iba a llorar. No, no y no. Se lo había prohibido a ella misma y no iba a romper su palabra. No lloraría nunca más por un hombre, y mucho menos por Mark. Joder. ¿Por qué no lo había visto venir? ¡Estaba casado, maldita sea!

—Evelyne...deja que te lo explique...

Se irguió y todo su cuerpo se tensó al oír esas palabras. Y sobre todo esa voz.

Levantó la cabeza y respiró todo el aire que pudo. ¿La había seguido hasta allí? Tenía solo unos segundos para recuperarse y evitar que el hombre que le había destrozado el corazón la viera así, rota.

Se agarró a la barandilla y levantando la barbilla, se preparó para enfrentarse a él.

—¿Qué exactamente? —preguntó fría, sin girarse—. ¿Cómo se ha quedado Susan embarazada? ¿O por qué no tuviste cojones para decírmelo cuando cortaste conmigo?

—Evelyne...

Se dio la vuelta y se enfrentó a él. Mark estaba a una distancia prudencial, con las manos en los bolsillos y con expresión abatida. La miraba fijamente y respiraba con dificultad. Maldita sea, a pesar de todo, seguía siendo demasiado atractivo para ella. Joder. Tenía que centrarse. Apretó los puños y mantuvo el ceño fruncido cuando dio un paso hacia él.

—Creo que la primera me queda clara —sentenció fría—, y la segunda es fácil de responder. Eres un cabrón y un cerdo.

—Evelyne... —murmuró Mark dando un paso hacia ella y sacando las manos de los bolsillos.

—No —gruñó ella—. Follaste conmigo mientras preñabas a tu mujer.

Mark abrió los ojos, recibiendo el mazazo verbal que, por supuesto, se merecía. Respiró hondo y se acercó más.

—No, Evelyne...

—Se acabó —dijo ella, notando como la sangre se le agolpaba en la cabeza—. No voy a perder más tiempo con esto.

—Escúchame...

Pero antes de que Mark pudiera seguir hablando, Evelyne avanzó hacia la puerta con paso decidido para largarse de allí. Se estaba ahogando, y estar tan cerca de él le removía sentimientos que se había esforzado por guardar muy dentro de su alma.

Cuando pasó a su lado, Mark la retuvo agarrándola por la muñeca.

—Suéltame —bufó ella, clavándole su hiriente mirada, pero Mark era más fuerte y haciendo un movimiento con el hombro, consiguió que se girase por completo y se quedase frente a él, sin soltarla por la muñeca.

—Mientras estuvimos juntos no hice nada con Susan —dijo Mark, demasiado serio y fijando sus ojos verdes en ella.

Evelyne parpadeó, sobresaltada por la seriedad de sus palabras. Estar tan

cerca de él la estaba matando por dentro. Olía como solo podía oler él, a su perfume de Calvin Klein y a limpio.

Mark la sujetaba con fuerza por la muñeca, pero no le hacía daño, no apretaba, solo la retenía. Y el tacto de su piel la abrasaba. Joder. La hacía perder el control y no le gustaba. La rabia y el dolor se iban apoderando de ella a cada segundo que pasaba.

—¡Por el amor de Dios! —bramó ella entre dientes, intentado soltarse—
¡Está embarazada!

El rostro de Mark se desencajó y la acercó más hacia él. Apretaba los dientes haciendo que se le marcara esa mandíbula tan perfecta que tenía. Estaba nervioso, inquieto. Y antes de hablar, soltó todo el aire que retenía por la nariz, ensanchando sus aletas.

—No estoy seguro de que ese bebé sea mío.

Evelyne abrió tanto los ojos que sus pestañas se pegaron contra sus párpados. ¿Qué? ¿Qué narices significaba eso? Un rayo de luz apareció en su oscuro corazón en forma de esperanza, pero lo apartó antes de que tomara una forma más concreta. No. Se negaba a dejar entrar esos sentimientos.

Las lágrimas aparecieron en sus ojos pero las retuvo apretando los dientes.

—Por favor...—bufó ella negando con la cabeza.

—Susan seguía manteniendo una relación con... él —confesó Mark arrastrando las palabras, sin dejar de mirarla.

Evelyne frunció el ceño, sin creerle del todo. Recordó que el matrimonio de Mark y Susan estuvo a punto de irse a pique porque Susan le había sido infiel con su mejor amigo. Cuando Mark los descubrió, perdonó a Susan, pero ella volvió a engañarle otra vez con él y por eso Mark decidió cortar por lo sano. Estaba claro que le dolía recordar aquello porque no era capaz de pronunciar el nombre del que fue su mejor amigo.

—¿Pretendes que crea que...?

—No —rugió él, acercándose más a ella—. ¡No pretendo que creas nada, joder! Solo te digo que ese bebé puede ser tanto mío como de él.

—Y una mierda —explotó Evelyne, intentando zafarse de él. Mark frunció el ceño y la sujetó con fuerza, evitando perder el contacto, lo que enfureció más a Evelyne—. ¿Te crees que soy gilipollas?

—Evelyne.

—¡Deja de llamarme así! —gritó zafándose de su sujeción—. ¡Tenemos que vernos las caras porque nuestras empresas trabajan juntas! ¡Pero tú y yo

no hemos tenido nada! ¡Nada!

Mark echó su cuerpo ligeramente hacia atrás, asimilando el golpe bajo que ella le había dado.

—Eso no es verdad.

—¿El qué?

—Lo nuestro, Evelyne. Lo nuestro existió.

Ahora la que retrocedió fue ella, quedándose sin aire. Lo nuestro. ¿Alguna vez habían tenido algo? El pecho le subía y le bajaba impulsada por la tensión del momento, y los ojos le escocían demasiado, enrojecidos de rabia.

—¿Por echar cuatro polvos hemos tenido algo? —bufó irritada—. Por lo menos podrías haber sido menos cabrón y haberme dicho que te la estabas follando a ella también.

—No me he foll...

—Eres un cerdo —gritó ella, acercándose a él y levantando la barbilla, roja de rabia—. Me puedes haber pegado algo. ¡Lo hicimos sin protección, joder!

—¡Por Dios, escúchame! —gritó Mark, perdiendo los papeles y asiéndola por los hombros— ¡Desde que te conocí aquella noche en el bar no me he acostado con ella, joder! ¡No me he acostado con ninguna otra! ¡Solo contigo!

Y oír aquella declaración la destrozó. La despedazó por dentro. ¿Sólo con ella? No era capaz de creerlo. No lo era. Susan estaba embarazada ¡Maldita sea! Las lágrimas empezaron a surcar sus mejillas sin control y el rostro tenso de Mark se relajó. Seguía sujetándola por los hombros y eso la reconfortaba. La consolaba. Había anhelado tanto su calor, su roce. Lo había anhelado tanto como a él.

—Evelyne...

Su nombre salido de su boca hizo que un escalofrío recorriera su espalda de arriba abajo, regresándola a la realidad. Y notó como las lágrimas frías caían hasta su barbilla. No podía estar así, no quería que él ni nadie la vieran así. ¿Dónde estaba la Evelyne dura? ¿Dónde había quedado aquella barrera que proyectó cuando la historia con Peter salió mal? Miró a Mark. A esos ojos verdes que apenas hacía unas semanas le habían transmitido esperanza y que ahora le suplicaban... ¿qué? ¿perdón?

Se armó de valor y decidió acabar con aquello de la única manera que la nueva Evelyne era capaz de hacer.

—Para mí estás muerto Mark.

Él abrió los ojos de par en par y aflojó la presión que sus manos ejercían en los hombros de Evelyne. Había sido un golpe directo a la yugular que le había dejado noqueado. Evelyne aprovechó la distracción para zafarse de él y salir de allí.

Cuando se giró en dirección a la salida, se topó de cara con Victoria, que estaba compungida y con un Laurent a la expectativa, detrás de ella.

—Evy...

Por alguna razón, ver a su amiga la acabó de rematar. Evelyne soltó el aire retenido y comenzó a respirar entrecortadamente mientras las lágrimas salían sin control de sus ojos. Lo único que podía pensar era que Victoria lo sabía. Había hablado con Mark, y él se lo había dicho. Le había dicho que Susan estaba embarazada. Pero lo peor de todo fue que en ningún momento Victoria se lo contó. No le mencionó que Mark y Susan estaban esperando un hijo. Y eso le dolió demasiado. Su mejor amiga la había traicionado, haciendo que su maltrecho corazón quedase hecho añicos por completo.

—Eres igual que él —escupió Evelyne apretando los dientes en un vano intento por parar el llanto, pero no lo consiguió y la frustración creció en su interior a la velocidad de la luz.

—Evy...yo...—tartamudeó su amiga.

—Eres igual que él —repitió, herida—. Tú lo sabías. Lo sabías desde el principio.

—Yo... —dijo Victoria, con la cara enrojecida y los ojos empañados en lágrimas—. Evy, intenté decírtelo...lo intenté varias veces...

Pero Evelyne no la escuchaba. Solo veía a su amiga llorar, mientras se acercaba a ella lentamente.

—Llevo toda la semana intentando hablar contigo... —se justificó Victoria—. ¡No has querido escucharme!

Evelyne cerró los ojos intentando controlar la migraña que subía hasta lo más profundo de su cabeza. No podía ser. Todos los sabían menos ella. Todos habían dejado que la humillaran delante de los clientes que habían asistido al evento. La habían traicionado con todas las de la ley.

Cuando volvió a abrir los ojos, Victoria la miraba suplicante. Las lágrimas habían salido por sus ojos y se escurrían sin control por sus mejillas. Laurent, detrás de ella, no se movía, y cuando Evelyne le miró, este apartó la vista. Volvió a mirar a Victoria, y antes de pasar a su lado, soltó, llena de ira:

—Iros a la mierda. No quiero volver a veros en mi vida.

—¡Evy!

Pero cuando Victoria la llamó, no se giró. Salió corriendo en dirección a la salida del hotel. Necesitaba salir de allí. Necesitaba encerrarse en su apartamento y olvidarse de todo. Las lágrimas salían sin control y no se permitió que nadie la viera así. Lo había perdido todo.

10

El trayecto en el taxi hasta su apartamento se le hizo eterno. No era capaz de retener las lágrimas que salían sin control de sus ojos, y cuando el taxista la miró por tercera vez con cara de preocupación por el espejo retrovisor, Evelyne le lanzó una mirada asesina que hizo que no se atreviera a mirar de nuevo en lo que quedaba de camino.

Pagó de mala gana al conductor y subió las escaleras de dos en dos con sus zapatos de la mano.

Cuando entró en el apartamento cerró la puerta de tal manera que hizo temblar los cuadros de las paredes. Sin desvestirse, corrió hacia el baño y arrodillándose ante el retrete, vomitó lo poco que había comido durante la convención. Era así como su cuerpo soltaba toda la rabia y la decepción que había tragado durante semanas. Vomitando. Le dolía todo. El pecho, el estómago, la cabeza. Pero sobretodo el corazón. Sentía como si se lo hubieran sacado del pecho y lo hubieran estrujado hasta haberlo exprimido por completo.

A duras penas, se levantó y se miró al espejo. Estaba echa un asco. Tenía todo el rímel corrido y los ojos hinchados. Sus cejas no eran capaces de quitar el ceño fruncido que desde hacía semanas no desaparecía de su rostro y eso la irritó aún más.

Se lavó la cara y se echó agua en la nuca para calmar el dolor de barriga. Lo único que quería era meterse en la cama y desaparecer. Antes de dirigirse a su habitación, tomó del botiquín sus pastillas para las migrañas y se las tragó sin agua. Sin quitarse el vestido, se tumbó en su cama y se hizo un ovillo. Y fue en ese momento en el que dejó que todos los pensamientos afloraran en su cabeza.

Sin verlo venir, en apenas unas semanas había pasado de tenerlo todo a no tener nada. Las cosas con su padre no estaban demasiado bien después del último encontronazo que tuvo con él y con Fiona. Victoria la había traicionado y había dejado que la humillaran delante de todos al ocultarle la futura paternidad de Mark. Y Mark. Había conocido a Mark hacía unos meses, y a pesar de su hermetismo inicial con él, habían cedido los dos para comenzar una relación. Y ahora eso ya no estaba. Lo había perdido todo.

Las lágrimas volvieron a desbordar sus ojos y se acurrucó aún más, apretándose las rodillas y haciendo que los tules de la falda sonsasen. Y entonces sí, esta vez, se permitió llorar lo que no había llorado desde que Mark rompió con ella en ese mismo apartamento, hacía poco más de dos semanas.

11

Mark se cruzó de brazos y se centró en las vistas nocturnas que le acompañaban en su camino. El taxi recorría las calles de Manhattan con pericia. Estaba claro que conocía las avenidas al pie de la letra y que tardaría poco más de cinco minutos en llegar hasta el restaurante donde se había citado con Susan.

Chasqueó la lengua y se apretó el puente de la nariz. Joder. Tenía entre nada y cero ganas de reunirse con ella. Y más pudiendo pasar la noche con Evelyne...Su preciosa y delicada Evelyne.

Habían pasado dos días desde la convención en el Hotel London NYC y no se quitaba de la cabeza aquella noche. Ella, con lencería de encaje roja, a juego con sus labios, sobre las sábanas de satén negras cubiertas por pétalos de rosa.

Suspiró y una sonrisa de lado apareció en sus labios. Hacía apenas unas semanas que habían empezado una relación y no dejaba de pensar en ella. En su forma de ser. En sus ojos verdosos que le buscaban allá por donde fuera. En su carácter y en su manera de hacerse la fuerte delante de todos. En esa barrera que ella misma se había forjado para evitar que le hicieran daño y que él, poco a poco, había logrado derribar. Con cariño, siendo paciente y dejándole su espacio. Dios, pensó. No se la sacaba de la cabeza. Quería estar con ella, a todas horas. En todo momento.

Sonrió. Se había enamorado. Se había enamorado como solo un hombre se podía enamorar de una mujer. Locamente y con toda el alma.

Soltó el aire retenido entre sus labios sin dejar de sonreír y el taxista le miró por el espejo retrovisor sin entender. Le daba igual que la gente le mirara como si fuera un loco. Quería a esa mujer, por encima de todo y como nunca había querido a ninguna otra. Ni siquiera a Susan.

Su mente vagó por los recuerdos de su adolescencia, cuando comenzó a sentir algo más que simple cariño por aquella chica rubia de mirada felina. Se conocían de toda la vida, pero no fue hasta la adolescencia que comenzó a mirarla con otros ojos. Se había encaprichado con ella, así que jugó todas sus cartas para conquistarla. Además, su padre le tenía especial cariño y eso mejoró las cosas. Desde que empezó con Susan, solo había tenido ojos para

ella.

Hasta que conoció a Evelyne y todo su mundo cambió. El sentimiento que le despertó aquel día de Febrero en el Temple le removió por dentro. La intensidad de su mirada, las chispas que habían saltado entre ellos, no lo había sentido con nadie más. Ni siquiera con Susan después de tantos años. Y eso le desconcertó. ¿Quizá había pensado que Susan era la mujer de su vida y estaba equivocado? ¿Quizá lo que siempre pensó que le faltaba a su relación lo tenía aquella morena de ojos verdes?

Sonrió de nuevo. Maldita sea, se había enamorado de ella hasta las trancas. Adoraba la forma en la que lo retaba, en la que intentaba aparentar ser fuerte cuando temblaba de miedo. Adoraba la manera en la que se desvivía por los suyos, sobre todo con su padre y con Victoria. Adoraba cogerla la mano mientras conducía y ella se sobresaltaba, sorprendida por su muestra de cariño. Adoraba sus labios, toda su boca. Y su cuerpo. Ese cuerpo que lo volvía loco y que lo tuvo en abstinencia durante semanas solo para demostrarla que la quería como ningún hombre la había querido antes.

Se movió incómodo en el asiento trasero al recordar cómo su cuerpo se retorció de placer bajo el suyo cuando la hacía alcanzar el clímax. Dios. Le encantaba estar dentro de ella y demostrarle que solo había una mujer para él. En cuanto acabase esta estúpida reunión con Susan iría a su apartamento y le haría el amor durante toda la noche.

—Son 19 dólares —dijo el taxista deteniéndose en doble fila y sacándole de sus pensamientos.

Mark sacó los billetes de su cartera y después de agradecerle su servicio, se bajó del taxi.

El Eleven Madison Park era uno de los restaurantes más elegantes del corazón de Nueva York. Normalmente había que reservar con semanas de antelación, pero los dueños les conocían perfectamente, así que dio por supuesto que una llamada de Susan bastó para reservar mesa aquella noche.

Mark abrió la puerta sin ganas y respiró hondo para enfrentarse a su todavía esposa. En cuanto uno de los camareros le vio entrar, se acercó a él.

—Por aquí, señor Evans. Su mujer le está esperando.

Mark sonrió sin entusiasmo y siguió al *mettre* por el interior del restaurante. Enseguida vio a Susan. Era imposible no verla entre tanta gente.

Susan era una mujer bastante atractiva y que sabía cómo captar la atención de todos los que pasaban a su lado. Aquella noche, se había decantado por un

vestido negro asimétrico de terciopelo, con un solo tirante. Se había peinado el pelo hacia atrás y dejaba ver dos enormes perlas en sus orejas. Mark reconoció al instante aquellos pendientes: se los había regalado él mismo después de una discusión que tuvieron en la que por cierto, más tarde descubriría que mientras él recorría las calles de Nueva York en busca de esos pendientes, ella se follaba a su mejor amigo.

Apretó los labios al ver que Susan no había escatimado en detalles y que todo lo había preparado a conciencia.

Cuando Mark se acercó a la mesa, Susan se levantó para besarle. Su intención era darle un beso en los labios, pero Mark giró la cara justo antes de que ella lo hiciera.

—Cariño... —dijo ella haciendo pucheros.

—Hola Susan —sentenció serio, apartándose de ella y tomando asiento.

—Me he tomado la libertad de pedir el menú —dijo ella en cuanto se sentó, sonriendo como si no hubiera roto un plato.

—No tengo mucha hambre.

—¿Qué prisa tienes?

Mark frunció el ceño y le sostuvo la mirada. El camarero se acercó a ellos y les sirvió el primer plato: vieira en salsa de aguacate.

—Además de traerme al restaurante en donde te pedí matrimonio, ¿has pedido el mismo menú que cenamos aquella noche?

Susan sonrió eufórica.

—¿Y qué hay de malo?

—Susan —dijo Mark, irascible—. No era necesario todo este despliegue. Podríamos haberlo solucionado esta mañana con los abogados. Dime qué condiciones quieres que cambie para divorciarnos y acabemos ya con esto.

—¿No podemos cenar tranquilamente y hablar de nosotros?

Mark se cruzó de brazos. Estaba empezando a perder la paciencia.

—No Susan. Acabemos con esto ya. Tengo más cosas que hacer que estar perdiendo el tiempo en esto. Para eso están los abogados.

Susan frunció el ceño y se echó ligeramente hacia atrás.

—¿Has quedado luego con ella para follártela? —escupió, herida.

Mark soltó el aire por la nariz, sin saber cómo no le salió humo cuando lo hizo. No podía perder la paciencia tan rápido, pensó, tenía que mantener la cabeza fría. Pero Susan le ponía frenético, le sacaba de sus casillas. No podía evitarlo.

—Eso no te importa.

—Debería estar buscando trabajo en vez de follarse a mi marido.

Susan le mantenía la mirada. Había sido un golpe bajo.

—Habla de eso después, no puedes tomar una decisión a la ligera y pedir la cabeza de un trabajador así como así. Hay que pasar por el Consejo Directivo antes. Lo que has hecho es una rabieta.

Susan soltó una carcajada.

—¿Rabieta? —dijo, tapándose la boca con las manos—. En esto consiste formar parte del Consejo Directivo de una empresa, Mark. Deberías saberlo de las enseñanzas de tu padre. Hay que tomar decisiones rápidas y beneficiosas para la empresa. Esa zorra era un quiste que lo único que quería era poder y ascender rápidamente. Lo único que he hecho es extirparla.

Mark apretó los puños, intentando controlar su respiración. A pesar de conocerla desde hacía tantos años, seguía sorprendiéndole la cantidad de desfachateces y calumnias que era capaz de soltar Susan por la boca en tan solo unos segundos.

—No hables así de ella, no la conoces. Evelyne tiene sus propios objetivos laborales, y ninguno de ellos pasa por follarse a nadie para ascender. Nos hemos enamorado.

La carcajada que soltó Susan esta vez fue más sonora que la anterior.

—¿Habéis echado un par de polvos y por eso creéis que estáis enamorados?

Mark aguantó la mirada. Él tenía claro que se había enamorado de ella, pero... ¿y Evelyne? decía que todavía no, que de momento se atraían y que si seguían así, algún día se acabaría enamorando de él, pero... Algo en su interior le decía que no era así, que tenían los mismos sentimientos el uno por el otro, a pesar de las dudas de Evelyne. Y que lo único que ocurría era que Evelyne necesitaba un poco más de tiempo para asimilar esos sentimientos en ella. De todas maneras, no podía dejar que Susan supiera de esas incertidumbres. Tenía que cambiar de tema.

—La última palabra del Consejo de Dirección la tiene el presidente.

—Por favor, Mark. No tenemos presidente.

—De todas maneras, te has precipitado. Esto puede ocasionarte una sanción dentro de la empresa. Incluso la salida del Consejo.

Susan volvió a reírse.

—¿En serio? —dijo, triunfante—. Por favor, Mark. Todos sabemos que la elección del presidente está cerca y que tengo todas las papeletas de salir

elegida. Lo único que he hecho es adelantar acciones por el bien de la empresa.

—No eres la única candidata —soltó Mark, sabiendo que ella entendería a la perfección sus palabras.

Susan abrió los ojos y se acercó a la mesa, apoyando los codos sobre la misma.

—¿Me vas a decir ahora que quieres ser el presidente?

Mark no contestó. Se limitó a mirarla fijamente. Era una decisión que no había meditado en exceso, pero que había empezado a tomar forma en su cabeza dados los últimos acontecimientos en la empresa. Lo máximo que había aceptado era formar parte del Consejo de Dirección, a petición de su padre, pero si la única manera de pararle los pies a Susan era asumiendo un cargo más elevado, lo haría. Y más si la carrera laboral de Evelyne estaba en juego.

—¿Vas a presentar tu candidatura solo por esa zorra? —volvió a preguntar Susan, endureciendo su tono de voz.

—Ya veremos.

—No puedes hacer eso —dijo Susan, poniéndose nerviosa—. Llevas años eludiendo esa responsabilidad, haciendo que yo me prepare para el puesto. No puedes presentar tu candidatura.

—Tengo el mismo derecho que tú. Incluso más.

Susan se mordió el labio. Mark había dado en el clavo y el nerviosismo de Susan la delataba. Pero no era un tema que tuvieran que tratar ahora. Debía centrarse en lo que había venido a conseguir.

—Dime qué quieres para firmar los papeles del divorcio —exigió Mark.

—Te quiero a ti. Quiero que volvamos a estar juntos.

—Susan.

—No Mark —dijo ella acercándose a él y posando su mano en la de él—. Es una crisis ¡no te das cuenta! ¡todas las parejas las pasan! ¡Algún día la teníamos que pasar tú y yo!

—No es una crisis, Susan. No te quiero. Estoy enamorado de Evelyne, quiero estar con ella.

Los ojos de Susan se oscurecieron y apretó la mano sobre la suya.

—No puedes divorciarte de mí...

Mark apartó la mano evitando así el contacto con ella. Estaba empezando a perder la paciencia y necesitaba cerrar este tema cuanto antes.

—¿Qué coño quieres Susan? ¿El ático? ¿El coche? —gruñó entre dientes, intentando no levantar la voz para no molestar a los demás comensales—. ¡Quédatelos, joder! ¡Me dan igual! ¡Solo quiero que me dejes tranquilo!

—No lo entiendes... —susurró Susan, con un extraño brillo en los ojos.

—Susan.

—No puedes divorciarte de mí.

—¡Por el amor de Dios, Susan! ¿Es que...?

—Estoy embarazada.

La sangre se le congeló en todas y cada una de las venas de su cuerpo. ¿Qué? ¿Había oído bien?

—Mientes —gruñó, molesto.

Susan dibujó una leve sonrisa en sus labios y cogió su bolso. De su interior, sacó unos papeles y se los tendió.

—Sabía que no me creerías, por eso me he hecho una prueba —justificó ella.

Mark miró los papeles, dudando unos segundos, pero la rabia le pudo y se los arrancó de la mano.

—Estoy embarazada de ocho semanas —continuó ella.

Y los papeles lo confirmaban. Estaban firmados por el doctor y en ellos se explicaba que Susan Evans había acudido al ginecólogo a fecha de hoy y que estaba embarazada de ocho semanas.

—Y tú eres el padre.

Mark le devolvió los papeles, sin entender. No podía creerse que Susan hubiera llegado tan bajo. La rabia y la furia le calentaron la sangre hasta la cabeza.

—Hace meses que no follamos —sentenció bruscamente.

—Fue de la última vez, cuando volviste del bar. Hace dos meses —explicó ella, tranquila—. Justo ocho semanas.

Mark cruzó los brazos y apretó los labios. Vale sí, la última vez que se acostaron fue unos días antes de conocer a Evelyne.

Aquella noche, Susan y él habían vuelto a discutir y Mark decidió bajar al bar a relajarse un rato. Cuando se quiso dar cuenta habían pasado dos horas y más de cinco copas de whisky a palo seco estaban en su cuerpo. En el momento en que regresó al apartamento que compartía con Susan para recoger sus cosas, la borrachera le impedía ver con claridad. Susan se presentó en la habitación llorando y al final se acostaron juntos. Con rabia,

con desprecio, pero a fin de cuentas, lo hicieron. Mierda. Y no utilizaron preservativo. O al menos él no lo recordaba. Joder. No puede ser. ¿Había sido tan gilipollas de haberse acostado con ella sin preservativo sabiendo que aún se seguía tirando al innombrable?

—Usamos un preservativo.

—No lo usamos, cariño. Olvidaste ponértelo con la emoción del momento —justificó ella sonriendo.

Mierda. Mierda y mierda. Empezó a notar cómo el sudor le recorría la espalda. No podía ser. Susan estaba embarazada. Podía estar esperando un hijo. Podría ser padre dentro de medio año. Joder. No podía ser... ¿Por qué narices no había utilizado preservativo?

Y entonces una luz de esperanza se iluminó en su cabeza.

—¿Y el anillo?

Susan utilizaba el anillo anticonceptivo. Las píldoras no le iban bien y por eso usaba ese método. Mark respiró aliviado, pero cuando vio la sonrisa que se dibujaba en la boca de Susan, se temió lo peor.

—Hace meses que me lo quité, Mark. Querías tener un hijo. Y ahora te lo voy a dar.

—Ya —cortó él, sin creérselo—. Quizás deberías hablar con él para que se haga cargo del bebé.

Susan sonrió, relajada.

—¿Con él? —dijo, soltando una pequeña risa—. ¿Es que no eres capaz de decir su nombre?

Mark apretó los dientes, aguantando la rabia.

—Vamos Mark, no tengo que hablar con...

—Para Susan —bufó Mark—, hay más posibilidades de que el bebé sea suyo que mío.

—El bebé es tuyo.

—Demuéstramelo.

Susan volvió a posar su mano encima del puño cerrado de Mark.

—No puedo demostrártelo hasta que nazca —dijo suavemente, arrastrando las palabras—, pero una mujer sabe perfectamente de quien se queda embarazada.

La seguridad con la que Susan lo dijo y la dulzura de sus palabras encrespó a Mark. No se podía creer que hubiera llegado tan bajo para que no se divorciara de ella. ¡Maldita sea! ¡Había posibilidades de que ese bebé fuera

suyo, pero muchas más de que fuera de su amante! ¡Joder!

—Se acabó Susan —dijo, con los dientes apretados—. Estoy harto de tus chantajes. Ese bebé tiene más posibilidades de ser de él que mío. ¿Te crees que soy idiota? ¿Te crees que no sé qué te sigues acostando con él? ¡Joder, Susan! ¡Te conozco desde hace mucho tiempo!

—Te digo que el bebé es tuyo —sentenció tranquila.

Mark no aguantó más la soberbia de su todavía mujer, y echando la silla hacia atrás, se levantó de la mesa.

—Estas reuniones se han acabado —dijo, dolido—. A partir de ahora si quieres hablar conmigo tendrás que hacerlo con mi abogado. Te doy una semana para firmar los papeles del divorcio.

—¿Vas a dejar que tu hijo crezca sin un padre? —preguntó Susan, sin perder la calma.

—Ese bebé...

—Siempre te has quejado de que tu padre nunca cuidó de ti como un padre debería hacerlo —continuó Susan, clavándole sus ojos azules—. Que siempre te educó mirando más por su propio beneficio que por el tuyo. Y ahora resulta que, después de tantos años pidiéndome un hijo, te lo doy y por un simple calentón, vas a priorizar tu bien antes que el de tu hijo.

Mark soltó el aire por la nariz, haciendo que sus aletas nasales se ensancharan más de la cuenta. Susan había dado en el clavo. Había sido un golpe bajo. Demasiado bajo.

—Mark —dijo Susan con los ojos más vivos que de costumbre—. Vuelve conmigo.

—Susan...

—Si no lo haces... —comenzó ella, haciendo que Mark se temiera lo peor—. Si no vuelves conmigo y eliges seguir esa estúpida relación con Evelyne, jamás verás a tu hijo. No permitiré que veas a tu hijo si sigues con esa mujer. ¿Es lo que quieres para tu bebé?

Mark aguantó la mirada. No podía ser. No podía creerse lo que Susan estaba insinuando con aquella amenaza. ¿Sería capaz de separarle de su hijo? ¿Hasta ese punto era capaz de llegar para separarle de Evelyne? Mierda. No podía creerse que eso le estuviera pasando a él. Y menos en uno de los mejores momentos de su vida. Joder. No podía ser que después de tantos años intentando formar una familia, ahora, justo ahora, Susan se quedara embarazada. Estaba casi convencido de que ese bebé no era suyo, pero... ¿Y

si Susan tenía razón y el hijo que esperaba era de él? ¿Crecería sin un padre? ¿Iba a permitir que ese niño se educara sin un padre?

—Mark...

¿Y qué pasaba con Evelyne? ¿Dónde quedaba Evelyne en todo esto?

Mark se despertó sobresaltado y empapado en sudor. Había vuelto a tener la misma pesadilla que se sucedía desde hacía unas semanas. Los recuerdos de aquella noche en el restaurante, cuando Susan le dijo que estaba embarazada, se le aparecían todas las noches. Miró el móvil que tenía en su mesilla y descubrió que apenas eran las cuatro de la mañana y que había dormido menos de tres horas. Tenía un mensaje de WhatsApp de Susan de hacía apenas 10 minutos:

Susan: Mark, me duele la barriga. ¿Puedes venir, por favor?

Mark se apretó el puente de la nariz, agotado. Desde que había vuelto con Susan no dormía más de dos horas seguidas. Cuando no era por las pesadillas era porque Susan lo reclamaba con cosas del bebé. Suspiró y se incorporó en la cama, dispuesto a vestirse para acercarse hasta su antiguo apartamento. Susan y él ya no vivían juntos. Mark había accedido a dejar a Evelyne por el bien de ese bebé, y la única condición que había puesto a Susan era la de vivir separados. No quería malas interpretaciones. Mark no estaba enamorado de Susan, había vuelto con ella por el bebé. Ni más, ni menos. Por eso, casi todas las noches, Susan le llamaba con alguna excusa del niño.

Mark se levantó decidido a darse una ducha e ir al apartamento de Susan a ver qué ocurría. Como otras veces, Susan intentaría que Mark se quedase a dormir con ella, pero él volvería a su ático. Esperaría a que ella se durmiera para volver e intentar conciliar el sueño de nuevo. Aunque la única manera de dormir tranquilamente era cuando se acostaba en el cuarto de invitados. Esa habitación, que había compartido con Evelyne durante su breve romance, era la única habitación que le traía paz.

12

Para no variar, no había pegado ojo en todo el fin de semana. Era lunes y tenía que ir a trabajar. Sí o sí. Desde el viernes había permanecido encerrada en su apartamento sin hablar con nadie. Había recibido constantes llamadas de Victoria, pero las obvió todas. Su padre había intentado contactar con ella una vez, pero después del encontronazo que tuvieron el último día que se vieron, no tenía ganas de hablar con él. Se sorprendió al ver que tenía también dos llamadas de Lily, una de sus mejores amigas. Se sintió mal al no responderle, pero necesitaba tiempo para asimilar todo lo que le estaba pasando.

Chasqueó la lengua al recordar que la última vez que quedó con sus amigos les presentó a Mark. Ni siquiera había tenido la valentía de llamarles y decirles que lo suyo con Mark se había terminado. Maldita sea. ¿Por qué le importaba tanto decirlo o no? Intentó apartar esos pensamientos de la cabeza y se levantó.

Cuando se miró en el espejo del baño no se reconoció a sí misma. Tenía los ojos hinchados y unas ojeras que le llegaban hasta el suelo. Otra noche que no había dormido como debía dormir, pensó malhumorada.

Se preparó sin ganas, escogiendo para la ocasión su vestido de manga francesa en color vino y unos zapatos destalonados de Jimmy Choo.

Seguía con el estómago revuelto, así que optó por desayunar un té y una manzana, con la única intención de que se apaciguara el dolor. Aunque sabía perfectamente que lo que sentía no era una simple gastroenteritis.

Cuando bajó al garaje de su edificio y se montó en su BMW, se sorprendió al notar la dirección del volante un poco dura. En el momento en que giró la llave y no oyó arrancar el motor, supo que a su vehículo le pasaba algo.

—¿En serio? —bufó dando un golpe al volante.

Parecía que la suerte no la acompañaba. Comprobó el reloj y maldiciendo para sus adentros, salió lo más rápido que pudo para coger un taxi y llegar a tiempo a la oficina.

Estaba cabreada, molesta y de mal humor. Cuando Evelyne entró en las

oficinas de Advertising lo hizo con paso decidido y con el ceño fruncido. Tenía que centrarse en su nuevo puesto de trabajo y hacerlo lo mejor posible. Había luchado tantos años por aquel ascenso que ahora no podía desperdiciar aquella oportunidad. A fin de cuentas, era lo único que le quedaba, ¿no?

Hizo el camino de siempre, deteniéndose en la primera planta y atravesando el pasillo hacia las escaleras para subir a su despacho. Eso implicaba pasar al lado del despacho de Victoria. Podría haber tomado perfectamente el ascensor hasta el segundo piso de las oficinas de Advertising, pero no lo hizo. Necesitaba mantener su orgullo intacto y a pesar de haber discutido con Victoria, no se iba a amedrentar.

—Buenos días —saludó Evelyne pasando lentamente entre la mesa de Neil y el despacho de Victoria, que tenía la puerta abierta.

—Hola, Evy —saludó Neil, apartándose un mechón rubio de la frente. Evelyne entornó los ojos en señal de desaprobación. ¿No había dejado claro que tutearla estaba fuera de lugar? Soltó el aire por la nariz y giró la cabeza hacia el otro lado, mirando a Victoria. Esta no dijo nada, se limitó a mirarla y a estirar la espalda. ¿Ni siquiera iba a saludarla?

Llegó hasta su despacho con los puños apretados. En cuanto se sentó en su butaca, encendió el ordenador y comenzó a repasar su agenda para preparar la jornada del día. Pero no era capaz de concentrarse. No era capaz de sacarse de la cabeza todo lo que había pasado apenas unos días atrás. Joder. Había tenido un encontronazo con su padre, había discutido como nunca antes había discutido con Victoria y no quería ver a nadie. Y todo por culpa de Mark. Apoyó la cabeza en sus manos para controlar el dolor que la estaba subiendo hasta la sien y apretó los labios. Maldita sea. Desde que Mark había aparecido en su vida lo había destrozado todo. ¿En qué momento se planteó tener algo con un hombre casado? Menuda gilipollas había sido.

La puerta se abrió, sacándola de sus propios pensamientos.

—Evy...—susurró una Victoria cabizbaja con medio cuerpo en el despacho —. ¿Podemos hablar?

Evelyne se tensó y se apoyó en el respaldo, cruzándose de brazos.

—¿Qué quieres?

Victoria se irguió y frunció el ceño. Se alisó el vestido estampado con figuras geométricas y cogió aire.

—Llevo todo el fin de semana llamándote, lo que pasó el...

—¿Es algo del trabajo? —cortó Evelyne, fría.

Su amiga cerró la boca y acabó de entrar en el despacho, dejando la puerta medio abierta.

—Sabes que no —dijo Victoria un tanto mosqueada—. Tenemos que hablar de lo que pasó en la convención.

—Estamos trabajando.

—Serán cinco minutos.

—Victoria —dijo seria, apoyando los codos en su escritorio—. Estamos trabajando. No tengo tiempo para perder con tonterías.

—No son tonterías —se defendió ella, acercándose—. Nuestra amistad no es una tontería.

—Hay mucho trabajo por hacer y vamos retrasados en los plazos de entrega.

—Evy...

—Señorita Summers —terció Evelyne—, si no vuelve inmediatamente a su puesto de trabajo me veré obligada a tomar medidas.

Victoria abrió mucho los ojos y el rubor se instaló en su cara.

—No lo dices en serio.

—¿Crees que no?

Se retaban. Evelyne tenía carácter, pero Victoria también. Le dolía, le dolía demasiado el hecho de que su mejor amiga le hubiera fallado así. Ella sabía que Mark estaba esperando un hijo de Susan y no se lo dijo. No se lo dijo y dejó que la humillaran en la convención. La tensión que había entre ellas se palpaba en el aire y Evelyne comenzó a ponerse nerviosa. Tenía que acabar con esto.

—¿Algo más?

Victoria no dijo nada. Permaneció en silencio con el gesto arrugado y las mejillas enrojecidas. Suspiró escandalosamente, se dio la vuelta y cerró de un portazo.

Fue en ese momento, justo en ese momento, que Evelyne bajó la guardia, dejando que las lágrimas subieran hasta sus ojos. Los cerró e intentó calmarse. Vale. Le dolía lo que había pasado con Victoria. Le dolía demasiado su traición y el dolor que sentía en su pecho le impedía hablar de ello. Maldita sea. ¿Qué le pasaba?

Llamaron a la puerta y ella se obligó a tragar saliva. ¿Es que no iba a rendirse? Antes de que diera permiso para que entrase, la puerta se abrió.

—Evy —dijo un Neil sonriente con un montón de papeles debajo del brazo

—. Te traigo el estado de avance de todas las campañas nacionales que estamos llevando. ¿Lo vemos juntos?

—Claro, pasa—dijo ella seca—. Acabo de revisar la agenda y estoy contigo. Siéntate.

Neil obedeció y tomó asiento frente a ella, mientras Evelyne verificaba en su ordenador las reuniones que tenía programadas para hoy.

—¿Cómo fue la convención? —preguntó Neil mientras desplegaba los dossiers encima de la mesa.

Evelyne levantó una ceja y le miró. Cierto. Había olvidado que Neil no había aparecido por el evento y se cruzó de brazos, dispuesta a encontrar una explicación.

—Me alegro que me preguntes por eso —sentenció ella desafiante—. No me quedó constancia de que no pudieras asistir.

Neil sonrió y giró la cara, seductor.

—Tenía una situación familiar que no podía posponer.

—Ya —cortó ella—. Deberías haberme informado.

—Se lo comenté a Victoria, pensé que ella te lo diría.

—Me lo dijo —bufó ella, impasible—. Pero tú jefa soy yo. Debes informarme a mí.

Neil apoyó los codos en la mesa y echó el cuerpo hacia delante para acortar las distancias.

—Lo siento... jefa —sonrió levemente y levantó una ceja—. La próxima vez lo tendré en cuenta.

Evelyne apartó la mirada y se centró en su ordenador. Neil la ponía nerviosa. Le daba la sensación que no se tomaba las cosas en serio, a pesar de que luego hacía un trabajo espectacular.

—¿No fue bien la convención? —quiso saber él mientras observaba como Evelyne anotaba cosas en su agenda y archivaba correos.

—La convención fue bien —respondió sin mirarla—. Los clientes están contentos y se está corriendo la voz en cuanto a nuestro trabajo, lo cual beneficia a Advertising. Pronto conseguiremos ampliar más nuestra cartera en el mercado publicitario.

—¿Entonces por qué estás tan molesta?

Evelyne dejó de teclear y le miró. Los ojos azules de Neil parecían divertidos.

—No estoy molesta.

—Ya...por supuesto que no —se mesó el pelo, divertido—. ¿Un mal fin de semana, entonces?

Evelyne frunció el ceño. ¿Desde cuándo el nuevo secretario era tan cotilla y se tomaba tantas confianzas?

—Eso a usted no le importa, señor Sanders.

Neil sonrió y apoyó la cabeza en su mano.

—Vamos Evy —dijo, sonriente —, no me trates de usted.

—Estamos trabajando. Esto es una empresa seria.

—Pero somos jóvenes. Podemos tutearnos.

Evelyne resopló y giró todo su cuerpo hacia él, poniendo los brazos sobre la mesa a modo de escudo.

—Señor Sanders...

—Está demostrado que cuanto mejor rollo haya entre los trabajadores de un empresa, más efectiva es esta —cortó él.

Evelyne levantó una ceja. Será insolente, pensó. Quiso entrar al trapo, cortarle, pero desistió. No quería comenzar una discusión con alguien como él. Decidió acabar de revisar su correo para terminar la revisión de dossiers cuanto antes. Hoy no tenía ganas de discutir con nadie.

—Podríamos ir a tomar unas copas —soltó Neil sin dejar de mirarla. Evelyne puso los ojos en blanco sin poder evitarlo. Notó como su secretario la contemplaba fijamente, crispándole los nervios.

—Estamos trabajando, señor Sanders.

—Y dale con lo de estar trabajando —dijo riéndose—. No digo ahora jefa, digo después, cuando salgamos.

Evelyne le fulminó con la mirada.

—Ya —espetó con una mueca de desagrado en la cara. ¿Es que la estaba tomando por una idiota? Siguió a lo suyo. No quería distraerse—. No es buena idea.

—¿Por qué no? —quiso saber él—. Victoria me ha dicho que alguna vez habéis salido a tomar algo después de currar.

El pecho le pinchó. Sí, era verdad. Victoria y ella compartían momentos y risas fuera del trabajo. O por lo menos eso era antes. Ahora...

—Eso era antes —se la escapó a ella.

—¿Antes de qué?

Evelyne volvió a poner los ojos en blanco, esta vez a propósito, para ver si Neil se enteraba de que no le apetecía hablar más.

—De que me subieran de puesto —mintió ella, zanjando el tema, aunque la respuesta correcta hubiera sido “antes de que hubiéramos discutido”.

—Venga jefa —dijo Neil, divertido— ¿Te han ascendido y te vas a volver una aburrida?

Ella cerró los ojos. Neil no se daba por aludido, estaba claro.

—Está siendo un impertinente, señor Sanders.

—¿O quizá ya no salís porque Victoria y tú estáis enfadadas?

Evelyne abrió mucho los ojos. La pregunta le impactó y cuando se giró dispuesta a plantarle cara, Neil se le adelantó.

—Vamos —comenzó, risueño—, se os ve a la legua. Esta mañana si hubiera habido cuchillos, os los habríais tirado sin piedad.

—Señor Sanders.

—Pero no hay nada que no se arregle con unas copas —insistió él—. Vamos, ¿qué me dices?

—Neil, te est...

—Por fin dices mi nombre, jefa —susurró él con una sonrisa lobuna—. Y me gusta cómo suena viniendo de ti.

La boca se le quedó seca e intentó tragar a duras penas. ¿Qué narices estaba pasando aquí? Neil la ponía nerviosa y lo que menos necesitaba ahora era perder los nervios. Sin pensarlo más, cogió los dossiers de la mesa y los acercó a ella.

—Gracias por los dossiers, señor Sanders. Los voy a leer y si tengo alguna duda, tenga por seguro que le llamaré —bufó tensa—. Puede marcharse.

Neil sonrió y volvió a tocarse el pelo. Parecía estar disfrutando poniéndola nerviosa. Se levantó y se dirigió a la puerta sin dejar de mirarla.

—Lo de la copa sigue en pie —sentenció en el umbral de la puerta—. Y si no puede Victoria, siempre podemos tomarla tú y yo...jefa.

Evelyne quiso replicar, pero Neil le guiñó un ojo y sin dejarla hablar, salió del despacho.

13

Al día siguiente su coche seguía sin arrancar. Estaba claro que la avería no era cosa de un día y que tendría que llevarlo al taller, pero no tenía tiempo. Se pasaba las horas encerrada en su despacho, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la tarde, cuando ya todos los talleres estaban cerrados.

Tendría que buscar tiempo sí o sí, porque odiaba coger el transporte público.

El metro a primera hora de la mañana era insufrible. Todo el mundo estaba apiñado dentro de los vagones y eso agobiaba a Evelyne. Por eso, cuando el teléfono sonó a las nueve de la mañana, se tensó. Y más al ver que el que llamaba era su padre.

—¿Papá? —respondió un tanto asustada. Desde que habían tenido el encontronazo no habían vuelto a hablar y temía que le pasara algo.

—Hola cielo —respondió sereno—. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú? —dijo, acercándose a la salida del vagón para bajarse en esa parada. Aunque no era la suya, haría el resto andando, pensó—. ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Si cariño, te llamaba para decirte que Fiona y yo vamos a acercarnos a la ciudad, por si necesitabas algo.

Evelyne respiró al oír las palabras de su padre.

—No papá, estoy bien. Gracias.

—¿Dónde estás? —preguntó este—. Oigo mucho jaleo.

—Estoy en el metro.

—¿En el metro?

—Sí —dijo ella saliendo por fin del vagón y dirigiéndose a las escaleras de salida—. Se me ha estropeado el coche.

—¿Quieres que me acerque a echarle un vistazo? —propuso él.

—No hace falta, papá.

—Sabes que en mis tiempos jóvenes era un manitas con los coches —rio divertido, haciendo que Evelyne sonriera también.

—Bueno, papá...

—Así me entretengo.

Evelyne se mordió el labio mientras salía a la calle esquivando peatones.

—De acuerdo, pero no te canses.

—Tranquila, Fiona vendrá Fiona —dijo eufórico al otro lado del teléfono—. Tengo la copia de las llaves de tu apartamento cielo, aprovecharemos también para llenarte el frigorífico.

—Papá, no es necesario que...

—Pamplinas —cortó él—, ¿crees que saldrás muy tarde? Te podemos esperar y así te doy un beso.

Evelyne aminoró el paso. Apenas le faltaban dos cruces para llegar al edificio de Advertising y las palabras de su padre consiguieron que su corazón se ablandase un poco. A pesar del encontronazo que habían tenido, su padre siempre cuidaba de ella, y eso la consoló.

—De acuerdo —dijo al fin, sonriendo y retomando la marcha—. Saldré lo antes posible.

—Genial cielo, nos vemos entonces.

—Vale.

—Te quiero.

—Y yo a ti papá.

Colgó con una sonrisa en la cara, sintiéndose más tranquila. Hacía semanas que no sonreía así y se sentía aliviada por haber hablado por su padre. Tenía que pedirle perdón. A él y a Fiona, por su comportamiento del otro día. Ellos no tenían la culpa de que se sintiera así. La culpa de que ella se encontrara así era...

—Hola, jefa —dijo alguien a su espalda.

Evelyne giró la cara para encontrarse con un Neil enfundado en una chupa de cuero negra. Sujetaba un casco de moto y se peinaba el pelo rubio con la otra mano.

—Buenos días —respondió ella sin pararse.

—Hoy parece que estás de mejor humor —dijo él caminando a su lado—. ¿No aparcas en el parking? Pensé que los jefes teníais derecho a dejar el coche en el garaje del edificio.

—He venido en metro —dijo.

—¿Vienes en metro?

—Solo estos días —respondió ella—, se me ha estropeado el coche.

Neil se adelantó cuando llegaron a la entrada del edificio y abrió la puerta para que pasara ella primero.

—Gracias —respondió sin mirarle.

—Podrías habérmelo dicho —dijo Neil, desabrochándose la cazadora—. Te habría pasado a buscar.

Evelyne se metió en el ascensor y le puso cara de pocos amigos.

—Gracias, pero no.

Neil sonrió y entró detrás de ella antes de que las puertas se cerraran.

—¿Te dan miedo las motos? —preguntó.

Ella puso los ojos en blanco. Neil era demasiado preguntón.

—Por supuesto que no.

—¿Entonces te da miedo despeinarte?

El ascensor se paró en la primera planta de Advertising y Neil esperó a que ella saliera para abandonar el ascensor.

Evelyne estuvo a punto de quedarse dentro y subir sola hasta la segunda planta, pero al final no lo hizo. Salió hacia el pasillo con paso decidido.

—No digas tonterías.

Neil volvió a alcanzarla.

—Hoy tengo que hacer unas cosas que me ha pedido Henry por los alrededores de Nueva York —dijo, haciendo que Evelyne levantara una ceja sin entender—, pero volveré sobre las cinco. Si estás aquí, que no lo dudo, te acerco a casa.

—Ya he respondido a su ofrecimiento, señor Sanders.

Llegaron hasta la mesa de él y a Evelyne se le encogió el corazón cuando vio la puerta del despacho de Victoria cerrada, con ella dentro. Normalmente la tenía entreabierta, pero aquella vez no. Seguían molestas la una con la otra y eso le dolió en su interior.

—¿Dónde ha quedado que me llames Neil? —preguntó pícaro el secretario haciendo que volviera a la realidad.

—Estamos...

—Trabajando, ya lo sé —le guiñó un ojo y se sentó en su mesa.

Evelyne ni le respondió. Se giró y subió las escaleras hasta su despacho lo más rápido que pudo. ¿A qué estaba jugando Neil?

A media mañana había conseguido terminar de revisar toda la pila de dossiers que Neil le había dejado el día anterior. Las diferentes campañas publicitarias marchaban bien. El equipo que hacían los tres parecía funcionar a la perfección, a pesar del altercado que habían tenido Victoria y ella. Los

clientes estaban satisfechos y eso hacía que los servicios que ofrecía Advertising circularan de boca en boca haciendo que otros se interesaran por ellos.

Estaba tan sumida en los papeles, que cuando oyó la puerta de su despacho abrirse, ni siquiera levantó la cabeza.

—Pensé que habías dicho que pasarías la mañana entera con Henry —soltó asumiendo que era Neil quien entraba para volver a la carga sobre acercarla a casa.

—Evelyne...

Y el corazón se le paró. Aquella voz, aquel nombre salido de aquella boca que hacía que se estremeciera entera.

Oyó como la puerta se cerraba con él dentro y supo que se habían quedado solos, los dos. En aquel despacho. Cogió aire para girarse hacia él, manteniéndose lo más recta posible que pudo en su silla.

—Tengo que hablar contigo —dijo Mark.

Imponía. Y mucho. Evelyne había olvidado lo que sentía cuando le veía. Mark era perfecto. Alto, con el pelo castaño un tanto despeinado y aquellos ojos que no dejaban indiferente a nadie. Llevaba un jersey de pico azul oscuro que marcaba su figura, y unos pantalones chinos que se ajustaban perfectamente a su anatomía.

Evelyne se giró con la silla y se cruzó de brazos. Si se levantaba ahora, estaba segura que las piernas le traicionarían y temblaría como una hoja.

—Las reuniones de M&S las lleva la señorita Summers.

—No he venido a hablar de trabajo—dijo Mark con la voz ronca.

Evelyne entornó los ojos, desafiándole.

—Entonces no tenemos nada de qué hablar —se giró sobre su silla, rompiendo el contacto visual y concentrándose en su ordenador—. Cierre la puerta al salir, señor Evans.

Mark resopló y de dos zancadas se acercó hasta el escritorio donde estaba Evelyne. Apoyó las manos bruscamente sobre la mesa, haciendo que Evelyne volviera a mirarle, con cara de pocos amigos.

—Victoria no tiene la culpa de nada de esto —dijo, con los ojos fijos en ella—. No es justo que estés así con ella.

Las pupilas de Evelyne aumentaron, al igual que su ritmo cardiaco, que se aceleró al sentir a Mark a escasos centímetros de ella. Sentirle tan cerca removió sus sentimientos. Y se frustró. Se frustró al descubrir que no le

odiaba tanto como quería hacerlo.

—¿Estás hablándome tú de lo que es justo o no? —escupió cruzándose de brazos y levantando la barbilla.

Mark hundió la cabeza, sin dejar de apoyarse en el escritorio. Parecía nervioso y abatido.

—Fui yo el que no te lo dijo... —susurró—. Me correspondía a mi contártelo y no a ella.

Evelyne frunció el ceño, entendiendo perfectamente a lo que se refería. Inspiró todo el aire que pudo para intentar relajarse. Daba igual, sentía que todos la habían engañado.

—Me da igual —dijo ella, rabiosa.

—No te da igual —soltó Mark, mirándola de nuevo—. Si te diera igual no estarías así con ella.

—No es asunto tuyo —contestó, sin amedrentarse.

—¡Joder, Evelyne! —gritó, dando un puñetazo en la mesa y haciendo que ella se sobresaltara. Jamás le había visto tan tenso y tan irritado, y eso la descolocó—. ¡La culpa la tengo yo, no ella! Fui un cobarde por no decírtelo aquella noche, lo sé. ¡Joder, claro que lo sé! Pero Victoria no tiene nada que ver con todo esto.

La boca se le secó y no pudo tragar saliva. Verle así, tan colérico y roto, le provocaba un sentimiento de congoja que no llegaba a comprender.

—Cuando Victoria no logró localizarte después de aquella noche —comenzó él, sin apartar los ojos de ella, serio—, se presentó con mi hermano en mi apartamento, pidiéndome explicaciones.

Evelyne se cruzó de brazos, intentando disimular su nerviosismo. Recordar aquella noche le dolía demasiado. Mark había roto con ella de la peor manera posible. Si por lo menos le hubiera dicho la verdad, todo hubiera sido más fácil. ¿O no?

Joder. Tenía que calmarse. Tenía que mantenerse fuerte, imparable. A pesar de que una parte de ella quisiera salir corriendo, no se movió del sitio. ¿Quería escuchar lo que Mark había venido a decirle o acaso estaba tan nerviosa que no era capaz de levantarse?

—No quería hablar con ellos —continuó él—. No quería hablar con nadie. Necesitaba tiempo y espacio para asimilar lo que acababa de pasar... —tragó saliva—. Y sobre todo para asimilar la decisión que acababa de tomar con respecto a nosotros.

Evelyne frunció más el ceño, sintiendo como le pinchaba el corazón ante la palabra nosotros. ¿Alguna vez había existido un nosotros? Mark se apretó el puente de la nariz, inquieto. ¿Acaso a él le dolía recordar lo sucedido?

—Victoria es muy persistente... —dijo con los ojos cerrados—. No quería decírselo, pero al final lo hice. Le dije que Susan estaba embarazada.

Evelyne apretó los labios mientras Mark se alejaba de la mesa y empezaba a dar vueltas por el despacho, rememorando los eventos de aquella noche.

—Victoria entró en cólera —continuó, pasándose una mano por el pelo, nervioso—, mi hermano también, por supuesto...pero ella estaba más furiosa que Lau, y eso hizo que mi hermano se relajara y mediara un poco cuando cargó contra mí. ¿Y sabes por qué se puso así? —preguntó girándose para mirar a Evelyne, que guardó silencio ante su pregunta—. Por ti. Victoria se puso así conmigo porque te hice daño a ti.

¿Victoria había reaccionado así por ella? Se preguntó. Mark era el hermano de su pareja y aun así, había preferido dar la cara por ella antes que por él.

—Ni siquiera me escuchó cuando le dije que tenía dudas sobre la paternidad del bebé de Susan—explicó Mark, bajando el tono de voz y mirando por la ventana—. Solo quería gritarme e insultarme —se acarició el mentón y una pequeña sonrisa apagada apareció en su rostro—, incluso me abofeteó. Me hubiera dado una paliza si no hubiera sido porque Laurent estaba allí.

Evelyne no se inmutó. Seguía cruzada de brazos, recta en su silla, asimilando toda la información que Mark le estaba contando. ¿Victoria le había abofeteado? Pensó. Si Mark le hubiera contado que había dejado embarazada a Susan aquella noche, ¿le habría golpeado ella también?

Mark se acercó a ella y volvió a apoyar sus manos sobre la mesa.

—Fui un cobarde por no contártelo. Lo sé —dijo entre dientes, como si le costara decir aquello—. Pero lo hice por el bebé. Si te hubiera dicho que Susan estaba embarazada, no hubiera sido capaz de dejarte, Evelyne. Tuve que mirar por el bien del niño en vez de por el mío. En eso consiste ser un buen padre. Si ese bebé finalmente es hijo mío, no voy a permitir que crezca sin un padre. Incluso durante el embarazo.

La dureza en las palabras de Mark y la intensidad en sus ojos dejaron sin habla a Evelyne. Si ahora abría la boca, estaba segura de que ninguna palabra saldría de sus labios por más que lo intentara. Maldita sea.

—Victoria no se merece que estés así con ella —dijo Mark—. Yo sí.

Le aguantaba la mirada, pero ella no se apoquinó. Quizá Mark tuviera razón. Quizá Victoria la defendió en todo momento y durante la última semana había intentado contarle la verdad sobre el matrimonio antes del inminente encuentro con ellos, en la Convención de Advertising. Y ella se había centrado tanto en su trabajo y en no oír hablar de Mark, que se cerró en sí misma, alejando incluso a su mejor amiga de su lado. Y lo que había sido peor. Había descargado toda su frustración y su rabia contra Victoria, como si de un saco de boxeo se tratara.

Sintió como los ojos empezaron a escocerle y como le dolía la garganta aguantando que la angustia subiera más y se derramara en forma de lágrimas. No, no y no. No podía derrumbarse. No podía desmoronarse delante de él. Se lo había prohibido a ella misma y no iba a romper la promesa tan fácilmente. Se tragó la bola de rabia, dispuesta a hablar.

—Evelyne...

—¿Algo más?

Mark abrió los ojos, cerrando la boca de inmediato mientras aguantaba el jarro de agua fría que ella le estaba tirando.

—No seas así...dime al...

—¿Qué no sea así? —espetó ella, perdiendo la paciencia y notando como la rabia la pedía a gritos salir por la boca—. ¿Y cómo quieres que sea? ¿Quieres que te aplauda por el ser el padre del año?

—Evelyne...

—También puedo aplaudirte por haberte acostado con las dos a la vez —bufó ella, sin inmutarse un pelo—. Eres todo un semental, sí señor.

Mark palmeó la mesa con las dos manos, creando un fuerte estruendo.

—No me he acostado con las dos a la vez... —gruñó entre dientes, molesto.

Evelyne miró las manos de Mark y luego volvió a retarle con la mirada. No se iba a asustar, no iba a rendirse.

Cuando desvió su mirada unos segundos para fijarse en sus manos, se fijó en un detalle que hasta ahora había pasado desapercibida para ella. No llevaba la alianza de casado.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que desde que te conozco no he estado con ella?

—Está embarazada —escupió ella de mala gana.

—Dios... —espetó él, perdiendo la paciencia y apretándose el puente de la nariz—. Si pudiera demostrarte que no me acosté con ella mientras estuve

contigo, lo haría, pero no puedo. Tienes que creerme.

Evelyne levantó una ceja.

—Eres un cerdo. Lo hicimos sin protección. Podrías haberme pegado algo.

—¡Por el amor de dios, Evelyne! —gritó él, nervioso—. ¿Cuántas veces tengo que...?

—¿Usaste preservativo? —cortó ella, con la voz grave. Sabía perfectamente cuál era la respuesta. ¡Susan estaba embarazada, maldita sea! Pero la pregunta se escapó de entre sus labios antes de que pudiera callarse.

—Evelyne...

—Contéstame.

Mark la contempló unos segundos, aguantando la respiración. Ahí estaba. El muy cerdo no había utilizado protección y al poco tiempo se había acostado con ella.

—Aquella vez no —confesó él apartando los ojos de Evelyne—. Estaba borracho y...

—Suficiente —soltó con la voz queda mientras se apretaba los músculos del brazo para calmar la tensión—. Se acabó la conversación.

—Espera...

—No, espera no —se levantó, perdiendo los papeles del todo—. Has jugado con mi salud cuando yo confié en ti.

—Te digo que...

—¡Confié en ti, joder! —gritó, rodeando la mesa y encarándose a él—. ¡Existen las enfermedades de transmisión sexual!

—¡Estoy limpio, maldita sea!

—¡Demuéstrame!

Estaban cerca, demasiado cerca. Evelyne levantaba la barbilla debido a la altura de Mark, que la impresionaba, como siempre. Mark estaba quieto y le costaba respirar. Estaban demasiado cerca el uno del otro, notando sus respiraciones y sus alientos. Y estar tan cerca de él le provocaba un sentimiento distinto del que Evelyne hubiera querido sentir.

Cuando Mark intentó acariciarle los brazos, ella se apartó, como si le quemase la posibilidad de que la tocara. Se acercó a la puerta y la abrió.

—Márchate —exigió ella, controlando el tono de voz.

Mark no se movió, había relajado el rostro pero su pecho seguía subiendo y bajando a gran velocidad.

—Evelyne...

—Márchate si no quieres que llame a seguridad.

Mark la miraba fijamente, pidiendo más tiempo, más conversación. Pero Evelyne no se dejó achantar. Estaba seria, firme y decidida en su decisión. Debía sacar a Mark de su vida y de su cabeza a latigazos si hacía falta.

Por fin, después de unos segundos, Mark avanzó hacia ella, y antes de cruzar el umbral se detuvo.

—Encontraré la manera de demostrártelo.

La sangre se le heló en las venas, ante ese reto. ¿Qué encontraría, qué? Antes de que las piernas le flaquearan, irguió la espalda y con una sonrisa fingida se encaró a él.

—Qué tenga un buen día, señor Evans.

Mark dio un paso hacia el pasillo y antes de que pudiera hablar, Evelyne cerró la puerta en sus narices.

Salió de su despacho poco antes de las cinco de la tarde. Era la primera vez en tantos años que salía tan pronto de trabajar. Neil y Henry todavía no habían regresado de sus quehaceres y en parte eso alivió a Evelyne. No estaba segura de sí la propuesta de Neil de acercarla hasta su casa en moto iba en serio o solo había sido un ofrecimiento por educación, pero no quiso quedarse a comprobarlo.

Cuando pasó al lado del despacho de Victoria, se fijó en el interior sin querer. Su amiga no estaba dentro y algo en su pecho se encogió.

El encontronazo con Mark la había dejado tocada y durante el resto del día no pudo dejar de pensar en su conversación. Las frases, el choque de palabras e incluso los sentimientos se repetían una y otra vez en su cabeza, sin parar. Sentía que todo se estaba desmoronando a su alrededor. En apenas unas pocas semanas se había quedado vacía y su interior se empezaba a llenar de sensaciones extrañas y dolorosas.

Cuando llegó a su pequeño apartamento en el centro de Manhattan, no se sorprendió que un exquisito aroma la diera la bienvenida.

—Hola —saludó un poco nerviosa.

Thomas y Fiona estaban en la cocina, trasteando de aquí para allá. Fiona controlaba los fuegos y Thomas la ayudaba con la limpieza y los ingredientes. Se alegró al ver que incluso en una casa que no era la de Thomas, se entendían bien.

—Hola cielo —saludó su padre, secándose las manos con un trapo y acercándose a ella—. ¿Cómo ha ido el día?

Thomas le plantó un sonoro beso en la mejilla que la ruborizó. A pesar del roce que habían tenido la última vez, su padre siempre se mostraba cariñoso con ella. Y eso la alivió.

—Un poco cansado, la verdad —confesó ella.

Fiona terminó de volcar el contenido de una olla en unos tappers y se acercó a ella, para abrazarla tiernamente.

—Hola pequeña —dijo, pellizcando sus mejillas—. Estás muy delgada, tienes que comer más.

Evelyne la miró sorprendida y un remordimiento se instaló dentro de ella.

Después de cómo la había hablado la última vez, aquella mujer la estaba tratando con una devoción y un amor indescriptibles.

—Hemos aprovechado para prepararte comida —dijo Thomas, captando la atención de su hija mientras colocaba los envases en la nevera—. Lo tienes todo en tupper en el frigorífico. Seguro que con esto puedes alimentarte bien unas cuantas semanas.

Fiona sonrió y se acercó al horno, que emanaba un delicioso olor a galletas recién hechas, y comenzó a sacarlas.

—No teníais que haberos molestado... —dijo un poco avergonzada.

—Tonterías —terció Thomas, que la cogió por el brazo—. Hemos llevado tu coche al taller. Tendrá que estar unos días allí hasta que lo arreglen.

—¿Qué le ocurre? —quiso saber ella mientras su padre la conducía hasta el salón.

—Nada, hay que cambiarle la correa de distribución y yo solo no puedo ¡que si no!

Fiona soltó una carcajada mientras terminaba de colocar una bandeja con tazas.

—Si quieres puedes quedarte mi coche hasta que te devuelvan el tuyo —se ofreció Fiona, haciendo que se le encogiera el corazón a Evelyne.

—No es necesario, de verdad —dijo ella ruborizada—. Con el metro tardo casi lo mismo, pero gracias de todas formas.

—A los padres no se les da las gracias —dijo Thomas risueño—. Vamos al salón a tomar un café y nos cuentas qué tal tu día.

Evelyne se dejó llevar y acompañó a su padre hasta la estancia contigua a la cocina. El salón era pequeño, apenas tenía una mesa con cuatro sillas, una *chaise longue* beige y un mueble con televisor. Evelyne se quitó los zapatos y se sentó al lado de su padre, un poco nerviosa. Fiona entró al cabo de unos segundos cargada con una bandeja con varias tazas humeantes de café y con un plato lleno de galletas.

—¿Cómo fue la convención, cielo? —preguntó su padre cuando Fiona repartió las tazas y se sentó al lado de él.

Evelyne sujetó la taza con sus manos y contempló el líquido marrón de su interior. Aquella estampa tan familiar alivió su corazón. Estar allí, con su padre y con Fiona, en su pequeño apartamento que olía a galletas recién hechas, era como un bálsamo para ella que le traía sosiego.

—Bueno... —comenzó dudando—. Fue bien. La verdad es que fue un éxito

y conseguimos que muchos de nuestros clientes estuvieran allí. La expansión de Advertising va viento en popa y eso es una buena noticia.

Thomas miró a Fiona, y apoyó la mano en la rodilla de su hija.

—¿Entonces por qué dices “bueno”?

Evelyne miró a su padre y relajó su expresión. Quizás había llegado el momento de abrirse con alguien, de contar lo que tenía en su interior. Tenía que liberarse de la presión que sentía constantemente en el pecho y la comunicación era la única salida para ello.

Respiró hondo.

—He discutido con Victoria...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Thomas calmado.

Evelyne apartó la vista y se fijó de nuevo en la taza que sujetaba entre sus manos. ¿Por qué le costaba tanto abrirse? Se mordió el labio inferior y respiró hondo.

—Supongo que ha sido un malentendido —confesó por lo bajini.

Thomas apretó la rodilla de su hija, mientras que Fiona se acercaba más al hombre.

—Si es un malentendido, seguro que lo aclararéis pronto pequeña.

Evelyne se encogió en el sofá. No lo tenía ella tan claro. Le dolía haber discutido con Victoria y no sabía cómo podría volver a recuperar su amistad. Lo que le había dicho Mark aquella mañana la había dejado tocada y la había hecho pensar, que quizá, y solo quizás, no había sido del todo justa con ella.

—¿Cuál ha sido el malentendido? —preguntó su padre regresándola a la realidad.

Evelyne le miró entristecida. ¿Debería contárselo? ¿Debería contar lo que había descubierto sobre Mark y Susan?

Apretó la taza entre sus manos, sopesando qué hacer. Su padre estaba enfermo del corazón, no era bueno que se llevara disgustos y sobresaltos. Y saber que el hombre con el que ella compartió un romance estaba esperando un hijo, le destrozaría el corazón. Pero tenía que decirlo, tenía que contar la verdad.

Respiró hondo y quitándole importancia, lo confesó.

—Victoria sabía que Mark y Susan están esperando un bebé y no me lo dijo. Me enteré en la convención, delante de mis clientes.

Se hizo el silencio durante unos segundos que se hicieron eternos. Cuando Evelyne se atrevió a girar la cabeza y mirar a su padre, le vio sereno, con el

ceño fruncido. Fiona a su lado se había quedado pálida.

—¿Susan está embarazada? —quiso saber ella, con voz trémula.

—Sí —afirmó Evelyne mirando a la mujer.

Thomas aspiró hondo y soltó el aire drásticamente, como en un bufido. Evelyne se angustió. Por nada del mundo quería que su padre se alterase y se arrepintió enseguida de haber confesado aquello.

—Papá...

Pero antes de que pudiera reaccionar, Fiona ahogó un grito y cuando los dos se giraron hacia ella, la vieron tan pálida y con los ojos tan anegados en lágrimas que se asustaron.

—No puede ser... —dijo la mujer, temblando.

—Fiona —dijo su padre, recuperando la compostura y pasándole un brazo por los hombros—. Fiona, tranquilízate.

—Mi Mark no es así...mi Mark...

—Tranquila, Fiona —dijo Thomas, acariciándole suavemente por los hombros.

Evelyne abrió la boca para decir algo pero no consiguió articular palabra. Fiona estaba realmente afectada por la confesión que acababa de hacerles, y a pesar de tener miedo por la salud de su padre, Thomas había encajado bien la información, atendiendo a Fiona cuando se estaba desmoronando.

—Tengo que hablar con él...mi Mark...

La congoja se instaló en su pecho al ver a aquella mujer tan bondadosa en esa situación. Quizá no tenía que haber dicho nada, quizá tendría que haberse guardado la información para ella, quizá...

—Lo siento mucho cariño —soltó la mujer, agarrándole la mano a Evelyne—. Tiene que haber una razón para esto... tiene que haberla... no entiendo cómo ha podido hacer esto...

—Cálmate Fiona —dijo Thomas apretándola contra su cuerpo. Se giró y miró a su hija, firmemente—. ¿Victoria lo sabía y no te dijo nada?

Evelyne apartó la mirada. Empezaba a pensar que no era que Victoria no le hubiese dicho nada, más bien que ella misma no la había dejado que se explicase. Se mordió el labio.

—Creo que no le di oportunidad de contármelo... —confesó en un susurro—. Creo que me he volcado demasiado en el trabajo estas últimas semanas y...

—Entonces habla con ella —dijo su padre, serio—. Habla con Victoria y os

arreglaréis.

Evelyne aguantó la mirada de su padre. Normalmente su padre no era tan serio. Solo se ponía así cuando el tema era lo bastante importante como para apartar la alegría a un lado.

—No sé...

—Evelyne —terció irguiendo la espalda. Cuando su padre la llamaba por su nombre completo era porque lo que iba a decir ahora era realmente importante y eso hizo que Evelyne se tensara—. Haz el favor de no hacer esto.

—¿El qué?

—Pagarla con todo el mundo.

La confesión de su padre hizo que su estómago diera un vuelco. Quiso decir algo pero él la instó a que le siguiera escuchando.

—Deja de enfadarte con Victoria, conmigo...e incluso con Fiona. Con quien realmente estás enfadada es con Mark. Y es normal, cielo. Es totalmente normal.

—Papá...

—Escúchame. No puedes pagarla con la gente que te quiere, no puedes. Porque nos haces daño —los ojos de Thomas estaban clavados en ella, sin parpadear—. Sé que te duele, sé que estas dolida y que sufres. Te conozco, eres mi hija. Estás así porque te han hecho mucho daño. Pero no lo hagas más, no nos alejes de tu lado.

Las palabras de su padre se clavaron en su corazón como un clavo ardiendo. ¿Realmente estaba haciendo eso? ¿Realmente estaba alejando a la gente que la quería de su lado?

Apretó los labios, aguantando las ganas de llorar que le entraron. Ella era así, ella era arisca, distante. Pero no quería perder a Victoria, ni a su padre. Y tampoco a Fiona. Aquella mujer que conocía de apenas unas semanas le caía bien y la trataba con mucho cariño. Apartó la mirada y se concentró de nuevo en la taza, ahora fría, que estaba entre sus manos.

—Lo siento... —fue lo único que pudo decir.

Thomas suspiró a su lado, y la mano que tenía libre la coló entre los brazos de Evelyne, para acariciarle el antebrazo.

—No tienes que sentirlo, cielo —dijo, con un tono de voz aterciopelado—. La vida nos pone retos, pruebas. Algunos son alegres, pero otros duelen. No tienes que cerrarte al dolor. No lo hagas, cariño. Porque el dolor luego trae

alegrías. Lo sabes.

Evelyn depositó la taza en la mesita central y cogió con fuerza la mano de su padre.

—Lo superarás, como has superado todo. Pero no te cierres así. No con nosotros, no con Victoria. Te queremos. Y estamos aquí para ayudarte.

No podía hablar, no podía respirar. Y sobre todo, no quería llorar. Quizá su padre tuviera razón y lo único que hacía era alejar a la gente que la quería con su comportamiento. Tenía que hablar con Victoria y pedirle perdón. No se había portado bien con ella. No se lo merecía. Sorbió por la nariz antes de que las lágrimas salieran de sus ojos y apretó la mano agarrada de su padre contra su pecho.

—Gracias papá...

—A los padres no hay que agradecerles nada.

15

Victoria había llegado a su vida un par de años después de que ella entrase como ejecutiva de cuentas en Advertising. Hasta ese momento, el Departamento de Cuentas estaba compuesto solo por Henry, por ella y por otro par de personas más. Pero debido al rápido crecimiento de las ofertas publicitarias que recibían, decidieron que necesitaban más soporte para el departamento. Y así fue como contrataron a varias personas más, entre ellas a Victoria en el puesto de secretaria y ayudante principal de Evelyne.

Al principio, la relación entre ellas fue cordial y profesional. El destino no podía haber juntado a dos personas más distintas. Eran como la noche y el día. Como el fuego y el hielo. Evelyne era más cuadrículada y ordenada, y Victoria siempre aportó el toque de dinamismo y frescura que necesitaban las campañas publicitarias de las que se encargaban.

El trato entre ellas fue mejorando con el paso de los días. Cada vez pasaban más tiempo juntas y muchas veces, Victoria traía la comida para comer las dos al mismo tiempo. Pronto dejaron de hablar exclusivamente de temas de trabajo y pasaron a conversar sobre temas más livianos y más íntimos.

Por aquel entonces, la relación que llevaba Evelyne con Peter estaba estancada, y muchos días llegaba a trabajar con apenas dos horas de sueño debido a las discusiones que tenían constantemente hasta altas horas de la noche. Victoria siempre le preguntaba por su estado de ánimo y le traía todo tipo de cremas y potingues para animarla. Hasta que un día se vio contándole su vida.

Poco a poco, Victoria se convirtió en su mayor confidente. Con el resto de amigas de la pandilla se sentía un poco cohibida al contar sus trapos sucios con Peter, y con Victoria se sentía tranquila y segura. Victoria también comenzó a explicarle sus aventuras y desventuras amorosas. Ella nunca había mantenido una relación seria como había mantenido Evelyne con Peter, y siempre contaba sus idas y venidas con diferentes chicos. Aunque con ninguno de ellos acabara de funcionar a la perfección.

El día que Evelyne encontró a Peter y a Anne en su dormitorio y su mundo se derrumbó, Victoria fue la única que estuvo ahí y la entendió. Vanessa, Eric, Kevin e incluso Lily, con la que tenía más confianza, se mantuvieron al

margen. Al fin y al cabo ellos sabían que Peter y Anne llevaban una relación paralela y por no estropear la relación de amistad que les unía a los siete, no quisieron entrar al juego.

Pero Victoria siempre la defendió y estuvo con ella, incluso cuando Evelyne solo quería desaparecer de la faz de la tierra. Estuvo dos semanas en casa de su padre sin hablar con nadie, y Victoria, a pesar de querer estar con ella a toda costa, le dejó su espacio.

Cuando sus heridas fueron cicatrizando, Victoria la ayudó a superarlo, con su paciencia, con sus risas y sus alocadas historias. Y consiguió que el dolor de aquella vez fuese menguando. Sin embargo, en esta ocasión, su historia con Mark la había dejado tan tocada que se había cerrado herméticamente y no había dejado entrar a Victoria en su corazón. Prácticamente la había echado de su vida a patadas. Y se arrepentía como nunca antes se había arrepentido, de haberla tratado así.

Aquel día, después de hablar con Thomas y con Fiona, decidió que arreglaría las cosas con Victoria. O por lo menos lo intentaría. Estaba decidida a pedirle perdón. La conversación con su padre la había hecho recordar toda su amistad con Victoria y eso le removió las entrañas. Su padre tenía razón. Estaba enfadada. Pero no estaba enfadada con Victoria, ni con su padre ni con Fiona. Podría decirse que estaba incluso enfadada consigo misma por haber caído en el juego de un hombre casado que lo único que buscaba era diversión y salir de la monotonía de su matrimonio.

Cuando Neil entró por la puerta de su despacho a primera hora de la mañana, encontró a Evelyne mirando por los enormes ventanales. En esta ocasión se había decantado por unos pantalones a cuadros grises y su blusa negra favorita, que se había comprado en uno de esos días de compras con Victoria. Por alguna razón, pensó que aquel día le daría suerte. O por lo menos la fuerza necesaria para disculparse con su mejor amiga.

—Hola jefa —saludó Neil, mesándose el pelo y acercándose a ella—. ¿Qué necesitas?

Evelyne puso los ojos en blanco y se dirigió a su escritorio para coger unos papeles. Había decidido obviar el tema de cómo su secretario se dirigía a ella. Le había repetido tantas veces que no la tuteara, que había perdido la cuenta. Suspiró. El lado positivo de aquello era que por lo menos, ya no se refería a ella por el nombre completo...

—Necesito que hagas una primera toma de contacto con los nuevos clientes

que nos han contratado —dijo acercándose a él y tendiéndole una carpeta con hojas grapadas. Neil sonrió y cogió los papeles sin dejar de mirarla. Evelyne le mantuvo la mirada y se fijó en él. No vestía nada mal, la verdad. Normalmente llevaba camisas en tonos claros con los puños arremangados hasta los codos y unos vaqueros. Era bastante atractivo, y Neil lo sabía. Se acercó más a ella, sin dejar de sonreír, haciendo que Evelyne se pusiera nerviosa.

—Claro, jefa. ¿Para cuándo los necesitas?

—A ser posible, esta semana.

—De acuerdo.

Neil se alejó de espaldas a la puerta sin dejar de mirarla y sonreírle. Evelyne levantó una ceja, se giró y se aproximó a la mesa para comprobar su agenda que tenía sobre el escritorio.

—¿Ya tienes el coche arreglado? —preguntó Neil, en el umbral de la puerta.

—No —contestó sin mirarle, pasando hojas del cuaderno—. Hoy lo tendré reparado.

—¿Sigues viniendo en metro?

Evelyne giró la cabeza para mirarle. Aquel día había llegado más pronto de lo normal para no cruzarse con él en la entrada del edificio. A propósito.

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dices? —preguntó levantando una ceja, tunante—. Ya te he dicho que puedo acercarte.

Evelyne puso los ojos en blanco y siguió revisando su agenda.

—No necesito que me acerques, gracias.

—¿Te lleva Victoria?

—No —dijo ella, sacando paciencia de donde no tenía. ¿Por qué Neil era tan cotilla?

—Eso solo puede significar que seguís enfadadas.

—O puede significar que tengo piernas y no necesito que nadie me lleve y me traiga.

—Seguís enfadadas.

Evelyne suspiró, sin mirarle. No tenía por qué seguir con aquel juego. Neil rio divertido, y se acercó a ella de nuevo.

—Seguro que os habéis peleado por un chico.

Evelyne frunció el ceño y le miró. ¿De dónde se sacaba eso?

—He dado en el clavo, ¿verdad? —dijo eufórico, antes de que ella pudiera rebatirle—. Las mujeres solo discutís por los hombres.

—Lo que tú digas —espetó ella, un tanto molesta. A ver, Victoria y ella habían discutido por un hombre, sí, pero no en el sentido en el que Neil lo estaba preguntando. No en el sentido de que las dos estaban enamoradas de la misma persona.

—Victoria tiene novio, ¿no? —continuó él— ¿Acaso te gusta?

Evelyne se incorporó y se cruzó de brazos, en señal de defensa ante Neil.

—Por supuesto que no —bufó ella, inquieta—. Y de todas maneras, no es asunto suyo, señor Sanders.

Neil se acercó más a ella, haciendo que Evelyne retrocediera un paso hasta que sus piernas tocaron con el canto de la mesa. Neil sonreía y parecía divertirse con eso.

—Me quedo mucho más tranquilo —dijo, demasiado cerca de ella—. Podrías tener al hombre que quisieras, Evy, con solo chasquear los dedos.

Neil hizo el gesto como si nada y se acarició el pelo. Evelyne le mantenía la mirada, cruzando los brazos. Un extraño pensamiento atravesó su cabeza al pensar que en otra época sí, era capaz de tener al hombre que quisiera, pero que desde que apareció....

Apartó la idea antes de que tomara forma y carraspeó.

—Haré como que no he oído nada —soltó, brusca—. Deberías empezar ya con los contactos, los necesito esta semana sin falta.

Neil sonrió y se alejó marcha atrás, sin apartar la mirada.

—¿Algo más, jefa? —preguntó cuándo llegó a la puerta.

—Nada más.

—Nos vemos luego.

Y cuando Neil cerró la puerta, respiró. ¿Era cosa suya o su secretario estaba intentando tontear con ella? No podía ser. No podía permitirse volver a tener un lío relacionado con el trabajo. Cogió aire, y se dispuso a enfrentar su destino. Se acercó a la mesa y pulsó la tecla correspondiente al despacho de la planta de abajo. En cuanto descolgaron, no esperó a que respondiera nadie. Firme, dijo lo que tenía que decir.

—Victoria, ¿puedes subir un momento?

16

Llamaron a la puerta y Evelyne cogió aire. Estaba de pie, como cuando apareció Neil. Mirar por la ventana siempre la traía calma y ahora más que nunca, la necesitaba para hacer lo que tenía que hacer.

—Hola —dijo Victoria, quedándose en el umbral—. ¿Qué necesitas?

Evelyne no se giró, se cruzó de brazos para evitar que se le notara el nerviosismo que se colaba por sus manos.

—Cierra la puerta, por favor.

Victoria dudó un momento, pero lo hizo. Entró y cerró a sus espaldas. Evelyne podría haber bajado hasta su despacho, pero necesitaba intimidad con ella. Y la mejor manera era que ella subiera al suyo.

—Dime —instó Victoria, un poco nerviosa.

Evelyne tomó todo el aire que pudo y lo soltó despacio. Cuanto antes lo hiciera, mejor, pensó.

—Lo siento —comenzó, notando como la emoción se le atascaba en la garganta, haciendo que le temblara la voz—. Lo siento mucho.

Tragó saliva intentando controlar el escozor de sus ojos. Durante unos segundos que se hicieron eternos ninguna de las dos dijo nada, ninguna se movió. Evelyne sentía que si se enfrentaba a los castaños ojos de su amiga, se echaría a llorar sin remediarlo. Joder. La echaba tanto de menos...

—Evy... —dijo por fin Victoria, acortando la distancia con pasos lentos.

—He sido una idiota... —susurró Evelyne lo bastante alto como para que su amiga lo oyera—. Una completa estúpida...y ahora no sé cómo arreglarlo...

Victoria detuvo su acercamiento, quedándose a un metro prudencial. Evelyne respiró todo el aire que pudo, intentando controlar el desasosiego y la desazón que tenía.

—Intenté decírtelo mil veces, Evy —dijo Victoria, compungida—. Pero no quisiste escucharme.

Evelyne cerró los ojos, sobrellevando la situación. La voz de Victoria sonaba a reproche y era normal. Estaba totalmente en su derecho de estar disgustada con ella.

—Perdóname...—confesó, entre dientes—. Me cegué y...

—Nunca quise hacerte daño, Evy... —soltó Victoria con la voz temblorosa, acercándose un poco más a ella.

Evelyne se giró, quedando frente a su amiga y lo que vio la impactó. Victoria tenía los ojos hinchados y llenos de lágrimas. Las dos estaban conteniendo el sollozo y el dolor con todas sus fuerzas. Ver a Victoria así la emocionó y tuvo que sorber por la nariz para recuperar la respiración.

—¡Lo sé! —dijo arrepentida—¡Claro que lo sé! Pero...pero...me cegué... Vicky, me cegué...No quería oír hablar de él, no quería saber nada...ni siquiera que me lo nombraran...

—Evy...

—No podía soportarlo...

—Le odio tanto o más que tú —soltó Victoria seria, con los dientes apretados, sorbiendo por la nariz.

Evelyne parpadeó. Oír aquella declaración de su amiga le dolió, aunque en ese momento no entendió por qué. ¿Victoria odiaba a Mark? Pero...era el hermano de Laurent. ¿Y ella? ¿Le odiaba? Se preguntó Evelyne. ¿Era odio lo que sentía por Mark?

—Vicky... —comenzó Evelyne—. No puedes odiarle...es el hermano de Laurent...

—Me da igual —terció Victoria acercándose—. Tú eres más importante que nadie.

Y aquella confesión la dejó sin aliento. Se llevó una mano a la boca intentando reprimir un lloriqueo, pero no lo pudo retener. Las lágrimas inundaban sus ojos de la emoción. Evelyne quería acortar la distancia entre ellas y abrazarla. La echaba tanto de menos...Cuando dio un paso en su dirección, Victoria siguió hablando.

—Le pegué, Evy, le pegué por lo que había hecho —dijo ella, orgullosa—. Y le hubiera pegado más si no hubiera sido porque Laurent me agarró.

Evelyne sonrió por la confesión de su amiga. Lo que Mark le había contado el día anterior era verdad.

—Y me da igual que sea el hermano de Laurent —continuó Victoria—, lo que ha hecho es una cabronada y no se merece nada. Comenzar contigo una relación mientras fertilizaba a la asquerosa de Susan no se hace.

Que su amiga pensase igual que ella la apaciguó. Pero la conversación que tuvo con Mark el día anterior se repetía una y otra vez en su cabeza, sin saber muy bien por qué.

—Él dice... —comenzó Evelyne, dudando, sin ser capaz de pronunciar su nombre—. Él no está seguro de la paternidad de ese bebé...

—Bobadas —soltó Victoria, frustrada—. La misma tontería me ha repetido a mi cientos de veces. Que si Susan se seguía viendo con el que fue su mejor amigo, que si tiene las mismas posibilidades que él de ser el padre. No me creo nada Evy. Nada.

—Vicky...

—Se merece tener esa incertidumbre —dijo Victoria, soltando su rabia—. Se lo merece por jugar a dos bandas. Contigo y con la guarra de Susan. El destino le ha pagado con la misma moneda.

Y que su amiga fuera tan clara le removi6 las entrañas. Oír esas afirmaciones le dolía. Le agitaban los recuerdos y el pensar que un hombre había vuelto a jugar con ella la afligía demasiado. Pero no quería seguir hablando de él. De Mark. Necesitaba hacer las paces con su mejor amiga. Se acercó un poquito más a ella y se abrazó a sí misma.

—De todas maneras... —comenzó, nerviosa—. Lo siento... Siento lo que ha pasado. No fue justo que te tratase así...He sido una idiota...y...te he tratado como una mierda cuando tu...tú siempre has cuidado de mí... Lo siento tanto Vicky... No sé qué hacer para que me perdones...Yo...Tenía que...

Pero no pudo acabar. Victoria se abalanzó sobre ella y la rodeó con los brazos. El gesto pilló por sorpresa a Evelyne, aunque la estrechó enseguida.

—Ya está —dijo Victoria—. No digas más.

—Vicky... —comenzó Evelyne hundiendo su cabeza en el cuello de su amiga, aguantando las lágrimas.

—Mark te ha hecho daño, lo sé —afirmó su amiga—. Y te prometo que no te lo volverá a hacer. Tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Evelyne sonrió. Echaba de menos aquello. La alegría de Victoria, la forma en la que siempre conseguía sacarle una sonrisa.

—Eres boba... —fue lo único que supo decir.

—No lo soy —replicó Victoria, alejándose un poco y mirándola con ojos vidriosos—. Solo cuido de lo que quiero.

Evelyne respiró sin dejar de sonreír.

—Gracias...

—Se te ha corrido el rímel, fea —dijo Victoria mientras pasaba sus pulgares por las mejillas de Evelyne, quitándole el maquillaje afectado.

—Y a ti... —soltó ella sonriendo y haciendo lo mismo que su amiga.

Las dos sonrieron con los ojos húmedos.

—Lo siento... —volvió a repetir Evelyne—. Por todo...

—Olvídalo —pidió Victoria negando con la cabeza—. Entiendo cómo te sientes. Es normal que estés tan enfadada.

—Pero no está bien que lo haya pagado con todo el mundo...

Victoria la guiñó un ojo.

—A ti lo que te falta es un buen revolcón.

Evelyne soltó una carcajada, sorprendida por la espontaneidad de su amiga.

—No estoy yo para esas cosas...

—Porque no quieres fea, que si no...

Ella puso los ojos en blanco. Su amiga era de lo que no había. Desde que había pasado lo de Mark no se había planteado en ningún momento buscar la satisfacción y el desfogue con otro hombre. No quería pensar en ello. No era que le incomodase hablar de esas cosas con Victoria, pero la irritaba pensar en otro hombre tan pronto. Tenía demasiado reciente lo de Mark.

—¿Qué tal van las cosas con Laurent? —quiso saber Evelyne.

—Genial —contestó Victoria con una sonrisa de oreja a oreja y poniendo los brazos en jarras—. Cada vez paso más tiempo en su casa que en la mía. ¡Ya he dejado allí mi cepillo de dientes, no te digo más!

—Eso es fantástico —dijo Evelyne contagiada por la sonrisa de su amiga.

—Pero no me cambies de tema —repuso Victoria acercándose a ella—. Deberías darte una alegría, volver al juego...

Evelyne puso los ojos en blanco de nuevo.

—Vicky...

—Un clavo saca a otro clavo...

—De verdad que no estoy yo para clavos...

—Bobadas —repuso ella—. Conseguiste superar lo de Peter con otros chicos. Deberías hacer lo mismo.

Evelyne se quedó sin palabras. Su amiga la conocía bien, y el hecho de citar lo de Peter lo confirmó. Era verdad que cuando su relación con Peter terminó, ella buscó consuelo en otros hombres. Entre ellos Alan, el camarero del bar Temple, con el que tenía afinidad. Pero ahora, por alguna extraña razón, no podía. No era capaz de pensar en buscar consuelo o satisfacción en otros hombres. Algo en su interior se había roto.

—Además —continuó Victoria, sacándola de sus propios pensamientos—.

Hay clavos muy interesados en ti que no están nada mal.

—¿Qué? —dijo Evelyne sin evitar sonreír.

Victoria se acercó juguetona a ella con un dedo en la barbilla, haciéndose la interesante.

—A ver si adivinas quien —soltó risueña—. Alto, con melenita rubia, unos ojos azules penetrantes. Con tipazo...Normalmente lleva camisas arremangadas hasta los codos...

—¿Qué dices? —preguntó ella sin saber al cien por cien si su amiga se estaba refiriendo a su nuevo secretario.

—¿No caes en quien puede ser?

—Vicky...

—¡Venga! Sabes perfectamente de quien estoy hablando.

—No quiero otro lío más que tenga que ver con el trabajo.

Victoria levantó una ceja y sonrió.

—Sería diferente —dijo su amiga—, a Neil le gustas y parece bastante cabal. Tiene claro que no quiere una relación seria, solo divertirse. Y sobre todo tiene claro que le gustas tú.

Evelyne se cruzó de brazos. ¿Cómo estaba tan segura?

—No creo que le...

—Le gustas. Me lo ha dicho. No hace más que preguntarme por ti.

Evelyne reflexionó durante unos segundos. La insistencia en acercarla a casa, en encontrarse con ella. La forma en que se acercaba a ella cuando podía e incluso le guiñaba el ojo a la mínima. Igual sí. Vale. Quizá su amiga tuviera razón. Últimamente notaba que Neil se le acercaba demasiado y que incluso tonteaba con ella. Pensaba que eran cosas suyas, pero...

—No quiero nada con nadie.

—Solo diviértete, despéjate —insistió ella—, creo que te vendría bien olvidarte de Mark.

Y cuando dijo su nombre, su corazón se encogió. Le dolía demasiado pensar en él, en lo que le había hecho. Miró a su amiga que esperaba paciente que ella cediera ante su proposición. Quizá no le vendría mal salir, conocer a otra gente. Aunque no llegara a nada, solo despejarse y olvidarse por un momento de todo lo que había pasado con Mark. Lo necesitaba tanto como el respirar.

—Vale... —confesó—. Puede que tengas razón...últimamente insiste mucho en...cosas...

—¿Cosas? —quiso saber Victoria.

Evelyne se ruborizó al recordar la insistencia de Neil para acompañarla a casa. ¿Estaría siendo solo amable o realmente estaba interesado en ella? Victoria la miraba esperando una respuesta.

—Sí, cosas...

—¿Cómo qué? —insistió su amiga viendo que Evelyne se cortaba.

—Desde que se me ha estropeado el coche no hace más que insistir en acercarme a casa...

—¿Se te ha estropeado el coche?

Evelyne asintió con la cabeza.

—¿Y por qué no me lo has dicho? ¡Podría haberte acercado!

—No estoy inválida —dijo Evelyne soltando el aire bruscamente por la nariz—. El metro me deja al lado de casa.

Victoria puso los brazos en jarra, pero antes de contraatacar, sonrió. Se le había ocurrido un plan y Evelyne se preparó para una locura de las suyas.

—Pues igual podrías aprovechar su “amabilidad” y dejar que te acerque a casa...

—Vicky...

Los ojos de Victoria se abrieron de par en par.

—Eso...u organizo una salida —dijo ella dando palmas—. Cenamos en algún sitio, unas copas y listo. Podríamos ir los cuatro.

—No, los cuatro no —cortó Evelyne, nerviosa. ¿Los cuatro? ¿Se refería a que invitaría a Laurent también? Era el hermano de Mark...

—¿Prefieres los dos solos? Uuhhh —dijo Victoria con una sonrisa de oreja a oreja y entonando la voz.

—No he dicho...

Llamaron a la puerta antes de que pudieran seguir con la conversación. Como ya era habitual, Neil entró sin esperar a que le dieran permiso.

—¿Hay reunión y no me he enterado? —preguntó divertido mientras traía bajo el brazo musculado una carpeta marrón.

—Yo ya me iba —dijo Victoria, mirando a su amiga y dedicándole un guiño cómplice. Evelyne se cruzó de brazos.

Cuando Victoria pasó al lado de Neil, le palmeó el hombro, guiñándole un ojo también. Sonrió antes de cerrar la puerta rápidamente y dejarles solos. Neil sonrió y se acercó a Evelyne.

—Veo que os habéis arreglado —dijo Neil, rompiendo el hielo.

—Eso parece —soltó Evelyne avergonzada por abrirse un poco. Se ruborizó y rodeó su mesa para sentarse en su escritorio.

—Me alegro —dijo Neil, acercándose hasta ella y apoyando su cadera en el borde de la mesa—. Por fin podremos salir a tomar unas copas.

Evelyne puso los ojos en blanco, sonriendo. Tenía que reconocer que la insistencia de Neil y sus ocurrencias le hacían gracia. Y necesitaba reírse después de tantos días apagada.

—¿Qué querías? —preguntó ella, obviando sus propios pensamientos.

Neil dejó la carpeta frente a ella y la abrió, acercándose al máximo que le permitía el ancho de la mesa.

—He revisado los primeros nuevos clientes, aquí tienes el dossier.

Evelyne parpadeó.

—¿Ya?

Neil sonrió enseñando los dientes, orgulloso.

—Sé que me los pediste para esta semana, pero si los puedo tener antes, mejor. ¿No crees?

Evelyne cogió los papeles y los echó una ojeada rápida.

—Claro...sí, sí —dijo impresionada por la rapidez con la que Neil había avanzado en su trabajo—. Deja que le eche un vistazo y te comento con lo que sea.

—Perfecto —soltó Neil, levantándose y acercándose hacia la puerta.

Evelyne se mordió el labio. Las cosas habían sucedido demasiado rápido, pero el hecho de haber arreglado las cosas con Victoria le hacía sentirse mejor, más animada. Su amiga tenía razón. Debía olvidarse de Mark. Costase lo que costase. Y eso empezaba por dejar de pensar en él a todas horas y a cada minuto que pasaba. Reunió todo el valor que pudo y ni ella misma meditó lo que iba a hacer, impulsada por una fuerza interior que no conocía.

—Neil...

Él se giró entre sorprendido y risueño. No dijo nada, esperó callado a que ella siguiera hablando mientras se metía las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Una cosa más... —continuó Evelyne nerviosa, sin dejar de mirarle.

—¿Sí? —instó él para que siguiera hablando.

Evelyne le mantuvo la mirada y un brillo especial apareció en los ojos azules de Neil. Ella tragó saliva y sin apartar la vista, se lanzó al vacío.

—¿Podrías...podrías acercarme a casa luego?

La sonrisa que se formó en los labios de Neil lo dijo todo. Parecía que una parte de él estaba sorprendido por la petición, pero por otra, era como si se lo esperase. Aguardó unos segundos antes de responder, para disfrutar de la inquietud que desprendía ella al pensar en si estaba bien lo que había propuesto.

Justo cuando Evelyne fue a hablar para arrepentirse, Neil se mesó el pelo y exclamó:

—Con solo escuchar cómo pronuncias mi nombre, haría cualquier cosa por ti.

Y oír aquello la descolocó tanto que no pudo controlar como el rubor le, subía por la cara y se instalaba en sus mejillas, sonrojándose por completo.

Neil sonrió y sin dejar de mirarla, abrió la puerta lentamente.

—Avísame cuando vayas a irte —dijo risueño—. Te recogeré abajo, frente a la puerta del edificio.

Y antes de que ella pudiera replicar o arrepentirse, Neil le guiñó un ojo y salió de su despacho, dejándola sola y ruborizada por lo que acababa de pasar.

El humo se escapaba de entre sus labios y se perdía hacia los edificios del Distrito Financiero de Nueva York. Mark estaba apoyado en la ventana de su despacho, abierta de par en par, mientras le daba las últimas caladas a su enésimo cigarrillo.

Chasqueó la lengua, molesto consigo mismo. Odiaba fumar, pero era la única manera que tenía de conseguir un poco de calma.

Los nervios y el estrés de las últimas semanas estaban acabando con su paciencia. El embarazo de Susan y la tensión con Victoria le traían de cabeza. Aunque tampoco podía obviar la extraña situación con su familia. Sí, extraña. No encontraba otra manera de poder definirla.

Laurent y Sharon, a pesar de no estar muy de acuerdo con su decisión de volver con Susan, le respetaban e intentaban apoyarle en lo máximo que podía, aunque no eran capaces de disimular su desaprobación cuando coincidían con ella. Con Matthew en cambio las cosas habían cambiado radicalmente. Desde que Mark comunicó a su familia su decisión de dejar a Evelyne y volver con Susan, su padre parecía otro. Atrás quedaban las malas caras, las contestaciones fuera de tono y las discusiones. Estaba emocionado. Le llamaba más para tratar temas de la empresa, le preguntaba por su vida. Parecía otro. Y eso le crispaba. ¿Acaso la relación que él tenía con su padre dependía de la mujer con la que estuviera? Joder.

Se apretó el puente de la nariz al tiempo que Evelyne volvía a revolotear por su cabeza, recordando el encontronazo de la última vez. Entendía su dolor y su actitud hacia él. Claro que lo entendía, joder. Se había comportado como un auténtico capullo. Le había hecho promesas que no había sido capaz de cumplir. Y a pesar de haber tomado la decisión de volver con Susan por su hijo, no era capaz de sacarla de su cabeza.

El teléfono de su despacho sonó sacándole de sus propios pensamientos. Apagó lo que le quedaba del cigarrillo sobre la cornisa, cerró la ventana y tiró la colilla en la papelera. Se sentó en su butacón de cuero negro y descolgó el manos libres.

—Sí —respondió serio, mientras movía el ratón para que el salvapantallas desapareciera de su ordenador.

—Señor Evans, tiene a su hermano en la línea 2. ¿Le paso con él?

Mark sonrió sin poder evitarlo. ¿Cuántas veces le había dicho a Laurent que evitase llamarle al trabajo? Laurent era tan cabezota como él. Sonrió. Era muy típico de los Evans ser tan obstinados. Como se les metiera algo entre ceja y ceja, no se lo sacarían de la cabeza en mucho tiempo. Para bien o para mal.

—Claro Steve, pásamelo.

Se oyó un pitido al otro lado del teléfono y Mark se acomodó en su silla, cruzándose de brazos. Tenía demasiado trabajo, demasiados correos por leer y muchas reuniones que prepararse. Pero le intrigaba saber qué excusa se había inventado, esta vez, Laurent para llamarle por teléfono. Las últimas semanas Laurent había estado muy pendiente de él. Demasiado. Pero su hermano mayor le conocía. Más que nadie. Y sabía que la decisión no había sido nada fácil para él. Por eso desde hacía más de dos semanas le llamaba siempre que podía.

—Pensé que no me lo cogerías —dijo Laurent, riéndose—. ¿Cómo estás, señor ocupado?

Mark sonrió.

—Si no te lo cojo me estarías llamando toda la mañana.

—Cómo me conoces...

—¿A qué debo el placer de tu llamada?

—Solo quiero saber cómo está mi hermanito.

—Y una mierda —soltó Mark mientras sonreía de lado—. Desembucha, que te conozco.

—Mira que eres...Haces que parezca el peor hermano del mundo.

Los dos se rieron y Mark levantó la vista, relajándose un poco. Últimamente estaba más nervioso y alterado de lo normal, en tensión constantemente. Hablar con su hermano siempre conseguía que se relajara un poco.

—Tengo información jugosa para ti... —soltó Laurent saboreando las palabras para darle emoción.

—¿Me vas a dar más trabajo? —preguntó él, divertido—. Hoy estoy hasta arriba.... Te juro que si tengo que hacer algo más me estalla la cabeza.

—No te quejes tanto, hermanito. Que lo que te tengo que decir te va a gustar.

—Sorpréndeme.

—Primera cosita... —comenzó Laurent, sin dejar de sonreír—. Hay una forma de saber si eres o no el padre del bebé de Susan. Antes de que nazca, claro.

Mark parpadeó y se acercó lo más que pudo al teléfono. ¿Había escuchado bien?

—¿Qué has dicho? —preguntó, nervioso.

—Lo que has oído —confirmó Laurent—. Resulta que tirando de mis contactos he descubierto que gracias a los avances médicos actuales uno puede saber si es o no el padre de un bebé nonato.

—Pensé que...

—Calla y escúchame, cagaprisas —cortó Laurent—. Desde hace unos años se emplea mucho en divorcios y esas cosas... ¿Te suena de algo?

—Sigue hablando.

Laurent soltó una carcajada.

—Al parecer, se puede descubrir si un bebé es tuyo o no aunque todavía no haya nacido. Solamente se necesita una analítica del padre... y de la madre.

Mark cerró los ojos. Joder. Su gozo en un pozo. ¿Cómo demonios iba a conseguir una analítica de Susan?

—Lau...

—Conseguimos una muestra de sangre de Susan y ¡problema resuelto!

—Lau...

—Si el bebé es tuyo, apaga y vámonos. Te toca tragar. Pero si no lo es...ya tienes el camino libre.

—¿Y cómo quieres que consiga una muestra de sangre de Susan, Lau?

—Pídesela —dijo Laurent calmado—. Si se pone obtusa, es porque tiene algo que ocultar. Si se muestra afable, lo más seguro es que el niño sea tuyo.

—No lo veo, Lau.

—Por intentarlo...

Mark suspiró. Conocía a Susan y sabía que se opondría totalmente a realizarse una analítica para hacerse una prueba de paternidad. Ella había dicho que se la haría cuando el bebé naciera, y lo tenía bastante claro.

—Dudo mucho que acceda siquiera a hacérsela... Ha dicho que se lo hará cuando nazca y se lo hará cuando nazca. No puedo obligarle a hacerse una prueba de ese tipo.

—¿Por qué no?

Mark sonrió ante el entusiasmo de su hermano.

—¿Pero cómo quieres que la obligue?

Laurent soltó una carcajada.

—Tengo un plan infalible. Coge papel y boli. Apunta —dijo todo sereno. Mark rio al otro lado, sin hacerle caso—. Te la llevas a cenar a su restaurante favorito, la emborrachas...

—Para el carro, vaquero. Está embarazada, ¿recuerdas? No puede beber alcohol.

Laurent chasqueó la lengua, haciendo que Mark soltara una carcajada divertido.

—Te la llevas a cenar a su restaurante favorito —repitió él—, despliegas tus artes de seducción...

—Lau, sabes que no tengo ninguna intención de...

—Escúchame. Aún no he acabado de contarte el plan.

—Vale —accedió Mark, recostándose en el respaldo.

—La seduces, te la llevas a la cama y te la follas hasta dejarla exhausta. Y cuando esté inconsciente por el polvazo que la hayas echado, le sacas sangre.

Mark rio con ganas.

—Claro —comenzó divertido—. Sería fácil si no fuera porque no tengo ninguna intención de acostarme con ella y porque no soy enfermero. No tengo ni la menor idea de sacar sangre. Seguro que le dejaría el brazo como un coladero.

—Se lo merecería, no te digo que no —soltó Laurent, haciendo que se rieran los dos.

Mark suspiró aliviado después de reír con su hermano. Hablar con él le venía bien.

—¿Sigues sin poder acostarte con ella? —preguntó Laurent poniéndose serio.

Mark cogió aire y apoyó la cabeza contra la parte alta del respaldo de su silla.

—Sabes la respuesta.

—¡Vamos, Mark! ¡Lleváis casados más de siete años!

—¿Y qué? —repuso molesto—. Ya no es lo mismo.

Y oírse decir aquellas palabras le dolió más de la cuenta. Durante muchos años Susan lo había sido todo para él. Hasta que apareció ella y descolocó todo su mundo. Chasqueó la lengua, irritado.

—No te la quitas de la cabeza, ¿verdad? —preguntó Laurent en un susurro,

leyendo sus pensamientos.

Mark sonrió de lado, entristecido.

—No sé por qué me preguntas eso si ya sabes lo que te voy a decir...

—Porque a veces viene bien soltarlo y desahogarse.

Las palabras de su hermano le estremecieron. Tenía razón. Hablar con los demás aliviaba el alma, pero él no acostumbraba a airear sus problemas. Prefería quedárselos para sí y resolverlos por su cuenta.

—Mark.

—Sí, ¿vale? —confesó él, apretándose el puente de la nariz—. No dejo de pensar en ella, Lau. A todas horas. A cada minuto. Y si no estoy pensando en ella, la sueño. Joder...

Se levantó de la silla y empezó a dar vueltas alrededor del escritorio, inquieto. Laurent permanecía callado al otro lado del teléfono.

—Incluso... —continuó él, mirando hacia el techo—. Incluso sigo yendo a las reuniones que hace Susan con Advertising solo para estar más cerca de ella... No debería ir, ya no forman parte de mis responsabilidades, pero... —sonrió, triste—. Susan cree que la acompaño para pasar juntos más tiempo, pero lo hago para sentirme más cerca de ella, para ver si nos cruzamos por los pasillos...

—Oye... —comenzó Laurent—. ¿Sabes que lo que te pasa es que...?

—Lo sé —cortó Mark, secándosele la boca—. Estoy enamorado de Evelyne.

—Pero hasta las trancas, hermanito.

Mark sonrió de lado, sin ganas. Lo sabía. Claro que sabía que estaba enamorado de ella, pero había tomado una decisión, con todas sus consecuencias.

—Oye Lau, tengo que seguir trabajando... —cortó Mark, no muy convencido—. ¿Qué era lo segundo que querías decirme?

Laurent ahogó un grito a través del altavoz.

—¿Cómo sabes que tengo algo más que decirte?

Mark levantó una ceja y se apoyó en el borde de la mesa, de brazos cruzados.

—Porque has empezado diciendo: primera cosa...

—¡Cierto! —exclamó Laurent sorprendido—. ¡Está claro que tú eres el hermano inteligente!

—Déjate de bobadas —dijo Mark divertido—. Cuéntame lo que me quieras

decir, no tengo mucho tiempo.

Laurent sonrió y se hizo de rogar durante unos segundos que a Mark se le hicieron eternos.

—Es sobre Evelyne.

Mark miró el teléfono como si se tratara de su propio hermano, esperando que siguiera hablando. Y cuando Laurent no lo hizo, la ansiedad se apoderó de él.

—¿Está bien? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó nervioso.

Laurent soltó el aire retenido en forma de sonrisa.

—Tranquilízate —dijo calmado—. Ella está bien. Me ha llamado Victoria para decirme que han hecho las paces.

Mark respiró hondo y soltó el aire de golpe, sintiendo que se había quitado un gran peso de encima. Se sentía culpable porque las dos amigas hubieran discutido de aquella manera en la convención de Advertising, hacía apenas unos días. Y más sabiendo que la causa principal de su disgusto había sido él, por ocultarle a Evelyne que Susan estaba embarazada.

—No sabes cuánto me alegro...

—Ahora solo falta que la fierecilla de mi novia se arregle contigo —dijo Laurent—, pero eso ya es otro cantar...

—No la culpo de que esté así conmigo.

—Bueno —quitó importancia su hermano—, ya veremos cómo arreglamos lo vuestro. Ahora deberías ir a hablar con Evy.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —repuso mosqueándose—. Deberías decirle lo que sientes y lo que te pasa con ella.

—Lau...ella no quiere escucharme.

—Quizá ahora que ha arreglado las cosas con Victoria esté más receptiva.

Mark suspiró, perdiendo la paciencia.

—No es buena idea, Lau. Tomé una decisión, con todas sus consecuencias.

—Bobadas —replicó estoicamente—. Tomaste una decisión pensando en la felicidad de un hijo que no sabes siquiera si es tuyo. ¿Y tú qué? ¿Vas a vivir infeliz toda la vida compartiéndola con una mujer a la que no amas?

Mark apretó los labios.

—¿Y Susan?

—¿Cómo que “y Susan”? —preguntó Laurent antes de que le dejara hablar.

—Sabes que me amenazó con no dejarme ver a mi hijo si seguía con

Evelyne.

—Y tu sabes que eso no es legal —soltó Laurent seco—. Si se pone en ese plan, se recurre a los abogados, punto. Y en ese caso ella tendrá todas las de perder.

Mark parpadeó. Su hermano tenía razón. En términos legales una madre no podía apartar a su hijo de un padre, pero...

Chasqueó la lengua y se pasó la mano por el pelo.

—Joder Lau... lo último que quiero es que ese niño pase por trámites legales, abogados y juicios...

—Sigo pensando que Evelyne y tú estáis hechos el uno para el otro —soltó Laurent haciendo caso omiso a su reflexión—. ¡Y para estas cosas tengo buen ojo! Si habláis, puede que encontréis la manera de estar juntos.

—Ella no quiere estar conmigo.

—Eso no lo sabes. Ya conoces a las mujeres...

—Bueno, bien.

—Escúchame —cortó Laurent, sonando más serio de lo normal—. Habla con ella, o por lo menos, inténtalo. Acerca posiciones, no me seas.

Mark apretó los labios. ¿Cómo podía explicarle a su hermano que se moría de ganas por hablar con ella? Aunque fuera solo para discutir. Aunque fuera solo para que Evelyne le reprochara su maldito comportamiento, su estúpida decisión. Con tal de estar cerca de ella por unos minutos...

—Vale... —cedió, intentando no sonar demasiado eufórico.

—¡Ya era hora! —dijo Laurent, elevando la voz—. Deberías pasar a buscarla a la salida del trabajo cual caballero andante...

—Te estás pasando...

—Calla y déjame acabar, que me tengo que ir a una sesión fotográfica.

—¿Ahora el que tiene prisa eres tú? —soltó Mark divertido.

—Shhh... Todo lo que te digo te lo digo por algo. Recógela a la salida del trabajo. Está sin coche. Victoria me ha dicho que se le ha estropeado y que va y viene en metro. Acércate hasta allí y hazte el encontradizo. Evy es dura, pero si conseguiste derretir su escudo de hielo una vez, podrás hacerlo de nuevo.

Mark sonrió de lado y miró hacia la ventana. Se moría de ganas por verla, por acercarse a ella. Aunque fuera solo unos segundos... Joder. Su cabeza le pedía lo contrario. Tenía que ser consecuente con la decisión que había tomado. Por el bien de su futuro hijo, si es que finalmente lo era. Pero, ¿qué

pasaba con él? ¿Con su felicidad, como había dicho su hermano? Se apretó el puente de la nariz y tomó una decisión.

—Adiós Lau, hablamos otro día.

—¿Qué vas a hacer al final?

—Adiós...

—¡No puedes dej..!

Y antes de que Laurent acabara la frase, Mark colgó el teléfono. Tendría que acabar demasiadas cosas antes de salir, pero la esperanza que se había instalado en su corazón por verla otra vez, le sacó fuerzas de donde no tenía para cerrarlo todo antes de irse.

Se abrochó su chaqueta cruzada de cuero negro de Chanel y cogió su bolso. Unos minutos antes había llamado a Neil desde el teléfono de su despacho para indicarle que salía ya. Neil respondió enseguida sin dejar que sonara ni siquiera el primer tono y le dijo que la esperaba abajo, en la entrada, y pasaría a buscarla con la moto.

Justo cuando cerró la puerta de su despacho con llave, su teléfono móvil comenzó a vibrar en su bolso. Lo sacó rápidamente y ahogo un grito al ver en la pantalla táctil el nombre de Lily. Mierda. Hacía semanas que no hablaba con ella, y ni siquiera le había respondido a los mensajes que ella le mandaba cada semana. Apretó los labios y tragó saliva, sintiéndose la peor amiga del mundo.

—Lily, siento mucho...

—¡Ya era hora! —gritó su amiga al otro lado del teléfono—. ¡No puedo creer que por fin esté hablando contigo después de tantos días! ¡Podrías haberte dignado a contestar los mensajes!

—Lily...lo siento, tienes razón —dijo Evelyne avergonzada mientras bajaba las escaleras hacia el ascensor—. No tengo excusa...

—No me enfado contigo porque estoy demasiado sensible y estoy a falta de cariño.

—¿Cómo estás Lily? ¿Cómo llevas el embarazo?

—Pues bien —repuso ella feliz—, tengo molestias y pinchazos, pero el médico me ha dicho que es completamente normal en los últimos meses. Cuento los días para que nazca y lo único que quiero es que el pequeño Jim salga antes de que llegue el calor excesivo y la boda de Peter y Anne.

Evelyne aminoró la marcha. Se había olvidado por completo de que en pocas semanas Peter, su exnovio, se casaría con Anne. Los acontecimientos vividos con Mark en estos últimos días la habían dejado tan abstraída del mundo que no recordó el próximo evento con los amigos de toda la vida.

—Seguro que sale todo bien, Lily —dijo Evelyne por decir algo.

—Eso espero, la última ecografía que me han hecho se ha visto que el niño será más grande de lo normal...¡Espero poder sacarlo!

Evelyne sonrió ante el comentario de su amiga.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Lily antes de que pudiera decir algo.

—Bien —contestó ella tomando el ascensor hasta la planta principal—. Últimamente ando con mucho trabajo porque me han subido de puesto y...

—¿Conseguiste el ascenso? —quiso saber Lily eufórica—. ¡No sabes cuánto me alegro! ¡Ya sabía yo que al final lo conseguirías!

—Gracias Lily —dijo Evelyne sonriendo.

—¿Y qué? ¿Cuándo lo celebramos?

—Pues... —titubeó ella—. Ando un poco liada, pero espero que en unos días las cosas se relajen por aquí...

—¡Te tomo la palabra!

Evelyne salió del ascensor y caminó hacia el exterior del edificio empujando la puerta con el hombro. No era muy tarde, pero ya no quedaba mucha gente en las oficinas. Se notaba la llegada de la primavera y por consiguiente, que los trabajadores salieran antes para disfrutar de unas cuantas horas más de sol.

—¿Y de lo otro? ¿Cómo estás? —preguntó de pronto Lily.

—¿De lo otro?

—Sí... de lo de Mark —soltó su amiga—. Peter nos ha contado que ya no estáis juntos. Que Mark ha vuelto con su mujer.

El corazón se la paró. Maldito Peter. ¿Cómo se había enterado? Y de repente cayó en la cuenta. La última vez que se vieron, en el bar de siempre, cuando Evelyne presentó a Mark delante de sus amigos, Peter había comentado que conocía a Susan. Joder. ¿Tenía que airear sus trapos sucios a los cuatro vientos? Cerró los ojos e intentó mantener la calma.

—Sí, bueno... —comenzó, nerviosa—. Esa historia se acabó.

—Evy... ¿Y cómo estás?

Evelyne se detuvo en la acera y miró hacia ambos lados. Ni rastro de una moto, y por consiguiente, ni rastro de Neil. Le inquietó tener que hablar de Mark y quiso eludir el tema lo antes posible.

—Bien, bastante bien, la verdad —dijo, sonando más forzada de lo normal.

—Peter nos ha dicho que... —carraspeó Lily, nerviosa—. Que Mark ha vuelto con su exmujer y que están esperando un hijo.

Maldito cabrón. No había omitido ningún detalle.

—Ya...bueno —dijo ella, inquietándose y cambiando el peso de un pie a otro. ¿Dónde narices estaba Neil?

—Hemos quedado este viernes en el bar de siempre —soltó Lily—. Podrías

venirte y contarnos lo que ha pasado.

Mierda. Lo que menos la apetecía era airear su historia con Mark, y mucho menos encontrarse de nuevo con Peter.

—La verdad es que... este viernes no puedo, ya tengo planes —mintió.

—Acércate un día esta semana y te invito a un café —sugirió Lily, intentando sonar amable—. Con esto del embarazo y la baja me aburro un montón.

—Bueno... —comenzó Evelyne—. Te llamo en cuanto saque un hueco, ¿vale?

—¡Pero llámame! Que te conozco...

—Claro.

En ese momento, el ruido estrepitoso de una moto acercándose la ensordecía.

—Lily —dijo tapándose un oído para poder escuchar a su amiga cuando Neil se detuvo a su lado—. Te tengo que dejar. Hablamos.

—¡Vale! ¡No te olvides de llamarme!

—Que no... Cuídate. Un beso.

Neil apagó el motor de la moto pero no se bajó de ella. La moto era impresionante. Era una honda de CMX500 de color negro, con 46 CV de potencia y motor 500 cc. Una autentica preciosidad. El cuerpo de Neil parecía ser una articulación más del vehículo de dos ruedas. Subido en ella, con la cazadora de cuero, el casco puesto y los mitones en la mano, se notaba que la dominaba a la perfección.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó Neil levantándose la visera, sin quitarse el casco—. Había demasiado tráfico hoy, no sé por qué.

—No deberías estar en la acera —increduló Evelyne, frunciendo el ceño—. Se supone que está prohibido.

Neil sonrió y con un movimiento de cabeza se apartó los mechones que quedaban en su frente, por la presión del casco.

—Van a ser dos minutos, no te alteres —Evelyne fue a replicar pero Neil la detuvo, dándole un casco que llevaba entre las piernas—. Además, las normas están para romperlas, ¿no crees?

Evelyne cogió el casco mientras Neil le guiñaba uno de sus ojos azules. ¿Por qué tenía la sensación de que tonteaba con ella todo el tiempo? Separó las hebillas y metió la cabeza como pudo en el casco negro. Jamás había subido en una moto y, por lo tanto, jamás se había puesto un casco. A ella le

pareció que aquel elemento de seguridad le apretaba demasiado la cabeza y arrugó más el ceño.

—Sube.

Evelyne estudió el vehículo y escudriñó cada uno de los elementos de la misma para saber dónde tenía que sentarse, dónde tenía que apoyar los pies y sobre todo, donde tendría que agarrarse.

—¿Nunca has visto una moto? —dijo Neil sonriendo.

—Por supuesto que sí.

—¿Entonces? —quiso saber él, divertido—. ¿Me vas a decir que nunca has subido en una?

Evelyne entrecerró los ojos.

—Pues no.

La carcajada que soltó Neil hizo que se tirase hacia atrás, riendo sin parar. Evelyne puso los brazos en jarra.

—¿Pero con qué clase de hombres has salido tú?

—Con hombres que tienen coche —dijo ella, levantando una ceja.

—También tengo coche, pero me parecen más interesantes las motos.

—Lo que tú digas.

—Ven —dijo Neil agarrándola del antebrazo y acercándola hacia él—. Tienes que abrocharte el casco.

Y sin dejar que ella lo hiciera, Neil tomó las hebillas del mismo y unió las dos partes del cierre por debajo de su barbilla. A pesar de estar subido en la moto, quedaron los dos a la altura de los ojos, demasiado cerca el uno del otro. Evelyne se ruborizó al ver la amabilidad de Neil y se frustró consigo misma por sentirse así.

—Lista. Sube —dijo Neil, indicándole con la cabeza que se sentara en el sillín de atrás—. Apoya los pies en esos estribos de ahí, ¿los ves?

Evelyne asintió, y apoyándose en el hombro de Neil, pasó una pierna hacia el otro lado y se acomodó en el asiento. Menos mal que aquel día había decidido ponerse pantalones, pensó. Colocó el bolso entre los dos cuerpos y puso las manos hacia atrás, agarrándose de las asideras laterales.

—Puedes agarrarte a mí —dijo Neil, mirándola por encima del hombro.

—Así voy bien —se justificó ella, no muy segura de sus palabras.

—Voy bastante rápido —rio él, cogiéndole un brazo y rodeándole la cintura—. No querrás caerte en una curva, ¿verdad?

Evelyne parpadeó.

—¿Puedo caerme? —preguntó sin pensar, un poco nerviosa.

Neil rio con ganas, apretando la mano de ella contra su abdomen.

—Si te agarras a mí, no.

Colocó la mano en su posición, se bajó la visera del casco y giró el manillar derecho, arrancando la moto. Evelyne se agarró a su cintura, llevada por la posibilidad de que en una curva pudiera caerse. ¿La gente se caía de las motos? Pensó. No le dio tiempo a meditar la pregunta porque Neil soltó el pie y comenzó a circular por la acera.

Ella se aferró más a él, notando el cuerpo de Neil entre sus brazos. Debajo de la cazadora de cuero, pudo notar el cuerpo tonificado de su secretario. Maldita Victoria, tenía razón. Neil no estaba nada mal. ¿Sería verdad que estaba interesado en ella? Y la pregunta del millón, ¿estaría ella interesada en Neil y sería capaz de olvidar a Mark?

19

Estacionó su Audi A5 en la acera contraria al rascacielos donde Advertising tenía sus oficinas. Mark dejó las luces de emergencia puestas y esperó dentro, ansioso por verla salir. La conversación que había tenido con Laurent le había hecho reflexionar sobre lo que él sentía y sobre todo, lo que él necesitaba para ser feliz. Y en esos momentos la necesitaba a ella. Verla. Sentirla. Tocarla.

Había ido a buscarla para intentar un acercamiento. Aunque Evelyne se cerrara y le atacara de nuevo. Le daba igual. Solo necesitaba estar cerca de ella durante unos minutos para quitarse el mono que sentía cuando no la veía y lo único que le preocupaba era saber si sería capaz de estar con ella sin besarla antes de que pudiera explicarse.

Los dedos de Mark tamborileaban sobre el volante mientras esperaba verla aparecer por las puertas de cristal. Solo tenía que salir del coche, cruzar la calle y estaría con ella. No era tan difícil. Entonces, ¿por qué estaba tan nervioso?

Cuando las puertas de cristal se abrieron y Evelyne salió a la calle, Mark se quedó sin respiración. Estaba espectacular con esos pantalones a cuadros y esa blusa negra que se ceñía a su cuerpo bajo la cazadora de cuero. La deseaba. Demasiado. Pero no en sentido más carnal, a pesar del pinchazo que sintió en la entrepierna al verla. La deseaba como mujer, como su compañera, como su amante. Como se desea a alguien que amas por encima de todo.

Evelyne se detuvo a una distancia prudencial de la puerta mientras hablaba con alguien por teléfono. ¿Quién sería? ¿Su padre? Pensó. Quizá alguna amiga de su pandilla. Puede que Lily. Hablaba por teléfono mientras miraba a ambos lados de la calle. ¿Estaría esperando a alguien?

Respiró hondo y se dispuso a encontrarse con ella. Quitó el contacto, dejando las luces de emergencia puestas y abrió la puerta. A pesar de hacer el típico viento del mes de mayo, no cogió la cazadora. Total, no tardaría mucho en volver al coche. O no debería. Estaba estacionado en doble fila y últimamente las autoridades no tenían reparos en poner multas a diestro y siniestro. Con un poco de suerte, no volvería solo al coche, pensó, sonriendo de lado.

Cuando cerró la puerta y se dispuso a cruzar la calle, se detuvo en seco. Evelyne había dejado de hablar por teléfono y hablaba con un hombre que había parado delante de ella subido en una moto. No podía ver quien era porque el conductor seguía con el casco puesto, pero parecían conocerse. En un momento dado, los dos intercambiaron risas y Evelyne se puso el casco que le ofreció el motero. Para sorpresa de Mark, el hombre agarró a Evelyne por el brazo y la atrajo hacia él, para después, en un gesto demasiado íntimo para él, ayudarla a abrocharse el casco.

Sintió cómo la sangre se le calentaba en las venas y más aún cuando ella subió a la moto y el hombre la instó a que se agarrase de su cintura. Pensó que Evelyne no lo haría, pero finalmente, se sujetó con fuerza de su abdomen, apretándose contra su espalda.

Mark se había quedado paralizado, viendo la escena desde un segundo plano no muy agradable. Su cuerpo estaba tenso y respiraba entrecortadamente. ¿Quién era ese hombre y por qué tenía tantas confianzas con ella? Una punzada se instaló en su pecho al contemplar una dolorosa posibilidad. ¿Estarían juntos?

Apretó los dientes, manteniendo el nudo de la garganta oprimido, sin dejar que se desatara. Y supo que lo que sentía en ese momento no era otra cosa más que celos. Simples y puros celos. Él. Sintiendo celos. En sus treinta y dos años de vida jamás había sentido celos de otro hombre. Ni siquiera cuando vio el descarado acercamiento de Susan con el que fue su mejor amigo. Ni siquiera en ese momento. Y ahora, al contemplar una mínima posibilidad de que Evelyne hubiera conocido a alguien, le mataba por dentro.

Apretó los puños, inmóvil en su sitio mientras los transeúntes y los coches circulaban por el distrito financiero. ¿La habría perdido? Que Evelyne no fuera suya le destrozaba, pero que fuera de otro hombre le consumía por dentro.

20

La Honda de Neil paró frente al portal del apartamento de Evelyne, de nuevo, estacionando en la acera.

—Te van a pillar un día y te van a poner una multa por parar en la calle y no en la carretera —dijo Evelyne soltándose un poco.

—Me gusta el riesgo —expuso Neil sonriendo.

Evelyne echó su cuerpo hacia atrás y se apoyó de nuevo en el hombro de Neil para bajarse. Rápido, este le agarró la mano para ayudarla a descender de la moto.

—Gracias —dijo ella una vez en el suelo.

—No hay de qué.

Neil se quitó el casco y se mesó el pelo, echando sus mechones rubios hacia atrás. Evelyne hizo lo mismo, desabrochando el cierre y quitandoselo despacio, para no hacerse daño en las orejas. Neil bajó de la moto, dejó su casco sobre el sillín y se giró hacia Evelyne para coger el suyo y meterlo en una bolsa de tela que había sacado del interior de su cazadora de cuero.

—¿Te ha gustado el paseo? —quiso saber Neil mientras se quitaba los guantes.

Evelyne se cruzó de brazos y levantó una ceja.

—Has dado mucho rodeo, ¿no crees?

Neil se apoyó en su moto, de cara a ella, y cruzó los brazos también, sin dejar de sonreír.

—Es que me he perdido.

—No te lo crees ni tú.

Neil soltó una carcajada.

—Me has pillado —dijo, echando el cuerpo hacia delante, para acercarse a ella—. Hubiera ido y venido hasta Brooklyn solo porque me siguieras abrazando un poco más.

—No te he abrazado —dijo ella un poco cortada, notando como el calor subía hasta sus mejillas.

Neil sonrió y se levantó de la moto, para acercarse a ella. Era alto, más que Evelyne, y olía de maravilla. Con esa chupa de cuero y ese pelo rubio alborotado parecía un chico malo. Uno de esos chicos que cualquier madre

advertiría a sus hijas de que no le convenían.

—Me gustas más cuando no estás trabajando —soltó Neil de pronto, sonriendo—. Estás como... más relajada, menos tensa.

Evelyne parpadeó. ¿Había oído bien? ¿Neil había dicho que le gustaba más? Pensó. ¿Eso significaba que le gustaba... un poco? Se sorprendió por la naturalidad y la tranquilidad con la que lo dijo.

—En el trabajo tengo que guardar unas apariencias —dijo ella intentando que no le temblara la voz.

—Conmigo no tienes que guardarlas —soltó Neil, sorprendiéndola una vez más.

Evelyne no sabía dónde meterse. Estaban tonteando, abiertamente. Y eso la abrumó. Un sentimiento de culpa la invadió al pensar que una parte de ella estaba traicionando sus sentimientos al seguirle el juego a Neil y... Un momento, ¿qué sentimientos? Y la pregunta del millón ¿sentimientos por quién?

Negó imperceptiblemente con la cabeza para apartar sus dudas y dio un paso atrás.

—Gracias por acercarme. Nos vemos mañana.

—¿Quieres que te pase a buscar? —preguntó él.

—Ya tengo el coche arreglado.

—Vaya... —dijo Neil poniendo morritos y haciendo que Evelyne sonriera ante el gesto—. Podría dar más rodeo y enseñarte sitios increíbles de Nueva York.

Evelyne esbozó una sonrisa, y dando otro paso hacia atrás, abrió una posibilidad que no sabía si tendría que cerrar o no.

—Quizá otro día.

Los ojos de Neil se iluminaron.

—Te tomo la palabra —dijo eufórico—. E insistiré hasta que cedas a tener una cita conmigo.

Evelyne sonrió y entró en el portal. Y mientras subía las escaleras hacia su pequeño apartamento no pudo evitar acordarse de que no hacía tanto tiempo, era Mark el que insistía en tener una cita con ella.

21

—Buen trabajo, Evy —dijo Henry recostándose en las butacas de cuero blanco del despacho de Evelyne.

—Victoria y Neil me han ayudado bastante —afirmó ella, con una expresión imperturbable.

—Lo sé —sentenció Henry sonriendo—. Me queda constancia que hacéis un gran equipo y que, gracias a vuestro esfuerzo, estamos consiguiendo que todas las nuevas campañas publicitarias tengan tanto éxito.

Evelyne asintió con la cabeza, orgullosa con las palabras de Henry. Hacía menos de un mes que había cogido la responsabilidad de coordinar el Departamento de Cuentas a nivel nacional, y los resultados que estaban obteniendo eran más que satisfactorios. Victoria había conseguido encauzar dos importantes campañas publicitarias, y gracias al perfeccionismo de Neil con los dossiers, Evelyne supo defender a la perfección el trabajo realizado por su equipo.

—Nos reunimos la semana que viene a la misma hora —propuso Henry levantándose, sacándola de sus pensamientos—. ¿Te parece bien?

—Claro, lo anoto en mi agenda.

—Estaría bien que Neil y Victoria participaran, por lo menos esta vez.

—Por supuesto.

Henry recogió sus pertenencias y se acercó a la puerta.

—Estaré en mi despacho por si me necesitas —dijo, con medio cuerpo fuera—. Gran trabajo, Evy.

—Gracias.

La puerta se cerró y Evelyne sonrió orgullosa. Tenía que felicitar a su equipo y comunicarles que en la próxima reunión con Henry participarían juntos. Descolgó su teléfono y marcó la extensión de Victoria. Comunicaba y decidió probar con la de Neil. El teléfono sonó sin respuesta. Qué raro, pensó.

Sin dudar, cogió los dossiers que tenía que compartir con ellos y decidió que los felicitaría en persona. Se alisó la falda de su vestido negro de manga francesa y se encaminó al piso inferior haciendo sonar sus Lodi negros.

Cuando llegó al piso de abajo, le sorprendieron dos cosas. La primera, que Neil no se encontraba en su mesa a pesar de tener sus pertenencias esparcidas por encima. La segunda, los gritos que salían del despacho de Victoria, que se oían perfectamente debido a que, como de costumbre, su amiga tenía la puerta entreabierta.

Se tensó al escuchar una voz aguda muy particular y conocida para ella.

—¡Es intolerable el trato que nos estáis dando! ¡Necesitamos la nueva campaña publicitaria para esta semana! ¡Sin falta!

—Vamos a ver, Susan, ese no fue el acuerdo que firmamos hace unas semanas.

—¡Me da igual! ¡Somos vuestros clientes y tenéis que hacer lo que se os pide!

Evelyne abrió la puerta del despacho y observó la escena. Victoria y Susan estaban de pie, separadas por el escritorio de la primera, discutiendo. Susan estaba roja de ira y su piel escarlata destacaba con el conjunto de blusa azul celeste y pantalón gris. Tenía una mano apoyada sobre el escritorio y la otra levantada, apuntando con el dedo en señal de amenaza hacia Victoria. Esta, más en sus cabales, estaba cruzada de brazos, con el ceño fruncido. Llevaba un jersey fino de cuello cisne morado de manga corta y una falda negra que se ajustaba a su silueta. Supuso que la discusión se había tornado tensa al ver a las dos levantadas.

—¿Va todo bien? —preguntó Evelyne desde la puerta.

Susan se giró bruscamente hacia ella e irguió la espalda.

—Señorita Taylor —dijo, entornando los ojos—. Me alegro de que esté aquí. Tenemos un problema bastante gordo con la última campaña publicitaria de M&S.

Victoria puso los ojos en blanco justo en el momento en el que Evelyne dio un paso hacia el interior del despacho e intercambiaba una rápida mirada con ella.

—¿De qué se trata? —preguntó Evelyne, cruzándose de brazos también y colocando los dossiers que portaba en un costado.

—Resulta que ustedes no llegan a tiempo con los plazos estipulados.

—Eso no es verdad Susan...

—¿Me dejas contarle a mí? —bufó la rubia girando la cabeza bruscamente hacia su cuñada. Victoria resopló pero mantuvo la compostura. Evelyne le dedicó una mirada tranquilizadora.

—Continúe, señora Evans —pidió ella.

Susan sonrió, manteniendo la expresión dura.

—No estáis cumpliendo los plazos acordados, pondremos una reclamación a vuestra empresa y traerá consecuencias.

Evelyne respiró y tiró de todo su autocontrol. Aunque Susan le crispara, aunque no pudiera ni verla, tenía que comportarse como la profesional que era.

—¿Se refiere al anuncio que estamos preparando? —preguntó Evelyne conciliadora.

—Ese.

—Tenía entendido que el acuerdo era tenerlo en dos semanas.

—No —bufó Susan acercándose a Evelyne y encarándosela—. Era para esta semana, ¡lo necesitamos esta semana! ¡No llegamos a los plazos por vuestro pésimo servicio!

Evelyne levantó la barbilla, sin achantarse.

—Por favor —dijo ella—, le ruego no nos falte al respeto.

Susan se acercó más a ella, roja de rabia y puso los brazos en jarras.

—Lo estás haciendo a posta, ¿verdad?

Evelyne levantó una ceja.

—¿Perdón?

Susan alzó el mentón, encarándose.

—Esta es tu venganza personal —soltó brusca—. Por lo que pasó entre nosotras. Ahora te estas desquitando, perjudicando a mi empresa.

—Susan, no digas tont... —dijo Victoria acercándose a ellas.

—No te metas, Victoria —cortó Susan levantando una mano, sin dejar de mirar a Evelyne—. Si pretendes que M&S se hunda estás muy equivocada, guapa. Estás despechada porque Mark ha vuelto conmigo.

Lo que la faltaba, pensó Evelyne. Susan se estaba llevando la discusión laboral a lo personal, y por ahí no iba a pasar. Tiró de toda la asertividad que conocía y de todo su autocontrol para no soltarle una bordería.

—Haré como que no he oído eso —sentenció Evelyne, sin inmutarse—. El tema de los plazos se resuelve fácilmente sacando el contrato que se firmó en su día para esta campaña publicitaria —miró a Victoria—. Señorita Summers, ¿puede hacer el favor de mostrarnos el contrato, por favor?

Victoria asintió con la cabeza y se dirigió al armario que tenía detrás de su escritorio.

—¡No! —gritó Susan, levantando un dedo y señalando a Evelyne—. Me da igual lo que ponga en el contrato ¡He dicho que necesitamos la campaña esta semana y no me iré de aquí hasta que tenga un compromiso por vuestra parte de que será así!

—Señora Evans...—comenzó Evelyne intentando apaciguar los ánimos.

—¡Si no tenemos el anuncio ahora haré todo lo posible para que la alianza entre Advertising y M&S se vaya a la mierda!

—¿Hay algún problema aquí?

Las tres miraron hacia la puerta y vieron a Mark, con cara de pocos amigos. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados, haciendo que su mandíbula se marcara perfectamente en su rostro. Llevaba las manos en los bolsillos de unos pantalones chinos en color negro, que combinaba con una camisa y una americana en el mismo tono.

—¡Cariño! —Espetó Susan cambiando el rostro y acercándose a su marido—. Menos mal que has venido... El anuncio que hemos contratado con ellos no está preparado ¡Habrá pérdidas en nuestra empresa!

Evelyne sintió como las piernas le empezaban a temblar. Había mantenido la compostura perfectamente con Susan, pero ver a Mark la descolocaba sin poder evitarlo. La irritaba. No lo entendía. Fue Susan la que pidió su cabeza y con la que debería estar crispada. No con Mark. Giró el cuerpo hacia el matrimonio, manteniendo los brazos cruzados para que no se le notara el nerviosismo. Tenía que relajarse y pensar en el trabajo. Solo en el trabajo. Debía solucionar la discusión entre Victoria y Susan y, si al final había sido un problema de Advertising, disculparse como era debido.

—¿Cuál era el plazo acordado? —preguntó Mark mirando a Victoria.

—Lo necesitamos esta semana cariño —dijo Susan agarrándole del brazo—. Si no...

—No te lo he preguntado a ti —cortó Mark más brusco que nunca, mientras soltaba el agarre de Susan sin mirarla—. Señorita Summers, ¿puede sacar el contrato?

Evelyne abrió los ojos, sorprendida por la dureza con la que Mark estaba actuando. Jamás le había visto así en temas del trabajo. Normalmente era el conciliador y, la mayoría de las veces, por no decir todas, hacía lo que Susan pedía.

Como vio que nadie hacía nada, Evelyne miró a Victoria, que estaba tan sorprendida como ella.

—Victoria... —dijo sacándola de su asombro.

Su amiga reaccionó y sacando una carpeta del armario, revisó los papeles del interior.

—El plazo acordado es para dentro de dos semanas... —dijo Victoria a la expectativa.

Susan resopló y se acercó a Mark.

—Eso es mentira, seguro que se lo está inventando.

Mark cerró los ojos y respiró hondo. Evelyne no era capaz de reaccionar y miró de reojo a Victoria, que se encontraba igual. Mark parecía bastante alterado y cabreado. ¿Qué había pasado con el Mark apaciguador y tranquilo?

—Señorita Summers, por favor —dijo Mark serio, levantando una mano en dirección a Victoria para que le diera los papeles.

Victoria se acercó sorprendida e hizo lo que su gesto le pedía. Los segundos que pasaron desde que Mark cogió los papeles hasta que los leyó, se hicieron eternos. La tensión se podía cortar con un cuchillo y el ambiente estaba bastante caldeado. En el despacho de Victoria, que no era muy grande, estaban los cuatro. Mark repasando en silencio el contrato firmado entre las empresas, Susan detrás de él, tensa. Victoria y Evelyne a una distancia prudencial, mirándose de reojo.

—El acuerdo es para tener el anuncio listo en dos semanas —terció Mark apretando los dientes, enfrentándose a Susan por primera vez y clavándole su penetrante mirada—. Y está firmado por ti.

El desprecio con el que Mark le tendió los papeles a Susan asustó a las chicas. Evelyne no salía de su asombro. Su corazón iba a mil. Nunca había pensado que Mark pudiese comportarse así con su esposa.

—Pero...—comenzó Susan—. Mark, los necesitamos esta semana...

Mark enderezó la espalda y giró su cuerpo para estar totalmente de frente a ella.

—Eso lo tendrías que haber pensado antes —soltó él, sin tacto—. En el contrato está claro, el anuncio de Advertising estará disponible dentro de dos semanas. Si lo necesitabas para esta semana haberlo propuesto en el momento de la contratación.

—Pero...

—Eres la jefa del Departamento de Marketing, Susan. Tienes la suficiente experiencia como para saber cuándo necesitamos o no los servicios que contratamos. Y sobre todo, tienes la suficiente experiencia para asumir tus

errores. Es una incompetencia por tu parte buscar culpables cuando el error es nuestro. Que no se vuelva a repetir.

Susan se quedó pálida. Su blanquecina piel se apagó aún más ante la reprimenda de Mark. Parecía que le habían quitado todo el oxígeno y que no era capaz de respirar. Quería decir algo, replicar a su marido, pero las palabras no salían de su boca.

Mark devolvió los papeles a Victoria, que los cogió en automático.

—Señorita Summers, señorita Taylor —dijo mirándolas fijamente—. Siento profundamente lo que ha ocurrido aquí. Les ruego que nos disculpen. Informaré de lo que ha sucedido al Consejo de dirección de M&S y se tomarán las medidas oportunas para que no se vuelva a repetir.

Victoria asintió con la cabeza, incapaz de salir de su asombro. Evelyne no se inmutó. Estaba sorprendida también, claro, pero tenía que mantener las apariencias. La actitud de Mark la había descolocado demasiado, y aunque estaba impresionada por su conducta, no lo demostró hacia los demás.

Mark cruzó la mirada con Evelyne, y lo que vio en sus ojos la hizo vibrar por dentro. Los preciosos ojos de Mark hablaban por si solos, mostrando determinación, decisión y convicción. Justo lo que acababa de manifestar con su actitud. Jamás había visto a Mark comportarse así, y mucho menos en el trabajo, con tanta mano dura y firmeza. Quiso decir algo para terminar con la tensión que se palpaba en el ambiente, pero las palabras no salieron de su boca. ¿Qué había pasado para que Mark se comportase así?

Antes de que pudiera hablar, él se dio la vuelta y abrió la puerta.

—Susan, convocaré urgente al Consejo, en media hora —soltó, haciendo que ella empezase a boquear, nerviosa—. No te retrases.

Y la manera en la que cerró la puerta hizo que las tres dieran un brinco. Evelyne y Victoria se miraron, impactadas. Susan no dejaba de mirar la puerta, sin reaccionar. Evelyne quiso acabar con esto cuanto antes y se acercó a ella, pero manteniendo una distancia prudencial.

—Señora Evans...

Cuando Susan se giró, tenía los ojos rojos y brillantes, llenos de rabia. A pesar del carácter de la rubia, Evelyne no se amedrentó.

—Intentaremos tener el anuncio para la semana que viene.

Susan soltó el aire retenido por la nariz, en un bufido. Parecía que iba a decir algo, pero antes de hacerlo, se arrepintió, recogió sus cosas y salió exasperada por la puerta, dando un portazo también.

Evelyne y Victoria se miraron.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Victoria con una ceja levantada.

Evelyne no sabía que contestar. La situación que acababan de vivir había sido de todo, menos normal. Susan echa un basilisco y Mark... en vez de apaciguarla como otras veces, o mantenerse al margen, había entrado en la discusión, poniendo los puntos sobre las ies y dejando claras las circunstancias de la discusión.

—¿Crees que podrás tener la campaña finalizada para la semana que viene? —preguntó Evelyne, intentando centrarse en el trabajo.

—Sí —soltó convencida—. Pero porque me lo pides tú, si es para hacerle un favor a esa...

—Lo sé —dijo Evelyne sonriendo—. Gracias, Vicky.

Victoria sonrió eufórica por la confianza.

—Voy a ponerme a ello —dijo ella—. En cuanto lo tenga te aviso.

—Genial, te dejo tranquila.

Y la situación que acababan de vivir la había dejado tan impactada, que había olvidado por completo de por qué había bajado hasta el despacho de Victoria.

Subió las escaleras hacia la planta superior reviviendo en su cabeza la escena que acababa de presenciar. Ver a Susan tan prepotente la había molestado, encarándose con su compañera y amiga. Por eso Evelyne había decidido entrar al trapo, con toda la parsimonia posible y así, intentar arreglarlo. Lo que no esperaba fue encontrarse a Mark. Y mucho menos en la situación en la que se lo encontró.

Sin saber por qué, revivió las otras ocasiones en las que se había encontrado con la pareja, y sobre todo, una de las últimas. Cuando Susan pidió que ella fuera a hacer las reuniones a los edificios de M&S en vez de a los de Advertising, como era habitual. La noche anterior a ese momento, Susan se había presentado en el apartamento de Mark y estuvo a punto de pillarles juntos si no hubiera sido porque Evelyne se escondió en el piso superior. Al día siguiente, después de finalizar la reunión semanal con ellos, Susan la preguntó abiertamente si se estaba acostando con Mark. Supo salir airosa del paso, pero la manera en la que reaccionó Mark, manteniéndose al margen, sin defenderla ni nada, le dolió. Era como si siempre se achantara con lo que decía Susan, intentando apaciguar. Recordó que aquel día discutió con él por teléfono, pensando incluso que era un calzonazos.

Aquellos recuerdos le trajeron sentimientos encontrados. Se sorprendió a sí misma al sentir nostalgia por aquellos días en los que era feliz y lo único que le importaba era pasar más tiempo con Mark. Pero a la vez, le dolían, por lo que había pasado. Porque él había elegido a Susan y ella había confiado como una tonta en él.

Entró en su despacho moviendo la cabeza para alejar esos pensamientos y centrarse en el trabajo, y cuando vio la silueta que estaba en el interior mirando por la ventana, se quedó sin aire.

Mark estaba increíble, mirando por la cristalera de espaldas a la puerta del despacho de Evelyne. Estaba hablando por teléfono, con la espalda recta y una mano en el bolsillo. Al estar a contraluz su imagen pareció como salida de un cuadro.

—...que se atenga a las consecuencias...—dijo con la voz grave, sin percatarse de que Evelyne había entrado en la oficina—...No, es lo que tengo

que hacer... Me da igual que sea Susan, no quiero tener un equipo formado por incompetentes... Ella es la primera que debería saberlo...

¿Con quién estaría hablando? Pensó Evelyne, extrañada. Pensaba que Mark había salido hacia sus oficinas para reunirse con el Consejo de dirección de su empresa. Se quedó callada, sin moverse. Por alguna razón no quería interrumpir. Verle así, tan serio, tan inflexible, la removi6 por dentro, haciendo que su coraz6n se desbocara.

Mark se gir6, y sus miradas se encontraron. La luz de la ventana hacia que su perfil se volviera m6s oscuro, resaltando sus ojos verdes, que brillaban por encima de todo.

—Te llamo luego, padre —dijo sin apartar la vista de ella.

Y colg6 sin dejar de mirarla. Evelyne le sostuvo el gesto. Encontrarse con 6l, a solas, hac6a que se sintiera extraña. Demasiado. Los recuerdos se le agolpaban en su cabeza. Y lo peor de todo era que evocaba recuerdos felices que compartieron los dos. ¿Por qu6 no se acordaba de lo mal que se hab6a portado con ella? ¿De que dej6 a Susan embarazada mientras comenzaba una relaci6n en paralelo? Apret6 los labios, sin saber muy bien qu6 decir.

—Siento lo que ha pasado en el despacho de Victoria —dijo Mark rompiendo el silencio—. Se est6n tomando las medidas necesarias para que no se vuelva a repetir. El comportamiento de Susan ha sido inapropiado y se le abrir6 un expediente por esto.

Evelyne parpade6, asimilando las palabras. ¿Abrir6an a Susan un expediente por su comportamiento? ¿Solo porque lo hab6a pedido Mark? ¿As6 de f6cil?

—¿Y a ti? —pregunt6 ella, cruz6ndose de brazos.

—¿A m6? —dijo Mark arrugando el ceño, sin entender.

Evelyne levant6 una ceja.

—S6 —afirm6, seria—. Eres su Adjunto. No deber6as referirte a ella como lo has hecho antes. Es tu jefa.

Mark levant6 la barbilla sin apartar sus ojos de Evelyne y solt6 el aire lentamente por la nariz.

—Ya no soy su adjunto —dijo tranquilo—. Ha habido algunos cambios en la organizaci6n de M&S... Cambios que todav6a no puedo...o no debo... contar. Al menos, no todav6a, pero...

Evelyne puso los ojos en blanco y frustrada, se acerc6 a su mesa y deposit6 los papeles encima. ¿Quer6a saber qu6 pasaba realmente? ¿Quer6a conocer

aquellos cambios que decía él? No, le daba igual. Mark daba a entender que a él también le habían ascendido. Si no fuera así, no podría enfrentarse a Susan como lo había hecho antes, ¿no?

—Si ya no eres el adjunto de Susan —dijo Evelyne, girándose y cruzando los brazos, en señal de defensa—. ¿Por qué sigues viniendo a las reuniones con Advertising? Tendrás otras cosas que hacer, digo yo.

Mark dio un paso hacia ella, con las manos en los bolsillos.

—Por ti, Evelyne. Vengo a las reuniones por encontrarme contigo.

Ella acogió la confesión de Mark como pudo, intentando disimular el temblor que recorrió su espalda al escuchar su nombre en boca de él.

—El día en que Susan vino pidiendo tu cabeza, aquella noche quedé con ella. ¿Recuerdas? —dijo Mark, dando otro paso más hacia ella y acortando las distancias—. Quería cerrar de una vez por todas los papeles del divorcio y pedirle explicaciones por la rabieta que había tomado contigo a nivel laboral. Ella no quería que nos viéramos durante el trabajo, y por eso me pidió que cenáramos juntos.

Los recuerdos inundaron la mente de Evelyne, reviviendo la decepción de aquella noche. Henry le había pedido amablemente que se cogiera unos días de vacaciones mientras que él arreglaba el despido, y a pesar de ese desafortunado acontecimiento, ella estaba feliz por tener unos días libres para disfrutarlos Mark.

—Aquella noche habíamos quedado en vernos y preparar nuestra escapada a alguna capital Europea —continuó Mark—. Esa noche iba a darte una sorpresa. Hablé con mis superiores y me concedieron unos días de permiso. Mi idea era cenar con Susan, arreglar lo del divorcio y darte los billetes de avión que había comprado para nuestras primeras vacaciones juntos.

Evelyne abrió los ojos. ¿Había oído bien? ¿Mark había cogido un viaje para los dos? Tuvo que apoyarse en el borde de su escritorio para evitar que le temblaran las piernas.

—Lo que menos imaginé cuando me encontré con Susan es que me dijera que estaba embarazada —dijo Mark, apartando sus ojos de ella y mirando por la ventana—. Al principio no la creí, pero me enseñó el justificante médico, donde se confirmaba su estado. ¿Cómo crees que me sentí cuando la mujer que me había negado el formar una familia durante tantos años estaba embarazada? Y más cuando acababa de conocerte a ti y me abrías la posibilidad de crear todo lo que siempre había querido con una mujer.

Evelyne sintió como se le paraba el corazón. La congoja se instaló en su garganta y apretó los labios reteniendo sus sentimientos. ¿Por qué le estaba contando Mark todo esto? Y lo peor de todo ¿por qué ella le estaba escuchando?

—Susan nunca me fue fiel. Lo tengo muy claro a pesar de las negaciones de ella. Incluso cuando la perdoné, sabía que se seguía acostando con él —siguió Mark, mascando las palabras—. Pero el simple hecho de pensar que ese bebé pudiera ser mío, me destrozó.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —soltó Evelyne, ofendida.

—Porque necesito decírtelo —dijo acercándose más a ella—. Aunque sea solo una vez.

Mark estaba tenso. Su nuez viajaba de arriba abajo, como si la saliva se le pegase a la garganta y le costara tragarla.

—Evelyne, tuve que tomar una decisión entre lo que me decía la razón y lo que me pedía el corazón. Y si hay una mínima posibilidad de que ese bebé sea mío, no quiero que crezca sin un padre. Ese bebé se merece que yo sea un buen padre para él incluso aunque no haya nacido todavía.

Sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas ante las palabras de Mark. A pesar de todo, a pesar de odiarle y de no querer saber nada de él, se emocionó. Mark quería ser un buen padre. ¿Sería porque la relación con el suyo no era muy buena? Pensó. Le dolió oír aquello. Le dolió demasiado que Mark estuviera esperando un hijo de Susan. Se mordió el carrillo, controlando su nerviosismo.

—No tienes que darme explicaciones de nada —escupió ella.

—Lo sé, pero...

—Tuvimos un rollo, nada más.

—No, Evelyne —dijo él acercándose aún más—. Eso no es verdad. Estás frivolizando lo nuestro. Yo lo merezco. Lo nuestro no.

—Lo nuestro fue una aventura, Mark. Asúmelo.

Y decir su nombre por primera vez en tanto tiempo, hizo que la temblara hasta el alma. Se había negado a sí misma a pronunciarlo si quiera, y ahora, sin querer, lo había dicho. Los ojos verdes de Mark brillaron, ante aquel detalle que no pasó desapercibido para él.

—No lo fue, Evelyne, no lo fue. Sentimos. Los dos sentimos, joder... Incluso ahora sigo sintiéndolo...

Los pulmones se le colapsaron y su respiración se aceleró. Mark se acercó

un poco más a ella.

—No soy capaz de sacarte de mi cabeza, no puedo... Te pienso a todas horas, en todo momento... Joder Evelyne, necesito verte, sentirte cerca. No quiero que te alejes de mí, no quiero a ninguna otra mujer en mi vida que no seas tú...

Sentirlo tan cerca, olerlo y notar su calor, la estaba ahogando. Tenerlo tan cerca hacía que apreciase el vago recuerdo de su perfume y eso la abrasaba. No podía creerse lo que estaba escuchando. No podía creerse las palabras de Mark... Quería llorar, quería que se marchara, pero estaba paralizada. Sacó fuerzas de donde pudo para enfrentarse a él.

—¿Sabes lo que pienso, Mark? —dijo levantando la barbilla, altiva—. Pienso que te aburríste de la rutina que te daba tu mujer y buscaste a otra con la que divertirte.

—No...

—Lo que pasa —continuó ella, áspera, sin dejarlo meter baza—, es que lo que te encontraste te gustó demasiado. Reconozcámoslo Mark, el sexo estuvo bien, pero no hubo más.

—¡Sí que lo hubo! —espetó él, apretando los dientes—. Joder, sentimos los dos... lo sé, lo noté... Me enamoré de ti perdidamente y tú me dijiste que podrías hacerlo de mí, que te diera tiempo.

Maldita sea. Las palabras de Mark se clavaron en el fondo de su ser. Era verdad. Ella había dicho que podía llegar a enamorarse de él si seguían así, despacio, poco a poco. Lo había dicho y él se acordaba. Las lágrimas amenazaron con salir de sus ojos, pero los cerró y soltó todo el aire que pudo. No podía dejar que los sentimientos le pudieran, que la invadieran.

—Los dos dijimos cosas que no eran verdad, estaba claro —mintió ella, con la voz temblorosa.

—Y una mierda —soltó él, molesto, levantando una mano de su bolsillo y señalándola con un dedo—. La única mentira que te dije fue que no te quería. ¡La única! Y tuve que hacerlo aquella noche en la que te dejé por el bien de ese bebé. ¡Joder!

Evelyne parpadeó, con el ceño fruncido. Estaban demasiado cerca el uno del otro, pero no se tocaban. Mark estaba molesto, enfadado, frustrado, y verlo así la conmovía y la removía por dentro. Joder, y ella quería acariciarlo. Abrazarlo, agarrarlo, besarlo. A pesar de estar así, los dos, discutiendo como siempre hacían cada vez que se veían, se moría por sentirlo otra vez.

—Evelyne...

—Da igual —soltó ella, alejándose de Mark sin aguantar la tentación de tenerlo tan cerca. Dio unos pasos hacia la puerta y se colocó de espaldas a él, con los brazos cruzados—. Eso ya es el pasado.

Mark gruñó detrás de ella.

—¿Entonces hay otro?

La pregunta la pilló desprevenida.

—¿Qué? —espetó mirándole por encima del hombro.

La expresión de Mark se había endurecido. Apretaba la mandíbula y tenía los ojos enmarcados por sus cejas.

—Te vi—dijo con la voz ronca—. Te vi con él.

¿A qué narices se refería? Evelyne volvió a girar su cuerpo por completo, quedando de cara a él. Mark estaba impasible y respiraba con dificultad.

—Hace unos días vine a buscarte —confesó serio, sin inmutar ni un solo músculo de su cuerpo—. Esperé frente a la entrada a que salieras. Necesitaba hablar contigo. Aclarar las cosas.

—Mark...

—Entonces saliste —continuó él, visiblemente afectado—. Estabas hablando por teléfono y te quedaste en la puerta, esperando. Y en aquel momento apareció él, quienquiera que sea, y te subiste en su moto.

Evelyne parpadeó, recordando el acontecimiento que Mark narraba. ¿Había presenciado el momento en el que Neil la había recogido para llevarla a su casa? No podía ser. ¿Qué narices hacía Mark esperándola?

—¿Estás con él? —volvió a repetir Mark.

Evelyne entornó los ojos y tragó saliva. ¿Realmente Mark estaba tan afectado por aquello cómo daba la impresión?

—Mark.

—¿Es que acaso ya me has olvidado?

El corazón le giró en su pecho. No. Por supuesto que no le había olvidado. A pesar de intentarlo con todas sus fuerzas día tras día.

—Evelyne... —insistió él, avanzando en su dirección.

—Solo es un compañero de trabajo —confesó, inquietándose—. No tiene importancia.

—Por supuesto que la tiene.

Ella frunció el ceño, dolida por la rudeza de sus palabras y la frialdad de sus ojos. No aguantó la mirada y volvió a girarse, intentando tranquilizarse y

alejarse de él.

—No te importa con quien esté o deje de estar.

—Me importa Evelyne, sigo enamorado de ti.

Y como la primera vez que Mark se lo dijo, se sorprendió. No se esperaba aquella confesión. El corazón le iba tan rápido que creyó que se le saldría por la boca. Notó como su respiración se agitaba por el agobio y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. No. No podía llorar. No quería llorar. Y menos delante de él. ¿Por qué no era capaz de detener las lágrimas? Tragó saliva, intentando que el sollozo parase antes de que él se diera cuenta. Sin darse la vuelta, respondió esforzándose porque su voz le saliera lo más dura posible.

—Un hombre enamorado no se acuesta con otra mujer y la deja embarazada...

Mark se acercó a ella en dos zancadas, y asiéndola por los hombros la giró y la colocó de cara a él.

—¿Pero cuantas veces tengo que decirte que no me he acostado con nadie más que contigo cuando estuvimos juntos, joder?!

Pero la expresión de Mark se ablandó cuando vio las lágrimas resbalando por las mejillas de Evelyne.

—Evelyne...

—Suéltame...no me toques...

Pero Mark no lo hizo, se acercó más a ella. Evelyne apartó la vista y sujetó los brazos de Mark con sus manos, sin hacer amago de apartarle. Sentir el calor de Mark la reconfortaba, la agradaba. A pesar del dolor y la angustia que le hacía sentir, su tacto la tranquilizaba.

—No...No llores por favor...me matas...

—No estoy llorando —mintió ella, apartando la vista de los penetrantes ojos de Mark.

Este, soltó sus hombros y llevó sus manos hasta las mejillas de ella, para secarle con los pulgares las lágrimas que resbalaban por su rostro. Evelyne volvió a mirarle, sorprendida, sin soltar sus brazos, guiada por un extraño sentimiento de anhelo que no llegó a comprender del todo.

—Necesito estar contigo Evelyne...me destroza estar sin ti...no sé cómo arreglar esto, no sé cómo hacer que volvamos a estar juntos...

Evelyne tragó saliva. Le costaba respirar. Su cuerpo se acordaba de él. Se acordaba de sus caricias, de su olor, del roce de su piel contra la suya... Y

por cómo la miraba, esos mismos recuerdos estaban haciendo arder su sangre. ¿Podrían estar juntos? ¿Era verdad todo lo que estaba pasando en aquel pequeño despacho? Estaban los dos allí, con las respiraciones entrecortadas, sin querer soltarse el uno del otro y abriendo sus corazones.

Evelyne cerró los ojos y las lágrimas cayeron de nuevo por sus mejillas. ¿Quería estar con él? ¿Quería estar con Mark después de todo el daño que le había hecho? Cuando Peter y ella cortaron, se forjó una barrera de hielo para evitar enamorarse de nuevo. Y cuando llegó Mark, esa barrera se fue deshaciendo poco a poco. Llegó a pensar que podría enamorarse de él, con el tiempo, con paciencia y dejando que su corazón se terminase de curar.

Abrió los ojos y se encontró con los de él, más cerca que nunca, suplicándole con la mirada que hablara.

—No puedo estar con alguien que me ha destrozado por dentro... no puedo estar con alguien que está esperando un hijo con otra mujer...

—¿Y si el bebé no es mío? —soltó Mark desesperado, acercándose a ella.

—¿Y si lo es? —contratacó ella, dolida.

Mark apartó la mirada unos segundos y resopló, volviéndola a mirar.

—Encontraremos la man...

La puerta del despacho de Evelyne se abrió de par en par, asustándoles.

—Evy, ¿tienes un...?

Una Victoria despistada entró en la oficina, y en cuanto vio la escena, su cara se tornó en un poema. Sus ojos se entrecerraron, enmarcados por sus cejas fruncidas, y sus mejillas se enrojecieron de ira.

—¿Qué está pasando aquí?

Como si les hubieran pillado haciendo algo que no debían, Mark y Evelyne se separaron bruscamente. Mark se apretó el puente de la nariz y Evelyne se giró, para limpiarse las lágrimas y evitar que su amiga la viera así.

—Mark ya se iba —soltó Evelyne, con la voz queda.

—Evy... —dijo ella acercándose a su amiga y rodeándola para verla mejor —. ¿Estás llorando?

—No es... nada —consiguió decir Evelyne, mirando a su amiga.

Pero en cuanto Victoria comprobó el sollozo de ella, se giró hacia Mark y de dos zancadas llegó hasta donde estaba él.

—¿Qué cojones le has hecho? —dijo apuntando su pecho con el dedo índice, haciendo que Mark retrocediera.

—Victoria...

—¡Ni Victoria ni hostias! —gritó fuera de sí, sin dejar de apuntarle—. ¡Te dije que te alejaras de ella! ¡Te dije que la dejaras en paz! ¡¿Qué coño no has entendido?!

—Solo estábamos hablando...—intentó defenderse Mark, descolocado.

—¡¿Solo hablando?! —vociferó ella, perdiendo los nervios—. ¡¿Está llorando, joder!!

Mark cerró los ojos, como si le doliese más el hecho de que Evelyne hubiese llorado que las palabras acusatorias de Victoria.

—Vicky...—dijo Evelyne acercándose, con la intención de terminar con aquello—. Vicky, para, por favor...

Victoria dio un empujón final a Mark, apartándole de ella bruscamente. Y sin apartar la mirada asesina de él, se acercó a Evelyne.

—No vuelvas a acercarte a ella —amenazó Victoria.

—Vicky, para —pidió Evelyne, agarrándola del brazo—. Para, por favor.

Mark miró a Evelyne en señal de agradecimiento y desganado, se colocó la camisa y la americana en su sitio. Victoria le miraba con odio, sin apartar la vista de él.

—Lo siento —soltó Mark, sin concretar a qué se refería. Evelyne dejó de mirarle mientras él se dirigía a la puerta, la cual había permanecido abierta desde la entrada de Victoria.

Antes de que pudieran decir algo más, Mark, lanzando una última mirada a Evelyne, abandonó el despacho y cerró la puerta.

—¡Y no vuelvas! —dijo Victoria lo suficientemente alto como para que él lo oyera.

—Vicky, por favor...

—¡Vicky, no! Menudo gilipollas.

—No puedes comportarte así —dijo Evelyne, pasándose la mano por la frente para calmarse—. No puedes perder los nervios de esa manera, es el hermano de...

—¿Y qué? ¡Me da igual! —bufó ella, cruzándose de brazos—. Si es un gilipollas, es un gilipollas.

Evelyne soltó el aire retenido, intentando recuperar la tranquilidad.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Victoria, recuperando el tono normal de voz.

—Nada...

—Evy... Nada no. Estabas llorando.

Evelyne cerró los ojos. Victoria se acercó más a ella.

—Hemos discutido, cómo siempre...

—¿Te ha hecho daño?

—No... —susurró Evelyne—. No más del que ya me ha hecho...

Y reconocer aquello la afligió. Mark le había hecho daño, pero no de una manera física. Le había roto el corazón, la había roto por dentro.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó de nuevo su amiga.

Evelyne suspiró y miró hacia arriba, intentando sintetizar la conversación con él.

—Nada...sus dudas sobre el bebé de Susan y que... sigue enamorado de mi...

En otra época Victoria hubiera saltado de alegría y se hubiera referido a Mark como un “superromántico”. Pero en aquella ocasión, su amiga permaneció callada, asimilando la información.

—¿Le crees? —preguntó después de unos segundos de silencio.

Evelyne bajó la vista y se agarró las manos, nerviosa.

—No...está esperando un hijo con otra mujer.

—Ya. Menudo cabrón.

Aquel insulto hizo sonreír a Evelyne. Un poquito.

—¿Y tú? —preguntó Victoria, clavando sus oscuros ojos en ella—. ¿Qué sientes por él?

Evelyne abrió mucho los ojos. ¿Qué sentía por Mark? ¿Se había parado a pensarlo detenidamente? No. No quería responder a esa pregunta. Sentía rabia, dolor, odio...pero cuando estaba cerca de él sus entrañas se removían. Era como que...su propio ser recordase cosas. Y cosas agradables, no dolorosas. Cosas como cuando él la buscaba a todas horas, intentaba cruzarse con ella donde fuera. Los mensajes que se intercambiaban en el trabajo. Cómo se ilusionó cuando él le propuso unas vacaciones juntos. ¿Sería verdad que Mark había reservado unos billetes para marcharse?

Apartó esos pensamientos agitando la cabeza brevemente.

—No lo sé... solo quiero olvidarme de él y que deje de doler.

Victoria sonrió apenada y acercándose a ella, la rodeó con sus brazos. Evelyne se dejó estrechar por su amiga, hundiendo su cabeza en el cuello de ella.

—Lo olvidarás, de verdad —susurró su amiga—. Ya te he dado un consejo para olvidarlo, pero como no quieres saber nada de clavos...

—Mira que eres boba...

—¡Qué harías sin mí! —dijo ella, intentando hacerla sonreír—. Menos mal que he venido, que si no...

Evelyne se apretó contra su amiga. ¿Qué hubiera pasado si Victoria no hubiera aparecido? Mark y ella estaban demasiado cerca el uno del otro, sin querer soltarse. ¿Hubiera pasado algo entre ellos? Nunca sabría la respuesta pero... ¿quería ella que hubiera pasado algo más?

—¿A qué has venido? —preguntó Evelyne intentando no pensar más.

Victoria se separó de ella y cuando la miró, Evelyne pudo ver cómo sus mejillas se enrojecían. ¿Se había ruborizado?

—Verás, es que... —comenzó ella, cortada—. Laurent me ha pedido que me vaya a vivir con él.

Evelyne abrió los ojos de par en par y una sonrisa apareció en su rostro.

—¿En serio? —preguntó.

—Sí...—contestó su amiga cortada.

—¡Eso es fantástico!

Victoria sonrió y asintió con la cabeza.

—Estoy muy ilusionada —confesó—, las cosas van bien entre Laurent y yo.

—Más que bien, fea.

—Te pasarás a tomar un café, ¿no? —dijo risueña—. Tengo que enseñarte mi nueva casa, te va a encantar.

—Claro que sí. ¿Qué harás con tu piso?

—Como lo estaba compartiendo, no hay problema. Ya hay gente interesada en él, así que genial.

—Me alegro un montón.

—¿Cuándo podrás pasarte? ¿La semana que viene?

Evelyne soltó una carcajada.

—¡Primero tendrás que mudarte!

—Bah...tengo casi todo allí, ¿no ves que pasaba más tiempo en su piso que en el mío? En dos tardes me he trasladado.

—Entonces la semana que viene voy, si no le molesta a Laurent.

—¡Claro que no! Me ha preguntado por ti para ver cuando vienes. Sam está deseando que juegues con él otra vez.

Y ahora la que se ruborizó fue ella. Sam era el hijo de Laurent y aunque solo hubiera coincidido una vez con él, le tenía mucho cariño. Y parecía que

el cariño era mutuo. Se entristeció al pensar en la última vez que vio a Laurent, en la convención de Advertising. Aquella noche, después del encontronazo con Mark, Evelyne se había pasado tres pueblos no solo con Victoria, sino también con Laurent, que había contemplado toda la escena.

—¿Evy? —preguntó su amiga haciendo que ella regresara a la realidad.

—Perdona... Me pasaré encantada y le pediré disculpas a Laurent.

—¿A Laurent? —se extrañó Victoria levantando una ceja.

—Sí... por cómo le hablé en la convención.

Victoria soltó una carcajada.

—Ya te digo yo que ni se acuerda, pero tú misma.

Evelyne asintió y se alejó un poco de su amiga.

—Será mejor que volvamos a trabajar... hemos perdido mucho tiempo ya.

—Qué aburrida eres...nos lo pasaríamos mejor de tiendas...

—¡Vicky!

Y a pesar de que su amiga tuviera razón, volvieron a sus ocupaciones. O por lo menos lo intentaron, porque durante las próximas horas la cabeza de Evelyne estaba más en su encontronazo con Mark que en otra cosa.

No era capaz de sacarse de la cabeza la conversación que había tenido con Evelyne el día anterior en su despacho. Habían pasado más de veinticuatro horas y los recuerdos se repetían una y otra vez en su cabeza.

Aquel día, cansado de no poder concentrarse en su trabajo, Mark se fue a casa después de terminar todas las reuniones programadas. Le pidió a Steve, su secretario, que le excusase de cara a los demás y que le cogiera los recados. Mañana intentaría retomar sus quehaceres de la mejor manera que su mente le permitiese hacer.

Así que, tumbado sobre la cama de invitados, revivía el encuentro con Evelyne. Después de haberla visto subirse en la moto de aquel desconocido, no pensaba encontrarse con ella. Pero la reunión de M&S con Advertising y el comportamiento que estaba teniendo Susan con las chicas cuando él cruzó el pasillo para irse después de su reunión con Roberson, hizo que la sangre le hirviera. El desprecio, la soberbia y la manera en la que Susan se había llevado una estúpida discusión de plazos a un tema personal, terminó de calentarlo.

Por eso, decidió entrar en el despacho y colocar los puntos sobre las ies, aun a riesgo de poner en peligro su propio puesto de trabajo. Y así, en caliente, decidió hablar con Evelyne después.

Decidió esperarla en su despacho para soltar todo lo que tenía dentro. Al principio pensó que ella le echaría a patadas, que no querría ni escucharle. Pero para su sorpresa, le escuchó. Y eso le dio fuerzas para seguir abriéndose con ella y confesarle que seguía enamorado hasta las trancas. Incluso le permitió acariciarla, aunque fuera un poco, cuando ella se desmoronó y él no aguantó ver sus lágrimas cayendo por sus mejillas. La rozó y la acarició. Y dios... cómo lo calmó el contacto con ella. La anhelaba. La echaba de menos por encima de todas las cosas. Y sintió que, cuando la miró a aquellos preciosos ojos verdosos que tenía, ella también le echaba de menos.

Suspiró mirando al cielo de aquella habitación, decorada en tonos blancos, que le traía paz. Desde que había decidido seguir adelante con su matrimonio por el bien del bebé, el único sitio en el mundo que le calmaba, y que no fuera al lado de Evelyne, era aquella habitación en la que había compartido y

vivido su amor con ella.

Joder. Necesitaba encontrar la manera de recuperarla, de hacerle entender que la amaba por encima de todo y de que podrían estar juntos, a pesar de las circunstancias. Y no encontraba la forma de hacerlo. Por más que lo intentaba, no lo encontraba. Era irónico, ¿verdad? Era capaz de resolver grandes problemas financieros y empresariales sin apenas esfuerzo, pero no era capaz de estar con la mujer que amaba. ¿Qué tenía que hacer? Quizá, debería pedir ayuda. Sí, podría ser la manera, pero... ¿A quién? A su pobre hermano al que tenía martirizado con tantos quebraderos de cabeza. A su padre, que no lo entendería o a su madre, que estaba sufriendo porque sabía que él también sufría por la decisión que se había visto obligado a tomar, seguir con una mujer que no amaba. Así que solo le quedaba una opción... Se levantó de golpe decidido a pedir consejo a la única persona que siempre le había apoyado en todas sus decisiones.

Cuando llegó hasta la pequeña casita de Fiona en Staten Island, la nostalgia lo invadió por completo. ¿Cuántas veces había estado allí, en casa de la que fue su niñera? Sonrió de lado y se bajó del coche, con ganas de encontrarse con ella.

Desde que había pasado todo el lío con Susan, no había tenido oportunidad de verla. Fiona lo había llamado en un par de ocasiones pero él no quería hablar demasiado. No estaba preparado para asumir la decisión que había tomado con respecto a Susan y hoy había llegado el momento de plantarle cara al destino.

Fiona abrió la puerta enseguida en cuanto Mark tocó el timbre y la cara que puso fue un poema. Primero se sorprendió, luego frunció el ceño, después se disgustó y por último sonrió.

—Mi niño...

—Hola Fiona, ¿qué tal estás?

Los ojos de ella se empañaron de lágrimas, se llevó la mano a la boca para evitar soltar un grito y se lanzó contra él.

—¡Pero bueno! ¡No te esperaba!

—Siento presentarme sin avisar —dijo Mark abrazándola contra su pecho.

—¡Estoy muy enfadada contigo! —soltó Fiona apartándose un poco de él para mirarle, pero sin soltarse de su apretón.

—Lo sé —confesó él entristecido—. Vengo a pedirte perdón, Fiona.

La mujer se separó de él y sonriendo, entró hacia el interior de la casa.

—Pasa, no te quedes ahí —dijo mientras entraba al salón—. He preparado galletas. Voy a hacerte un café.

—No es necesario —dijo Mark cerrando la puerta y siguiéndola.

La casa de Fiona era pequeña, pero acogedora. Su hogar estaba distribuido en una sola planta, con salón, cocina aparte, baño y dos habitaciones. Cuando Laurent y él eran pequeños, a veces, pasaban tiempo con ella mientras sus padres trabajaban. Sobre todo, los veranos. Lo mejor que tenía la casa de Fiona siempre fue el jardín, que era tan amplio como verde, y en el pasaban horas jugando cuando eran niños.

Mark no pudo evitar sonreír al recordar aquellos recuerdos. Cuando llegó hasta el salón, Fiona ya venía cargada con una humeante taza de café y unas exquisitas galletas que olían de maravilla.

—¿Quieres un poco de leche? —preguntó sirviendo la taza mientras Mark tomaba asiento en el sofá de tonos grises.

—No, muchas gracias.

La mujer dejó las galletas en la pequeña mesa central y llevó, de nuevo, la bandeja a la cocina. El salón era muy agradable. Tenía una de las paredes llenas de estanterías con libros. Fiona adoraba leer y muchos de aquellos cuentos se los había leído a él y a su hermano alguna vez. Qué recuerdos.

—Come galletas —soltó Fiona sentándose a su lado y acercándole el plato—. Cada vez estás más delgado. Tienes que comer más.

—No tengo tiempo, casi...

—Lo primero es la salud, ya lo sabes.

Mark asintió sonriente y cogió una galleta. Las pastas que hacía Fiona eran deliciosas.

—¿A qué has venido, Mark? —preguntó Fiona mientras apoyaba una mano sobre su rodilla.

Mark sonrió sin mirarle, concentrándose en el café que cogía entre sus manos.

—Me conoces tan bien como...

—...como si te hubiera parido —respondió ella, terminando la frase con una leve sonrisa—. ¿Qué te ocurre, mi niño?

Mark apretó entre sus manos la taza humeante de café, sintiendo rápidamente como le calentaba las manos y el alma.

—No dejo de pensar en Evelyne —comenzó en un susurro—. Me estoy volviendo loco...

Fiona apretó la rodilla de él.

—Mark, tomaste la decisión de volver con Susan.

—Solamente lo hice... —hizo una pausa sabiendo que lo que iba a decir a continuación sería un golpe para la mujer—. Solamente lo hice porque Susan está embarazada.

—Lo sé —dijo Fiona entristecida.

—¿Lo sabes? —preguntó Mark sorprendido.

—Hablo con Laurent, hijo —explicó ella, dedicándole una cálida mirada—. Y también me lo ha contado Evelyne...

Mark cerró los ojos. Claro, no había caído en que últimamente Thomas y Fiona pasaban mucho tiempo juntos y que Evelyne habría coincidido con ella en algún momento. Si se lo había contado ella lo más seguro es que Thomas también lo supiera. Una punzada de dolor se instaló en su pecho.

—¿Lo sabe Thomas?

Fiona asintió y él soltó el aire retenido al comprobar que sus sospechas se hacían realidad.

—Debe odiarme.

—No. Thomas no es de ese tipo de hombres —dijo Fiona, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Debería hablar con él y pedirle disculpas.

—¿Para qué?

Mark la miró, decidido.

—Por lo que le he hecho a su hija —soltó serio—. Y para decirle que estoy enamorado de ella.

Las mejillas de Fiona se sonrojaron.

—¿Lo estás de verdad?

—Sí —soltó él—. Jamás he estado tan seguro de algo como de lo que siento por ella.

—Pero elegiste a Susan. Y ahora vais a ser padres.

Mark chasqueó la lengua dolido por la afirmación de su antigua niñera.

—No estoy seguro de que ese bebé sea mío.

Fiona dejó de rozarle la rodilla para llevarse la mano a la boca y oprimir un grito. El color había desaparecido de sus mejillas y sus cejas se habían elevado, sorprendida por la revelación que acababa de hacer Mark.

—No te entiendo...

—Susan sigue viéndose con él.

—¿Con el rubito? —preguntó Fiona, cayendo en la cuenta de a quién se refería—. Nunca recuerdo como se llamaba...

Mark sonrió ante el comentario de la mujer. Mejor que no lo recordara, pensó, no tenía ganas de pronunciar ni de escuchar el nombre del que fue su mejor amigo.

—Sí...con el rubito como tú le llamas.

—¿Crees que puede ser de él?

—Sí. Tiene más posibilidades de que ese bebé sea suyo antes que mío.

—Pero...¿Cómo...?

—Fiona, jamás han dejado de verse. Incluso cuando le di la oportunidad a Susan de recuperar nuestro matrimonio se siguieron viendo. Nunca han cortado la relación.

—Si lo tienes tan claro...¿por qué piensas que puede ser tuyo?

Mark bajó la vista, entre dolido y avergonzado.

—Porque la última vez que me acosté con ella coincide justo con la semana en la que se quedó embarazada...

Fiona cerró los ojos.

—No deberías haber empezado una relación con Evy si estabas arreglando las cosas con Susan —soltó Fiona un poco brusca.

—Fiona... —dijo Mark, mirándola y hablando antes con la mirada que con las palabras—. La última vez que me acosté con Susan fue unos días antes de conocer a Evelyne. Y desde entonces no he vuelto a estar con ella...

—Mark...

—Créeme —suplicó él—. Desde que conocí a Evelyne algo cambió dentro de mí. No dejo de pensar en ella, no me la quito de la cabeza...Me he enamorado de Evelyne.

Mark hundió su cabeza entre sus manos, desesperado.

—Y entonces, ¿por qué no estás con ella? —preguntó Fiona acariciándole cariñosamente la espalda.

Mark resopló.

—Si el bebé es mío, no quiero ser un mal padre para él.

Fiona sonrió.

—¿Y estás renunciando a tu propia felicidad por un bebé que no sabes si es tuyo?

—Fiona...

—Mi niño, serás desdichado toda tu vida si la compartes con alguien a quien no amas.

—Pero...el bebé...

—Escúchame —dijo Fiona, haciendo que Mark le mirara—. No puedes despreciar tu felicidad por esto. Si el hijo es tuyo, lo cuidarás igual. No tengas miedo, serás un buen padre.

—Ya...

—Fíjate en Laurent —continuó ella sin dejarle meter baza—. ¿Crees que él era feliz con Leslie a pesar de tener un hijo en común?

Mark negó con la cabeza, inquieto por las palabras de Fiona.

—Se conocieron, se gustaron, eran jóvenes y tuvieron al pequeño Sam. Pero luego no eran felices juntos, y decidieron hacer su vida por separado. ¿Crees que a pesar de eso, Sam no es feliz?

—Claro que no.

—Pues ya está. El mejor ejemplo es tu hermano. Sam es un niño feliz a pesar de que sus padres no se quieren y no estén juntos. Y Laurent también lo es, a pesar de no estar con la madre de su hijo.

Las palabras de Fiona le impactaron.

—Tienes razón —confesó Mark.

—¿Ves cómo tenías que venir a hablar conmigo, mi niño?

Mark sonrió y la rodeó con el brazo por sus hombros para después plantarle un cariñoso beso en la sien.

—Qué haría sin ti, Fiona —susurró—. Solo tú eres capaz de darme luz cuando todo se vuelve oscuro.

—No digas esas cosas, que me emociono.

—Es la verdad.

Fiona se separó de él y le miró enternecida.

—¿Qué harás?

Sin dejar de abrazarla, la miró de hito en hito.

—La quiero, Fiona. Encontraré la manera de que lo nuestro salga bien.

—¿Has hablado con ella?

Mark sonrió entristecido.

—Sí...aunque es difícil...

—¿Por qué?

—Digamos que últimamente discutimos más que hablar... está...cerrada...

Fiona palmeó su rodilla.

—¿Y cómo quieres que esté? —preguntó sarcástica—. Lo que has hecho destroza a cualquiera...

—Lo sé —murmuró Mark—, que la dejara no significa que no lo lamente. Pero la recuperaré. No sé cómo, pero lo haré.

Fiona asintió feliz ante las palabras de Mark.

—Dale tiempo, pequeño —aconsejó Fiona—. Evelyne es una mujer madura que se está encontrando a sí misma. Me temo que no te será fácil conquistarla, pero si le dejas su espacio, si dejas que se encuentre, se abrirá a ti. Esa niña tiene sentimientos muy fuertes por ti. La manera que ha tenido de reaccionar ante lo que ha sucedido entre vosotros, lo demuestra. Pero es una Taylor, y los Taylor se hermetizan cuando les hacen daño. Tendrás que acercarte a ella poco a poco.

Ni él mismo lo hubiera expresado mejor. Fiona tenía razón en todas y en cada una de las palabras que había dicho. Ahora tenía claro lo que tenía que hacer y sobre todo, cómo lo iba a hacer.

—Gracias, Fiona —se levantó y se dirigió a la puerta, seguido de la mujer—. Tengo que irme ya, es un poco tarde.

—¿Vendrás otro día?

—Por supuesto.

—Quiero que me cuentes más cosas.

—Claro, así lo haré.

Se despidieron en la puerta con una sonrisa en la boca. Mark condujo despacio hasta su pequeño apartamento con las ideas más claras y con un objetivo que iba tomando cada vez una forma más definida. Tenía que reconquistar a Evelyne, costase lo que costase. Ya pensaría cómo resolvería lo del bebé de Susan, pero primero tenía que estar con ella, a toda costa. La necesitaba, y quería hacerla feliz por encima de todo. Se acercaría a ella despacio, poco a poco, sin agobiarla, demostrándole que no era como los demás hombres y que se había equivocado al dejarla aquella noche. Quería que sus caminos volvieran a ir juntos, y sin querer, en su cabeza se fue formando un plan para recuperarla. O quizá, para conquistarla como ningún hombre la había conquistado jamás.

Habían pasado tres días desde el encontronazo con Mark y no era capaz de sacárselo de la cabeza. Mark había dicho muchas cosas que se le habían clavado en la mente de la misma manera en que las astillas de madera se te clavan entre las uñas. Así, dolorosas e imposibles de quitárselas sin hacerse más daño. Las dudas de Mark sobre su paternidad y que confesara tan abiertamente que seguía enamorado de ella, le habían calado, hasta los más hondo de sus huesos. ¿Sería verdad? ¿O se trataría de otro truco para llevarla de nuevo a la cama?

Chasqueó la lengua mientras subía hacia su despacho enfundada en su falda tubo de color gris y su jersey blanco con cuello vuelto. Victoria y Neil todavía no habían llegado y eso le daba tiempo a organizar su agenda diaria y programar las distintas reuniones del día.

Cuando llegó a su despacho y abrió la puerta, se detuvo en seco. Un gran ramo de rosas rojas descansaba en su escritorio, cuidadosamente colocado sobre un jarrón decorado con filigranas plateadas y negras. No podía ser. ¿Sería de...?

Cerró la puerta y se acercó a la mesa, depositando el bolso sobre la misma sin dejar de mirar las flores. Por lo menos había un par de docenas espléndidas y de un color rojo tan intenso que reflejaba con los rayos de sol que entraban por la ventana. Rojo. Sin saber por qué, sus pensamientos volaron hacia una persona en concreto. No podía ser. Y se encontró a sí misma buscando algo, alguna pista, alguna tarjeta. Y para su sorpresa, la halló.

Ahí estaba, entre todas las rosas rojas, un pequeño sobre blanco, con una inscripción a mano.

Evelyne

Notó como se le secaba la boca. Solo había una persona que la llamaba por su nombre completo, y la caligrafía era acorde a la manera en la que él pronunciaba su nombre: delicada, suave y única.

Con las manos temblorosas, abrió el delicado sobre y sacó una cuartilla

doblada a la mitad. Por alguna razón, echó un rápido vistazo hacia la puerta de su despacho temerosa de que alguien entrase en ese momento. Quería disfrutar de ese instante sola, en la intimidad. Ella, el ramo de rosas y la tarjeta. Nadie más.

El corazón se le desbocó cuando comenzó a leer el papel:

Las rosas rojas siempre me recuerdan a ti. Encontraré la manera. Perdóname por todo, Evelyne.

Mark

Y con el aire retenido en sus pulmones, cerró la tarjeta y la apretó contra su pecho. “*Las rosas rojas siempre me recuerdan a ti*”. Sabía perfectamente por qué lo decía.

Aquella noche en el Hotel London NYC, en la suite Sky, Mark había preparado toda la habitación con pétalos de rosas rojas y le hizo el amor como nunca ningún hombre se lo había hecho antes. No era la primera vez que se acostaban, el día anterior sus ganas les habían podido y acabaron amándose en el apartamento de Evelyne con pasión y ganas.

Pero aquella segunda vez en el hotel, Mark lo había preparado todo para que su “no primera” vez la recordara para siempre. Nunca un hombre la había hecho sentir como Mark lo hizo. Nunca un hombre había demostrado tanto amor y tanto cariño como cuando le hacía el amor. Estaba acostumbrada a acostarse con hombres que lo único que buscaban era unos minutos de gemidos, sudor y empujones.

Pero con Mark era diferente. Era distinto. Quizá lo que había tenido con él era lo que se buscaba siempre, ¿no? Acaso... ¿acaso lo que vivió con él era el verdadero amor?

Antes de que pudiera responderse a esa pregunta, el teléfono sonó, haciendo que diera un respingo. Se había acalorado y el corazón se desbocaba por su boca. Agitó la cabeza para serenarse y apartar esos pensamientos y centrarse en el trabajo. Evelyne, estás trabajando. Concéntrate, por el amor de dios, se dijo a sí misma.

Rodeó el escritorio y se sentó en su silla mientras encendía el ordenador.

—Evelyne Taylor —respondió al teléfono.

—¿Por qué has tardado tanto, fea? —respondió Vicky al otro lado.

—Estaba dejando las cosas y sentándome —se justificó ella, ocultando que

se había quedado embobada por el regalo de Mark—. Acabo de llegar.

—Dime, por favor, que no tienes flores en tu despacho.

Evelyne parpadeó. ¿Cómo lo había descubierto? Juraría que cuando había pasado por el despacho de Victoria ella todavía no había llegado.

—Eh...

—¡No me lo puedo creer! —gritó ella al otro lado del teléfono—. Son de Mark, ¿verdad? Menudo cabrón.

—Vicky... ¿Cómo lo sabes? —preguntó extrañada.

Su amiga soltó un bufido, demasiado cerca del auricular para el gusto de Evelyne.

—Porque también tengo yo...y son de Mark.

Evelyne parpadeó.

—Dime que las has tirado —soltó Victoria sin dejarla hablar.

—Vicky...

—¡Me cago en la leche! —gritó al otro lado del teléfono—. ¡Ahora mismo subo yo a tirarlas!

Evelyne se levantó de golpe y se acercó al ramo. No quería que su amiga se deshiciera de él. A pesar de que fuera de Mark, le gustaba que estuviera allí.

—No vas a tirar nada, Vicky —dijo acercándose el ramo hacia ella, como intentando protegerlo—. Es un ramo de rosas precioso.

—¿Ramo de rosas? —gruñó Victoria—. ¡No me digas que son rojas!

—Pues sí.

—¡Qué capullo! ¿Sabes que lo ha hecho aposta, verdad? ¡Porque en el hotel ese te puso pétalos de rosas rojas por toda la habitación!

Evelyne puso los ojos en blanco. No había que ser demasiado espabilado para darse cuenta de ese detalle.

—¿No me digas Vicky?

—¿Sabes lo que me ha regalado a mí? —preguntó, sin hacerle caso, captando la atención de Evelyne.

—Dime. —dijo sin sonar muy ansiosa por saber qué había preparado Mark para su amiga. ¿También le habría escrito una tarjeta?

—Media docena de tulipanes blancos.

—¿Tulipanes? —preguntó un poco sorprendida.

—Tulipanes blancos —afirmó ella—. ¿Sabes lo que significan?

—¿Los tulipanes tienen un significado?

—Ajá. Pero espera, te leo textualmente, que acabo de buscarlo en el móvil

—carraspeó y puso voz remota—. Los tulipanes blancos simbolizan el perdón, la pureza y la sinceridad. Denotan arrepentimiento y el deseo de tener un nuevo comienzo.

Evelyne sonrió levemente, asimilando las palabras.

—Te está pidiendo perdón...

—¡Bravo! —soltó Victoria ofendida—. ¡Ya me había dado cuenta!

—No seas así, Vicky.

—Las he tirado a la basura.

Evelyne cerró los ojos, sintiendo un poco de pena por esas flores blancas que ahora descansaban en la papelera del despacho de Victoria.

—Vicky...

—Y espero que tú hagas lo mismo. Las rosas rojas significan amor verdadero, cosa que, por supuesto, es una trola más de Mark.

Evelyne frunció los labios y miró el ramo sobre su mesa. Era precioso. Todas y cada una de las rosas eran espléndidas. A ver, no era tonta. Sabía que las rosas rojas desde siempre han sido símbolo de amor, pero... ¿Sería verdad que Mark seguía sintiendo algo por ella? En la tarjeta le pedía perdón y le decía que encontraría la manera... ¿La manera de qué? Se dio cuenta que aún llevaba la tarjeta en la otra mano y se sorprendió al no haberla soltado desde que la cogió.

—No las voy a tirar —soltó Evelyne bajando la voz.

—¡Pues subo yo ahora mismo y las mando a tomar por...!

—Vicky, cálmate, por favor —pidió Evelyne.

—¡No me digas que te has tragado lo de que sigue enamorado de ti! ¿Le vas a dar otra oportunidad?

—No digas bobadas —dijo Evelyne notando como el calor subía hasta sus mejillas—. Son bonitas, ya está. Y quedan bien en el despacho.

—Claro que quedan bien, pero en la basura.

Evelyne puso los ojos en blanco justo en el momento en el que la puerta de su despacho se abrió y un Neil sonriente entró portando una bolsa de papel marrón.

—Vicky, tengo que dejarte —dijo Evelyne sentándose en su silla—. Hablamos luego.

—Como suba y no estén en la bas...

Evelyne colgó antes de que su amiga siguiera hablando.

—Buenos días, jefa —soltó Neil, acercándose a ella mientras se atusaba el

pelo. Le sorprendió ver que esta vez había elegido una camisa negra que hacia destacar más su piel blanca y su pelo rubio. Neil solía llevar camisas en tonos claros, pero las oscuras le quedaban realmente bien.

—Buenos días, señor Sanders.

Neil llegó hasta el escritorio y depositó la bolsa de papel sobre ella.

—Te he traído un café y un donuts para sorprenderte —soltó mientras sacaba el desayuno—, pero veo que se me han adelantado.

Evelyne lo miró extrañada, levantando una ceja. Neil sonrió y le indicó con la mirada el ramo de rosas.

—¿Eso? —dijo notando cómo se le calentaban las mejillas—. No es nada.

—Ya —soltó serio, apoyándose sobre el escritorio y haciendo que ella se fijara en sus brazos, descubiertos como ya era habitual en él al llevar las mangas recogidas—. ¿Hoy era el día de regalar flores y no me he enterado?

—¿Cómo?

—Victoria también tenía flores en su despacho, pero parece ser que no le ha agradado su admirador porque las ha tirado a la basura.

Evelyne se cruzó de brazos y al hacerlo, se dio cuenta de que todavía llevaba la tarjeta que Mark le había escrito. Intentando disimular su nerviosismo, abrió un cajón y la guardó allí dentro.

—Parece que tu admirador tiene suerte —dijo Neil, sin perder detalle de las acciones de Evelyne.

—Es solo un ramo de flores, nada más —soltó Evelyne para quitarle importancia—. ¿Qué querías?

—Nada —soltó Neil—, solo traerte el desayuno y preguntarte cuando vamos a ir a tomar una copa después del curro.

—Son las nueve de la mañana, ¿cómo puedes estar pensando en tomarte una copa?

—Lo de la copa es lo de menos —dijo él, sonriendo y haciendo que se le marcaran los hoyuelos de las mejillas—. Si te gusta más, podemos ir a cenar. Conozco un sitio...

—Neil —dijo Evelyne—. Estamos trabajando.

El secretario sonrió.

—Hombre ya, pero cenar sería fuera del horario laboral.

—Las relaciones fuera del ámbito laboral no suelen ser buena idea, señor Sanders.

—¿Y quién dice que busco una relación? —preguntó Neil sonriente

mientras se acercaba más a ella—. Somos dos compañeros de trabajo que saldrían a cenar tranquilamente para conocerse mejor. Ni más, ni menos.

Evelyne parpadeó, sorprendida por sus palabras. ¿Neil no buscaba una relación? ¿Qué narices significaba eso?

—¿Qué tengo que hacer para que accedas a salir a tomar una copa? —preguntó Neil poniendo cara de pena.

—Neil...

—Solo una vez —dijo él, sonriente—. Y si luego no te gusta, no repetiremos.

Evelyne sonrió ante la insistencia de su secretario. Neil era un soplo de aire fresco que la hacía sonreír en aquellos momentos tan tensos de su vida.

—Ya veremos —declaró.

—¿Eso es un sí? —preguntó él con un brillo especial en sus ojos.

Evelyne dejó de mirarle y se centró en su ordenador.

—Tengo mucho trabajo Neil —sentenció divertida—. Cierra la puerta cuando salgas y no me pases llamadas hasta media mañana.

Neil soltó una carcajada y estiró la espalda.

—Como quieras...jefa —se acercó hacia la puerta de espaldas, sin dejar de mirarla—. Nos vemos luego.

Evelyne respiró cuando se quedó sola en su despacho. Neil era divertido. Le hacía sonreír y le hacía gracia la manera en la que iba detrás de ella. En otros tiempos, hubiera accedido a sus peticiones rápidamente y hubiera tenido una cita con él hace semanas. Antes solía salir con hombres que apenas conocía, pasaban una noche juntos y al día siguiente si te he visto no me acuerdo. Con hombres como Neil: atractivos, divertidos y que no querían comprometerse. Con hombres que solo buscaban lo mismo que ella, una noche de sexo y diversión. Desde que Mark se había cruzado en su vida, su perspectiva con los hombres cambió, y se dio cuenta que la época de buscar rollos con cualquiera se había acabado para ella, llegando al punto de querer estabilidad y compromiso con alguien. Hasta que él le rompió el corazón, y ahora ni ella misma sabía que buscaba. Lo único que quería era tranquilidad.

El fin de semana había llegado sin pena ni gloria. La semana había estado llena de compromisos con los clientes que terminaron de rematar a base de esfuerzo y de dedicar infinitas horas al trabajo.

Durante gran parte del fin de semana, Evelyne se había quedado en casa organizando diferentes reuniones y convenciones para adelantar acciones durante la semana. Ese viernes, la pandilla se iba a juntar de nuevo, y a pesar de la insistencia de Lily, Evelyne decidió no ir en aquella ocasión. No tenía ganas de cruzarse con Peter, y mucho menos después de lo ocurrido con Mark.

La última vez que se juntaron para que ella presentara a Mark como su novio, descubrió que Peter y Susan se conocían y, según lo que iba diciendo Peter de ellos dos, parecía haber tenido razón: Mark y Susan se seguían viendo a pesar de que Mark hubiera empezado una relación con ella.

Por eso básicamente, no tenía ganas de reencontrarse con él. Victoria tampoco estaba disponible durante el fin de semana puesto que estaba ultimando los detalles de su reciente mudanza con Laurent. Y por supuesto, aunque Neil estuviera libre, no quería ceder tan rápidamente ante él.

A pesar de todo, el domingo había quedado en ir a casa de su padre para comer con él y ponerse al día.

No le sorprendió encontrarse a Fiona con él. Cada vez pasaban más tiempo juntos y eso animaba a Evelyne. No quería que su padre pasase tiempo solo, y le alegraba saber que si le pasaba algo debido a su enfermedad del corazón, Fiona estaría allí para socorrerle.

—Hola —saludó ella mientras cerraba la puerta.

Fiona y Thomas salieron de la cocina a recibirla.

—Hola, cielo —dijo su padre plantándole un sonoro beso en la mejilla—. Qué bien que hayas venido, ¿tienes hambre?

—Un poco, la verdad.

—Hola pequeña —saludó Fiona mientras la abrazaba—. Ya está lista la comida.

Comieron los tres, tranquilamente, en la cocina rústica de Thomas. Fiona y él habían preparado un jamón asado que olía de maravilla, y sabía mejor,

acompañado de puré de patatas y ensalada de col. El menú que habían preparado lo remataba una exquisita tarta de manzana realizada por Thomas bajo las instrucciones de Fiona.

—Mmmm —dijo Evelyne probando la tarta—. Está riquísima.

—Luego te llevas un trozo, cielo —dijo Thomas mientras se tomaba su manzanilla.

—Tu padre es un gran pinche de cocina —soltó Fiona mientras le agarraba cariñosamente el brazo a Thomas—. La ha hecho él solito.

—También me has ayudado tú —dijo dedicándole una sonrisa a la mujer.

Evelyne sonrió también, maravillada por la estampa que estaba viviendo. Había una extraña magia alrededor de su padre que brillaba cuando Fiona estaba cerca.

—Pequeña —susurró Fiona un poco preocupada—, ¿puedo preguntarte una cosa?

Evelyne abrió los ojos y un extraño presentimiento la invadió. Se habían pasado toda la comida sin preguntarle cómo iban las cosas con Mark y algo le decía que justo había llegado el momento. Estuvo a punto de contestarle una bordería, pero recordó la sensación que se le había quedado en el cuerpo la última vez que Fiona le preguntó por él y no quería volver a sentirse así de mal. Suspiró, decidida a cambiar y a no alejar a la gente de su lado.

—Claro, Fiona, ¿qué ocurre?

La mujer desvió la mirada a Thomas, y este, para sorpresa de su hija, se tensó.

—¿Cómo van las cosas con Mark?

Evelyne soltó el aire lentamente por la nariz y se encogió de hombros, haciendo realidad sus sospechas.

—No lo sé...supongo que no van.

—¿Has hablado con él?

Thomas apretó la taza que tenía entre sus manos, haciendo que Evelyne se empezara a poner nerviosa.

—Sí... —contestó ella, mirando a su padre de reojo—. Hace unos días, pero...

—Voy a por leña —soltó de pronto Thomas, levantándose y dejando la taza en el fregadero.

Fiona cerró los ojos y Evelyne empezó a inquietarse.

—Papá, ¿estás bien? —preguntó temerosa.

—Sí, sí —soltó brusco, acercándose a la puerta—. Seguid hablando de vuestras cosas, ahora vengo.

Y antes de que Evelyne pudiera reaccionar, su padre abandonó la cocina.

—¿Qué pasa? —preguntó Evelyne a Fiona poniéndose más nerviosa de lo normal—. ¿Va todo bien?

Fiona estiró la mano y agarró la de Evelyne.

—Sí cariño, tu padre solo está disgustado.

Evelyne frunció el ceño, sin entender.

—Verás...— comenzó la mujer, sin soltarse de ella—. Hace unos días Mark vino a hablar conmigo...

Por alguna extraña razón, lo sabía. Sabía que Mark había hablado con Fiona, pero ¿había estado Thomas también presente? Si era así, ¿por qué su padre no le había dicho nada?

—¿Aquí? —preguntó ella.

—No —respondió Fiona—. En mi casa.

Respiró aliviada.

—Cuando le conté a Thomas la conversación que tuve con Mark, se disgustó —confirmó Fiona—. Tu padre está preocupado por ti y no quiere que sufras más...

—¿Qué dijo Mark? —preguntó ansiosa.

Fiona bajó la mirada.

—Que está enamorado de ti.

Ahora la que cerró los ojos fue Evelyne. Mark no solo le había dicho a ella lo que seguía sintiendo, sino que también se lo había dicho a Fiona. ¿Significaba aquello que iba en serio?

—También dijo que hará lo que sea para recuperarte —dijo Fiona.

Un escalofrío recorrió su espalda de arriba abajo. La seguridad con la que hablaba Fiona la hizo dudar de sus propios sentimientos. ¿Mark quería recuperarla? ¿Y ella? ¿Quería que la recuperase?

—Tu padre...—continuó Fiona—. Tu padre no quiere que te vuelvan a hacer daño. Está disgustado porque pensó que Mark te haría feliz y... bueno, se ha llevado una decepción.

No es el único, pensó ella, enterneciéndose por la actitud tan sobreprotectora de su padre. Agarró la mano de Fiona y le sonrió.

—Fiona...

—Pequeña, lo que ha hecho Mark es imperdonable, pero no es un mal

hombre —dijo agarrándola fuerte—. Muchas veces se deja llevar por lo que le dicen otros, especialmente por Susan y por su padre, pero...Está arrepentido de su decisión y quiere estar contigo.

—Ya... —dijo ella, poniéndose nerviosa—. Está esperando un hijo con Susan.

Fiona entornó los ojos.

—No cree que el bebé sea suyo.

—¿Y tú le crees?

—Sí —afirmó Fiona rotunda—. Le conozco desde que tenía tres años, es casi como mi hijo. Si sigue con Susan es porque tiene miedo de ser un mal padre para ese bebé.

Evelyne cerró los ojos. Eran las mismas palabras que había oído de boca de Mark. ¿Sería verdad que seguía enamorado de ella? ¿Sería verdad que estaba con Susan para ser un buen padre para el bebé?

Recordó el ramo de rosas y la tarjeta que venía con él. “*Encontraré la manera*”. ¿Se refería a la manera de que estuvieran juntos? Suspiró y se centró en el momento que estaba viviendo. Su padre se había disgustado y ahora tenía que estar con él. Sonrió a Fiona y se levantó.

—Voy a ver dónde está mi padre Fiona —dijo.

Fiona sonrió y se levantó también.

Cuando salió al jardín trasero, no tardó mucho en localizarle. Thomas era igual que su hija, necesitaba la soledad de vez en cuando para aclarar sus ideas. Su padre estaba quieto, mirando hacia el infinito con las manos cruzadas a la espalda. Evelyne se acercó lentamente.

—¿Has cogido mucha leña? —preguntó ella haciendo que Thomas sonriera levemente.

—Cielo...

—Estamos en pleno mayo, no sé para que querías leña...

Thomas miró a su hija y se relajó al verla sonreír.

—Cielo...yo...

—No quiero que te preocupes por mí, papá —soltó ella, seria, agarrándole el brazo—. Fiona me ha dicho que te duele recordarlo.

—Pensé que Mark era diferente....

Y lo es, pensó ella sin querer.

—Lo único que quería era un hombre que cuidara de ti —confesó Thomas entristecido.

—Lo sé papá, pero...

—Yo no estaré aquí para siempre para cuidarte.

Evelyne se apretó contra el brazo de su padre.

—Papá...sabes que me duele que digas eso.

—Es la verdad.

—No lo es —terció ella—. Estás mucho mejor. Creo que Fiona te ayuda bastante.

Thomas sonrió y por un momento, Evelyne creyó ver un pequeño rubor surcando sus mejillas.

—Fiona es una gran mujer.

—Lo es —dijo Evelyne—. Papá...sé cuidarme yo sola. Tú me has enseñado a hacerlo.

—Solo quiero que mi niña sea feliz.

—Lo sé, papá. Y yo quiero que lo seas tú.

Se quedaron así, abrazados unos minutos mientras la brisa primaveral les refrescaba el alma. Evelyne quería a su padre más que a nada en el mundo, y verle tan apagado porque ella había sufrido por amor la conmovió. Lo que había tenido no solo la había marcado a ella, sino también a su padre. Thomas y Mark habían tenido una conexión especial, diferente. Incluso al principio, cuando Mark había fingido ser su pareja para que su padre no se disgustase, enseguida se habían caído bien.

—Estaré bien, papá —dijo Evelyne, abriéndose un poco—. Todo el mundo ha sufrido por amor alguna vez.

—Nunca se sufre por amor, cielo, se sufre por desamor, por desencanto o por indiferencia, pero nunca por amor. El amor no lastima... lo que lastiman son las personas que no saben amar.

Evelyne parpadeó ante las palabras de su padre, que calaron en ella hasta el fondo de su corazón.

—Si es verdad que Mark sigue enamorado de ti —continuó su Thomas—, deberá quererte como te mereces. Y demostrártelo.

Evelyne se apretó más a su padre. ¿Y cómo se supone que ella se merecía que la quisieran? Thomas besó la cabeza de su hija y rebuscó en su chaquetón de lana.

—Cielo, ha llegado esta carta para ti.

Evelyne se separó de su padre y cogió el sobre que le daba. Era una cita médica.

—¿Te toca ya? —preguntó Thomas—. Sí que han pasado rápido estos meses.

Evelyne asintió y leyó el interior de la carta. La citaban para una revisión ginecológica dentro de 10 días en el Hospital Presbiteriano de Nueva York. Su madre había fallecido de cáncer de útero hacía 8 años y ella, por precaución, se realizaba revisiones cada seis meses.

—La típica revisión rutinaria.

—Podríamos acercarte Fiona y yo, si quieres —propuso Thomas—. Últimamente buscamos cualquier excusa para bajar a la gran manzana.

Evelyne sonrió.

—Me parece bien, ¿volvemos dentro? Hace un poco de fresco aquí.

Thomas rodeó sus hombros con el brazo y juntos entraron en la casa. Hablar con su padre la hacía sentir bien. La reconfortaba. Y se dio cuenta de que su padre y ella tenían bastantes cosas en común, sobretodo, que cuando les hacían daño, se bloqueaban y necesitaban su propio espacio para coger aire y salir a la superficie otra vez.

La semana comenzó bastante bien. El hecho de que Evelyne hubiese adelantado trabajo durante el fin de semana había sido una gran decisión para no andar tan pillada preparando reuniones y resolviendo dudas de último minuto.

Estaban en el último miércoles del mes de mayo y el buen tiempo empezaba a apretar. Por eso aquella semana había sacado las sandalias de su armario y para ese día, había decidido calzarse sus Jimmy Choo de la temporada pasada en negro con doble pulsera en el tobillo. Le encantaban y más cuando las combinaba con su vestido verde botella con escote Sabrina y una americana holgada blanca.

Cuando entró en su despacho, el aroma de las rosas impregnaba la estancia y consiguió sacarle una sonrisa. El ramo de flores que Mark le había regalado la semana pasada seguía allí, con los pétalos un poco oscurecidos, pero brillando como el primer día. Se sentó en su escritorio y después de encender el ordenador y ordenar los papeles que tenía sobre la mesa, revisó el correo. No pudo evitar soltar una carcajada al ver el correo de Victoria.

Mensaje de Victoria Summers para Evelyne Taylor

Asunto: ¡No cierres la puerta con llave!

Fea,

Te odio por cerrar la puerta de tu despacho con llave y no dejar que entre a tirar ese maldito ramo de flores.

Atentamente,

Tu mejor amiga.

Miró el ramo otra vez y sonrió. Le gustaba cómo quedaba en su despacho. Le gustaba mucho. Tecleó rápidamente en su teclado la respuesta.

Mensaje de Evelyne Taylor para Victoria Summers:

Asunto: Por algo lo hago...

Estimada señorita Summers,

Si cierro con llave es por algo, y queda demostrado que menos mal.

Las flores seguirán aquí hasta que yo quiera.

Atentamente,

Evelyne

Pulsó enviar y volvió a contemplar el ramo.

La ventana emergente apareció en la esquina derecha de su ordenador alertando que un nuevo mensaje había entrado en su bandeja de entrada. Sonrió, y lo abrió rápidamente con ganas de ver qué le habría contestado Victoria.

La sorpresa fue máxima cuando vio el remitente del mensaje:

Mensaje de Mark Evans para Evelyne Taylor

Asunto: ¿Te gustaron las flores?

Me gustaría hablar contigo...¿Podríamos vernos? Por favor...

Mark

El corazón se le paró de repente y las manos se le congelaron. No estaba preparada para recibir uno de Mark. No lo estaba. ¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que tenía que hacer?

Se echó hacia atrás para apoyar su espalda en el respaldo de su butaca y el frío del cuero la relajó, traspasando entre la tela de su chaqueta. ¿Cuánto hacía que no recibía un correo o algún mensaje de Mark? ¿Semanas?

Chasqueó la lengua sintiendo sentimientos contradictorios. Por una parte, el hecho de que Mark volviera a fijarse en ella, la hacía feliz. Echaba de menos su tonto, sus mensajes, sus citas. Pero por otro lado... Había confiado en él y la había roto por dentro como nadie lo había hecho antes. Había dejado hecho añicos a su maltrecho corazón. ¿Y si volvía a hacerle daño? Quizá lo mejor era olvidarse de él y centrarse en otros...hombres. Pero... ¿Cuánto tiempo se necesita para olvidar a alguien? ¿Unos meses? ¿Un par de años? O una vida...

Su móvil sonó devolviéndola a la realidad. Lo buscó rápidamente en la mesa y al no encontrarlo, se dio cuenta de que seguía en su bolso de Prada. Se levantó rápidamente con un nudo en la garganta, y cuando vio en la pantalla del móvil el nombre de Eric, el marido de Lily, respiró tranquila.

—¿Eric? —preguntó cuando descolgó, asombrada porque fuera Eric y no su amiga la que llamaba.

—Evy, ¿Cómo estás?

—Bien —dijo ella mirando su reloj de pulsera, apenas eran las diez de la mañana—. ¿Y vosotros? ¿Ha ocurrido algo?

—Estamos en el hospital —dijo él—. El pequeño Jimmy ya está con

nosotros.

Evelyne parpadeó.

—¿Cómo? ¿Tan pronto? —preguntó—. Pensé que salía de cuentas en un mes.

—Se le ha adelantado —dijo Eric tranquilo—. Pero ha salido todo muy bien. Llevaba unas semanas con dolores en la barriga y ayer se encontraba mal, así que nos vinimos para aquí. Le hicieron una cesárea de urgencia por la tarde y le sacaron a Jimmy.

Evelyne sonrió. ¿Sacarle a Jimmy? Sonaba un poco, extraño, pero Eric era así.

—¿Y cómo están?

—Bastante bien, Lily no parece que haya dado a luz hace apenas unas horas. Los médicos le han recomendado que no se levante en 24 horas pero ya estaba dando guerra por la mañana.

—Eso es buena señal.

—Y el niño es un toro —dijo riéndose—. Ha pesado tres kilos y medio, aunque ayer lo tuvieron en observación, hoy ya nos lo han traído a la habitación.

—Cuanto me alegro, Eric. Enhorabuena.

—Muchas gracias, Evy. ¿Crees que podrás acercarte?

—¿Seguro? —preguntó ella—. No quiero molestar, puedo esperar a que estéis en casa más tranquilos.

—¡No molestas! —exclamó él demasiado eufórico—. Mis padres y los de Lily no nos dejan tranquilos y necesitamos hablar con otra gente. ¡Nos harías un favor si pudieses acercarte esta tarde! También se lo he dicho al resto.

Evelyne apretó los labios. Después de lo ocurrido con Mark no le apetecía nada encontrarse con sus amigos, y así se lo había hecho saber a Lily en su última conversación telefónica. Pero en aquella ocasión, una de sus mejores amigas había dado a luz y tenía el deber de estar con ella.

—Claro, sin problemas —contestó ella—. Esta tarde estoy allí.

—¡Genial! ¡Tenemos muchas ganas de verte! ¡Ya verás que contenta se pone Lily!

Aquel comentario hizo sonreír a Evelyne. La verdad es que tenía ganas de ver a Lily y conocer por fin al pequeño Jimmy. Era el primer bebé que nacía en el grupo de amigos y su llegada era un gran evento sin duda.

—Entonces nos vemos luego —dijo Evelyne, para acabar la conversación.

—¡Ciao ciao!

Cuando Evelyne volvió a su escritorio, la pantalla con el mensaje de Mark seguía abierta. Se cruzó de brazos y se obligó a sí misma a pensar qué debía hacer con él. Contestarle o no. Y si le contestaba, el qué. ¿Por qué tenía que dudar tanto? Se suponía que tenía las cosas claras. ¿O no?

Pasado el tiempo de tregua, cerró frustrada la ventana del mensaje de Mark y decidió que lo mejor que podía hacer era pasar del tema.

Pisar el suelo de un hospital siempre le provocaba escalofríos. Le traía malos recuerdos. Su madre había fallecido hacía ocho años de cáncer y tuvieron que pasar muchos días metidos entre esas cuatro paredes, con sesiones interminables de quimioterapia.

Eso, unido a que su padre estaba delicado del corazón y que a veces tenía ataques que lo hacían acudir a urgencias, hacían que se pusiera nerviosa. Sin saber por qué, los recuerdos de la última vez que estuvo en un hospital aparecieron en su cabeza. Y con ellos Mark.

La noche en la que los dos decidieron comenzar una relación, Thomas sufrió una pequeña miocardiopatía que lo hizo estar en el hospital una noche entera. Evelyne salió corriendo de la convención que tenía aquel día para estar con él y Mark se presentó allí. A pesar de haber discutido y no dirigirle la palabra en días, Mark estuvo allí con ella. Y fue en aquel momento en el que todo comenzó. Le dolió el pecho al recordar aquel día y apretó el paso para llegar lo antes posible a la habitación de su amiga.

Llamó con cuidado a la estancia que tenía la puerta entre abierta y cuando entró en el interior, se encontró a Eric de pie, observando a una mujer pelirroja con el pelo alborotado que sujetaba a un niño entre sus brazos.

—Hola —saludó Evelyne bajando la voz.

—¡Evy! —dijo Lily casi gritando—. ¡Qué alegría, verte! ¡Menos mal que has venido!

—Hola Evy —dijo Eric cuando ella llegó hasta la cama—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo sin poder evitar mirar a la pequeña bolita que estaba entre los brazos de Lily—. ¿Vosotros qué tal?

—Pues ya ves —dijo Eric sonriendo—. Ahora somos uno más.

Lily sonrió y apartó un poco la manta que cubría al bebé para que Evelyne pudiera contemplarlo mejor.

—Evy, te presento al pequeño Jimmy.

Evelyne se acercó un poco más y sin evitar abrir mucho los ojos, admiró al niño.

—Y dale con Jimmy —oyó que decía Eric—. ¡Que se llama Jim!

Pero Evelyne no lo escuchaba, estaba absorta con el recién nacido. El hijo

de Lily y Eric era muy blanquito y con cuatro pelos morenos que cubrían su frente. No había duda de que era su hijo, había sacado el color de piel de la madre y el pelo del padre. Lo que más le gustó era que tenía unos enormes mofletes que brillaban con la luz de la habitación. Sin poder evitarlo, llevó su mano hasta uno de ellos y lo acarició dulcemente, sorprendiéndose por la suavidad de su piel.

—Es precioso, chicos...

Lily y Eric se miraron, sonriendo también.

—Es increíble que eso tan grande haya salido de ahí, ¿verdad? —soltó Eric señalando la barriga de su mujer.

—¡Mira que eres burro!

Evelyne sonrió sin apartar la vista del bebé mientras sus padres reían felices.

—¿No has visto a estos? —preguntó Eric haciendo que Evelyne le prestase atención—. Vanessa y Kevin acaban de bajar a tomarse un café.

—No, no les he visto —dijo Evelyne.

—Estarán en la cafetería —dijo Lily.

—Voy a bajar a tomarme un café con ellos —dijo Eric—. ¿Estaréis bien las dos solas con él?

—¡Por favor, Eric! ¡Que no estoy inválida! ¡Pues claro que estaremos bien!

—Vale, vale —dijo él levantando las manos y poniéndose a la defensiva—. Yo pensé que las hormonas volverían a su sitio después de tener el bebé, pero veo que no.

—¡Imbécil! —soltó Lily sacándole la lengua.

Eric y Evelyne se rieron mientras él caminaba hacia la puerta.

—Vengo en un rato entonces.

—Que sí, pesado —dijo Lily poniendo los ojos en blanco.

La puerta se cerró y antes de que Evelyne pudiera hablar, Lily se movió inquieta.

—¡Por fin! —soltó ella—. Pensé que no se iría nunca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Evelyne sin entender.

—Sujétame al niño, me hago pis.

Evelyne parpadeó y retrocedió un paso atrás.

—Pero...

—Ven por este lado, que lo vas a coger mejor —dijo Lily indicándole con la mano que rodeara la cama.

—Lily...

—¡Ven, que me lo voy a hacer aquí!

Evelyne hizo lo que su amiga le pedía y rodeó la cama.

—Toma —dijo Lily separando al niño un poco de su cuerpo—. Cógele así y asegúrate de que tienes la cabeza con...

—Lily —dijo Evelyne un poco tensa—. ¿No es mejor que llamemos a una enfermera?

—No digas tonterías, no voy a tardar nada. Me levanto, hago pis y vuelvo. Solo sujétalo un momento.

—Nunca... —comenzó ella nerviosa—. Nunca he cogido a un bebé, ¿y si...?

—¡Ais Evy, no seas dramática! Alguna vez tendría que ser la primera. Vamos, acércate.

Evelyne dudó unos momentos. Aquella cosa tan pequeña le daba miedo. ¿Y si no lo sabía coger? ¿Y si le hacía daño? Lo veía tan indefenso... Lily giró su cuerpo y le tendió al bebé.

—Así —dijo ella, colocándole al niño entre los brazos con cuidado—. Lo más importante es que le sujetes la cabeza, que no se le caiga.

Evelyne asintió nerviosa mientras se acercaba al pequeño Jim a su pecho. El niño hizo un gesto con la boca y se movió despacio.

—¿Y si se echa a llorar? —dijo Evelyne con cara de susto mientras Lily se acercaba al borde de la cama para levantarse.

—No lo hará, está dormido como un ceporro... ¡Ais! —dijo cuándo se incorporó, irguiendo la espalda.

—Lily, quizá no es bueno que te levantes, te acaban de hacer una cesárea....

—¡No voy a hacer pis en la cama! —soltó dirigiéndose al baño de la habitación encogida, apretándose el abdomen—. No tardo.

Y antes de que pudiera replicar, Evelyne se quedó sola en la habitación con el bebé. Intentaba estar lo más quieta posible para no despertarlo o inquietarlo, sin apartar la vista de él. Jim era precioso, con esa carita redonda y respirando acompasadamente sobre el pecho de Evelyne.

Sin darse cuenta, empezó a mecerse lentamente de un lado a otro, para acunarlo. Y lo que sintió en ese momento le enterneció el alma. Y le gustó sentirlo. Le gustó sentir que, estar allí, en esa habitación con ese pequeño en brazos, la hacía feliz.

Sonrió sin dejar de mirarlo y se dio cuenta de que su padre tenía razón. Siempre le habían gustado los niños y en algún momento de su vida quería ser madre, formar su propia familia. Cuando la historia con Peter no salió bien, renunció al amor y a ese sueño de tener hijos. Y solo cuando Mark apareció en su vida, aquel anhelo volvió a aparecer poco a poco en su interior. De manera casi imperceptible, pero como un rayo de luz en una noche tan oscura. Y recordó que la vez que presentó a Mark a sus amigos y se habló de los siguientes en tener un bebé, él se acercó a ella y la susurró que serían ellos. ¿Sería verdad? ¿Mark quería tener hijos con Evelyne?

Se entristeció al pensar que en aquel momento pudiera decirlo de verdad y que ahora, era Susan la que estaba esperando un hijo de Mark.

—¡Qué a gusto, por favor! —dijo Lily saliendo del baño, y cuando se sentó en la cama no dejaba de mirar a Evelyne con cara de embobada—. Oh...qué bien te queda, Evy.

Evelyne sonrió y volvió a mirar al bebé. En otra ocasión, hubiera fruncido el ceño y hubiera soltado alguna frase del tipo: “¡Qué dices! ¡No me gustan los bebés!” Pero en aquel momento no lo sintió. Sintió emoción, ternura, calidez. Sintió que ella, en un futuro, quería sostener a su propio hijo como estaba sosteniendo a Jim.

—¡Pero bueno! ¿Ya te has levantado? —preguntó un Eric con cara de pocos amigos que acababa de entrar por la puerta.

Lily puso los ojos en blanco mientras Vanessa y Kevin entraban detrás de su marido.

—¡Hola, Evy! —dijo Vanessa acercándose hasta ellos—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y vosotros? —preguntó ella sin dejar de acunar al pequeño.

—Bien, aquí andamos —respondió Kevin acercándose también.

—Vaya...menuda sorpresa verte aquí, Eve.

Evelyne se irguió todo lo que pudo al ver como Peter, su ex, entraba en la habitación y se unía al grupo. Peter era un hombre alto y corpulento, con el pelo de color azabache, despeinado y los ojos grises, de felino. La miraba sonriendo, y eso la irritó aún más.

—¡Peter! —dijo Lily rompiendo la tensión—. No pensé que te acercarías. Ayer llamé a Anne y me dijo que estabais muy liados con los últimos preparativos de la boda.

—Sí, bueno. —respondió él con el gesto torcido.

—¿Dónde está Anne? —quiso saber ella.

—Con su madre ultimando los detalles del banquete —respondió Peter desganado.

—Deberías echarle una mano —le riñó Vanessa—. ¡Al final lo está haciendo todo ella!

—Ya pago la boda yo, ¿te parecerá poco?

Aquel comentario no le gustó nada a Evelyne. A pesar de que Anne se había acostado con Peter cuando ellos estaban juntos, que Peter hablase en ese modo le desagradó. Y no fue a la única, porque los demás se quedaron callados sin saber qué decir.

—La enfermera te ha dicho que no te levantes, Lily —dijo Eric rompiendo el silencio, acercándose a su mujer—. Se te van a saltar los puntos.

—No seas exagerado, solo me he levantado al servicio.

—La enfermera dijo que te traería una bacinilla si necesitabas ir al baño.

—¡Solo quería estirar las piernas! —se justificó Lily—. Además, Evy estaba conmigo y me ha ayudado con Jimmy.

Eric se cruzó de brazos sin saber qué contestar a su mujer y sonrió la estampa entre Evelyne y su hijo.

—¿Quieres que te lo coja? —preguntó él.

Sin saber por qué, su instinto hizo que apretase más al pequeño contra su pecho.

—No te preocupes, no me molesta —dijo ella un poco ruborizada.

—¡Madre mía, Evy! —exclamó Vanessa acercándose a ella para hacerle una carantoña al niño—. ¡Se te dan genial los bebés!

Ella sonrió sin dejar de mirar al pequeño. La calmaba y esa sensación la gustó.

—Hablando de bebés... —soltó Peter de pronto—. ¿Cómo está el futuro retoño de Mark y Susan? Han vuelto juntos, ¿verdad?

Maldito cabrón, pensó Evelyne. ¿Por qué tenía que atacar directo a la yugular? La habitación se quedó en silencio mientras la sangre se le agolpaba a Evelyne en la cabeza.

—Peter... —dijo Lily bajando la vista—. No te pases...

—¿Qué he dicho ahora? —preguntó él haciéndose el ofendido pero sin dejar de sonreír hacia Evelyne.

Vanessa y Lily se miraron sin saber dónde meterse o qué decir. Evelyne le mantuvo la mirada unos segundos, sin achantarse, y decidió que se había

cansado de seguir el juego de Peter. ¿Quería guerra? La tendría. Sonrió divertida y miró hacia el bebé que estaba en sus brazos, mientras le acariciaba suavemente la mejilla.

—Pues parece ser que hay dudas sobre la paternidad de Mark —soltó ella seria, dejando a todos sin habla y sintiendo como un escalofrío le recorría el cuerpo al nombrar a Mark—. Como Susan iba acostándose a diestro y siniestro con cualquiera mientras Mark intentaba recuperar su matrimonio, ahora no están seguros de que el padre sea Mark.

Lily ahogó un grito, Eric y Kevin abrieron los ojos como platos y Vanessa se llevó las manos a la boca.

—¿Qué dices!/? —preguntó Vanessa alterada—. ¡Eso que cuentas es muy fuerte!

—¿No os lo ha contado Peter? —dijo ella clavándole sus verdosos ojos.

Todos le miraron a él esperando una respuesta, pero Peter se cruzó de brazos, sin saber qué responder. El contrataque de Evelyne le había pillado por sorpresa.

—Vaya...pensé que lo sabrías, Peter —y cuando dijo su nombre lo hizo como si lo escupiera—. Como Susan y tú sois tan buenos amigos...

—Tan solo es mi paciente —se justificó él, molesto.

Evelyne sonrió. Parecía que le había dolido que ella le contestase así, pero no iba a parar.

—Una paciente con la que tienes mucha confianza, ¿no?

Peter frunció el ceño, malhumorándose por momentos.

—¿Qué fuerte, Peter! —soltó Vanessa—. ¡Cuéntanos qué más sabes! ¡Menudo culebrón parece esa historia!

Pero ni Peter ni Evelyne prestaban atención a lo que decía Vanessa. Parecía que estaban los dos solos en una habitación, librando su propia batalla verbal, mientras se miraban fijamente.

—El hijo es de su marido, eso es lo que me ha dicho Susan —soltó Peter.

—Que sea lo que ella dice no significa que sea verdad —contratacó Evelyne sin achantarse, haciendo que Peter se sonrojase de rabia.

—¡Buaaah! ¡Qué fuerte! —gritó Vanessa, intrigadísima por la historia—. Entonces...si Mark no es el padre, ¿tendríais alguna oportunidad de volver juntos?

Evelyne dejó su lucha de miradas particular con Peter y contempló a su amiga, asombrada. ¿La habría?

—Eso sería fantástico —soltó Lily—. Mark me pareció un gran tío para ti, Evely. Nunca he entendido por qué ha vuelto con esa.

—Pues porque van a tener un hijo, ¿no? —preguntó Kevin, intentando aclarar los conceptos.

—Sí, pero por lo que cuentan, esa tal Susan debe ser una guarrilla de mucho cuidado y no se sabe si el hijo que están esperando es de Mark o no —aclaró Vanessa.

Sus amigos siguieron especulando sobre la historia de Mark y Susan mientras Evelyne reflexionaba lo que acababa de pasar. Allí estaba ella, defendiendo a Mark delante de Peter, mientras sus amigos se planteaban una reconciliación entre ellos si finalmente el bebé que esperaba Susan no era de Mark. Y se sorprendió aún más cuando quiso aferrarse a esa posibilidad por encima de todo.

Volvió a mirar al bebé y le acunó. ¿Qué es lo que estaba sintiendo en esos momentos? ¿Qué es lo que le decía el corazón? Por primera vez en años, dejó que esos sentimientos le hablasen y le dijese lo que estaba sintiendo. ¿Habría alguna posibilidad, por pequeña que fuera, de que en algún futuro ella estuviera sosteniendo en sus brazos un hijo de Mark y suyo? Su teléfono móvil vibró en su bolso.

—Trae al niño —le dijo Lily al escuchar la vibración.

Evelyne se lo dio, un poco entristecida al perder el contacto con el niño, pero vio la oportunidad ideal para marcharse de allí y acabar con la estúpida guerra que Peter había querido comenzar.

Cuando desbloqueó la pantalla de su Smartphone, se le cortó la respiración.

Mark: Siento ser tan pesado Evelyne, pero necesito hablar contigo...

Ahí estaba. Otro mensaje de él, y esta vez, escribía su nombre por completo, haciendo que ella sintiera el típico escalofrío que la recorría cada vez que él pronunciaba su nombre a viva voz.

Levantó la mirada del teléfono y se encontró con la de Peter, que la observaba con el ceño fruncido mientras los demás seguían especulando sobre la historia de Mark y Susan.

—Bueno —comenzó ella colocándose el bolso bien, y con el móvil en la mano—. Tengo que marcharme chicos.

—¿Tan pronto? —preguntó Lily acunando a su hijo.

—Vendré a verte esta semana.

—Prométemelo —exigió ella haciendo un puchero—. ¡Que me aburro mucho!

—Seguro que ahora te entretienes con el enano —dijo Kevin, haciendo que todos rompieran a reír.

Evelyne se acercó hasta su amiga y dulcemente depositó un beso en la frente de Jimmy.

—Hasta luego pequeñín —susurró ella.

Evelyne se acercó a la puerta sin dirigirle una mirada a Peter a pesar de que él la buscaba.

—Gracias por venir, Evy —dijo Eric.

—Nos vemos pronto. Hasta luego.

Caminó sin dejar de mirar la pantalla de su teléfono móvil. En ella, aún seguía legible el mensaje de Mark. ¿Qué debería responderle? ¿Quería verle y hablar con él? ¿Estaba preparada para eso? Llegó hasta el ascensor de la planta y pulsó el botón de llamada, manteniendo el móvil en la mano.

—Te lo dije —soltó una voz familiar a sus espaldas.

Evelyne cerró los ojos intentando mantener la calma y el autocontrol que en las últimas semanas había aprendido a desarrollar. Bloqueó su teléfono móvil y lo metió en el bolso.

—¿Qué parte de todas? —dijo sin girarse mientras se cruzaba de brazos.

—Que Mark seguía viéndose con su mujer— espetó Peter poniéndose a su altura—, pero no me hiciste caso.

Evelyne puso los ojos en blanco y se acercó más al ascensor. No quería hablar de Mark y mucho menos delante de su ex.

—Lo que tú digas, Peter.

—¿Cuándo me harás caso, Eve?

Evelyne chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—Hace tiempo que dejó de importarme lo que tú me digas.

Peter se rio maliciosamente y se acercó más a ella.

—Te dije que seguía con ella, y que te buscó a ti para pasar un buen rato —soltó divertido—, espero que por lo menos lo pasarais bien.

Evelyne le dirigió una mirada de odio y al ver que él seguía en sus trece, decidió que no se achantaría nunca más. Sonrió y esta vez fue ella la que se acercó a él.

—No lo sabes tú bien.

Peter palideció ante su comentario y ella aprovechó para volver a apretar otra vez el botón del ascensor. ¿Por qué tenían que tardar tanto los ascensores de los hospitales?

—¿Sabes que Mark vendrá a mi boda, Eve? —soltó de pronto él, a sus espaldas—. Como acompañante de Susan, por supuesto.

Aquella afirmación hizo que el corazón de Evelyne diera un vuelco. ¿Mark iría a la boda? Maldita sea. La noche en la que decidieron arriesgarse a empezar una relación juntos, Evelyne le pidió a Mark que fuese a la boda de Peter con ella. Y aceptó. Ahora, después de todo lo que había pasado, era normal que fuera con Susan. Apretó los labios y frunció el ceño, dispuesta a contratacar.

—¿Acaso invitas a todas tus pacientes? —dijo orgullosa.

—Susan es especial —dijo él divertido.

—¿Ah, sí? —preguntó ella girándose para mirarle mientras levantaba una ceja—. ¿Y entonces por qué durante los años que estuvimos juntos jamás la conocí?

Un brillo especial cruzó los ojos grises de Peter, haciendo que Evelyne se arrepintiera enseguida de aquella estúpida pregunta que había lanzado.

—¿Celosa? —soltó orgulloso, levantando la barbilla.

Quiso responder, quiso confesarle que ya no. Que hacía tiempo que no sentía celos por nada que tuviera que ver con Peter. Quiso expresarle que hacía tiempo que se había curado por dentro de él, porque por fin, después de poco más de un año, era capaz de recordar lo que tuvieron sin derramar una lágrima de dolor.

—Ya no —dijo más feliz de lo que en un principio quiso sonar.

Peter quiso decir algo, pero se detuvo antes de hacerlo, y fue en ese momento en el que Evelyne aprovechó para decir lo que hacía tiempo llevaba pensando.

—Me alegra que saques el tema de la boda —dijo, seria—. No voy a ir, Peter.

Él abrió tanto los ojos que parecían que se le iban a salir de las órbitas. Le había dolido, estaba claro, pero era una opción que ella llevaba meditando durante mucho tiempo y que tenía que decir tarde o temprano.

—¿Qué has dicho? —soltó entre dientes.

—Que no voy a...

—¡Ya lo he oído!

Y lo dijo en un tono tan alto que la irritó. Peter se había acercado a ella y respiraba bruscamente, incomodándola.

—¿Y se puede saber a santo de qué no vas a venir? —soltó molesto, agarrándola por el codo.

Evelyne frunció el ceño y mirando primero su mano apretada contra su brazo y luego a él, le dijo lo que llevaba mucho tiempo queriendo decir.

—Estoy cansada de fingir que nos llevamos bien por el simple hecho de tener amigos en común. Tuvimos algo, sí, pero eso se acabó. No me apetece que nos sigamos viendo.

La cara que puso Peter lo dijo todo. No se esperaba una afirmación así, tan drástica y rotunda, que encerraba una verdad tan grande como una catedral. Soltó el aire retenido por la nariz y se rio, sin creérselo.

—Es por qué no quieres encontrarte con Mark, ¿verdad?

Ella le aguantó la mirada. En parte Peter tenía razón. No quería encontrarse con Mark. No quería verlo agarrado del brazo de Susan. Le dolía demasiado recordarle, verle, sentirle cerca. Pero a pesar de que no quisiera encontrarse con él, la decisión de no ir a la boda había sido porque estaba harta de tener que fingir delante de todos que su relación con Peter iba bien.

—No, Peter. No tengo ganas de verte más, solo es eso.

Antes de que Peter pudiera contratacar, su móvil vibró dentro del bolso de Evelyne, haciendo que diera un respingo. ¿Sería Mark?

Dio un paso hacia atrás, alejándose de Peter y metió la mano en su bolso para sacar el teléfono. El calor subió hasta sus mejillas cuando vio que Mark la estaba llamando. No le había contestado al correo esta mañana y tampoco al mensaje que le había escrito, y quizá por eso la estaba llamando.

—Tengo que irme Peter —dijo sin pensar, apartándose de su lado y encaminándose hacia la puerta de las escaleras.

No podía esperar más al ascensor y por alguna razón, pensó que le debía una respuesta a Mark. ¿Habría pasado algo? ¿Estaría bien? Mark no solía ser tan insistente en sus llamadas y eso la inquietó.

Cuando salió por la puerta hacia las escaleras, no pudo dar un primer paso. La puerta se había cerrado y una mano la sujetó bruscamente por el brazo, haciendo que girarse sobre sí misma y acabase con la espalda en la pared.

—¿Pero qué...?

—Sigues enamorada de mí, ¿verdad?

Peter la había seguido hasta el descansillo de las escaleras y la había

acorralado contra la pared. Tenía un brazo atrapado por los fuertes dedos de Peter, que se cerraban en su muñeca, y en la otra, la que no quedaba oculta contra la pared, sostenía su móvil que seguía vibrando.

—¿Qué haces, Peter? ¡Suéltame! —gritó ella apretando los dientes.

A pesar de que era entrada la tarde, parecía que las escaleras estaban vacías. Evelyne miró hacia ambos lados e intentó zafarse del agarre de Peter, que la aprisionaba contra la pared.

—Es por eso por lo que no vienes a mi boda, ¿eh? —continuó él—. Todavía me quieres, se te ve a la legua.

Evelyne le clavó los ojos con el ceño fruncido. ¿Había oído bien? El móvil seguía vibrando en su mano derecha y eso le dio fuerzas para hacer lo que desde hacía tanto tiempo debía haber hecho.

—No.

—¿No? —preguntó Peter, molesto por su seguridad.

—No estoy enamorada de ti, Peter. Ya no.

Los dedos de él se cerraron sobre su muñeca, apretándola con fuerza. Algún que otro enfermero subía por las escaleras, pero nadie se detuvo a ver qué pasaba. Parecían dos amigos que hablaban demasiado juntos, y nadie se preocupó por ellos.

—Mientes...

—Piensa lo que quieras. Lo nuestro se acabó.

—Ya te he dicho que el hecho de casarme con Anne no significa nada. Tengo que mantener un tipo, pero podemos seguir divirtiéndonos juntos.

Eso le molestó. Le molestó y notó como la rabia le subía hasta su garganta.

El teléfono había dejado de vibrar pero a los pocos segundos, comenzó a hacerlo de nuevo. Estaba casi segura al 100% que sería Mark otra vez. Y aquello le dio fuerzas. Le dio la energía suficiente para apartar a Peter de un manotazo.

—Olvídate de mí, Peter. Sigue tu vida.

Peter sonrió de nuevo con aquella sonrisa lobuna que tanto le caracterizaba y volvió a acercarse a ella, esta vez, sin fuerza, solo levantando la mano para acariciarle la mejilla.

—Vamos Eve, lo pasábamos tan bien...

Ahora la que le agarró de la muñeca fue ella.

—Basta.

—¿Va todo bien, chicos?

Los dos se giraron hacia la puerta y Peter se apartó bruscamente de Evelyne cuando vio que Eric, Vanessa y Kevin acababan de entrar en el rellano de las escaleras, con cara de asombro.

—Claro, chicos —soltó Peter, nervioso—. Solo estábamos hablando.

Evelyne no se movió. Seguía con el móvil de la mano, que había dejado de vibrar.

—¿Ocurre algo? —preguntó Kevin, cruzándose de brazos.

—Por supuesto que no —dijo Peter, acercándose a ellos—. Eve ya se iba, volvamos a la habitación.

Intentó que sus amigos se movieran, pero los tres se quedaron quietos mirando a Evelyne, que seguía con el ceño fruncido contemplando la escena y con el móvil de la mano.

—¿Todo bien, Evy? —preguntó Vanessa, dando un paso hacia ella.

Peter la miró con expresión de pocos amigos, pero no la intimidó. Ella levantó la barbilla, seria.

—Solo estábamos hablando.

—¿Sobre qué? —quiso saber Vanessa, enarcando las cejas.

—Oh, vamos —dijo Peter, cada vez más alterado—. Eve se iba ya, ¿verdad?

Podría haber dejado estar el tema. Podría haberse callado, asentir e irse. Pero algo en su interior no se lo permitió. Estaba cansada de ser débil, de aparentar que todo iba bien cuando en realidad nada lo estaba. Estaba harta de seguir el juego a los demás, de pensar en su felicidad por encima de la suya. Y por eso, sin apartar los ojos de Peter, por primera vez se permitió ser ella misma.

—Sobre la boda de Peter y Anne —dijo firme—. No voy a ir.

Peter palideció, Vanessa abrió la boca sin saber qué decir y Eric y Kevin compartieron una mirada de extrañeza.

—¿No vas a ir? —repitió Eric en tono de pregunta.

—No —contestó seria, sintiendo como se iba liberando poco a poco.

—¿Por qué? —preguntó Kevin.

—No tengo ganas de ir —respondió Evelyne—. Estoy cansada de...

Peter comenzó a reírse a carcajadas, haciendo que incluso los enfermeros que subían y bajaban por las escaleras se sobresaltasen.

—Vamos, Eve —dijo acercándose a ella, rojo—. ¿Por qué no les dices la verdad?

—Lo estoy haciendo —cortó ella, mirándole fijamente a su felina mirada mientras por el rabillo del ojo veía la inquietud de sus amigos—. Estoy cansada de aparentar que nos llevamos bien cuando no es así. No tengo ganas de seguir con esta farsa, por eso no quiero ir a tu boda, Peter.

Las aletas de su nariz se ensancharon, mientras Peter respiraba con dificultad.

—Evy... —comenzó a decir Vanessa, acercándose a ellos.

Peter volvió a soltar una risotada nerviosa.

—¿En serio, Eve? —soltó—. ¿No crees que nuestros amigos se merecen conocer la verdad?

—Peter... —dijo Eric viendo que la cosa se estaba poniendo tensa.

—Es la verdad —dijo Evelyne segura de sí misma.

—No —dijo Peter volviendo a acortar la distancia entre ellos—. ¿Por qué no les dices que no vienes a mi boda porque todavía estás enamorada de mí, Eve?

Vanessa ahogó un grito y los chicos volvieron a mirarse.

—Porque esa no es la verdad —afirmó Evelyne, apretando con fuerza el móvil que aún seguía en su mano y que ya no vibraba.

—Vamos, Eve... ¿Cuándo vas a reconocerlo?

—No tengo que reconocer nada —dijo ella, acercándose a él y levantando la barbilla—. No estoy enamorada de ti, Peter. Ya no.

—Eve... —dijo Peter sonriendo y haciendo que Evelyne perdiera la compostura.

—¿Crees que seguiría enamorada de ti después de haber estado con un hombre como Mark?

Y aquella afirmación fue como un jarro de agua fría sobre Peter. Palideció. Su cara se tornó blanquecina y empezó a mover la boca con la intención de hablar, de contratacar, pero no pudo hacerlo. El corazón de Evelyne estaba desbocado. No sabía de donde había sacado fuerzas para enfrentarse a Peter de la manera en la que lo estaba haciendo. Y más aún, delante de sus amigos, que contemplaban estupefactos la escena.

—¿Me estás comparando con ese? —masculló entre dientes, apretando los puños.

Evelyne se cruzó de brazos, sintiendo su móvil cerca de su pecho y notando como la valentía se instalaba dentro de ella.

—En realidad no —soltó, sonriendo—. Como hombre no le llegas ni a la

suela de los zapatos.

Peter se acercó aún más, resollando por la nariz.

—¿Ah, no? —gruñó él—. Por lo menos yo no me voy acostando con otras mientras dejo embarazada a mi mujer.

Evelyne sonrió. Sabía que diría algo así, pero tenía preparada una respuesta.

—Será porque las otras no se han dejado —dijo, haciendo que Vanessa soltase un grito—. Ya que estamos contando verdades, podemos hablar de todo... ¿No se lo has contado?

—¿Contarnos el qué? —preguntó Kevin, hablando por primera vez.

—Basta Eve —gruñó Peter, perdiendo la paciencia.

—Entonces déjame tranquila —pidió ella, demasiado brusca—. Sigue con tu vida, yo seguiré con la mía.

—Eve...

—Para Peter, déjala tranquila —dijo Eric, acercándose a ellos—. Está en su derecho de no querer ir a la boda después de lo que ha pasado entre vosotros.

—Es estúpido, seguimos siendo amigos —soltó Peter.

—No —contrató Evelyne—. No somos amigos. Nos vemos porque compartimos amigos, pero eso no significa que nosotros tengamos que serlo.

Vanessa afirmó con la cabeza y Kevin imitó su gesto. Peter, al verse acorralado, no supo que decir. Evelyne contempló a sus amigos y sintió la necesidad de dejar el tema y salir de allí.

—Espero que me entendáis —dijo finalmente—, y si no, por lo menos que lo respetéis.

—Te entendemos perfectamente Evelyne —dijo Eric muy seguro de sí mismo.

Evelyne sonrió.

—Espero que tú y Anne seáis muy felices —dijo Evelyne mirando a Peter, que frunció el ceño—. Ya nos veremos.

Se colocó el bolso y con el móvil apretado en el pecho, se giró.

—Te llamaré —dijo Vanessa, nerviosa.

Evelyne asintió.

—Hasta luego.

Y bajó las escaleras más rápido de lo que sus zapatos Lodi imaginó que le permitirían, con el móvil apretado contra el pecho y con una sensación de libertad que hacía mucho que no experimentaba.

Sintió que, después de tanto tiempo esforzándose por seguir con la pandilla, por verse, por aguantar como Peter estaba con una de las que fue su mejor

amiga, por fin, aquel día, había mirado por ella, por su felicidad. No iba a perder el contacto con el resto, pero no le apetecía seguir fingiendo delante de Peter y Anne, y más cuando Peter la trataba como lo hacía. La sorprendió descubrir que había estado apretando el móvil contra ella durante todo el encontronazo con Peter y supo que, al saber que Mark la estaba llamando, de alguna manera le dio fuerzas para cerrar puertas que habían quedado abiertas y salir hacia una nueva realidad.

La nueva Evelyne empezaba a nacer ahora. Quizá más insegura, más frágil, pero más ella. No quería volver a esconderse detrás de sus barreras. No quería sentir que no estaba siendo ella misma con los demás. Cuando salió a la calle, cogió todo el aire que sus pulmones la permitieron coger y por primera vez en mucho tiempo, sintió que se sentía viva. Que se sentía libre y sobre todo, que se sentía ella misma.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Victoria llevándose las manos a la cara —. ¡Menudo hijo de puta!

Evelyne puso los ojos en blanco mientras le pasaba otro par de vestidos colgados en perchas. Dos días después de su visita al hospital para ver a Lily y por consiguiente, del encontronazo con Peter, Evelyne estaba en casa de Laurent ayudando a recolocar la ropa en el armario de la habitación principal.

—¿Y qué dijeron los demás? —preguntó Victoria apretujando la ropa contra un lado del armario para que le entrase más.

—Se quedaron un poco sorprendidos —dijo Evelyne, mirando a su alrededor. La habitación principal del apartamento de Laurent era muy...de hombre. Apenas tenía decoración: una cama tamaño King Size con sábanas en tonos grises y blancas, a conjunto con el gran armario y los dos estores en blanco que cubrían los dos enormes ventanales en una pared de ladrillo. Nada de lámparas, ni alfombras. Sonrió al pensar que aquella estancia tan minimalista dejaría de serlo con la llegada de la “colorida” Victoria.

—¿Evy? —dijo está sacándola de sus pensamientos.

—Perdona —se disculpó Evelyne pasándole las últimas prendas—. Luego por la noche me llamó Lily para preguntarme qué había pasado y se lo conté. Entendió que no quiera ir a la boda de Peter y Anne, aunque se apenó de que a partir de ahora no quede con ellos cuando vayan Peter y Anne.

—Bueno —dijo Victoria—, siempre puedes verlos cuando no estén ellos.

—Eso le dije, y se quedó más tranquila.

Victoria cerró el armario y miró a su amiga.

—Estoy muy orgullosa de ti, Evy —soltó sonriente—. Me alegro mucho de que hayas puesto las cartas sobre la mesa y hayas mandado a tomar por culo al imbécil de tu ex.

—Vicky, habla bien...

Victoria puso los ojos en blanco y salió de la habitación, seguida de su amiga.

—No seas como Lau.

—¿Cómo Lau? —preguntó ella levantando una ceja.

—Sí —respondió ella con los brazos en jarras y con cara de pocos amigos

—. Desde que vivo con él no para de decirme que hable bien, sobre todo delante Sam...

Evelyne sonrió.

—Es normal Vicky, Sam es muy pequeño y aprende cualquier cosa enseguida...incluso lo malo.

Victoria le sacó la lengua y se acercó al enorme sofá en forma de L que tenía Laurent en el salón. Era negro y brillante, y ahora estaba lleno de libros. El salón seguía el mismo diseño que la habitación. Lo más minimalista posible, con la decoración justa. Según entrabas en el apartamento, lo primero que veías eran dos enormes ventanales en la pared enladrillada. En la perpendicular, dos grandes estanterías en voladizos, ahora vacías de libros. Remataban la decoración el sofá negro y una mesa redonda con cuatro sillas del mismo color. La cocina era abierta, y daba hacia el salón, al igual que las dos habitaciones y el baño.

—Vete pasándome libros y los vamos colocando.

—Claro —dijo Evelyne acercándose a su amiga y cogiendo un par de tomos—. ¿Son todos tuyos?

—No, la mayoría son de Laurent —dijo esta mientras le guiñaba un ojo.

—¿Los estás redistribuyendo?

—Algo así...estos periodistas de hoy en día no saben colocar bien las cosas.

Evelyne sonrió, divertida. Tampoco le parecía que Laurent tuviera el apartamento tan mal organizado.

—¿Qué tal los primeros días viviendo juntos? —quiso saber ella.

—Muy bien, la verdad —dijo Victoria levantando las cejas—, si no fuera porque Sam está aquí una semana si y otra no, estaríamos todo el día fol...

—¡Mira que eres burra! —soltó Evelyne sin dejarla acabar la frase, mientras le pasaba otro par de libros bruscamente.

—¡Hija, no te puedo contar nada!

—Tonta.

Victoria soltó una carcajada y siguió colocando libros.

—¿Y con Sam?

—Le adoro —soltó su amiga relajando el gesto y sonriendo embobada—. Cuando está me quejo por no tener intimidad con Laurent, pero cuando no está... ¡No te imaginas lo que lo echo de menos!

Evelyne se emocionó al oírla decir eso. Sam se había ganado el corazón de

las dos tan rápidamente que no se habían dado cuenta.

—¿Pasa la mitad del tiempo aquí? —preguntó Evelyne.

—Sí, una semana duerme aquí, y otra en casa de Leslie.

—¿Leslie? —preguntó ella.

—La madre de Sam.

Evelyne frunció los labios, sabiendo que Victoria diría aquello.

—¿La conoces?

Victoria dejó de colocar los libros y miró a su amiga.

—Sí —afirmó—. Viene todos los días.

Parpadeó, sorprendida por aquellas palabras.

—¿Cómo que viene todos los días?

Victoria sonrió pícaro, sabiendo que había causado inquietud en su amiga.

—Cuando Sam pasa las semanas aquí, su madre viene a darle un beso de buenas noches todos los días. Laurent hace lo mismo, claro.

Evelyne volvió a parpadear.

—Lo hacen para que Sam no extrañe a ninguno de los dos —continuó Victoria—. La verdad es que al principio pensé que Leslie podría ser un impedimento en mi relación con Laurent, pero con el paso de los días he visto la relación que tienen. Es una gran amistad, y se llevan lo mejor posible por el pequeño Sam.

El corazón de Evelyne se enterneció al escuchar a su amiga. Laurent era un gran padre, y lo demostraba ocupándose de su pequeño todos los días. Y en lo que respectaba a su amiga, estaba demostrando también que Sam le importaba. Y mucho.

—¿Sabes? —dijo acercándose a ella—. Estoy muy orgullosa de ti.

Victoria enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Y eso por qué?

—Por esto —dijo Evelyne—. Por aceptar la vida de Laurent como lo has hecho. Por aceptar a Sam, y también a Leslie. La Victoria del pasado se hubiera puesto celosa a la mínima.

—¡Por supuesto que no!

Evelyne se cruzó de brazos y puso cara de póker. El color subió hasta las mejillas de su amiga y carraspeó.

—Vale... puede que sí, pero es que... con Laurent es diferente.

Evelyne sonrió.

—¿Ah, sí? —dijo chinchándola.

—Sí —respondió avergonzada—. ¡Ya lo sabes!

Evelyne se acercó a ella, sonriendo.

—¿Por qué Laurent es diferente?

—Porque le quiero.

Y la seguridad con la que Victoria lo confirmó, la enterneció.

—Lo sé, fea.

Victoria puso los ojos en blanco y siguió colocando los libros, un poco avergonzada.

—Pues... —comenzó con la boca pequeña—. Todavía no me lo ha dicho...

Evelyne la miró sin entender.

—¿El qué?

—Ya sabes... las palabras mágicas.

Y se dio cuenta de lo que se refería su amiga. “Aquellas” palabras mágicas. Aquella pequeña frase compuesta por dos palabras que toda mujer quería oír de aquel por el que suspiraba. La noche de la última convención de M&S, cuando Mark le preparó la suite llena de pétalos de rosas rojas, hizo una apuesta con Victoria para ver cual de las dos conseguía antes su propósito: si ella quedarse a dormir con Mark, o si Victoria conseguiría que Laurent le dijera “te quiero”.

—Ya te lo dirá —dijo Evelyne.

—Tampoco es tan importante, ¿no?

Evelyne se dio cuenta de que a pesar de que su amiga intentase ocultarlo, estaba deseando que Laurent se lo dijera. Le pasó los últimos libros que quedaban por colocar y pensó rápidamente cómo animarla.

—Que te haya pedido que fueses a vivir con él ya demuestra que lo siente, aunque no te lo diga.

Victoria la miró y relajó el gesto.

—Supongo que tienes razón.

—Los hechos son más importantes que las palabras. Pueden decirlo sin sentirlo.

Y al decir eso, se arrepintió. El dolor volvió a pincharle en su pecho al recordar que Mark le había dicho que la quería en dos ocasiones y que ahora, no estaban juntos.

—Evy...

Victoria se acercó a ella con el rostro compungido. Evelyne se encogió de hombros y antes de que pudieran continuar con la conversación, la puerta del

apartamento se abrió.

—¡Ya estamos aquí! —dijo Laurent, cerrando la puerta mientras cargaba al pequeño Sam en brazos.

—¡Hola! —saludó un niño de tres años clavado a Laurent, pero con los ojos marrones.

—¡Pero bueno, mira quien ha venido! —soltó Laurent señalando a Evelyne, la cual se sonrojó.

—¡Evy! —gritó el pequeño emocionado, removiéndose en los brazos de su padre.

Laurent lo dejó en el suelo y el niño fue corriendo hasta ella, agarrándose de sus piernas.

—¡Hola Evy! ¡Hola! —gritaba emocionado.

Evelyne parpadeó.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó nerviosa.

—Claro que se acuerda —dijo Laurent acercándose a ellas y dejando la pequeña mochila de Sam sobre el sofá—. No hay día que no pregunte por la chica que jugó con él a los coches en casa de la abuela.

Evelyne se sonrojó, conmovida por aquella afirmación.

—¡Upi! —dijo Sam levantando los brazos hacia ella—. ¡Upi!

Evelyne parpadeó, sin saber qué hacer, e instintivamente le acarició la cabeza, como quien acaricia un perro.

Victoria se echó a reír.

—¡Por favor, Evy! ¡Me muero contigo!

—¿Qué pasa? —preguntó ella, nerviosa.

Laurent se acercó a su chica, le dio un beso en los labios y se volvió hacia Evelyne.

—Quiere que lo cojas —explicó él, sonriendo de lado.

Volvió a parpadear. ¿Cogerle? Ella no sabía coger niños, pensó. Miró de nuevo al pequeño, que seguía mirando hacia ella con los brazos extendidos.

—¡Upi!

Laurent y Victoria la miraron, insistiendo que lo hiciera. Nerviosa, se agachó, y asiéndole por debajo de los brazos, lo levantó y lo cargó en su cadera.

—¿Has venido a jugar conmigo? —preguntó risueño el pequeño, mientras la abrazaba.

—Menudo mamón —dijo Victoria, cruzando los brazos—. Y de mí ya no

se acuerda.

Laurent soltó una carcajada.

—Sam, cariño —dijo tocándole la espalda para que le prestara atención—. ¿No das un besito a Vicky?

—¡Vicky!

Sam se estiró hacia ella, haciendo que Evelyne se acercase a su amiga con el pequeño en brazos.

—Ya, ya... ¡Ahora! —soltó ella riendo mientras Sam le besaba fuertemente en la mejilla.

Evelyne sonrió, divertida.

—Voy a prepararte la merienda, renacuajo —anunció Vicky, alejándose de ellos y metiéndose en la cocina.

—¿Cómo va todo, Evy? —preguntó Laurent, sonriéndole de lado.

Evelyne lo miró, y se quedó sin habla. Recordó el último encuentro con Laurent y se disgustó. Había sido en la convención que había hecho Advertising hacía unas semanas, y ella se fue sin despedirse de él. Es más, como había descubierto que Susan estaba embarazada, lo último que le dijo a Laurent y a Victoria no fue nada correcto por su parte. Y ahora era el momento de disculparse con él.

—Bien —dijo ella nerviosa, acariciando la espalda del pequeño Sam, que seguía cogido a su cuello—. Laurent, yo...querría...

Laurent ladeó la cabeza, pareciendo entender las intenciones de ella.

—Sam, cariño —dijo él, cogiéndolo de los brazos de Evelyne—. ¿Por qué no vas a por los coches para jugar con Evy?

—¡Sí! —gritó eufórico, casi saltando de los brazos de su padre y saliendo disparado hacia su habitación, que conectaba directamente con el salón.

—¡Quítate los zapatos! —le recordó Laurent antes de que Sam desapareciera.

Evelyne lo miró sorprendida y, antes de disculparse con Laurent, miró a Victoria, que la miraba desde la cocina mientras preparaba un sándwich. Le guiñó un ojo para que supiera que la apoyaba. Evelyne tragó saliva y miró fijamente a Laurent.

—Lo siento Laurent —confesó sin más dilación—. Siento cómo te traté el último día que nos vimos, en la convención de Advertising. No...no fue justo que te gritara de esa manera...yo...yo...

—No digas más —soltó Laurent, sonriendo de lado—. Está olvidado.

Entiendo cómo te sentiste.

Evelyne parpadeó y notó como se ruborizaba. ¿Entendió cómo se había sentido?

—Mi hermano puede ser un poco idiota a veces. Y te ha hecho daño.

—¿Un poco idiota? —soltó Victoria desde la cocina—. Más bien gilipollas.

—Vicky...—reprendió Laurent, lanzándole una mirada de pocos amigos—. El niño...

—No está —susurró ella.

—Pero no es sordo.

Evelyne sonrió ante la divertida estampa que siempre protagonizaban esos dos.

—De todas maneras —continuó Laurent acercándose más a ella—. No tienes que disculparte por nada. Ven aquí.

¿A dónde? Se preguntó Evelyne, pero antes de que pudiera responder, Laurent la rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho. Y ella se dejó abrazar.

Sentir el calor del cuerpo de Laurent la relajó, haciendo que la espinita que tenía clavada desde aquel día saliera. Laurent era alto y eso hacía que, debido a que en esa ocasión se había puesto sus bailarinas planas con puntera, su cabeza quedase a la altura de su pecho. Sonrió y le devolvió el abrazo.

—¿Qué hacéis? —preguntó Sam, apareciendo por la puerta mientras arrastraba una enorme caja.

Laurent y Evelyne se separaron.

—Nos estamos dando un abrazo, cariño.

—¿Por qué? —preguntó Sam levantando una ceja.

—Porque nos hemos perdonado —soltó Laurent, tranquilo.

—¿Estabais enfadados? —quiso saber el pequeño.

—Algo así —sonrió Laurent de lado mientras le guiñaba un ojo a Evelyne—. ¿Se puede saber qué traes?

—Quiero hacer un castillo —afirmó Sam señalando la caja, que estaba llena de piezas tipo bloque.

—¿Y los coches?

—Luego —dijo enseñando los dientes—. ¡Quiero hacer un castillo!

Evelyne rompió a reír.

—Primero la merienda —dijo Victoria acercándose a él con el bocadillo en la mano.

—¡No! —se quejó el niño—. ¡Quiero jugar ya con ella!
Y cuando Sam la señaló, no pudo evitar sonrojarse.
—Cariño —dijo Laurent acercándose a él y a Victoria—. Primero cómete el bocadillo que te ha preparado Vicky y luego juegas, ¿vale?
—¡No! —volvió a decir él, arrugando el gesto.
Evelyne sonreía, divertida por lo que estaba pasando.
—Sam —dijo su padre, más serio de lo normal—. Evelyne jugará contigo cuando termines la merienda, ¿verdad que sí? —y Laurent buscó la mirada de Evelyne.
Sam la miró intrigado por su respuesta, mientras ella se tensaba. Victoria reía a su lado y finalmente, como una tonta, asintió con la cabeza.
—Sí...sí —dijo en un susurro—, cuando acabes de...merendar.
Los ojos del pequeño se iluminaron y sin pensárselo, cogió el sándwich que le daba su padre y se sentó en el sofá, devorándolo rápidamente.
—La madre que lo trajo... —soltó Victoria volteando los ojos.

Cuando Sam terminó de merendar, Evelyne y él empezaron a jugar en la alfombra del salón con todas las piezas tiradas por el suelo. Evelyne montaba las estructuras que le pedía el pequeño mientras él construía algo que después, en teoría, sería un castillo.

—Menos mal que esta vez no has traído vestido, ¿eh? —se burló Laurent, sentado en el sofá, al lado de Victoria.

Evelyne le miró divertida. Tenía razón. La primera vez que conoció al hijo de Laurent y le pidió que jugara con él a los coches, llevaba su vestido azul de topitos que apenas le tapaba parte de las piernas. Sonrió, al ver que en aquella ocasión, había combinado las bailarinas negras con unos pantalones capri blancos, una camiseta estampada en rosa y una cazadora vaquera.

—Lo pasamos bien esa noche, ¿eh? —dijo Laurent apretando a Victoria contra él—. Salvo el numerito de mi padre en la cena, claro...

Evelyne se tensó al recordar el encuentro con Matthew, el padre los hermanos Evans. Matthew era “pro-Susan”, y que Mark la presentara a ella como su novia no le hizo ninguna gracia.

—¿Siguen las cosas igual? —se atrevió a preguntar ella, mientras armaba una pequeña torre parra Sam.

—Están más tranquilas —confesó Laurent—. Desde que Mark ha retomado

su relación con Susan, mi padre está más contento.

Evelyne tragó saliva y apartó la mirada.

—Aunque claro está —continuó él—. Ahora el que está jodido es Mark. Y si puede evitar coincidir con él, lo hace.

—¡Qué se fastidie! —soltó Victoria, cruzándose de brazos—. Tiene lo que se merece.

—Vicky...no digas eso, por favor —le pidió Laurent—. Evy, ¿tú cómo estás?

Evelyne se tensó y miró a Laurent.

—Bien —mintió.

—¿Cómo van las cosas con Mark?

Notó como se le secaba la boca. Victoria resopló.

—Supongo que...no van.

Victoria sonrió y Laurent torció el gesto.

—Vaya —dijo él—. Está convencido de que quiere estar contigo, y hará lo que sea para recuperarte.

—¡Ja! —soltó Victoria—. ¿En serio? ¿Y piensa que por regalarle unas flores ella caerá rendida a sus pies? Que por cierto —dijo mirando a su amiga—. Espero que hayas tirado...

Evelyne abrió mucho los ojos y apartó la vista.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Victoria, echándose hacia delante—. ¡¿No las has tirado?!

—Ya te dije que no las iba a tirar —se defendió ella, haciendo que Laurent sonriera.

Victoria resopló, perdiendo los nervios.

—De todas maneras, Mark no tiene nada que hacer —dijo orgullosa, volviéndose a apoyarse en Laurent.

Evelyne la miró extrañada.

—Resulta que Evy está conociendo a alguien ya.

Laurent frunció el ceño.

—¿Sí? —preguntaron los dos a la vez, haciendo que Victoria sonriera al captar la atención de los dos.

—Ajá —dijo ella, orgullosa—. Nuestro nuevo secretario bebe los vientos por ella.

Ahora la que puso los ojos en blanco fue Evelyne.

—Vicky...

—¿Me dirás que no? —dijo su amiga—. Le gustas, lo que pasa es que te haces la digna.

—¿Estáis juntos? —quiso saber Laurent, serio.

—No —dijo Evelyne.

—Todavía —puntualizó Victoria—. Hacéis buena pareja.

—Vicky...

—Es alto, rubio, con melenita, y unos ojazos azules que... ¡Ufff!

—¿No tendrá una moto? —preguntó Laurent, sorprendiendo a las chicas.

—Creo que sí —se adelantó Victoria—. ¿Por qué lo preguntas?

En ese momento llamaron a la puerta. Laurent y Victoria se miraron un tanto extrañados.

—Igual es Leslie —dijo Laurent levantándose, mirando el reloj—, aunque no suele venir tan pronto.

Evelyne miró a Victoria, mientras le pasaba a Sam otro grupo de piezas para que él siguiera construyendo su castillo.

—Te estás pasando —dijo Evelyne, incómoda.

—¿Por qué? —preguntó—. No he dicho nada malo...

—Neil y yo no tenemos nada.

—Porque tú no quieres hija —sonrió—. Está deseando que le des tregua.

Evelyne entornó los ojos y Victoria rio divertida.

—Vaya —exclamó Laurent en la puerta cuando la abrió—. No te esperaba. Pasa, pasa.

Y cuando Laurent se apartó para dejar pasar al invitado, Evelyne palideció. Mark entró por la puerta, y cuando se fijó en Evelyne, sentada en el suelo, también perdió el color en su rostro. Mark estaba increíble. Llevaba un fino jersey gris y unos pantalones vaqueros. Algo casual, pero muy acertado.

—Lo siento —dijo él, nervioso—. No sabía que teníais visita...

—No te preocupes —dijo Laurent, instando a su hermano a que entrase en el salón—. Eres bienvenido.

Victoria chasqueó la lengua y se llevó una mirada de reprimenda de Laurent.

—Pasaba por aquí y... —comenzó, algo nervioso—. Solo venía a traeros un regalo.

—¿Un regalo? —preguntó Laurent, sonriendo.

—Sí, bueno —carraspeó—. Por vuestra nueva vida juntos.

Victoria puso los ojos en blanco y Evelyne se sorprendió. No podía ser.

¿Habían pensado lo mismo? Evelyne también había comprado un regalo para Victoria, para su nueva vida con Laurent, y se lo había dado justo cuando llegó porque era algo...un tanto especial.

—Qué detalle. Siéntate, por favor —dijo Laurent, cogiéndolo del hombro y tirando hacia abajo para que se sentara en el sofá—. ¿Queréis algo? ¿Café, té?

—Puedo volver en otro momento...

Victoria asintió y Evelyne se tensó. Verle así, apagado y cabizbajo la puso nerviosa. La que sobraba allí era ella, no él. Laurent era el hermano de Mark, y Sam su sobrino. Suspiró y se preparó para levantarse.

—Yo me voy ya —anunció ella, poniéndose de rodillas.

Mark la miró y también se levantó. Fue a decir algo pero su sobrino se adelantó.

—¿Te vas ya? —preguntó Sam, mirando a Evelyne con cara de pena.

Ella lo miró, nerviosa. ¿Qué respondía a eso? Sam tenía los ojos brillantes y los labios fruncidos. Mierda. No quería disgustar al pequeño, pero... Latensión entre Mark y ella cuando se encontraban en la misma habitación se podía cortar con un cuchillo.

—No te preocupes —soltó Mark—. Vengo en otro momento.

—No —insistió ella, enfrentándose a su mirada por primera vez—. Es la casa de tu hermano, quédate.

—No hemos acabado el castillo... —insistió Sam agarrándose a las piernas de ella.

—Sam...

—¿Podéis parar los dos de una vez? —soltó Laurent más brusco de lo normal, interponiéndose entre ellos—. Sam se está poniendo nervioso.

Mark y Evelyne miraron al pequeño, que estaba a los pies de Evelyne, con pucheros. Parecía que se iba a echar a llorar de un momento a otro.

—¿Podéis dejar a un lado vuestras movidas y convivir durante un rato en la misma habitación, por favor? Estáis asustando a mi hijo.

Agacharon la cabeza, avergonzados. Laurent tenía razón, no tenían que llevar sus problemas personales hasta esos extremos, y mucho menos delante de Sam. Eran adultos. Además, el pequeño tenía mucho cariño a Evelyne y era el sobrino de Mark. Podrían estar juntos, ¿no? Por lo menos durante unos minutos.

Mark se sentó de nuevo en el sofá y Evelyne hizo lo propio en la alfombra.

Se miraron de reojo, sin levantar las miradas del suelo. Sam se limpió los ojos y se sentó con ella, esta vez más cerca que antes.

Evelyne le acarició la espalda, para tranquilizarlo, y sin querer, miró a Mark, que la contemplaba fijamente. Un brillo especial surcaba sus ojos, haciendo que brillasen un poco más de lo habitual. Laurent suspiró y se sentó de nuevo, al lado de Victoria.

—¿Qué es lo que nos has traído? —preguntó a su hermano, más relajado, cambiando de tema.

Mark le miró, y sacándose un sobre del bolsillo trasero de su pantalón, se lo entregó.

—¿Qué es? —preguntó Laurent, emocionado.

Victoria miraba de reojo, intentando no mostrar mucho interés.

—Ábrelo —dijo Mark, contemplando a la pareja.

Evelyne seguía formando estructuras a Sam mientras contemplaba cómo Laurent abría el sobre, intrigada también.

—¡No me jodas! —soltó Laurent, abriendo mucho la boca—. ¡¿Un fin de semana en Miami?! ¿Te has vuelto loco?

—¿Qué? —preguntó Victoria, acercándose a Laurent.

Evelyne no podía creérselo. Comparado con eso, su regalo a Victoria había sido...demasiado poco.

—No sabía qué regalaros —comenzó Mark—. Y se me ocurrió eso, no sé, para que tengáis unos días de descanso los dos.

—¡Esto es una pasada! —dijo Laurent, que no salía de su asombro.

Mark sonrió levemente y Evelyne no supo si le sorprendió más el viaje a Miami que les había regalado o ver la sonrisa de Mark después de tanto tiempo.

Victoria se movía inquieta y, a pesar de que se notaba que el regalo le había hecho ilusión, se reprimía.

—Gracias hermano, es todo un detalle.

—No hay de qué.

Victoria se levantó de un salto.

—Sí, es todo un detalle —dijo, poniendo su mejor cara de póker—. Qué suerte que podré estrenar allí el regalo de Evy.

Laurent la miró sorprendido y luego miró a Evelyne.

—¿Tú también nos has regalado algo?

Evelyne parpadeó y sintió como el calor subía hasta sus mejillas.

—No... —carraspeó—. Bueno...más bien es para Victoria.

—¡Y una porra! —soltó Victoria, dirigiéndose a la habitación—. ¡Esto lo va a disfrutar más Lau que yo!

—¡No, no, no! ¡Vicky! —dijo Evelyne más roja que nunca, intentando detener a su amiga—. ¿Qué vas a hacer?

—Enseñarlo —soltó ella, regresando al salón con las manos en la espalda—. ¿Qué si no?

—¡Vicky! —dijo Evelyne, nerviosa—. ¡El niño!

—No te preocupes —soltó guiñándole un ojo mientras descubría lo que ocultaba en su espalda.

Evelyne cerró los ojos, avergonzada, y Laurent y Mark miraron estupefactos el body de encaje que enseñaba Victoria. Era una prenda totalmente de encaje negro, con escote en uve bordeado por detalles florales. Totalmente transparente.

—Y lo mejor de todo es la parte de atrás —dijo Victoria, girándolo y mostrando una gran abertura hasta la cintura y un tanga.

—¡Vaya! —exclamó Laurent, cruzándose de brazos—. No sé cuál me gusta más, si el regalo de Mark o el de Evy.

Mark sonrió de nuevo y miró a Evelyne, que apartó la vista avergonzada, intentando entretener al niño. Pero fue en vano, porque debido al revuelo, el pequeño se giró.

—¿Qué pasa? —preguntó mirando a su padre y luego a Victoria—. ¿Qué es eso?

Evelyne se tapó la cara, avergonzada. Laurent reía a carcajadas y Mark parecía disfrutar con el momento.

—¿Es un bañador? —preguntó el pequeño.

Laurent no era capaz de dejar de reír.

—Sí cariño —respondió Victoria, divertida—. Es un bañador.

—¿Vas a ir a la piscina, Vicky? —preguntó de nuevo.

Laurent se partía de risa y Mark comenzó a reír también por el comentario del niño.

—No sé si iré a la piscina cariño —respondió Victoria—, pero mojada voy a terminar un rato.

—¡Vicky! —dijo Evelyne, señalando al niño, el cual se encogió de hombros y siguió jugando con los bloques.

—Guarda eso, por favor —pidió Laurent—. No vaya a ser que lo

estrenemos antes de Miami.

Victoria salió eufórica hacia la habitación.

—Gracias chicos, los regalos han sido fantásticos —dijo Laurent.

—No hay de qué —respondió Mark mirando a Evelyne, que le esquivó la mirada.

Laurent carraspeó y se echó hacia adelante, tocando la espalda de su hijo.

—Eh, oye —le dijo—. ¿Por qué no le das unas cuantas piezas al tío Mark para que te haga esas torres que tanto te gustan?

Victoria regresó al salón y volvió a tomar asiento junto a su chico.

—¿Sam? —insistió su padre viendo que el niño no le hacía caso.

—No quiero —contestó brusco.

—Sam.

—Déjalo Lau —pidió Mark, negando con la cabeza.

¿Qué ocurría allí? Se preguntó Evelyne, sin entender qué pasaba.

—Vamos Sam —insistió Laurent—. No puedes estar toda la vida enfadado con tu tío.

Sam no hizo caso a su padre y se pegó más al cuerpo de Evelyne. ¿Estaba enfadado con él? Evelyne entendió por qué el niño no se había lanzado a sus brazos en cuanto lo vio, como aquella vez en casa de los Evans.

—No pasa nada, Lau —dijo Mark, mirando a su hermano.

—¿Ves cómo no soy la única que está así con él? —dijo Victoria cruzándose de brazos.

—Para Vicky, por favor, no metas cizaña —le pidió Laurent.

—¿Por qué está enfadado contigo? —se le escapó a Evelyne, mirando a Mark y aguantando su mirada por primera vez.

El volverse a mirar, el volver a encontrarse con su mirada, la removió por dentro. A pesar de todo lo que había pasado, adoraba los ojos de Mark. Tan verdes, tan intensos. Y tan expresivos. No decían nada, y lo decían todo. Notó ilusión al ver que ella se dirigía así a él, tan directa.

—Porque a Sam no le gusta que Mark haya vuelto con Susan —soltó Laurent, viendo que la tensión que había entre ellos les había dejado sin habla.

—No he vuelto con Susan —soltó Mark, molesto, quitando la vista de Evelyne—. Solo estoy con ella por ese bebé.

—Bueno —soltó Laurent—. Pero Sam es muy pequeño todavía y no entiende el trasfondo del asunto. Para él, tú eres su tío Mark y ella su tía

Susan. Y no le gusta.

Mark chasqueó la lengua, frustrado, y se pasó las manos por la cabeza. Evelyne le contemplaba en silencio, atenta. Ver a Mark así, tan frustrado, le dolió. Parecía que, el hecho de haber elegido a Susan, o mejor dicho, al bebé, hubiera puesto a todo el mundo que quería en su contra. Victoria, el pequeño Sam, incluso su madre y Fiona, que no entendían del todo por qué había decidido aquello. El único que parecía apoyarle incondicionalmente era su hermano Laurent, pero aun así... Sintió su soledad como si fuera la suya propia.

Apretó los labios y se acercó al pequeño Sam.

—Sam —dijo dulcemente—. ¿Estás enfadado con tu tío?

El niño dejó de jugar y la miró por el rabillo del ojo. Sin articular palabra, asintió.

—¿Me cuentas por qué?

Sam volvió a unir bloques, pero más despacio. Laurent, Mark y Victoria contemplaban la escena, intrigados. Después de unos segundos que se hicieron eternos, el niño susurró:

—No me gusta Susan...

Evelyne sonrió. A ella tampoco, pero no podía decirlo delante de él. No era así como había que educar a un niño.

—Pero una cosa es que no te guste Susan y otra que estés enfadado con tu tío.

Sam la miró, con sus grandes ojos marrones.

—No quiero que Susan sea mi tía.

—¿Por qué, cariño? Es la mujer de tu tío.

Y al decir aquello sintió como se le quebraba la voz y vio como a Mark se le tensaban los músculos. A pesar de que doliera, era la realidad. Susan y Mark seguían casados.

—No juega conmigo, yo a ella no le gusto.

Evelyne ladeó la cabeza.

—Claro que le gustas —dijo, defendiendo a Susan muy a su pesar.

—Yo quiero que mi tía seas tú, no ella.

Aquello hizo que se sorprendiera y que abriera los ojos de par en par. Le chocó la sinceridad del pequeño. Levantó la mirada buscando apoyo en los otros, y se sorprendió al ver que Mark estaba quieto, contemplando la escena. Laurent sonreía y Victoria... Victoria iba poniendo caras según hablaban.

—Sam —comenzó ella—. Eso no puede ser...

—¡Pero yo quiero que tú seas mi tía para jugar contigo!

Laurent sonrió y apretó a Victoria contra él.

—La madre que lo parió... —susurró para que su hijo no le oyera, haciendo que Mark sonriera de nuevo.

—Está claro que es hijo tuyo —dijo Victoria en el mismo tono.

Evelyne le acarició la cara.

—No hace falta que sea tu tía para venir a jugar contigo, cariño.

Y cuando dijo eso, el niño abrió mucho los ojos.

—¿De verdad? —preguntó ansioso, acercándose a ella.

Evelyne sonrió.

—Solo si me prometes una cosa.

El niño se acercó aún más a ella y asintió con la cabeza enérgicamente.

—No puedes seguir enfadado con Mark —dijo ella seria—. Es tu tío. Y te quiere con locura. Que Susan no quiera jugar contigo no significa que él no quiera. ¿Lo entiendes?

Sam la miró fijamente, y después de unos segundos que a Evelyne se le hicieron eternos, asintió con la cabeza y sonrió.

Antes de que pudiera decirle algo más, se levantó y corrió hacia Mark, para meterse entre sus piernas y abrazarle.

Al principio a Mark le pilló desprevenido, al igual que a todos, pero después Mark cogió aire y con los ojos empañados, le apretó contra su pecho.

—¿Y ahora le abrazas, renacuajo? —preguntó su padre acariciándole la cabeza—. Mira que eres. Más de un mes sin hablar a tu tío, viene Evy, y te contentas... ¡Eres de lo que no hay!

—El tío y yo nos hemos perdonado —dijo alegre—. Por eso hay que abrazarse, ¿a que sí?

Y rompieron a reír todos, menos Mark, que disfrutaba alegre del contacto con su sobrino. Laurent miró a Evelyne y le agradeció lo que había hecho en silencio.

—¿Me haces unas torres de esas tan guays? —preguntó Sam, separándose de Mark.

—Claro que sí, renacuajo —contestó él, eufórico, sentándose en la alfombra también.

Evelyne se acercó a ellos, y dulcemente le dio un beso al pequeño en la mejilla.

—Me voy a ir ya.

—¿Vendrás a jugar más días? —preguntó Sam, un poco nervioso.

—Claro, te lo he prometido.

Sam sonrió y siguió en su juego. Evelyne se levantó y no pudo evitar mirar a Mark, que la observaba desde abajo.

—Gracias por venir —dijo Laurent—. Pásate cuando quieras.

Evelyne sonrió y se dirigió a la puerta, seguida de Laurent y Victoria. Antes de salir se giró y contempló por última vez a Mark, de espaldas a ella, entretenido con su sobrino.

—Ojalá me mudara de casa más veces para que me regales esos conjuntos tan sexys —dijo Victoria, guiñándole un ojo.

—No seas boba, sabes que te los regalo siempre que quieras.

Laurent y Victoria rieron, y Evelyne tomó el pomo de la puerta.

—Nos vemos pronto —dijo antes de salir.

El aire primaveral le vino de perlas. No esperaba encontrarse con Mark. No en casa de Laurent y Victoria. Pero era normal, eran hermanos. Tendría que acostumbrarse a que Mark fuera el cuñado de Victoria si la historia entre ella y Laurent seguía adelante. ¿Podría con ello? ¿Podría superar el tener que encontrarse de vez en cuando con él?

Siguió caminando, con mil pensamientos en la cabeza. Ver a Mark tan abatido, tan derrotado, le había tocado el corazón. Quizá por eso había decidido intervenir con Sam, e intentar reconciliarlos. Sonrió al darse cuenta de que lo había hecho, había hecho que el pequeño Sam volviera a los brazos de su tío y eso la alegró. Adoraba a ese crío, y no le había gustado verlo así con Mark, tan disgustado. Mark adoraba a su sobrino.

—¡Evelyne! —gritaron a su espalda.

Cuando se giró sabía quién era. ¿Cómo dudar? Solo había una persona en el mundo que le provocaba el escalofrío que sentía al oír su nombre completo.

Mark llegó hasta ella, con las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros y cruzando a gran velocidad la calzada. ¿Se había marchado después de ella?

—Hola —dijo él, visiblemente nervioso.

Evelyne parpadeó y cogió aire. Tenerlo tan cerca la abrumaba. ¿Por qué Mark le tenía que impactar tanto? El verde brillante de sus ojos, los labios tentadores... se le doblaron las rodillas por la impresión de tenerlo tan cerca y dio un paso hacia atrás.

—¿Qué ocurre? —dijo un poco brusca.

—Gracias —soltó él sin dilación, serio, acercándose un poco más a ella—. Por lo de Sam.

Ella se ruborizó por unos instantes y apartó la mirada.

—No hay de qué.

—¿Podemos hablar? —preguntó él, acercándose más a ella.

Evelyne miró hacia los lados, intranquila. ¿A quién estaba buscando?

—Pensé que... —dijo ella, volviendo a mirarlo.

—Necesito hablar contigo —continuó él, ganando confianza.

Evelyne le mantuvo la mirada, dura. ¿Hablar? Ellos no sabían hablar. Las

últimas veces que hablaban acaban discutiendo y ella llorando. Las cosas estaban bastante claras.

—Mark...

—Por favor —insistió él—. Tengo que darte algo.

¿Algo? ¿Qué se supone que significaba aquello? Lo miró extrañada y él se acercó un poco más.

—No pensé que te vería hoy, lo tengo en mi casa —continuó él—. Pensaba dártelo el lunes en tu despacho pero quisiera dártelo ahora. Cuanto antes.

¿Qué narices quería darle? ¿A qué se refería?

—Sube conmigo a mi apartamento —pidió él, serio—. Solo serán unos minutos.

Evelyne frunció el ceño, notando como le temblaba hasta el alma. ¿Estaba proponiéndole que fueran a su piso?

—¿Qué?

—No tardaremos nada.

No podía creerse lo que estaba escuchando. ¿Mark quería que ella subiera a su piso? ¿A qué? Se cruzó de brazos, para evitar que él viera el nerviosismo de sus manos.

—No creo que a Susan le haga gracia que vaya a vuestra casa.

Mark cerró los ojos, dolido, y ella sonrió para sí misma al ver que había dado en el clavo.

—Ella no vive conmigo, Evelyne. Es mi casa, no la suya —dijo serio—. Ya te lo dije.

Evelyne apretó los labios, aguantando el conocido escalofrío que la recorrió de arriba abajo.

—Por favor —suplicó él, sacando las manos de los bolsillos, y moviéndolas. Parecía que la quería tocar, pero no se decidía.

Evelyne retrocedió otro paso, manteniéndole la mirada. ¿Para qué quería que subiera con él a su casa? ¿Qué pretendía? Barajó las opciones que tenía: irse de allí y acabar la conversación aquí, o subir con él y descubrir qué narices quería enseñarle.

Apretó sus dedos contra los brazos, intentando tomar una decisión lo antes posible. Cerró los ojos y respiró hondo. Maldita curiosidad. ¿Qué quería enseñarle? Volvió a abrirlos y miró a Mark, que seguía suplicándole con la mirada que fuera con ella. Vale. Cinco minutos. Estarían juntos cinco minutos. Descubriría qué quería enseñarle y se iría. Nada más. No había nada

de malo en eso. ¿No?

Cogió aire, sin dejar de arquear las cejas y se giró. Sabía perfectamente dónde vivía Mark. Había estado en su casa varias veces y su apartamento estaba a una manzana del de Laurent. Sin esperar a que él le dijera algo, se encaminó hacia allí.

Mark la siguió en silencio hasta que llegaron a la entrada del edificio donde vivía. Como era habitual en él, abrió la puerta y la dejó entrar primero. El trayecto en el ascensor se hizo eterno. Mark chasqueó la lengua al notar como su móvil vibraba en su pantalón y cancelo la llamada. Evelyne no pudo evitar echar un vistazo para ver quién lo llamaba, pero no le dio tiempo a verlo. ¿Sería Susan? Quizá lo estaba controlando, como siempre. Pegó un brinco cuando notó que a ella también la llamaban, y más nerviosa de lo normal, sacó el móvil de su bolso. Puso los ojos en blanco cuando vio que era Victoria y rechazó la llamada. Un mensaje entró a los pocos segundos.

Victoria: ¡Haz el favor de cogerme el teléfono! ¿Estás con Mark?

Maldita sea. ¿Pero cómo lo sabía? Obvió el mensaje y se concentró en aquel momento. Estaba temblando. ¿Por qué tenía que haber accedido a subir con él? ¿Y si era una artimaña? ¿Y si solo quería aprovecharse de ella? Mejor, se oyó decir a sí misma. No le importaba que se aprovechara de ella, pensó, notando como el calor le recorría las venas. Estar en un espacio tan reducido como un ascensor con él la puso nerviosa. La excitó. Lo contempló a través del espejo del ascensor y se le secó la boca.

Mark le gustaba. Y le gustaba mucho. Con ese cabello perfectamente arreglado, esos ojos encantadores y ese porte. Mark era alto, y al lado de ella, mucho más. Normalmente ella llevaba tacones, y aun así, le sacaba una cabeza. Ahora, con zapatos planos, la distancia entre ellos era mucho mayor.

Lo miró de reojo por el espejo del ascensor y no pudo evitar ruborizarse. Estaba escribiendo en su móvil y también parecía tenso. ¿Notaría él la tensión sexual que había entre ellos? Como si le leyera la mente, se movió nervioso y la miró de reojo. Maldita sea. Igual no era tan malo que él se aprovechara de ella. Una vez. Una sola vez y ya está. Quizás así podría olvidarse de una vez por todas de él.

Su teléfono móvil volvió a vibrar y chasqueó la lengua al ver de nuevo una llamada de Victoria. A la vez, el móvil de Mark vibró en sus manos y ella no pudo evitar mirar de quien se trataba. Al estar en zapatos planos, su cabeza quedaba a la altura de los hombros de él y le fue fácil echar un vistazo.

Steve

¿Steve? ¿Quién era Steve? Mark rechazó la llamada y escribió un correo rápidamente. El ascensor se detuvo en el último piso y con un gesto, volvió a indicarle que saliera primero.

Las piernas le temblaron cuando Mark abrió la puerta de su apartamento y entraron en su interior.

Volver a estar en el ático de Mark la angustió. Allí fue donde Mark la llevó y la consoló cuando su padre había pasado la noche en el hospital. Allí fue donde todo había empezado con él. Donde habían decidido darse una oportunidad y donde se besaron durante toda la noche como auténticos adolescentes.

Mark cerró la puerta y ella se quedó inmóvil.

—Siéntate, por favor —indicó Mark, señalando los dos grandes sofás beige enfrentados y custodiados por una chimenea—. ¿Quieres algo? ¿Café, té?

—Un vaso de agua, por favor —dijo ella, con la boca seca.

—Un vaso de agua —repitió él, nervioso.

Se encaminó hacia la cocina abierta, en tonos grises, y chasqueó la lengua al ver que su móvil volvía a vibrar.

—Joder...—dijo, girándose hacia Evelyne—. Discúlpame un momento, tengo que cogerlo.

Evelyne asintió en silencio, mientras Mark se daba la vuelta y preparaba el vaso de agua. Fue en ese momento que se dejó llevar por los recuerdos y contempló el apartamento de Mark.

Era impresionante. El salón tenía unos grandes ventanales frontales por los que se podía contemplar el imponente Empire State. Había un piano de cola en el centro y una gran chimenea custodiada por los sofás y la mesita de cristal central, que se encontraba repleta de papeles. Notó como le faltaba el aire al recordar los momentos vividos con él en ese lugar: los dos viendo una película y besándose en el sofá; desayunando juntos en la cocina, durmiendo en la habitación de invitados porque ella quería picarle...

—Steve, no puedo ir...—decía Mark por teléfono—. ¿No podéis haceros cargo vosotros?... La reunión es mañana a las ocho, que esperen hasta entonces... No...No Steve, escúchame, no podéis depender de mí para todo, necesito que seáis autónomos...

El teléfono de Evelyne volvió a vibrar y dejó de escuchar la conversación. ¿Con quién estaría hablando Mark? ¿Qué ocurría? Volteó los ojos cuando vio que Victoria volvía a llamarla, y esta vez, aprovechando que Mark estaba también hablando por teléfono, lo cogió.

—Vicky...

—¡¡La madre que te parió!! —gritó al otro lado del teléfono—. ¡¿Por qué has tardado tanto en cogérmelo?! ¡No me digas que estás con él!

—Cálmate Vicky, por favor.

—¡¿Qué me calme?! —vociferó furiosa—. ¡¡Dime por tu padre que no estás con él!!

Evelyne cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, contempló a Mark, que seguía hablando por teléfono, ajeno a ella.

—Sí. Estoy con él.

—¡¡Me cago en la puta, Evy!!

—Por favor Victoria —oyó que decía Laurent cerca de ella—. ¿Quieres calmarte? Ya son mayorcitos para saber lo que hacen.

—¡No entiendes nada Lau! —soltó Victoria, hablando con él—. ¿Dónde estás, Evy?

—En su apartamento —confesó Evelyne, sabiendo que aquello acabaría de despertar la ira de su amiga.

—¡Joder, Evy! ¡Joder! —gritó—. ¡Sal de ahí ahora mismo!

—Solo estaré cinco minutos —se justificó ella—. Ha dicho que tenía que enseñarme algo y...

—¡Ya te digo yo lo que te va a enseñar! —bramó ella—. Empieza por “pe” y acaba por “olla”.

Evelyne enmudeció. Joder. ¿Sería verdad? Volvió a mirarlo de reojo, mientras él paseaba alterado por el salón. Maldita sea. ¿Eso era lo que buscaba? ¿Qué se volvieran a acostar? Una chispa se instaló en su vientre, haciendo que le subiera la temperatura de repente. Respiró, intentando calmarse. ¿Y qué si quería eso? ¿Acaso ella no lo quería también?

—Voy para allá ahora mismo —anunció Victoria, haciendo que se tensara—. Se va a enterar.

—¡Vicky! —dijo Evelyne asustada. ¿Vendría?
—Trae —se oyó a Laurent a la otra línea—. Tú no vas a ningún lado.
—¡Lau! ¡Lau! ¡Devuélveme el teléfono! —gritaba Victoria.
—Evy —dijo la voz de Laurent al otro lado—. Estate tranquila, Vicky no va a ningún sitio.
—¡Y una mierda! ¡Suéltame! —se oía a su amiga.
—Solo escúchale —pidió Laurent.
—Laurent...
—Por favor —insistió—. Escúchale. Necesitáis hablar y sinceraros el uno con el otro.
Evelyne apretó los labios y se encogió.
—Cuelgo —anunció Laurent—. Voy a calmar a la fierecilla...¡Ven aquí, cachorra!
—¡Evy! ¡Evy! —se oyó que gritaba Victoria al otro lado del teléfono.
La línea se cortó y ella se quedó mirando el teléfono como una idiota. Joder. ¿Qué estaba pasando allí?
—¿Todo bien? —preguntó Mark a sus espaldas, haciendo que regresara a la realidad.
—Sí —mintió ella.
Mark le indicó que se sentara en el sofá y ella lo hizo. Él se sentó a su lado, pero manteniendo las distancias. Le ofreció el vaso de agua que estaba en la mesa de cristal, llena de papeles.
—Gracias —dijo tomando un sorbo y refrescando su garganta, que estaba seca.
—Siento el desorden.
Evelyne negó con la cabeza y cuando dejó el vaso en la mesa de cristal, varios de los papeles que había encima cayeron al suelo. Rápidamente, los recogió y sin querer, se fijó en su contenido. Mark, a su lado, no se movió. Dejó que leyera lo que contenían esos papeles y eso la desconcertó aún más. Lo que Evelyne tenía entre sus manos la sorprendió. Entre ellos pudo ver los resultados de una analítica de sangre del paciente Mark Evans. En otro, unas indicaciones para conocer la paternidad de un feto, de un bebé nonato. En otro, una prueba de ADN, también de Mark.
—Hay formas de averiguar el parentesco de un bebé, incluso aunque no haya nacido —soltó Mark mirándola fijamente, adelantándose a que le preguntase.

Evelyne le mantuvo la mirada, mirándole de hito en hito. ¿Había averiguado si el bebé era suyo? Apretó los labios y sin dejar de mirarle, formuló la pregunta con el corazón desbocado.

—¿El bebé de Susan es tuyo?

Mark cerró los ojos y hundió la cabeza entre sus manos. Oh, oh.

—Todavía no lo sé —susurró con hilo de voz—. Todas las malditas pruebas pasan por la madre. Y Susan se niega a hacérselas hasta que nazca el bebé.

Menuda zorra, pensó Evelyne. Estaba claro cuales estaban siendo sus intenciones: retrasar lo máximo posible la prueba de paternidad para tener más tiempo de estar con Mark. Si ella estuviera segura de que el padre era Mark, se haría las pruebas ipso facto, pero parecía que, o bien tenía claro que el padre no era Mark, o dudaba de la paternidad de su hijo. Maldita Susan.

Apretó los dientes y volvió a coger el vaso de agua, para estrujarlo entre las manos y calmarse.

—Entonces habrá que esperar para saber el resultado —soltó al fin ella.

—Estoy harto de esperar, Evelyne —bufó él, sin levantar la cabeza—. Estoy harto de esta situación. No puedo divorciarme de ella porque ahora hay un bebé en medio, y para divorciarse hay que concretar la custodia, las visitas... Por eso necesito saber que ese hijo es mío, para cerrarlo de una puta vez. Y también está el tema médico. ¡El puto tema médico! La madre no puede estar sometida a ningún estrés porque eso podría afectar al bebé.

El dolor con el que Mark le contaba aquello le caló, y sintió como le faltaba el aire. Le dolía ver así a Mark. Le dolía ver el sufrimiento que estaba viviendo, el estrés y la ansiedad con la que hablaba. Y quiso consolarle. Quiso acercarse a él y abrazarlo para reconfortarlo. Pero se contuvo y agarró con fuerza el vaso que sujetaba en las manos. ¿En qué narices estaba pensando?

—Si el hijo fuera tuyo no tendría problema en demostrártelo —soltó, sin mirarle.

—Ya —escupió Mark, mirándola—. Ella lo niega, pero tiene dudas. Seguía acostándose con él. Durante todo este tiempo siguió acostándose con él.

Y tú también, pensó ella apartando la mirada y centrándose en el vaso de agua.

—Y yo dudo —continuó Mark—. Dudo porque las malditas fechas coinciden. Se quedó embarazada en la semana que yo me acosté con ella por

última vez.

—Eso ya me lo has dicho —soltó Evelyne dolida. Escuchar aquellas palabras la desgarraban por dentro y sintió que los ojos se le empañaban. Joder. ¿Por qué le dolía recordar el pasado amoroso de Mark? ¿Por qué le dolía que Mark hablara de sus encuentros sexuales con Susan? ¡Estaban casados!

—Lo sé —gruñó él—. Te lo he dicho mil veces y te lo volveré a decir las veces que haga falta. La última vez que me acosté con ella fue días antes de conocerte a ti en el bar. Y estaba borracho. Demasiado. Ella seguía viéndose con él y discutimos de nuevo. Y las copas se me fueron de las manos. Joder. Y cuando volví a casa tenía más alcohol que sangre en las venas. Y se me fue la puta cabeza. Quería vengarme y me la follé. Sin besos, sin caricias. Solo sexo. Joder...Estaba tan borracho que olvidé el maldito preservativo. Pero a pesar de que solo fuera una vez, la probabilidad de que ese bebé sea mío existe...

Escuchar a Mark relatar aquella última noche de sexo con Susan le revolvió el estómago y sintió como las arcadas subían hasta su garganta. Todo su cuerpo estaba en tensión y no era capaz de mirarlo. No quería mirarlo a la cara. No podía. El simple hecho de imaginarse a Mark con Susan en la cama la destrozaba por dentro. Maldita sea, ¿qué coño le pasaba? Frustrada, bebió el último trago de agua y dejó el vaso encima de la mesa de cristal con un gesto más brusco de lo normal.

—¿Era esto lo que querías contarme? —dijo reteniendo las lágrimas, sin mirarle—. ¿Cómo te follaste a Susan aquella noche?

—No, escúchame...

—Estoy harta de esto, Mark —dijo, cerrando los ojos para evitar llorar—. Estoy cansada de todo. De que siempre me repitas el mismo cuento.

—Evelyne...

—No. —dijo, levantándose y haciendo caso omiso a la flacidez de sus piernas—. Me voy.

Y cuando se giró hacia la puerta, Mark la retuvo por el brazo.

—Espera.

—No —gritó ella con el corazón desbocado, sintiendo como la mano de Mark le quemaba en el brazo, al igual que sus palabras.

—Quiero enseñarte algo.

Se mantuvieron la mirada unos segundos que se hicieron eternos. Mark

estaba seguro, frío y convencido de sí mismo. No dudaba. No temblaba como ella. A su lado, Evelyne se sintió pequeña, débil... Joder, aquel hombre la descuadraba por completo, y estar tan cerca de él solo le provocaba ganas de besarle, acurrucarse en su pecho y dejarse llevar. Pero antes de que pudiera replicar, Mark aflojó la presión que ejercía en su brazo y lo soltó. Se acercó seguro a la mesa de cristal y cogió un papel. Mierda. ¿Por qué narices habría deseado que la besara y que le hiciera el amor en vez de acercarse a por un puto papel? Basta Evelyne, basta, se reprimió a sí misma. Mark se acercó de nuevo a ella, esta vez más cerca que antes.

—Ten.

Mark le ofrecía una hoja de papel. Evelyne dudó un momento, pero lo cogió. Cuanto antes acabara con esto, antes se iría a su casa. El papel temblaba en sus manos, sin poder contener la inquietud.

—¿Qué es? —preguntó, frustrada.

—Me pediste que te demostrara que no me acosté con Susan mientras estaba contigo, pero no puedo hacerlo —dijo él, serio—. Lo único que puedo demostrarte es que estoy limpio, Evelyne.

Mierda. ¿Se había hecho una prueba para ver las enfermedades de transmisión sexual? No podía creérselo. No podía. Recordó que en una de sus últimas discusiones ella le echó en cara que se hubieran acostado sin preservativo y que le podía haber pegado algo, pero cuando le pidió que se lo demostrara, no lo decía en serio. Lo dijo porque estaba dolida y quería descargar su rabia contra él. Porque en el fondo una parte de ella confiaba en Mark. Confiaba en sus palabras y en que dijera la verdad. Y que mientras estuvo con ella había seguido acostándose con Susan. Maldita sea. Las lágrimas se acumularon en sus ojos y la congoja en su corazón.

—¡No necesito una maldita prueba para saber que no te has acostado con ella! —confesó mientras le apretaba el papel contra su pecho, abriéndose a él por primera vez.

Mark abrió mucho los ojos, y una luz los atravesó, haciendo que Evelyne se arrepintiera enseguida de lo que acababa de revelar. La coraza que se había forjado ella misma se estaba abriendo, se estaba desgarrando ante la insistencia y la sinceridad de Mark porque lo creyera.

—¿Me crees? —preguntó serio, acercándose a ella.

—¡Joder, te creo! —confesó ella, con las lágrimas a punto de desbordar por sus ojos—. ¡Te creo pero no es tan fácil!

—Evelyne —dijo Mark agarrando su mano con fuerza, para que siguiera pegada a su pecho.

Y el contacto la terminó de romper. Sentirle así, tan fuerte y seguro, apretando su mano contra su pecho, la destrozó. Lo extrañaba, lo echaba de menos... Joder. ¿Por qué todo se había torcido? ¿Por qué todo se había acabado cuando parecía haber encontrado a un hombre con el poder ser ella misma?

—Estaba rota Mark —confesó ella, con la voz queda—. Cuando me conociste estaba rota, te lo dije. ¡Te lo dije, maldita sea! Y me abrí a ti. Confié en ti. Me dijiste que confiara en ti y lo hice. Y antes de que me recompusiera destrozaste mi corazón, lo pisoteaste, dejándolo hecho pedazos.

—Evelyne... —dijo compungido, respirando con dificultad.

—Necesito volver a recuperar mi vida —dijo Evelyne notando como un nudo en el pecho oprimía su respiración—. Necesito cerrar las heridas que sangran dentro de mí... Necesito curarme de una maldita vez...

—Evelyne...—suplicó Mark acercándose más a ella.

—No —dijo ella, intentando soltarse del agarre de Mark, pero él apretó su mano aún más contra su pecho.

—Podemos arreglarlo —dijo serio, atrayéndola más hacia él, y haciendo que sus respiraciones se entrelazaran.

Evelyne lo miró, y aguantando las lágrimas, se encaró a él.

—¿Por qué insistes? —preguntó, intentando sonar lo más dura posible—. ¿Por qué insistes en retomar lo nuestro?

Un brillo especial apareció en los ojos de Mark y Evelyne contuvo la respiración, manteniéndole la mirada, desafiándolo abiertamente.

—Porque no estoy ciego, Evelyne —dijo, cogiendo aire—. Porque sé que tienes sentimientos por mí. Porque he visto como me buscas con la mirada al igual que yo te busco a ti en cada sitio en el que coincidimos. Porque siento como te ruborizas cuando me acerco, siento como tu piel arde cada vez que te toco, que te acaricio. Porque no sería justo dejar morir lo que hay entre nosotros cuando es tan diferente a todo lo demás.

No era capaz de articular palabra. Se quedó así, inmóvil, sosteniendo la mirada de Mark y asimilando sus palabras. Y se dio cuenta de que todas y cada una de las frases que Mark había soltado por su boca eran verdad. Era demasiado intenso. Era demasiado profundo. Maldita sea. Las lágrimas que trataba de controlar se agolparon en sus párpados, y supo que desbordarían de

un momento a otro. El nudo en el pecho creció, oprimiéndole la respiración. Y supo que tenía que salir de ahí antes de que se derrumbara de nuevo ante él.

—Evelyne.

Y aprovechando que él bajó la guardia, se soltó de su agarre y se dirigió a la puerta. No podía más. No era capaz de asimilar lo que estaba pasando, lo que estaba viviendo con él.

Sorteó el sofá lo más rápido que pudo y cuando llegó hasta la puerta, la abrió aferrando con fuerza el pomo.

—Para —soltó Mark, a sus espaldas, cerrando la puerta de golpe y girándola hacia él, rápidamente. Tenía los brazos a ambos lados de su cabeza y el cuerpo de Evelyne quedó atrapado entre Mark y la puerta. Se le congeló la sangre al sentirle tan cerca y verle tan serio, con aquella mirada tan penetrante custodiada por su ceño fruncido, y se sintió sobrecogida.

—Dime que es mentira —dijo Mark entre dientes—. Dime que lo que he dicho no es verdad, que no sientes nada por mí, que todo son imaginaciones en mi cabeza. Y te juro que te dejaré en paz, Evelyne.

El pecho le subía y bajaba apresuradamente, intentando llevar oxígeno a sus pulmones. ¿Era un ultimátum? Los ojos de Mark brillaban intensamente, ansiando una respuesta a su pregunta formulada indirectamente. Solo tenía que decirle que la dejara en paz, que todo lo que había dicho era mentira, que no sentía nada por él. Y todo se acabaría. Solo se encontrarían en el trabajo y cada uno seguiría con su vida después de esto. Ni más, ni menos. ¿Entonces por qué no podía? ¿Por qué no era capaz de decirle que no sentía nada por él?

Las lágrimas salieron de sus ojos y no pudo articular palabra. O no quiso. No quería que se alejara de ella, no quería que cada uno tomara caminos diferentes. Pero no podía. No estaba preparada para admitirlo. Tenía miedo. Miedo de que todo fuera mentira otra vez, de que la volvieran a utilizar. Sentía por Mark, por supuesto que sentía. Más de lo que ella estaba dispuesta a admitir. Pero necesitaba tiempo, necesitaba tiempo para aceptar esos sentimientos que él sabía que tenía.

—Evelyne... —dijo él, relajando el gesto y apartando los brazos de la puerta.

Ella cerró los ojos y sacando fuerzas de donde no podía, se giró y abrió la puerta. Necesitaba irse de allí, necesitaba aire y asimilar aquello que estaba descubriendo poco a poco.

Cuando salió hacia el pasillo y se metió en el ascensor, el eco de sus palpitaciones no la dejó oír cómo Mark la llamaba desde la puerta de su ático.

Volvió a mirar el móvil por enésima vez, y cuando vio que no había ninguna notificación en la pantalla chasqueó la lengua, molesta. Ni un mensaje, ni una llamada. Nada. Hacía dos días que había visto a Mark y no se había puesto en contacto con ella. Y le molestó. Demasiado.

“Dime que es mentira. Dime que lo que he dicho no es verdad, que no sientes nada por mí, que todo son imaginaciones en mi cabeza. Y te juro que te dejaré en paz, Evelyne”. Sus palabras se repetían en su cabeza una y otra vez, como un martillo pilón. ¿Acaso estaba esperando a que le diera una respuesta? Maldita sea, no podía dársela. O más bien, no quería dársela. Tenía dos opciones: o decirle que no tenía razón, que no sentía nada por él y que quería que la dejara en paz, o... ¿O qué?

¿Por qué no podía apartar esos pensamientos de su cabeza? Aquella mañana se encontraba en su despacho, manteniendo la reunión semanal con Neil y con Victoria para tratar todos los temas que llevaban, pero no estaba escuchando. Cada dos por tres comprobaba su móvil, buscando una llamada, un mensaje. Algo. Pero nada. Y la frustración y desesperación se apoderaban de ella. ¿Por qué se sentía así? ¿Por qué le dolía tanto que Mark no se pusiera en contacto con ella después de lo que había pasado entre los dos? Quizás estaba esperando a que ella le diera una respuesta. *Dime si es mentira, dime si todo esto es imaginación mía y que en realidad no sientes nada por mí, y te juro que no volveré a molestarte más.*

Suspiró y se centró en la pantalla de su ordenador, sin ver realmente su contenido. Ella se había ido de su apartamento sin responderle. ¿Realmente quería que la dejara en paz? Todo hubiera sido muy fácil si le hubiera dicho que sí, que no quería volver a saber de él y todo se hubiera acabado. Pero no podía. No era capaz de hacerlo, porque en el fondo quería saber de él, quería estar con él, a todas horas, en todo momento...

—¿Evy?

Ella parpadeó sobresaltada y se encontró con Victoria, que la miraba fijamente, con cara de pocos amigos. A su lado, Neil la escudriñaba divertido.

—Perdón —dijo ella—. Me he distraído.

—Ya —soltó Victoria, sonando demasiado brusca.

Evelyne apartó la vista avergonzada y tomó los papeles de encima de su escritorio, comenzando a leerlos lo más rápido posible para volver a la reunión. Neil la miraba divertido, desde el otro lado de la mesa, y apoyó su espalda contra el respaldo de la butaca de cuero. A su lado Victoria cruzaba los brazos.

—Repasábamos el planning de esta semana —dijo Victoria—. Creo que a Neil y a mí nos ha quedado claro lo que tenemos que tratar en prioridad.

—Perfecto —dijo ella, carraspeando—. Buen trabajo.

—¿Todo bien? —preguntó Neil, levantando una ceja.

—Sí, sí —dijo ella, nerviosa—. Se me ha ido el santo al cielo, perdonadme.

—Ya —volvió a repetir Victoria, juntando más las cejas.

Evelyne parpadeó, notando como el calor subía hasta sus mejillas y comenzó a ordenar rápidamente los papeles esparcidos por la mesa. Victoria la conocía perfectamente y no le costó descubrir que sabía claramente a quién iban dedicados sus pensamientos. Incómoda, carraspeó y dio por finalizada la reunión.

—Podéis iros ya —sugirió ella—. Gracias chicos.

Neil se levantó de la silla, pero Victoria siguió escudriñándola con la mirada. Evelyne la miró de reojo, y apartó la vista rápidamente. Victoria se había puesto hecha una furia al escuchar el relato del episodio vivido con Mark. Por eso, a pesar de insistir una y otra vez para que su amiga enviara a Mark a freír espárragos, Evelyne evitaba hablar con ella del tema.

—Ya sé lo que te pasa —soltó Victoria, haciendo que Neil se detuviera en su camino por salir del despacho de Evelyne.

—Vicky —dijo Evelyne tensándose. ¿Iba a sacar el tema de Mark delante de Neil?

—Tú lo que necesitas es distraerte —continuó ella, esbozando una sonrisa pícaro—. Estás demasiado estresada y consumida por el curro y...otras movidas.

Evelyne parpadeó, sorprendida. Bueno, en realidad era más por las movidas que por el trabajo, pensó.

—¿Por qué no salimos a tomar una copa esta tarde?

Neil sonrió y se acercó más a ellas, con un brillo especial reflejándose en sus ojos azules. Evelyne retrocedió en su asiento.

—No tengo tiempo para...

—¡Oh, vamos! —la interrumpió su amiga—. Hace mucho que no salimos a tomar una copa, a despejarnos y a contar tonterías. ¡No seas aburrida!

—Vicky.

—Salgamos los tres —insistió Victoria—. Una copa y para casa, que mañana trabajamos.

—A mí me parece bien —soltó Neil, sonriendo abiertamente mientras se le marcaban los hoyuelos de sus mejillas.

Evelyne apretó los labios. ¿Cómo no le iba a parecer bien a Neil si llevaba semanas intentando que salieran a tomar una copa?

Se cruzó de brazos y se recostó en su asiento, meditando la oferta. Se estaba volviendo loca con Mark. No dejaba de pensar en él, en todos sus encuentros. Su cabeza revivía una y otra vez todas y cada una de las frases que le dijo, y se estaba obsesionando con él. Lo sabía. Y no le hacía bien. Tenía que centrarse en su trabajo, ahora tenía un puesto de más responsabilidad y no podía perder esta oportunidad de crecer a nivel profesional dentro de Advertising. Y mucho menos por estar pensando en un hombre...

Respiró profundamente y, soltando el aire poco a poco, tomó una decisión.

—Una copa.

Victoria sonrió abiertamente y se levantó. Los ojos de Neil echaban chispas, aunque intentaba ocultar su emoción, su alegría lo delataba.

—Entonces nos vemos luego, sobre las ocho en el Kilarney Rose.

—Vale —dijo Evelyne poniendo los ojos en blanco.

—¡Más te vale no faltar! —inquirió su amiga, mientras le apuntaba con un dedo y avanzaba marcha atrás hacia la puerta.

—Que sí.

Apartó la vista y se centró en su bandeja de correos, mientras Victoria y Neil se marchaban con una sonrisa de oreja a oreja. Victoria porque había convencido a Evelyne de que salieran y así poder distraerse por un momento de Mark, y Neil porque por fin, había conseguido quedar con ellas fuera del trabajo.

El calor de principios de Junio se empezaba a notar, y para celebrar el buen tiempo, Evelyne había recuperado de su armario un conjunto de falda azul marino y una blusa blanca de seda de tirantes finos. Para aguantar el fresco de la noche, la combinó con una chaqueta fina negra, a juego con sus stilletos.

Pasaban cinco minutos de las ocho cuando cruzó la puerta del Kilarney Rose. Era un bar al que alguna vez habían ido Victoria y ella después del trabajo, y que no estaba nada mal para tomar una par de copas. Se encontraba justo detrás del distrito financiero, muy cerca de Wall Street y generalmente, por las tardes, lo iluminaban con pequeñas luces colgadas del techo que le daban un toque íntimo y placentero.

Cuando entró, no le costó encontrar a Neil, apoyado sobre la barra más apartada de la puerta, con una copa en la mano. Y solo. No había rastro de Victoria y supuso que, como de costumbre, su amiga llegaría tarde. Se aproximó a él, y sentándose a su lado, le saludó.

—Hola jefa —dijo Neil, levantándose y plantándole un beso en la mejilla, haciendo que ella se ruborizara—. Ya pensé que me habíais dejado tirado.

—No somos tan malas —se justificó ella, carraspeando, y fijándose en su acompañante. Neil estaba impresionante. Volvía a llevar sus típicas camisas arremangadas hasta los codos, pero esta vez había elegido una negra que se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Para más inri, llevaba el primer botón desabrochado, dejando al descubierto una pequeña parte de su pecho que hizo que a Evelyne se le secase la boca.

—¿Qué te pido? —preguntó Neil, sacándola de sus pensamientos.

—Un Puerto de Indias con Sprite —dijo ella, acomodándose en el taburete.

El camarero se acercó a Neil y después de escuchar su pedido, salió hacia el interior de la barra para preparar el combinado.

—Seguro que Vicky no tarda mucho —apuntó Evelyne, mirando su reloj.

Neil sonrió y bebió un trago largo de su copa, inquietándola.

—Victoria no va a venir —dijo sin mirarla, con una sonrisa en los labios, que seguían demasiado cerca del cristal.

Evelyne parpadeó, echando su cuerpo ligeramente hacia atrás. Claro que vendría, después de lo que había insistido, no iba a faltar, pensó. ¿O sí?

—Siempre llega tarde —justificó ella, sin saber del todo si era para justificar a Victoria delante de Neil o de ella misma.

Neil la miró divertido, clavando sus ojos en ella y acercando su cuerpo más hacia ella.

—No va a venir —volvió a repetir, divertido—. Me ha escrito diciendo que le ha surgido algo y que no iba a poder venir.

Evelyne frunció el ceño. ¿Cómo? No, seguro que Neil se había equivocado. Abrió su bolso y sacó el teléfono para comprobarlo justo en el momento en el que el camarero depositó la copa frente a ella y Neil le entregaba un billete.

Tenía un mensaje de WhatsApp y cuando vio de quien era chasqueó la lengua. Maldita sea.

Victoria: Hola fea, no voy a ir al bar. Podría ponerte de excusa que me ha surgido algo (como le he dicho a Neil) pero me conoces bastante bien, fea... ¡Sí! ¡Ha sido una encerrona! Pero te quiero y lo hago por tu bien... No te enfades conmigo =) Distráete, disfruta, ríete y sobretodo, olvídate de él y dale una oportunidad al rubio... ¡Seguro que no te arrepientes!

Evelyne apretó los labios. Menuda encerrona. Maldita Victoria. Había aprovechado su despiste de por la mañana, sus bajas defensas después de lo que había pasado con Mark, para arreglar una cita con Neil. Porque sí, porque era una cita. En toda regla.

Estaba a punto de escribir un mensaje de reproche cuando un nuevo mensaje entró:

Victoria: por cierto, espero que te hayas puesto la lencería de guarrilla y que mañana vengas al curro con unas agujetas de espanto y caminando con las piernas separadas xD.
Te quiero.

No podía creerse la encerrona que le había preparado su amiga. Estaba roja como un tomate, contemplando como una idiota el teléfono móvil. Maldita sea. Tecleó rápidamente la respuesta y la envió con más fuerza de lo normal, como pensando que por apretar más fuerte el teléfono le estaría dando a ella con el dedo.

Evelyne: Te voy a matar. Te odio. Te odio. Te odio. Te odio!!!

Satisfecha por haberse desahogado con el mensaje, guardó el teléfono en su bolso y bebió un largo trago de su copa, apurando casi una tercera parte de la misma. Cuando giró la cabeza, descubrió a Neil mirándola, divertido, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tan mala compañía soy? —preguntó, entrando a saco.

—No es eso —dijo ella, un poco nerviosa.

—Te prometo que no te voy a morder —dijo él, acercándose la copa a la boca—. A menos que me lo pidas, claro.

Evelyne levantó una ceja, sorprendida ante el comentario de Neil.

—No te cansas, ¿eh? —dijo Evelyne, relajándose un poco.

—Con lo que me gusta no, no me canso —soltó, guiñándole un ojo.

Evelyne sonrió levemente y volvió a llevarse la copa a la boca. El combinado estaba muy rico y le estaba sabiendo a gloria. ¿Cuánto hacía que no se tomaba una copa tranquilamente en un bar? Pensó. Semanas, incluso más de un mes. Antes de que Mark apareciera en su vida, casi todas las semanas hacía una visita obligada a su bar favorito, el Temple, para tomarse algo y tontear con los chicos. Pero ahora ya no. Incluso la resultaba un poco incómodo pensar en volver a aquella rutina. Suspiró.

—Vale —dijo Neil, sacándola de sus pensamientos y acercando su taburete hacia ella—. Vamos a hablar claro.

—¿Claro?

—Sí —dijo sonriendo, haciendo que se le marcaran los hoyuelos de sus mejillas—. Ahora no estamos trabajando, somos dos personas que se conocen, que están en un bar tomando una copa...

—Somos compañeros de trabajo —matizó ella, levantando una ceja—. Concretamente soy tu jefa.

—¿Y es eso lo que te tira para atrás?

Ella lo miró sin comprender.

—¿Tirarme para atrás?

Neil apoyó su barbilla sobre la mano, haciéndose el interesante.

—Vamos Evy, salta a la vista —murmuró en un tono demasiado íntimo—. Nos gustamos, nos atraemos. Hay mucha química entre nosotros.

Un calor recorrió su cuerpo al sentir su mirada y su voz. Neil era sexy. Muy sexy. Con esa melena rubia que caía de vez en cuando sobre su frente y esos hoyuelos que le salían en las mejillas cuando sonreía. Vale. Le gustaba. Y ella a él también, lo dejaba claro siempre que podía. Maldita sea, pensó. Neil

era tan apetecible que en cualquier otra situación habría mandado a la mierda sus dudas, le habría agarrado del cuello y le habría besado. Como hacía en sus mejores tiempos en el Temple.

Neil, al ver por primera vez la duda en ella, se acercó aún más.

—¿Qué es lo que te frena? —preguntó él, con voz ronca.

—Neil... —dijo ella, sin saber qué responder concretamente.

—¿Estas con alguien?

Evelyne apretó los labios y apartó la mirada, para volver a llevarse la copa a la boca y beber un trago. No. No estaba con nadie. No estaba con Mark. Se entristeció al pensar en él y volvió a mirar a Neil.

—No.

—¿Entonces?

Le mantuvo la mirada unos segundos y se sinceró con él.

—Soy tu jefa. No creo que sea bueno mezclar el trabajo con...

—¿Sexo?

Aquella aclaración tan tajante la hizo reaccionar. Neil tenía razón, aquello solo sería sexo. Pero los recuerdos de su última experiencia al mezclar el trabajo con el placer, le revolviéron el estómago. No quería volver a verse involucrada en algo como lo que vivió con Mark. Decidió sincerarse con él.

—No está bien mezclar las cosas Neil.

—Esta vez será diferente.

—¿Esta vez? —preguntó Evelyne, entornando los ojos.

Neil sonrió y bebió de su copa. Se acercó más aprovechando que la música estaba un poco alta para susurrarle con un tono de voz demasiado interesante.

—Sé lo que pasó —confesó él—. Sé que tuviste un lío con un hombre casado y que trabaja para M&S.

Evelyne parpadeó y se apartó de él. ¿Cómo lo sabía? Frunció los labios y bebió de su copa.

—¿Te lo ha contado Victoria? —quiso saber, molesta por pensar que Victoria había ido aireando sus trapos sucios.

—No —dijo él, divertido—. Pero ya sabes cómo es la gente, enseguida te enteras de todo.

—Ya —dijo ella, un poco incómoda.

Neil volvió a acercarse más, sabiendo que le estaba intrigando que él conociera aquella información.

—Las recepcionistas son muy dadas a contar todo tipo de chismes en

cuanto las invitas a un café —confesó, haciendo que Evelyne se relajara un poco.

—Mmm... Ya —dijo ella, volviendo a beber de su copa. Cuando se quiso dar cuenta ya llevaba más de media copa vacía y notó un ligero mareo en su cabeza.

—Esto será diferente —continuó él, sonando demasiado convencido—. Yo no estoy casado. Ni atado a ninguna relación. Además, ¿por qué tenemos que darle tantas vueltas si nos gustamos?

—Neil...

—Nos atraemos, Evy, eso no me lo puedes negar.

Evelyne se sonrojó ante la afirmación tan directa de Neil. Tenía razón. Se gustaban, se atraían. Eso saltaba a la vista. Desde el primer momento que se vieron, en su nuevo despacho, habían sentido una conexión...diferente. Quizá no tan especial como lo que sintió cuando conoció a Mark, pero más fuerte que lo que había sentido con otros hombres con los que había compartido una noche de sexo salvaje y apasionado.

Apartó la vista y volvió a beber de su copa. Si se gustaban, ¿por qué tenían que retrasar lo inevitable? ¿Estaba preparada para tener una relación con otro hombre que no fuera Mark? Mark la había marcado, muy dentro, y había llegado el momento de olvidarse de él. Y la única manera era buscar consuelo en los brazos de otro hombre.

—No te lo voy a negar —confesó al fin, sin mirarle.

Neil sonrió y divertido, colocó una mano sobre el muslo de Evelyne. Al principio el roce la incomodó, pero había tomado una decisión y permitió que Neil traspasara los límites de lo físico.

—No sabes cuánto me alegra oír eso —susurró, acercándose más ella y buscando su boca.

Instintivamente, Evelyne se apartó, colocando una mano en su pecho.

—No vayas tan rápido, don juan —dijo, sonando juguetona—. Quizás deberías contarme algo más sobre ti, apenas te conozco.

Neil rompió en carcajadas y se apuró la copa. Antes de que pudiera impedirselo, Neil llamó al camarero levantando la mano y le pidió que les sirviera otras dos.

—¿Qué no me conoces? —repitió él, divertido, volviendo a colocar la mano en su muslo—. Eres mi jefa, algo sí me conocerás, ¿no crees?

—Pero no lo suficiente —dijo ella, terminándose su copa.

—¿Lo suficiente para qué?

No pudo evitar sonreír ante aquella afirmación. ¿Lo suficiente para acostarme contigo? Pensó para sí, pero... ¿realmente necesitaba conocer a los hombres antes de acostarse con ellos? ¿Desde cuándo? La Evelyne del pasado iba directa al grano en cuanto al tema del sexo, pero ahora... después de lo que había vivido con... ¡No! Se reprendió a sí misma. Había venido a olvidarse de él. No tenía tiempo para recordarlo. El camarero volvió con dos nuevas bebidas y las colocó enfrente de ellos.

—Cuéntame cosas sobre ti —dijo ella.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó divertido, mientras acortaba la distancia entre ellos.

—No sé —Evelyne levantó una ceja—. ¿Dónde estuviste trabajando antes de entrar en Advertising?

Neil sonrió.

—Antes de entrar en esta empresa estuve un par de meses viajando. Me lo tomé sabático y estuve recorriendo el mundo con la nueva moto que me compré, la que conoces, claro.

Evelyne parpadeó.

—¿En serio?

—Claro, adoro viajar. Y necesitaba hacer algo diferente para salir de la rutina de la gran manzana.

Ella asintió y le pareció ver un atisbo de tristeza en sus ojos. Se lanzó a preguntar.

—¿Huías?

—¿De qué? —preguntó él levantando una ceja, sin dejar de sonreír.

—No sé —se encogió de hombros—. ¿Te rompieron el corazón?

Neil volvió a reír con ganas y Evelyne se ruborizó. El alcohol se le estaba subiendo a la cabeza y comenzaba a hablar más de la cuenta.

—Jefa...nunca me han roto el corazón —susurró, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja y acariciándole suavemente la mejilla—. Más bien, los rompo yo.

Evelyne levantó una ceja y no pudo reprimir una carcajada.

—Menudo casanovas estás hecho.

—No lo sabes tú bien.

—No debería haberme tomado la segunda copa —confesó Evelyne mientras el taxi recorría el Times Square, iluminando la noche gracias a todos los letreros que desteallaban en el famoso cruce de calles.

—Eres una floja —rio Neil, divertido—. ¡Solo has tomado dos copas!

—No estoy acostumbrada.

—Te digo yo...

El taxi paró en la 49th, cerca del Hotel Hilton Inn, donde Neil tenía su apartamento.

—¿Subes? —pidió Neil, acercándose a ella.

—No —dijo Evelyne—. Me bajo contigo y voy andando. Estoy cerca de mi casa y el aire me vendrá bien.

Abrió la puerta y Neil pagó al taxista, bajándose rápidamente después de ella.

—Entonces te acompaño a casa.

—No hace falta —dijo Evelyne, caminando por la calle.

Neil se acercó más a ella y le rodeó la cintura con el brazo, caminando junto a ella. Evelyne se dejó abrazar. Durante toda la noche Neil había intentado besarla en más de dos ocasiones, pero ella siempre le acababa esquivando. Necesitaba un poco más de tiempo para lanzarse con él. Aunque Neil le gustase, le costaba centrarse en él, y las copas no ayudaban a desinhibirse. Joder. No le gustaba sentirse así. No le gustaba estar tan cerrada con un hombre que le gustaba. Habían estado buena parte de la noche riendo, compartiendo historias y conociéndose un poco más. Evelyne omitió el tema de Mark y pareció que Neil lo asumió. Por su parte, Neil comentó que nunca había tenido una relación seria. Se definió a sí mismo como un alma libre que hacía lo que le venía en gana y no se comprometía con ninguna mujer. Vamos, exactamente el tipo de hombre que Evelyne buscaba antes de...

—¿Me vas a dejar subir a tu casa? —preguntó Neil, apretándola más contra él.

—No —sentenció divertida, mientras ponía los ojos en blanco.

—Entonces igual deberíamos ir a la mía —dijo girando y arrastrándola a ella hacia el lado contrario de la calle.

—¡No! —sentenció Evelyne riendo y haciendo fuerza para tomar la buena dirección.

Neil rio con ella y volvieron a retomar el camino hacia casa de Evelyne.

—Mira que te haces la dura...

—No me hago la dura —se justificó ella—. No suelo subir hombres a casa.

Él la apretó contra su cuerpo mientras giraban una esquina, entrando en la

—¿Y a él?

No pudo evitar cerrar los ojos al saber a quién se refería y notó como la cabeza le daba vueltas. Mark había estado en su casa, sí, y varias veces. Recordaba todas y cada una de ellas como si hubiera sido ayer... Maldita sea. Volvió a abrir los ojos y movió la cabeza para apartarle de su mente.

—Tampoco —mintió.

Neil sonrió y cuando llegaron al portal de Evelyne, no apartó la mano de su cintura.

—Bueno... —comenzó Evelyne, girándose y quitando el contacto con él—. Gracias por acompañarme.

Neil la miró fijamente, con expresión seria, y se acercó a ella.

—Evelyne... —colocó las manos en su cintura y acertó aún más la distancia que los separaba.

Instintivamente, retrocedió y se chocó contra la puerta de cristal del portal, apoyando la espalda en ella y notando el frío del vidrio recorriendo su columna. Neil se había puesto demasiado serio y aquellos ojos azules la miraban de hito en hito, poniéndola más nerviosa de lo normal.

—Puedo hacer que te olvides de él —afirmó, acertando más la distancia y pegando su nariz a la de ella.

Evelyne se quedó sin respiración. Neil era muy atractivo, y sentirle tan cerca la excitaba. La ponía nerviosa y sintió como todo el vello de su cuerpo se erizaba. Neil estaba demasiado cerca, aspirando su aliento y cambiando su atención de los ojos a sus labios. Se apretó contra ella, atrapándola entre su cuerpo y la puerta, y después de unos segundos tan tensos, sonrió, muy cerca de su boca.

—Si no me besas tú, lo haré yo —susurró, demasiado sensual.

Evelyne sonrió y miró su boca, apetecible para ella. Quería hacerlo y olvidarse de todo.

—Eres un creído...

—Pero te gusto —dijo él—. Más de lo que quieres admitir.

Y sin esperar a que ella le rebatiera, Neil se apoderó de su boca sin darle oportunidad de pensar, de retroceder o de apartarse de él. Neil era muy pasional, muy salvaje. Saboreando sus labios durante unos pocos segundos, abrió la boca rápidamente para meter su lengua dentro de ella, mientras la apretaba contra él, haciendo que ella notase su incipiente erección contra su vientre.

—Neil...

Pero él no dejaba de besarla, entrando y saliendo de su boca con su húmeda lengua, que pedía más. Evelyne se dejó besar. Le gustaba. Le gustaba como Neil la besaba, con esa pasión, esas ganas y esas prisas. Era justo lo que necesitaba en ese momento. Se aferró a su espalda mientras él deslizaba sus manos hasta su culo y lo apretaba con fuerza.

—Subamos a tu piso... —suplicó Neil con afán.

—No...

Pero Neil sonreía divertido, y sin dejar de besarla, consiguió abrir la puerta del portal y meterse dentro. La oscuridad les acompañaba y eso pareció dar más confianza a Neil, que la empujó contra la pared, sin dejar de manosearla. Aprovechando la poca luz, metió su mano por debajo de la falda de Evelyne, llegando hasta la cinturilla de su ropa interior.

—Neil...

Dejó de besarla y se concentró en su cuello, mordiéndolo y provocando que ella gimiera de placer.

—Si no subimos a tu casa te lo haré aquí mismo...

Y su provocación la excitó y la asustó a la vez. Estaba pegada a la pared, con las manos de Neil subiendo y bajando por su cuerpo, metiéndose debajo de su falda levantada casi hasta la cintura, por debajo de su blusa y apretando sus pechos.

Era rápido, salvaje y morboso. Y agradeció la poca luz que entraba por el portal para que no les vieran los pocos transeúntes que pasaban por la calle a esas horas. Si quería acabar eso que habían empezado, era tan fácil como subir los dos a su apartamento y terminar follando como animales y desfogándose como dios mandaba.

¿Entonces por qué no era capaz de hacerlo? Dependía de ella el que subieran a su casa. Neil estaba más que convencido. ¿Por qué no podía? ¿Por qué no era capaz de hacerlo? No entendió muy bien el mal cuerpo que se le

puso en ese momento y la desilusión que le azotó de golpe hasta que sintió como las lágrimas llegaban hasta sus ojos.

—Para, para...—pidió, apartándolo con sus manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Neil incrédulo, con los labios enrojecidos y la respiración entrecortada.

—No puedo...

—¿Qué? —bufó Neil, cambiando el semblante—. ¿Cómo que no puedes?

—Neil...

—No me jodas Evy —bramó, mesándose el pelo—. ¿Me vas a dejar así?

Y cuando señaló su erección, ella apartó la mirada, frustrada.

—No me encuentro bien —dijo ella—. No debería haber bebido dos copas...

—No estás borracha —espetó Neil, elevando la voz, visiblemente malhumorado.

—Me han sentado mal —mintió ella, frunciendo el ceño mientras se colocaba la blusa y la falda.

Neil se acercó a ella, buscando de nuevo el contacto, pero ella se apartó. No podía. No podía estar así con él mientras pensaba en otro hombre. No era justo. Ni para él ni para ella.

—Evy...

—Lo siento Neil —dijo, avanzando hacia las escaleras—. No puedo.

Neil chasqueó la lengua, molesto, justo en el momento en el que Evelyne se giró y subió las escaleras lo más rápido que su estrecha falda le dejaba.

Cuando llegó a su apartamento, le dio igual el momento que había vivido con Neil. Le dio igual tener que encontrarse con él al día siguiente en el trabajo. Las lágrimas salían de sus ojos sin control porque había descubierto una verdad que tenía oculta en su corazón desde los últimos meses. Se quitó los zapatos y los tiró junto a su bolso, en la entrada, y fue directa a su habitación, tirándose en plancha sobre su cama.

Lloró. Lloró porque se había dado cuenta de lo diferente que era el sexo corriente a lo que tenía con Mark. En otra ocasión, habría pasado una noche bestial con Neil, llena de empujones, gemidos y cosquilleos dentro de ella hasta alcanzar el orgasmo entre gemidos y suspiros. Pero ahora... Joder. Se había dado cuenta de que Mark la había marcado. Tanto, que no era capaz de encontrar su piel en otros hombres. Sí, sin querer buscarlo, lo estaba haciendo.

Lloró porque sabía que no volvería a encontrar lo que tuvo con él. Lloró porque supo que durante las últimas semanas había intentado esconder lo que realmente sentía, reculando y pretendiendo no sentir lo que estaba sintiendo por el simple hecho de estarlo pasando tan mal con aquello, que no había caído en el significado de aquellos sentimientos.

Y por fin, aquella noche, había entendido su significado. A pesar de que dolía, a pesar de que la dejaba sin aliento. Por fin había entendido aquel sentimiento tan fuerte que tenía dentro de ella, aquel cosquilleo que sentía al verle, aquel quemazón en la piel que notaba cuando estaba cerca de él y cuando deseaba con todas sus fuerzas que la tocara, que la besara, que la amara como solo él sabía hacerlo. Hacerle el amor y no follarla.

Lloró. Lloró porque fue entonces cuando comprendió que sin amor, todos los besos sabían a lo mismo. Lloró hasta quedarse dormida, abrumada por esos sentimientos que acababa de descubrir. Lloró porque había averiguado que estaba enamorada de Mark.

Eran poco más de las ocho de la mañana cuando Evelyne entraba en las oficinas de Advertising enfundada en un vestido negro con escote ovalado y adornos en la parte superior a juego con sus sandalias Lodi.

Después de lo sucedido la noche anterior con Neil y de descubrir lo que de verdad sentía por Mark, le costó dormir. Y cuando se despertó más temprano de lo normal le pareció buena idea ir antes a trabajar y así evitar cruzarse con su secretario. Quería ponerse al día con los correos de esta semana, aunque le costaba concentrarse en su trabajo. Haciendo un gran esfuerzo consiguió avanzar hasta que, a las nueve de la mañana, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo ella, temiéndose encontrarse con su secretario. No había pensado qué decirle cuando tuvieran que verse las caras, y se cruzó de brazos, preparándose para recibirle.

Cuando la puerta se abrió y apareció Victoria, respiró aliviada. Pero su alivio solo duró unos segundos al ver el ceño fruncido que traía su amiga.

—Hola Vicky —saludó ella, un poco nerviosa.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado? —preguntó con los brazos cruzados y llegando hasta el borde del escritorio.

—Vicky...

—He hablado con Neil —soltó ella, enfadada—. Y no es que hoy sea su mejor día, que digamos. Menudo humor ha traído —Evelyne cerró los ojos, asimilando las palabras de su amiga—. Aunque no me extraña —continuó—, según me ha contado, se debió quedar con un calentón de espanto.

—Vicky...

—¿Qué cojones pasó ayer?

Evelyne aguantó su mirada.

—Nada, no pasó nada.

—A eso me refiero, joder. ¿Por qué no ha pasado nada con Neil? ¡Lo tenías a huevo!

—Fue una encerrona —dijo ella, molesta—. No estaba preparada para...

—¡Y una mierda! —gritó ella—. Sí, lo hice aposta, para que te olvidaras de Mark de una maldita vez. Neil y tú os gustáis, os atraéis. ¡No me jodas!

—Pero no lo suficiente.

—¿Ahora me vas a decir que para echar un puto polvo tiene que haber algo más?

Evelyne apretó los labios. Sí. La respuesta a esa pregunta ahora mismo era un sí rotundo. Y con el único con el que quería tener algo, por mínimo que fuera, era con Mark.

Victoria apoyó las manos en el escritorio, encarándose a ella.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

Evelyne le sostuvo la mirada, sintiendo como su pulso se aceleraba y los ojos comenzaban a picarle, por la emoción. Tenía que ser sincera. Victoria era su mejor amiga, y se lo merecía. Había llegado el momento de reconocer lo que sentía, y sobretodo, delante de Victoria. Respiró para serenarse y confesar lo que tenía dentro de ella.

—No dejo de pensar en él...

El rostro de Victoria se relajó poco a poco, aflojando la tensión de su frente y abriendo la boca paulatinamente. Estaba asimilando las palabras y cuando intentó decir algo, no pudo. Era la primera vez en mucho tiempo que Evelyne dejaba sin palabras a su mejor amiga, cuando siempre tenía respuestas para todo.

Evelyne soltó el aire retenido y metió la cabeza entre los brazos.

—Me voy a volver loca... —susurró, lo bastante alto como para que su amiga la escuchara—. No puedo estar con nadie, no puedo sacármelo de la cabeza... Vicky...yo...

—Joder, Evy...

Evelyne levantó la cabeza de entre sus manos y miró a su amiga.

—¿Incluso después de lo que ha hecho? —preguntó Victoria, con cara compungida.

Evelyne respiró soltando el aire por la nariz.

—Sí —afirmó, más convencida de lo normal.

Ahora la que agachó la cabeza fue Victoria.

—Joder Evy...

¿La había decepcionado? Pensó. Lo que menos quería en este mundo era decepcionar a la gente que quería. Victoria no se llevaba bien con Mark, lo sabía de sobra, pero ella no podía controlar lo que sentía. Lo que acababa de descubrir que sentía.

Los ojos de las dos amigas volvieron a encontrarse, y por primera vez desde que Victoria había entrado, esbozó una pequeña sonrisa.

—Me cago en la leche Evy... ¿Sabes lo que significa eso? —preguntó, mientras Evelyne asentía con la cabeza—. Joder Evy, estás enam...

—Lo sé —dijo ella antes de que Victoria acabase la frase. Sí, lo estaba. Pero no estaba preparada del todo para oírlo en voz alta. Para admitirlo de viva voz. Todavía no. Daba demasiado miedo.

—Pero hasta las trancas...—finalizó Victoria, consiguiendo que Evelyne sonriera levemente—. ¿Lo sabe Mark?

Evelyne apartó la vista.

—No —confesó—. Desde el último día en vuestra casa no le he vuelto a ver, ni siquiera he hablado con él...

Victoria se irguió y se agarró la barbilla, meditando.

—Bueno —comenzó—, no está en la ciudad.

Evelyne parpadeó. ¿No estaba en la ciudad?

—Ha salido por cuestiones de trabajo —continuó Victoria—. O eso me ha dicho Lau...

Un pequeño rayo de esperanza inundó el corazón de Evelyne. Quizá por eso no le había escrito, no se había puesto en contacto con ella. Además de que estaba esperando una respuesta, claro.

—Entonces...

La puerta se abrió de repente antes de que las dos amigas pudieran seguir con la conversación. Henry entró en el despacho de Evelyne un poco nervioso, cargado con su conocido maletín y colocándose los pelos que tenía sueltos de su coleta.

—Hola, buenos días chicas —saludó cuando entró—. ¿Nos vamos, Evy?

Evelyne frunció el ceño. ¿Irse a dónde? Aprovechando que Henry seguía colocándose y acicalándose, buscó la respuesta en su agenda. Chasqueó la lengua al descubrir que hoy tenían el Comité de Empresa con M&S. Mierda. Se le había olvidado por completo.

—Sí, claro —dijo Evelyne levantándose rápidamente y recogiendo sus pertenencias. ¿Cómo se podía haber olvidado de una reunión tan importante cómo esa?

—Te espero abajo en el taxi —dijo Henry, saliendo hacia la puerta—. El señor Roberson ya está abajo.

Y Henry salió del despacho de Evelyne tan rápido como entró.

—Mierda —susurró, acabando de preparar los papeles, el ordenador portátil y el dossier que estaba en la mesa.

—¿No te acordabas? —preguntó Victoria, que había permanecido atenta a toda la conversación.

La mirada de “¿Tú que crees?” que le dedicó Evelyne lo dijo todo. Tenía que centrarse. No podía creer que hubiera olvidado una reunión tan importante como esa. Y menos con el señor Roberson, uno de los peces gordos de Advertising. Chasqueó la lengua y se dirigió a la salida de su despacho, apresurada.

—Lo harás bien, no te preocupes —gritó Victoria antes de que ella desapareciera de su campo de visión.

Las oficinas de M&S se encontraban a diez minutos de las de Advertising. Evelyne había estado allí en un par de ocasiones y a pesar de que ya las conocía, seguía alucinando con la estética y la clase que tenían. Todas acristaladas, en tonos grises, muy neutros, pero muy elegantes. Ni siquiera había mirado dónde era la reunión, pero disimuló su nerviosismo en el taxi de camino, junto con Henry y el señor Roberson. Agradeció que durante el trayecto fueran comentando las estrategias a seguir de cara a la reunión.

Básicamente, un Comité de Empresa consistía en una reunión que tenía lugar cada cierto tiempo con los grandes directivos y jefes de proyecto de cada uno de sus clientes. Normalmente, a esas reuniones solían asistir Henry y el señor Roberson, pero desde que Evelyne había asumido el puesto tenía que asumir que a partir de ahora se encargaría ella, junto con el señor Roberson, de pilotar y gestionar estos comités con los clientes que habían contratado sus servicios publicitarios. Al ser la primera vez, la reunión iba a ser gestionada entre Roberson y Henry, y Evelyne asistía de oyente y sobretodo, para aprender. No pudo evitar preguntarse si se encontraría con Mark. ¿Habría vuelto a la ciudad? ¿Asistía a este tipo de comités? El estómago le dio un vuelco al pensar que tenía ganas de verle. De saber de él. Maldita sea, lo echaba de menos y necesitaba por lo menos saber que estaba bien.

Evelyne siguió a los dos hombres hasta la Sala Juntas, en la planta superior de las oficinas de M&S, y cuando entró no pudo evitar abrir la boca, asombrada.

La Sala de Juntas era espectacular: una de las paredes estaba formada por paneles acristalados de arriba abajo, y la pared de enfrente igual, dando hacia el exterior y permitiendo ver los increíbles rascacielos que componían el distrito financiero. En el interior de sala, una alargada mesa de madera de haya presidía la estancia, rodeada con una docena de sillas negras.

Cuando llegaron al interior, ya había tres personas sentadas. Dos hombres trajeados y una mujer regordeta. Los tres rondarían entre los cuarenta y los cincuenta años, y le resultaron familiares a Evelyne. ¿Dónde les habría visto antes?

—Buenos días, señores —saludó Roberson, dándoles la mano a cada uno de ellos.

—Buenos días —repitió Henry haciendo el mismo gesto que su jefe.

Evelyne hizo lo propio y los tres se sentaron frente a ellos.

—¿Cómo va todo, Ashley? —preguntó Roberson, dirigiéndose a la mujer.

—Bien, como siempre —dijo esta con una voz demasiado grave—. ¿Y vosotros?

—Creciendo —respondió Roberson con una sonrisa de oreja a oreja mientras se cruzaba los brazos.

—Ya lo vemos —respondió Ashley, mirando a Evelyne. Sus otros dos compañeros hicieron lo mismo y ella parpadeó.

—¡Oh, cierto! —exclamó Roberson—. Disculpadme, no he realizado las presentaciones. Evelyne Taylor es nuestra nueva directora de cuentas a nivel nacional. Evelyne, estos son Ashley Williams, jefa de Recursos Humanos, Justin Harris, jefe del departamento de Administración —el hombre más delgado asintió con la cabeza— y Christopher Lewis, director del Equipo Creativo.

Evelyne asintió educadamente.

—Encantada.

—Nosotros ya te conocíamos —dijo Christopher—. De la última convención, cuando Roberson hizo público los ascensos oficiales. Mi más sincera enhorabuena, señorita Taylor.

—Gracias —respondió complacida.

Ashley y Justin asintieron también.

—¿Estamos todos? —preguntó Henry—. ¿Podemos empezar ya?

—Faltan los Evans —dijo Ashley, mientras se ponía las gafas.

Evelyne se tensó. ¿Eso significaba que vendrían los dos? ¿Susan y Mark? El corazón le empezó a latir a mil y no pudo evitar que una leve sonrisa apareciera en sus labios. Iba a ver a Mark. Después de tantos días sin verle, por fin le vería.

—¿Los dos? —preguntó Roberson—. Tenía entendido que el señor Evans estaba fuera esta semana.

—Sí —dijo Justin—. Ha tenido que viajar por negocios, pero ha avanzado su vuelta por esta reunión.

¿En serio? ¿Eso significaba que...? No, no, no. Igual estaba haciendo suposiciones erróneas al pensar que había vuelto de su viaje antes por verla a

ella. O quizá no. Maldita sea.

—Podríamos haber pospuesto la reunión —dijo Henry.

—Se lo propusimos —dijo Ashley, mirando a sus otros dos compañeros—. Pero Mark no quiso retrasarla. Es bastante cuadrado para estas cosas.

Evelyne sonrió de nuevo. En eso tenían razón. Mark era muy estricto con los horarios y no le gustaba llegar tarde a ningún sitio.

La puerta se abrió en ese momento y todos se giraron en su dirección. Mark apareció desabrochándose una americana gris, que llevaba encima de una camisa blanca, sin corbata. Estaba espectacular, con el pelo ligeramente mojado y una expresión impasible. A Evelyne se le secó la boca sin remedio y apartó la mirada de él, notando como el calor subía hasta sus mejillas. Detrás de Mark, un chico joven, con jersey fino de pica azul marino y con gafas de pasta, cerraba la puerta.

—Disculpen la tardanza —dijo Mark, mientras apretaba la mano de Roberson.

—Llegas justo a tiempo, hijo —respondió este.

—¿Cómo estás, Mark? —preguntó Henry cuando le tocó el turno de saludarlo.

—Bien, ¿y tú? —respondió educadamente.

Mark se acercó a Evelyne, la última en saludar, y cuando le tendió la mano, ella se la agarró rápidamente para que no se le viera el nerviosismo que sintió al tenerle tan cerca. Los ojos de Mark se clavaron en ella, haciendo que se quedara sin respiración. Le pareció que el apretón de manos duraba más de la cuenta y que incluso Mark había acariciado suavemente sus nudillos con su pulgar antes de quitar el contacto. Dio gracias al cielo de estar sentada, porque si hubiera estado de pie estaba segura de que las piernas le hubieran fallado.

Mark se alejó hacia el otro lado de la mesa, junto a Ashley. Se deshizo de su chaqueta y la colocó minuciosamente sobre el respaldo de su butaca. Evelyne le observaba alelada sin perder un detalle de sus movimientos, y cuando Mark la miró, durante un solo segundo, ella pudo ver que sus ojos verdes tenían aquel brillo especial que había hecho que ella perdiera la cabeza.

El acompañante de Mark acabó de saludarles también y tomó asiento junto a él.

—¿Cómo ha ido el vuelo, Mark? —preguntó Justin, mientras todos sacaban

sus ordenadores portátiles y sus papeles.

—Bien, sin complicaciones —respondió sin mirarle, enfrascado en su ordenador.

—¿A qué hora has llegado? —quiso saber Ashley, a su lado.

Mark escribió algo en su portátil y miró a la mujer.

—A las siete.

Antes de volver a enfrascarse en su pantalla, los ojos de Mark pasaron de nuevo por Evelyne, haciendo que las mariposas de su estómago levantasen el vuelo.

—¿A las 7? —preguntó Justin, mirando su reloj de pulsera, el cual tenía pinta de ser muy caro—. ¡Cielo santo! ¿Has venido directo?

Mark sonrió de lado levemente, volviendo a fijar su vista en la pantalla de su ordenador.

—No —dijo—. He pasado por casa y me he cambiado.

Por eso el pelo mojado. ¿Se habría dado una ducha antes de venir? La imaginación de Evelyne le jugó una mala pasada y recordó el episodio erótico que vivió con él en el baño de su apartamento. Joder. Le hubiera encantado ducharse con él, tocarlo, besarlo... Para, se reprimió a sí misma. ¡Estaba trabajando!

Apretó las piernas, intentando calmar el picor que apareció en su zona íntima. Estaba embobada mirándole y rememorando aquella escena, cuando los ojos de Mark volvieron a clavarse en los suyos, haciendo que se ruborizara sin control. Le pareció ver que sus ojos verdes se oscurecían y sonreían. ¿Estaría pensando lo mismo que ella?

Mark carraspeó.

—¿Comenzamos? —dijo.

—¿No esperamos a Susan? —preguntó Ashley.

—No —dijo Mark, bruscamente, haciendo que sus compañeros bajasen la mirada—. Ya vamos con retraso. Empezaremos la reunión sin ella.

Henry y Roberson se miraron, y Evelyne se fijó en Mark. A pesar de haberle visto así de autoritario en otra ocasión, la costaba acostumbrarse a que fuera tan serio y tan recto con algunas decisiones.

—Claro —dijo Roberson—. La señorita Taylor ha preparado unos dossiers con toda la información relevante de los últimos meses sobre la relación de Advertising y M&S.

Evelyne parpadeó. Cierto. Aunque en realidad el dossier lo había preparado

Neil y ella solo lo había revisado por encima. Sacó una carpeta marrón de su maletín y justo en el momento en el que se levantó para repartirlos, el chico que había entrado detrás de Mark se encontraba a su lado, con la mano dirigiéndose hacia ella.

—Steve los repartirá —dijo Mark, sin dejar de mirarla.

Maldita sea. ¿Cuánto había echado de menos esos ojos, esa mirada? ¿Era demasiado tarde? Steve carraspeó a su lado, sacándola de sus pensamientos. Evelyne le tendió la carpeta y volvió a tomar asiento. ¿Aquel Steve era el Steve con el que Mark hablaba por teléfono la última vez que se vieron, en su apartamento? Puede, pensó. Steve repartió un dossier a cada uno y se sentó de nuevo, a la izquierda de Mark.

En ese momento, la puerta volvió a abrirse y Susan entró con aires de grandeza.

—Siento el retraso —dijo, llevando en una mano un maletín y agarrándose el vientre con la otra.

—Justo íbamos a empezar ahora, Susan —dijo Ashley sonriente.

—Buenos días —saludó Susan, inclinando la cabeza hacia el equipo de Advertising.

Evelyne sonrió educadamente. Por un momento se había olvidado de que Susan vendría, y había disfrutado de la atmósfera tan cálida que se creaba cuando Mark y ella estaban en una misma habitación. Susan pasó por detrás de todos los miembros de M&S y cuando llegó donde estaba Mark, le apretó dulcemente el hombro. El frenético eco de su corazón resonó en sus tímpanos al ver aquella muestra de cariño hacia su todavía marido. Susan parecía una muñeca de porcelana, con la piel blanca, los ojos claros y ese pelo rubio tan brillante. Si antes era guapa, ahora que estaba embarazada lo estaba más. Y eso molestó a Evelyne.

Susan llevaba una blusa recta semitransparente en tonos grises, que combinó con un pantalón recto de cintura alta, que hacía que la curva de su embarazo empezara a notarse. Estaba de cuatro meses si sus cuentas no fallaban y empezaba a ser visible. Eso, y que no dejaba de acariciarse la barriga en todo momento, claro.

—Comencemos —dijo Mark, serio.

El ruido de los papeles en las manos de los asistentes inundó la sala durante las siguientes dos horas. Se trataron todos y cada uno de los puntos relacionados con la campaña publicitaria que M&S había contratado con

Advertising. Sin dejar nada por mirar.

Evelyne estaba atenta, escuchando y anotando lo más importante, pendiente en todo momento de la manera en la que Roberson y Henry pilotaban la reunión. Aquella vez se mantendría al margen, pero las próximas tendría que gestionarla ella sola. Y tenía que hacerlo a la perfección.

Aunque estuvo la mayor parte del tiempo pendiente de lo que se decía y lo que no, también se fijó en todos los que estaban en la reunión. Se dio cuenta de que Steve estaba pendiente en todo momento de Mark, y le daba los papeles, pautas o anotaciones que él le pedía. También vio que Ashley le tenía especial aprecio a Susan, porque siempre que ella hablaba, la mujer le daba la razón indiscutiblemente. Los otros dos hombres permanecían más apartados, pero atentos, anotando y preguntando sobre los temas que se iban tratando.

Y recordó porqué le resultaban familiares. Había coincidido con los tres en la última convención que había organizado M&S, en el Hotel London NY, donde había pasado la noche más especial de su vida junto a Mark... Aquellas tres personas eran las que Laurent había señalado como parte del Consejo Directivo de M&S. ¿Estaría delante del Consejo Directivo por completo?

Sabía, por lo que le había contado Henry cuando la ascendió, que Mark y Susan formaban parte de él. Así que por lo menos, cinco de los seis eran miembros del Consejo. Y eso significaba que uno de los que estaba allí, era el presidente que habían elegido hacía unas pocas semanas.

Les observó detenidamente, uno por uno. Tenía claro que al menos dos de ellos no lo eran: Susan y Steve. Susan, porque si hubiera sido la elegida ella jamás hubiera recuperado su puesto dentro de Advertising, y Steve porque parecía demasiado joven y novato para un puesto tan alto. El presidente estaba entre los otros cuatro. Y entre ellos estaba Mark. La posibilidad de que Mark hubiera ascendido hasta el puesto de presidencia tomó forma en su cabeza. ¿Sería posible? Parecía el más joven de los cuatro posibles candidatos y... Si Mark fuera el presidente eso significaba que había intercedido directamente por ella para que recuperara su trabajo en Advertising.

Levantó una ceja y volvió a mirarlo, absorta en sus pensamientos. Estaba hablando sobre datos y cifras de las diferentes campañas publicitarias. Y a Evelyne le sorprendió que aquel hombre tan profesional y centrado fuera la misma persona que le derritió entre temblores y gemidos. Como si le hubiera

leído la mente, Mark levantó los ojos y la miró de nuevo, haciendo que ella apartase la vista avergonzada, volviendo a centrarse en sus anotaciones. Mierda. Se sentía como una quinceañera cuando el chico que te gusta descubre que le estás mirando. Estaba tonta. Se había distraído intentando averiguar quién de aquellos era el presidente. ¿Y si no estaba entre ellos? ¿Y si tenía más cosas que hacer que reunirse con su agente publicitario?

Chasqueó la lengua. ¿Y si Mark era el presidente del Consejo Directivo? Meditó aquella pregunta. ¿Qué más le daba a ella? Se alegraría por él. Tenía potencial, ella lo sabía desde el primer momento en que lo conoció, y estaba capacitado perfectamente para llevar una empresa, pero... Si fuera así, ¿por qué no se lo había dicho? ¿Le dolía que se lo hubiera ocultado? Reflexionó unos segundos, pero encontró su respuesta rápido. Le daría igual. Sinceramente, le importaba bien poco el puesto que tuviera Mark en su empresa. Le daba igual si era el presidente del Consejo, el adjunto del Departamento de Marketing o un secretario. Le quería. Más de lo que estaba dispuesta a admitir. Y le quería como persona, como hombre, y no por su posición laboral.

—Bien —dijo Justin, haciendo que regresara a la realidad—. Me parece que con esto terminamos.

Henry y Roberson asintieron con sus cabezas y cerraron sus ordenadores portátiles.

—¿Os apetece tomar un café? —propuso Christopher, mientras se levantaba y cogía su maletín.

—Claro —dijo Ashley, levantándose también—. Abajo tenemos una sala habilitada para eso.

—Me parece bien —dijo Henry, cogiendo también sus cosas y siguiendo a Roberson hacia la puerta.

—Yo bajo con vosotros pero no tomaré nada —dijo Susan, sin soltar su barriga—. La cafeína no es buena para el bebé.

Evelyne estuvo a punto de poner los ojos en blanco pero se contuvo. Se levantó también, recogiendo los papeles desperdigados por la mesa y apagando su ordenador, que por alguna extraña razón tardaba más de la cuenta en cerrar sesión.

Cuando levantó la vista, Mark, Susan y Ashley salían por la puerta, siguiendo a los otros dos hombres en dirección a la sala del café. Steve estaba al lado suyo.

—¿Necesitas algo? —preguntó. ¿En qué momento había llegado hasta su sitio? El acompañante de Mark era demasiado silencioso. Estuvo a punto de responderle: sí, a Mark, ¿puedes decirle que venga?

—No —dijo ella, con una sonrisa, conteniéndose—. Gracias.

—Entonces nos vemos abajo —dijo, colocándose las gafas que resbalaban por su nariz—. Solo tienes que pulsar el piso “S” en el ascensor y nos encontrarás allí.

Evelyne asintió. Le gustó que aquel chico tan joven fuera tan meticuloso. Si formaba parte del Consejo de Dirección, estaba segura que era de gran ayuda.

Steve abandonó la sala de juntas, dejándola sola. El silencio la invadió y respiró tranquila. Ver a Mark la había aliviado. Desde que había descubierto que estaba enamorada de él, había averiguado muchas cosas acerca de sus sentimientos. Como que verlo, sentirlo e incluso mirarlo, le aliviaba. Era como una droga para ella, y no estar cerca de él la causaba ansiedad. Sonrió y acabó de recoger sus pertenencias para reunirse con el grupo lo antes posible y estar unos minutos más cerca de Mark.

Cogió su maletín y cuando se dio la vuelta, la sonrisa desapareció de su boca. Ahora no estaba sola. Había otra persona allí con ella. Y no era Mark. Ojalá hubiera sido Mark.

Susan estaba obstruyendo la salida de la sala de juntas, con una sonrisa lobuna. Evelyne levantó una ceja sin entender y cuando Susan cerró la puerta, dejándolas a ambas dentro, su ceño se frunció. Estaba claro que tarde o temprano tendrían un encontronazo, y ese momento había.

—Tenemos una conversación pendiente —dijo Susan, cruzándose de brazos y acercándose a ella.

¿Ah, sí? Pensó Evelyne. Sinceramente no tenía nada que hablar con ella que no fuera a nivel laboral. El comité se había terminado y las reuniones que mantenían entre las dos empresas las llevaba Victoria. A no ser que las cosas subieran de nivel, ella no tendría nada que hablar con Susan. Cuanto más lejos estuvieran, mejor.

Podía haberla apartado bruscamente de la puerta y salir hacia la sala de café. Pero su educación le pudo, y dejando sus pertenencias en la mesa lo más calmada posible, se cruzó de brazos, sin apartar su mirada de ella.

—Tú dirás —dijo tranquila.

Al principio Susan se sorprendió por su docilidad, pero luego, apretando los labios, se acercó más.

—Sé lo que pretendes —soltó, brusca.

Evelyne levantó una ceja. Juraría que no era la primera vez que la oía decir aquellas palabras...

—Sorpréndeme.

Susan sonrió, mirando hacia arriba mientras giraba la cabeza. Estaba claro que su comentario le había hecho de todo menos gracia.

—Seré directa —comenzó—. Desde el primer momento tu intención ha sido conseguir un puesto aquí, en M&S.

—¿Perdón?

—No te hagas la tonta conmigo, guapa —dijo, acercándose más, incomodando a Evelyne—. Esa carita de niña buena no te vale conmigo.

Entornó los ojos, empezando a perder la paciencia.

—¿Por qué iba a querer entrar en M&S? —preguntó.

Susan rompió a reír.

—Oh, vamos —dijo molesta—. Está claro que M&S es mucho mejor

empresa que Advertising.

Aquello la molestó. No era verdad. Ninguna empresa era mejor que otra.

—Son diferentes.

—Evelyne... —dijo, y cuando la llamó por primera vez por su nombre completo, sintió como todo su cuerpo le picaba—. Te creía más lista.

—Me gusta mi empresa Susan. Estoy contenta en Advertising.

Susan volvió a reírse descaradamente.

—¿En serio? —preguntó sarcástica—. ¿Entonces por qué has ido detrás de mi marido si no era para conseguir un buen puesto en esta empresa?

Apretó los labios y se obligó a sí misma a guardar la compostura. No podía perder los papeles con ella. A pesar de que tuviera ganas de terminar con aquella conversación.

—Me gusta mi empresa —volvió a repetir—. No quiero cambiar de trabajo porque creo que en esta empresa tengo posibilidades laborales muy altas. No tiene nada que ver con Mark.

—Mientes —dijo entre dientes.

Evelyne cerró los ojos y se giró para coger sus cosas. Hasta aquí había llegado. No tenía por qué dar explicaciones de sus expectativas laborales y mucho menos a Susan. Si no la creía, no era su problema.

—Piensa lo que quieras —dijo, dirigiéndose hacia la puerta y parándose frente a ella—. No necesito a ningún hombre para conseguir un buen puesto laboral. Tengo la capacidad suficiente para conseguir mis propios objetivos profesionales.

Y justo cuando se dio la vuelta para salir de allí, Susan la agarró del brazo, apretando sus largas uñas y clavándoselas en la piel. Evelyne se giró para enfrentarse a los furiosos ojos de Susan.

—¿Me vas a decir que te has enamorado de él? —preguntó entre dientes.

Evelyne le sostuvo la mirada, sin apartar el brazo. Aquella pregunta hizo que todo su ser se estremeciera. Oír aquellas palabras en voz alta le aceleró el pulso. Sí, se había enamorado de Mark. Y hasta las trancas, como le había dicho Victoria hacía apenas unas horas.

Apretó los labios y sonrió como una niña. Se había enamorado de Mark como se enamoraban las mujeres inteligentes: como una completa idiota. Y allí, con Susan agarrándola del brazo, atravesándola con su mirada llena de furia, esperando ansiosa una respuesta a su pregunta, Evelyne se dio cuenta de que había llegado el momento de ser valiente, de decir la verdad. Aunque

eso significase confesarlo de viva voz por primera vez delante de Susan.

—Sí —dijo, con la voz temblorosa—. Estoy enamorada de Mark.

Susan palideció, y relajó el gesto, pero no la presión que ejercía sobre su brazo. Estaba segura que se habría esperado cualquier respuesta menos esa, pero ahí estaba ella, confesando sus sentimientos delante de la mujer que esperaba un hijo del hombre del que se había enamorado.

—Eres una zorra —soltó Susan, perdiendo los papeles—. ¡Está casado conmigo! ¡Vamos a tener un hijo juntos! ¿Cómo puedes entrometerte entre nosotros y romper una familia?

Joder. No. Eso no era verdad. Aquello que decía no era verdad. No quería romper una familia. Era lo último que quería. Tomó aire y no se dejó abatir por Susan.

—No se sabe la paternidad de ese bebé —dijo Evelyne, mirando el vientre de Susan.

Instintivamente, esta se llevó una mano hacia él.

—Mi hijo es de Mark.

—¿Y por qué no se lo demuestras? —inquirió Evelyne.

Susan apartó la vista por unos momentos y volvió a intimidarla con su mirada.

—Hay que esperar a que nazca el bebé.

—No —dijo ella, recordando las palabras de Mark y los papeles que había visto en la mesa de su salón, la última vez que estuvo con él—. Solo se necesita una analítica tuya y otra de Mark para descubrir la paternidad de ese niño.

Susan enrojeció. Estaba claro que la había descubierto, y apretó más las uñas contra la piel de Evelyne.

—Aléjate de él —bufó la rubia entre dientes—. Mark es mío.

—Mark no es de nadie —respondió bruscamente—. Él es libre de elegir con quien quiere estar y con quién no.

—¿Y crees que quiere estar contigo?

La duda apareció en su corazón. Dudaba de las intenciones de Mark. ¿Y si después de todo lo que había pasado entre ellos, él no quería estar con ella? Era verdad que Mark había repetido por activa y por pasiva que quería estar con Evelyne, que encontraría la manera, pero... llevaban días sin verse, sin hablar. ¿Y si había tirado la toalla? ¿Y si había decidido volver con Susan? Se mordió el labio. No quería que Susan la viera dudar.

—Lo único que sé es que quiero estar con él —dijo Evelyne sin titubear—. Estoy enamorada de Mark.

La rabia se instaló en los ojos de Susan, que ardieron de ira ante la seguridad en las palabras de Evelyne.

—¡Cállate! —gritó, apretando más el brazo de Evelyne—. ¡No te atreverás a romper una familia!

—No lo haré —afirmó Evelyne, soltándose por fin del agarre de Susan—. Jamás haría eso, Susan. Si ese bebé es de Mark, por nada en el mundo dejaría que creciera sin su padre.

Los ojos azules de Susan estaban rojos de rabia y de odio, queriendo salirse de sus cuencas en cualquier momento. La calma y la seguridad con la que Evelyne hablaba, la estaban volviendo loca.

—Eres una zorra caza fortunas —bufó Susan, acercándose más a ella y señalándola con un dedo esbelto, de manicura perfecta—. ¿Crees que voy a dejar que mi hijo crezca con alguien como tú?

Evelyne mantuvo el tipo, sin retroceder. Tener tan cerca a Susan la tensaba, la inquietaba. Y más cuando le estaba faltando así el respeto. Era una mujer muy temperamental y no le gustaba este tipo de personas tan agresivas. Cogió aire, serenándose.

—Su madre eres tú, Susan, no yo. Crecería contigo y con su padre.

—¿Si me hago la puta prueba y os demuestro que el hijo es de Mark, te alejarás de él?

Evelyne retrocedió hacia la puerta. No se esperaba esa pregunta tan directa de Susan. Si el hijo era de Mark, ¿ella querría compartir su vida con él? ¿Incluso con Susan? Hubo un tiempo en el que dudó de comenzar una relación con Mark, por tener a Susan como constante en su vida, pero ahora... si el bebé era de Mark, Susan estaría en su vida irremediablemente. ¿Estaba dispuesta a eso? La adrenalina subió por sus entrañas y el calor se instaló en su corazón, haciendo que descubriera la respuesta en cuestión de segundos.

—No, no me alejaré de él —dijo convencida—. Me da igual que tu hijo sea de Mark o no. Pero la prueba hará que Mark se quede tranquilo y...

Susan perdió los papeles ante la serenidad de Evelyne y, agarrándola por los hombros, la zarandeó fervientemente.

—¿Qué coño quieres de nosotros?! —gritó, con los ojos desorbitados—. ¿Qué coño quieres de Mark?!

Evelyne parpadeó, y sacando fuerzas de donde no supo, apartó a Susan de un manotazo.

—Le quiero a él, ¿qué es lo que no entiendes?

—¡Él no te quiere! —bramó Susan, riéndose a carcajadas.

Evelyne frunció el ceño, dolida por esa afirmación. La posibilidad de que Mark no la quisiera estaba latente, claro que sí, por supuesto que lo sabía. Pero Susan no era nadie para hablar por él. Se colocó el vestido sin dejar de mirar a la rubia y decidió zanjar esta estúpida conversación.

—Eso me lo tendrá que decir él.

Susan apretó los puños, clavando sus fríos ojos en ella.

—Solo eres una puta buscona que se acuesta con los hombres para conseguir lo que quiere —escupió—. Lo intentaste con Mark para entrar en esta empresa y te salió el tiro por la culata. ¿A cuál de los dos te follaste para ascender en Advertising? ¿A Henry o a Roberson?

Se acabó. Por eso sí que no pasaba. Perdiendo el autocontrol que había mantenido durante toda la conversación, acertó la distancia que había entre ellas y le dio un bofetón en la cara, haciendo que ella girase la cabeza, impactada por el golpe y por el gesto de Evelyne.

—¡Te da igual con quien me acueste o con quien no!—se encaró hacia Susan—. ¡Por lo menos yo no me he follado al mejor amigo de mi marido cuando él intentaba arreglar nuestro matrimonio!

Susan se palpó la mejilla enrojecida, sorprendida por la bofetada que acababa de recibir y por la furia que desprendía Evelyne.

—¡Te voy a denunciar! —gritó la rubia, fuera de sí.

—Hazlo —incitó Evelyne, abriendo la puerta—. Estoy deseando vernos las caras en los tribunales.

Y antes de que Susan pudiera enfrentarse a ella de nuevo, Evelyne cerró la puerta con desprecio, dejándola sola en la Sala de Juntas.

Recorrió los pasillos en dirección al ascensor temblando como una hoja. Dios mío, ¿qué había hecho? Joder, se iba a meter en un buen lío por abofetear a Susan pero... ¡Se lo merecía, maldita sea! Apretó el botón del Hall en lugar del de la cafetería, como le había dicho Steve, y mandó un mensaje rápido a Henry diciendo que iría directa a Advertising, sin esperarles. Necesitaba aire. Necesitaba salir de allí. Estaba segura de que Susan iría corriendo a contarles lo sucedido al Consejo y que en pocas horas tendría noticias suyas. Maldita sea. Se había jugado su puesto otra vez.

¿Cómo iba a salir de esta ahora?

—¿Cómo que le pegaste? —gritó Victoria desde el otro lado del teléfono, mientras Evelyne caminaba a toda prisa por las calles del distrito financiero, en dirección a las oficinas de Advertising.

—No sé en lo que estaba pensando —dijo ella—. Me estaba buscando y me encontré. Empezó a decir estupideces y se me fue la mano.

—¿Qué te dijo exactamente? —quiso saber Victoria.

Evelyne apretó los labios mientras cruzaba el hall de su edificio, y esperó unos segundos hasta meterse en el ascensor para responder.

—Insinuó que me había acostado con Henry o con Roberson para conseguir el ascenso —susurró, no muy segura de que nadie la estuviera escuchando a pesar de estar sola en el elevador.

—¡¡Pero que hija de puta!! —gritó Victoria—. Ahora un bofetón me parece poco ¿¿Cómo no le has arrancado los pelos?!

—Vicky, me voy a meter en un buen lío como trascienda —dijo ella, saliendo del ascensor cuando paró en la planta donde se encontraba su despacho.

—No te preocupes, será tu palabra contra la suya —intentó tranquilizarla su amiga—. Además, todo el mundo sabe la tirria que te tiene esa asquerosa, seguro que creen que se lo está inventado.

Evelyne se mordió el labio. Ojalá su amiga tuviera razón. Maldita sea, ¿en qué momento había perdido el control de la situación para golpear a Susan? Sus padres no la habían educado para comportarse así, pero... Joder, Susan la sacaba de quicio. La estaba buscando constantemente. Y la había encontrado. Claro que la había encontrado. A pesar de todo, tenía que afrontar sus acciones, no se arrepentía de nada. Si esto se divulgaba a nivel laboral, asumiría las consecuencias.

—Luego hablamos —dijo Evelyne cuando entró en su despacho y cerró la puerta tras de sí.

Llegó hasta su escritorio rápidamente y sacó las cosas de su maletín para volver velozmente al trabajo. Henry no le había contestado al mensaje que le había mandado diciendo que iría directamente a la oficina, en vez de a tomar café con ellos, así que supuso que seguiría en las oficinas de M&S. ¿Se

habría chivado Susan? Chasqueó la lengua e intentó apartar esos pensamientos de su cabeza.

Cuando volvió a encender su ordenador portátil, se sorprendió al ver un mensaje en la bandeja de entrada.

Mensaje de Mark Evans para Evelyne Taylor

Asunto: Buenos días

Evelyne, dime que no has abofeteado a Susan.

Mark

El corazón se le detuvo. Por dos razones. Por haber recibido un mensaje directo de Mark después de tanto tiempo y porque aquella pregunta demostraba que Susan no había tardado nada en chivarse a los demás. Maldita sea. Tecléo la respuesta con manos temblorosas.

Mensaje de Evelyne Taylor para Mark Evans

Asunto: Buenos días otra vez

Sí. Y no me arrepiento de nada.

Evelyne

La respuesta llegó enseguida, haciendo que el corazón de Evelyne resonara en su sien. No sabía por qué estaba más nerviosa, si por el encontronazo con Susan o porque por fin, Mark volvía a dirigirse a ella. Frunció el ceño cuando leyó la respuesta, sin entender.

Mensaje de Mark Evans para Evelyne Taylor

Asunto: ...

Joder Evelyne. Me pones difícil defenderte si haces esas cosas.

No comprendía qué significaba aquello. ¿Defenderla? Se cruzó de brazos, molesta por el tono en el que parecía que Mark había escrito. ¿A qué narices se refería con aquello? ¿Estaba enfadado con ella? Aporreó el teclado mientras escribía su respuesta, enfadada.

Mensaje de Evelyne Taylor para Mark Evans

Asunto: ¿En serio?

No necesito que me defiendas de nada, gracias.

Evelyne

Sacó los papeles de su maletín, mirando de reojo constantemente la pantalla de su ordenador, impaciente por ver aparecer de nuevo la ventana emergente que anunciaba un nuevo mensaje, y cuando un correo de Mark entró, no dudó en abrirlo rápidamente.

Mensaje de Mark Evans para Evelyne Taylor

Asunto: Si, en serio.

Borra estos mensajes.

Mark

¿Qué los borrara? ¿Qué quería decir con aquello? El tono en el que iban escritos no le gustó. Ni siquiera se lo pedía por favor. Nada. Todo en imperativo, como una estúpida orden. ¿Por qué tendría que borrarlos? Bufó, nerviosa, y cuando su móvil empezó a sonar, dio un brinco en la silla, sobresaltada.

Al principio pensó que se trataba de una llamada, pero luego cayó en que el tono era diferente, alertando de un aviso que había anotado en su Smartphone. Desbloqueó el teléfono y chasqueó la lengua al ver el recordatorio:

Cita con el ginecólogo, a las 13.30h.

Mierda. ¿En serio? ¿Tenía que juntarse todo en el mismo día? La cita con la obstetricista se le había olvidado por completo, a pesar de que hacía semanas que su padre le alertó de que ya la tocaba la revisión bianual. Y lo peor de todo es que iba justa de tiempo. Cerró el portátil sin responder a Mark y comenzó a recoger las cosas. Si salía ahora, llegaría justa.

La puerta se abrió y para terminar de rematar el día, Neil apareció acicalándose el pelo, más serio de lo habitual. Llevaba una camisa azul marina arremangada hasta los hombros, con unos pantalones chinos del mismo color. Demasiado elegante para tratarse de Neil. Evelyne apartó la mirada y siguió recogiendo.

—¿Te vas? —preguntó Neil, acercándose a ella.

—Sí —dijo, sin mirarle. Después de lo que había pasado la noche anterior se sentía un poco incómoda. Tenían que hablarlo, sí, mantener una conversación sobre lo que había pasado entre ellos. Pero hoy no tenía el día y tampoco tenía tiempo.

—¿A dónde? —preguntó interesado—. Pensé que el Comité de Empresa con M&S era a primera hora.

Mejor que no le hablase del comité de empresa, pensó Evelyne.

—Tengo que ir al médico.

—Ah —dijo, metiendo las manos en los bolsillos.

Evelyne cogió sus pertenencias y se dirigió a la puerta.

—¿Necesitas algo? —dijo antes de salir, rezando porque se tratase de algo del trabajo y no de lo que pasó ayer entre ellos.

—Solo venía a decirte que acepto.

Evelyne arrugó la frente, sin entender.

—¿Aceptar el qué?

—Conozcámonos —dijo Neil—. Me gustas Evelyne, y quiero acabar en la cama contigo. Pero hagámoslo a tu manera. Cenemos, salgamos, conozcámonos.

Evelyne cerró los ojos. Neil era directo, no había duda. Tenían que hablar, pero iba justa de tiempo. Evelyne no quería aquello. No quería conocerle, cenar, salir.... No quería eso. Bueno sí. Lo quería, pero no con Neil.

—Neil...

—Pensé que eras más... como yo —continuó él.

—¿Cómo tú? —preguntó ella levantando una ceja.

—Sí... no sé —se acercó a ella, sin sacar las manos de sus bolsillos—. Atrevida, espontánea. Del tipo de persona que se mueve por placer, por diversión. Y no por encontrar el amor verdadero.

Soltó el aire despacio, asimilando las palabras, dándose cuenta de que Neil en parte tenía razón. Antes era así, era de ese tipo de personas que no creía en el amor, que se movía por placer y diversión. Pero que desde que conoció a Mark cambió, deseando encontrar el amor más puro y especial. De ese que te hablan en las películas o en las novelas. Y que lo había encontrado con Mark. Abrió la boca para responder a Neil, para quitarle las esperanzas, pero una vez más, él se adelantó.

—Pero me atraes, me gustas de verdad. Y si para llevarte a la cama tengo que hacer lo típico, lo haré.

Los hoyuelos aparecieron en sus mejillas al decir estas palabras. Evelyne suspiró. ¿Cómo iba a decirle la verdad? ¿Lo que había descubierto la noche anterior? Estaba claro que necesitaba más de dos minutos para explicarle sus sentimientos. Respiró.

—Neil, tengo que irme —dijo, abriendo la puerta—. Hablamos luego.
Neil le guiñó un ojo, divertido y Evelyne sonrió tirante, sin enseñar los
dientes.

—¿Cuándo vas a venir a comer con nosotros, cariño? —preguntó Sharon al otro lado del teléfono.

—Déjame ver si puedo acercarme este sábado, mamá —respondió Mark, dejando escapar el humo del cigarrillo entre sus labios.

Estaba apoyado en la carrocería de su Audi, con las piernas cruzadas, estacionado en doble fila delante del Hospital Lenox Hill, en la 77th. Susan tenía su rutinaria revisión médica y en esta ocasión, había preferido esperarla fuera.

Estaba cabreado por las maneras en las que Susan había culpado a Evelyne el día anterior, después el Comité de Empresa entre M&S y Advertising. Maldijo el momento en que había salido de la Sala de Juntas cuando terminó la reunión junto con Henry y con Roberson, y había dejado a Evelyne sola.

Estaba claro que Susan buscaba un encontronazo con ella y lo había conseguido. Su exmujer (porque sí, la consideraba su exmujer a pesar de no tener los papeles del divorcio firmados) buscaba a Evelyne en cada momento, constantemente. Y que Evelyne se quedara recogiendo sus cosas cuando finalizó el Comité fue la excusa perfecta para Susan.

Una parte de él se lo esperaba. Conocía a Susan perfectamente y sabía que no pararía hasta conseguir lo que quería. Y quería el enfrentamiento con Evelyne. Pero lo que menos se esperaba era que Evelyne acabara reaccionando de la manera en que había reaccionado, y acabase abofeteando a Susan.

Se le escapó una sonrisa de lado, sin poder controlarla. Evelyne tenía carácter, lo sabía. Y no se dejaba pisotear por nadie. También sabía que ella no hubiera reaccionado así si Susan no la hubiera buscado, porque seguramente se lo merecía, pero...

Dio otra calada a su cigarro, reteniendo el humo en la boca durante unos segundos, rememorando el día anterior. Susan había bajado echa una furia y con los ojos vidriosos, así que cuando se acercó al Consejo de Dirección y a los integrantes de Advertising, él la vio venir. Y se anticipó a sus movimientos. Se acercó a su exmujer y la apartó de la mesa, excusándose ante los presentes con una sonrisa forzada. Susan le contó lo sucedido entre

gritos y reproches, exigiendo de nuevo la cabeza de Evelyne, alegando falta de profesionalidad y agresividad.

Al principio le costó creerla. ¿En qué momento de la conversación Evelyne había perdido los papeles para abofetear a Susan? No la creyó, por supuesto. Las dos habían estado solas en la sala de juntas y nadie más había presenciado lo sucedido. Por eso, con toda la calma del mundo, se despidió de sus invitados y subió a su despacho para descubrir la versión de Evelyne. Y lo que menos imaginaba era que ella admitiera que había golpeado a Susan.

Aquello le enfadó, por supuesto. ¿Por qué había hecho eso? Evelyne siempre intentaba mantener el tipo y el autocontrol en este tipo de situaciones. Pero...después de pensarlo durante unos segundos, se sorprendió. Evelyne nunca dejaba de sorprenderle. Era tan orgullosa, tan terca, tan... ella. Debía confesar que no la quería de ningún otro modo. Le encantaba tal y como era. Por eso Mark volvió a defenderla aquella vez, delante de todo el Consejo, delante de Susan, que pedía su cabeza constantemente, pero...

—¿Me estás escuchando, hijo? —dijo Sharon al otro lado del teléfono, haciendo que regresara a la realidad.

—Perdóname mamá.

—¿Dónde estás?

—En el Lenox Hill, esperando a que salga Susan.

—¿Se va a hacer la analítica ya? —preguntó ella.

—No —confesó Mark, dando una última calada al cigarro y tirándolo a la calzada—. Ya te lo he dicho, quiere esperar a que nazca el bebé para hacerse las pruebas.

El silencio se hizo al otro lado de la línea y Mark supo que su madre apretaba los labios, sin saber muy bien qué decir.

—Cielo... —comenzó con ternura—. ¿Cómo estás?

Meditó la respuesta antes de que las palabras se escaparan entre sus labios.

—Quiero que acabe todo esto ya —confesó—. Necesito saber si ese bebé es mío o no para saber a qué atenerme.

—¿Por Evelyne?

Y cuando su madre pronunció su nombre, cerró los ojos, imaginándola de nuevo. Había estado unos días sin verla, sin hablarle, sin sentirla... Todo por un estúpido viaje de negocios al que no podía faltar, y había extrañado a esa

mujer como nunca antes había extrañado a nadie. Por eso, había decidido volver a Nueva York en el primer vuelo que había desde Ottawa, y así llegar a tiempo al Comité de Empresa con Advertising. Necesitaba verla y cuando lo hizo, sintió que todas las células de su cuerpo recuperaban el oxígeno que les faltaba. Y estaba preciosa, con aquel vestido negro tan sencillo, ciñéndose sobre sus curvas y marcando sus largas piernas que le volvían loco. Joder. Ya no sabía qué más hacer para acercarse a ella, para recuperarla.

—Con Evelyne lo tengo claro mamá, quiero estar con ella, pero...

—¿Pero?

Apretó los labios, cogiendo todo el aire que podía por la nariz.

—Le hice daño mamá, y ahora esta distante.

—Laurent dice que hay esperanza.

Mark sonrió.

—Laurent es un romántico, ya deberías conocerle.

—Si Laurent lo dice, es que es verdad —dijo su madre risueña—. Dale tiempo cariño. Si de verdad ella siente algo por ti, que no lo dudo, tienes que darle tiempo para que se curen sus heridas. No la atosigues.

Y tenía razón. Su madre siempre la tenía. Por eso, a pesar de morirse de ganas por llamarla, por pedirla que fuera con él de viaje a Ottawa no lo hizo. La última conversación que había tenido con Evelyne en su apartamento, él le había dejado una pregunta abierta que ella no había contestado aún. Y en los días posteriores tampoco le había escrito un mensaje. Nada. Mark tampoco se había puesto en contacto con ella, a pesar de que se moría de ganas por hablar con ella. Pero quería darle su tiempo, su espacio, no atosigarla.

Cuando se fue a Ottawa y no tuvo noticias suyas, comenzó a inquietarse. ¿Y si su silencio significaba que no quería saber nada de él? ¿Y si la respuesta era que lo había olvidado? Se negó a aceptarlo hasta no oírlo de su boca, y por eso regresó aquella misma mañana de su viaje de negocios. Nervioso, alterado e inquieto. Pero cuando la vio en aquella sala de reuniones y notó como le observaba en todo momento, supo que estaba equivocado.

Sonrió al recordar las miradas que se intercambiaron. Evelyne le buscaba, y él a ella, por supuesto. Y durante toda la reunión se habían pasado mirándose, buscándose, observándose a escondidas. Joder. ¿Era solo él o tenía la sensación de que aquellas miradas hablaban por ellas solas?

Oyó unos tacones a lo lejos y cuando giró la cabeza en su dirección, vio a Susan dirigiéndose hacia el coche.

—Tengo que dejarte mamá.

—¿Vendrás el sábado?

—Lo intentaré. Hablamos.

—Cuídate hijo.

Mark guardó su teléfono en el bolsillo de su americana, abrió la puerta y se metió al coche, sin esperar a que Susan llegase hasta él para hacer lo propio con su puerta. Eso no era típico de él, sus padres le habían enseñado a ser un caballero con todas las de la ley, pero si no tenía esos desplantes con Susan ella seguiría haciéndose ilusiones.

—Cariño —dijo Susan cuando entró en el coche—. ¿Qué prisa tienes?

—Tengo cosas que hacer —espetó Mark, serio, mientras se incorporaba a la vía.

Susan chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—¿Has quedado con ella?

Mark puso los ojos en blanco. Ojalá hubiera quedado con Evelyne, pensó. Después de estar tantos días sin verla tenía ansiedad por verla, por hablar con ella... Joder. Quizá debía hacer caso a su madre y dejarle su espacio. Al fin y al cabo, si se seguían buscando con los ojos entre tanta gente, era por algo, ¿no?

—No, Susan, no he quedado con ella —dijo con la voz ronca—. Tengo que ponerme al día con algunos asuntos de la empresa. Estar unos días fuera me ha retrasado.

Susan soltó el aire por la nariz de golpe, molesta. Mark sabía que tocar el tema de la empresa le dolía. Hasta hacía unos meses, el puesto que él había conseguido había sido para ella, y por eso hablar de sus funciones le molestaba tanto.

—¿Qué te ha dicho el médico? —preguntó Mark, cambiando de tema.

—Que está todo bien —dijo Susan, con el morro torcido—. Dentro de dos semanas tengo que volver otra vez.

—Bien.

Permanecieron en silencio mientras Mark conducía en dirección al apartamento de Susan. Sus funciones con Susan se limitaban a eso, la acompañaba a las revisiones médicas y si había algún tema relacionado con el bebé, acudía a su encuentro.

—Quiero que me acerques a otro sitio —exigió Susan al cabo de unos segundos.

—¿Dónde quieres que te lleve?

—A la comisaría de policía —dijo Susan, con una sonrisa en los labios—. Voy a poner una denuncia a la estúpida de Evelyne.

Mark apretó el volante con sus manos, haciendo que sus nudillos se tornaran blanquecinos.

—No te voy a acercar a la comisaría para eso, Susan.

—¿Por qué no? —preguntó como si fuera una niña buena, frustrando más a Mark.

—No vas a poner una denuncia. No te ha hecho nada.

—Me ha pegado.

Él soltó el aire por la nariz, controlando su carácter. Había decidido defender a Evelyne, a pesar de que lo que hizo estuvo mal. Pero no iba a permitir poner en peligro su carrera de nuevo. Esta vez no.

—Es tu palabra contra la suya. No os vio nadie.

—¿Has hablado con ella? —quiso saber Susan—. ¿Te ha contado su estúpida versión?

Mark cerró los ojos durante un segundo.

—No he hablado con ella, Susan. No necesito hablar con Evelyne para saber que la tienes en tu punto de mira y que aprovechas la mínima oportunidad para cargar contra ella.

Susan se encogió en el asiento del copiloto, apretando los dientes.

—Es una salvaje —dijo ofendida—. Una persona tan violenta como ella no debería estar trabajando. Menuda panda de incompetentes contrata Advertising...

—Vale, Susan.

—No sé por qué la defiendes tanto.

—Sí que lo sabes —se le escapó a Mark.

Susan estalló en carcajadas.

—Ah, sí. Es verdad —dijo sarcástica—. Que resulta te has enamorado de ella.

Mark no contestó. Conducía lo más rápido que podía y que las normas de tráfico le permitían para llegar cuanto antes al apartamento de Susan y deshacerse de ella.

—Te has enamorado de una caza fortunas que se acuesta con los hombres para conseguir ascender en el trabajo.

—Vale Susan.

—¿Cuándo lo vas a ver? ¿No te das cuenta?

—Lo que tú digas —dijo, alterándose.

—No lo consiguió contigo. Quería entrar en M&S y por eso fue a por ti. Pero como no lo consiguió fue a...

—Basta Susan, no inventes. Sabes que no es verdad. Evelyne no es de esas. Está contenta con Advertising y su carrera profesional está allí, no en M&S.

—Claro, a saber a cuál de los dos se folló —dijo sarcástica— ¿Tu qué crees? ¿Se tiró a Henry o a Roberson? Mmm... Igual a los dos.

—No se ha follado a nadie. Evelyne tiene potencial —dijo entre dientes, malhumorado por la manera tan ruin que tenía Susan de faltar al respeto. Y entonces, cayó en la cuenta.

—Fue eso lo que le dijiste, ¿no? —preguntó Mark, mirándola por el rabillo del ojo.

—¿Qué? —dijo Susan, mirando por la ventanilla, haciéndose la tonta.

—Que si fue eso lo que le dijiste a Evelyne, para provocarla.

—No la provoqué —se defendió ella—. Solo dije la verdad.

—¿Y cuál es tu verdad? —preguntó entre dientes enfatizando la palabra tú.

—Esa —rio entre dientes, segura de sí misma—. Que asciende a base de acostarse con los jefes. Que folló contigo para entrar en M&S, pero no lo consiguió.

—Y entonces te dio una bofetada —dijo Mark, atando cabos—. Según tú.

—¿Me crees?

—No —mintió. La creía. Evelyne le había confesado que la había golpeado, pero claro, si fue porque Susan empezó a atacarla con comentarios como ese, se lo merecía, pensó.

Susan volvió a reírse a carcajadas, nerviosa. La conocía perfectamente, y cuando quería que alguien la creyera, estallaba en risas y hablaba más de la cuenta.

—¿Sabes lo que me dijo la muy idiota?

—Susan —bufó Mark, molesto porque siempre que ella se refería a Evelyne lo hiciera de manera despectiva.

—Me dijo que se había acostado contigo porque estaba enamorada de ti. ¿Te lo puedes creer?

¿Qué? Un semáforo se puso en rojo y Mark paró en seco, mirando fijamente la luz roja. “*Enamorada de ti*” ¿Habría dicho eso Evelyne de verdad? No era capaz de creérselo. ¿Se había enamorado por fin Evelyne de

él? Susan seguía hablando a su lado, pero no le escuchaba. Había dejado de oírla desde que había confesado aquellas palabras. “*Enamorada de ti*”.

Su corazón se desbocó, rezando porque fuera verdad. Suplicando porque, por fin, Evelyne se hubiera enamorado de él como él lo estaba de ella.

—¿Mark? ¡El semáforo!

Mark volvió en sí y metió primera, acelerando por la avenida Lexington. Susan cambió de tema y empezó a hablar de clientes de M&S, que no eran importantes para él.

En su cabeza solo se repetía la frase una y otra vez. ¿Evelyne había dicho eso? No se lo podía creer. Tenía que hablar con ella, pero... ¿Cómo? ¿Lo sabría Victoria? Apretó los labios. Si Victoria lo sabía no creía que se lo dijera tan rápido viendo la antipatía que le tenía, pero...¿Y Laurent?

Condujo lo más rápido posible para dejar a Susan en su apartamento y encontrar la manera de descubrir si aquello que había dicho Susan sobre los sentimientos de Evelyne era verdad.

Aquel sábado de finales de Junio hacía más calor de lo normal. Las noticias habían alertado de que una ola de calor llegaría a Nueva York y que se alcanzarían temperaturas más altas de lo normal para ser Junio.

A Evelyne le hubiera dado igual ese calor tan apetecible de aquel sábado si no fuera porque no era un sábado cualquiera. Aquel día, o más bien aquella tarde, era la boda de Peter y Anne. Y hubiera deseado que cayera el diluvio universal y les fastidiara la boda. Estaba mal pensarlo, pero ¿qué más daba? Estaba harta de ser educada y cordial. Se había cansado de controlar su carácter. Así que sí, ojalá estuviera lloviendo a cántaros.

—¡Por la boda de tu ex! —dijo Victoria, levantando la copa y chocándola bruscamente contra la de ella, derramando algunas gotas en el sofá.

—¡Vicky! ¡El sofá!

—Bahhhhh.

Y rompieron a reír las dos a carcajadas. Se habían reunido en el piso de Victoria aprovechando que aquella noche, Laurent salía con unos compañeros del trabajo a tomar unas copas. Así que allí estaban las dos, sentadas con las piernas cruzadas sobre el sofá en “ele” negro del piso que ahora compartía Victoria con Laurent, bebiendo la segunda botella de vino espumoso de la noche.

—Quizá deberíamos empezar a cantar —propuso Victoria mientras rellenaba las copas y dejaba la botella en el suelo—. A ver si se pone a llover, ¿te imaginas?

—¡Ni se te ocurra!

Victoria bebió el vino y dejó la copa en la mesa de cristal central. Cogió dos trozos de pizzas y le tendió uno a su amiga.

—No deberíamos comer esto —dijo Evelyne, mirando el trozo de pizza con ojitos de cordero—. ¡Tiene un montón de calorías!

—Come —exigió Victoria con la boca llena—. Tienes que coger fuerzas por si vuelves a cruzarte con Susan, ¡así le partes la cara como dios manda!

—¡No me lo recuerdes! ¡Qué vergüenza!

Rompieron a reír las dos de nuevo. Estaba claro que el vino estaba haciendo efecto en ellas y estaban contentillas.

—¡Jodeeeeeer! —gritó Victoria mirando al cielo—. ¡Daría lo que fuera por ver de qué estarán hablando Peter y Mark!

Evelyne parpadeó. La última vez que Mark y Peter se cruzaron fue en el bar, cuando Evelyne hizo las presentaciones oficiales. Y el encuentro entre ellos fue más que tenso. ¿Qué habrían dicho Lily y los demás? Habían conocido a Mark como novio de Evelyne, y ahora iba a la boda de Peter y Anne como el marido de Susan. Era, ante todo, surrealista.

—Lo mismo ni hablan —dijo Evelyne dando un bocado a su trozo de pizza.

—¡Escribe a Lily! —pidió Victoria—. ¡Qué te cuente las noticias!

—¡No! —dijo—. Déjales en paz. Estarán pasándolo bien.

Victoria relajó el rostro y bebió un sorbo de su copa de vino.

—¿Te hubiera gustado ir? —preguntó su amiga.

Evelyne tragó la pizza y bebió vino.

—No —dijo, convencida—. No me apetecía nada ver a Peter. A los demás sí, pero a Peter no.

—¿Y a Mark? —insistió Victoria levantando una ceja.

Evelyne se hizo la interesante y rápidamente notó como el calor subía por sus mejillas.

—Por Mark si —confesó—. Es por lo único que hubiera ido, por verle.

—Pero iría con la bruja —dijo Victoria haciendo una mueca.

—Agggggg —exclamó agitando la cabeza—. Entonces me iría con él de la boda, para estar solos.

—¡Mira que eres guarra!

—¡No! ¡Mal pensada! —dijo Evelyne ruborizándose. Aunque sí, tenía ganas de estar con Mark, en todos y en cada uno de los sentidos—. Primero tendríamos que hablar...

—Ya, ya... si a la lengua le ibais a dar.

—Eres una bruta —dijo Evelyne tirándole un cacho de peperoni.

Victoria reía sin parar. Volvió a rellenar las copas y Evelyne se ruborizó.

—Y a ti... —comenzó dudosa—. ¿Qué te parece?

—¿El qué? —preguntó Victoria sin saber a qué se refería.

—Lo de... Mark.

Victoria se puso seria. Al ver que pasaban unos segundos y Victoria no decía nada, Evelyne carraspeó.

—Sé que no es de tu agrado después de... bueno, ya sabes.

—Es tu decisión, Evy —respondió bebiendo de su copa—. Lo único que

quiero es que seas feliz, y si Mark es el único que puede hacerte feliz, lo aceptaré. Y si tu lo perdonas, yo lo perdonaré.

Evelyne suspiró aliviada. Con eso le valía. Con saber qué, a pesar de todo, Victoria apoyaba sus sentimientos hacia Mark, aunque siguiera molesta con él y tuvieran sus diferencias.

—Madre mía —dijo Evelyne, cambiando de tema—. Voy a volver a casa rodando... No estoy acostumbrada a beber.

—Bobadas —respondió su amiga entornando los ojos—. Si hace falta te quedas a dormir aquí.

—¡Una porra! —dijo Evelyne—. ¿Y escuchaos a Lau y a ti toda la noche dale que te pego? ¡Paso!

—Tienes razón —afirmó su amiga—. Yo con el vinillo y Lau con unas copitas que se habrá tomado... ¡La noche promete!

—Vete a la mierda.

—¡Ah! —gritó Victoria, buscando su móvil—. Entonces llámale.

—¿A quién?

Victoria hizo una mueca y le tiró el móvil.

—¿A quién va a ser? ¡A Mark! Dile que venga.

Evelyne parpadeó. ¿Vendría? Se le encogió el estómago y bebió de su copa para obviar esa sensación.

Desde el intercambio de correos electrónicos de hacía tres días no había vuelto a saber nada de él. Le había pedido que borrara los mails de malas maneras, y ahí se había quedado todo.

—No —soltó Evelyne—. ¡Qué le den!

—¿No has vuelto a saber nada de él?

Evelyne negó con la cabeza, ligeramente molesta. Al hacerlo se arrepintió. El vino se le había subido y estaba mareada.

Victoria frunció los labios.

—¿Y de lo que pasó con Susan? —preguntó—. Sabemos que lo hizo público porque Mark te preguntó directamente por el bofetón. ¿Te ha dicho algo alguien?

—Tampoco —confesó Evelyne—. Pensé que Henry me diría algo, pero nada. Es como si no hubiera pasado nada.

—Igual ha intervenido Mark —sopesó Victoria, mientras mordía la pizza.

Lo había pensado. Después del Comité de Empresa en M&S con parte del Consejo de Dirección, la posibilidad de que Mark fuera el presidente había

tomado fuerza al no recibir represalias con respecto a su actitud con Susan.

—Puede —dijo Evelyne—. Sí que había barajado esa posibilidad...

—¿A qué te refieres?

—A que Mark sea el presidente del Consejo de Dirección de M&S.

Victoria hizo una pedorreta mientras se reía.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué no? —preguntó Evelyne—. Todavía no han hecho pública la elección del consejo. Puede ser Mark como cualquier otro.

Victoria sonrió pícaro.

—Si fuera Mark lo sabríamos —dijo, poniendo voz interesante—. Me lo hubiera dicho Laurent.

Evelyne sopesó la respuesta. Vale. Su amiga tenía razón. Se habrían enterado por Laurent. El hermano de Mark solía mantenerlas al día y algo tan importante como eso, tendrían que saberlo. ¿No?

—Vale sí, tienes razón.

Victoria sonrió eufórica.

—Será alguno de los viejitos esos —dijo Victoria—. Lo que tenemos claro es que Mark no es porque nos lo hubiera dicho Lau, y Susan tampoco, porque no habría permitido que regresaras a Advertising.

Evelyne asintió y levantó la copa.

—¡Brindemos por ello!

Victoria rompió a reír y chocó la copa con la de su amiga.

—¡Chín, chín!

Bebieron las copas de un trago y las dejaron en la mesa. Si bebían más, acabarían echando el vino y la pizza.

—¿Cuándo se lo vas a decir? —preguntó Victoria, mirándola fijamente.

—¿El qué?

Su amiga puso los ojos en blanco.

—Tus sentimientos hacia Mark.

Evelyne se sonrojó.

—No lo sé —confesó—. Ni siquiera me habla. Ni siquiera sé si él siente lo mismo por mí.

—Por dios Evy —dijo Victoria acercándose a ella—. Los sentimientos no cambian de un día para otro.

—Bueno... —dijo Evelyne—. Los míos sí...

—No —espetó Victoria seca.

—¿No? —preguntó nerviosa Evelyne, sin entender del todo la respuesta de su amiga.

—Simplemente no —aseguró Victoria, seria—. Lo sé. Te miró y sé que tus sentimientos no han cambiado de un día para otro. Estabas enamorada de Mark mucho antes de que lo admitieras. Lo veíamos todos menos tú.

Evelyne volvió a coger la copa de vino y bebió un trago largo. Vale. Victoria tenía razón. Desde el primer día que conoció a Mark supo que era diferente a cualquier hombre con el que había estado. Pero el miedo, sus propias inseguridades y la falta de confianza en sí misma habían hecho que ocultase sus verdaderos sentimientos a los demás. Y a sí misma.

—Vale —confesó—. Tienes razón.

—¡AHHHHH! —gritó Victoria eufórica, dando palmas.

—Shhhhh —le pidió Evelyne poniéndose un dedo en los labios—. No grites que nos van a matar tus vecinos.

—¡Qué les den!

Cuando quisieron darse cuenta, era cerca de la una de la mañana y la pizza familiar había desaparecido junto con cuatro botellas de vino.

—¡Quédate! ¡Duerme conmigo! —pedía una Victoria tirada en el sofá mientras se agarraba a la pierna de Evelyne.

—No...shhhh —decía entre risas, de pie, recogiendo sus cosas—. Me voy ya.

—¿Pero cómo te vas a ir ya? —dijo Victoria arrastrando las palabras. Estaba claro cuál de las dos amigas estaba más perjudicada—. ¡No me dejes sola!

Evelyne se tapó la boca, amortiguando el sonido de una risa.

—Estás tonta, Laurent vendrá de un momento a otro.

Victoria puso un puchero.

—Pero no es lo mismo —dijo arrastrando las palabras—. ¡Quédate!

—Seguro que te lo pasas mejor en la cama con él que conmigo.

Una sonrisa lobuna apareció en la boca de Victoria.

—En eso tienes razón.

Evelyne se deshizo del agarre de su amiga y Victoria se recostó contra el sofá.

—¡Eres una aburrida!

—Te veo el lunes fea —susurró, mientras la tapaba con una manta gris que no recordaba cuando habían sacado.

—¡Coge un taxi, por el amor de dios! —gritó casi con los ojos cerrados.

—Shhh....

Pero Victoria ya se había dormido y Evelyne aprovechó el momento para irse a su casa.

Decidió bajar por las escaleras para espabilarse un poco. Esta vez, Victoria y ella se habían pasado bebiendo y a pesar de no estar borracha del todo, el mareo en su cabeza hacía que le costase centrar la vista.

Por eso, cuando salió a la calle y le vio, pensó que se trataba de su estúpida imaginación que le estaba jugando una mala pasada. Pero no. Ahí estaba él, apoyado contra su Audi, con las piernas y los brazos cruzados, mirándola fijamente. Llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, y una cazadora de cuero remataba su look casual.

Se acercó a él, atraída como un imán, notando como la sangre le recorría rápidamente su cuerpo y se espabilaba. Maldita sea. Se moría de ganas por abalanzarse sobre él y besarle. Echaba de menos sus labios, sus manos, su cuerpo. Todo. Desde que había descubierto sus sentimientos por él no hacía otra cosa más que pensar en estar entre sus brazos. O entre sus piernas. O con él dentro de ella. Mierda. El vino no la estaba ayudando a controlar sus impulsos primarios. Se detuvo a una distancia prudencial, para evitar tentaciones.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, recordando que la última vez que había hablado con Mark había sido demasiado brusco con ella por el tema de Susan. ¿Habría venido para echarle la bronca por el bofetón que le había propinado a su todavía mujer?

—Yo también me alegro de verte —dijo Mark serio, aunque a Evelyne le pareció ver que retenía una de sus conocidas sonrisas de lado.

Mark se apartó de la carrocería del coche y, agarrando la manilla de la puerta del copiloto, la abrió.

—Sube al coche —pidió él, sin apartar los ojos de ella—. Tenemos que hablar.

Evelyne frunció el ceño y se cruzó de brazos. En parte por la autoridad que estaba demostrando Mark en ese momento y en parte porque el frío de la madrugada empezaba a notarse en su cuerpo. Se arrepintió de haber elegido un vestido blanco con estampado floral de manga media. Demasiado veraniego para estar a finales de Junio, a pesar de la ola de calor que asolaba a Nueva York en esos días.

—¿Por qué debería subir al coche? —preguntó ella, dando un paso hacia él, desafiándole.

Mark alzó una ceja, pero mantuvo una expresión impasible. Levantó la barbilla ligeramente.

—¿Hasta cuándo nos vamos a seguir encontrando y hacer como que no sentimos nada?

La pregunta la pilló desprevenida y Mark se dio cuenta. Con un movimiento de cabeza señaló hacia el interior del vehículo, sin dejar de mirarla con aquellos ojos verdes que la volvían loca.

—Sube al coche —volvió a repetir.

¿Qué podía hacer? ¿Quería hablar con él? pensó. ¡Pues claro que quería hablar con él! Pero... ¿estaba preparada para confesarle sus sentimientos? Tenía que permanecer dura e impasible. Como él.

Avanzó unos pasos sin apartar la mirada de sus ojos, retándole, y le hizo caso. Subió al coche sin dejar de cruzar los brazos y con el ceño fruncido, aunque cuando Mark cerró la puerta y rodeó el vehículo para acomodarse en el asiento del conductor, ella sonrió levemente.

Durante unos pocos minutos que se hicieron eternos, Mark condujo en silencio, y el único sonido que se escuchó fue el ronroneo del motor. Evelyne intentó ignorar al hombre que tenía al lado, pero quería mirarlo, estudiar su cara. Sin mover la cabeza lo contempló por el rabillo del ojo. Estaba demasiado serio, demasiado callado. Los dedos de Mark daban golpecitos contra el volante. ¿Estaba nervioso? Su olor llenaba el espacio cerrado, y Evelyne sintió cada movimiento, cada respiración de él. Maldita sea. Le costó no estirar la mano y tocar la sombra de barba de su mandíbula. Le costó no decirle que parara y que le hiciera el amor allí mismo. Maldita sea. Negó con la cabeza levemente, apartándose aquellas preguntas de su cabeza.

—¿A dónde vamos? —preguntó, intentando mantener una conversación con él.

—Ahora lo verás —dijo Mark, enigmático.

Evelyne se mordió el labio. ¿No había venido para hablar? Entonces, ¿por qué estaba tan callado?

—¿Vamos a tu apartamento? —se le escapó a ella.

Mark sonrió de lado, por fin, divertido.

—¿Quieres ir a mi apartamento?

Sí. Claro que quería ir a su apartamento, desnudarle, y hacerle el amor toda

la noche.

—No —mintió, haciendo que Mark sonriera de nuevo.

Apretó las piernas y se encogió en su asiento al sentir un deseo por él descontrolado. Joder. No tenía que haber bebido vino, no controlaba del todo sus pensamientos. Tenía que cambiar de tema rápidamente.

—¿Cómo sabías donde estaba?

—Me lo dijo Laurent —espetó mirándola de reojo.

Claro. Laurent. Cómo no. Laurent sabía que ella y Victoria pasarían la noche juntas y, como en otras ocasiones, se lo habría dicho a Mark en cuanto tuvo ocasión.

—Me parece que le cuento demasiadas cosas a Victoria... —susurró.

—No te enfades con ella —dijo Mark—. Soy yo el que le insiste a Laurent para que me hable de ti.

Evelyne parpadeó. Aquellas palabras la sorprendieron. ¿Preguntaba a Laurent siempre que podía por ella? A pesar de que Mark había sido directo con ella, seguía impactándole su sinceridad.

—¿Y si me hubiera quedado a dormir en su casa? —preguntó Evelyne, cruzándose de brazos.

Mark volvió a sonreír. Parecía que se estaba relajando un poco.

—No lo hubieras hecho —dijo Mark—. Conociéndote sabía de sobra que volverías a tu casa. Pero si te hubieras quedado con Victoria te habría esperado hasta que te hubieras ido.

¿Cómo? ¿La hubiera esperado hasta que hubiera salido? Se ruborizó. Sí que tenía ganas de hablar con ella, sí.

—¿Cuánto llevabas esperando en la calle? —se le escapó a Evelyne.

—Unas tres horas —confesó él, como si nada.

¿Tanto? Y entonces cayó en la cuenta. Giró la cabeza y le contempló de nuevo. Vaqueros, camiseta, chupa de cuero... No. No iba vestido como iría un invitado a una boda.

—¿Y la boda de Peter y Anne?

Mark se tensó.

—No he ido —dijo torciendo el gesto.

—¿Y Susan?

—Susan sí.

Evelyne levantó una ceja, mirándolo extrañada.

—¿Por qué no has ido con ella?

Mark aprovechó un semáforo en rojo para mirarla. Sus ojos brillaban más con la oscuridad de la noche y Evelyne se quedó sin aliento.

—No pintaba nada en esa boda, Evelyne.

Su cuerpo se estremeció de nuevo al oír su nombre en boca de él. Y el cosquilleo la hizo sentir mariposas en el estómago. Sonrió para sí al darse cuenta de lo mucho que había extrañado que él la llamase así.

—Me dijiste que irías —insistió ella.

Mark apartó la vista y frunció el ceño.

—Te dije que iría contigo. No con Susan.

El nudo en el estómago se apretó más. La noche en la que comenzaron su relación, Evelyne le había pedido que la acompañase a la boda de su ex y él había aceptado. Sintió sensaciones encontradas al notar cierta nostalgia y tristeza por todo lo que había pasado desde entonces. Y se dio cuenta de la cantidad de cosas que habían cambiado en su vida en apenas cuatro meses, desde que conoció a Mark aquella noche en el Temple.

Suspiró, reviviendo el encuentro de aquella noche de Febrero y quiso volver atrás. Si pudiera cambiar algo, ¿lo haría? Y la pregunta era, ¿qué era lo que quería cambiar? Quizá si hubiera hecho algo de manera diferente, Mark y ella estarían juntos, pero...

—Además —dijo Mark reanudando la marcha cuando la luz del semáforo cambió a verde, sacándola de sus propios pensamientos—. Si hubiera ido a la boda, le hubiera pegado una paliza a Peter.

¿Qué? Evelyne volvió a mirarle con la boca abierta, sin asimilar lo que Mark acababa de decir. ¿Había oído bien?

—¿Qué has dicho? —preguntó sin dejar de mirarle.

Mark apretó el volante fuertemente, haciendo que sus nudillos se pusieran blanquecinos.

—Que le hubiera pegado una paliza a Peter, por cabrón.

Evelyne parpadeó, atónita. ¿Mark metido en una pelea? No era capaz de imaginarlo.

—Laurent me lo contó —justificó él—. Victoria le dijo lo que había pasado entre vosotros en el Hospital, cuando fuiste a ver al bebé de Lily.

Vaya con Laurent. Era un comunicador nato, pensó Evelyne. Estaba claro que era periodista de vocación.

—¿Qué te contó? —preguntó Evelyne, encogiéndose en el asiento.

—Qué esperó a que te fueras de la habitación de Lily para arrinconarte y

volver a insinuarle que te acostaras con él. A pesar de que se casa, sigue buscándote. Lo sé, lo he visto. La noche que me presentaste a tus amigos vi cómo te buscaba, como estaba pendiente de ti en todo momento, devorándote con los ojos y esperando el momento para estar a solas contigo. ¿Crees que no me di cuenta de eso?

Evelyne apartó la mirada, angustiada por los recuerdos y el tono irritado de Mark.

—Victoria le contó a Laurent lo que te dijo —continuó él, haciendo que Evelyne se temiese lo peor—. No creas ni una sola palabra, Evelyne. No eres una mujer de una sola noche, como dice Peter. Para nada.

Aguantó el aire en sus pulmones ante la declaración de Mark. ¿Sabía lo que Peter le había dicho aquella noche en el bar? ¿O en su casa? A pesar de haber sido su pareja durante cinco años, Peter siempre que podía le recordaba que era una mujer de una noche, una mujer con la que los hombres eran infieles a sus esposas. Que no era la típica mujer con la que asentar la cabeza y formar una familia. Y eso la dolía mucho. La dolía cada vez que se lo recordaba, porque ella quería eso. A pesar de haber estado mucho tiempo negándolo, había reconocido por fin que quería una familia, estabilidad. Una casa con jardín y un perro.

Sintió como los ojos le picaban y se giró contra la ventanilla, por si las lágrimas amenazaban con salir. Le dolía que Mark hubiera descubierto lo que Peter le decía. Le dolió que Laurent se lo hubiera contado. Pero no podía enfadarse con él, ni tampoco con Victoria. Su mejor amiga sabía todo lo que tenía que ver con su vida y como novia de Laurent, era normal que se lo hubiera contado.

—Eres la mujer más especial que he conocido en mi vida.

Oír aquello hizo que su corazón se desbocara. Aquello era lo más bonito que le habían dicho nunca. ¿Era especial? Ella sabía que no era una mujer de una noche. Claro que lo sabía. Creía en las historias felices. En aquellos cuentos en los que ella encuentra al hombre de su vida. En el amor de verdad. Y todo eso lo quería con Mark. Solo con él. Recordó el sentimiento de ternura que le causó el pequeño Jimmy cuando le tuvo en brazos y el anhelo de tener algún día un propio hijo con Mark se hizo cada vez más fuerte.

Se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y que había llegado el momento de confesarle lo que sentía. Quiso girarse y decírselo, encontrar el valor para hacerlo, pero cuando miró a Mark, el coche había reducido la

velocidad y se encontraban en un parking. Mark aparcó de dos movimientos ante la mirada sorprendida de Evelyne.

—Ya hemos llegado —anunció él saliendo rápidamente del coche.

¿A dónde? Pensó Evelyne sin comprender donde se encontraban. Mark rodeó su Audi y abrió la puerta del copiloto. Con los ojos muy abiertos y sin entender, salió del coche. Mark la agarró de la mano, haciendo que ella se estremeciera ante el contacto y le siguió por el parking.

Evelyne acompañó a un Mark decidido que atravesaba puertas y subía por unas escaleras mecánicas hasta un piso que parecía ser la recepción. En cuanto vio las paredes del edificio, entendió donde se encontraban. El mármol dorado cubría todo: las paredes, el techo, las decoraciones y ornamentaciones... Y custodiando la pared enfrentada a la entrada principal, una reproducción del edificio, custodiado por el sol, indicaba que se encontraban en el inconfundible Empire State.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Evelyne, mirando hacia todos los lados.

El mareo se le había pasado. Los nervios y la impresión de ver a Mark habían hecho que sus niveles de alcohol en sangre bajasen estrepitosamente, y que cualquier posibilidad de estar borracha hubiera desaparecido.

—Ahora lo verás.

Mark se acercó hasta un chico de recepción y le entregó dos entradas que guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero. Cuando el recepcionista les dio el visto bueno, Mark, sin soltarle la mano, la condujo hasta otras escaleras mecánicas.

Evelyne le siguió en silencio. Le sorprendía que el Empire State estuviera abierto hasta altas horas de la noche. La gente, apenas media docena de personas, estaba también paseando por los interiores del edificio.

—No sabía que abrían a estas horas...

Mark se giró y por primera vez en toda la noche, le sonrió de lado, haciendo que Evelyne se derritiera por dentro.

—Abren hasta las dos de la madrugada.

Evelyne miró su reloj de pulsera. Faltaba media hora para el cierre y respiró aliviada.

—La mejor hora para visitar el Empire State es esta —dijo Mark, volviendo a girarse mientras avanzaba hasta uno de los ascensores que había en aquella planta—. A estas horas no suele haber mucha gente y puedes disfrutar de las vistas tranquilamente.

—Ah —dijo Evelyne un poco decepcionada. ¿Habían ido hasta allí para ver las vistas? A pesar de ser neoyorquina, solo había ido al Empire State una vez, y fue una visita obligada del colegio cuando apenas contaba con unos doce o trece años.

—Vamos a ir directos al último piso —dijo Mark cuando se metieron en el ascensor con otro par de personas.

Evelyne asintió y al notar el impulso del elevador, se acercó más a Mark, que seguía sin soltarla la mano. Mark sonrió al sentir el cuerpo de Evelyne más cerca de él, y eso relajó a Evelyne, la cual no hacía más que preguntarse qué estaban haciendo allí.

El elevador fue parando en los pisos finales hasta que finalmente se detuvo en el 102. Mark entrelazó los dedos con los de Evelyne y salieron hacia la terraza del Empire State. En aquella planta, apenas quedaban unas cuantas personas disfrutando de las vistas nocturnas de Nueva York, y cuando Mark condujo a Evelyne rápidamente hasta las barandillas, ella se quedó sin habla.

La grandiosidad de Nueva York iluminada por miles y miles de luces, quedó a sus pies. Evelyne soltó la mano de Mark y se acercó lo más que pudo al borde de la barandilla, para apreciar mejor aquella vista. Era impresionante. Jamás había visto algo igual. Era tan bonito que se arrepintió de no haber ido muchas más veces en su vida.

El viento soplaba levemente y hacía más frío allí arriba, pero le dio igual. A lo lejos pudo ver el distrito financiero, con el imponente One World presidiendo a los demás rascacielos y más allá, la diminuta Estatua de la Libertad se vislumbraba a lo lejos. Siguió caminando lentamente, bordeando las barandillas y sin dejar de contemplar las impresionantes vistas, seguida de cerca por Mark. En su particular paseo recorriendo la terraza, pudo ver el Rockefeller Center, imponente y magnífico sin igual. Más allá, las luces del Hudson brillaban acompañando a los barquitos que navegaban a esas horas. Y por último, Central Park. Se distinguía perfectamente porque era la única parte que no estaba iluminada.

Allí arriba, por primera vez en muchas semanas, se sintió libre. Se sintió en paz. No supo exactamente qué fue, si la altura, la tranquilidad de la noche o incluso que Mark estaba con ella. Pero sintió una calma en su interior que la reconfortó por completo. Se abrazó el cuerpo al sentir como el viento se le colaba por los huesos, quedándose fría. Maldijo para sus adentros y deseó haber cogido una chaqueta para poder aguantar el tiempo.

—Toma —dijo Mark, colocando su cazadora sobre los hombros de Evelyne.

Ella se giró, justo en el momento en el que Mark la miraba fijamente, sin inmutar su expresión. Fueron solo unos segundos, pero muy intensos.

—¿Tú no tienes frío? —preguntó ella, carraspeando.

—No.

Mark se colocó a su lado, con las manos en los bolsillos del vaquero y miró al horizonte. Evelyne no pudo evitar observarle. Estaba serio. O quizá, nervioso. No podía definirlo bien del todo. Pero algo le pasaba. Cogió todo el aire que pudo y se dispuso a adivinarlo.

—¿Por qué me has traído aquí?

Mark sonrió sin mirarla.

—De todos los sitios que conozco, este es mi favorito sin duda —dijo él, lentamente—. Da igual las veces que venga. Siempre me sorprende lo impresionante que se ve la ciudad desde aquí.

Evelyne volvió a mirar hacia abajo. Era verdad. Nueva York desde allí era increíble. Iluminando perfectamente todas y cada una de sus calles, era indiscutible saber por qué la llamaban la gran manzana. Era impresionante.

—Evelyne.

Ella se tensó al oír su nombre de nuevo escapando de su boca. Se giró para mirarle y se encontró con su mirada. Las pupilas de Mark estaban tan dilatadas que apenas se vislumbraba el color verdoso que tenían sus ojos.

—¿Por qué golpeaste a Susan?

Frunció el ceño dolida por aquella pregunta tan directa y sintió como, sin querer, el corazón se le encogió, desilusionada por la pregunta. ¿Acaso hubiera esperado otra cosa? ¿Acaso hubiera querido una declaración de amor en toda regla? Apretó los labios, obligándose a apartar esos estúpidos pensamientos de su cabeza.

—¿Para eso me has traído aquí? —preguntó brusca, poniéndose a la defensiva—. ¿Para echarme el sermón por mi actitud con Susan?

—No —dijo Mark, más serio que nunca, acortando la distancia entre los dos—. No vengo a echarte un sermón. Quiero que nos comuniquemos. Qué hablemos. Lo dijimos, ¿recuerdas? La única manera de que esto funcione es hablando.

Evelyne relajó el gesto. Era verdad. Lo habían dicho. Tenían que hablar, comunicarse. Era como funcionaba una relación. ¿Era eso lo que Mark

pretendía dar a entender? ¿Quería una relación con ella?

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó nerviosa.

—Lo que pasó.

Se aferró a la cazadora de Mark, como si el hecho de agarrarla fuerte la protegiera de algo.

—La pegué. Ya lo sabes —soltó molesta, no muy orgullosa de su actitud—. Ya te lo contó ella.

Mark soltó el aire bruscamente por la nariz.

—Sí, Susan me lo ha contado. Pero quiero que me lo cuentes tú.

Evelyne apartó la mirada, meditando si decirlo o no. Odiaba haber reaccionado así con ella, y odiaba recordarlo. Pero Mark tenía razón. Tenían que hablar, sincerarse el uno con el otro.

—Me dijo que me acosté contigo para entrar en M&S —confesó ella, con la boca pequeña—. Me dijo también que había conseguido mi nuevo puesto por acostarme con Henry o con Roberson.

Mark se tensó. Cuando Evelyne volvió a mirarle, tenía la mandíbula marcada porque estaba apretando los dientes.

—No es verdad —dijo, intentando calmarle—. Nada de eso es verdad...

—Lo sé —dijo Mark, con seguridad.

—Perdí el control —se justificó ella—. Estoy cansada de sus faltas de respeto y perdí los papeles. Por eso la abofeteé.

Mark se cruzó de brazos y asintió.

—Lo sé. Y no te culpo. Se lo merecía, Evelyne.

Parpadeó, aliviada. Que Mark le dijera aquello la reconfortaba más de lo que hubiera imaginado.

—Susan quiso remontarlo de nuevo —continuó Mark—. Quiso que desde M&S te amonestáramos. Otra vez.

Evelyne frunció el ceño, notando como su sangre hervía. Estaba claro que Susan había ido corriendo a quejarse, no había duda. Mark no había tardado nada en ponerse en contacto con ella a través del correo en cuanto Susan había ido a gimotear. Lo que Evelyne no acababa de entender era por qué, después de tantos días, no había habido represalias por su actitud.

—El Consejo lo paró a tiempo, alegando que Susan no te tiene una gran estima que digamos y que no hubo testigos de tu agresión.

—Pero...

—Escúchame —cortó Mark—. Sé que se lo merecía, Evelyne, pero no

vuelvas a hacerlo. Susan está esperando cualquier fallo por tu parte para ir contra ti.

Evelyne le miró fijamente.

—¿Crees que no lo sé?

—Sé que lo sabes. Sé lo que pasó, sé que le pegaste, pero si me preguntan, lo negaré todo. Solo te pido que no vuelvas a hacer algo así, por favor.

Evelyne agachó la cabeza, como una niña pequeña que acaba de recibir una reprimenda. Mark tenía razón, no tenía que haber hecho algo así, tenía que haberse controlado. Pero es que Susan la sacaba tanto de quicio que...

—¿Qué más hablasteis? —preguntó Mark, con un brillo especial en los ojos, interrumpiendo sus pensamientos.

Evelyne le miró intrigada, sin entender.

—Nada más.

—Evelyne... Hablasteis algo más —insistió él, ansioso.

Y por la forma en la que él la miraba, en la que Mark insistía, supo a lo que se refería. Susan había hablado con él, y se lo había contado. Le había contado lo que respondió Evelyne cuando ella le preguntó por qué se había acostado con Mark. Notó como se ruborizaba y agradeció que fuera de noche y que la terraza del piso 102 del Empire State no estuviera suficientemente iluminada.

—Mark...

—¿Le dijiste lo que sentías por mí? —preguntó Mark, sin poder aguantar más para formular aquella pregunta.

Evelyne bajó la vista.

—¿O es una mentira más de Susan?

—No —dijo Evelyne, sintiendo como los nervios se apoderaban de ella.

—¿Qué le dijiste a Susan, Evelyne?

¿Qué iba a decirle? Me he enamorado de ti pero aun no estoy preparada ni para admitirlo ni para afrontar lo que eso significa para mí. Chasqueó la lengua, incómoda, y cuando quiso dar un paso hacia atrás para alejarse un poco de Mark, este no la dejó, agarrándola del brazo y manteniendo la cercanía con ella.

—¿Qué sientes por mí?

El contacto con él le quemaba. Se sentía abrumada y a la vez desconcertada. No sabía cómo sacar los sentimientos que tenía tan dentro de ella. No sabía cómo había podido sacarlos delante de Susan en aquel

despacho. O sí. La rabia y la ira la habían ayudado. Pero ahora...¿No podían dejarlo estar y ya está? Si Susan se lo había contado, ¿por qué tenía que volver a decirlo ella?

Notó como se quedaba sin aire en los pulmones y supo que lo único que sentía era miedo. No se avergonzaba de esos sentimientos. ¿Cómo puedes avergonzarte de sentir algo tan maravilloso como aquello? Simplemente tenía miedo. Ni más, ni menos. Maldijo para sus adentros y deseó haber bebido más vino para que el alcohol la ayudara a confesar lo que tenía dentro.

—¿Por qué no me dices lo que sientes por mí, Evelyne? —insistió él, inquieto.

La emoción le pudo. Mark estaba muy cerca de ella. Y notó como las lágrimas subían hasta sus ojos, picándole inmediatamente.

—No lo sé...

—Sí que lo sabes. Dímelo.

La mirada de Mark la suplicaba que lo dijera. Estaba nervioso. Inquieto. Evelyne tenía que ser sincera con él. Cogió aire y temblando como una hoja, supo que había llegado el momento de sacar lo que tenía dentro.

—Porque tengo miedo.

—¿De qué?

Tragó saliva y le miró de hito en hito.

—De lo que siento, de lo que sientes tú por mí...

Mark frunció el ceño.

—¿De lo que siento yo por ti?

Evelyne asintió lentamente. Y Mark cerró los ojos, pasándose la mano libre por el cabello, desesperado.

—¿No sabes lo que siento por ti? —preguntó clavando sus ojos en ella—. Creo que te lo he dejado bastante claro.

Evelyne se mordió el labio, nerviosa.

—No lo...

—¿Qué te hace dudar? —preguntó nervioso.

Se sostenían la mirada, retándose. Evelyne cogió aire, sabiendo que había llegado el momento de hacer todas y cada una de las preguntas.

—Tu actitud —confesó ella—. Que hay días que estás muy pendiente de mí y otros que desapareces y no sé nada...

Mark dio un paso atrás y resopló, calmándose a sí mismo.

—Antes del Comité de Empresa tuve que irme a Ottawa por una

convención de trabajo —dijo él, intentando serenarse—. Después de lo que había pasado en mi apartamento no quise presionarte, Evelyne. Te lo pregunté claramente. Si no sentías nada por mí, te dejaría en paz. Me olvidaría de ti aunque me costase la vida, aunque fuese lo más difícil que hiciese nunca. Pero te dejé la pregunta en el aire. Y tú no me contestaste. Te fuiste sin responderme y entendí qué necesitabas tiempo. Pero no supe nada de ti en días, a pesar de que te dejase espacio. Joder, estaba esperando una respuesta.

Evelyne agachó la cabeza. Era lo que ella había sospechado desde el principio. No se había puesto en contacto con ella para dejarle espacio. Y que Mark se alejase de ella la había matado por dentro, la había desgarrado. Pero gracias a eso, se había dado cuenta de que le necesitaba más que a nadie.

—Joder Evelyne... ¿No te das cuenta de lo que siento por ti?

—¿Y Susan? —preguntó, sin querer que él continuara hablando—. ¿Te divorciarás de ella?

—Sí —dijo tajantemente—. Pero tengo que esperar a que nazca el bebé. Si me divorcio ahora puedo ocasionar estrés al niño y es lo que menos quiero. Independientemente de que sea mi hijo o no.

Volver a oír hablar así a Mark la enterneció. La manera en la que se dirigía al bebé, fuera o no su hijo, la ablandaba por dentro. Y eso demostraba que por encima de todo, Mark sería un buen padre.

—Te quiero a ti, Evelyne. No a Susan —confesó Mark.

Todas y cada una de las extremidades del cuerpo de Evelyne se estremecieron. La quería. La quería a ella y no a Susan. Y se lo acababa de decir. Como aquellas otras dos veces en las que se lo dijo e hizo que se sintiera la mujer más afortunada del mundo.

—Ya no sé cómo demostrártelo —dijo Mark—. Ya no sé qué más hacer. Estoy loco por ti, Evelyne. Te lo he dicho. Eres todo lo que siempre he buscado en una mujer. Sé que la cagué. Sé que no lo hice bien al tomar aquella estúpida decisión. Pero te prometo que si me das la oportunidad te lo compensaré. No sé cómo, pero lo haré. Todo, absolutamente todo, lo hago y lo haré por ti, Evelyne.

El corazón se le detuvo y la sangre se le calentó en las venas. Lo estaba haciendo. Mark estaba abriendo su corazón a ella, confesándole sus sentimientos.

—Sé que desde que nos conocemos te he dicho varias veces que me voy a

divorciar de Susan —confesó él, dando un paso hacia atrás y metiendo una mano en el bolsillo—. Para mí el matrimonio con Susan no significa nada.

Mark sacó la mano de su bolsillo del pantalón y abrió la palma, mostrando un pequeño objeto que brilló levemente. Cuando Evelyne centró la vista, se quedó sin palabras al ver la alianza de boda de Mark. Volvieron a mirarse y esta vez, dando otro paso hacia atrás, Mark cogió impulso y lanzó el anillo lo más lejos que pudo, a través de los barrotes que custodiaban la terraza del último piso del Empire State.

Evelyne ahogó un grito y se llevó las manos a la boca. ¿Qué acababa de hacer? Sin saber muy bien por qué, miró a los lados esperando encontrar alguna mirada inquisitoria, pero se habían quedado los dos solos. Mark volvió a acercarse y ella sintió como su cuerpo se estremecía ante la proximidad.

—No tengas miedo Evelyne —dijo él.

—Mark... —susurró conmovida. Las ganas de llorar aumentaron y sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Dime lo que sientes —pidió él, sin dejar de mirarla—. Dime lo que sientes por mí, por favor Evelyne...

—Mark...

—Lo necesito... lo necesitamos los dos.

Era verdad. Lo necesitaban. Necesitaban ser sinceros el uno con el otro, necesitaban confesarse lo que llevaban dentro y sobre todo, necesitaban darse una oportunidad. Las lágrimas comenzaron a caer por las mejillas de Evelyne, llevada por la emoción. Mark acortó la distancia entre ellos y acunó su cara con las manos, respirando entrecortadamente, anhelando el contacto.

—Evelyne...

Y cuando la respiración de Mark se unió con la suya, entrecortada, rápida, agitada, demostrando la ansiedad y el anhelo del uno con el otro, supo que había llegado el momento de abrirse con él.

—Estoy enamorada de ti, Mark.

Soltando todo el aire que había estado conteniendo, Mark salvó la distancia entre ellos y envolvió su boca con sus labios. La atrajo por la cintura con una mano y la acercó a su cuerpo, sintiendo su calor mutuo. Evelyne recibió el beso con ganas, estremeciéndose por completo y dando gracias a que Mark la apretaba contra él porque todo su cuerpo tembló cuando la besó.

—Y yo de ti, Evelyne... Estoy enamorado de ti.

Salieron del Empire State cuando el guarda de seguridad les pidió amablemente que lo hicieran, puesto que había llegado la hora de cierre.

Sin pensarlo, Mark condujo a Evelyne hasta el parking donde había dejado su coche y se metieron los dos en él. Salió derrapando del parking a toda velocidad, acelerando violentamente y sorprendiendo a Evelyne por la manera tan brusca con la que Mark estaba conduciendo y a la que no estaba acostumbrada.

—¿A dónde vamos? —preguntó Evelyne, con el corazón desbocado.

—A mi apartamento —dijo Mark, cambiando de marchas con cada curva.

El yo interior de Evelyne dio palmas enérgicamente, y se sintió como una niña de dieciséis años que iba por primera vez a casa de su novio. ¿Harían el amor? Por dios, que sí, pensó, sintiendo como todo su cuerpo se estremecía al pensar en las manos de Mark acariciándola por todas partes.

Se le escapó una risa nerviosa.

—¿De qué te ríes? —preguntó Mark, sonriendo.

Evelyne se removió en su asiento, y decidió jugar. Como cuando empezaron a conocerse, como cuando tonteaban al principio de todo. Como cuando eran felices.

—¿Y si no quiero?

Mark sonrió enigmático y colocó una mano sobre el muslo desnudo de ella, haciendo que se estremeciera de placer. ¿Cuántas veces había querido que su mano estuviera en su pierna? ¿Cuántas veces había soñado con eso? Mark apretó el muslo a la vez que cambiaba de carril rápidamente, cambiando de dirección.

—Te dije que no me acostaría contigo hasta que te enamoraras de mí —dijo, con la voz grave, mientras deslizaba sus dedos hacia el interior de los muslos de Evelyne, metiéndose por debajo del vestido y haciendo que ella se pegase contra el respaldo del asiento—. Ahora lo estás. Estás enamorada de mí —una sonrisa bobalicona apareció en su boca, derritiendo a Evelyne, que intercambiaba miradas hacia él y hacia la mano que la estaba volviendo loca—. Y no voy a perder un puto segundo más sin hacerte el amor. Voy a hacerte mía durante toda la noche.

A Evelyne se le secó la boca y tuvo que reprimir un gemido de placer al escuchar esa declaración de Mark. Hacerle el amor. Solo él era capaz de decirlo y hacerla sentir como si de verdad lo estuviera haciendo.

Mark frenó en seco, en doble fila, y puso el freno de mano rápidamente. Evelyne miró a los lados, sin saber dónde se encontraban. Lo que estaba claro era que no se trataba de la calle donde vivía Mark.

Antes de que pudiera reclamar, Mark soltó su cinturón de seguridad del enganche y se abalanzó sobre ella, buscando su boca y agarrándola por la nuca, para atraerla hacia él. Sin dilación, metió la lengua en la boca de Evelyne, buscando la suya. A ella se le paró el corazón con esa primera invasión y sintió que todo su cuerpo se derretía de placer ante aquella manera tan suya de besarla.

—Si no quieres ir a mi apartamento, lo entenderé —susurró Mark, muy pegado a sus labios—. Pero entonces tendré que hacerte el amor aquí y ahora.

Evelyne se aferró a su cuello, llevada por las palabras y la pasión de Mark. Por dios sí, que le hiciera el amor ya. Notó como sus pezones se endurecieron contra su sujetador cuando Mark metió la mano por debajo de su vestido y la acarició desde el muslo hasta el vientre, haciendo que ella se excitara con el simple roce de su piel. El tiempo que habían pasado separados no había aplacado en absoluto el efecto que tenía sobre ella. Mark era el único hombre que la hacía pasar de cero a cien en apenas unos segundos.

Se removió en su asiento, excitada y notando como su ropa interior se humedecía con cada beso de él. ¿Le haría el amor allí mismo? ¿En medio de la calle? Estaba deseando decirle que sí, que la desnudara, que la tocara y que la hiciera suya de una vez. Pero necesitaba que aquella vez fuera diferente. Necesitaba libertad de movimiento para poder acostarse con él, y el coche no se lo permitía. Se apartó de él, sin dejar de agarrarle por el cuello.

—Vamos a tu apartamento... —suplicó ella, jadeando.

Mark sonrió de lado, la besó con vigor y se separó de ella. Volvió a su sitio inicial, se abrochó el cinturón y reanudó la marcha, con la respiración entrecortada.

Evelyne se fijó en su entrepierna, que palpitaba abultada a través de sus pantalones. Estaba tan excitado como ella y eso solo hizo que le deseara aún más. La manera tan brusca en la que Mark conducía la puso más a tono. Madre mía. ¿Cómo podía desear tanto a un hombre?

Llegaron al apartamento de Mark en menos de cinco minutos. El camino

desde casa de Laurent y Victoria hasta el Empire State se le había hecho muchísimo más largo, pensó.

Mark bajó del coche a la velocidad de la luz para abrir la puerta a Evelyne, y cuando esta bajó del vehículo, se metieron rápidamente al ascensor.

Las ganas de Mark le podían y en cuanto las puertas del elevador se cerraron, empotró a Evelyne contra una de las paredes espejadas y la besó. Se besaban con necesidad y veneración. Se besaban con ganas y sobre todo con pasión.

Cuando entraron en el apartamento de Mark, le faltó tiempo para tirar las llaves contra el suelo y volver a aprisionarla contra la puerta del ático.

Evelyne gimió mientras la estrechaba con fuerza e inclinaba la cabeza para capturar sus labios, saborearlos y reclamarlos, provocándole una oleada de placer. La cazadora de cuero se cayó a sus pies.

—Vamos arriba —sugirió Mark, alejándose de ella y agarrándola la mano.

Subieron las escaleras en espiral de dos en dos, quitándose los zapatos a medida que ascendían, y cuando Mark se metió por la primera puerta, Evelyne se estremeció al reconocer la habitación de Mark. Nunca había estado en ella. Las veces que había estado en su casa habían dormido en la habitación de invitados, nunca en la principal. Mark tiró de ella hacia el interior y se quedó sin palabras. La habitación de Mark era impresionante. Los muebles minimalistas en tonos negros combinaban a la perfección con la ropa de cama en azul marino y un sillón orejero en el mismo tono. La madera rojiza del parqué le daba a la estancia un aire señorial sin igual, pero lo que la dejó sin palabras a Evelyne fue vislumbrar el Empire State desde las enormes cristaleras de la habitación. Se acercó extasiada hasta las ventanas. ¿Sería por eso que Mark la había llevado hasta el Empire State?

Mark se colocó detrás de ella y apartó el pelo de su cuello, haciendo que se estremeciera una vez más. Apretó su cuerpo contra el de ella asiéndola por el vientre, y clavó su erección en su trasero. Con la otra mano empezó a desabrochar el vestido, que tenía una cremallera en la espalda, mientras le besaba el cuello con pequeños mordiscos. Evelyne cerró los ojos, llevada por la pasión. El vestido cayó a sus pies, dejando a Evelyne en ropa interior. Se felicitó a sí misma por haber elegido un conjunto blanco de encaje que se acoplaba perfectamente a sus curvas y se giró. Los ojos de Mark la miraban con vehemencia y vio cómo se oscurecían a medida que repasaba su cuerpo de arriba abajo. El deseo les podía, y volvieron a besarse.

Evelyne comenzó a desabrochar su pantalón vaquero con manos temblorosas mientras Mark se alejaba unos segundos de ella para deshacerse de la camiseta que llevaba. Cuando sus cuerpos, solo cubiertos por su ropa interior, volvieron a juntarse, la sensación de calor les recorrió enteros, haciendo que jadearan.

—Joder Evelyne... —susurró Mark en sus labios, agarrándola suavemente por el cuello y deslizando su pulgar por la barbilla—. ¿Qué me has hecho?

Evelyne gimió a modo de respuesta, acercando sus labios hacia su boca y suplicando que la besara. Mark la besó y, cogiéndola en volandas, la condujo hasta la cama. Apoyando primero una rodilla, depositó a Evelyne en el centro y se apretó contra ella.

—Mark...

Dejó de besarla y se centró en mordisquear su cuello, mientras una mano subió hasta su pecho y lo apretó enérgicamente, arrancándole un jadeo. Sin dilación, Mark se deshizo del sujetador y metió un pezón en su boca, haciendo círculos con la lengua alrededor de él. Evelyne sintió como el cosquilleo se conectaba directamente con su sexo, excitándose sin poder evitarlo. Arqueó la espalda llevada por el deseo y se apretó más a él, sintiendo su abultada erección a través de su ropa interior, que estaba empapada. Mark se deleitaba con sus pechos, mordisqueando uno y pellizcando el otro, mientras se frotaba contra la entrepierna de ella.

—Mark...

Mark buscó su boca.

—No puedo más Evelyne...—gruñó jadeando en su boca—. Necesito estar dentro de ti...

Evelyne lo miró extasiada y se aferró a su nuca. Oír su voz tan desesperada y fuera de control solo intensificó su necesidad de él.

—Hazlo... —suplicó entre jadeos—. Hazme el amor, Mark...

Mark soltó un gruñido gutural y se apartó de ella lo justo para quitarle la ropa interior y para deshacerse de sus calzoncillos. Cuando volvió a pegarse a ella, metió la mano entre sus piernas y rodeó con sus dedos sus hinchados labios.

—Joder Evelyne... —dijo cerrando los ojos—. Estás empapada...

Evelyne se estremeció al sentir el contacto y contrajo todo su cuerpo. Mark movió el dedo corazón de arriba abajo mientras los otros dos la abrían, excitándola aún más. Si seguía así, estaba segura que se correría en cuestión

de segundos.

—Para... —pidió Evelyne entre jadeos—. Si sigues así...

Mark sonrió y apartó la mano.

—No quiero que te corras así —dijo él, serio—. Por lo menos no ahora. Quiero que llegues conmigo dentro.

Evelyne cerró los ojos y se arqueó, mientras Mark se apoyaba en la cama y estiraba el brazo hacia la mesilla. En cuanto abrió el cajón, Evelyne supo lo que trataba de hacer. Estaba buscando un preservativo.

—No... —dijo ella agarrándole el brazo, y haciendo que él la mirara.

—Evelyne...

—Te quiero así... sin nada... —suplicó ella con los ojos vidriosos, mientras metía una mano entre el cuerpo de los dos y agarraba el erecto miembro de Mark.

Mark cerró los ojos, soltando un gemido ante el contacto, y Evelyne notó como las venas de su pene se hinchaban alrededor de su mano.

—Dios... —gruñó Mark cuando ella depositó la punta en la entrada de su vagina.

—Solo...necesito... —dijo Evelyne, agarrándose a su hombro.

—Eres tú —soltó Mark, abriendo los ojos y clavándolos en ella. Estaban quietos, notando el más mínimo movimiento y respirando entrecortadamente por el deseo—. Siempre fuiste tú Evelyne. No puedo hacer el amor así con nadie más. No quiero hacerlo con nadie más. Te quiero... Te amo desde el día en que te conocí.

Evelyne levantó la cabeza y le besó, a la vez que sacaba la mano de entre sus cuerpos y le apretaba el trasero, para que se acoplara con ella. Gimió en la boca de Mark cuando notó cómo se encajó ferozmente dentro de ella. El pinchazo inicial dio paso al placer de tenerle dentro de ella, envolviéndole con sus labios húmedos y suplicándole más.

—Joder... —susurró Mark comenzando a moverse dentro de ella.

Evelyne abrió las piernas todo lo que pudo para dejar que Mark se introdujera hasta el fondo de ella. Y lo hizo. Vaya que si lo hizo. Mark entraba y salía de ella, haciendo que el orgasmo la alertara de que estaba más cerca de lo que pensaba.

—Mark...

—Córrete Evelyne —pidió Mark, apretando su trasero contra ella y agarrándose con la otra mano al cabecero de la cama, para tener más apertura

de movimiento—. Córrete para mí... Ahora sí.

Y como ya había pasado en otra ocasión, Evelyne se dejó llevar. El orgasmo la sobrevino de manera salvaje, dura y brutal. Como las penetraciones de Mark. Empujaba con decisión, con ansiedad y con pasión. Evelyne sintió como sus músculos más internos se contraían alrededor de la polla de Mark y se arqueó cuando el clímax la invadió por completo, estremeciéndola en los brazos de Mark. Él se derramó dentro de Evelyne a los pocos segundos, llevado por la excitación y el momento.

—Evelyne...

Mark la besó, sintiendo como sus respiraciones se iban acompasando poco a poco, abrazados entre jadeos y sudor. Se miraron, y Mark sonrió. Evelyne se derritió ante el gesto y no pudo evitar sonreír también. Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar que aquello no había sido un polvo cualquiera. No había sido sexo entre dos personas. No. Había sido más. Mucho más. Había sido la manera que los dos tenían de expresar los sentimientos. De decirse que estaban locos el uno por el otro sin palabras. Había sido una declaración en toda regla y a pesar de todo, Evelyne sintió que necesitaba decirlo. Y cuando lo hizo, los ojos de Mark brillaron como nunca antes lo habían hecho.

—Te quiero Mark.

Cuando se despertó le dolía todo el cuerpo. Sentía la tirantez en los muslos y tenía todo el cuerpo irritado debido a las caricias de aquella noche. Por fin, había vuelto a los brazos de Mark. Habían hecho el amor como dos enamorados. No una vez. Ni dos. Sino al menos tres, llevados por un deseo insaciable incapaz de apagar.

Sonrió entre las sábanas, feliz. Sí. Era feliz. Más feliz de lo que había sido en toda su vida. Y sabía perfectamente que la razón de su alegría no era otra que Mark. Ese hombre que había conseguido hacerla sentir lo que nadie, tanto a nivel físico como a nivel sentimental. Había conseguido derribar las barreras que ella misma se había forjado, al no creer en el amor. Y ahora, volvía a sentir que el amor era posible y que dos personas se podían amar tan intensamente que incluso dolía. Porque eso era lo que les había pasado. Se amaban, desde el primer momento. Aunque Mark se dio cuenta antes que ella, claro.

Sonrió y se giró hacia él. Mark dormía plácidamente a su lado, totalmente desnudo, tapado solo por la fina sábana que se transparentaba. Respiraba tranquilo, y la abrazaba fuertemente con un brazo.

Evelyne sintió la necesidad de besarle. Pero parecía que aquel sueño en el que ahora mismo estaba inmerso, le reparaba el alma. Y verle tan tranquilo la enterneció. Acarició su mejilla lentamente, para no despertarle, y sonrió.

Se apartó con mucho cuidado, apartando su brazo lentamente para no despertarle. Necesitaba ir al baño.

Se levantó y se giró hacia la cama, para echar un último vistazo a Mark y asegurarse de que seguía dormido. Se tapó con los brazos el cuerpo desnudo y buscó por la habitación en busca de ropa. No podía ponerse su vestido así, tal cual. No se sentiría cómoda. Reparó en el armario de Mark y decidió cogerle prestada una camisa de esas que tanto le gustaban.

Se acercó de puntillas al armario, deslizó las puertas correderas y con mucho cuidado de que las perchas no hicieran ruido, cogió la primera camisa que encontró y se dirigió al baño de la habitación.

Al cerrar la puerta y girarse, tuvo que reprimir un grito de asombro. El baño de la habitación de Mark era impresionante. Casi tanto o más que toda

la casa. Estaba decorado con azulejos en tonos azules y negros; y una enorme bañera de forma triangular remataba el aseo, pegada a una cristalera que dejaba ver de nuevo la grandiosidad de Nueva York.

Después de la impresión inicial, Evelyne se puso la camisa de Mark y se lavó la cara. No se sorprendió al ver rubor en sus mejillas, igual que irritación en los labios. La noche había sido demasiado movida, pero no se arrepentía de nada.

Hizo pis y con cuidado de no hacer ruido, abrió la puerta lentamente para volver a la habitación con Mark.

—Pensé que te habías ido...

Evelyne dio un pequeño brinco y se pegó contra la puerta cerrada del baño cuando vio a Mark despierto, sentado en la cama y con la espalda apoyada contra el cabecero de la misma. Estaba completamente desnudo, y la sábana solo le tapaba de cintura para abajo. El torso de Mark era perfecto. No tenía los músculos marcados, solo tonificados. Recordó aquel cuerpo apretado contra el suyo y se le secó la boca.

—Tenía que ir al baño —dijo ella, sonrojada.

Mark sonrió de lado, aliviado, y se fijó en ella recorriéndola con la mirada. Evelyne se miró también e intentó bajar la camisa lo más que pudo para ocultar más sus piernas.

—Eh... —comenzó ella, nerviosa.

—Te queda mejor a ti que a mí —dijo él, moviéndose nervioso en la cama—. Ven.

Cuando Mark estiró una mano hacia ella, sintió que las piernas le flaqueaban. Evelyne no podía creer que estuviera allí, en casa de Mark. Con él. Se acercó nerviosa con una sonrisa bobalicona en la cara, y cuando agarró la mano de Mark, él tiró de ella hasta sentarla a horcajadas encima de él. Antes de que Evelyne pudiera decir algo, Mark la abrazó fuertemente contra él y acurrucó su cabeza en su cuello, aspirando fuertemente.

—Creí que había sido todo un sueño... —susurró él—. Creí que lo había soñado y que todo lo que pasó ayer había sido cosa de mi imaginación...

Las palabras de Mark la enternecieron y lo rodeó con sus brazos.

—No ha sido un sueño Mark. Estoy aquí —dijo ella, apartándose y acunándole la cara.

Los ojos de Mark estaban de su verde natural, brillantes aunque cansados por no haber dormido lo suficiente aquella noche. Mark sonrió levemente y la

apretó contra él, buscando su boca. Evelyne le devolvió el beso despacio, saboreando todas y cada una de las partes de sus labios. Mark colocó sus manos en la cintura de ella, haciendo que un estremecimiento la invadiera por completo al sentir sus manos tocando su cuerpo por encima de la camisa.

—La noche en la que Susan me dijo que estaba embarazada... —comenzó él, apartándose para mirarla a los ojos. Evelyne se tensó en sus brazos—. Ella...bueno...

—Dime —instó Evelyne.

Mark apretó los labios y cogió aire.

—Ella me dijo que si seguía contigo no me permitiría ver a mi hijo.

Evelyne entornó los ojos. ¿En serio Susan había dicho eso? ¿Había llegado tan bajo como para amenazar a Mark con no dejarle ver a su hijo?

—Eso no es legal —soltó ella molesta.

—Lo sé —confesó él—. Pero al principio... me asusté. Si ese bebé es mío...

Evelyne se relajó ante la debilidad de Mark. Seguía sujetándolo fuerte por la cintura, masajeando su vientre y haciendo que su cuerpo anhelara más encuentros como la noche anterior.

—Mark...

—Si el bebé de Susan es mío... —comenzó él, más nervioso que ella.

Mark chasqueó la lengua, antes de terminar la frase. Evelyne le acarició la mejilla, instándole a que continuara.

—Mark...

—¿Te quedarás conmigo? —preguntó, clavándole sus ojos.

Evelyne respiró aliviada. Por un momento pensó que los tiros iban por otro lado. Sonrió levemente, sin dejar de mirarle, y vio el miedo en sus ojos. La congoja. ¿Estaba dudando?

—Sé que... —continuó él, inquieto—. Sé que te estoy pidiendo demasiado. Y más después de lo que hice, pero...yo...

Evelyne posó su pulgar sobre los labios de Mark para que callara.

—Me quedaré contigo —susurró cerca de su boca, más segura que nunca—. Pase lo que pase.

Los ojos de Mark brillaron y como si hubieran activado un detonador, la besó. Con fuerza, con ganas. No necesitaban nada más. No necesitaban hablar ni tratar de aclarar las cosas. Solo se necesitaban a ellos.

Mark se despegó de sus labios y hundió su cabeza en el cuello de Evelyne,

aspirando con fuerza, mientras la apretaba contra su cuerpo, rodeándola con sus brazos. Evelyne se dejó abrazar e hizo lo propio, sintiendo el calor que desprendía el cuerpo de Mark. Sintiendo que estaba en paz, en calma. Sintiendo que estaba en casa.

—Eres la mujer de mi vida —susurró Mark, sin apartarse de su cuerpo—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Se notaba a la perfección que algo había cambiado en la vida de Evelyne con solo verle la cara al entrar aquel lunes en el trabajo. Su piel estaba radiante, sus ojos brillaban y emanaba felicidad por todos los lados. Y, como ya sabía de sobra, la razón de esa felicidad y ese estado de ánimo no era otro que Mark.

Desde que se habían confesado sus sentimientos en el Empire State aquella noche del sábado, habían estado en la cama prácticamente todo el tiempo. Solo habían salido en una ocasión para recoger algo de ropa de Evelyne y volver al ático de Mark. No habían sido capaces de separarse el uno del otro y, aquella mañana de lunes, por cuestiones de trabajo, tuvieron que hacerlo.

Mark la acercó al trabajo sin apartar la mano de su muslo, intentando mantener el contacto en todo momento. Era como si, el hecho de no tocarse, les doliera. La dejó en la puerta del edificio de Advertising poco antes de las nueve en punto y acordaron que la iría a recoger a la salida para volver a su ático.

Evelyne suspiró recordando ese encuentro con Mark, mirando embobada por la ventana. Desde que había llegado al trabajo apenas había podido avanzar nada. Se había sentado en el borde de su escritorio, con los tobillos y los brazos cruzados, rememorando una y otra vez aquellos maravillosos momentos con Mark.

El reflejo de la ventana le devolvió una imagen de ella misma que no reconoció. Vestida con un mono en tonos azules que le llegaba hasta la rodilla, sin mangas y con escote barco, no paraba de sonreír. Tenía las mejillas ligeramente sonrojadas, a pesar del maquillaje, y sus ojos verdosos brillaban. Maldita sea. Sonrió. Sonrió como una idiota por lo feliz que era.

Su móvil vibró en la mesa, sacándola de sus propios pensamientos y, sabiendo perfectamente de quien se trataba, casi se lanzó a por él.

Mark: Tan solo han pasado unas cuantas horas sin ti y ya te echo de menos.
¿Qué me has hecho, Evelyne?

La sonrisa de bobalicona volvió a aparecer en sus labios, y cuando estaba a punto de responder al mensaje, la puerta de su despacho se abrió.

—Buenos días, señorita desaparecida —dijo Victoria acercándose a ella después de cerrar la puerta, mientras hacía sonar sus tacones por el despacho. Llevaba las gafas de pasta que le cubrían prácticamente toda la cara, y un vestido en tonos verdes y morados bastante colorido.

—Hola Vicky —saludó ella dejando el móvil en el escritorio.

—Te llamé ayer pero no hubo forma de encontrarte —dijo ella, divertida—. ¿También estabas con la puta resaca? Maldito vino Evy, la próxima vez no bebemos tantas botellas.

—No hables así, Vicky —dijo ella divertida, intentando sonar más seria de lo que sonó.

—Discúlpame, señorita refinada — respondió Victoria burlándose, cruzada de brazos y haciendo morritos—. Solo quería saber si se encontraba con la misma desazón que yo debido a la ingesta de la maravillosa cosecha que degustamos en mi casa.

Evelyne rompió a reír en carcajadas, haciendo que Victoria hiciera lo mismo.

—Estás fatal —dijo Evelyne sin dejar de reír.

Victoria levantó una ceja y la escudriñó durante unos segundos que se hicieron eternos. Evelyne dejó de reírse y parpadeó.

—¿Qué pasa?

—Eso digo yo —respondió Victoria poniendo los brazos en jarras—. ¡¡Tú has hecho arroz!!

—¿Qué yo qué?

Victoria se acercó más a ella.

—Que tú has hecho arroz —repitió ella, levantando una ceja—. ¿No me has dicho que sea más fina?

—Sí, pero...

—Es otra manera de decir que tienes cara de bienfollada.

Evelyne puso los ojos en blanco y Victoria dio un grito bastante efusivo.

—¡Maldita sea! ¡¿Qué ha pasado?!

Evelyne notó como el calor subía hasta sus mejillas y, nerviosa, se levantó del escritorio y comenzó a dar vueltas por el despacho.

—Ya lo sabes... —dijo tímida.

—La bola de cristal todavía no me ha llegado —dijo Victoria, acercándose a ella—. La he pedido en Amazon pero ya sabes cómo son estas cosas...

—Eres boba...

—¡Suéltalo ya! —pidió Victoria nerviosa.

Evelyne la miró por un momento, pero la excitación le pudo y tuvo que apartar la vista. Suspiró, con una sonrisa en la boca, recordando el momento.

—Cuando salí de tu casa el sábado... —comenzó—. Mark estaba esperándome abajo...

Victoria volvió a gritar, emocionada.

—¡¿Qué dices?!

Evelyne asintió con la cabeza, sonriendo.

—¡¿Cuéntamelo todo, fea!! —exigió Victoria.

Evelyne lo hizo. Lo confesó todo, sin escatimar en detalles. Bueno, algunos detalles de los encuentros sexuales que tuvo con Mark los guardó para ella, a pesar de que Victoria insistiera en que Evelyne le contara con pelos y señales.

Victoria gritaba con cada momento que ella narraba. El momento en el que se encontró a Mark esperándola en el coche, cuando la llevó hasta el Empire State, cuando la cubrió con su cazadora para que no tuviera frío... Victoria se llevó las manos a la boca en el momento en que Evelyne narró como Mark, para demostrarle que no tenía nada con Susan, tiró su alianza de bodas por la terraza del Empire State. Y los ojos de su amiga se llenaron de lágrimas cuando ella relató cómo habían abierto sus corazones y se habían confesado emocionados que estaban enamorados el uno del otro.

—¡¿Quiero llorar!! —dijo Victoria—. ¡Qué bonito, por favor!

—Eres una exagerada —espetó Evelyne quitándole importancia, aunque pensase que sí, que lo que estaba pasando entre ella y Mark estaba siendo realmente precioso.

Antes de que pudieran seguir hablando, la puerta se abrió, haciendo que las dos amigas se girasen en su dirección. Neil entró mesándose su melena rubia, portando bajo el brazo un montón de carpetas. Llevaba una de sus típicas camisas blancas, arremangadas hasta los codos y con el primer botón desabrochando, dejando ver un pequeño trozo de su torso.

Evelyne se tensó, cruzándose de brazos. Después de lo que había pasado entre ellos, le debía una explicación a Neil. Tenía que cortar el tonto ahora que había retomado la relación con Mark. Victoria se giró hacia ella, entornando los ojos y preguntándole con la mirada. Evelyne asintió.

—Hola chicas —dijo Neil, sonriendo abiertamente mientras se le marcaban los hoyuelos en las mejillas.

—Hola —saludó Evelyne, un poco fría.

—Yo ya me iba —dijo Victoria, dirigiéndose a la puerta. Neil y Evelyne la vieron marcharse y cuando la puerta se cerró, Neil se acercó al escritorio y dejó los papeles sobre la mesa.

—Por fin solos —dijo Neil con un brillo especial en los ojos, acercándose a Evelyne.

Depositó sus manos en sus hombros y se acercó demasiado a ella. Evelyne se tensó y cuando Neil fue a besarla en la boca, ella giró la cara.

—Neil...

—Oh, vamos... —dijo él, sin soltarla—. Ya nos hemos besado antes, ¿qué hay de malo?

Evelyne lo miró de hito en hito. Los ojos azules de Neil brillaban de deseo.

—Neil...tenemos que hablar.

Él sonrió y posó sus manos en la cintura de ella.

—Podemos hablar luego —dijo con voz sensual, acercándose más—. Nos hemos quedado solos y podríamos aprovechar para acabar lo que empezamos el último día en tu portal...

Evelyne se tensó y colocó una mano en su pecho, intentando alejarle.

—Escúchame...

Pero en ese momento y sin previo aviso, la puerta de su despacho volvió a abrirse. Por un momento Evelyne pensó que podría tratarse de Victoria o de Henry, pero cuando vio a Mark aparecer por la puerta, su corazón se detuvo. A pesar de haberle visto, ya por la mañana, ataviado con sus chinos oscuros y su camisa blanca, verle de nuevo le revolucionaba el corazón. Maldita sea, cuánto le gustaba ese hombre.

Mark entró con una sonrisa de lado en su cara, pero cuando les vio, su cara se desencajó. Neil seguía sujetándola por la cintura mientras ella intentaba apartarle con una mano en el pecho. Mierda. No. Maldita sea, no quería que Mark pensase lo que no era. Parpadeó nerviosa y miró a Neil, que sonreía. ¿Por qué sonreía? Volvió a mirar a Mark, que tenía el rostro descompuesto. Había fruncido el ceño y la vena del cuello se le marcaba más de la cuenta. Mierda.

—Mark... —susurró ella, temerosa.

—¿Qué coño haces aquí? —gruñó Mark en un tono tan rudo que Evelyne dio un brinco. Quiso hablar pero no pudo. Y entonces cayó en la cuenta de que Mark no la miraba a ella. Lo miraba a él.

Neil se apartó de Evelyne, sin dejar de sonreír, y metió las manos en los

bolsillos.

—Yo también me alegro de verte, Mark.

¿Qué? ¿Cómo que se alegraba de verle? ¿Se conocían?

—Vete a la mierda, Neil —bufó Mark, demasiado tenso—. Te he preguntado qué coño haces aquí.

Neil sonrió. Evelyne dio un paso hacia atrás y se dio cuenta de que estaba viviendo la escena como si fuera una espectadora. ¿Qué estaba pasando?

—Trabajo aquí —confesó Neil divertido.

Mark soltó el aire por la nariz, bufando. Estaba demasiado rígido y tenía todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—¿Y tiene que ser con ella? —preguntó Mark entre dientes, señalando con el dedo hacia Evelyne.

Neil rio divertido.

—Ha sido mera casualidad.

—Y una mierda. Jamás has hecho las cosas por casualidad. Lo sabías. Sabías quién era.

—Vamos Mark —dijo Neil, tranquilo—. ¿Es así como saludas a un viejo amigo?

Mark apretó los puños, respirando entrecortadamente. Estaba nervioso, tenso y muy alterado. Evelyne parpadeó, sin acabar de entender.

—¿Qué ocurre? —preguntó Evelyne, dirigiéndose a Mark y acercándose un paso hacia él—. ¿Os conocéis?

Mark la miró fijamente, pero antes de que pudiera contestar, Neil se adelantó.

—Solo de vista —dijo divertido, captando la atención de Evelyne.

—Eres un hijo de...

—Vamos Mark —interrumpió Neil con una carcajada.

Evelyne no entendía muy bien la situación. Volvió a mirar a Mark y a acercarse a él. Estaba nervioso, alterado, controlando sus propios impulsos.

—Mark...

Y cuando la miró, se sorprendió de lo que vio. Los ojos de Mark estaban demasiado claros, sin apenas pupila. Estaban llenos de ira, de rabia... ¿de dolor?

—Neil era mi mejor amigo —confesó al fin, escupiendo las palabras—. Fue a él al que pillé en la cama con Susan.

No. No podía ser. Evelyne sintió como el aire no le llegaba a los pulmones.

Recordó la conversación con Mark en la que le contó como su mejor amigo había estado con Susan mientras él luchaba por su matrimonio, y que, después de perdonar a Susan, ella siguió viéndose con él. No podía ser. Aquel “él” era Neil. El Neil que trabajaba para ella como secretario de Advertising. ¿Cómo no podía haberse dado cuenta antes?

—Bueno, bueno... —dijo Neil, cruzándose de brazos—. No nos pongamos tan dramáticos. Eso ya es pasado.

—No es pasado cuando el hijo que espera Susan puede ser tuyo —soltó Mark, con los puños apretados.

Mierda. ¿Neil era el otro posible padre del bebé de Susan? Evelyne frunció el ceño, molesta. ¿Por qué Neil no le había dicho que conocía a Mark? Habían hablado de él, cuando Neil le dijo que las recepcionistas le habían contado lo que había pasado entre ella y Mark. Y también habían tratado el tema en el bar, en aquella primera cita.

—Vamos Mark —dijo Neil, sin dejar de sonreír—. No me cargues a mí con el muerto. Hazte cargo de la paternidad de ese bebé de una vez.

—No hasta que Susan me demuestre que es mío —escupió Mark, herido—. Por estadística tiene más posibilidades de ser tuyo que mío. No habéis dejado de follar en todo este tiempo.

Evelyne movía la cabeza de un lado a otro, mirando a Neil y a Mark. Estaba impactada, sorprendida y dolida. ¿Por qué Neil se lo había ocultado?

—Oh, Mark —dijo, acercándose a Evelyne y colocándole una mano en la parte baja de la espalda—. Créeme que ahora tengo puestas mis miras en otra mujer.

Ya está. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Lo que sucedió a continuación fue como si estuviera grabado a cámara lenta. Durante las décimas de segundo que tardó Mark en reaccionar, Evelyne pudo escuchar cómo le rechinaban los dientes. Mark se movió con rapidez y cuando llegó hasta ellos, agarró del cuello a Neil y lo empujó contra el borde del escritorio, que se movió ante la fuerza de los dos hombres. Evelyne ahogó un grito y retrocedió, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—¿Es que acaso no te valió con joderme una vez que tienes que ir detrás de todas las mujeres de mi vida? —gritó Mark fuera de sí, apretando su mano contra la garganta de Neil.

Neil se agarró a sus brazos, intentando en vano que lo soltara, pero Mark apretaba cada vez más fuerte.

—No tengo la culpa de que tengamos el mismo buen gusto con las mujeres... —murmuró un Neil enrojecido, sin borrar la sonrisa de su cara.

Mark estaba fuera de sí. A pesar de que Neil intentaba zarandearle para que le soltara, solo conseguía que este apretara más y más. Tenía sus ojos verdes fuera de sí, enrojecidos, clavados en él. Evelyne jamás le había visto así. Jamás había visto a Mark perder tanto los papeles como en aquella ocasión. Tenía que actuar.

—Parad, parad —pidió ella, acercándose y agarrando el brazo de Mark.

Cuando la mano de Evelyne tocó el brazo de Mark, pareció volver a la realidad. Rojo de ira desvió su mirada hacia ella, relajó el gesto y soltó la garganta de Neil. Evelyne lo miró nerviosa mientras Mark retrocedió, negando con la cabeza y recuperando el aliento.

—Mark... —susurró ella, acercándose a él.

Neil se colocó la camisa mientras se levantaba. Parecía tan tranquilo que nadie diría que acababan de intentar ahogarle. Mark, por el contrario, estaba bastante alterado. Había retrocedido casi hasta la puerta y cuando levantó la mirada hacia Neil, volvió a clavarle los ojos, llenos de odio.

—Mark...

Pero no la escuchaba. Abrió la puerta y dando un portazo, salió tan rápido como había entrado. Evelyne se quedó en shock. ¿Qué narices había pasado allí?

—Menudo tío, cómo se ha puesto —soltó Neil, divertido.

Evelyne se giró hacia él, con el ceño fruncido. Miles de pensamientos se agolpaban en su cabeza, pero sin duda lo que más le había afectado era ver reaccionar así a Mark. Que Neil estuviera tan pancho solo incrementaba su malestar.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ella, cruzándose de brazos.

—¿El qué?

Evelyne entornó los ojos, nerviosa.

—Que tú y Mark os conocías —dijo ella—. Que eras su mejor amigo y por consiguiente, que te acostaste con Susan cuando estaban casados.

Neil sonrió y levantó una ceja, tranquilamente.

—Tampoco me lo preguntaste.

Evelyne soltó una leve risa, carente de humor. La prepotencia y la soberbia de Neil le crispaban los nervios.

—¿En serio? —dijo brusca—. Neil, no voy preguntando a la gente si

conoce a Mark o si se ha acostado con Susan.

Pareció que el comentario le hizo gracia y eso solo frustró más a Evelyne.

—Tampoco es para tanto —se defendió él.

—Sí que lo es. Me has mentido —espetó ella, acercándose a Neil—. Sabías que conocía a Mark. Sabías lo que había pasado. Me lo dijiste muchas veces.

—¿Y qué?

—¿Cómo qué y qué?

—¿Hubiera cambiado algo entre nosotros? —preguntó Neil acercándose a ella.

—¡Por supuesto que hubiera cambiado, Neil! —repuso ella—. Durante todo este tiempo sabías quien era. Sabías que había tenido algo con Mark. Y tu me ocultaste quien eras. ¡Has estado jugando todo el tiempo!

—Evelyne.

—No. Estamos juntos Neil —dijo—. Mark y yo estamos juntos. Nos queremos. Ya está.

La cara de Neil fue cambiando el gesto poco a poco. Ahora ya no había ningún ápice de alegría y fruncía el ceño ligeramente.

—Está casado, Evy —dijo, molesto—. Y va a tener un hijo con Susan.

Evelyne frunció el ceño, dolida por el ataque de Neil.

—Ese hijo puede ser también tuyo.

Neil chasqueó la lengua.

—El hijo es de Mark. No hay ninguna posibilidad de que ese hijo sea mío. ¿No me crees?

Evelyne apretó los labios. ¿Tendría que creerle después de que le hubiera ocultado quién era?

—No, Neil, no te creo —dijo seria—. Me mentiste con respecto a Mark.

Los ojos de Neil se oscurecieron y su cuerpo se tensó.

—No te he mentido —insistió él—. El único que miente es Mark.

—¿Mark? —preguntó ella sin entender la acusación.

Neil se mesó el pelo, nervioso, y una sonrisa lobuna apareció en sus labios.

—Te mostraré al verdadero Mark —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Y entonces ya veremos quién miente.

Cerró la puerta tan violentamente que el estruendo hizo que las paredes de su despacho temblaran. Y ella también.

Desde que Mark se había marchado tan afectado de su despacho no había vuelto a saber nada de él. Le había llamado dos veces, pero su teléfono comunicaba constantemente y no le había devuelto las llamadas. Evelyne sabía que no estaba bien por la manera en la que se había ido. Ver a Neil allí, con ella, lo había roto por dentro, pero tenían que hablar y aclarar las cosas. Por eso, cuando llegó la hora de irse a casa sin saber si Mark la iría a buscar o no, decidió pedirle a Victoria que la acercara hasta su apartamento.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Victoria mientras conducía su pequeño Toyota Yaris blanco por las calles de Manhattan—. ¡Me parece muy fuerte! ¿Cómo no te lo ha dicho antes?

—Neil se escuda en que no le pregunté directamente —masculló Evelyne con los brazos cruzados.

—¡Pero qué jeta! —espetó Victoria—. ¡Tampoco puedes ir preguntando a todos si conocen a Mark!

—Eso le dije yo.

—¿Y qué dijo Mark? —quiso saber su amiga.

Evelyne apretó los labios.

—Nada. Estaba bastante afectado por ver a Neil en mi despacho.

—Hombre, ¿qué esperas? —preguntó Victoria sin esperar una respuesta—. Encontrarse al que fue tu mejor amigo con tu chica, no es plato de buen gusto para nadie. Y más después de que se tirase a tu mujer en tu cara.

Evelyne asintió en silencio. Era normal que hubiera reaccionado así, pero eso no quitaba que siguiera preocupada por él.

—De todas maneras... —dijo Victoria, poniéndose un dedo en la barbilla—. Ahora que lo pienso, en las reuniones con M&S jamás han coincidido. Neil siempre estaba fuera. Menuda casualidad.

Evelyne parpadeó. Cierto. Lo raro era que a las reuniones a las que venían Susan y Mark no hubieran coincidido con Neil. O igual no. Igual Neil había hecho todo lo posible para no coincidir con ellos y aun así... Maldita sea. Ahora ya no se fiaba de nadie.

—¿Qué harás con Mark? —preguntó Victoria cuando estacionó en doble fila, al lado de su portal.

Evelyne la miró mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—Creo que iré a su casa —dijo ella, un poco ruborizada—. Estoy preocupada por... cómo se ha ido...

Victoria sonrió y levantó una ceja.

—Seguro que un buen polvo lo anima —dijo con la boca abierta de par en par.

—Mira que eres burra.

Volvió a revisar su móvil mientras se quitaba el exceso de humedad del pelo con una toalla. Nada. Mark no se había puesto en contacto con ella desde que se había marchado como lo había hecho, y eso la entristeció. No quería que pensara que tenía algo con Neil, ni mucho menos, pero quería aclararlo. Era así como debería funcionar aquello, ¿no? Hablar y sincerarse era el método para que una relación saliera bien.

Dejó el móvil en el lavabo y se concentró en secar su pelo con la toalla. Se había dado una ducha relajante y decidió prepararse para ir a casa de Mark y pasar la noche con él. Si no le localizaba en su ático, iría a buscarle al trabajo. ¿En qué otra parte podría estar?

Sonrió. Tenía ganas de verle. En cuanto terminara de secarse el pelo se quitaría esa camiseta rota tres tallas más grande que usaba para estar en casa, se vestiría e iría a verle.

En el momento en el que iba a sacar el secador del mueble del baño, el timbre de su casa sonó. Extrañada, salió hacia la puerta y, ocultándose detrás, la abrió lentamente.

—Mark.

Evelyne sonrió al verle y cuando abrió la puerta de par en par para dejarle entrar, Mark se abalanzó sobre ella, cerrando la puerta con el pie.

—Hola —dijo él, apretándola entre sus brazos, mientras la cogía por la nuca y la encajaba en su pecho.

Evelyne parpadeó, sorprendida por la premura de Mark, pero después del shock inicial, se dejó abrazar y le rodeó con los brazos. Se sintió pequeña envuelta en su pecho al estar descalza y sin sus inseparables tacones.

—¿Estás bien? —preguntó ella, notando el latido agitado en el pecho de Mark.

—Ahora sí... —susurró él en su oído, sin dejar de abrazarla.

Evelyne le acarició la espalda, intentando calmarle.

—Mark...te he intentado llamar pero no te localizaba...

Él se apretó con fuerza.

—Se me ha complicado el día en el trabajo... —se justificó él, no muy convencido.

—Mark...

Se alejó de ella y colocó su frente sobre la suya, con los ojos cerrados. Mark estaba nervioso. No parecía él. Evelyne lo miraba y lo apretaba fuertemente.

—Habla conmigo... —pidió ella, preocupada.

Mark suspiró, acariciando su nuca.

—Tengo que preguntártelo... —comenzó él, alterado—. Necesito saberlo...

Evelyne se apretó más a él, animándole a que le formulara lo que necesitaba saber. Mark suspiró fuertemente, manteniendo los ojos cerrados.

—¿Te has acostado con él?

Y aunque no dijo su nombre, Evelyne supo perfectamente que se refería a Neil. Apretó los labios. Una parte de ella se sintió dolida ante la pregunta. ¿Y qué si lo había hecho? Había sido él quien había decidido cortar con ella.

—Sé que no tengo derecho a preguntártelo —dijo Mark, abriendo los ojos y clavándolos en ella—. Pero de todas las personas con las que podrías haber estado la que más me dolería sería él...

—Lo sé... —soltó ella.

—Te perdí, Evelyne. Te perdí por ser un gilipollas. Pero el simple hecho de pensar que hayas estado en los brazos de otro hombre me destroza por dentro. Me machaca. No tengo derecho a decírtelo, sé que no lo tengo. Joder... —cerró los ojos durante un momento, como si lo que fuera a decir le doliera más que nada, y volvió a abrirlos—. No tienes ni idea de lo que me has hecho... Yo antes no era así. No era celoso, no era posesivo... pero joder, contigo no puedo. Te quiero mía y de nadie más...

Oír aquella confesión la estremeció de arriba abajo. Mark parecía ansioso, devastado, y eso la conmovió. Que solo la quisiera para él hizo que se sintiera especial. Y supo que no era un amor enfermizo. Todo lo contrario. La quería. La quería más que a nada en el mundo y tenía miedo de volver a perderla.

Evelyne dejó de rodear su cintura y le acunó la cara, mirándolo fijamente.

—Te mentiría si te dijera que no lo intentamos —confesó ella, notando

como los músculos del cuello de Mark se tensaban—. Quedamos, sí. Y nos besamos, pero...cuando fuimos a más...

Mark contenía la respiración. Estaba librando una batalla interior, estaba claro. No tenía ningún derecho a reclamarle nada, pero no cabía duda que imaginarla en los brazos de otro hombre lo mataba por dentro.

—No pude Mark —confesó Evelyne, llevando sus manos hasta su nuca y enredando sus dedos con su cabello—. No pude hacerlo...no era capaz de seguir, porque pensaba en ti. No te sacaba de mi cabeza. Estabas en todos y en cada uno de mis pensamientos...

Mark cerró los ojos y soltó el aire bruscamente durante unos segundos que se hicieron eternos. Había retenido el aire demasiado tiempo y el color rojo de sus mejillas desapareció.

—Joder Evelyne... —susurró, acariciándole la nuca y apretándola más por la cintura—. No sabes lo que significa eso para mí...

—Dímelo —pidió ella.

Pero en vez de responderle, besó sus labios con tanta ansiedad que Evelyne parpadeó sorprendida. Se apretó a él, rodeándole con los brazos y abriendo la boca, para devolverle el beso. Mark introdujo su lengua dentro, enredándose con la suya y haciendo que Evelyne gimiera de placer.

—Lo eres todo para mí...Cada respiración, cada suspiro que sale de tu boca, cada gemido que se escapa de tu garganta...son míos, Evelyne.

Ella jadeó a modo de respuesta y Mark la cargó en su cadera, besándola el cuello. De dos zancadas llegaron al salón y la depositó en la mesa de tonos negros que tenía cerca de la puerta. Dio un tirón a la vieja camiseta que Evelyne llevaba puesta, dejando al descubierto sus pechos, totalmente desnudos, haciendo que ella ahogara un grito.

Mark la atrajo hasta el borde de la mesa y se metió entre sus piernas, apretándola contra su erección, latente. ¿Lo iban a hacer allí mismo? Pensó Evelyne. Solo de imaginarlo se humedeció. Con las manos temblorosas comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, mientras él mordía su cuello y pellizcaba uno de sus pezones, haciendo que se estremeciera de arriba abajo. Cuando la camisa estuvo desabrochada, se apretó contra él, logrando que jadeara. Sentirse así, piel con piel, medio desnudos, con las respiraciones tan aceleradas, les excitaba demasiado.

Mark se separó de ella para deslizar su tanga y dejarlo caer al lado de la mesa. Cuando volvió junto a ella, Evelyne le quitó el cinturón y desabrochó

sus pantalones, dejándolos caer también al suelo. Con premura, sacó su miembro de su ropa interior y lo agarró con fuerza. Estaba grande, con todas las venas marcadas y con la punta brillante. Listo para ella. Mark posó su mano encima de la de Evelyne y comenzó a tocarse. Apoyó la frente en la de ella y cerró los ojos.

—Joder Evelyne...

Evelyne se mordió el labio y con la mano libre, agarró su trasero hasta que la punta del pene de Mark quedó encauzada en la entrada de su vagina. Mark abrió los ojos, de un oscuro ardiente, y sin dejar de mirarla, entró en ella. Evelyne notó como la penetraba poco a poco, ensanchándola y llenándola entera.

—Mark...

Con ella apretada a su cuello, comenzó a acelerar el ritmo de sus embestidas, haciendo que ella notase cada entrada y cada salida de su cuerpo. Evelyne se arqueó para recibirle mejor, notando como la excitación aumentaba en su interior, haciendo que toda su piel estuviera hipersensible. No iba a poder aguantar mucho más si las embestidas seguían así, y Mark lo supo al notar su respiración acelerada. Sin dejar de arremeterla, la apartó de él, y la instó a que se tumbara en la mesa, con la espalda sobre el tablero. La sujetó de las nalgas y la acercó hasta que sus testículos tocaron sus muslos, haciendo que el cuerpo de ella sobresaliera un poco de la mesa y así poder penetrarla mejor. Evelyne notó como el calor y el cosquilleo precedente al orgasmo se instalaba en ella y arqueó la espalda.

—No puedo más... —susurró mordiéndose el labio.

Mark agarró con una mano su cadera para evitar que las convulsiones la alejaran de él, y con la otra, la apoyó con la palma abierta en su vientre, y apretó.

—¿Me notas? —preguntó con los ojos clavados en ella.

Evelyne asintió en silencio, asombrada por la fuerza y la pasión que Mark tenía con ella. Las estocadas de Mark se hicieron firmes y persistentes, y su pulgar empezó a acariciar el punto estratégico de su clítoris, haciendo que su cuerpo temblase por el inminente orgasmo. Mark entraba y salía de ella, con ferocidad, y Evelyne tuvo que agarrarse a la mesa al sentir que alcanzaba el clímax, estremeciéndose por completo.

Mark siguió empujando hasta el fondo un poco más y cuando Evelyne notó su punta demasiado hinchada, supo que se estaba corriendo en su interior,

con sus ojos verdes oscuros, clavándose en ella.

Entre jadeos, se desplomó sobre ella para besarla suavemente en los labios. Nadie diría por la delicadeza con la que la besó, que lo habían hecho tan salvajemente. Evelyne sonrió y Mark la miró extrañada.

—¿Qué? —dijo, sin evitar sonreír.

—Estás loco.

Mark sonrió de lado y volvió a besarla, esta vez, entreabriendo los labios para saborearla un poco más.

—Por ti, Evelyne. Ya lo sabes.

Notó unas cosquillitas en la mejilla e intentó abrir los ojos, pero estaba tan dormida que no podía.

—Evelyne...

Sonrió al reconocer la voz de Mark y se movió inquieta, tratando de despertarse.

—Mi amor...—susurró él dulcemente—. Tengo que irme.

Parpadeó un par de veces y consiguió abrir los ojos por fin. Mark estaba sentado en el borde de su cama, vestido con la ropa del día anterior.

—¿Qué hora es? —dijo ella con un ojo cerrado.

Mark sonrió y volvió a acariciarla la mejilla.

—Pronto... las seis y media.

Evelyne puso morritos y tiró de su brazo para colocarle encima de ella.

—Es muy pronto, durmamos un poco más...

Mark se separó de ella con una sonrisa ladeada y la besó en los labios.

—No puedo —dijo torciendo el gesto—. Ha pasado algo en la empresa y tengo que ir...

Evelyne frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dijo Mark, con cara de pocos amigos—. No me han dicho más. Solo que era una urgencia.

Evelyne hizo una pedorreta de niña pequeña y se cubrió los ojos con un brazo.

—Mira que son...—dijo.

—Lo siento —se disculpó Mark, aunque no era culpa suya—. Me gustaría quedarme un rato más en la cama contigo, pero no puedo —apartó el brazo de sus ojos para que la mirara—. Ven esta noche a mi casa, y te lo compensaré.

Evelyne sonrió.

—Me parece un trato justo.

Mark volvió a besarle.

—Duerme otro poco —dijo levantándose de la cama y tapándola un poco más con la sábana—. Te veo luego, cariño.

Evelyne remoloneó de nuevo, y antes de que Mark desapareciera, le acarició de nuevo la mejilla.

—Te quiero.

—Y yo a ti —dijo Evelyne antes de que los ojos se le cerraran de nuevo y el sueño se apoderara de ella.

Pasaba algo raro. Lo notó nada más cruzar las puertas del edificio de Advertising. Las recepcionistas de la entrada estaban revolucionadas, cuchicheando en voz baja mientras pasaban páginas de varias revistas que Evelyne no pudo atisbar a reconocer. ¿Habría pasado algo en el mundo y ella no se habría enterado? Pensó. No acostumbraba a ver las noticias ni a escuchar la radio, así que los sucesos de sociedad pasaban desapercibidos para ella.

Decidió que pasaría por el primer piso para preguntarle a Victoria si sabía algo, en vez de subir directamente a su despacho. El ascensor paró en la primera planta de las oficinas de Advertising y se sorprendió al ver las cosas de Neil esparcidas sobre su escritorio, pero no a él.

Chasqueó la lengua al recordar lo sucedido el día anterior y se le revolvió el estómago al pensar que tenía que volver a encontrarse con Neil. Había estado tan sumida en su retomada relación con Mark que no se había parado a pensar cómo sería todo a partir de ahora con Neil.

Movió la cabeza apartando ese pensamiento y cuando fue a entrar en el despacho de Victoria, le sorprendió que estuviera cerrado. Normalmente su amiga dejaba la puerta entreabierta. Qué raro. Quizá no estaba.

Se acercó un poco más a escuchar y la oyó hablar. Más bien, gritar.

—¡¡Me da igual, Laurent!! —gritaba al otro lado de la puerta—. ¡¡No puedo creer cómo me has hecho esto!! ¡¡Eres...eres...!!

Evelyne se apartó de la puerta, asustada. Parecía una discusión de pareja y, aunque quiso entrar para ver si su amiga estaba bien, se lo pensó dos veces. Era normal que las parejas discutieran, así que retrocedió y decidió subir a su despacho. Más tarde, hablaría con ella.

Cuando abrió la puerta de su despacho, no se sorprendió de ver a Neil. Por alguna extraña razón, después de lo ocurrido, se esperaba que el encontronazo fuera lo antes posible.

Cerró la puerta y se dirigió hacia él. Estaba apoyado en su escritorio, con

los tobillos y los brazos cruzados, sonriendo alegremente.

—Buenos días, Neil —dijo Evelyne, intentando mantener el tipo. Se sentía incómoda con él desde que había descubierto quién era.

—Buenos días, Evy —respondió él, y cuando lo hizo, su tono sonaba extraño...como sarcástico.

Evelyne pasó a su lado y dejó el bolso encima del escritorio. Encendió su ordenador y cogió la agenda de encima de la pila de papeles. Neil ni se inmutó.

—¿Tenemos reunión? —preguntó ella, revisando su agenda.

Neil soltó una risa y se levantó del escritorio. Cuando descruzó los brazos, Evelyne pudo ver que llevaba algo de la mano. ¿Revistas?

—No, solo he venido a enseñarte esto —dijo Neil, lanzando con desdén sobre el escritorio las publicaciones que segundos antes sujetaba.

Evelyne levantó la vista hacia él, con cara de pocos amigos. Los hoyuelos de las mejillas de Neil se habían marcado, y sus ojos azules echaban chispas. El gesto de su cara era pura satisfacción. ¿Qué narices pasaba?

Soltando el aire por la nariz, cogió las revistas que estaban sobre el escritorio y las examinó con recelo.

Al principio no supo por qué Neil había dejado dos ejemplares de la revista *The New York Enterprise Report*, que databan de esa misma mañana. Era una revista a la que de vez en cuando echaba uno ojo porque trataba temas sobre algunas empresas importantes de Nueva York y en la que se había hablado de Advertising, pero tenía que reconocer que no era demasiado forofa de ese tipo de revistas. Bueno, de ningún tipo de revistas en general. Por eso no supo de qué iba todo aquello hasta que leyó el titular de la portada:

*Se revela el secreto mejor guardado.
Mark Evans asume la presidencia de
la empresa de Cosméticos M&S*

Parpadeó. Tuvo que leer varias veces el titular para entenderlo, pero no cabía duda. En la foto que acompañaba el titular, y ocupando toda la portada, aparecía Mark, ataviado con un traje de Armani en tres piezas azul marino, con camisa y corbata negra. A su lado, Susan, en segundo plano, como desenfocada, con un vestido azul ceñido con demasiado escote. No había duda. Aquella foto no era un posado, la habían sacado de la convención que

tuvo lugar en el Hotel London NYC hacía más de dos meses. Mark no miraba a cámara.

Evelyne no supo muy bien qué sentir. Después de tanto tiempo especulando sobre la presidencia del Consejo Directivo de M&S, se descubría que Mark había asumido el puesto. Una parte de ella había barajado esa posibilidad, claro está, y más después de lo sucedido en las últimas semanas. Como si las piezas del rompecabezas empezaran a encajar, las imágenes se agolparon en su cabeza. El cambio de departamento de Mark para alejarse de Susan, el hecho de que, cuando Henry la dijo que volvía a su puesto de trabajo, descubriera que Mark formaba parte del Consejo de Dirección; el cese como adjunto de Susan después de todo eso...

—Oh, mira las páginas centrales —interrumpió Neil, abriendo una de las revistas por la mitad—. Hay un reportaje completo con todo lujo de detalles.

Evelyne volvió a mirar a su secretario, frunciendo el ceño. Neil parecía divertirse y eso la molestó más. Miró las páginas centrales, en las que aparecían fotografías de Mark, Susan e incluso de Matthew Evans. Había más de dos páginas repletas de información.

Neil se sentó en el borde del escritorio y cruzó los brazos, sin dejar de mirar a Evelyne.

—¿Qué pretendes con esto, Neil? —preguntó Evelyne apartando la vista de las revista e irguiendo la espalda, mirándole con desconfianza.

Neil sonrió y se colocó un mechón rubio hacia atrás.

—Solo te enseño la verdad —dijo tranquilo.

—¿Qué verdad? —inquirió Evelyne cruzándose de brazos.

—Te dije que Mark mentía —respondió Neil, levantando una ceja—. Y te lo he demostrado.

Evelyne chasqueó la lengua. No sentía que Mark le hubiera mentado. Sabía que Mark había ascendido en el momento en el que le confesó que ya no era el adjunto de Susan. Y siempre tuvo sus sospechas sobre su puesto como presidente del Consejo. De hecho, Mark le había dicho una vez que las cosas en la empresa habían cambiado, pero que de momento no podía decir nada. ¿Se estaría refiriendo a eso?

—No creo que Mark haya mentado —dijo Evelyne, defendiéndole—. Se supone que llevaban meses decidiendo el puesto de presidencia en el Consejo de Dirección de M&S porque los anteriores habían cesado en sus funciones. Y que una vez elegido, estaban esperando a que el presidente se adaptara al

nuevo puesto para hacerlo público.

Neil sonrió, orgulloso. ¿Se esperaba una contestación así?

—Evy —dijo, levantando una ceja—. Eso es lo de menos, preciosa.

Evelyne se tensó, manteniéndole la mirada. Neil giró sobre su cuerpo, cogió una revista y empezó a ojearla.

—¿Te dijo Mark que la empresa M&S la habían formado su padre, Matthew, con Sean como avalista?

¿Cómo? ¿La empresa M&S era de Matthew Evans? Aguantó la respiración, sin dejar de mirar a Neil. No. No lo sabía.

—No sé quién es Sean —soltó ella, seria.

Neil sonrió.

—Sean Miller es el padre de Susan.

Mierda. Los cabos empezaron a unirse en su cabeza, y el puzle cogió forma poco a poco.

—Mira —comenzó Neil, enrollando la revista—. Te voy a ahorrar la aburrida lectura de la revista y te voy a hacer un resumen. A fin de cuentas, la fuente de información he sido yo.

—¿Qué?

—Matthew y Sean, como grandes amigos que han sido, decidieron montar su propia empresa y fue así como surgió M&S —comenzó Neil, sin dejar a Evelyne que metiera baza—. Lo idílico de esta historia, que parece de telenovela, es que sus respectivos hijos, como si de la tragedia de Romeo y Julieta se tratase, se acaban enamorando y dedicándose al mismo oficio que sus padres. Empresarios los dos. Todo perfecto, ¿verdad? En el momento en que Matthew y Sean se jubilasen, sus hijos se harían responsables de su patrimonio. Pero... —dijo, alargando la “e”—. El pequeño de los Evans no quería asumir tanta responsabilidad, a pesar de que le correspondía por herencia, ya que el socio capitalista fue Matthew, y no Sean. El padre de Susan solo era el aval de Matthew para cubrir las deudas en caso de quiebra. Aun así, Susan no dudó en asumir la presidencia de la empresa ante la negativa de tu amado Mark. Sin embargo, querida, como tú sabes, la dirección de M&S está llevada por un Consejo de Dirección, en el que durante todos estos años, el cargo de Presidencia y Vicepresidencia se ha ido repartiendo entre Matthew y Sean. Los papitos querían que sus hijos hicieran exactamente lo mismo, hasta que el matrimonio de Mark y Susan comenzó a hacer aguas.

—Por tu culpa —inclinó Evelyne.

—Bueno... —dijo Neil medio riéndose—. Tampoco hay que ponerse tan dramático. El matrimonio ya hacía aguas antes de que...

—¿Antes de que aparecieras? —preguntó Evelyne con mala baba.

Neil puso los ojos en blanco y Evelyne supo en ese momento que le había pillado.

—El caso es —siguió Neil, cambiando de tema—, que cuando el matrimonio se fue a pique, todos estaban de acuerdo en que la presidencia pasara a manos de Susan. Incluso Mark. Se haría la típica votación del Consejo, pero la mejor preparada para el puesto era ella sin duda.

Evelyne aguantó la mirada de Neil, que parecía divertirse con aquella historia.

—Todo era perfecto, claro. Hasta que apareciste tú.

Ella tragó saliva, sin entender.

—Susan montó en cólera al descubrir que su amado Mark estaba viviendo una aventura contigo.

—No fue una aventura.

—Lo que sea —dijo Neil moviendo la mano en el aire, quitando importancia—. Y Susan hizo un movimiento que desconcertó al Consejo. Pidió tu cabeza por cuenta propia y consiguió que te echaran de esta empresa.

—Eso ya lo sabía.

—Espera —dijo Neil—, no te impacientes. Déjame seguir. Desde que entró en la empresa, Mark ha formado parte del Consejo de Dirección.

—Tenía entendido que solo formaban parte del mismo los jefes de departamento.

—Ya jefa, pero es lo que tiene ser hijo de...

Evelyne apretó los labios, ofendida por la manera en la que Neil hizo ese comentario.

—La cosa es, que Mark montó un pollo ante el Consejo por esa decisión tan inapropiada de Susan, y decidió, por cuenta propia, presentarse candidato para la presidencia, junto con Susan. El resto ya lo sabes. Se sometió a votación y ganó Mark por goleada, claro. Susan es buena en su trabajo, pero muchas veces le fallan las formas... Total, que Mark salió elegido presidente y la única condición que puso fue que le dejaran tranquilo, que no quería salir en los medios de comunicación ni hacerse eco en la prensa. Quería hacer su trabajo y punto. Todo un héroe, ¿no crees?

Evelyne soltó el aire por la nariz, molesta.

—Y aquí es cuando entra tu querido cuñado, Laurent.

—¿Laurent? —preguntó sin entender.

—Vamos jefa, piensa un poco —dijo con rin tintín—. Laurent es periodista. Una historia como esta se hubiera filtrado enseguida si no hubiera sido porque Laurent controló un poco a la prensa.

—Hasta que has llegado tú, ¿no? —preguntó molesta—. ¿Has dado el chivatazo?

Neil sonrió, y sus ojos azules se oscurecieron.

—Elemental, mi querida Evy.

Evelyne aguantó la mirada. Neil parecía divertirse con todo aquello. Había destapado algo que seguramente en un par de semanas hubiera salido a la luz por la propia mano de Mark y del Consejo de Dirección de M&S.

Respiró hondo, y decidió no darle más juego. Se sentó en su escritorio tranquilamente y tecleó la contraseña para acceder a su sesión en el ordenador.

—¿Y todo esto por...? —preguntó Evelyne, clavándole sus ojos verdes.

Neil apoyó ambas manos en el escritorio y se inclinó hacia ella.

—Para demostrarte que Mark es un mentiroso. Que no es el hombre del que crees que estas enamorada.

Ahora la que levantó la ceja fue ella.

—¿Y crees que porque sea o deje ser el responsable de una empresa familiar mis sentimientos van a cambiar?

Neil sonrió abiertamente y Evelyne se arrepintió en ese momento de haber formulado aquella pregunta.

—¿No es por eso por lo que os movéis las mujeres? —soltó Neil, hiriente—. Cuanto más alto sea el puesto de trabajo de un hombre y más llena esté su cartera, mejor.

Evelyne se cruzó de brazos. Estaba claro que Neil contrataría por ese lado, estaba utilizando las mismas palabras de Susan, insinuando que escalaba posiciones acostándose con los hombres para ello. Cogió aire, porque no se iba a achantar. Sonrió levemente.

—Supongo que por eso Susan prefiere que su hijo sea de Mark, ¿no? —soltó, digna—. Según tu teoría es mucho mejor un importante empresario que un mero secretario como tú.

El rostro de Neil palideció poco a poco. Evelyne apretó los labios,

conocedora de que había dado en el clavo.

—No mezcles temas —terció serio.

—No lo hago —dijo ella—. Va todo en el mismo saco.

Neil se irguió y se cruzó de brazos, alejándose de ella.

—Ese tema no me concierne —se defendió molesto.

—¿El bebé? —inquirió Evelyne—. Oh, ya lo creo que sí.

Neil frunció el ceño. Parecía que había tocado su vena sensible y eso enorgulleció a Evelyne.

—El hijo de Susan es de Mark, ¿Cuándo vas a asumirlo?

—Cuando lo demuestre —soltó Evelyne—. Hay formas de demostrarlo antes de que nazca, y si no lo ha hecho todavía, es porque duda. Ese hijo puede ser tuyo también.

Neil soltó una risa nerviosa y de manera brusca, tiró la revista en la mesa, dejándola a pocos centímetros de Evelyne.

—Piensa lo que quieras —sentenció Neil, alejándose de la mesa—. Pero te recomiendo que reflexiones sobre tu príncipe azul. Si te ha mentido sobre su verdadero puesto de trabajo, seguramente lo haya hecho en más cosas.

Evelyne le mantuvo la mirada mientras Neil retrocedía hacia la puerta del despacho y, haciendo un gesto con la mano simulando quitarse el sombrero, desapareció.

No localizaba a Victoria. Desde que Neil se había marchado de su despacho había intentado ponerse en contacto con ella, pero no la encontraba. Su despacho estaba vacío y no respondía a las llamadas telefónicas. No era propio de ella. La había oído discutir con Laurent, pero... ¿Habría sido para tanto? ¿Habría pasado algo más? Se había quedado más tiempo de lo normal en el trabajo por si acaso ella volvía a aparecer, pero nada. Ni rastro de Victoria. Y eso la incomodó.

Cerró su despacho con llave y antes de abandonar el edificio, volvió a llamar a su amiga. Un pitido, dos, tres... y el contestador. Empezaba a asustarse. Quizá había discutido con Laurent y estaban haciendo las paces. Sí, debía ser eso, se dijo a sí misma autoconvenciéndose. Estarían haciendo las paces y por eso no respondía al teléfono.

Cuando se metió en el coche la cabeza le daba vueltas. Tampoco había sabido nada de Mark desde aquella mañana. ¿Estaría bien? Quería hablar con él sobre lo que acaba de descubrir, pero también quería darle tiempo. Conocía a Mark, y si él mismo había pedido expresamente que le dieran espacio en su nuevo puesto de trabajo para hacerse con él, el hecho de que se hubiera desvelado antes de tiempo le habría traído problemas.

Agitó la cabeza a ambos lados y decidió concentrarse en qué hacer con Victoria. En el fondo había algo que le decía que su amiga no estaba bien. Quizá lo más sensato era acercarse hasta casa de Laurent y comprobar si se encontraba bien. Sí, eso haría. Pasaría por casa para cambiarse, asearse, y se acercaría a casa de Laurent para verla.

A falta de cinco minutos para llegar a su apartamento, el teléfono sonó y ella descolgó sin mirar, en espera de que, por fin, Victoria la hubiera devuelto las llamadas.

—¿Cielo? —dijo su padre a través del manos libres.

—Hola papá —respondió Evelyne un poco decepcionada porque no fuera su amiga—. ¿Cómo estás? Quería llamarte pero...

—He intentado hablar contigo, pero tu teléfono comunicaba —dijo un poco nervioso.

—Estaría llamando en paralelo, papá —justificó ella, pensando en la

cantidad de veces que había llamado a Victoria—. ¿Va todo bien?

Oyó como Thomas resoplaba al otro lado del teléfono y se tensó.

—Evy, ¿has visto las noticias? Mark sale en la revista The New York Enterprise Report.

Evelyne tomó aire.

—Sí papá, lo he visto.

—¿Lo sabías? —preguntó nervioso, haciendo que ella se tensara también, y cuando vio que no respondía, insistió—. ¿Sabías que Mark era el presidente del Consejo de M&S? ¿Sabías que es la empresa que formó su padre?

Evelyne apretó el volante. No le gustaba el tono de voz de su padre, y se inquietó. Desde que había pasado todo lo de Mark, Thomas estaba muy poco receptivo con él. Y era normal, no le culpaba. Su padre solo se preocupaba por ella.

—No papá, no lo sabía —confesó ella, en voz bajita.

Se oyó como su padre resoplaba al otro lado.

—Eso no es normal, Evy —soltó, brusco—. Tanto secretismo, tanto...

—Creo que Mark no quería asumir ese puesto —dijo ella, sorprendiéndose a sí misma ante la defensa de Mark—. Debió tomar una decisión hace poco y quería tiempo para responsabilizarse.

—Eso mismo ha dicho Fiona.

Evelyne parpadeó, reduciendo la velocidad al entrar en el garaje de su edificio.

—¿Fiona lo sabía? —preguntó ella.

—Sí —soltó Thomas, ablandando la voz—. Al fin y al cabo les conoce desde que son pequeños...

Cierto. Si Matthew había formado una empresa propia, ella estaría al tanto, sin duda.

—Bueno —dijo ella quitando importancia—. Tampoco es para tanto...

—Podría habértelo dicho —soltó Thomas—. Ser sincero contigo.

—Tendrá sus razones —justificó de nuevo Evelyne, maniobrando y aparcando en su plaza de garaje.

—¿Y cuáles son? —quiso saber Thomas.

Evelyne quitó el contacto y sacó el móvil del bolso. Desbloqueó la opción manos libres y se pegó el teléfono a la oreja, mientras salía del coche.

—No lo sé papá, pero tampoco es para tanto —comenzó a subir las escaleras hasta su piso, cargando su bolso con la otra mano—. ¿Qué más da

si la empresa es suya o no? Ahora en día hay muchas empresas familiares que crecen rápido.

—Ese hombre te ha mentado, Evy —dijo, remarcando la palabra “hombre” como si no quisiera decir su nombre en alto. Hasta en eso se parecían.

—No considero que me haya mentado, papá...—volvió a defenderle ella—. Ha sido una verdad a medias... Había rumores sobre su nuevo puesto, pero...

—Las verdades a medias suelen ser las peores mentiras, cielo.

Evelyne enmudeció, aguantando el jarro de agua fría que contenían las palabras de su padre.

—Pero la gente puede pensar lo que no es, Evy —soltó Thomas, haciendo que el corazón de Evelyne se encogiera.

—¿Qué es lo que puede pensar?

Thomas reflexionó su respuesta antes de contestar.

—Que estuviste con él por eso.

—¿En serio, papá? —dijo Evelyne molesta—. Me da igual de qué trabaje Mark. Quiero estar con él. Es todo lo que importa.

Su padre calló al otro lado de la línea y Evelyne se dio cuenta de que era la primera vez que le confesaba a su padre sus sentimientos por él.

—Cielo...—comenzó su padre.

Evelyne fue a decir algo cuando llegó al rellano del segundo piso y se quedó sin habla. No esperaba ver lo que la aguardaba a la puerta de su apartamento. Allí, apoyada contra la puerta y con una maleta en la mano, estaba Victoria, sollozando.

—Dios mío... —susurró Evelyne compungida.

Victoria la miró, pero cuando lo hizo las lágrimas se agolparon en los ojos y no las pudo controlar. Hipaba y se abrazaba a sí misma.

—¿Cielo? —preguntó su padre al otro lado del teléfono—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —contestó ella—. Papá, tengo que colgarte. Te llamo luego, ¿vale?

—¿Va todo bien, hija?

—Sí, te llamo luego.

Colgó el teléfono sin esperar respuesta de su padre y se agachó junto a su amiga.

—Dios mío, Vicky, ¿qué ha pasado?

Victoria la miró, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Tenía los ojos y la nariz enrojecida, dejando claro que llevaba tiempo llorando.

—No...no sabía dónde ir... —dijo ella, hipando—. Evy...yo...

Evelyne agarró por los codos a su amiga y la instó a que se levantara.
—Vamos dentro y me lo cuentas todo.

Lloraba. Victoria solo lloraba. No había manera de calmar su llanto y ver así a su amiga, destrozaba a Evelyne.

En cuanto las revistas The New York Enterprise Report habían llegado a Advertising, gracias a Neil, claro está, que se encargó de colocarlas estratégicamente en cada uno de los despachos para que su destape tuviera la acogida esperada. Lo primero que hizo Victoria fue llamar a Laurent para corroborar información. Y cuando Laurent confirmó, molesto, que la información era verídica, ella montó en cólera.

—No puedo creer que no me lo haya dicho, Evy —repetía una y otra vez Victoria, abrazándose las piernas, sentada al lado de Evelyne en el salón, mientras ella la intentaba consolar acariciándole con cariño los brazos—. Siempre me ha contado todo. Todo. Y eso tan importante no lo ha hecho...

—Bueno... —dijo Evelyne, sin saber muy bien como animar a su amiga.

Victoria volvió a sollozar y se encogió en el sofá.

—Ha habido tantos momentos en los que me lo podía haber contado...— susurró hipando—. Y no lo ha hecho...

Evelyne apretó los labios y se acercó más a ella.

—Bueno... —volvió a repetir—. Habrá una razón...

Victoria la miró con los ojos entornados y con cara de pocos amigos.

—Que no me quiere lo suficiente, Evy.

Evelyne le mantuvo la mirada.

—No creo que sea eso, Vicky —dijo ella—. Laurent está loco por ti...

—¿Entonces por qué en todo este tiempo no me ha dicho que me quiere? —preguntó dolida—. Ya vivimos juntos, debería haberlo hecho mucho antes.

Apartó la mirada, entristecida. ¿Laurent todavía no le había dicho que la quería? Ese tema era recurrente en sus conversaciones y parecía que a Victoria le dolía demasiado que su chico no le hubiera dicho “las palabras mágicas”.

—Escúchame —dijo, haciendo que Victoria volviese a mirarla—. Si no te ha contado lo de Mark es por algo, Vicky —Victoria fue a replicar pero ella levantó la mano en señal de espera—. Igual solo estaba protegiendo a su hermano.

—¿Y en qué te basas para decir eso? —quiso saber Victoria.

Evelyne reflexionó un momento, intentando recordar las palabras exactas de Neil.

—Si Mark aceptó el cargo en el último momento y realmente él no quería hacerse con la responsabilidad de la empresa, es normal que necesitase tiempo para acostumbrarse al puesto. Si la prensa estaba detrás de él, la presión mediática sería un inconveniente para asumir las competencias en tan poco tiempo...

—¿Quién te ha dicho eso?

—Neil —confesó.

Victoria torció el gesto.

—¿Y crees lo que dice? —preguntó molesta—. Te ha estado mintiendo desde que te conoce —Evelyne tragó saliva—. Y ahora, ¿crees en lo que te dice él?

Evelyne apartó la mirada, reflexionando por un momento. Su amiga tenía razón. No tenía por qué creer en lo que decía Neil, pero... había algo en las palabras del secretario que le hacía creerle con respecto a Mark. Su teoría sonaba coherente. O quizás ella quería que quedara coherente para poder justificar a Mark y ya de paso a Laurent.

—Lo que dice Neil me parece lógico —dijo ella, volviendo a mirarla—. Se supone que la posibilidad de que Mark hubiera asumido ese cargo estaba presente durante todo este tiempo, ¿no?

—Eso no justifica que Laurent no me lo contara —volvió a repetir Victoria, ocultando su rostro entre sus brazos.

—Solo le estaba protegiendo Vicky... Al fin y al cabo, Laurent es periodista, y podía de una manera u otra retener el soplo. Es su hermano.

Victoria se abrazó a sí misma con fuerza.

—Me da igual Evy —soltó con la boca pequeña—. No quiero saber nada más de él...

—Vicky... —Evelyne se acercó más a ella—. No digas eso, si habláis las cosas...

—¡No quiero hablar las cosas! —sollozó con la cabeza escondida entre sus brazos—. Lo mío con Laurent ha terminado. Esto de la maldita empresa solo ha sido la gota que ha colmado el vaso. Laurent no siente lo mismo que yo por él. Lo tengo claro...

—Claro que sí, boba...

—¿Entonces por qué no lo dice? —volvió a repetir Victoria, molesta.

Antes de que Evelyne pudiera rebatir su pregunta, la vibración de un móvil llamó su atención. Las dos miraron hacia un punto intermedio entre ellas. El móvil de Victoria vibraba encima del sofá, y en la pantalla aparecía el nombre de “Lau”

—¡Dile que me deje en paz! —pidió Victoria apretando los dientes y volviendo a esconder su cabeza entre sus brazos—. ¡No hace más que llamarme!

—¿Quieres que lo coja? —dijo Evelyne tomando el móvil entre sus manos.

—¡¡No!! —gritó Victoria.

Evelyne parpadeó asustada y rechazó la llamada. Victoria volvió a romper a llorar.

—Cálmate Vicky, por favor —pidió Evelyne acariciando su cabeza—. No estés así...

—¿Y cómo quieres que esté? —dijo entre sollozos, sin mirarla.

El móvil de Victoria volvió a sonar en la mano de Evelyne, dándose cuenta de que no lo había soltado. Victoria chasqueó la lengua.

—¿Por qué no hace más que llamarme?

Evelyne relajó el gesto.

—Estoy segura de que quiere arreglar las cosas contigo...

—¡Pues yo con él no!

—Vicky...

El móvil dejó de vibrar, pero a los pocos segundos, volvió a zumbar de nuevo.

—Cógelo —pidió Victoria, sorbiendo por la nariz.

Evelyne dudó un momento.

—Si lo cojo sabrá que estás aquí...

—Me da igual —dijo—, dile que se vaya a la mierda, que no quiero volver a verle nunca más.

Apretó los labios, entristecida.

—No creo que...

—Por favor, hazlo —gimoteó ella, sacando la cabeza de entre sus brazos y mirando a su amiga. Evelyne se asustó al ver los ojos tan rojos y tan llenos de lágrimas de Victoria—. Dile que me deje de llamar, por favor...

Evelyne apretó los párpados. El móvil seguía vibrando en su mano. Su amiga necesitaba tiempo para pensar, para aclarar su cabeza. Estaba segura

que el odio y la rabia que Victoria tenía en su interior, la hacía ver las cosas de esa manera, pero en el fondo quería a Laurent por encima de todo. Si hablaban las cosas, acabarían arreglándose.

Soltó el aire que retenía en sus pulmones y se levantó del sofá, dejando a Victoria hecha un ovillo. Se alejó un poco hacia la puerta que conectaba con el pasillo, y pulsó el botón de contestar.

—Laurent, soy Evelyne —dijo sin esperar respuesta—, por favor, ella...

—¿Evelyne?

Reconoció la voz enseguida. ¿Cómo no iba a hacerlo? Notó como la sangre brotaba demasiado rápido por su venas y el corazón la palpitaba con tanta fuerza que parecía querer salir de su pecho.

—Mark...

Sonrió sin poder evitarlo. Había estado todo el día distraída con el asunto de Neil, el descubrimiento del verdadero puesto de Mark y sobretodo, el estado de Victoria. Pero oírle la calmaba, la hacía sentir bien. Tenía tantas ganas de estar con él que le daba absolutamente igual todo lo demás.

—No sabes cuánto me alegro de oírte, Evelyne... —dijo Mark, soltando el aire por la nariz lentamente—. Estoy sin teléfono y no he podido llamarte antes...

—¿Qué ha pasado con tu teléfono? —preguntó sin meditar del todo la duda. Mark resopló al otro lado del teléfono.

—Básicamente me lo han pinchado...Estoy intentando hacerme con otro, o por lo menos recuperar la tarjeta, pero...

Una leve sonrisa apareció en sus labios. Mark no tenía teléfono, se repitió para ella misma. Por eso no la había llamado.

—¿Estás con Victoria? —preguntó Mark, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, está en mi casa.

—Menos mal...

—¿Quién es? —se oyó a Laurent preguntar al otro lado de la línea—. ¿Es Vicky? ¿Estás hablando con ella?

—No —respondió Mark—, es Evelyne.

—¿Está con ella? Dime que está con ella, por favor, no sé dónde está...

Laurent sonaba desesperado, y la cercanía de su voz le hizo pensar que se había acercado a Mark.

—Cálmate Lau —pidió Mark—. Sí, está con ella. Victoria está en casa de

Evelyne.

—Voy para allá, ¡tengo que hablar con ella!

Se oyó ruido al otro lado de la línea. ¿Vendría Laurent hasta su casa para hablar con Victoria? Miró a su amiga, que estaba hecha una bola en el sofá, sollozando. Evelyne se entristeció. Su amiga no estaba en condiciones de ver a nadie, y mucho menos a Laurent. Si coincidían ahora estaba segura de que acabarían discutiendo y no hablarían las cosas como debían hacerlo.

—Evelyne —dijo Mark, dirigiéndose a ella—. Vamos para allá.

Negó con la cabeza y se apretó el teléfono aún más a la oreja.

—No, Mark, espera —dijo ella, girándose para que no la oyera su amiga—. No creo que sea buena idea.

—Laurent necesita hablar con ella —explicó Mark, un poco nervioso—. Se está volviendo loco...Y yo... —carraspeó—. Yo necesito hablar contigo, Evelyne.

Evelyne suspiró. Sí. Tenían que hablar, pero no era el momento. No ahora. Había que dejar que las aguas se calmasen un poco.

—No es buen momento, Mark —dijo ella, triste—. Victoria está destrozada y...

—Entonces deja que vayamos —pidió—. Lau no se lo dijo porque se lo pedí yo, Evelyne. Solo me estaba protegiendo.

—Lo sé —dijo ella sintiendo un poquito de orgullo al ver que, lo que le había dicho a Victoria sobre Mark, era verdad.

Oyó como al otro lado del teléfono Mark sonreía, y se le imaginó con su particular gesto de lado.

—No tardamos nada —dijo este—. En veinte minutos estamos allí.

Evelyne volvió a mirar a Victoria. Se acercó a ella rápidamente y, tapando el auricular se arrodilló hasta ponerse a su altura.

—¿Quieres hablar con Laurent? —preguntó Evelyne—. Puedo decirle que...

—¡No! —dijo Victoria levantando la voz y rompiendo a llorar—. ¡Necesito que me deje tranquila, por dios!

Victoria no era capaz de controlar las lágrimas y volvió a ocultar su rostro entre sus brazos. Ver así a su mejor amiga rompía el corazón de Evelyne. Chasqueó la lengua y, después de acariciar suavemente su hombro, se volvió a alejar de ella.

—Mark, no es buena idea —terció seria, de nuevo en la puerta del salón—.

Victoria no se encuentra bien, necesita tiempo.

Él se quedó callado al otro lado de la línea.

—¿Mark? ¿Qué pasa? —preguntaba un Laurent nervioso al otro lado—.
Vámonos, ¿no?

—Cálmate Lau, por dios —pidió Mark, tenso—. Déjame hablar con Evelyne, ¿vale?

Se oyeron unos pasos, como indicando que Mark se estaba moviendo.

—Lo entiendo —dijo finalmente—. Entiendo que Victoria esté así. Joder...
—soltó el aire bruscamente por la boca—. ¿Podemos vernos tú y yo?
Necesito hablar contigo...

Evelyne meditó la respuesta. Ella también quería verle, claro. Sentía que necesitaba verle, estar en todo momento con él, como si se tratase de una droga para ella. Pero no podía dejar así a su amiga. No ahora que tanto la necesitaba. Y mucho menos después de cómo había cuidado Victoria de ella cuando más le había hecho falta.

—Mark... —comenzó ella—. Victoria me necesita. Y Laurent te necesita a ti.

Volvió a oírle resoplar, desesperado. ¿Cómo decirle que ella también se moría por verle?

—Tienes razón —terció él, dándose por vencido.

—¿Mark? Vámonos —se oyó a un Laurent agobiado.

—No cuelgues Evelyne —le pidió Mark—. Escúchame Lau, Victoria necesita tiempo.

—Solo tenemos que hablar con ella y explicárselo —dijo su hermano, con la voz quejumbrosa.

—Sí, no digo que no —continuó Mark—, pero tanto tú como ella no estáis en condiciones de arreglar las cosas. Dale tiempo Lau, por favor.

—¡¡Joder!! —gritó Laurent y se oyó un golpe seco que Evelyne no fue capaz de descubrir a qué venía.

—¿Mark? —preguntó Evelyne un poco nerviosa.

—Se arreglarán —dijo Mark—. Se arreglarán, estoy seguro.

Evelyne asintió en silencio. Ella también estaba segura de que al final Laurent y Victoria harían las paces.

—Me quedaré con Laurent esta noche —dijo él—. Por si... no sé, necesitas algo...

—Vale —espetó ella—. Bueno...

—Evelyne —cortó Mark, viendo que ella quería acabar la conversación—. La resolución del Consejo de Dirección se haría pública en dos semanas, en la convención que organiza M&S.

¿Había una convención de M&S en dos semanas? No le había dado tiempo a verlo con todo el jaleo de las últimas semanas.

—Te lo iba a contar antes de la convención —explicó Mark—. Si no te lo he dicho hace tiempo era porque pensé que era más importante arreglar lo nuestro que la organización de mi empresa.

Y cuando dijo “mi empresa” Evelyne no pudo evitar sonreír. Era verdad, M&S era la empresa de Mark.

—Y yo... —continuó Mark—. Yo...necesitaba tiempo para asumir toda esta responsabilidad. No había pensado que...

—Está bien —cortó ella, viendo que se ponía nervioso—. Lo entiendo, Mark.

—¿Estas enfadada? —preguntó, y Evelyne juró que le temblaba la voz.

¿Por qué iba a estarlo? En el fondo le daba igual el puesto que desempeñase Mark en su empresa. Si Mark era feliz era lo único que le importaba.

—No, Mark —dijo seria.

Un suspiro de alivio se escapó entre los labios de Mark.

—Te lo contaré todo, ¿vale? —dijo Mark—. Te explicaré todo con calma...

—Vale.

Se oyó otro golpe seco al otro lado de la línea y Evelyne creyó oír como Laurent blasfemaba palabras inteligibles.

—Evelyne, tengo que colgar —dijo Mark—. Te llamaré en cuanto tenga móvil...

—¿Laurent está bien?

—Sí —dijo Mark—. Solo necesita tiempo...

—Bueno...

—Te quiero Evelyne —soltó, asombrándola—. No lo olvides.

—Y yo a ti, Mark.

Colgó con una sonrisa amarga en los labios. Le hubiera gustado ver a Mark y estar con él. Necesitaban hablar de todo lo que había pasado. Necesitaban estar juntos ahora que habían expresado abiertamente sus mutuos sentimientos. Pero la ruptura de Laurent y Victoria les hacía posponer su encuentro. Laurent necesitaba a su hermano, y Victoria a Evelyne. Se lo debían. Se lo debían por todo lo que esos dos habían hecho por ellos.

Evelyne se acercó hasta el sofá de nuevo, dejó el móvil en la mesita central y se sentó detrás de su amiga. Apoyó la espalda y, abrazándola, la instó a que se apoyara encima de ella.

Victoria seguía sollozando. A pesar de que había dicho que no quería saber nada de Laurent, Evelyne sabía que no era verdad. Victoria se había enamorado del hermano de Mark locamente. Le quería más que a nada. Y estaba segura de que volverían a estar juntos. Pero Victoria era muy explosiva y pasional. Con todo. Y ahora necesitaba que su maltrecho corazón se curara para que los sentimientos de amor que sentía por Laurent dejaran atrás a su dolor.

Y así, en silencio, se quedaron las dos. Evelyne acunó a Victoria entre sus brazos hasta que su sollozo cesó, y se quedó dormida.

Habían pasado dos días desde la ruptura de Laurent y Victoria. Dos días desde que Victoria había aparecido en casa de Evelyne y se había instalado con ella. Evelyne la había visto tan afectada que la “obligó” a cogerse unos días de vacaciones que la ayudaran a tranquilizarse. Victoria necesitaba calmarse y reflexionar sobre su relación con Laurent y, aunque ella pensara que ya había tomado una decisión con respecto a ellos,

Evelyne estaba segura de que no estaba convencida del todo de terminar su relación con el hermano de Mark. Por eso la instó a que se relajara un par de días, se quedara en su casa, saliera de compras...en fin, que hiciera lo que quisiera. Durante unos cuantos días ella se encargaría de las responsabilidades de Victoria en la empresa. Al fin y al cabo, era su jefa. Eso es lo que deberían hacer los jefes por sus subordinados, ¿no? Pero... con lo que no contó fue con que Neil, había pedido a Henry unos días de vacaciones también.

—¿Cuándo te lo dijo? —preguntó Evelyne con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Ayer —dijo Henry, revisando los miles de papeles que tenía sobre su escritorio. Estaban haciendo la reunión semanal en el despacho de Henry, y reorganizando las tareas de esa semana. El hecho de que Victoria y Neil no estuvieran esos días, lo complicaba todo. Tenían que establecer prioridades y ver con qué clientes avanzar temas y con cuáles no.

—Me lo tenía que haber dicho a mí —respondió Evelyne un tanto molesta. Entendía que después del encontronazo entre ellos Neil se pidiera unos días. Pero ante todo, tenía que ser un profesional y cumplir con sus obligaciones.

Henry sonrió tristemente y se encogió de hombros.

—No te preocupes Evy —dijo—. Nos haremos cargo entre los dos. Como en los viejos tiempos.

Evelyne torció los labios, esbozando una sonrisa resignada. A veces le daba la impresión de que Henry era demasiado tolerante en su trabajo.

—Lo más importante es terminar la campaña publicitaria de esos tres clientes que hemos hablado —dijo Henry, resumiendo su reunión—. Y dejarlo todo preparado para la convención de M&S el próximo sábado.

Evelyne parpadeó. Cierto. Tenían convención.

—¿Tenemos que preparar algo? —preguntó ella, dudando.

—No —respondió Henry dejando de ojear los papeles y fijándose en ella—. Pero me gustaría dejar nuestros asuntos atados. Ya sabes cómo son las convenciones...quieras que no, acaban absorbiendo mucho tiempo.

—Vale —respondió ella, asintiendo a la vez.

—En teoría la convención es para hacer...oficial... —explicó Henry haciendo hincapié en la palabra oficial—, el nombramiento de Mark Evans como presidente del Consejo. Aunque bueno, ya lo sabe todo el mundo...

Sonrió al decirlo. Evelyne se mantuvo impassible. Mark y ella todavía no habían hecho público que habían retomado su relación, y decidió andarse con pies de plomo. Solo por si acaso.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Evelyne, manteniendo los brazos cruzados.

—¿El qué? ¿Lo de Mark?

Ella asintió.

—A ver... —comenzó él—. Saberlo saberlo, no. Pero algo intuía. Había cosas que me llevaban a pensar que la presidencia la había asumido él, claro.

—¿Cómo cuáles?

—Mmm... —Henry meditó su respuesta—. Cuando se hizo público que el Consejo de Dirección de M&S se había quedado cojo, siempre hubo rumores y especulaciones. Todo apuntaba a que Susan Evans iba a hacerse cargo de la presidencia de la empresa. Lleva años en M&S y estaba perfectamente capacitada para asumir ese puesto, a pesar de que la preceda su mal carácter, claro...

Evelyne no parpadeó. Estaba de acuerdo con Henry. A pesar de los rifirrafes que habían tenido entre ellas, Susan tenía madera para llevar una empresa. Y lo había demostrado en más de una ocasión.

—Empecé a sospechar a raíz de que me pidieran tu cese aquí, en Advertising —dijo Henry—. Ya te conté que me reuní con el Consejo para negociar, y aún no habían decidido quien iba a asumir el cargo de Presidencia. Por eso al principio pensé que lo tenía todo perdido. A fin de cuentas, si Susan había pedido tu cabeza y era ella la que resultaba ser elegida como responsable de M&S, no tenía nada que hacer, y lo más seguro era que te cambiaran de departamento, influyendo en tu proyección laboral conmigo.

Evelyne asintió. Esa teoría cuadraba perfectamente con la suya.

—Y bueno —continuó él—. Cuando me llegó una carta firmada

directamente por el presidente de M&S disculpándose por su actitud con respecto a nosotros y diciendo que retiraban cualquier petición de cese contra ti, supe que Susan no había resultado la...vencedora —Evelyne recordó la carta que le mostró Henry, firmada el mismo día que se había reunido con él. Recordó que hablaron sobre M&S y que se sorprendieron porque ya hubiera un representante de la empresa, a pesar de que no lo hicieran oficial—. Como ya te dije, Mark estaba en el Consejo —prosiguió Henry—. Y bueno, al ser joven, dinámico y buen trabajador, siempre estuvo entre mis candidatos para ser el presidente de M&S. De hecho, cuando se lo preguntaba directamente, nunca me lo negó. Siempre me decía, que pronto se haría público.

Evelyne volvió a asentir. Mark nunca lo había desmentido, era verdad. De hecho, una vez le dijo a Evelyne que había cosas que habían cambiado en la empresa.

—Creo que lo hará bien —determinó Henry—. Mark es un gran hombre y, aunque tenga otra manera de ver las cosas con respecto a llevar y gestionar una empresa, estoy seguro de que lo hará bien.

Al oír aquellas palabras, no pudo evitar sonreír como una tonta. Henry le devolvió el gesto y Evelyne se sonrojó. Mierda. Tenía que haber controlado su reacción ante él, pero no lo pudo evitar. Antes de que pudieran retomar la conversación, el teléfono de Henry sonó.

—¿Sí? —respondió Henry, mirando su ordenador—. Ah, sí. Está aquí conmigo —desvió la mirada hacia Evelyne—. Vale, ahora se lo digo. Gracias.

Henry colgó.

—Era una de las recepcionistas —explicó Henry—. Tienes visita. Le ha dicho que te espere en tu despacho.

El corazón le dio un vuelco. ¿Tenía visita? Su imaginación voló sin control, al imaginarse a Mark esperándola en su despacho. Llevaban tres días sin verse y dos sin hablar, y le echaba de menos. Mark no se había puesto en contacto con ella por teléfono, así que supuso que estaba teniendo problemas con el nuevo móvil. Y tampoco lo hizo a través del correo. En varias ocasiones estuvo a punto de enviarle algún correo, pero se controló temiendo que también le estuvieran vigilando los mails.

Se levantó apartando el pensamiento de su cabeza, recogió las cosas que había llevado al despacho de Henry y se dirigió hacia la puerta.

—Gracias Henry —dijo—. Vamos hablando.

—Hasta luego, Evy.

Llegó con el corazón desbocado hasta su despacho. Estaba en la misma planta que el de Henry, así que cuando salió de él, no tardó ni un minuto en llegar hasta el suyo.

Sin pensarlo, abrió la puerta rápidamente con los ojos brillantes y las emociones a flor de piel. Quería encontrarse con él, con aquel hombre moreno de ojos verdes y sonrisa ladeada que la había quitado el sueño desde que le conoció. Quería ver a Mark con todas sus fuerzas. Pero cuando abrió la puerta, a pesar de que allí había un hombre con los mismos ojos y la misma sonrisa de lado que Mark, no era él. Era Laurent.

—Laurent... —dijo ella, cerrando la puerta y acercándose a él.

Laurent se había girado para mirarla, y cuando sus ojos se cruzaron, Evelyne se sorprendió al ver lo que encontró en ellos. Laurent estaba hecho polvo. Tenía una barba de poco más de dos días, rubia, como su cabello. Los ojos verdes estaban enrojecidos, y sus cuencas estaban hundidas y oscurecidas. No parecía él. No parecía aquel hombre que siempre estaba riendo y haciendo gracias allá por donde fuera.

—Evy... —dijo Laurent con un hilo de voz—. ¿Dónde está?

No hizo falta que dijera su nombre. Los dos sabían a quien se refería. Evelyne acertó la distancia entre ellos y se apoyó en el borde del escritorio, de cara a él.

—Está en mi casa —confirmó ella—. Le he dado unos días de vacaciones.

—Joder... —dijo Laurent derrumbándose y sentándose en uno de los sillones de cuero negro. Se agarró la cabeza con las manos, hundiéndola—. ¿Cómo está?

Evelyne cerró los ojos y se cruzó de brazos delante de él, haciendo que su vestido vaporoso verde botella con escote halter sonara ante el contacto.

—No está bien, Laurent —confesó Evelyne.

—Necesito hablar con ella... —pidió Laurent, levantando la cabeza y mirándola desde abajo con sus ojos enrojecidos—. Necesito verla y arreglar las cosas...

Evelyne relajó el gesto.

—Lo sé, pero... —dijo—. Victoria es muy cabezota... Necesita tiempo para enfriarse y ver las cosas de otra manera...

—¿Es que lo nuestro ya no tiene solución? —preguntó ansioso.

—Claro que la tiene, Lau... es solo que...

—¡No podía decírselo! —explicó Laurent, levantándose y poniéndose a la misma altura que Evelyne—. Joder... todo se precipitó. Estaba todo preparado para que Susan asumiera el puesto de dirección de la empresa familiar, pero... joder...

Se quedó parada, sin intimidarse ni un ápice, escuchando la historia que Laurent necesitaba sacar de su interior para que no le desgarrara por dentro.

—Mark tomó la decisión por su cuenta —continuó él, desesperado—. Aceptó estar en la empresa de nuestro padre, pero él no quería asumir la responsabilidad de llevarla, aunque mi padre insistiera una y otra vez en que él lo hiciera. Hasta que llegaste tú, y entonces lo hizo. Asumió el cargo de presidente cuando las cosas se complicaron y Susan pidió tu cabeza. Lo hizo para que no se jodiera tu carrera profesional.

La confesión no la pilló desprevenida. Lo sabía. En el fondo de su corazón sabía que Mark había intervenido para que ella recuperara su puesto de trabajo en Advertising, después de que Susan pidiera explícitamente que la despidieran por haber tenido una relación con él.

—Mark me pidió ayuda —continuó Laurent—. Me dijo que necesitaba que la presión mediática no le influenciara... por lo menos hasta que llevase el control de la empresa, hasta que se hiciera con toda la labor que su nuevo puesto entrañaba. Quería centrarse, quería hacerlo bien, y no necesitaba a la prensa rondando detrás de él en cada esquina.

Evelyne no perdía detalle de la historia de Laurent. Las pocas piezas que quedaban por encajar del puzle, empezaban a resolverse.

—Le ayudé ¡Joder, cómo no iba a ayudarle! —dijo Laurent con la voz queda—. ¡Es mi hermano!

—Laurent...

—Y me pidió que no se lo dijera a nadie... ni siquiera a Victoria —continuó él, con la cara compungida—. Discutimos, claro que discutimos ¿cómo podía ocultarle algo así a ella? ¡Era mi chica! Pero Mark estaba mal... había pasado todo lo vuestro, había decidido dejarte a ti por ese bebé... y no pude decirle que no. Si se lo contaba a Victoria ella te lo contaría a ti, y tu hubieras ido a pedirle cuentas por meterse en tu trabajo...

Mierda. ¿Tan bien la conocía Mark? Sí. Seguramente hubiera ido a por él al enterarse de que había intercedido por ella. Le hubiera pedido explicaciones,

justo como relataba Laurent. Pero ahora era diferente. Entendía mejor a Mark, entendía por qué había actuado como lo había hecho. Con Susan, con ella, con su empresa.

—Laurent...

—¿Es imperdonable lo que he hecho? —preguntó él con rabia, sin dejarla hablar—. ¿Es imperdonable haber ayudado a mi hermano cuando lo estaba pasando mal?

—No, Laurent...

—¿Entonces? —inquirió—. ¿No me va a perdonar nunca que no se lo dijera?

Evelyne lo miró. Laurent lo estaba pasando mal. La actitud que estaba demostrando frente a Evelyne demostraba que tenía sentimientos muy fuertes por Victoria. Sentimientos que, según Victoria decía que no eran correspondidos. Tenía que ayudarlo. Quería ayudar a Laurent como él lo había hecho en su relación con Mark.

—No es eso, Lau... —dijo, y cuando fue a preguntar ella levantó una mano instándole a que la dejara continuar—. Que no se lo dijeras por ayudar a tu hermano lo acabará entendiendo. Pero...

—¿Pero?

Cogió aire. Quizá no estaba bien lo que iba a hacer. Quizá se estaba metiendo en algo en algo que nadie le había pedido, pero...

—Hay algo más...

Laurent frunció el ceño y se acercó más a ella.

—¿Cómo que hay algo más?

Cerró los ojos, buscando las palabras menos dolorosas, y cuando los volvió a abrir, Laurent le suplicaba con la mirada que continuase hablando.

—Victoria cree que no sientes lo mismo que ella por ti...

Laurent abrió tanto los ojos que pareció que dentro de ellos solo había blanco y verde. Nada del negro de las pupilas.

—¿Qué no siento lo mismo por ella? —repitió Laurent, incrédulo—. ¡Si es la mujer de mi vida!

—Laurent...

—¿Cómo no voy a sentir lo mismo por ella? —dijo mirando de hito en hito a Evelyne—. Apenas nos conocemos de ¿Cuánto? ¿Cinco, seis meses? Le he pedido que se venga a vivir conmigo, que comparta su vida conmigo y con mi hijo...

—No es eso, Lau...

Laurent parpadeó y retrocedió un escueto paso hacia atrás.

—¿Entonces qué es?

Evelyne cogió aire y, después de aguantarlo en sus pulmones durante unos pocos segundos, que a Laurent se le hicieron eternos, lo soltó.

—¿La quieres?

La pregunta pilló desprevenido a Laurent. Al principio abrió mucho la boca, como intentando decir algo, pero las palabras murieron en sus labios antes de que las pronunciara. Después del shock inicial, entornó las cejas y se acercó más a Evelyne.

—Claro que la quiero —dijo con un ligero rubor en las mejillas—. La quiero más que a ninguna mujer con la que haya estado. No quiero conocer a nadie más en mi vida. No quiero que se aleje. Quiero que se quede conmigo y con Sam para siempre.

La declaración de Laurent hizo que se le pusiera la piel de gallina. Sonrió como una tonta. Ver a Laurent así, desesperado y con ese pequeño rubor en las mejillas solo confirmaba sus sospechas. Laurent amaba a Victoria con todas sus fuerzas.

—¿Se lo has dicho a ella? —preguntó Evelyne, con una sonrisa en los labios.

Laurent parpadeó, sin entender del todo la pregunta. El color se intensificó en sus mejillas y apartó la mirada.

—Claro... Vicky ya lo sabe. Sabe lo que siento.

Evelyne levantó una ceja y separó su cadera del escritorio, acercándose más a Laurent.

—No te he preguntado eso —dijo, con una leve sonrisa en los labios—. Te he preguntado si se lo has dicho. Si le has dicho las mismas palabras que me acabas de decir a mí.

Laurent retrocedió, nervioso, y Evelyne sonrió un poco más, eufórica. Le había pillado.

—No hace falta decirlo... —se justificó él por lo bajini—. Esas cosas ya se saben.

—No —cortó Evelyne—. A veces, por no decir casi siempre, es más que necesario decir las.

—Pero...

—Sé que la quieres Lau —dijo Evelyne relajando el gesto—. Lo sé por la

manera en la que la miras, en la que cuidas de ella... En todo. Pero Victoria necesita saberlo. Necesita que le digas lo que sientes por ella.

Laurent volvió a abrir los ojos, dejándolos como platos, como si hubiera descubierto la panacea a todos sus problemas.

—Entonces déjame ir a buscarla —pidió agarrándola por los hombros—. Deja que vaya a tu casa y se lo diré. Si solo necesita eso yo...

—Cálmate —dijo Evelyne—. Ahora no creo que quiera escucharte... Ni siquiera quiere oír hablar de ti.

—Pero... —balbuceó, encajando el mazazo como pudo.

—Dame unos días Lau —pidió Evelyne—. Intentaré que entre en razón y que quiera hablar contigo... Ahora mismo está muy cerrada.

Como si hubiera caído una losa encima de los hombros de Laurent, estos cayeron lentamente, haciéndole pequeñito. Agachó la cabeza, entristecido.

—En unos días es su cumpleaños, Evy...

En unos días es su cumpleaños, repitió en su cabeza. Mierda, mierda, mierda, y mierda. ¡Era la peor amiga del mundo! ¿Cómo podía haber olvidado que el sábado era el cumpleaños de su mejor amiga? Dejó de agarrar a Laurent por los hombros e intentó disimular su descubrimiento.

—Había preparado una noche romántica para los dos —dijo Laurent alejándose de ella y dando vueltas por el despacho—. Le había pedido a mi madre que cuidara de Sam esa noche, ya la tenía convencida... Llevaría a Victoria a cenar a un restaurante caro, iríamos a tomar unas copas...y ahora...

Evelyne sonrió. Al final iba a resultar que Laurent era un romántico y todo.

—¿Crees que si le digo que venga conmigo, lo hará? —preguntó, nervioso.

Evelyne meditó la respuesta. Estando como estaba Victoria en ese momento, estaba más que segura que la respuesta de su amiga sería un no.

—No creo que accediera, Lau...Y menos los dos solos —dijo Evelyne.

—Tienes razón...

Laurent volvió a dar vueltas por la estancia, agarrándose el mentón. ¿En qué estaba pensando? De pronto, paró en seco y miró a Evelyne con los ojos brillantes.

—¡Ya lo tengo! —dijo acercándose a ella—. Ya lo tengo, ya lo tengo...

Evelyne le miró extrañada. Acababa de pasar de estar hundido a ilusionado por una misteriosa idea que estaba rondando por su cabeza.

—Organizaré una gran fiesta —soltó de pronto—, invitaré a todo el mundo,

haré que sus padres y su hermana vengan también, siempre dice que los echa de menos...Sí, tengo que llamar a...

—¿Laurent? —dijo Evelyne, sonriendo.

Él se giró y volvió a ella.

—Pero necesitaré tu ayuda. Será sorpresa, ella no tiene que saber nada —explicó Laurent—. Le demostraré lo que significa para mí. Le diré todo lo que llevo dentro. Si es lo que necesita, lo haré.

Evelyne sonrió, enternecida. Laurent había encontrado una manera de volver a sonreír. Prepararle la fiesta sorpresa a Victoria había hecho que recuperase la sonrisa.

—Tienes que ayudarme, Evy —repitió Laurent—. Necesito que seas mi coartada. Tienes razón, si la digo que venga no lo hará. Tengo que pillarla desprevenida.

—¿Desprevenida? —repitió Evelyne divertida ante el comentario.

—¿Me ayudarás? —volvió a insistir Laurent, agarrándola esta vez él por los hombros.

Evelyne sonrió. ¿Cómo decirle que no después de todo lo que había hecho por Mark y por ella?

—Claro. Cuenta conmigo.

El servicio que habían contratado de catering andaba de aquí para allá ultimando los detalles de la fiesta sorpresa por el cumpleaños de Victoria que, según el planning de Laurent, comenzaría en apenas dos horas, cuando Evelyne trajera a Victoria, hasta allí.

La casa de los Evans había sido decorada, por petición exclusiva de Laurent, con guirnaldas en tonos rosas y morados, que colgaban del techo y caían fluidamente hacia el suelo, desde la entrada principal hasta el jardín trasero, pasando por el comedor.

Como Laurent había ido expresamente a buscar a la familia de Victoria, que venía de Seattle, Mark se había ofrecido a ayudarle ultimando los detalles. Así que allí estaba él, coordinando la colocación de los canapés, las copas y las mesas que habían montado en el jardín para cenar todos juntos. Sonreía de lado al pensar que su hermano estaba loco y que había revolucionado a todo el mundo para que Victoria lo perdonara. ¿Saldría bien? Conocía perfectamente el carácter de Victoria y no las tenía todas consigo, pero confiaba en que la actitud de Laurent le hiciera ablandarse.

Sam llegó corriendo hasta él con un folio entre sus manos.

—¡Tío, tío! —gritó el pequeño agarrándose a sus piernas con una mano mientras con la otra levantaba en alto la hoja de papel—. ¡Mira lo que le voy a regalar a Vicky!

Mark se agachó hasta quedar a la altura de su sobrino y contempló la hoja que zarandeaba en sus narices.

—No la muevas tanto renacuajo, que no la veo —dijo él, cogiéndole el papel.

Se le escapó una sonrisa enternecida cuando vio lo que el pequeño había dibujado: se había retratado a él mismo entre dos personas, uno que intuyó que era Laurent, más que nada por los pelos de punta rubios que le había puesto, y otra mujer que se veía claramente que era Victoria. La media melena negra y las gafas de pasta que le había dibujado eran inconfundibles.

Sonrió de lado y acarició enérgicamente la cabeza de su sobrino. Ese pequeñajo no hacía más que sorprenderle.

—¿Le gustará? —preguntó el niño con los ojos brillantes.

Mark rio mudo.

—Claro que le gustará —se acercó a él y le cogió en brazos—. ¿Se lo has enseñado a la abuela?

—¡No! ¿Dónde está? —dijo inquieto entre sus brazos.

—En el jardín —respondió dirigiéndose hacia allí. Estaba seguro de que a su madre le haría mucha ilusión ver lo que le había preparado su nieto como regalo de cumpleaños a Victoria.

Mark cruzó el salón decorado con las guirnaldas, y atravesó la puerta abierta que daba lugar al jardín trasero. A pesar de haber vivido en aquella casa durante tantos años, nunca dejaba de sorprenderle la grandiosidad del jardín.

Con más de veinte metros cuadrados de verde, una piscina ovalada con el agua casi cristalina y unos arbustos que se elevaban hasta los dos metros de altura, aquello parecía un edén. El equipo que habían contratado para decorarlo había colocado una carpa abierta con dos enormes mesas decoradas en tonos blancos, rosas y violetas. El ir y venir de los camareros con copas y canapés hizo que tuviera que esquivar a unos cuantos para encontrarse con sus padres, que charlaban con cara de pocos amigos cerca de la piscina.

—Haz el favor, Matthew —decía Sharon sin percatarse de la presencia de su hijo y de su nieto—. No estropees la fiesta que ha preparado tu hijo por una cabezonería tuya.

—No es ninguna cabezonería —gruñía entre dientes su padre, cruzado de brazos—. Susan es la esposa de Mark y la madre de mi futuro nieto. Tiene que estar aquí.

—¿Pero cuando vas a entrar en razón? —sentenció Sharon con el ceño fruncido y agarrando a su marido—. Tu hijo no está enamorado de ella.

Mark entornó las cejas. ¿Otra vez estaban discutiendo sobre ellos? Chasqueó la lengua, y cuando el pequeño Sam se aferró a su cuello, molesto por escuchar a sus abuelos así, se acercó a ellos.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Sharon relajó el gesto y su padre apartó la cara, sin dejar de cruzar los brazos.

—Sí, cariño —respondió su madre un poco molesta, y luego desvió su atención hacia Sam—. ¿Qué me trae mi niño favorito?

Sam giró la cabeza, que ocultaba en el cuello de Mark y, dudando un poco miró a su abuela.

—Enséñales lo que le vas a regalar a Vicky por su cumpleaños, anda —le animó Mark.

Sam levantó el dibujo y se lo enseñó a sus abuelos. Matthew le miró por encima del hombro y sonrió levemente, mientras que a Sharon se le iluminó la cara y, asiéndole por debajo de los hombros, lo cargó a su cadera.

—¡Pero qué bonito, cariño! —exclamó besándole en las mejillas—. A Victoria le va a gustar mucho. ¿Quieres que lo envolvamos?

Sam asintió con energía.

Mark sonrió a su madre antes de que esta le dejara solo con su padre. Suspiró y se metió las manos en los bolsillos. No le había gustado ni un pelo el tono en el que estaban hablando sus padres antes y tomó la decisión de intervenir. La relación con su padre había vuelto a tensarse.

Desde que contó a su familia sus intenciones de volver con Evelyne y divorciarse de Susan definitivamente una vez que el bebé hubiera nacido, nada había vuelto a ser como antes. Durante el escaso mes en el que él había vuelto a retomar su relación con Susan, la actitud de Matthew cambió radicalmente.

Las cenas familiares ya no eran tensas, las conversaciones entre ellos fluían y su padre sonreía cada vez que Susan iba por casa. Todo eso, unido a que, por fin, Mark había asumido el puesto de la empresa que su padre había formado, era más de lo que el patriarca de los Evans podía pedir. Y además, estaba esperando otro nieto, nada menos de su adorada Susan. A pesar de las dudas de Mark con respecto a su paternidad, Matthew hacía oídos sordos. Por fin había conseguido que el matrimonio de su hijo le diera un heredero y que asumiera la responsabilidad de M&S, llenándole de orgullo. Pero Mark no era feliz. No lo era. No lo era porque no estaba compartiendo su vida con la mujer que amaba. Vale que el hecho de asumir la responsabilidad de la empresa no estuviera en sus planes, pero eso era lo de menos. No estaba con la mujer que amaba. No estaba con ella, con su Evelyne. Y cuando abrió los ojos y decidió ir a por todas con esa morena de ojos verdes que le quitaba el sueño, su padre volvió a encerrarse en sí mismo y la tensión entre ellos volvió a aparecer.

No le gustaba hablar con su padre cuando estaba tan tenso, pero tenía que hacerlo. En unas horas vendrían las chicas y lo que menos quería era que montase un numerito. Así que se colocó a su lado, mirando al infinito como él, y se lanzó al ruedo.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó serio.

Matthew inspiró fuerte y soltó el aire poco a poco. Descruzó los brazos y sacó un paquete de tabaco.

—¿Quieres? —le ofreció a su hijo después de coger uno y llevárselo a la boca.

Mark lo meditó un momento. Desde que había retomado su relación con Evelyne no había tenido que recurrir a los cigarrillos para relajarse, pero... Hablar con su padre le crispaba los nervios, y necesitaba hablar con él de manera calmada. Cogió un cigarrillo y se giró hacia su padre.

—¿Y bien? —insistió Mark ante el silencio de Matthew, mientras encendía el pitillo.

—Nada —dijo él, incómodo.

—Papá...

—Ya sabes que este tipo de fiestas no me gustan —soltó brusco.

—Este tipo de fiestas te encantan.

Matthew chasqueó la lengua y él sonrió para sí, sabedor de que había dado en el clavo.

—No entiendo por qué no has invitado a Susan —dijo de repente Matthew, molesto.

Mark puso los ojos en blanco y dio una calada al pitillo. Retuvo el humo lo más que pudo en su boca y luego lo soltó lentamente, intentando calmarse.

—No pinta nada aquí, papá.

—Es tu esposa.

—Nos vamos a divorciar.

—Y la madre de tu hijo.

Cerró los ojos intentando encontrar la calma que necesitaba para no mandar a la mierda a su padre. ¿Cuántas veces tenía que repetirle que no amaba a Susan?

—Papá... —comenzó él, midiendo las palabras—. Todavía no sé si ese bebé es mío o de Neil...

—Ella dice que...

—Me da igual lo que diga Susan —cortó él, mirándole fijamente—. Hace tiempo que no me creo una palabra de lo que dice.

Su padre succionó con fuerza la boquilla de cigarro, haciendo que la punta se enrojeciera. Mark soltó el humo entre sus labios.

—¿Cuándo vas a aceptar que lo mío con Susan se ha terminado?

—Solo estáis pasando una crisis, como todas las parejas...

—No estoy enamorado de ella —soltó serio.

—¿Y de Evelyne sí?

—Sí —respondió Mark antes de que su padre terminara de formular la pregunta.

Matthew soltó una carcajada.

—Vamos Mark... —dijo, mirando a su hijo por primera vez—. Lo mismo decías hace unos años de Susan. Estabas locamente enamorado de ella.

Mark le sostuvo la mirada, viéndose en el reflejo de los ojos de su padre.

—Lo que siento por Evelyne es totalmente diferente a lo que sentí por Susan —confesó, con la voz ronca—. No digo que no quisiera a Susan, no me malinterpretes. Claro que la quise. Pero fue diferente. Evelyne es diferente. Es la mujer de mi vida.

El rostro de Matthew palideció ligeramente. Ver a su hijo así, tan seguro de sí mismo y de sus palabras, le amedrentó. Dio un ligero paso hacia atrás y apartó la mirada, mirando hacia el infinito y volvió a darle una calada al pitillo.

—Ella no es de mi agrado —confesó Matthew, sin mirar a su hijo.

Mark frunció el ceño, dolido por aquellas palabras.

—Lo sé —dijo serio—. Pero si hicieras por conocerla estoy seguro de que cambiarías de opinión.

—Solo es otra niña mona que busca emparejarse con hombres de clase social alta.

—No me considero de esa clase de hombres, padre.

—Vamos Mark, ahora eres el director de una empresa.

—Tú lo has dicho. Ahora.

—Mark...

—Sabes tan bien como yo que cuando la conocí no tenía ninguna intención de coger esa responsabilidad.

—Hijo, acabarías aceptando el puesto tarde o temprano. Era cuestión de tiempo que asumieras la dirección de M&S.

Mark se colocó delante de su padre y le miró fijamente.

—No —respondió—. Has insistido durante más de diez años en que tenía que hacerme responsable de la empresa que formaste con Sean. Y me he negado. Todo estaba preparado para que fuera Susan la sucesora. Yo no quería esa responsabilidad. Era feliz siendo un simple empresario, quería

dedicarme a Evelyne, no a mi trabajo.

—Mark...

—Asumí el puesto por ella, padre. Asumí el puesto por Evelyne, te guste o no. Si Susan hubiera aceptado que había dejado de quererla y que me había enamorado de Evelyne, nada de esto hubiera pasado, y ahora ella sería la presidenta de M&S. Pero el hecho de llevar sus celos contra ella e intentar perjudicarla en su propia carrera laboral, me hicieron tomar las riendas de la empresa y asumir la presidencia.

Matthew apartó la mirada, incómodo por sus palabras. Mark chasqueó la lengua y se giró, acabando la última calada de su pitillo para después apagarlo entre sus dedos. No le gustaba hacer daño a su padre. No le gustaba tener que recordarle que él nunca quiso asumir la dirección de la empresa, a pesar de que adorase su carrera, y que lo hizo por Evelyne.

—Padre... —dijo Mark dirigiéndose a él de nuevo—. Créeme. Ella es diferente.

Matthew miró a su hijo con el ceño fruncido, sin estar del todo convencido de sus palabras.

—Solo te pido que no le faltes al respeto, por favor —pidió Mark, temiendo que pasara lo mismo que había pasado la última vez que Evelyne y su padre coincidieron, durante el cumpleaños de Sharon—. Tengamos la fiesta en paz.

Matthew entornó los ojos, terminó la última calada de su cigarro sin apartar la vista de su hijo y con un gruñido salido de lo más profundo de su garganta, se apartó de él.

Mark puso los ojos en blanco cuando se quedó solo. Hablar con su padre no le gustaba. Se cerraba demasiado en banda. ¿Algún día acabaría aceptando que había elegido compartir su vida con Evelyne en vez de con Susan? Sabía perfectamente su afinidad con Susan, puesto que era la hija de su mejor amigo, Sean, y siempre fue la niña de sus ojos, pero...

Su móvil vibró en su bolsillo y lo sacó rápidamente. Por fin la compañía telefónica le confirmaba que la duplicación de su tarjeta SIM estaba activa. ¡Volvía a tener teléfono! Lo primero que le pasó por la cabeza fue llamar a Evelyne. Llevaba días sin hablar con ella, sin saber de ella. Tenía el móvil deshabilitado y los correos en el trabajo no le parecieron apropiados después del destape.

Por eso sus dedos temblaban por llamarla, pero, si la llamaba ahora lo más seguro era que estuviera con Victoria, convenciéndola para llevarla hasta allí.

Sonrió. Tenía curiosidad por saber si la había convencido o tendría que haber recurrido a una excusa para traerla. Pronto lo descubriría. Escribió un mensaje rápidamente, sin borrar la sonrisa de su cara. Por fin hoy vería a Evelyne. Y si todo salía bien, si Victoria y Laurent se reconciliaban, podrían recuperar su vida de pareja y dormir juntos. Y besarla, y sentir su cuerpo estremecerse bajo sus caricias. Dios. Cuanto la deseaba.

Sintió la tirantez de su pantalón y tuvo que apartar esos pensamientos de su cabeza. Tenía que terminar los preparativos antes de lo que él mismo había llamado: reconquista de Victoria.

Entró en su apartamento cargada con unas cuantas bolsas y un puñado de nervios en su estómago.

Apenas quedaban dos horas para la fiesta sorpresa que Laurent había preparado para Victoria y ella todavía no había dicho nada a su amiga.

Había intentado convencerla para ir de compras y así, en el último momento, llevarla hasta la residencia de los Evans. Pero Victoria estaba muy deprimida. Se pasaba el día en el sofá, con su pijama y comiendo helado, viendo series de amor que lo único que hacían era ponerla más triste. Jamás había visto a su amiga en ese estado. Ciertamente era que nunca había tenido una relación tan seria como la que tenía con Laurent, pero normalmente cuando Victoria cortaba con un chico se pasaba un par de días triste y se recuperaba enseguida. Con Laurent no. No levantaba cabeza.

Así que aquella tarde había decidido ir ella sola a recorrer las tiendas de la quinta avenida para comprarle el look de esa noche. Quizá así, la forzaba a salir.

—Ya estoy aquí —anunció cuando entró en casa.

Victoria ni se inmutó. Hizo un sonido raro que Evelyne entendió como saludo y siguió sumida en la tele. Estaba hecha una bola en el sofá, con su pijama, una caja de pañuelos y helado. Tal y como la había dejado.

—Venga... —dijo Evelyne acercándose hasta ella y apagando la televisión—. Tenemos que hacer algo. Es tu cumpleaños.

Victoria la miró con cara de pocos amigos.

—No quiero hacer nada.

—No seas así —pidió Evelyne arrodillándose frente a ella con las bolsas de la mano—. Vamos, podríamos salir las dos por ahí. Cenamos en un buen restaurante, nos tomamos unas copas y nos vamos a bailar.

—A ti no te gusta bailar...

—Bueno —dijo Evelyne poniendo su mejor cara—. Seguro que con un par de copas me suelto un poco.

Victoria la miró reteniendo una pequeña sonrisa. Bien, pensó Evelyne, estaba más cerca de que cediera.

—¿Qué me dices?

Victoria lo meditó un poco y se encogió aún más en el sofá.

—No me apetece... —confesó por lo bajini—. Además, es sábado, deberías estar con tu novio...

Evelyne apretó los labios. Su amiga lo estaba pasando mal por la situación que tenía con Laurent y no quería nombrar ni siquiera a su hermano Mark.

—Prefiero estar contigo. Quiero animarte —confesó—. Revivamos viejos tiempos, como hacíamos antes.

—Antes salíamos a ligar. No quiero salir a ligar.

—Vamos a cenar las dos, a hablar de nosotras. Además...—sacó el vestido color vino de escote Sabrina que tenía algunas líneas horizontales transparentes—. ¿Tendrás que estrenar mi regalo de cumpleaños no?

Los ojos de Victoria brillaron un poquito cuando vio el vestido que le mostraba Evelyne. Parecía que le gustaba porque le cogió y lo observó un poco más de cerca.

—Es precioso.

Evelyne sonrió y sacó unos zapatos negros con puntera y tobillera de tacón alto.

—Y va a juego con estas preciosidades.

Su amiga abrió mucho más los ojos y los cogió también.

—¿Te gustan?

—Me encantan Evy —dijo ella abrazándose a su cuello—. Muchas gracias, no tenías que haberte molestado.

—Anda —dijo ella alejándose un poco—, ¿qué me dices? ¿Nos vamos de noche de chicas? Yo invito a la cena.

Victoria sonrió levemente y abrazó el vestido entre sus brazos.

—¿Y a las copas?

Evelyne soltó una carcajada.

—Venga vale, a las copas también —dijo levantando—. ¡¡Corre a ducharte o no hay copas!!

Victoria se levantó y asintió con la cabeza. Estaba desanimada, pero al menos había accedido a ir con ella.

Cuando oyó como el agua de la ducha empezaba a correr, Evelyne respiró tranquila. Su amiga se había tragado la excusa. A ver ahora cómo iba el resto.

Recogió un poco el salón y cuando se dirigió a su habitación para preparar sus cosas y ducharse después de Victoria, oyó la vibración de su móvil.

Mark: Hola preciosa. Por fin tengo móvil. Parece que se pone todo en nuestra contra para estar juntos pero por fin hoy te voy a ver. Y no voy a soltarte en ningún momento. Te echo de menos Evelyne. Te quiero.

Suspiró con una sonrisa en los labios. Con todo el lío de Victoria no habían tenido tiempo de verse ni de estar juntos. Además, las cosas en el trabajo se habían complicado porque, debido a que Neil y Victoria no estaban, tenía que ocuparse ella de todo. Pero por fin le vería. Tenía ganas de ver a Mark, de estar con él. Volvió a suspirar, sin poder evitarlo. Miró la hora y sintió la presión del tiempo. Mierda. Tenían que salir en poco menos de una hora para llegar puntuales a casa de los Evans. Tecleó la respuesta rápidamente.

Evelyne: Me alegro de que tengas por fin móvil. Estos días están siendo un poco...raros. Yo también tengo ganas de verte. Ojalá que esta noche salga todo bien.

La respuesta no se hizo esperar:

Mark: Saldrá bien. No estés nerviosa. Te quiero.

Sonrió de nuevo. La quería. Se querían. ¿Podía ser más feliz?

—¿Dónde dices que está el restaurante? —preguntó una Victoria con los brazos cruzados en el asiento del copiloto. El vestido le quedaba como un guante. Se había ondulado un poco el pelo y maquillado ligeramente, ocultando sus ojeras y destacando sus oscuros ojos. Estaba guapísima. Ella había elegido un conjunto de falda plisada en rosa pastel y una blusa holgada blanca con escote barco. No sabía por qué, pero últimamente le gustaban los colores claros.

—Ya falta poco —dijo Evelyne apretando el volante de su BMW con fuerza, para evitar que su amiga la viera temblar. Había cerrado por dentro, por si a Victoria le daba por saltar del coche en marcha al descubrir donde se dirigían. Tenía claro que en cuanto atravesaran los muros hacia la residencia de los Evans, Victoria lo averiguaría. Conocía la casa muy bien, había estado allí muchas veces, y Evelyne tuvo miedo de su reacción. Se esperaba cualquier cosa.

—Nos estamos alejando del centro —volvió a decir Victoria, sin dejar de mirar por la ventanilla.

—No seas impaciente —respondió Evelyne con una sonrisa nerviosa, agradeciendo que el sentido de la orientación de su amiga no fuera muy buena. Cualquiera otra persona ya habría descubierto el camino que seguían.

Victoria comenzó entonces a hablar sobre una película que había visto aquel mismo día. Evelyne no le prestaba atención. La sangre le estaba subiendo a la cabeza y oía su corazón palpar en sus sienes. Estaba nerviosa. Mucho. ¿Saldría bien? Quedaba poco para llegar a la urbanización y para que Victoria se diera cuenta de dónde estaban.

—Un momento —soltó de pronto su amiga, apretándose contra el asiento—. ¿Dónde narices vamos?

—Calma —fue lo único que la salió decir a Evelyne cuando redujo la velocidad y se introdujo en un camino de piedras donde al final se podía vislumbrar la enorme casona de los Evans.

—Evy —dijo Victoria mirándola fijamente—. No me lo puedo creer. ¿Me has traído aquí? ¡¡¿Aquí?!!

—Tranquila Vicky...

—Para el coche —dijo, nerviosa—. ¡Para el coche o me bajo en marcha!

—No voy a parar el coche, cálmate —dijo, agradeciendo que el botón del bloqueo de las puertas estuviera en su puerta y no en la consola central.

—¡¡Esto es una encerrona!!

El camino terminó y llegaron hasta la casa. Todas las luces estaban apagadas y Evelyne aparcó el coche al lado de otros que allí había. Intentó ver si el coche de Mark estaba entre ellos pero no lo localizó. Puso el freno de mano, se soltó el cinturón y se dirigió a su amiga.

—No voy a bajar —sentenció Victoria con los brazos cruzados, sin mirar a su amiga.

—Vicky...Confía en mí.

—Dijiste que íbamos a cenar las dos —soltó enfadada, con los ojos vidriosos—. Y a tomar unas copas.

—Si te hubiera dicho que veníamos aquí, ¿hubieras aceptado?

—No —contestó seria—. Sé quién está ahí dentro. Y no quiero verle.

—Vicky —dijo Evelyne apoyando la mano en su muslo—. Quieres verle. Te conozco. Si Laurent no te importara no estarías como un vegetal en el sofá de mi casa durante días y días. Tenéis que hablar.

—No tengo nada de qué hablar con él.

—Pues entonces escúchale —pidió Evelyne—. Escucha lo que quiere

decirte, y si después de eso quieres irte, nos iremos. Te llevaré a casa. Lo prometo.

Victoria apretó los labios, meditando las palabras. Evelyne cruzaba los dedos en silencio, esperando haber convencido a Victoria para que por lo menos bajase del coche y entrase con ella en casa de los Evans.

—Vicky... —susurró Evelyne cuando pasó un minuto que se le hizo eterno.

—Está bien —dijo, intentando abrir la puerta—. Le escucharé. Pero igual deberías dejar el coche encendido porque en unos minutos nos iremos de aquí.

Evelyne respiró aliviada, apretó el botón de desbloqueo y salió del coche rápidamente. Victoria hizo lo propio y cuando cerró la puerta casi la hizo giratoria, de la fuerza con que la golpeó. Evelyne corrió a su lado, haciendo sonar la gravilla bajo sus sandalias de caucho y se agarró de su brazo. No se fiaba al cien por cien de que su amiga saliera corriendo despavorida. Se sorprendió al ver que no era la única que temblaba.

La puerta de la entrada principal estaba entornada y Evelyne oyó como Victoria tragaba con dificultad a su lado. No sabía quién de las dos estaba más nerviosa. Sin soltarla, empujó la puerta y dieron un paso hacia el interior de la casa, sumida en la oscuridad total.

—¡¡¡SORPRESA!!!

Las luces se encendieron y las dos amigas tuvieron que parpadear varias veces para acomodarse a la luminosidad. La entrada, ya de por sí espectacular, estaba decorada con guirnaldas y adornos en tonos rosas, morados y blancos. En la gran escalera que subía al piso de arriba, de tonos en madera oscura y dorada, había un montón de gente con globos de la mano. Victoria se llevó las manos a la boca, ahogando un grito de sorpresa. Tenía los ojos empañados en lágrimas y no era para menos.

Allí, en los escalones, estaban las personas más importantes de su vida. Sus padres y su hermana, que habían venido desde Seattle a pesar de que le habían dicho aquella misma mañana que no podrían verse hasta el próximo fin de semana. Estaban también dos amigas suyas de la universidad, con las que había compartido piso en su adolescencia y que hacía mucho que no veía.

También se encontraban Sharon y Matthew, al lado de sus padres. Y Mark, que tenía en brazos al pequeño Sam. Laurent estaba en el medio de todos ellos, emocionado. Se había puesto muy elegante en aquella ocasión. Iba vestido con una camisa negra y unos pantalones vaqueros negros también.

Temblaba, al igual que Victoria, que se había quedado paralizada.

Evelyne le dio un pequeño empujoncito para que avanzara hacia ellos.

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo su madre desde detrás, subida en la escalera.

—¡Feliz cumpleaños, hermanita!

Victoria no daba crédito. Se esperaba cualquier cosa menos aquello. Laurent avanzó hacia Victoria, con las piernas temblorosas, pero antes de llegar hasta ella, Sam saltó de los brazos de su tío y fue corriendo a su encuentro.

—¡¡Vicky!! ¡Feliz cumpleaños! —dijo el niño, enseñándole un folio enroscado y atado con un lacito morado.

Las lágrimas de Victoria comenzaron a salir de sus ojos y se agachó hacia el pequeño para colocarse a su altura. Sam sonreía impaciente y le tendió el regalo.

—¿Es para mí? —logró decir Victoria antes de soltar un sollozo.

Sam asintió enérgicamente y le ayudó a desenroscar el lacito anudado. Las lágrimas se escaparon entre los ojos de Victoria cuando descubrió el contenido. Desde atrás, Evelyne no pudo evitar sonreír al ver el dibujo que había hecho el pequeño.

—¿No te gusta? —preguntó asustado el pequeño al verla compungida.

Victoria sonrió y se secó las lágrimas con el dorso de la mano, sin soltar el dibujo con la otra.

—Claro que me gusta, cariño...

—¿Entonces por qué lloras?

—Porque estoy muy feliz.

El pequeño puso cara de circunstancias, sin acabar de entender lo que le había dicho. Victoria se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Cuando se levantó del suelo, los invitados la habían rodeado, y al primero con el que se encontraron sus ojos fue con Laurent.

—Vicky... —dijo, con un hilo de voz.

Todos los que estaban allí aguantaban la respiración. Evelyne supuso que Laurent había comentado la discusión que habían tenido entre ellos y por eso estaban a la expectativa, con sonrisas y mirándose entre ellos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Victoria queriendo sonar más brusca de lo que sonó. Tenía los ojos llenos de lágrimas y le brillaban de emoción.

Evelyne, desde su posición de atrás, contemplaba la escena. Sabía que

Victoria se haría la digna un poco, pero que ante todo ese despliegue se acabaría ablandando. Los invitados esperaban que Laurent hablase, para luego poder acercarse hasta ella a felicitarla. Vio como el pequeño Sam se alejaba de la pareja y se dirigía hacia su tío, que estaba en un lateral, sonriendo de lado. Mark cogió a Sam en brazos y se lo colocó en la cadera, sin dejar de mirar a Evelyne, que le devolvió el gesto.

Estaba guapísimo. Llevaba unos pantalones vaqueros negros que combinó con una camisa tejana sobre una camiseta blanca. Informal pero elegante. Quería correr a sus brazos y darle un beso, pero tenían que mantener el tipo. Mark le guiñó un ojo y sin saber por qué, supo que él estaba esperando lo mismo, acercarse a ella y besarla.

Laurent carraspeó, nervioso.

—Esto es porque te quiero, Victoria —soltó, dejando a todos los presentes con la boca abierta.

Evelyne sonrió. Sí que se lo había tomado en serio Laurent, sí, pensó.

—Porque eres la mujer de mi vida y me muero cada día que no paso contigo —siguió Laurent, haciendo que el color subiera hasta las mejillas de Victoria sin control—. Porque necesito que me perdones y que vuelvas conmigo. Y porque soy un idiota que no te ha dicho lo que significas para mí, pero que a partir de ahora no habrá día que no te diga que te amo con todas mis fuerzas, Victoria.

Aquella confesión dejó a todos sin respiración. Las caras de los padres de Victoria estaban emocionadas, y no era para menos. Victoria sollozó, sin dejar de mirar a Laurent, pero no dijo nada. Laurent se inquietó, Evelyne lo pudo ver en sus ojos cuando vio que Victoria no reaccionaba.

—Vicky... —dijo cariñoso, acercándose un poco más.

Victoria rompió a llorar del todo, y antes de que Laurent la fuera a consolar, ella se lanzó a sus brazos, apretándose fuertemente a su cintura. Laurent se relajó y la rodeó con los brazos. Las amigas de Victoria soltaron un “ohhhh” que desencadenó unas risas, y sin saber por qué, Evelyne buscó la mirada de Mark, el cual estaba hablando con el pequeño Sam.

Evelyne sonrió al ver como los dos, tío y sobrino, comenzaron a aplaudir. Los demás invitados siguieron el aplauso y Laurent y Victoria se separaron un poco para mirarse a los ojos. Se dijeron algo, que Evelyne no pudo oír por las palmas, y Victoria se puso un poco de puntillas para buscar los labios de Laurent y besarse.

Qué bonito, pensó Evelyne, emocionada. Verles así le creaba un sentimiento de ternura muy reconfortable. Se acercó un poco hasta ellos cuando vio que los demás comenzaban a besar y a abrazar a Victoria para felicitarla.

—Felicidades cariño. Toma anda —dijo Sharon acercándose a ella con un enorme ramo de rosas rosas y blancas—, que está visto que mi hijo se ha olvidado de darte esto.

—Lo siento mamá —se disculpó Laurent avergonzado—. La tensión del momento...

—La tensión del momento —repitió Sharon feliz mientras daba un beso a Victoria.

—Son preciosas —dijo esta, mirando a Laurent y sonriéndole.

Matthew se acercó hasta ella.

—Felicidades Victoria —dijo dándole un beso y asiéndola cariñosamente por la cintura. ¿Algún día Matthew y ella se llevarían tan bien? Pensó Evelyne al ver la actitud del padre de Mark con su amiga.

—Gracias suegro —soltó ella haciendo que los demás rieran.

Mark se acercó en ese momento, con Sam todavía en sus brazos.

—Feliz cumpleaños, Vicky —dijo poniendo su mejor sonrisa. ¿Estaba nervioso?

Victoria le miró un momento, con el ramo en las manos. Sonrió como una niña y le abrazó sin pensarlo. Evelyne hizo una mueca graciosa al ver la cara de asombro que puso Mark. Entre Sam y el ramo, fue un abrazo un poco raro. Ninguno de los dos, o tres, incluyendo al pequeño Sam, sabía muy bien cómo ponerse. ¿Estaría ablandándose Victoria con respecto a Mark?

Evelyne se acercó justo en el momento en que los dos se soltaron, y acarició lentamente la espalda de Victoria. Su amiga se giró con la cara colorada y el rímel corrido por las lágrimas.

—¿Ves como sí querías venir? —le dijo por lo bajini para que solo la escuchara ella.

Victoria se abalanzó hacia ella, abrazándola y clavándole en la espalda los tallos de las rosas.

—Fea, cuanto te quiero —dijo Victoria emocionada.

Evelyne sonrió y cuando se separaron, aprovechó para quitarla con los pulgares los restos de maquillaje.

—Así mejor.

Las dos sonrieron y Victoria se apartó para seguir saludando al resto de invitados. Sus padres y su hermana estaban encantados y disfrutando de este momento.

—Hola cariño —saludó Sharon a su lado cuando Victoria y Laurent desaparecieron junto al resto de invitados—. Cuanto tiempo sin verte.

Sharon la abrazó delicadamente, y ella aceptó el abrazo enternecida. La madre de Mark era todo amor y desde el primer día que se vieron habían creado un vínculo especial entre ellas. Y eso se notaba.

—Hola Sharon, ¿Cómo estás? —dijo ella besándola en la mejilla.

—Genial —respondió con un brillo especial en sus ojos marrones—. Ya sabes lo que me gusta juntar a la familia.

Mark apareció a su lado, con Sam todavía en brazos.

—¡Evy! —gritó el pequeño abalanzándose sobre ella.

Como la última vez que estuvieron allí, el pequeño, sin bajarse de los brazos de Mark, se aproximó a ella y la abrazó por el cuello, haciendo que el rostro de Evelyne y el de Mark quedase a muy pocos centímetros. Se miraron y sonrieron. Hacía muchos días que no se veían, que no estaban juntos, y tuvieron la necesidad de besarse en ese preciso momento, pero se contuvieron. No era propio hacerlo delante del pequeño.

Mark sonrió de lado, haciendo que Evelyne se ruborizara por la proximidad y el gesto.

—¿Has venido a jugar conmigo? —preguntó el pequeño cuando se separó.

Evelyne acarició su espalda y no pudo evitar sonreír.

—Hoy solo un ratito, que es el cumpleaños de Victoria —respondió divertida.

Sam la miró levantando una ceja.

—¡Ah, claro! Hoy hay que jugar con Vicky —dijo el niño, haciendo que los tres sonrieran.

Matthew se aproximó hasta ellos, con las manos en los bolsillos. Los ojos de Evelyne se enfrentaron a los de Matthew. Eran del mismo verde intenso que los de Mark y eso la incomodó un poco. Mark era la viva imagen de Matthew, pero con treinta años menos. Eran muy parecidos, con el mismo color de ojos, la misma constitución de cuerpo y el pelo, solo que en vez de tenerlo castaño como Mark, el de Matthew era grisáceo.

—Buenas noches, Evelyne —saludó, con gesto férreo.

Evelyne cogió aire y se tensó un poco ante él. Era el segundo hombre que la

llamaba por su nombre completo, pero lo que sintió cuando lo hizo fue muy diferente al escalofrío que le provocaba oír su nombre de boca de Mark.

Sin poder controlarlo, los recuerdos de la última vez que estuvo allí se sucedieron en su cabeza. Era el cumpleaños de Sharon y Mark insistió en que les acompañara. Fue ese día cuando presencié por primera vez la tensión que había entre Mark y Matthew. Ahora podía entender que el motivo no solo era la tentativa de divorcio de Mark, si no también temas laborales. A pesar de ello, Matthew no había dudado en descargar su frustración contra Evelyne, faltándole el respeto.

Apretó los labios y se obligó a alejar aquellos recuerdos, aunque la sensación no desapareció del todo. Sabía de sobra que no le caía en gracia a Matthew, pero aquella sensación la demostraba que la animadversión era mutua.

—Matthew —saludó ella educadamente, sin mostrar sus sentimientos.

Entonces ocurrió algo que no se esperaba. Matthew se acercó a ella con la clara intención de saludarla como al resto de mujeres, con un beso en la mejilla. Evelyne, viendo las intenciones, retrocedió un paso y alargó la mano, imitando el gesto de él la primera vez que se conocieron.

Matthew parpadeó, extrañado, pero volvió a su semblante imperturbable y le agarró la mano, a modo de saludo.

—Os veo en el jardín —dijo un poco tenso, antes de dejarles solos.

Sharon sonrió y asintió con la cabeza hacia ella. ¿Estaba aprobando su gesto? Se preguntó Evelyne. Se giró a su hijo y cogió a Sam en sus brazos.

—Vamos yendo, cariño —dijo guiñándole un ojo. Sharon se encaminó hacia el salón, para reunirse con el resto de invitados.

Mark y Evelyne se miraron cuando se quedaron solos, por fin.

—Hola —dijo Mark, metiendo las manos en los bolsillos. ¿Estaba nervioso?

—Hola —respondió ella con una sonrisa de oreja a oreja. Fue Evelyne la que buscó el contacto, acercándose a él y colocando sus manos en su cintura, por dentro de su camisa vaquera. Le pareció ver cómo Mark respiraba aliviado antes de sacar las manos de sus bolsillos y atraerla hacia su pecho, abrazándola. Evelyne sonrió de nuevo, acomodándose en su torso y respirando su inconfundible aroma. Mark olía a Calvin Klein, su característico perfume.

—Dios... —dijo desesperado—. No sabes las ganas que tenía de verte...

—Yo también —respondió ella apretándose más en él.

—Evelyne... —susurró separándose lo justo para acunarla la cara entre sus manos—... tenemos que hablar...

—No hay nada de qué hablar, Mark —dijo ella, levantando la cara en busca de sus labios.

Mark le miró la boca, inquieto.

—¿Estamos bien? —preguntó.

Evelyne sonrió.

—Podríamos estar mejor...

Mark sonrió de lado, y Evelyne aprovechó para besarle la barbilla.

—Evelyne... —dijo él, mirándola.

—No tienes que explicarme nada —dijo ella, seria—. Entiendo las razones por las que decidiste esperar a hacer público tu cargo.

Mark parpadeó.

—¿Lo entiendes?

—Claro —dijo ella convencida, sorprendiendo más a Mark.

—Pero...

Evelyne chasqueó la lengua, perdiendo un poquito la paciencia. No necesitaba que nadie le explicase nada más. Después de tantos días sin verse, solo quería estar con él, con Mark. Y decidió sincerarse.

—Llevamos días sin vernos, no quiero hablar —soltó con una ceja levantada—. ¿Qué tengo que hacer para que me des un beso?

Mark levantó las cejas sorprendido y sonrió de lado.

—Solo quiero besarte Mark, solo quie...

Pero no le dio tiempo a seguir hablando. Mark la sujetó por la nuca y se abalanzó a sus labios, besándola con ganas, con necesidad. Evelyne sonrió entre sus labios.

—No sabes cuánto me alegro de que estés aquí —dijo Sharon acariciándole la mano a Evelyne mientras le dedicaba una de sus amplias sonrisas—. Cuando Mark nos dijo que volvía con Susan estuve a punto de desheredarle.

Mark soltó una carcajada a su otro lado. Estaban los tres sentados en un lateral de la enorme mesa que habían montado en el jardín. Mark apoyaba el brazo en el respaldo de la silla de Evelyne y le acariciaba dulcemente el hombro. Al otro lado de ella, su madre no había parado de hablar durante toda la cena, animada con la compañía de Evelyne.

—Menos mal que entró en razón —siguió Sharon.

—Mamá...

Evelyne sonrió. La compañía de Sharon era muy reconfortable para ella. La madre de Mark era una mujer hecha y derecha, que tenía las cosas claras y que se desvivía por su familia. ¿Algún día sería ella una madre así?

—¡Guela! —gritó el pequeño Sam acercándose a los tres. Venía sudando. Desde que habían pasado a los postres el pequeño había estado correteando por el jardín de un lado a otro, llevándose las miradas divertidas de todos los invitados.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo Sharon cogiéndole en brazos y sentándole en su regazo.

—Me hago pis —soltó, haciendo que Mark y Evelyne no pudieran retener una sonrisa.

Sharon sonrió y se levantó con el pequeño.

—Ahora vengo —dijo Sharon antes de dejarles solos.

Mark se acercó más a ella y la apretó por los hombros.

—Tu madre es encantadora —dijo Evelyne, son una sonrisa en los labios.

—La tienes enamorada —soltó Mark, dándole un beso en la mejilla.

—No es para tanto...

Mark apoyó un codo en la mesa y descansó su barbilla sobre su mano, sin dejar de mirarla.

—¿Cómo era la tuya?

Evelyne parpadeó.

—¿Mi madre?

Mark asintió, sin apartar sus ojos verdes de ella. Evelyne bebió un poco de ponche.

—Era diferente a cualquier mujer que hubieras conocido —comenzó ella, con una sonrisa en los labios—. Mi madre era divertida, cariñosa y muy fuerte. Era el pilar de nuestra familia.

Mark sonrió con dulzura.

—Sabía estar en cada momento, en cada situación. Si tenía que reírse se reía, si tenía que hacer el payaso lo hacía, pero cuando tenía que ponerse seria era la primera en hacerlo. Era una gran mujer.

—Me hubiera encantado conocerla —dijo Mark con los ojos vidriosos.

Evelyne lo miró y sonrió.

—Os hubierais llevado bien.

Mark volvió a atraerla para sí y depositó un beso en su cabeza.

—A ver, parejita —dijo alguien a su lado.

Cuando se giraron, Victoria y Laurent estaban de pie, detrás de ellos, abrazos por las cinturas. Estaban tan juntos que no se podía distinguir donde acababa el cuerpo de uno y donde empezaba el otro. Evelyne sonrió al verles así. Se habían reconciliado, no había duda. Durante la cena no se despegaron ni un momento el uno del otro. Allá donde iba Victoria, iba Laurent, y viceversa.

—¿Qué tal lo estáis pasando? —preguntó Laurent con una sonrisa de oreja a oreja.

—Está siendo una fiesta increíble —respondió Evelyne.

Victoria se alejó de Laurent y se acercó a Mark, apoyando una mano en su hombro.

—Vengo a hablar contigo —sentenció seria.

Mark se tensó ligeramente.

—Vicky... —la reprendió Evelyne poniendo los ojos en blanco.

—¡Vengo en son de paz! —sentenció ella señalando las palmas hacia arriba.

Mark se levantó de la silla y se colocó la camisa.

—Ahora venimos —sentenció Victoria mientras agarraba del brazo a Mark y se alejaban hacia un sitio más apartado del jardín. Evelyne apretó los labios mientras les seguía con la mirada. Esperaba de corazón que su amiga no le montara ningún numerito.

—Tranquila —dijo Laurent sentándose en el mismo sitio que había

ocupado Mark—. Victoria quiere hacer las paces con él.

Evelyne levantó las cejas, sorprendida. Se alegró de que Victoria hubiera cedido en sus sentimientos con respecto a Mark.

—Parece que has conseguido ablandar a la fiera un poquito —dijo Evelyne sonriendo.

—No —soltó Laurent, apoyando su mano sobre la de ella—. Lo has conseguido tú, Evy. Sin ti esto no habría salido bien. Gracias.

Evelyne se sonrojó. Tampoco había hecho nada del otro mundo. Conocía a Victoria y sabía que estaba enamorada de Laurent, pero que le costaba mostrar sus miedos. Ella simplemente había allanado el camino. Sonrió y colocó su mano encima de la de Laurent.

—No hay de qué.

Los dos se sonrieron y Evelyne se alegró de haber ayudado a Laurent en su relación con Victoria.

Antes de que pudieran seguir hablando, alguien se colocó a su lado.

—¿Puedo hablar contigo un momento, por favor? —exclamó Matthew, con el semblante serio.

Al principio Evelyne pensó que el padre de Mark se dirigía a Laurent, pero cuando levantó la vista hacia él y vio que Matthew estaba girado en su dirección, mirándola fijamente, supo claramente que se refería a ella.

—Papá, por favor —dijo Laurent, tensándose.

—Solo quiero hablar con ella —respondió Matthew, serio—. Serán solo unos minutos.

—¿No podemos tener la fiesta en paz? —respondió Laurent, poniéndose nervioso.

Evelyne frunció el ceño. ¿El padre de Mark quería hablar con ella? Se tensó al recordar los últimos encuentros que habían tenido entre ellos. Todos teñidos por tensión. Miró hacia el otro lado del jardín, donde vio a Mark hablando con Victoria. Parecían estar bien. Se estaban riendo y Victoria daba pequeños golpecitos en el brazo de Mark. ¿Se habrían reconciliado?

—Solo quiero hablar con ella —volvió a repetir Matthew.

Laurent se levantó y se puso a la misma altura que su padre. Era un poco más alto que él y con más cuerpo.

—Papá, por favor...

Evelyne cerró los ojos. ¿Qué quería hacer? Podía levantarse, obviar al padre de Mark y dirigirse hacia el interior de la casa con la excusa de que tenía que

ir al baño. Pero... No. Estaba cansada de huir de todo, de alejarse de los problemas. Sabía que el padre de Mark no la tenía en estima, pero... ¿Huiría todo el tiempo de él? Ahora estaba con Mark, llevaban una relación seria y tenían que aprender a tolerarse el uno al otro. No podían evitarse todo el tiempo. ¿Qué pasaría cuando tuvieran hijos? Sus hijos necesitarían ver a su abuelo... Un momento. ¿Estaba pensando en tener hijos con Mark?

Antes de que pudiera seguir imaginando su futuro, se levantó.

—Claro, usted dirá —dijo Evelyne sorprendiendo a Laurent.

Matthew sonrió levemente, con las manos en los bolsillos.

—¿Puede ser en privado?

—Papá...

—Como quiera —respondió Evelyne seria.

Matthew comenzó a andar y Evelyne le siguió sin mirar la cara de sorpresa y miedo que ponía Laurent.

Se alejaron un poco de los invitados, que seguían animados alrededor de la mesa que había en el jardín. Evelyne se cruzó de brazos, en parte para evitar que Matthew viera su nerviosismo y como símbolo de defensa. Había leído sobre lenguaje corporal y este era uno de esos gestos que la gente hacía para protegerse.

Matthew se detuvo en lo que pareció un pequeño palacete, un poco más allá de la piscina. ¿Cómo de grande era aquel jardín? Se preguntó Evelyne antes de encontrarse con los ojos del padre de Mark.

—¿Fumas? —preguntó él, sacando un paquete de tabaco.

—No —respondió ella, seca.

Matthew sacó un cigarro del paquete de tabaco y lo encendió. A Evelyne le dio la impresión de que tardaba más de la cuenta en hacerlo. O por lo menos a ella se le hizo eterno.

—Usted dirá —dijo Evelyne intentando que su voz no temblara.

Matthew la miró de reojo y después se giró para quedar de perfil hacia ella, sin mirarla. Dio una calada al pitillo lentamente y dejó escapar el humo entre sus labios hacia arriba.

—No eres de mi agrado, Evelyne.

A pesar de que lo sabía, la confesión le sentó como un jarro de agua fría. La indiferencia y el poco tacto con el que lo dijo Matthew hizo que le temblara todo el cuerpo. Calma, se dijo a sí misma, intentando buscar fuerzas de donde no supo.

—Usted tampoco del mío.

Matthew levantó ligeramente las cejas, sin girarse a mirarla. ¿Le había sorprendido su respuesta?

—No entiendo por qué estás aquí —atacó de nuevo.

Evelyne levantó la barbilla y respiró hondo.

—Soy la pareja de Mark.

—La pareja de Mark es Susan. Están casados —soltó frío Matthew—. Y además están esperando un hijo.

—Lo sé —soltó altiva.

Matthew se giró a mirarla y sus ojos se enfrentaron por primera vez.

—¿Por qué insistes en tener una relación con mi hijo?

—Nos queremos —dijo convencida.

Matthew soltó una carcajada carente de humor.

—Vamos pequeña —soltó, haciendo que a Evelyne se le revolviera el estómago al oírle ese adjetivo—. Conozco a muchas mujeres que son como tú. Vamos, de tu tipo.

Evelyne levantó una ceja, molesta.

—¿Y qué tipo de mujer se supone que soy?

Matthew volvió a dar una calada al cigarro y se acercó a ella. A pesar de que le imponía, Evelyne no se movió ni un ápice.

—Eres del tipo de mujer que se acerca a los hombres para conseguir sus propios propósitos —soltó, mientras el humo se le escapaba entre los labios—. Mi hijo tiene un buen estatus social, es gerente de una empresa que resulta ser una de los mejores clientes de la tuya y por eso te has acercado a él. ¿Te crees que no he visto a más mujeres como tú en este mundillo?

Evelyne aguantó la estocada. A pesar de que le dolía que el padre de Mark pensase así de ella, no se amedrentó. Parpadeó lentamente y le sostuvo la mirada.

—Siento decirle que está equivocado —dijo convencida, y luego reflexionó unos segundos—. En realidad, no lo siento. Me da igual lo que usted piense de mí. Gracias a dios, he recibido una educación ejemplar de mi padre y de mi madre, que descansen en paz, y me han enseñado a obtener lo que quiero con mi esfuerzo y dedicación, sin ayuda de nadie. Tengo aspiraciones laborales, no se lo voy a negar. Y espero llegar a un alto cargo en mi empresa actual, Advertising, porque me estoy esforzando por conseguirlo y estoy capacitada para llegar hasta donde quiero. Pero para eso no necesito a Mark,

no necesito a ningún hombre y mucho menos quedarme embarazada para retenerle a mi lado.

Matthew apretó los labios y frunció el ceño. Fue a decir algo pero ella giró la cabeza lentamente, indicando que le dejara hablar.

—Lo quiero —continuó ella—. Quiero a Mark. Pero no lo quiero porque sea un alto ejecutivo o porque tenga una empresa. Le quiero por el hombre que es. Le quiero por la mujer que me hace ser cuando estamos juntos. Le quiero desde el primer día que nos vimos, cuando solo era un adjunto del departamento de Marketing.

El rostro de Matthew había empezado a ponerse colorado. Ya no daba caladas, tenía el cigarro sujeto entre los dedos de su mano y la ceniza amenazaba con caerse.

—Quiero que te alejes de mi hijo, él está con...

—Me da igual lo que usted quiera —dijo levantando la barbilla—. Lo que importa es lo que quiera él. Y quiere estar conmigo, no con Susan.

—Van a tener un hijo —espetó un poco nervioso.

Y dale con lo del hijo, pensó Evelyne volteando los ojos.

—¿Y? —dijo brusca—. Si finalmente el hijo es de Mark le cuidaré porque será suyo. Como Victoria hace son Sam a pesar de no ser su madre.

Aquello le impactó. Lo supo cuando vio que los ojos de Matthew se aclaraban y se enternecían. ¿Había dicho algo que le había tocado la fibra sensible?

—Susan... —comenzó Matthew.

—Sé la relación que le une con Susan —dijo Evelyne, sin dejarle continuar—. Es la hija de su mejor amigo y es como una hija para usted. Pero aquí el que importa es Mark, su hijo. Ni Susan, ni usted ni yo. Lo que importa es él y su felicidad. Y Mark no es feliz con Susan. No hay más que verle.

Matthew apretó los labios y tragó saliva, asimilando la información.

—Y permítame que le dé un consejo —siguió ella—, debería ver más allá, debería ver desde otra perspectiva, para ver realmente lo que le hace feliz a su hijo y no a usted. Créame que si Mark hubiera sido feliz con Susan jamás me hubiera metido en esa relación.

La respiración de Matthew estaba agitada. Había estado escuchando atentamente lo que Evelyne había dicho sin decir nada, y su silencio la incomodó.

—Evelyne...

—¿Padre?

Los dos se giraron en dirección a la casa y vieron como Mark y Sharon se acercaban a ellos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Mark con el ceño fruncido mientras se acercaba a Evelyne y la agarraba por la cintura.

Matthew retrocedió unos pasos y pareció reaccionar. Le dio una última calada a su cigarro y lo tiró al suelo.

—¿Matthew? —dijo Sharon acercándose hasta él con cara de pocos amigos.

Evelyne seguía ahí plantada, con los brazos cruzados sobre su pecho, sin dejar de mirarle. No se iba a acobardar ahora.

—Solo... hablábamos —dijo Matthew un poco nervioso.

Sharon y Mark miraron a Evelyne, que aguantaba la mirada a Matthew.

—Sí —respondió sin apartar la vista del padre de Mark—. Solo hablábamos.

Matthew respiró hondo y empezó a andar.

—Vuelvo dentro —anunció cuando pasó a su lado.

Sharon miró a su hijo y este asintió. Su madre salió detrás de su esposo y les dejó a solas.

—¿Estás bien? —dijo Mark—. Le dije a mi padre que...

—Estoy bien —soltó ella, mirándolo por primera vez—. Solo hablábamos.

Mark la miró de hito en hito, intentando averiguar algo más.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó al fin.

—Nada que no supiera ya—dijo, acercándose a él a la vez que descruzaba los brazos y apoyaba las palmas de su mano en su pecho.

Mark aprovechó para agarrarla por la cintura y apretarla contra su cuerpo.

—¿Y Victoria? —preguntó Evelyne.

Mark se acercó más a ella, hasta que sus narices se tocaron. Evelyne rodeó su cuello con las manos y se apretó más a él.

—Me ha perdonado —dijo Mark con una sonrisa de lado—. Por fin hemos hecho las paces.

—Parece que la fiesta ha resuelto más de un problema, ¿no crees?

Mark sonrió y acortó la distancia que había entre ellos para atrapar sus labios entre los suyos.

—Vámonos... —pidió Evelyne, sintiendo que la adrenalina que había sentido con el encontronazo con Matthew se convertía en deseo sexual.

—¿A dónde? —preguntó él, sonriendo.

—A tu casa, a la mía... me da igual —ronroneó ella—. Solo necesito estar contigo.

Mark volvió a besarla y ella notó como su erección se clavaba en su vientre. Estaba claro que no era la única que estaba pensando en ir más allá.

—Vámonos.

Ni siquiera se despidieron de los demás cuando salieron a toda prisa en dirección al porche, donde Evelyne tenía aparcado su vehículo. Mark había venido en el coche con Laurent, por eso cuando Evelyne y Victoria llegaron a casa de los Evans, Evelyne no vio el Audi de Mark.

—Dame las llaves —dijo Mark cuando llegaron al coche y la abrió la puerta del copiloto—. Conduzco yo.

Evelyne no replicó. Sacó las llaves de su bolso y sin decir ni mú, se las tendió a Mark. Rápidamente, Mark se colocó en el asiento del conductor, colocó el asiento y los espejos y arrancó.

El trayecto hasta casa de Mark lo hicieron en la mitad de tiempo. Mark pisaba el acelerador y circulaba por las calles a una velocidad de espanto. Jamás le había visto conducir así, de manera tan brusca, tan salvaje y tan segura. Y eso acabó de excitarla.

Durante todo el trayecto la mano de Mark estaba entre sus piernas. Sin hacer nada, sin mover absolutamente nada. Simplemente la colocó ahí, por debajo de su falda, en medio de sus piernas y rozando con el dedo meñique sus partes. No hizo falta que la tocara más, ya estaba excitada. ¿Tantas ganas tenía de acostarse con él? Sí, dijo su yo interior.

Mark entró en su garaje a toda velocidad, y por un momento Evelyne temió que rozara su coche, pero no lo hizo. Aparcó en dos maniobras en otra plaza de garaje, junto a su Audi.

—¿No te dirán nada por aparcar aquí? —dijo ella cuando se desabrochó el cinturón.

—La plaza es mía. Tengo dos —dijo él desabrochándose el suyo—. Vamos.

Entraron a toda velocidad en el ático de Mark. Ni siquiera encendieron las luces. Estaban demasiado entretenidos comiéndose a besos y muriéndose de ganas de más. Mark bajó la cremallera de la falda plisada de Evelyne y esta cayó al suelo, dejando al aire las preciosas piernas de Evelyne. Ella, por su parte, consiguió quitarle la camisa vaquera en dos movimientos, y aprovechó a deshacerse de la camiseta blanca cuando él hizo lo propio con su blusa. En

menos de dos minutos los dos estaban en ropa interior, uno frente al otro.

Mark se acercó a ella y volvió a besarla, haciendo que sus cuerpos se rozasen y notasen el calor que desprendían.

—No sabes lo que te he echado de menos... —susurró mientras apartaba su pelo del hombro y le besaba el cuello.

—Sí que lo sé —susurró ella echando la cabeza hacia atrás—, porque yo también te he echado de menos...

Mark sonrió en su piel y desabrochó el sujetador balconet de un movimiento. Evelyne arrastró a Mark hasta uno de los sofás en tonos beige que tenía Mark en su ático, mientras se quitaban los zapatos.

Joder. Le deseaba. Le deseaba con todas sus fuerzas. ¿Cómo podía estar tan excitada con aquel hombre? Mark intentó girarla para ponerla encima del sofá, pero ella no se dejó. Quería llevar las riendas, quería hacerle el amor ella a él, así que cuando Mark intentó dejarla en el sofá, ella le giró y le sentó a él.

—¿Hoy quieres jugar tú? —preguntó Mark desde abajo, atrayéndola hacia él cogiéndola por las nalgas.

Evelyne se mordió el labio a modo de respuesta y gimió cuando Mark comenzó a sobarle el culo y a besar su abdomen. Lentamente, pasó la lengua por su vientre, haciendo que se estremeciera y se tuviera que aferrar a sus hombros.

Mark siguió deslizando su lengua hasta que llegó a su sexo. Con las dos manos, deslizó sus braguitas por sus muslos y la dejó completamente desnuda frente a él. La lengua de Mark buscó su zona más íntima, y cuando Evelyne quiso apartarse echando la cadera hacia atrás, él la sujetó con fuerza por la cintura e introdujo más su cabeza hasta que su lengua rozó los pliegues de ella.

—Mark... —jadeó ante los lengüetazos.

Mark sonrió cuando le rodeó la cintura con un brazo y subió el otro hasta sus pechos para pellizcarle uno de los pezones y arrancarle un grito de placer.

—Ven —dijo él, quitándose los calzoncillos e instándola a que subiera encima suyo.

Evelyne se subió a horcajadas encima de él, respirando entrecortadamente, y cuando quiso acomodarse en su sexo, Mark la retuvo con la mano que aferraba su cintura. Con la otra, la atrajo hacia él y la besó. La lengua de Mark se frotó con la suya excitándola aún más al sentir su propio sabor en su

boca. Quería que la penetrara, quería que le hiciera el amor de una maldita vez. Le necesitaba más que nunca.

—Estás empapada... —susurró él en su boca cuando sus dedos se posaron sobre la vagina abierta de Evelyne, deslizándose adelante y hacia atrás. Evelyne echó la cabeza hacia atrás, excitada. Si Mark seguía así se correría sin ni siquiera haberla penetrado.

—Mark...por favor...—suplicó ella mientras él jugaba con su clítoris entre sus dedos.

Mark dejó de tocarla y se acarició la punta de su miembro con sus dedos mojados de Evelyne, para después agarrarla con las dos manos por la cintura y bajarla hasta que sus sexos se tocaron.

—Por favor, ¿qué? —jadeó él deslizado su erección hacia arriba y hacia abajo, sin penetrarla.

—Te necesito dentro... —suplicó ella con un hilo de voz. Estaba tan mojada y tan hinchada que estaba segura de que se correría en cuanto él se metiera dentro.

—Dios, Evelyne... —murmuró Mark colocando el cuerpo de Evelyne en el ángulo que deseaba, mientras su pene se colocaba justo en su entrada.

Evelyne dejó caer el cuello hacia atrás cuando sintió el miembro de Mark entrando poco a poco en su interior, y se agarró con fuerza a sus hombros. Mark entró en ella y, ayudándose de sus muslos, separó más las piernas de Evelyne, haciendo que levantara sus caderas y penetrándola hasta el fondo, hasta que sus testículos sonaron contra su carne.

—Muévete... —suplicó Mark—. Muévete, Evelyne...

Y ella lo hizo. Comenzó a moverse arriba abajo, haciendo que el pene de Mark entrara y saliera de ella. Estaba tan mojada que su miembro se deslizaba entre sus piernas sin ninguna dificultad. Cuando empezó a notar que el orgasmo estaba cerca, sus piernas perdieron fuerza y fue Mark quien continuó con las embestidas, que se hicieron más potentes cada vez.

—Mark...

—Córrete Evelyne...lo estás deseando...

Cada embestida empezó a ser más placentera que la anterior y cuando Evelyne notó el cosquilleo del orgasmo, no se resistió y explotó de placer, convulsionando alrededor del miembro de Mark y jadeando de placer.

—No he acabado contigo... —dijo Mark a la vez que la cargaba sobre él y se arrodillaba en el suelo, tumbándola en la alfombra. ¿Lo iban a hacer en la

alfombra? Mark seguía dentro de ella, duro como una piedra. La colocó contra el suelo y volvió a moverse, entrando y saliendo de ella esta vez con más fuerza que antes.

—No creo que pueda llegar otra vez... —dijo Evelyne entre jadeos—. Ha sido muy...intenso...

—Ya lo veremos —dijo Mark antes de devorarla la boca.

Con una mano apretaba su cadera contra él, entrando y saliendo de forma salvaje. Entraba hasta el fondo, haciendo que Evelyne gritara de placer, sintiéndose llena por completo de él. Con la otra mano le manoseaba un pecho, pellizcando su pezón con el índice y el pulgar, haciendo que ella sintiera una descarga eléctrica que conectaba directamente con su sexo. Mark aceleró el ritmo de sus acometidas, y sin saber cómo, el cosquilleo volvió a aparecer en el vientre de Evelyne.

—Joder...

Mark sonrió sin bajar el ritmo, mientras ella se arqueaba, buscando más roce para culminar de nuevo con el clímax.

—Me voy a correr contigo, Evelyne...—anunció Mark entre jadeos. Evelyne se dejó llevar y volvió a sentir como se convulsionaba de nuevo, alcanzado el orgasmo de nuevo y sintiendo como Mark la llenaba por dentro. En todos los sentidos.

A pesar de haber pasado un fin de semana inolvidable entre la fiesta de cumpleaños de Victoria y el resto de días con Mark, aquel lunes su humor empeoró. Neil seguía de permiso y Henry no supo decirle cuando volvería. A mayores, Victoria les había pedido unos cuantos días más para irse de vacaciones con Laurent.

—Solo te digo que vuelvas para la convención de M&S, por favor —pidió Evelyne por teléfono.

—Que sí, no te preocupes —respondió Victoria risueña—. El jueves por la noche estamos aquí y el viernes estaremos en la convención de M&S.

—Vale —dijo Evelyne mientras revisaba algunos mensajes en su correo.

—¿Neil no ha vuelto?

—No —confesó un poco molesta—. Y Henry no sabe cuándo volverá de su permiso.

—Vaya—dijo Victoria a modo de respuesta—. No pensé que se lo tomaría así, a fin de cuentas, fue Neil quien destapó todo lo de Mark y quien ocultó que les conocía. Tanto a él y a Susan.

—Lo sé —dijo desviando sus pensamientos hacia Neil. No podía imaginarse todo lo que había pasado al final.

Cuando conoció a su nuevo secretario lo que menos esperaba era que estuviera relacionado con Mark y Susan. De hecho, le gustaba. Ya lo había dicho más veces, pero si no hubiera conocido a Mark, seguramente con Neil habría tenido una relación similar a la que tuvo con Alan. Lo que no sabía era que reaccionaría así y ¿huiría? Chasqueó la lengua. Tarde o temprano tendrían que hablar, a fin de cuentas era su jefa.

—Bueno pedorra —dijo Victoria—. Te dejo, nos vemos el viernes, ¿vale?

—Vale. Cuídate.

—Y tú, adiós fea.

Evelyne colgó el móvil sin mirarlo y siguió concentrada en su ordenador. Maldita sea, tenía más correos que de costumbre y le molestó tener que hacerlo ella todo sola. El hecho de que Neil y Victoria no estuvieran le quitaba tiempo. Tendría que apretarse las tuercas esa semana y dejar el trabajo hecho. Eso es a fin de cuentas lo que hacía una jefa, ¿no?

A mediodía estaba tan saturada que la cabeza le empezó a doler. Se levantó con la intención de bajar a la cafetería a por un café y despejarse un poco, pero su móvil sonó encima del escritorio y deshizo sus pasos.

—¿Sí?

—¿Evelyne Taylor?

—Sí, soy yo —respondió ordenando los papeles de la mesa.

—Le llamamos del Hospital Presbiteriano.

Algo se paralizó en su interior.

—¿Mi padre está bien?

—Sí —respondió la voz seria—. Le llamamos a usted por unas pruebas ginecológicas que se hizo hace unos días.

Evelyne parpadeó.

—¿Va todo bien? —preguntó sintiendo como las manos se la quedaban frías.

—¿Puede acercarse un momento, por favor? —pidió la voz monótona—. Es urgente.

Mark cogió el ascensor en el hall del edificio de Advertising a media tarde. Había llamado varias veces a Evelyne pero esta no había respondido. Supuso que estaría trabajando a destajo y que no hacía caso al móvil. A fin de cuentas, Victoria se había pedido unos días para irse con Laurent a Miami y eso, seguramente, le había dado más trabajo a Evelyne. Por esa razón pensó, que ir a buscarla a su despacho era una buena idea.

Subió directo a la segunda planta de las oficinas. No tenía necesidad de pasar por la primera. Victoria no estaba y a Neil no quería verle. Estaba seguro de que si le veía le entrarían unas ganas tremendas de partirle la cara. La sola idea de pensar que había besado a Evelyne le quemaba por dentro. Joder. Movié la cabeza a ambos lados y apartó ese pensamiento.

Cuando llegó al despacho de Evelyne, llamó con los nudillos y abrió con una sonrisa en los labios. Pero allí no había nadie. Entró hasta el centro del despacho y lo vio todo colocado. Qué raro, pensó. Chasqueó la lengua y revisó su teléfono móvil. Nada, no tenía noticias de Evelyne. Buscó su número de teléfono en la agenda.

—¡Mark!

Se giró pegando un brinco y vio a Henry en el umbral de la puerta.

—Hola Henry, ¿cómo estás?

—Bien ¿y tú? —dijo acercándose a estrecharle la mano—. Cuanto tiempo.

—La verdad es que sí —dijo un poco nervioso—. ¿No está Evelyne? —preguntó yendo al grano.

—Se ha ido a casa, no se encontraba bien —confesó él, haciendo que apareciera una punzada de dolor en su pecho. ¿Serían las migrañas?

—Vaya, bueno —dijo Mark aún con el teléfono de la mano.

—Nos vemos el viernes en la convención, ¿no? —preguntó Henry mientras cerraba el maletín que siempre portaba lleno de papeles.

—Claro —respondió Mark con cara de circunstancia. ¿Cómo no iban a verse si era su presentación oficial? Rio divertido.

—Genial —dijo con medio cuerpo en el pasillo—. Te dejo, que mi mujer me mata, ya llego tarde.

—Hasta luego Henry.

No perdió tiempo. En cuanto se fue, marcó el número de Evelyne y se dirigió al ascensor. Un tono, dos tonos, tres... Qué raro. Volvió a marcar, empezando a inquietarse. ¿Le habría pasado algo? No te pongas paranoico Mark, le decía una voz interior. Sonó el cuarto tono y quiso colgar, pero oyó la voz de Evelyne al otro lado.

—Hola —dijo con la voz ronca.

—¿Evelyne? ¿Cómo estás?

—Bien, ¿qué ocurre?

Mark salió del edificio de Advertising con las llaves de su coche en la mano.

—Nada, he venido a buscarte a tu oficina y no estabas.

—Ah.

¿Solo “ah”? Parpadeó.

—Me ha dicho Henry que te has ido a casa porque no te encontrabas bien. ¿Tienes migrañas?

El silencio al otro lado se hizo más largo que de costumbre. ¿Se habría cortado la línea?

—¿Evelyne?

—Sí —respondió—. La migraña.

—Vaya —había llegado hasta su coche y lo abrió apretando el botón del mando a distancia—. Voy para tu casa, ¿necesitas que te lleve algo?

—No —dijo ella más brusca de lo normal—. Mark...prefiero que no

vengas.

Mark se detuvo antes de entrar en su coche, con el ceño fruncido.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí —respondió con la voz queda—. Es solo que prefiero que no vengas. Las migrañas se me pasan durmiendo y reposando.

El tono cortante de Evelyne le dejó sorprendido.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó preocupado—. Suenas...rara...

De nuevo se oyó el silencio al otro lado de la línea.

—Tienes la voz...tocada —continuó Mark.

—Me acabo de levantar —dijo ella cortante—. Oye, voy a intentar dormir otra vez...

Mark cerró los ojos. Tenía ganas de verla, de cuidarla. De estar con ella. Pero no podía ser tan egoísta. Si Evelyne estaba mal y necesitaba descansar, ¿Quién era él para no permitirlo?

—Claro —respondió—. Llámame si necesitas algo, ¿vale? Estaré pendiente del teléfono.

—Gracias.

—Te quiero —dijo demasiado efusivo—. Te quiero Evelyne, no lo olvides. Y los pocos segundos que tardó en contestar se le hicieron eternos.

—Y yo a ti, Mark.

Respiró tranquilo al oírle decir aquello. Por alguna extraña razón, tenía un mal presentimiento. ¿Había pasado algo que se le estaba escapando?

Evelyne colgó el teléfono con las lágrimas a punto de salir de sus ojos y volvió a hacerse un ovillo en la esquina de su sofá. Llevaba todo el día allí, acurrucada, reteniendo las lágrimas que a veces se escapaban y resbalaban por sus mejillas. Joder, ¿por qué la tenía que pasar esto a ella? Quería irse a dormir y despertar sabiendo que todo había sido una pesadilla.

Arrugó aún más contra su cuerpo el papel que le habían dado en el médico. Todavía no podía creérselo. ¿Cómo iba a hacerlo? Parecía que el destino estaba esperando a que estuviera bien para ponerle otra piedra en el camino. Y menuda piedra, pensó.

Apretó los ojos sintiendo como las lágrimas deslizaban por sus mejillas y quiso morirse. Se acurrucó aún más, colocando su cabeza entre sus piernas. Joder. ¿Cómo se lo diría a los demás? ¿Cómo se lo diría a Mark? No podía...

no quería hacerle daño, pero...Se le escapó un sollozo y rompió a llorar sin poder evitarlo.

Tenía que centrarse en el trabajo. Costase lo que costase. Aquel día llegó antes de lo normal, enfundada en un vestido marrón de cuello cisne y unas sandalias en tonos ocre. No se había vestido con muchas ganas, la verdad. Le había costado dormir y cuando se levantó tenía una cara que asustaba: los ojos hinchados y un poco rojizos, y estaba demasiado pálida.

Hizo de tripas corazón y decidió ir a trabajar. No podía perder tiempo. Sus dos compañeros no estaban y tenía que sacar el trabajo adelante. Fuese como fuese.

Así que allí estaba ella, enviando correos, llamando a los clientes, realizando presentaciones y dossiers para mandarlos, cuando la puerta de su despacho se abrió de repente.

—Evelyne —dijo Mark con cara de preocupado entrando en el despacho y cerrando tras de sí—. ¿Cómo estás, cariño?

Mark se acercó hasta a ella y Evelyne se quedó sin respiración. Mark estaba muy guapo, vestido con unos pantalones chinos en color negro y una camisa blanca arremangada hasta los codos. El verano le sentaba bien.

Notó como un nudo se le atascaba en la garganta y se quedó paralizada en su sitio. La conversación que habían mantenido la noche anterior fue capaz de superarla porque no le vio la cara, pero ¿Ahora? ¿Sería capaz de mantener una conversación con él sin derrumbarse? Mark llegó hasta ella, se agachó hasta su altura y la besó dulcemente en los labios.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó con el ceño fruncido, inspeccionándola—. No tienes muy buena cara.

Mierda. Se fustigó a sí misma al pensar que no se había esforzado lo suficiente con el maquillaje para disimular su cara de muerta. Cogió aire y se obligó a sí misma a mantener la calma. Tenía que recuperar el control. No podía dejar que Mark supiese que...

—Estoy mejor —respondió con una sonrisa sin enseñar los dientes—. Solo un poco cansada.

Mark se la quedó mirando un momento, apoyando su cadera en el borde del escritorio. Ella apoyó una de sus manos en su muslo, sintiendo que su calor la reconfortaba.

—¿Seguro que es eso? —insistió Mark inquieto—. Evelyne, ayer...

Evelyne se levantó de su silla para ponerse a la altura de Mark y depositó sus manos en su pecho.

—Solo estoy cansada... —se justificó ella, poniendo su mejor cara—. Victoria lleva más de una semana sin venir y Neil se ha cogido unos días también. Tengo que sacar el trabajo de tres personas yo sola.

Mark relajó el gesto. ¿Se lo había creído?

—No te exijas tanto, cariño —pidió Mark—. No...no quiero que te pase nada.

Evelyne sonrió forzada.

—Un poco de estrés de vez en cuando no viene mal a nadie. No te preocupes Mark, de verdad. Estoy bien.

—Vale —dijo él al cabo de unos segundos—. Ven.

Evelyne se acercó un poco más y Mark la estrechó entre sus brazos. Sentirle así, tan cerca, tan protector, la mataba por dentro. Se aferró a él cariñosamente, sintiendo su cuerpo con el suyo. Joder. ¿Por qué tenía que hacerle sufrir? Mark se alejó un poco de ella.

—¿Cómo tienes la cabeza? —preguntó acariciando su mejilla.

—Mejor.

—¿Vendrás esta noche a mi casa? —preguntó con una sonrisa de lado—. Quiero dormir contigo.

Evelyne evitó mirarle acurrucándose de nuevo en su pecho. Mierda. Ella también quería, claro que quería estar con él. Pero no estaba segura de mantener en secreto lo que acaba de descubrir sobre ella misma.

—Quería ir a ver a mi padre esta tarde —dijo.

Y aunque sonase a excusa, era verdad. Quería ir a ver a su padre y contarle la verdad. Necesitaba sacar el dolor que tenía dentro de ella. Necesitaba contárselo a alguien. Victoria no estaba y su padre era la única opción.

—Vamos juntos y luego nos quedamos en mi casa —propuso él.

Ahora la que se separó fue ella.

—Prefiero ir sola a ver a mi padre... —dijo ella, sin mirarle.

Mark volvió a apretarla contra su cuerpo, chasqueando la lengua.

—Lo entiendo —dijo después de suspirar—. ¿Algún día volveré a caerle bien a tu padre?

Evelyne sonrió entristecida contra su pecho. ¿Algún día? Mierda...

—Seguro que sí —dijo ella, intentando sonar lo más convencida posible.

Sintió como Mark sonreía de lado antes de separarla de nuevo y besarla dulcemente en los labios.

—Te veo por la noche entonces —sentenció—. Te prepararé algo de cena y nos relajaremos.

—Está bien.

Mark volvió a besarla.

—Tómalo con calma, Evelyne —pidió él, y cuando vio la cara de sorpresa de Evelyne, matizó tras una pausa—. El trabajo. No merece la pena que te consuma, de verdad.

—Vale —dijo ella asintiendo con la cabeza.

—Me voy —espetó Mark besándola varias veces seguidas y consiguiendo que se riera—. Te quiero. Te quiero mucho. Te veo luego cariño.

Y Evelyne no dejó de sonreír hasta que Mark desapareció por la puerta y la dejó de nuevo sola en su despacho.

Llegó hasta la pequeña casa de su padre en Staten Island hecha un manojo de nervios. Desde que Mark se había ido de su despacho no había podido avanzar nada más en su trabajo. Se había pasado todo el tiempo buscando las palabras adecuadas para contarle a su padre la verdad que escondía en su interior. No quería hacerle daño, no podía. Su padre estaba enfermo del corazón y si ella se mostraba disgustada él lo notaría, y lo que menos quería era darle un disgusto.

Así que por eso decidió auto convencerse de que no pasaba nada, que era algo a lo que se enfrentaban muchas mujeres día a día y que no era para tanto. Necesitaba demostrarle a su padre que no le importaba para que así él no se disgustara en exceso. Aunque no fuera verdad y por dentro se sintiera como si la hubieran quitado parte de su corazón...

Aparcó al lado del Chevrolet rojo de su padre y respiró, para que las lágrimas volvieran a su interior. Podía hacerlo. Claro que podía hacerlo, se dijo a sí misma.

—Hola —saludó intentando sonar efusiva—. ¿Papá?

—Estamos en el salón, cielo.

Evelyne se encaminó hacia allí, cogiendo aire y reteniéndolo en sus pulmones mientras se decía a sí misma que podía hacerlo. Entró en el salón decidida y se encontró a Thomas y a Fiona sentados en el sofá, frente a la

chimenea.

—¿Todo bien? —preguntó ella un poco confusa al ver a Fiona allí sentada. Cuando por la mañana le mandó un mensaje a su padre diciendo que iría a verle porque tenía que hablar con él, dio por supuesto que mantendrían una conversación padre e hija.

—Claro cielo —dijo su padre, apretándose las manos sobre el regazo—. Siéntate.

Dudó un momento, el tiempo justo que les observó a los dos. Su padre parecía nervioso. Se frotaba las manos y sonreía levemente. Fiona, a su lado, muy pegada a él, apretaba los labios y estaba sonrojada. ¿Qué pasaba allí? Se sentó enfrente de ellos, sobre la mesa de madera maciza que presidía el centro de salón.

—¿Ocurre algo? —quiso saber, un poco nerviosa.

—Cielo —comenzó su padre mirándola—. Me alegra mucho de que estés aquí. Tengo que decirte algo.

Yo también, pensó, tragando la bola que se le quedó atascada en la garganta.

—¿Estás bien? —inquirió ella—. ¿Te encuentras mal?

—No, no cielo —dijo Thomas sonriendo tímidamente—. De salud estoy perfectamente, hace mucho que no me da un ataque.

Se sintió mal. Muy mal. Si le contaba lo que pasaba...¿recaería? Joder. No quería ser la culpable de que su salud empeorase.

—Papá, yo... —comenzó ella, nerviosa.

—Deja que hable primero —pidió Thomas. Carraspeó. ¿Estaba nervioso?—. A ver...estas cosas no se me dan muy bien, hija.

—Dilo sin más —pidió ella un poco nerviosa.

—Fiona y yo... —comenzó, agachando la cabeza—. Bueno...pues...

Evelyne levantó una ceja y Fiona comenzó a reírse por lo bajini. ¿Acaso...?

—¿Papá? —insistió ella, viendo que su padre se trababa.

Thomas volvió a carraspear, cogió aire y movió los hombros.

—A ver —dijo de nuevo, pero esta vez, cogió la mano de Fiona y la apretó por encima de su regazo—. Pues...eso.

Fiona soltó una carcajada y Evelyne no supo cómo reaccionar. ¿Eso significaba que...? Thomas la miraba ansioso, con esos ojos grises tan vivos.

—¿Hija? —preguntó él, viendo que Evelyne se había quedado en shock.

—¿Estáis...juntos? —dijo Evelyne con una sonrisa escapándose de los

labios.

Thomas y Fiona se miraron y sonrieron. No cabía duda, pero aun así, tuvo que formular la pregunta.

—¿Desde cuándo? —quiso saber ella con las cejas levantadas.

—Fue hace unos días cielo —confesó su padre, con las mejillas sonrojadas—. Fiona y yo pasamos mucho tiempo juntos y...bueno...

—¡Ay, Thomas! —dijo Fiona riéndose—. ¡Qué cortado estás!

—¡Es mi hija! —se defendió él—. ¿Cómo quieres que esté?

Fiona rompió a reír, y eso hizo sonreír a Evelyne. Estaba claro que existía la posibilidad de que después de tanto tiempo juntos, los sentimientos entre su padre y Fiona acabasen apareciendo.

Su padre había mejorado muchísimo desde que Fiona apareció en sus vidas. Ya no estaba tan cansado ni tenía tantos amagos de infarto. Evelyne tenía que reconocer que Fiona le había alegrado la vida no solo a Thomas, sino a ella también. Era una gran mujer.

Su padre y Fiona siguieron haciendo bromas mientras contaban cómo surgió el amor entre ellos. Cada día pasaban más tiempo juntos y cuando no lo hacían, se echaban de menos. Decidieron sentarse a hablarlo, y para sorpresa de Evelyne fue su padre quien le dijo a Fiona que estaba empezando a sentir algo más que amistad por ella. Su padre. Quién se lo iba a decir. Evelyne oía atenta la historia pero no estaba escuchando.

Su cabeza estaba en otra parte y sintió una punzada en su pecho. ¿Cómo iba a confesar a su padre ahora lo que le pasaba? No era justo. No era nadie para romper la felicidad que su padre sentía en ese momento. Pero... ella necesitaba soltarlo, compartirlo con alguien. Aquello le estaba aprisionando en su corazón y se lo estaba desgarrando. De repente Fiona y Thomas se callaron y la miraron fijamente.

—Cielo... —comenzó su padre, con el rostro desencajado—. Cielo, ¿estás bien?

Evelyne parpadeó, sin dejar de sonreír.

—Es una historia preciosa, papá —dijo ella con la voz un poco tocada.

Fiona arqueó las cejas y se llevó una mano a la boca.

—Pequeña...

—Hija, ¿por qué lloras?

¿Estaba llorando? Pestañeó y se tocó las mejillas, notándolas húmedas. Mierda. ¿Se había puesto a llorar? Maldita sea. Había dejado de escuchar a su

padre hablar y se le había ido la cabeza hacia su problema. ¿Cómo no se había dado cuenta de que se había puesto a llorar? Rápidamente se las secó con el dorso de las manos.

—Qué tonta estoy.

—¿Estás bien?

—Soy una cría que se emociona porque su padre se ha enamorado —dijo ella, intentando sonar lo más convencida posible.

Fiona sonrió y se apretó a Thomas, el cual la miró extrañado. Evelyne se levantó y se puso de rodillas frente a ellos, sobre la alfombra de pelo que su padre tenía en el salón. Cogió las manos de los dos, que seguían unidas.

—Me alegro muchísimo por vosotros —dijo Evelyne.

Thomas sonrió y colocó la mano que tenía libre sobre la de su hija.

—Hija...

Fiona, viendo que su padre quería tener un momento de intimidad con ella, se levantó.

—Voy a por un poco de café —dijo acariciando la mejilla de Evelyne y saliendo hacia la cocina.

Thomas apretó las manos de su hija en su regazo y ella se acercó más a él.

—Cielo... —comenzó nervioso—. Tu madre...

—Papá, está bien.

—No, escúchame —pidió su padre—. Necesito decírtelo.

Evelyne le miró desde abajo y asintió con la cabeza.

—Tu madre siempre será la mujer de mi vida, Evy pero... No sé, no sé cómo ha pasado. Fiona es maravillosa, es una mujer increíble y...

—A veces las cosas pasan, papá. Sin explicación.

—Solo quiero que estés de acuerdo con esto.

Evelyne sonrió.

—¿Cómo no voy a estar de acuerdo con esto, papá? Fiona es maravillosa y te hace bien. No puedo oponerme a que seas feliz, papá, jamás lo haría.

Thomas relajó el gesto y acarició la mejilla de su hija.

—Hemos decidido que... bueno...—carraspeó—. Trasladará aquí sus cosas para...vivir juntos, ya sabes.

—Eso es maravilloso, papá.

Fiona volvió cargada con una bandeja que olía a café y a galletas recién hechas. La depositó en la mesa y comenzó a servir el café. Cuando tuvo todas las tazas servidas, volvió a sentarse junto a Thomas y se agachó para darle un

beso sonoro en la mejilla a Evelyne.

—Pequeña, ¿cómo estás? —preguntó—. Pareces cansada...

—Lo estoy —dijo ella, sin querer confesar del todo lo que la atormentaba—. Últimamente hay mucho trabajo, y Victoria y Neil no están para ayudarme.

—¿Y eso? —preguntó Thomas.

—Victoria se ha cogido unos días y está de vacaciones con Laurent, y Neil... bueno, ni siquiera me dijo que se tomaría unos días. Lo habló directamente con Henry, pero...

—Fiona me contó lo de Neil —atajó Thomas—. Que desilusión de chico.

Evelyne asintió sin querer responder. Debería hablar con él, pero no le apetecía en absoluto.

—¿Qué tal con Mark? —preguntó Fiona.

—Bien —respondió ella con una sonrisa fingida. Lo estaban. Estaba bien, por lo menos de momento. Cuando le contase...

—¿Ya se sabe si es el padre del bebé de Susan? —preguntó Thomas utilizando un tono más brusco que el de costumbre.

—Thomas...

—Aún no—confesó Evelyne—. Susan no quiere realizarse las pruebas de paternidad hasta que el bebé nazca.

—¿Y si el hijo es de Mark? —inquirió Thomas—. ¿Qué harás?

Evelyne parpadeó. Notó como la sangre le subía hasta la cabeza y las lágrimas luchaban por apilonarse en sus ojos. Basta. Ahora no, Evelyne, se reprendió a sí misma.

—Le criaran juntos, ¿verdad? —respondió Fiona en su lugar—. Ahora hay muchas situaciones así, Thomas. No tienes de qué preocuparte.

Thomas apretó los labios y frunció el ceño. Evelyne estrujó sus manos para calmarle.

—¿Y tú cielo? —preguntó Thomas—. ¿Estás preparada para cuidar al hijo de otra mujer?

—Por favor Thomas... —dijo Fiona poniendo los ojos en blanco.

¿Lo estaba? ¿Estaba preparada para cuidar al hijo de Mark y de Susan? Se le formó un nudo en la garganta al pensarlo. Si el hijo era de Mark lo cuidaría, sí, y quizás así era la única manera de...

—No seas dramático, Thomas —dijo Fiona—. Las mujeres tenemos un sexto sentido para cuidar niños. Evelyne lo hará muy bien.

Thomas se relajó cuando Evelyne le sonrió sin enseñar los dientes. ¿Sería verdad lo que decía Fiona? Sintió aflicción en el pecho y se levantó.

—¿Te vas ya? —preguntó su padre.

—Sí —respondió ella intentando sonar lo más tranquila posible—. Mañana tengo que ir pronto a trabajar y hoy paso la noche con Mark.

Fiona sonrió y se levantó junto a Thomas para acompañarla hasta la puerta.

—Cielo, ¿qué era eso que querías decirme? —preguntó Thomas en el quicio de la puerta antes de que Evelyne se alejara hacia su coche—. En el mensaje me dijiste que tenías algo que contarme.

—Ah, nada —disimuló ella cómo pudo—. Solo era lo del trabajo, que estoy un poco estresada...

—Pequeña, tómatelo con calma ¡Y come más! ¡Qué estás muy delgada!

Evelyne sonrió, le dio un beso a cada uno y se dirigió a su coche. Arrancó lo más rápido que pudo, aguantando las lágrimas. No podía desmoronarse, todavía no.

Justo antes de entrar en Nueva York, paró en una vía de servicio y se quedó dentro de su vehículo. Fue en ese momento en el que se permitió soltar el dolor y la rabia que tenía dentro.

Había ido a casa de su padre con la única intención de contar lo que había descubierto sobre su cuerpo y el dolor que le causaba ser así. Había ido con la intención de que su padre la calmara y la consolara, que la dijera que no pasaba nada y que tenía solución. Aunque no la tuviera.

No podía decírselo a Mark. Lo destrozaría. Y era lo que menos quería, hacerle daño. Le amaba por encima de todo y no quería condenar la vida de aquel hombre así. Tenía que buscar la manera de terminar la relación con él, de separarse, pero... lo necesitaba. Muchísimo. Amaba a ese hombre como nunca antes había amado a ningún otro y lo único que quería era estar con él. Pero no podía.

El destino le había jugado una mala pasada y tenía que asumirlo. Tenía que asumir que su útero no estaba preparado para engendrar hijos, que jamás sería madre y que nunca podría darle una familia a Mark, como tanto había deseado. El médico se lo había dicho claramente, no podría tener hijos. Un mioma había aparecido en su útero, y debido al historial médico de su familia, lo más probable es que le tuvieran que quitar la matriz entera para evitar posibles enfermedades cancerígenas. Lo que significaba que las posibilidades de quedarse embarazada se esfumaban como el humo. No había

solución. En otra época lo hubiera asumido, pero ahora... desde que conoció a Mark supo que quería una familia con él. Se le caía la baba con Sam y con el pequeño Jimmy, y deseaba con todas sus fuerzas poder sujetar un bebé suyo en sus brazos. Pero...el diagnóstico era claro. Jamás sería madre y no quería condenar a Mark a tener una vida con ella que no le hiciera plenamente feliz.

Después de estar una hora encerrada en el coche llorando, se limpió el maquillaje y condujo hasta casa de Mark, sintiéndose un poco desahogada de su dolor.

—Tienes mala cara, Evelyne —dijo Mark a su lado, sentados en el mismo sofá en el que días antes habían hecho el amor—. ¿Seguro que no quieres ir al médico?

—Estoy bien, solo estoy cansada —volvió a repetir por enésima vez Evelyne.

Había llegado a casa de Mark un par de horas después de estar en casa de su padre y lo había hecho con los ojos hinchados de llorar en el coche durante una hora. Mark le preguntó enseguida si estaba bien y ella volvió a poner la misma excusa de siempre: estaba cansada. Se había dado una ducha sola, a pesar de la insistencia de Mark en hacerlo juntos con la tonta excusa de “ahorrar agua”, y después de cenar estaban allí los dos, en el sofá, viendo la televisión sin prestarle atención.

—Me alegro mucho de que Thomas y Fiona estén juntos —dijo Mark, sacando el tema que Evelyne le había contado nada más entrar para centrar la atención en ellos y no en su persona—. Se veía venir, ¿no crees?

—Eres un casamentero —comentó Evelyne acurrucándose más contra su cuerpo.

—Bueno, no te voy a engañar pero...—dijo Mark acariciando su hombro—. Sabía que se llevarían bien, había algo en el ambiente cada vez que estaban juntos...

—Eso eran las galletas que hace Fiona.

Mark soltó una carcajada.

—No me refería a eso —se defendió divertido—. Cuando dos personas están destinadas a estar juntas, se nota, desprenden una energía diferente cuando están en la misma habitación. Como nosotros.

El corazón de Evelyne le dio un vuelco y sintió como el nudo de la garganta se le volvía a formar. ¿Estaban destinados a estar juntos ellos? No. No podía ser. Si no el destino no la hubiera cargado con esa tara.

—¿No crees? —preguntó él buscándola con la mirada.

Evelyne se apretó aún más y cerró los ojos, para que las lágrimas no salieran.

—Mmmm... —respondió ella.

—¿Estás cansada? —dijo Mark.

Ella asintió.

—Duérmete —le pidió Mark mientras le tapaba la espalda con una manta que tenía en el salón para esas ocasiones.

Y lo hizo. Después de un rato dándole vueltas a su situación, Evelyne se durmió con los mimos de Mark, que le acariciaba dulcemente la espalda, consiguiendo que se relajase y que se sucumbiera al sueño. Y no se despertó hasta que notó como Mark la cogía en brazos y la subía hasta la habitación, para depositarla suavemente en la cama y acostarse con ella, abrazándola por la cintura.

La convención que daba M&S aquel viernes para hacer público el nombramiento de Mark como nuevo presidente del Consejo Directivo, era en el Archer Hotel, en pleno centro de Manhattan.

M&S no había escatimado en detalles, el hotel era uno de los más prestigiosos y carismáticos de la ciudad que no duerme. El evento tendría lugar en la terraza de la última planta, que acondicionaron perfectamente para la ocasión. El salón estaba abierto por completo y con sillas dispersadas estratégicamente por los laterales. En los extremos, habían colocado muchas mesas altas con canapés y copas. En la pared frontal, varios atriles y un enorme proyector que emitía imágenes promocionales de la empresa M&S. Todo decorado en tonos azules y dorados.

Evelyne salió del ascensor que conducía a la última planta enfundada en un vaporoso vestido azul, con detalles de encaje y unos finos tirantes que le marcaban los hombros. Se había hecho un semirecogido y rizado algunos mechones de su cabello, dándose un toque veraniego. Estuvo dudando de la vestimenta hasta el último momento, porque por alguna extraña razón no se sentía muy cómoda llevando colores claros. Quería ponerse el vestido negro de encaje que tenía y que utilizó para otra convención de M&S, pero al final le pudo su sentido común y se decantó por el azul, más acorde al periodo estival en el que se encontraban.

Habían llegado unos cuantos invitados, pero el salón no estaba lleno ni de lejos. Pero le vio.

Evelyne lo atisbó como siempre hacía. No importaba cuánta gente le privara la visión. Si se trataba de localizar a Mark, sus ojos barrían rápido la zona hasta que daba con él. Al final iba a tener razón y tenían un extraño radar que les hacía encontrarse entre tanta gente. Lo observó en silencio durante unos minutos.

Mark se había decantado por un traje en azul marino, con las solapas de la americana satinadas y una pajarita negra perfectamente anudada sobre la camisa blanca. Se había peinado su cabello a conciencia y se notaba que algo se había hecho porque le brillaba más de la cuenta. Estaba fantástico y no dejaba de sonreír a diestro y siniestro a cada uno que se le acercaba a saludar.

A su lado, siempre iba Steve, el joven de gafas que había conocido en el Comité de Empresa. No se sorprendió al ver a Matthew y a Sharon a su lado también. Sharon estaba radiante. Llevaba un vestido largo plateado, de manga francesa. Se había ondulado el pelo rubio y caía ligeramente sobre sus hombros, dándole un toque muy elegante. Matthew tampoco se quedaba atrás. Había elegido un traje negro que combinó con una corbata del mismo color anudada a su camisa blanca, rematándolo con una sujeta corbata en plata. Le sorprendió ver el pañuelo perfectamente doblado que sobresalía del bolsillo frontal de la americana. Sonreía también y se le veía en su salsa.

Mark desvió su mirada hacia ella y sus ojos se encontraron, mientras él sonreía de lado. Evelyne notó como se ruborizaba y no pudo evitar sonreír también, aunque con un poco de tristeza. Mark le guiñó un ojo a lo lejos y siguió con su ronda de saludos. Esperaría a que Mark se acercara a ella, pensó. A fin de cuentas era su día, él era el protagonista de aquella convención, no podía aparecer ahí como si nada y esperar que Mark le prestara toda la atención. Tenía ganas de verle y estar con él. Aquella semana había intentado coincidir con él lo menos posible, alegando cansancio y migrañas. No era capaz de decírselo, no era capaz de confesar a Mark que no podía tener hijos. ¿Estaba siendo egoísta al intentar alargar la separación?

—¡Pero bueno! ¿Y ese vestido? —dijo Victoria apareciendo a su lado.

Evelyne se giró y sonriendo tristemente, le dio un pequeño abrazo.

—Qué morena estás, Vicky —espetó Evelyne fijándose en el tono bronceado de su amiga. Victoria se había decantado por un vestido blanco palabra de honor, con flores rosas y moradas en el pecho y en la parte baja de la falda, resaltando el dorado de su piel.

—Y tú qué pálida ¡Menuda cara tienes! —mencionó Victoria poniendo los brazos en jarras.

Antes de que pudiera responder, Laurent apareció a su lado, vestido con un traje negro a juego con la corbata en el mismo color. También, tenía la piel más bronceada, pero el tono era más anaranjado que el de Victoria.

—Evy, estás... ¡Guau! —dijo antes de darle un beso.

—Gracias Laurent, tu tampoco estás mal —respondió ella intentando poner su mejor sonrisa—. ¿Hoy no traes la cámara? —preguntó fijándose en que Laurent no llevaba su Nikon colgada del cuello.

—Hoy vengo de invitado —soltó divertido.

—Es lo que tiene ser el hermano del protagonista —dijo Victoria dándole

codazos.

Evelyne sonrió levemente.

—¡Por fin reúno a mis chicas! —exclamó Henry apareciendo a su lado con una sonrisa de oreja a oreja. Llevaba su melena blanca perfectamente recogida y lucía su ya típico traje gris marengo con el que asistía a la mayoría de las convenciones.

—Hola Henry —saludó Victoria dándole un beso—. ¡Menuda la que han montado aquí los de M&S!

—Ya sabes que lo hacen todo a lo grande —dijo Henry sonriendo y guiñándole un ojo a Laurent, que le devolvió el gesto—. Tu hermano se mueve como pez en el agua, ¿eh, Laurent?

Todos giraron sus cabezas hacia donde se encontraba Mark, que seguía saludando a los invitados. Desde que Evelyne había entrado no le había visto hacer otra cosa que dar la mano. Y Henry tenía razón, era como si lo hubiera estado haciendo toda la vida.

—Y eso que no quería —dijo Laurent.

Evelyne parpadeó. Cierto. No pudo evitar sonreír al darse cuenta de que Mark estaba allí por ella. El corazón la dio un vuelco ante ese recuerdo tan reconfortable.

Henry volvió la cara y se acercó mucho a Evelyne, asustándola.

—Dios mío Evy —exclamó con las cejas entornadas—. No tienes buena cara. ¿Te encuentras bien?

Echó ligeramente su cuerpo hacia atrás e intentó sonreír como pudo, soltando una risita que sonaba de todo menos sincera.

—Solo estoy cansada.

Volvió a repetir de nuevo, omitiendo esta vez lo del trabajo. Una punzada de dolor se instaló en su pecho al pensar en que estaba mintiendo a los demás. No estaba cansada. Solo triste. Tenía que tomar una decisión que posponía todo lo que podía, y eso la destrozaba por dentro.

—No te preocupes Henry —dijo Victoria para intentar tranquilizarle—. Ahora que ya he vuelto ayudaré a Evelyne a descargarse un poco de curro — se acercó a ella y le apretó ligeramente el antebrazo—. Por cierto, ¿cuándo vuelve Neil?

El rostro de Henry palideció en cuestión de segundos, haciendo que Evelyne se pusiera en tensión.

—Pues veréis... —dijo él carraspeando, nervioso—. Tenemos que hablar,

chicas.

—Uis... —soltó Laurent—. Esa frase nunca ha precedido nada bueno.

Pero aunque intentó sonar divertido, ninguna de las dos se rió. Evelyne y Victoria se miraron de reojo, extrañadas. No era normal que Henry se pusiera tan nervioso.

—Resulta que... —comenzó él, titubeando.

—Henry, ¡me estás poniendo nerviosa! —se quejó Victoria sin soltarse del brazo de su amiga.

Henry las escudriñó con la mirada e irguió la espalda, cogiendo todo el aire que pudo. Ahí venía...

—Neil se marcha de la empresa.

Evelyne cerró los ojos, asimilando la información. Lo sabía. Una parte de ella lo sabía. Desde lo que había pasado entre ellos, el descubrimiento de que Neil y Mark eran mejores amigos de la infancia, Evelyne intuyó que en cualquier momento Neil abandonaría Advertising y el hecho de que le pidiera unos días de descanso a Henry solo era el preludio de su receso en la empresa.

—¿Y se puede saber a santo de qué? —bufó Victoria soltándose de su amiga y poniendo los brazos en jarras.

—Dice que ha encontrado otra cosa —respondió Henry encogiéndose de hombros.

—No se lo cree ni él —gruñó ella entre dientes.

—Vicky, por favor —dijo Evelyne chasqueando la lengua. Cogió aire y miró a Henry—. ¿Cuándo se marcha?

Henry se rascó la cabeza y se colocó el traje.

—Hoy es su último día.

—¡¿Hoy?! —gritó Victoria—. ¡Pero bueno, este tío es un jeta!

—Vicky... —le reprendió Laurent.

Evelyne apretó los ojos. Maldita sea, eso significaba que el puesto de Neil quedaba vacío de manera inmediata y que todo el trabajo que hacía él lo tendría que hacer ella.

—Lo sé, lo sé —dijo Henry mirando a Evelyne y anticipándose a sus pensamientos—. Nos ha avisado con muy poco tiempo de antelación, pero si ha encontrado algo mejor... No soy nadie para retenerle aquí.

—Tenemos demasiado trabajo —soltó Victoria calentándose por momentos.

—Soy consciente, por eso estoy buscando un sustituto rápidamente —miró a las chicas de hito en hito—. Pero mucho me temo que tardaré un par de semanas en encontrar al adecuado...

Victoria soltó el aire por la nariz, malhumorada. Evelyne asumió la información estoica, sin inmutarse, controlando todos y cada uno de los gestos de su cuerpo. Se veía venir, pensó. Antes de que los demás se dieran cuenta, vislumbró a Neil entrando a la estancia. Se había vestido con un traje sin corbata en azul oscuro sobre una camisa en tonos claros. Llevaba el pelo despeinado, cayéndole sobre la frente, como era habitual.

—Hablando del rey de Roma...

Victoria y Henry se giraron ante la afirmación de Laurent y vieron a Neil.

—O sea —comenzó Victoria indignada—. Que nunca viene a las convenciones y ¿ahora que se pira sí? Menudo sinvergüenza...

Evelyne quiso poner los ojos en blanco pero no encontró fuerzas. Podía haber reprendido a su amiga, pero no lo hizo. No tenía ganas de discutir. Sabía perfectamente por qué Victoria estaba así, pero no estaba segura de si Henry lo conocía. ¿Sabría él que fue Neil quien destapó lo de Mark? En otra situación no la hubiera importado indagar en aquello, pero ahora...

—Buenas noches —dijo una voz sacándoles de su ensimismamiento.

Cuando Evelyne se giró, no pudo evitar sentir una punzada en el pecho. Mark se había acercado hasta ellos, junto con sus padres y Steve.

—Buenas noches —saludó este último comenzando la ronda de manos.

—Hola, ¿qué tal? —dijo Laurent saludando al secretario de Mark antes de palmear la espalda a su hermano—. Menuda la que habéis montado, ¿no?

—Ya conoces a nuestro padre —dijo Mark sonriendo de lado, sin dejar de mirar a Evelyne. Parecía ansioso por acercarse hasta ella y eso le rompió aún más el corazón. No, tenían que alejarse el uno del otro, pensó, pero ¿cómo?

—Victoria, estas increíble —apuntó Sharon acercándose hasta ellas y dándole un beso en la mejilla a su amiga—. Las vacaciones te han sentado muy bien.

—No sabes cuánto —respondió Victoria con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cariño, qué guapa estás —sentenció Sharon al acercarse a Evelyne, que recibió su abrazo sonriente.

—Tú también Sharon. Ese vestido es precioso.

—¿Esto? ¡Es un trapito! —dijo guiñándoles un ojo mientras se reían.

Mark se acercó hasta ellas, haciendo que su madre pasara a un segundo

plano.

—Victoria, ¿cómo estás? —preguntó Mark mientras la daba un beso.

—Hola cuñado, aquí andamos, de vuelta a la rutina.

Evelyne sonrió al ver el gesto que compartieron su amiga y Mark. Se habían reconciliado durante el cumpleaños de Victoria, en casa de los Evans, y desde entonces se llevaban a las mil maravillas.

Mark sonrió de lado y desvió su mirada hacia Evelyne, que no pudo evitar sonrojarse. Avanzó hacia ella mientras Matthew saludaba a Victoria y cuando Mark la cogió dulcemente por la cintura para acercarla a él, lo que menos esperaba era que le plantase un beso en los labios.

—Estás preciosa, Evelyne.

Y cuando dijo su nombre volvió a ruborizarse como la primera vez, sintiendo un escalofrío recorriéndola de arriba abajo. Mark la miraba con un brillo especial en sus verdes ojos, y eso la cautivó más. Maldita sea. Quería a ese hombre. Lo amaba. Y el dolor en su corazón volvió a aparecer. No podía dejar de preguntarse por qué la vida le había puesto esa piedra en el camino con el único hombre que había sido feliz.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no fue capaz de ver a Matthew acercándose a ella para saludarla, plantándole un beso en la mejilla. Evelyne parpadeó, sorprendida por el acercamiento.

—Buenas noches, Evelyne —dijo Matthew con una pequeña sonrisa en la cara. ¿El padre de Mark estaba sonriendo? Sin saber qué otra cosa hacer asintió, un poco desubicada. ¿Por qué se había quedado tan callada?

—Disculpe, señor Evans —dijo un hombre trajeado acercándose al grupito que habían formado, haciendo que Mark y Matthew se giraran—. Vamos a comenzar.

Mark asintió con la cabeza y Matthew sonrió, resultándole divertido que se hubieran girado los dos.

—Nos vemos luego, mi vida —susurró Mark depositando un beso en la frente a Evelyne.

Los siguientes tres cuartos de hora fueron un alarde de profesionalidad y disciplina que pocas veces se había visto en una convención. Evelyne comprobó por segunda vez la destreza que tenía Mark como orador.

La primera vez había sido en la convención que dio M&S en el Hotel London NYC, cuando Mark tuvo que defender el trabajo del departamento de Marketing, llevando en él apenas un par de semanas. En esta segunda ocasión, era aún más impresionante. Parecía que lo había hecho durante toda la vida y estaba dando por primera vez un discurso como Presidente de una de las empresas más importantes de Cosméticos de Nueva York. Trató temas muy diferentes a lo que ella estaba acostumbrada a ver.

Comentó que durante los últimos meses se había estado formándose en todos y cada uno de los departamentos de la empresa con la única intención de empaparse y aprender los diferentes oficios desde cero. Y parecía que lo había conseguido, porque hablaba con una honestidad y una humanidad poco propias de un director de empresa tan joven como él. El público, no solo ella, estaba asombrada y lo demostraba el silencio que reinaba en la toda la última planta del Hotel Archer.

Evelyne comprobó que todos los de su alrededor no quitaban ojo. Victoria y Laurent le contemplaban sin pestañear. Laurent tenía un brillo especial en sus ojos debido a la emoción que sentía al ver desenvolverse así a su hermano pequeño, y eso la llenó de orgullo también. Evelyne giró la cabeza y descubrió como sus padres, Sharon y Matthew, sonreían. Los dos. Y le gustó comprobar que Mark no solo compartía los ojos verdes y la apariencia física con su padre, sino que los dos tenían esa increíble sonrisa de lado que dejaba a cualquiera sin respiración.

Detrás de ellos, de brazos cruzados, un hombre y una mujer rubios, altos y espigados. Evelyne supuso que se trataban de los padres de Susan, porque la mujer era la viva imagen de Susan: rubia, con ojos azules y con la piel blanquecina. Y detrás de ellos, estaba ella, espectacular con un vestido rosa palo que marcaba sus curvas y que dejaba ver la barriga de una embarazada de casi seis meses. Susan contemplaba con cara de pocos amigos a Mark. Estaba claro que no le había hecho ni pizca de gracia que Mark hubiera

conseguido el puesto de dirección, porque la cara de agría que ponía no era normal.

Evelyne sintió que la emoción le pudo al ver como aquel hombre se defendía. Sentía total y absoluta admiración por él, por la manera en que se había esforzado por llegar hasta donde había llegado, por la responsabilidad que había cogido. Le admiraba. Al final, el amor era eso, ¿no? Admirar a la otra persona por encima de todo, alegrarse por sus logros, por sus metas conseguidas, entender su pasión y respetar sus decisiones. Suspiró, notando como las lágrimas se acumulaban en sus ojos cuando se oyó el estruendoso aplauso que alertaba de que la charla había terminado.

—Voy a por algo de beber —anunció Evelyne, con una sonrisa forzada.

Victoria y Laurent la miraron sonriendo. Evelyne no era la única que estaba emocionada aunque los sentimientos que afloraban fueran diferentes.

Evelyne se alejó de la multitud que se agolpaba en el centro de la sala, dando la enhorabuena a Mark. Cuando llegó a una de las mesas de los extremos, se apoyó en ella y respiró hondo. Tranquila, se dijo a sí misma. No podía permitir que sus sentimientos la superaran, y mucho menos delante de todos los clientes de M&S.

Miró fijamente las copas y finalmente decidió coger una llena de agua. No le apetecía beber alcohol. En cualquier otra ocasión no le solía importar beber una copa o dos, pero en aquel momento, no estaba demasiado animada como para hacerlo. Solo le apetecía que la convención acabase para ir a su casa y esconderse entre las sábanas.

—Se te cae la baba con tu chico, ¿eh?

Evelyne cerró los ojos al escuchar aquella voz. Respiró hondo y, reuniendo fuerzas de donde no tenía, se giró para encontrarse con la divertida mirada de Neil.

—Neil —saludó bruscamente, cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

—Vaya, jefa —dijo él sonriendo, haciendo que los hoyuelos de sus mejillas se le marcasen—. ¿Ahora que me voy de la empresa empiezas a llamarme por mi nombre?

Evelyne puso los ojos en blanco, molesta. Le daba igual que aquel gesto no fuera educado por su parte, pero no estaba de humor para aguantar tonterías. Solo quería irse de allí y olvidarse del mundo durante un tiempo. Soltó el aire y decidió atacar el tema directamente.

—Deberías habérmelo dicho.

Neil sonrió, orgulloso por conseguir incomodarla.

—¿El qué? —preguntó, haciéndose el despistado—. ¿Qué me voy de la empresa?

Evelyne no parpadeó. Odiaba ese estúpido juego que se traía Neil. Desde que había descubierto que conocía perfectamente a Mark y que se lo había ocultado, encontrarse con él le crispaban los nervios.

—Vamos, Evy —continuó él, agarrando una copa de champán y bebiendo un largo trago—. Tampoco me necesitáis. Antes os defendíais Victoria y tú solitas.

—Tú lo has dicho. Antes.

Neil sonrió y se acercó más a ella.

—¿Es que acaso me vas a echar de menos?

Evelyne le aguantó la mirada, seria.

—No digas tonterías Neil —escupió sin alterarse—. Creía que eras un profesional, eso es todo.

—¿En serio, Evy? —respondió él sonriendo.

—Lo que haya pasado entre nosotros a nivel personal no tenía que haber influido a nivel profesional.

—¿Crees que me voy de Advertising porque estoy enamorado de ti?

Evelyne puso los ojos en blanco.

—No estás enamorado de mí, Neil.

Él sonrió, apurando el líquido de su copa y apoyando su cadera en la mesa, colocándose de perfil hacia ella.

—Ya te lo dije, no busco enamorarme de nadie. Solo diversión.

—Ya.

—Nunca te he mentado.

Evelyne levantó una ceja.

—¿Ah, no? —preguntó ella molesta—. ¿Y entonces cómo llamas a que no me dijeras que conocías a Mark y a Susan?

Neil soltó una carcajada.

—Eso se llama ocultar información.

En fin. No quería seguir escuchando más tonterías.

—Espero que te vaya bien —dijo Evelyne antes de girarse en dirección hacia la otra punta de la sala. Quería despedirse de la gente e irse hacia su casa.

—Espera —espetó Neil asiéndola por la muñeca—. Vamos Evy, si no me

hubiera ido de la empresa tú misma me hubieras despedido.

Evelyne se giró y le aguantó la mirada. ¿Lo decía en serio? Chasqueó la lengua, se soltó de su agarre y se acercó a él.

—Estás muy equivocado, Neil —confesó ella—. No te hubiera despedido porque trabajabas bien y sacabas el trabajo adelante.

Neil volvió a reír a carcajadas.

—Evy, Evy, Evy... —dijo haciendo que cada palabra se le clavara en su cabeza como puntas incandescentes—. Todo era una fachada, una tapadera.

Evelyne frunció el ceño y apretó los labios. Se cruzó de brazos y se preparó para recibir una confesión que no le iba a gustar pero que sabía que vendría tarde o temprano.

—Jamás me ha interesado vuestra empresa, Evy —confesó Neil—. Entré en Advertising porque sabía que estabas allí. Entré por ti. Quería conocer a la mujer por la que Mark había tirado a la basura su matrimonio con Susan.

Maldito cabrón. Cuando ella y Mark se conocieron, su matrimonio ya estaba haciendo aguas, precisamente por él.

—No creo que...

—Trabajo para ganarme la vida, sí —continuó él, sin dejarla hablar—. Pero no estoy interesado en ascender ni tengo expectativas laborales. Trabajo y cobro. Nada más. Me interesan... otras cosas.

—¿Cómo joder el matrimonio de tu amigo? —escupió Evelyne sin poder contenerse.

—Como las mujeres bonitas como tú.

Ahora la que se le encaró fue ella, acercándose más y levantando la barbilla.

—¿Por qué soy bonita o por qué quieres tener lo que tiene Mark?

Un brillo apareció en los ojos de Neil.

—Podemos decir que las dos cosas.

Evelyne tragó saliva.

—Puedes quedarte con su mujer entonces. Toda tuya.

Neil rio abiertamente, colocándose el cabello hacia atrás.

—Susan ya no me interesa —dijo divertido.

—Pues debería —escupió Evelyne, encendiéndose—. Puede que el hijo que espera sea tuyo, no lo olvides.

Neil chasqueó la lengua, divertido.

—¿Otra vez con el mismo tema? —preguntó sarcástico.

—¿Me vas a seguir negando que te has acostado con ella?

Se aguantaron la mirada fijamente. La de ella seria, impenetrable, recta. La de él irónica, chispeante.

—A estas alturas, ya no —confesó Neil por fin.

Algo en el interior de Evelyne se relajó, pero mantuvo la compostura. Por fin Neil asumía lo suyo con Susan.

—Ya que estamos con las confesiones... —comenzó Neil volviéndose a apoyar en el borde de la mesa—. Llevamos muchos años manteniendo una aventura.

Evelyne frunció el ceño. ¿Cómo que muchos años? Tenía entendido que había sido el año anterior cuando Mark descubrió la relación que tenían Susan y Neil.

—Lo nuestro empezó justo antes de que se casaran —confesó Neil—. En aquella época yo aún seguía estudiando, así que compartía piso con un compañero de la universidad. Ellos se acababan de graduar y no tardaron en irse a vivir juntos. Mark estaba loco por ella y le pidió matrimonio enseguida. Susan se agobió. Ella no estaba segura de seguir con la relación, no quería comprometerse con un hombre tan rápidamente, y tuvieron una fuerte discusión. Los tres nos llevábamos muy bien, así que ella buscó consuelo en mí. Y vaya si lo encontró. Estuvimos bebiendo y follando toda la noche.

Evelyne sintió como la bilis le subía por el esófago. No podía creerse lo que estaba oyendo. La infidelidad de Susan se remontaba mucho antes de lo que ella pensaba.

—¿Lo sabe Mark?

Neil sonrió.

—Sí, se enteró relativamente hace poco, cuando nos descubrió en su cama desnudos. Susan le confesó todo.

Malditos desgraciados, pensó Evelyne. ¿Susan estuvo escondiendo su infidelidad durante todo su matrimonio? Era mucho peor de lo que ella imaginaba. Y aun así, Mark la perdonó. Le dolió saber que aquel hombre estaba demasiado enamorado de ella para poder perdonarle algo así. Se entristeció al pensarlo y notó como relajaba el gesto. Se obligó a sí misma a mantener la compostura y frunció aún más el ceño.

—Pero Mark la perdonó y volvieron juntos, a pesar de su eterna aventura contigo —escupió Evelyne remarcando la palabra eterna—. E incluso después de eso, os seguisteis viendo, ¿no es así?

Un brillo de lujuria apareció en los ojos azules de Neil.

—Susan podrá ser todo lo que quieras, pero es puro morbo y sexo en la cama. ¿Qué iba a hacer yo si venía suplicándome que me la follara?

Asco. Total y absoluto asco era lo que sentía en este momento por Neil y por Susan. Llevaban siendo amantes durante demasiados años, a escondidas de Mark. ¿Cómo puedes hacerle eso a una persona que está enamorada de ti?

—Eres un cerdo.

—Oh vamos, Evy, los dos...

—¡Zorra!

Evelyne y Neil se giraron a la vez en dirección a la puntiaguda voz que había interrumpido su conversación.

—¡Oh! Justo hablábamos de ti... —soltó Neil levantando una ceja y cruzándose de brazos.

Susan había llegado hasta ellos, con la cara roja y respirando forzosamente por la nariz. Llevaba su preciosa melena rubia suelta, ligeramente ondulada, dejando que los mechones cayeran sobre su vestido rosa. Había puesto los brazos en jarras, agarrándose de la cintura que, a pesar de estar embarazada de unos seis meses, seguía teniendo. Evelyne cerró los ojos, deseando que aquello fuera una visión. Lo que le faltaba era enfrentarse a los dos.

—¿Cómo te atreves? —gritó Susan lo suficientemente alto como para que solo la oyeran ellos. Se encaró contra Evelyne, levantando la barbilla—. ¿Cómo te atreves a venir aquí y besar a mi esposo delante de todos? ¡Son clientes y familiares de M&S!

Evelyne mantuvo la expresión impasible. Estaba cansada de la actitud de Susan, siempre buscando el momento para encararse con ella. Tenía dos posibilidades: o intentar mantener una conversación civilizada con ella, cosa que en anteriores ocasiones no había funcionado; o marcharse de allí y evitar cualquier conflicto.

Respiró y optó por la que, para ella, fue la mejor opción. Giró sobre sus talones en dirección hacia el otro extremo de la sala, pero antes de que pudiera dar más de dos pasos seguidos, una mano agarró su muñeca, clavándole las uñas en la piel.

—¿Dónde te crees que vas? ¡Estoy hablando contigo!

Evelyne se giró, y se enfrentó a la mirada acusativa de Susan. Tenía la cara roja de ira y los ojos parecía que se le iban a salir de las órbitas en cualquier momento.

—No tenemos nada de qué hablar, Susan.

—¿Cómo qué no? —sulfuró ella, hiperventilando—. Vienes aquí y te besas con mi marido delante de todo el mundo, ¿es que no tienes vergüenza?

—Susan, relájate —intervino por primera vez Neil.

—¡Cállate! —gritó levantando la otra mano, con un dedo acusador señalando a Neil—. ¡No tienes derecho a decirme lo que tengo o no tengo que hacer!

Neil sonrió, con aquella sonrisa permanente en sus labios tan suya, como si nada de todo aquello fuera con él.

—Si yo lo digo por el bebé —dijo Neil sin mirarla, mesándose el pelo.

Evelyne parpadeó. El tiempo se paró de repente y por un momento, lo vio claro. Neil había dicho “el bebé”, refiriéndose al hijo que llevaba Susan en su interior. Podía haber dicho “estás embarazada” o cualquier otra cosa, pero no. Había dicho “el bebé”. ¿Acaso detrás de toda esa fachada de chulo Neil sospechaba que aquel hijo podía ser suyo?

Susan se agarró el vientre con las dos manos, pestañeando durante varias veces, mirando a Neil. ¿Se había puesto nerviosa? Tan rápido como se había inquietado, volvió a poner su semblante más duro y cruel, acercándose de nuevo a Evelyne.

—Mark está casado conmigo y vamos a tener un hijo. ¿Es que no te entra en la cabeza?

El corazón le comenzó a palpar con fuerza. No quería otro enfrentamiento con Susan. No quería, pero la buscaba. Fue a responder cuando se dio cuenta de que ella todavía sujetaba su vientre con las dos manos. Y los pensamientos la traicionaron, quedándose ensimismada contemplando esa curvatura en el cuerpo de Susan. Mierda. Aquel bebé podía ser de Mark. De su Mark. A pesar de que Neil acababa de confesar que seguía acostándose con Susan y que ese hijo por lo tanto podía ser suyo también, había una posibilidad de que el bebé de Susan fuera de Mark.

Notó como la sangre se le congelaba en las venas y los ojos le empezaron a escocer. ¿Y si la única oportunidad que tenía Mark de ser padre era si seguía casado con Susan? Evelyne no podría ser madre jamás, su médico se lo había dejado bien claro. Mioma en el útero. No sería madre nunca. Y eso significaba que si Mark seguía a su lado, tampoco sería padre. A no ser que el hijo de Susan fuera de él...

—Evelyne.

Parpadeó saliendo de su ensimismamiento y antes de verle, le sintió. Mark había llegado hasta ella y la abrazó por la cintura con su brazo. Cuando giró la cara para verlo, los ojos de Mark estaban enmarcados por sus cejas, y sus labios estaban apretados, haciendo que su mandíbula se le marcara en exceso. La miró desde arriba, sin apenas girar el cuello.

—¿Estás bien? —preguntó en un tono más serio del que Evelyne se esperaba—. Estás temblando.

¿Lo estaba? Mierda. No se había dado cuenta. Se había dejado llevar por los sentimientos que le habían causado ver el vientre de Susan y no se había dado cuenta de su reacción.

—Anda, pues ya estamos los cuatro —dijo Neil soltando una carcajada a la que nadie siguió.

Pero era verdad. Estaban los cuatro. Dos parejas. Los dos rubios frente a los dos morenos. Neil con su semblante irónico y divertido, como si fuera el único que no notase la tensión que había en el ambiente. Susan respirando con dificultad, sin dejar de agarrarse el vientre y sin dejar de mirar a Mark, que estaba recto, impasible, agarrando a una Evelyne temblorosa y débil que se había dejado llevar por las emociones.

—Mark... cariño... —dijo Susan dando un paso hacia él. Su rostro había cambiado por completo. Había pasado de estar en tensión y rojo de rabia, a un rostro totalmente compungido, curvando los labios hacia abajo y con los ojos a punto de llorar—. Mark... me encuentro mal... no puedo creer que esta —dijo enfatizando esta última palabra mientras señalaba con un movimiento de cabeza a Evelyne—. Esté aquí, contigo, delante de todos... Mark eres mi esposo, yo...

—Basta Susan, no montes un número —cortó él, serio—. Tus chantajes y tus lloros ya no surten efecto en mí. No vuelvas a acercarte a Evelyne.

Susan palideció. No se esperaba aquella reacción, y Evelyne tampoco. Mark la apretó más contra su cuerpo y eso la reconfortó.

—Bueno Mark —soltó Neil sonriendo mientras le daba un toquecito en el hombro—. Tampoco te pongas así, ¿no?

Mark dirigió la mirada a la mano que tenía Neil sobre su cuerpo y con un movimiento elegante a la par que brusco, le apartó de él.

—No vuelvas a tocarme —dijo Mark brusco, clavando sus ojos verdes en Neil.

Por primera vez en todo el tiempo que conocía a Neil, Evelyne pudo ver

como su rostro se desencajó ante la manera en la que Mark se había dirigido a él.

—Eh, eh...—dijo Neil poniendo las manos hacia arriba—. He venido en son de paz.

—Has venido a tocar los cojones —respondió Mark sin mover un ápice de su cuerpo—. Resulta que llevas trabajando meses en Advertising y nunca vienes a ninguna convención. ¿Y ahora sí?

Los tres se quedaron callados. Evelyne estaba apretada al cuerpo de Mark y notó los latidos de su cuerpo. A pesar de estar así, serio, imperturbable, afrontando la situación, el corazón le iba a mil. Sonrió para sus adentros al pensar que, cómo todos, Mark era humano y se ponía nervioso ante este tipo de situaciones.

—He venido a despedirme —dijo Neil cruzando los brazos por primera vez. ¿Estaba nervioso?—. Dejo Advertising.

Mark levantó una ceja.

—¿Ahora qué vas a ser padre dejas el trabajo?

Y lo dijo con tanta seguridad que todos se quedaron sin respiración. El color rojo de la cara de Susan había desaparecido por completo, y bajó la mirada hasta el suelo. Neil curvó los labios ligeramente.

—A ese niño lo mantendrás tú, Mark.

—Ya lo veremos.

Susan dio un paso hacia ellos. La tensión cada vez era más latente en el ambiente.

—Cariño, por favor... —susurró Susan en un tono tan suave que hizo que Evelyne levantara una ceja sorprendida—. Cada vez que reniegas del bebé me haces daño...

Mark rio soltando el aire por la nariz.

—No reniego de ese bebé, Susan —espetó brusco—. Nunca lo he hecho. Reniego de ti.

—Estamos casados, Mark —masculló entre dientes ella, molesta.

—Seguimos casados porque no firmas los papeles del divorcio —dijo él apretando más a Evelyne contra su cuerpo—. Ya no te quiero Susan. Y tú a mí tampoco. Acéptalo.

—Mark...

Él levantó un dedo para que le dejara continuar.

—Solo quieres mantener este estúpido matrimonio porque no estás

dispuesta a perder M&S. Si nos divorciamos lo perderías todo.

—Mentira —gruñó ella, cambiando el semblante por primera vez delante de Mark—. Estamos casados en régimen de gananciales. Todo lo tuyo es mío.

Mark sonrió de lado. Pero aquella vez, su sonrisa era diferente. No era tierna, no era dulce. Era fría, seria. Y sobre todo, decidida.

—¿En serio quieres discutir eso otra vez? —preguntó—. La empresa la formó mi padre con ayuda del tuyo, sí. Pero en términos legales, M&S pertenece a los Evans, no a los Miller. Mi padre se ocupó personalmente de crear una cláusula específica para esto. La empresa solo te pertenece mientras estés casada conmigo. Y sería tuya solo en el caso de que fueras la Presidenta. Ahora, siendo yo el Presidente, si te divorcias de mí no tendrías ningún derecho con la empresa. Y tú lo sabes Susan, te conozco.

La aludida apretó los labios tan fuerte que se le tornaron blanquecinos. ¿Era verdad aquello? ¿Existía esa cláusula que Mark había dicho?

—Solo estás retrasando lo inevitable, Susan —continuó Mark—. Intentas retenerme a tu lado con ese bebé. Si fuera mío me lo hubieras dicho desde el principio. Pero, o dudas, o sabes que el hijo que llevas en tu vientre es de Neil.

Ahora el que palideció fue Neil, que apartó la mirada a un punto en la lejanía. Susan respiraba forzosamente, sin dejar de abrazarse el vientre, y Evelyne sintió como le faltaba el aire.

—No puedo creer que me hagas esto Mark —dijo con la voz queda—. Después de tantos años yo...

—No puedo creer que me lo hayas hecho tú, Susan —contraatacó Mark, sin inmutarse—. Te quería. A pesar de todo lo que me hiciste, a pesar de todas tus infidelidades con él —y miró a Neil durante unos segundos—, te quería. Y luché por nuestro matrimonio hasta el final. Pero esto se ha acabado. Tenemos que cerrar esta etapa.

—Pero...

—Si el bebé es mío lo cuidaré —dijo viendo que ella volvía a abrazarse el vientre—. Intentaré ser el mejor padre para él. Pero si no lo es...

—Mark —cortó Evelyne antes de que acabara la frase. No quería oírlo. No quería escuchar el final de la frase. Mierda. Necesitaba salir de allí, necesitaba alejarse de aquello.

Mark la miró desde arriba y relajó el gesto al verla tan pálida.

—Terminemos con esto de una vez. Todos —soltó Mark mirando fijamente a Susan y a Neil. Giró su cuerpo—. Vamos Evelyne.

—Mark.

Pero Mark no se giró ante la llamada de Susan. Caminó con Evelyne hacia el otro lado de la sala, sin dejar de sujetarla por la cintura.

—¿Te encuentras bien? —preguntó cuándo llegaron al otro extremo—. Estás pálida.

—Solo mareada —confesó Evelyne sin mirarle.

Mark le tendió una copa de agua que ella se apuró en un segundo. Estaba mareada, sí. Pero no solo eso. Sentía una presión en el pecho que apenas la dejaba respirar. Ver a Susan embarazada, acariciando su vientre, la había dejado tocada. No podía quitarse ese pensamiento de la cabeza. Ella jamás podría darle un hijo a Mark, jamás sentiría lo que es tener un bebé en su interior. Y eso le dolía por encima de todo.

—¿Quieres subir a la habitación? —preguntó Mark poniéndose delante de ella y agachándose para tener sus ojos a la misma altura—. He reservado un dormitorio para esta noche.

Parpadeó y le contempló durante unos segundos. ¿Había reservado una habitación para los dos? Sin poder evitarlo recordó la última convención que realizó M&S en el Hotel London NYC, cuando Mark le pidió que se quedara con ella aquella noche y preparó todo un despliegue de pétalos rojos y velas, que la dejó sin respiración. ¿Habría hecho lo mismo en aquella ocasión? Negó con la cabeza y apartó los ojos, que le empezaban a escocer. Se acercó de nuevo a la mesa y cogió otra copa llena de agua.

—No me encuentro bien... —soltó sin mirarle—. Me voy a ir a casa.

Vio por el rabillo del ojo como Mark se erguía y se colocaba a su lado. Con delicadeza la sujetó por el brazo y la giró, colocándola de frente a él.

—¿Qué pasa? —preguntó con cara de circunstancia.

Y Evelyne no supo si se refería a qué pasaba en general o a su estado anímico. Le contempló en silencio, sin saber qué responder.

—Evelyne —dijo él nervioso, acariciando suavemente su mejilla con los nudillos—. ¿Estás enferma?

Podía haber dicho la verdad. Podía haberle abrazado entre lágrimas y haberle dicho que sí, que estaba enferma, que el médico la había dicho que no podría darle hijos nunca y que se sentía la mujer más desgraciada del mundo por no poder hacer feliz al hombre al que amaba. Pero no lo hizo.

—Me duele la cabeza y estoy cansada —dijo con una sonrisa forzada.

Mark cerró los ojos y soltó todo el aire que estaba reteniendo. Se acercó a ella y la besó cariñosamente la mejilla, justo donde sus dedos la habían acariciado segundos antes.

—Entonces te acompaño a casa.

—No —dijo ella dando un paso hacia atrás—. Tienes que estar aquí. Es tu día.

—Pero...

—¡Por fin os encontramos! —sentenció Laurent acercándose a ellos, con Victoria agarrada de su mano—. Van a empezar con la ronda de reconocimientos y méritos. Te está buscando todo el mundo, Mark.

Mark cerró los ojos, asumiendo las palabras de Laurent.

—Evy, ¿te...? —preguntó Victoria a su lado.

—Me voy a casa —dijo ella antes de que su amiga terminara la pregunta—. Estoy un poco cansada y me duele la cabeza.

—Vaya —sentenció Laurent—. ¿Quieres que te acompañemos?

—No —dijo ella dando un paso hacia atrás—. Cogeré un taxi. Pero gracias.

—Evy... —comenzó su amiga con el ceño fruncido, preocupada.

—Estoy bien —dijo ella sonriendo, retrocediendo otro poco—. Solo... cansada.

—Mándame un mensaje cuando llegues —pidió Victoria.

—Vale... Adiós.

Y lo dijo sonriendo, mirando a todos, dejando en el último momento a Mark, que la escudriñaba con la mirada preocupado. Cuando se dio la vuelta en dirección a la salida, no pudo contener las lágrimas. Comenzaron a salir justo cuando salió de la estancia y no pararon hasta que llegó a su cama.

—Algo pasa —sentenció Mark con las manos en los bolsillos.

—¿Qué? —preguntó Victoria a su lado, masticando un canapé.

—A Evelyne —dijo Mark contemplando como desaparecía de la sala—. Algo le pasa.

—Solo está cansada —dijo Victoria—. Lleva dos semanas haciendo muchas horas en el curro. Ha estado ella sola ocupándose del trabajo de tres personas. Eso agota a cualquiera.

¿Era eso? ¿Solo estaba cansada?

—Venga Mark, no le des más importancia —dijo Laurent apoyando una mano en su hombro, para tranquilizarle.

Se permitió meditarlo unos segundos, mientras bebía una copa de champán. ¿Estaba cansada? Apretó los dientes, sin creérselo del todo. Algo le pasaba. Evelyne estaba rara. Estaba...apagada. ¿Habría hecho algo que le hubiera molestado? ¿Qué la hubiera incomodado? Joder. Relájate Mark, se dijo a sí mismo. Te estas emparanoiando.

La versión de Victoria era creíble. Evelyne llevaba unas semanas enfrascada en su trabajo con dos bajas importantes en su equipo, la de Neil y la de Victoria. Y si de algo estaba seguro era que Evelyne era una mujer responsable y consecuente con su trabajo. Trabajadora como ninguna otra mujer que hubiera conocido. Volvió a beber del líquido dorado de su copa cuando Victoria se puso frente a él, con los brazos en jarra y las cejas curvadas. Mark parpadeó.

—¿Qué? —fue lo único que se le ocurrió decir. ¿Estaba hablando con él?

—Estás dando vueltas a algo, ¿qué pasa? —quiso saber Victoria.

Mark no pudo evitar sonreír ante la perspicacia de la morena.

—Nada...

—No te preocupes por Evy —soltó ella, leyéndole los pensamientos—. En unos días estará como nueva. Solo necesita unas vacaciones.

Vacaciones. La mente de Mark viajó hasta hace unos cuantos meses, cuando ocurrió todo el jaleo entre M&S y Evelyne, en el que Susan pidió su cabeza y Henry se vio obligado a pedirle a Evelyne que se cogiera unos días de descanso. Fue en ese momento cuando él decidió coger un viaje para los

dos, y disfrutar unos días juntos, de vacaciones. ¿Y si...? Aquella idea volvió a rondarle la cabeza.

—Vicky —dijo captando su atención—. ¿Crees que podrá cogerse unos días de vacaciones?

Victoria parpadeó, masticando de nuevo otro canapé.

—¿Quién? ¿Evy? —preguntó con la boca llena—. Por poder sí, pero ya la conoces. No se cogería unos días de vacaciones ni muerta. Es una obsesa del trabajo, y con la cantidad de curro que tenemos ahora...

—¿Habría algún problema? —quiso saber, nervioso—. Me refiero, ¿crees que Henry o Roberson pondrían algún impedimento en que estuviera unos días fuera?

—Supongo que no, pero el problema no es ese... Evy es demasiado cabezota.

Frunció los labios, buscando una alternativa y viendo como los pensamientos empezaban a formar una idea mucho más clara en su cabeza. Los ojos se le iluminaron cuando una pequeña posibilidad pasó como un rayo atravesando su mente.

—Entonces necesito que me ayudes.

Victoria parpadeó.

—¿Yo? —dijo señalándose a sí misma con el dedo.

Mark asintió sonriendo de lado y cruzándose de brazos. Tenía un plan.

Evelyne volvió a repasar por enésima vez los currículos que tenía encima de la mesa. Henry le había pedido ayuda con la contratación del nuevo secretario que remplazaría a Neil, así que llevaba varios días dando vueltas a los posibles candidatos. Pero ninguno le convencía. O eran muy jóvenes y tenían poca experiencia o eran demasiado mayores como para darles un puesto como aquel.

Maldita sea. El cese de Neil había supuesto un golpe para Advertising, y a pesar de todo lo que había pasado entre ellos, Evelyne tenía que reconocer que Neil era bueno en su trabajo, y que durante el poco tiempo que había estado con ellos, las funciones que desempeñó se habían cumplido a rajatabla.

Suspiró y dejó los papeles sobre su escritorio. Apoyó la frente en sus manos y se la masajeó. El dolor de cabeza no había desaparecido, y desde que el médico le dio la maldita noticia, había sido un constante en sus días.

Intentaba centrarse en su trabajo, pero no podía. Tenía que tomar una decisión con respecto a Mark y después de la convención lo tuvo claro. El encuentro con Susan la había dejado tocada. Verla abrazarse su barriga, cuidándola y acariciándola, le hizo pensar.

La única posibilidad que ahora mismo tenía Mark de ser padre era que aquel bebé que esperaba Susan fuera de él. Ella jamás le daría hijos y sabía perfectamente que Mark quería formar una familia. Desde el primer día que lo conoció lo sabía. Y antes de que ella descubriera su enfermedad, se dio cuenta de que quería formar una familia con él. Pero cuando por fin se habían decidido a intentarlo, el destino se atravesó.

Volvió a sentir el escozor en sus ojos y respiró hondo otra vez. Aunque le doliese, aunque la destrozara por dentro, había decidido terminar la relación con Mark. Cortar. Romper. Y la fecha que ella misma se había impuesto era ese fin de semana. Básicamente porque cada día que pasaba el dolor de cabeza y de su estómago eran más intensos, por los nervios. Estaban a miércoles, así que todavía podría disfrutar de él unos cuantos días más, pero el domingo le diría que no le quería, que se había equivocado y que su relación se había acabado.

Le mentiría, sí. No podía ser sincera con él, no era capaz. Primero tenía que aceptar su condición para poder abrirse a los demás. Y sobre todo a Mark.

La puerta de su despacho se abrió y antes de que Victoria entrara con las gafas en la cabeza, ella se limpió los ojos.

—Evy, necesito tu ayuda —soltó ella acercándose hasta el escritorio y colocando las manos a ambos lados.

—Claro —dijo Evelyne—, ¿qué ocurre?

—Resulta que no he podido cerrar la nueva campaña publicitaria con TrescientosSesenta y lo tengo que tener para mañana. He pensado en ir a verles a su sede, porque creo que cara a cara es mucho más fácil conseguir su firma.

—Perfecto. Es una gran idea. ¿Qué necesitas de mí?

Victoria carraspeó y puso su mejor sonrisa.

—¿Puedes venir conmigo? Tú les conoces Evy, y seguro que contigo será más fácil.

Evelyne parpadeó. Conocía bien a los contactos de TrescientosSesenta, si, había trabajado mucho tiempo con ellos y eran duros de roer. Victoria se defendía bien sola, pero en esta ocasión no era mala idea atarcar en equipo.

—Claro, ¿cuándo te vas a reunir con ellos?

Victoria levantó una ceja y sonrió con una mueca.

—¿Ahora?

Evelyne levantó las cejas.

—¿Ahora? —repitió ella.

Victoria asintió y guardó silencio unos segundos. Evelyne revisó su agenda y los papeles que tenía sobre la mesa. Bueno. Las tareas que tenía programadas para hoy podrían esperar un par de horas, ¿no? No debían tardar más de eso. Miró a su amiga y le sonrió, levantándose.

—Está bien.

Victoria comenzó a dar palmas de alegría, eufórica.

—Vamos en mi coche —anunció ella.

—No pensé que te alegraría tanto que fuera a una reunión contigo —dijo Evelyne cogiendo su bolso y dirigiéndose al pasillo.

—Como en los viejos tiempos —respondió Victoria, guiñándole un ojo mientras se adelantaba hacia el ascensor con el móvil de la mano—. Voy a avisarles de que vamos para allá, ¿vale?

—Vale —dijo Evelyne mientras cerraba su despacho con llave.

—¿Estás segura de que es por aquí? —preguntó Evelyne extrañada por el camino que estaba tomando su amiga para dirigirse a las oficinas de TrescientosSesenta.

—Qué sí, siempre vengo por aquí —dijo Victoria apretando el volante de su pequeño Toyota Yaris.

Evelyne volvió a fijarse en la carretera. No. Estaba segura de que ese no era el camino más rápido para ir a las oficinas de aquel cliente. Se estaban alejando demasiado.

—Vicky...no es por aquí.

—Qué pesada eres.

Se cruzó de brazos, molesta por la brusquedad con la que su amiga se había dirigido a ella. ¿Por qué narices estaba tan irascible últimamente? Chasqueó la lengua y sacó su teléfono móvil para revisar algunos correos. Aprovechando que tenía enlazado su Smartphone con su correo de empresa, respondió a varios clientes concretando las siguientes reuniones. Victoria conducía rápido, con prisa, pasándose los semáforos en ámbar mientras Evelyne se centraba en responder correos. Cuando Victoria puso el freno de mano, supo que habían llegado a su destino.

—Ale, abajo —sentenció Victoria saliendo rápidamente del coche y dando un portazo.

Evelyne guardó el teléfono en su bolso y abrió la puerta. Frunció el ceño cuando miró a su alrededor, viendo que, claramente, no se encontraban en las oficinas de TrescientosSesenta.

—Pero...¿qué...? —exclamó con la boca abierta. ¿Estaban en el Aeropuerto JFK?

—Toma —dijo Victoria acercándose a ella. Había sacado una maleta del maletero de su coche y se la puso a los pies. Un momento, aquella maleta le sonaba bastante.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Evelyne, nerviosa, mirando a Victoria y a la maleta aleatoriamente. Y cayó en la cuenta de por qué le sonaba tanto—. ¡¿Esa maleta es mía?!

—Ajá —sentenció Victoria cruzándose de brazos y sonriendo.

—¿Qué se supone que es esto? —interrogó de nuevo, notando como las piernas le empezaban a temblar—. ¿Nos vamos?

—No. Te vas —espetó Victoria sin dejar de sonreír—. Venga, que llegas tarde.

Victoria la agarró del brazo con una mano y con la otra sujetó la maleta, haciéndola rodar en dirección al interior del aeropuerto.

—No entiendo nada —se quejó Evelyne—. ¿Dónde voy?

—Ahora lo entenderás.

—¿Y por qué tienes tu mi maleta?

—Porque algo te tendrás que llevar, ¿no crees? —dijo Victoria arrastrándola.

—¿Me has hecho la maleta? ¿Ahí dentro hay ropa mía?

—Ajá.

—Pero...¿cómo...?

—Me diste una llave, ¿recuerdas? Aquella semana que me quedé en tu casa cuando Lau y yo tuvimos la crisis.

—¿Y cuándo narices me has hecho la maleta?

—Esta mañana, por eso he llegado un poco más tarde.

Maldita sea. ¿En serio? No se había percatado de que su amiga había llegado con retraso a trabajar. Chasqueó la lengua mientras avanzaba hacia el aeropuerto.

—¿Esto es una encerrona? Porque no me está haciendo gracia.

Victoria paró en seco y se colocó frente a su amiga, agarrándola por los hombros.

—No es ninguna encerrona, pero te conozco. Bueno, te conocemos —corrigió—. Si él te lo hubiera pedido, no hubieras aceptado nunca. Eres una obsesa del trabajo y no hubieras cedido a cogerte vacaciones por nada del mundo.

Evelyne parpadeó.

—¿Cogerme vacaciones?

Victoria asintió y miró el reloj.

—Vamos, ve. Mark te está esperando.

¿Mark? ¿Mark estaba esperándola? Ella miró también su reloj. Eran las once de la mañana, Mark debería estar trabajando. Como ella. Frunció el ceño sin comprender.

—Todo esto es cosa de Mark, ¡A mí no me mires! —se defendió ella—. Vete ya, que vais a perder el vuelo.

¿El vuelo? Estaba recibiendo demasiada información. No entendía nada de

lo que estaba pasando. Victoria la empujó hasta el interior del aeropuerto, y cuando quiso replicar, estaba dentro de las puertas giratorias. Entró en el enorme recibidor del JFK y cuando se dio la vuelta, su amiga la saludaba alegremente con una mano. Maldita sea. ¿Qué coño era todo esto? Pero no le dio tiempo a responder a su propia pregunta.

Cuando centró la vista en el hall, le vio. Allí estaba Mark, vestido con una camisa blanca arremangada hasta los codos y unos vaqueros oscuros. A su lado una maleta pequeña. Sus ojos brillaron en cuanto la vieron y sus labios se curvaron formando su sonrisa de lado, tan inconfundible.

Como un imán y temblando como una hoja, Evelyne se acercó a él, arrastrando su maleta. Estaba guapísimo. Tanto, que dolía. Desde el día de la convención no se habían vuelto a ver. Mark la llamaba todas las noches para preguntarle como estaba, y ella respondía siempre lo mismo. Cansada pero bien. Se había obligado a ella misma a estar alejada de él para poder concienciarse de que terminar aquella relación era lo correcto pero... verle la reconfortaba, la hacía pensar que, a pesar de todo, saldría bien.

—Hola —saludó Mark sonriendo cuando ella llegó a su altura.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó extrañada.

—Yo también me alegro de verte —dijo Mark acercándose a ella para posar un dulce beso en sus labios.

—Mark...

—Nos vamos —dijo eufórico, acariciándole la mejilla.

Evelyne parpadeó, sin entender.

—¿A dónde?

—A Roma.

—¿A Roma? —repitió nerviosa.

Mark no dejaba de sonreír. Se acercó a ella, y rodeándola por la cintura comenzaron a andar por el interior del aeropuerto.

—Pero... —comenzó ella, caminando junto a él—. No entiendo nada... ¿por qué...?

—Nos vamos de vacaciones. Los dos.

—¿Vacaciones? —paró en seco—. Mark, no puedo irme de vacaciones, tengo que trabajar, hay dem...

—Tranquila, Evelyne —dijo él poniéndose frente a ella—. Está todo solucionado. Victoria me ha ayudado. Ha hablado con Henry y con Roberson y están de acuerdo en que te cojas lo que queda de semana de vacaciones.

Evelyne parpadeó. ¿Estaba todo solucionado? ¿Tenía vacaciones?

—Nos vamos ahora y volvemos el domingo —continuó Mark, sonriendo—. Sé que son pocos días, pero no he podido cuadrarlo de otra manera.

No podía creerlo. Eso significaba que estarían cuatro días en Roma, en Italia. Los dos. ¿Acaso se trataba de un sueño?

—Pero...¿Por qué?

Mark sonrió de lado y se acercó a ella, para depositar un beso en su sien.

—Llevas unas semanas un poco intensas, cariño. Estás cansada y creo que te vendrá bien desconectar, cambiar de aires.

Evelyne lo miró fijamente y sintió como se le empezaba a formar un nudo en la garganta. ¿Todo esto era porque ella estaba cansada? Mierda. No estaba cansada. No del todo. Era verdad que el trabajo en las últimas semanas la había dejado agotada, pero realmente, lo que le pasaba, era que estaba triste por el giro que había dado su vida en los últimos días...

—¿Cuándo volvemos? —preguntó Evelyne con la voz queda, sabiendo la respuesta.

—El domingo —respondió Mark—. Es poco tiempo, lo sé. Apenas cuatro días fuera, pero te prometo que valdrá la pena.

¿Valdría la pena? Evelyne sintió como la emoción la invadía, haciendo que el corazón le fuera a mil. Volverían el domingo, el mismo día que ella había decidido terminar su relación con él, para que fuera feliz. Para que el único hombre al que había amado de verdad fuera feliz.

Sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas y se abrazó a él, ocultando su rostro en su pecho, para evitar que él viera la emoción en sus ojos.

—Evelyne...

—Esto es una locura...

—¿Y qué? Cuando se trata del amor, el corazón siempre tiene sitio para una locura más...

Evelyne se apretó más contra él, reteniendo las lágrimas. Quería estar con él. A fin de cuentas, era lo único que tenía claro en su vida. Quería a Mark, a pesar de que el destino les forzara a separarse. Se abrazó más a él, durante unos pocos segundos que le supieron a gloria. No era mala idea irse y olvidarse de todo, como Mark había dicho.

Mark la apretó contra su pecho, eufórico. Evelyne aguantó las lágrimas y se prometió a ella misma que aquellos cuatro días con él, los últimos que pasarían juntos, serían inolvidables.

—Vámonos —dijo ella al fin, con los sentimientos a flor de piel—. Hagamos que valga la pena. Olvidémonos de todo...

Llegaron a Roma, la capital de Italia, de madrugada. El vuelo duró unas ocho horas, y debido a la diferencia horaria, llegaron pasadas las doce de la noche.

Mark se pasó todo el vuelo comentando la ruta que él había planeado para que Evelyne conociera la ciudad eterna, como era mundialmente conocida. Tenían solo tres días para verla, porque el domingo se lo pasarían volando de regreso a Nueva York. Pero aun así, el plan era increíble.

Mark había ido ya una vez a Roma, por cuestiones de trabajo, y le gustó tanto que decidió compartir esas primeras vacaciones juntos en esa ciudad. La ruta que había planeado estaba clara, verían los monumentos más representativos de la ciudad, degustarían la comida típica y se perderían por las calles italianas agarrados de la mano. La ruta que había planeado tenía de todo. Y a Evelyne la pareció maravilloso.

Se había prometido a ella misma que durante esos cuatro días, solo existirían ella y Mark. Nada ni nadie más. Nada de Susan, nada de Neil, y sobretodo, nada de su enfermedad. Quería disfrutar de Mark una última vez y era el momento perfecto para hacerlo.

Cuando bajaron del avión con su equipaje de mano, cogieron un taxi en dirección al hotel que Mark había reservado para ellos. A pesar de circular por la ciudad de noche, Evelyne quedó maravillada de todo lo que vio en su corto camino entre el Aeropuerto y el Hotel.

—Es increíble —dijo Evelyne en el asiento trasero del taxi sin dejar de mirar por la ventanilla.

—¿Te gusta? —preguntó Mark acariciándola la mano que tenía sobre sus muslos.

—Es precioso, jamás había visto algo igual.

—Las ciudades europeas son parecidas a Nueva York, pero Roma tiene su encanto personal. Los monumentos que se conservan tienen más de dos mil años. Somos unos privilegiados por poder contemplarlos.

Evelyne le dedicó una sonrisa y Mark apretó más su mano.

—¿Estás cansada? —preguntó.

—No mucho —dijo ella, recordando que había dado un par de cabezadas

durante el vuelo.

—Mañana intentaremos levantarnos pronto para ver la ciudad y no tener mucho Jet Lag, si te parece bien.

Ella volvió a asentir, al tiempo que el taxi estacionaba en una calle. El Hotel Palazzo Manfredi se encontraba en plena Via Labicana, en el centro de Roma. Lo más impresionante que tenía era que la mayoría de las habitaciones tenían vistas al imponente Coliseo. Mark fue el primero en bajarse del coche para abrir la puerta a Evelyne, que le agarró de la mano feliz. Un botones se acercó hasta ellos y tomó las maletas, indicándoles con la cabeza que le siguieran al interior del hotel.

—Espérame aquí —anunció Mark cuando llegaron a los ascensores.

—¿A dónde vas? —quiso saber ella—. ¿Vas a pagar?

Mark sonrió de lado.

—No, ya está pagado —respondió como si nada—. Voy a consultar una cosa.

—¿Cómo que ya está pagado? —dijo ella sorprendida—. Mark...

—Ahora vengo.

Y se alejó de ella sin darle tiempo a rebatir nada. Evelyne le observó acercarse al recepcionista y hablar con fluidez. ¿Hablaría italiano o se estaban comunicando en inglés? Al cabo de pocos segundos el recepcionista asintió y Mark volvió a su lado al tiempo que el ascensor abría sus puertas.

—¿Qué pasaba? —preguntó Evelyne mientras entraban en el interior del ascensor.

—Nada —respondió él risueño, con su sonrisa de lado en su boca, pulsando el botón.

Evelyne le miró acusativa, sin entender. Se cruzó de brazos mientras llegaban hasta el piso que Mark había pulsado.

—Quiero pagar a medias —soltó de pronto Evelyne, sin mirarle.

—No te preocupes por eso —dijo Mark.

—Lo digo en serio —espetó ella—, quiero pagar a medias.

—Vale, como quieras —dijo Mark instándola a que saliera primero del ascensor, que se había detenido en el piso en el que tenían la habitación.

Evelyne salió sin descruzar los brazos y esperó a que Mark se pusiera a su lado para saber hacia donde tenían que dirigirse. No estaba del todo convencida de que al final pagaran a medias. Mark se adelantó unos pasos y llegó hasta la puerta de lo que parecía ser su habitación. Insertó la tarjeta

electrónica, sonó un pitido y la puerta se abrió ligeramente. Mark la miró a los ojos y se apartó un poco.

—Adelante —dijo con un brillo especial en su mirada.

Evelyne no pudo evitar sonreír cuando pasó a su lado para adentrarse en la estancia. Tuvo que parpadear varias veces para ver lo que había en el interior de la habitación, y no pudo evitar ahogar un grito al descubrirlo.

La estancia estaba llena de velas que la iluminaban en todo su esplendor, y por segunda vez en su vida, todo estaba lleno de pétalos de rosas. La cama, con sábanas blancas impolutas, parecían teñidas de rojo gracias a la cantidad de flores que la cubrían. Las velas iluminaban el suelo y los muebles, y junto a la cama, las dos maletas que habían traído con ellos.

No había duda alguna de que aquella era su habitación. Y era preciosa, toda de blanco, iluminada por las velas y decorada con pétalos por toda la estancia, con el Coliseo iluminado que podía verse a través de las ventanas.

—Estaba confirmando con el recepcionista que todo esto estuviera preparado —dijo Mark, haciendo que Evelyne se girara hacia él y le descubriera con las manos en los bolsillos, apoyado contra la puerta. No pudo evitar sonreír.

—¿Vas a hacer esto en todos los hoteles en los que estemos?

Mark se acercó a ella, con su sonrisa de lado.

—Puede.

—¿Y eso por qué?

—Me gusta el efecto que crea en ti cuando ves así la habitación.

Evelyne levantó una ceja y se acercó más a él.

—¿Y qué efecto es ese? —preguntó pícaro, llevando la conversación a terreno sexual.

—Te hace feliz —soltó Mark sonriendo dulcemente—. Lo veo en tus ojos.

Eso no se lo esperaba. Era verdad que todo ese tipo de detalles la hacía feliz, claro que sí. Mark era muy detallista y tal y como ocurrió la primera vez que le llenó la habitación de pétalos y velas, su corazón se desbocaba de nuevo.

La sombra de la duda cruzó su mente. Maldita sea, ¿quería perder todo eso que Mark la daba? ¿Esos detalles? ¿Ese amor? ¿Esos momentos? Se obligó a apartarse esos pensamientos de su cabeza. Había tomado una decisión, y la había tomado por él, por Mark. Por su felicidad. Tenía que cambiar el rumbo de sus pensamientos, tenía que olvidarse de su decisión y disfrutar de las

horas que le quedaban con Mark.

Avanzó lentamente hacia Mark, desabrochándose con delicadeza la lazada que tenía en la parte de arriba del vestido, custodiando su escote.

—¿Y solo ves eso en mis ojos? —preguntó con voz seductora.

La mirada de Mark se oscureció.

—Mira que te gusta jugar...

Evelyne se acercó a él y levantó la barbilla, quedándose a escasos centímetros de la mandíbula de Mark. Se miraron durante unos segundos, retándose con la mirada y haciendo que sus respiraciones se entrecortaran.

—¿Estás cansada? —preguntó Mark con la voz ronca.

Evelyne le miró los labios, esperando que le besara de una vez. Hacía días que no se veían y echaba de menos su cuerpo, sus manos, sus besos. Todo.

—Depende de para qué —respondió ella levantando una ceja.

Mark sonrió, sacó una mano del bolsillo del pantalón y acarició su mejilla.

—Ya me lo has dicho todo con eso.

Evelyne sonrió ante la respuesta de Mark, y antes de que pudiera abalanzarse sobre él, Mark se adelantó a sus movimientos, atrayéndola a sus labios y besándola como solo él sabía besarla.

Evelyne se agarró a su cuello, acariciando su nuca y devolviéndole el beso que él le daba. Contuvo el aliento cuando un escalofrío la recorrió entera, sintiendo la necesidad de apretarlo contra ella, agarrarlo fuerte, como si temiera que se desvaneciera. Dios, ¿cómo era capaz de extrañar tanto a aquel hombre? Se preguntó mientras notaba como el calor le invadía por dentro.

Mark la asió por la cintura con un brazo y giró con ella ciento ochenta grados, para después, de dos pasos, empotrarla contra la pared de la habitación. Evelyne gimió al sentir como la erección de Mark se clavaba en su vientre, y sonrió. Daba igual las veces que hicieran el amor, siempre la sorprendía lo rápido que sus cuerpos reaccionaban ante el otro.

Mark le rozó los muslos con los dedos cuando buscó el dobladillo de su vestido. Tiró de él hacia arriba, rompiendo el beso unos segundos para poder quitárselo por encima de la cabeza. En cuanto estuvo despojada de su vestido, llevó sus manos al cuello de él para desabrochar los botones de su camisa.

—Eres preciosa, Evelyne... —dijo separándose de ella para contemplarla. Evelyne hizo lo propio y se miró a sí misma para comprobar que en aquella ocasión se había decantado por un conjunto interior bitono, con la base blanca y encaje negro, que le realzaba el busto. Sonrió al saberse orgullosa de

haber elegido la ropa interior de ese día. Estaba claro que, de haber sabido acabaría en Roma con Mark, se hubiera decantado por otro conjunto más provocativo, pero... Evelyne terminó de desabrocharle la camisa y Mark sacó los brazos de las mangas, buscando rápidamente su boca, devorándola con fuerza.

Mark la apoyó contra la pared mientras ella lo abrazaba y arqueaba la espalda, haciendo que sus pechos se elevaran, como si se los ofreciera.

—Mark... —exclamó ella cuando Mark inclinó la cabeza y, sacándole el pecho del sostén, se metió un pezón en la boca. La calida humedad de su lengua mientras se lo lamía y se lo chupaba estuvo a punto de arrancarle un grito de placer.

Evelyne se mordió el labio mientras sus manos se apresuraban a desabrocharle los pantalones, liberando el cinturón de las trabillas. Manióbró con su cremallera y sus pantalones cayeron hasta el suelo, dejándolo en bóxer ante ella. Y cuando apretó su polla contra la palma de su mano, Mark dejó escapar un sonido grave y rabioso desde el fondo de su garganta.

—Joder... —jadeó él volviendo a sus labios para morderlos, presionándolos con los de ella. Después agachó la cabeza para besarle el cuello, la mandíbula y el labio inferior. Evelyne mantuvo la mano en su miembro y empezó a acariciarlo por encima de la ropa interior. Era grueso y largo, encajando perfectamente en su palma.

—Dios... —bramó entre dientes mirándola a los ojos mientras ella masajeaba su pene—. Necesito estar dentro de ti...

Evelyne sonrió, con la respiración entrecortada.

—Todavía no —respondió melosa resbalando por la pared antes de arrodillarse ante él, sin dejar de mirarle.

Evelyne deslizó el bóxer por sus piernas, ante la atenta mirada de Mark, que contempló como se metió lentamente su pene en la boca hasta el fondo. Mark se tensó y soltó un gemido profundo.

Evelyne no dejaba de mirarle mientras su miembro entraba y salía de su boca con fervor. Mark tenía las palmas de las manos y la frente apoyada en la pared, y respiraba con dificultad, y Evelyne comenzó a moverse adelante y atrás, con la lengua rodeándole y los dientes rozándole levemente el tronco del pene con cada movimiento. Su mano bajó hasta sus testículos y Mark gimió en voz alta cuando los acarició con cuidado con su palma.

—Joder Evelyne... —siseó extasiado—. Si sigues así me voy a correr...

Ella sonrió con los ojos y aumentó la fuerza de la succión, haciendo que el cuerpo de Mark se estremeciera.

—Para... por favor... —pidió Mark moviendo la cadera y saliendo de ella. La instó a levantarse y volvió a aprisionarle contra la pared, clavando su erección contra su vientre desnudo. Ella se rio un poco y se relamió los labios.

—Necesito hacerte el amor ya —soltó mientras la cogía a horcajadas y la cargaba hasta la cama, llena de pétalos de rosa.

Cuando la tumbó, deslizó su tanga de encaje por sus piernas, haciendo que los dos quedaran desnudos. Se metió entre sus piernas, haciendo que sus sexos húmedos se rozasen.

—Hazlo —le suplicó ella con voz queda cuando él introdujo una mano entre los dos y se agarró su miembro, colocándolo en la entrada de su sexo.

Mark se apretó a ella, quedando a escasos centímetros de su boca y uniendo sus respiraciones. Empujó su cadera hacia delante, introduciéndose lentamente en el interior de Evelyne. Ella cerró los ojos, sintiendo como la llenaba por dentro.

—Mírame —susurró Mark.

Y ella lo hizo. Abrió los ojos y vio sus labios abiertos que miraban los suyos. Los músculos de los hombros se destacaban cada vez que se movía y su torso brillaba con una fina capa de sudor. Mark entraba y salía de ella, haciendo que el cosquilleo empezara a implantarse en la zona baja de su vientre. Mark salió casi del todo para después entrar con más fuerza dentro de ella, arrebatándola un jadeo de placer.

—¿Te gusta?

Evelyne asintió extasiada. Estaba muy excitada. La manera en la que Mark la había besado, mordido y acariciado la había vuelto loca. Y más cuando ella se había arrodillado ante él para chupársela. Jamás imaginó que hacer una felación a un hombre la pudiera excitar tanto. Mark empujaba despacio, mientras su mirada y los dedos de una de sus manos bajaron por su cuello y por sus pechos. Cogió uno de sus pezones entre sus dedos y lo pellizcó con fuerza.

—Mark...

Sus movimientos se hicieron irregulares y forzados, alertando de que había perdido el control.

—Oh, joder, Evelyne... No puedo... No puedo aguantar más —gimió con

rabia, entrando y saliendo de ella con fuerza.

—Yo tampoco... —susurró ella con los ojos cerrados, notando como el cosquilleo se empezaba a hacer más potentes.

—Llega conmigo Evelyne —suplicó él, pegado a su boca.

El orgasmo fue intenso. Evelyne se apretó contra él, clavándole los dedos en su musculada espalda, mientras su cuerpo se sacudía por las consecuencias del orgasmo, sintiendo los temblores y convulsiones propias del mismo. Mark se estremeció al derramarse en el interior de ella.

Desde que habían vuelto no habían vuelto a utilizar preservativo porque Evelyne tomaba la píldora, pero ahora que la había dejado... Apartó ese pensamiento de su cabeza mientras se abrazaba a él, apretándole contra su cuerpo. ¿Qué más daba? Ahora la píldora no tenía ningún efecto en ella...

Mark se apartó de ella para besarle el hombro y el cuello antes de darle un beso en los labios. Sus ojos se encontraron, respirando entrecortadamente.

—Te quiero —soltó Mark apartando un mechón de su frente, con los ojos oscurecidos—. Te amo, Evelyne. Lo sabes, ¿no?

Evelyne asintió ligeramente, conmovida. Jamás había compartido un momento tan íntimo con ningún hombre. Estar así, los dos, unidos todavía después de hacer el amor, y sentir aquello. Ella también le amaba, más que a nada, pero no podía decírselo...Ahora no. Sintió cómo las lágrimas se la llenaban los ojos y se abrazó a él, llevada por la emoción. Había tomado una decisión y debía seguirla a rajatabla. Doliera lo que doliera.

Roma era una ciudad asombrosa. Con solo recorrer sus calles Evelyne entendió a la perfección porque la llamaban la ciudad eterna. Roma era una ciudad a la que los siglos y el paso del tiempo no había afectado.

Durante los tres días que estuvieron en Roma, Mark y Evelyne pasearon por sus calles y disfrutaron de su amor. Se levantaban a la hora que querían para saborear un desayuno mediterráneo, en la terraza del Hotel Palazzo, con unas inmejorables vistas al Coliseo. Después se dedicaban a recorrer las calles y los monumentos típicos de la ciudad, para a media mañana visitar algún restaurante que Mark conocía con comida típica italiana. Durante aquellos días descubrieron el imponente coliseo en todo su esplendor, apuntándose incluso a una visita guiada que les enseñaba la historia más profunda del monumento. Recorrieron el Foro Romano, se sorprendieron con la espectacular cúpula del Panteón. Tiraron una moneda a la Fontana de Trevi para volver a aquella ciudad en un futuro. Pasearon agarrados de la mano por el barrio de Trastevere y recorrieron en silencio las calles del Vaticano.

Fueron tres días muy intensos y románticos. Solo importaban ellos dos. Nada ni nadie más.

Estaba atardeciendo. Se podía ver cómo el sol se ponía a través de la ventana que daba directamente a la calle, tornando naranja el increíble Coliseo. Habían decidido que aquella última tarde la pasarían en el hotel, dándose un baño de espuma en aquella bañera redonda, con pétalos y velas rodeándoles por doquier, como cuando llegaron a la habitación hacía ya tres días.

Mark cogió la copa de champagne que tenían en la pequeña repisa y bebió un sorbo, sin apartar la vista de Evelyne, que miraba por la ventana mientras el sol se ponía. Estaba preciosa. Se había recogido su cabello en un moño desenfadado, en lo alto de su cabeza. Estaba sentada en el otro extremo de la bañera, con las piernas recogidas entre sus brazos y la espuma cubriéndola prácticamente hasta los hombros, dejándolos visibles. Incluso enseñando solo esa pequeña parte de su piel.

Mark no podía dejar de mirarla. No se cansaba de ella. No se cansaba de verla, de sentirla, de besarla, de acariciarla, de hacerla el amor. ¿Es que acaso no había tenido suficiente durante todos estos tres días en los que cada vez que pisaban el Hotel hacían el amor? Sonrió sabiendo que tenía la respuesta clara. No. No se cansaba de ella. Quería más. Mucho más.

—¿Qué piensas? —preguntó él llevándose la copa a los labios para beber un trago, sin dejar de mirarla.

Evelyne le miró como si hubiera vuelto a la realidad.

—Nada —dijo ella, cogiendo su copa y bebiendo también.

Parecía triste. Mark se había fijado en que aquel día había estado como ausente la mayor parte del tiempo. Distráida. ¿A qué le daría vueltas?

—Dime qué pasa por tu cabeza —pidió Mark, interrogándola con la mirada.

Evelyne le aguantó la mirada y Mark se perdió en sus enormes ojos verdes. Parecían más grandes que de costumbre y brillaban como nunca. Evelyne cogió aire por la nariz y apartó la mirada, volviendo a fijarse en las vistas que le proporcionaba la habitación del hotel. Hipnotizado, siguió la dirección de sus ojos y vio como las primeras farolas se encendían para iluminar el monumento emblemático de la ciudad. Volvió a clavar sus ojos en ella.

—¿Te da pena irte? —preguntó cariñosamente.

Evelyne parpadeó varias veces, apartó la vista y se encogió de hombros.

—Supongo que sí...

Mark sonrió de lado y dejó la copa en la repisa.

—Ven aquí —dijo, abriendo las piernas e indicándole que se pusiera entre ellas.

Evelyne sonrió triste, dejó la bebida también y se giró sobre sí misma para colocarse en el sitio que le indicaba Mark. Apoyó su espalda en su pecho y Mark la rodeó con los brazos.

En cuanto Mark notó el cuerpo de Evelyne pegado al suyo, su miembro dio una sacudida entre sus piernas. Tranquilo, soldado, se reprimió a sí mismo. Estaban hablando, ya habría tiempo para el sexo más adelante. Ella suspiró entristecida.

—Evelyne...

—Solo me da pena que esto termine...

Mark sonrió y comenzó a coger agua con su mano y rociarle por el pecho, para tranquilizarla. Entendía perfectamente esa sensación.

—Es lo que tienen las vacaciones —dijo él—. No duran para siempre. Habrá más viajes como este. Te lo prometo.

Evelyne se apretó más contra su pecho y apoyó la cabeza en su hombro. Desde su posición, Evelyne estaba preciosa. Los pechos sobresalían lo justo del agua para ponérsela de nuevo dura. Mierda. Tenía que centrarse.

—Podríamos planear nuestras siguientes vacaciones —dijo él mojado su cuello.

—Dependemos del trabajo —espetó ella, un tanto brusca—. No tengo visibilidad sobre los picos de trabajo y esta vez ha sido una excepción.

Mark se sorprendió por la seriedad en sus palabras.

—No te preocupes por eso —dijo dándole un beso en la sien—. Puedo volver a pedir ayuda a Victoria.

Consiguió que se riera. Débilmente, pero Evelyne se rio. Volvió a estrecharla entre sus brazos, sintiendo su piel, su olor, su alma. A él también le daba pena irse de allí.

Habían estado veinticuatro horas juntos y costaría volver a la rutina, a las reuniones, a salir tarde de trabajar, a tener que conformarse con verse por las noches o en alguna ocasión en la que se pudieran escapar del trabajo. ¿Cómo iba a aguantar ahora sin verla a todas horas? Una idea se le cruzó por la mente. Y sin darse tiempo a meditarla, la soltó por la boca.

—Vente a vivir conmigo.

Evelyne se tensó. Mark notó bajo el agua la tirantez en los músculos de Evelyne. Mierda. ¿Se había pasado?

—¿Qué? —dijo ella con cara de incredulidad, girando el cuello para mirarle.

—Vente a vivir conmigo —repitió él mirándola intensamente.

Evelyne le mantuvo la mirada unos segundos y apartó los ojos.

—Es pronto...

—¿Para qué?

—Para vivir juntos... —dijo con la voz apagada—. Mark, apenas nos conocemos, no...

—No necesito conocerte más para saber que quiero pasar el resto de mi vida contigo —confesó él, con voz grave.

Evelyne enmudeció y Mark comenzó a inquietarse. ¿Se habría pasado? Igual se había precipitado diciendo aquello, pero en realidad llevaba ya varios días dándole vueltas. No merecía la pena seguir estando cada uno en su

apartamento. Se veían prácticamente todas las noches, y era mucho más fácil para los dos vivir en un solo apartamento. Mark la apretó un poco más contra su cuerpo y sintió como el corazón de Evelyne latía con fuerza. ¿Estaba nerviosa? Joder. No quería que se llevara aquella desazón.

—Lo siento —soltó Mark contra su cuello—. No quiero agobiarte con eso, es solo que...

—No me agobias —dijo Evelyne—. Puedes quedarte en mi piso siempre que quieras...

—Lo sé. Y tú en el mío, pero me refería...

—Sé a lo que te referías —dijo sin mirarle.

—Evelyne... —soltó Mark nervioso por el tono de voz que ella estaba poniendo.

—Podremos hablarlo... cuando volvamos —dijo Evelyne sonriendo, acurrucándose en su pecho.

Respiró. ¿Aquello era un sí? ¿Se iría a vivir con él?

—Vale —dijo Mark alegre—. Pero puedes venirte a mi piso cuando quieras.

—¿Das por supuesto que viviremos en tu apartamento? —preguntó Evelyne mirándole con una ceja levantada.

—Bueno —dijo él acercándose y besándole en la mejilla—. No es por menospreciar tu piso, pero el mío es más grande, y podríamos utilizar una de las habitaciones que tiene para cuando tengamos hijos.

Mark seguía dándole besos por la cara, por la mandíbula y por el cuello, disfrutando de su contacto. Evelyne se apartó de él de repente y se dirigió al otro lado de la bañera, sin darle respuesta, a pesar de que él no había formulado ninguna pregunta. Mark observó cómo Evelyne cogía su copa de champagne y la apuraba por completo. Cogió la botella y se giró hacia él, con los ojos vidriosos.

—¿Por qué no dejamos de hablar... —preguntó acercándose a él— y hacemos cosas más interesantes?

Mark sonrió de lado y estiró las piernas para que ella se colocara sobre él.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó cuando Evelyne se acomodó sobre sus muslos, al tiempo que su erección despertaba bajo el agua ante el simple roce de aquella mujer.

Evelyne se acercó a él y pasó la lengua por su labio inferior, haciendo que el miembro de Mark diera un latigazo sin control.

—Hazme el amor por última vez...

Mark la atrajo hacia él sujetándola por la cintura y acomodándola en su pene, que buscaba insaciable el contacto con aquella mujer. Evelyne dio un sorbo a la botella de champagne, la dejó sobre la encimera y besó a Mark. Cuando abrió la boca parte del líquido se introdujo en la de él, haciendo que soltara un gemido gutural.

—¿Qué me haces, Evelyne? —gruñó mordiéndole el cuello mientras sus manos se deslizaban hacia los pechos de esa mujer, pellizcándolos hasta que ella gritase de placer, como a Evelyne le gustaba.

En cuanto se subió al avión, Evelyne se apoyó contra la almohada, inclinándose hacia el lado de la ventanilla y cerrando los ojos en un vano intento de dormir, pero que no consiguió. A su lado Mark ojeaba de vez en cuando el móvil y también se rindió al sueño.

Se despertó cuando les sirvieron la comida, pero ella solo abrió los ojos para rechazarla y volverse a acurrucar sumida en sus pensamientos. Mark le acariciaba los nudillos en todo momento, haciendo que todo resultase más difícil. Era domingo, y eso solo suponía que había llegado el momento de terminar la relación con él, de dejarle marchar. Intentó por todos los medios disfrutar de aquellos últimos días con él, pero no lo consiguió al cien por cien.

El día anterior, en cuanto llegaron al Hotel para disfrutar de un baño de espuma, se vino abajo. Supo controlar las lágrimas, la desazón, y se sentía orgullosa de ello. ¿Era para sentirse orgullosa de ello? Se encogió más en el avión, aguantando las lágrimas que amenazaban por salir. Es lo mejor. Lo sabes Evelyne, se dijo a sí misma. No podía ser tan egoísta, no podía amargar la vida del hombre al que amaba simplemente porque se había enamorado de él. Al fin y al cabo el amor era eso, ¿no? Desear por encima de todo que la otra persona fuera feliz.

El avión aterrizó con una sacudida, sobresaltándola. Mark le apretó aún más la mano y se giró para mirarlo. Ahí estaban. Aquellos ojos verdes que tanto le gustaban. ¿Sería capaz de olvidarse de ellos alguna vez?

—¿Estás bien? —preguntó Mark con cara de preocupado.

—Dormida —mintió ella.

Mark sonrió de lado, y se acercó hasta ella para depositar un dulce beso en su sien, haciendo que el nudo se instalara en la garganta de Evelyne.

Bajó del avión como un zombi, mirando en todo momento al suelo, mientras Mark, a su lado, la guiaba hasta la salida del aeropuerto agarrando su mano.

—Voy a llamar a un taxi —anunció Mark deteniéndose cuando llegaron al hall que precedía a la salida. Se alejó un par de metros y se llevó el teléfono a la oreja.

Evelyne sintió que en ese momento se paraba el tiempo. Lo contempló una última vez, adorando a aquel hombre del que se había enamorado perdidamente, que ahora mismo hablaba por teléfono, con una mano en sus pantalones vaqueros y una camisa azul clara arremangada hasta los codos. Dios... le quería por encima de todo, le amaba. Amaba la manera en que tenía de mirarle, de decirle que la quería, de hacerle el amor con tanta pasión.

Y por un momento dudó sobre su decisión. Dudó porque quería estar con él por encima de todo. ¿Y si le decía la verdad? ¿Y si le decía que había descubierto una verdad sobre ella misma que le desgarraba el alma? ¿No se supone que el amor podía con todo? Parpadeó sintiendo como los ojos se le habían llenado de lágrimas. Tenía que ser fuerte. Había tomado una decisión y llevaba todo el viaje planeando lo que le iba a decir.

Cuando Mark se dio la vuelta y se acercó a ella, entornó los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó rozando su mejilla con los nudillos—. ¿Te encuentras bien?

Evelyne le sostuvo la mirada y aguantó todo lo que su corazón soportó el contacto, antes de cogerle la mano y apartársela de su rostro.

—Tenemos que hablar...

El rostro de Mark se tensó, sin entender del todo.

—¿Qué ocurre? —repitió, escudriñándola con la mirada.

Evelyne cogió todo el aire que pudo, intentando calmar el temblor que empezó a subir por sus piernas. Tenía que acabar cuanto antes con aquello o no sería capaz.

—Por favor, déjame hablar hasta el final... —Un silencio ensordecedor se instaló a su alrededor. Mark la miraba entre perdido y sorprendido—. No sé por dónde empezar...

—Por el principio —respondió Mark inquieto.

Resopló, manteniendo la mirada con la suya. No podía permitirse hundirse ahora. Tenía que hacerlo.

—No puedo seguir con esto Mark...

Las pupilas de Mark se encogieron, haciendo que sus ojos resultaran más verdes que de costumbre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con la voz queda, aunque por la manera en la que su nuez viajaba de arriba abajo en su garganta, Evelyne supo que sabía a lo que se refería.

—Lo nuestro —dijo ella intentando no romperse.

—¿Qué? —susurró inquieto—. Evelyne...

—Me equivoqué —continuó ella, sintiendo como la emoción se apoderaba de su cuerpo poco a poco—. Pensé que queríamos lo mismo, pero...

—¿Qué significa eso?

—Mark, no me lo hagas más difícil...

—¿Qué no te lo haga más difícil? —repitió él, alterándose. Todo el autocontrol que siempre intentaba mantener se estaba yendo al garete—. No entiendo a qué viene todo esto, Evelyne.

—Entonces deja que te lo explique —pidió ella respirando entrecortadamente.

—¿Estas cortando conmigo? ¿Es eso?

—Mark....

—No —soltó Mark, acercándose y agarrándola por los hombros—. ¿Qué es lo que pasa, Evelyne? ¡Estábamos bien! Estamos bien —y entonces parpadeó varias veces, recordando algo—. ¿Es por lo de ayer? ¿Por qué te dije que vivamos juntos?

Evelyne sintió que se quedaba sin aire. Por supuesto que no era por eso. Que Mark le confesara que quería vivir con ella la hizo feliz. Muy feliz. Pero no podía... había tomado una decisión.

—Mark...

—Perdóname si te asusté, Evelyne, pero...

—No es eso, Mark —soltó ella brusca, deshaciéndose de su agarre y sorprendiendo a Mark, que palideció.

—¿Entonces qué es?

Cogió aire y dio un paso hacia atrás, alejándose de él. Si le tenía tan cerca no sería capaz de hacerlo.

—Me equivoqué.

—¿En qué te equivocaste? —preguntó Mark dando un paso hacia ella.

—En continuar con esto —confesó ella, sintiendo como el corazón se apretaba fuertemente en su pecho—. En tener una relación contigo.

—Evelyne...

—No —dijo ella levantando una mano para detener el intento de aproximación de Mark—. Te lo dije cuando nos conocimos, no busco una relación seria.

—No la buscabas en su momento por todo lo que te pasó, Evelyne, pero...

—Mark, por favor, escúchame, te estoy dic...

—Nos amamos. Nos queremos, joder, ¿qué coño es lo que ha pasado?

Y cuando lo preguntó con esa fuerza Evelyne sintió que la sangre se le congelaba en su interior. ¿Sabría Mark que había pasado algo? Apretó los labios, dispuesta a terminar con esto de una vez por todas.

—Fue un error —dijo ella—. Pensé que...

—Estás enamorada de mí —murmuró entre dientes, mientras apretaba los puños.

Y lo dijo con tanta fuerza que Evelyne estuvo a punto de romperse, de ceder, de dejar que las lágrimas fluyeran y confesar la verdad.

—Me equivoqué —mintió, apartando los ojos de los de Mark, viéndose incapaz de mentirle a la cara. Mintió como él lo había hecho cuando terminó su relación con ella, hacía unos meses ya. Pero no había otra manera. ¿Qué podía decirle para que se olvidara de ella? Nada. Mentirle en sus sentimientos era la única solución.

—Evelyne...

—Confundí mis sentimientos por ti, pensé que sería diferente, pero no busco esto Mark. No quiero una relación seria.

—No te creo.

—Mark...

—¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que hemos vivido? ¿Después de todos estos días?

Tragó saliva, intentado alejar los recuerdos que irremediabilmente viajaron a su mente. La única manera que tenía de acabar con esto era siendo dura y cruel.

—Solo ha sido sexo.

—Y una mierda.

—Mark, por favor. No siento lo mismo que tú.

—No te creo —volvió a repetir perdiendo los nervios, pasándose la mano por el cabello, desesperado—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho?

Nada. No había hecho nada. La culpa era suya, pensó Evelyne cerrando los ojos y reteniendo las lágrimas.

—Lo siento, Mark. Se acabó.

Se dio la vuelta con la maleta en la mano, en dirección a la salida, sintiendo como las lágrimas desbordarían de sus ojos de un momento a otro.

—Evelyne —dijo él agarrándole por la muñeca—. Evelyne, por favor... Hablemos...

Se giró para plantarle cara.

—No hay nada que hablar Mark, se acabó —dijo con los ojos enrojecidos—. Me equivoqué y te pido perdón. No queremos lo mismo, no sentimos lo mismo.

—Evelyne...

—Es lo mejor para los dos.

Dio la vuelta, deshaciéndose del agarre de Mark, y aceleró el paso para pasar las puertas giratorias mientras Mark la llamaba desde su sitio. Las lágrimas empezaron a desbordar por sus mejillas en el momento que llegó a un taxi apeado en la acera, y ni siquiera ayudó al conductor a meter su maleta en el maletero, se metió en asiento trasero mientras ahogaba un grito. Entre sollozos dio la dirección al taxista y cuando el vehículo se puso en marcha no le hizo falta mirar por la ventanilla para saber que Mark había salido detrás de ella.

Le había mentido. Le había dicho que no le amaba cuando era lo único que hacía. Amarle por encima de todo. Pero era lo mejor. Era lo mejor para los dos, se repetía Evelyne una y otra vez, aunque no era capaz de detener el llanto. Aquel dolor la estaba desgarrando por dentro. ¿Por qué dolía tanto?

Recordó lo que sintió cuando Mark cortó con ella hacía ya unos meses y se sorprendió al descubrir que el dolor que experimentó en aquel momento no era para nada parecido con el que sentía ahora. Había perdido al hombre que amaba, pero por decisión propia. Y la única manera que tenía de verle feliz era alejarse de él, utilizando irónicamente la misma excusa que Mark le había dado en su momento: que no lo quería.

Como era de esperar, Mark intentó contactar con ella a través del teléfono. En el momento en que se subió al taxi, su teléfono empezó a vibrar, anunciando una llamada entrante de Mark. Al no obtener respuesta, siguió insistiendo, mientras la pantalla del teléfono de Evelyne se llenaba de sus lágrimas, que salían sin control de sus ojos. Bloqueó su número, para evitar más llamadas, más mensajes...más Mark.

Llegó a su casa como pudo, tambaleándose y a trompicones. Abrió la puerta de su pequeño apartamento con las manos temblorosas y cuando entró en el interior, cogió todo el aire que pudo, se apoyó en la puerta y lloró. Lloró tanto que creyó perder la razón. Evelyne tenía ganas de morirse y una voz interior le decía que solo era una ruptura más. Una más. La vida estaba llena de ellas.

—Es lo mejor... —se repetía entre sollozos, haciéndose un ovillo en el suelo, abrazándose a sí misma.

No supo a ciencia cierta el tiempo que estuvo allí, apoyada en la puerta de su apartamento, llorando sin control. Dolía. Dolía mucho. Una parte de ella quiso que Mark fuera a su encuentro, que llamara a su puerta para arreglarlo. ¿Arreglar el qué? Evelyne acababa de decirle que no sentía lo mismo por él, que no le quería. Aunque no había sido capaz de decirle a la cara esas palabras exactas, porque no podía ocultar con palabras lo que sus ojos sentían.

Dio un brinco cuando escuchó la vibración de su teléfono móvil, y por un momento su corazón se paró. Había bloqueado el número de Mark, pero...

¿Y si le estaba llamando con otro número?

Con los ojos empañados en lágrimas, alcanzó el teléfono y reprimió un sollozo al ver que el que le llamaba no era otro que su padre. Podría haberlo dejado pasar, podía haber rechazado la llamada y mandarle un mensaje después diciendo que el viaje que le había organizado Mark había ido bien y que ya hablarían, porque Thomas sabía de los planes de Mark y antes de que subieran al avión de camino a Roma ella le llamó por teléfono. Pero el corazón le oprimió en el pecho y sintió la necesidad de hablar con él, de desahogarse con alguien. De contar la verdad.

—Papá...

—Hola cielo ¿Cómo estás? ¿Ya habéis llegado?

Evelyne reprimió un sollozo en vano, que se escapó sin control entre sus labios.

—Papá...

—¿Cielo? —el tono amable de Thomas se tornó inquieto—. Cielo, ¿estás bien?

Hipó, intentando retener las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Yo... —balbuceó, sin encontrar las palabras.

—¿Qué te pasa hija?

—No he podido... —tartamudeó con un nudo en la garganta—. Papá... no he podido...

—Evelyne, me estás asustando, ¿qué ocurre?

—Lo siento... —dijo antes de romperse del todo, y llorar pegada al teléfono mientras se limpiaba las lágrimas con la otra mano—. Lo siento mucho...

—Voy para allá.

Thomas llegó al apartamento de Evelyne en apenas quince minutos. Evelyne seguía en el suelo, acurrucada contra la pared, llorando las últimas lágrimas que le quedaban en su cuerpo.

Cuando su padre entró por la puerta, utilizando la llave que ella le había dado en su día, se asustó y palideció, y Evelyne se sintió la peor hija del mundo. ¿Cómo era capaz de ser tan egoísta con su padre? ¿Cómo era capaz de estar así cuando su padre estaba enfermo del corazón?

—Papá...lo siento...

Y para sorpresa de Evelyne, su padre se arrodilló junto a ella y la estrechó entre sus brazos. Y lo que notó contra su pecho fue tranquilidad y serenidad.

Su padre estaba sereno, preocupado pero sereno. No estaba alterado ni nervioso. Thomas la apretó contra su cuerpo y apartó algunos mechones de su rostro, que estaban empapados en lágrimas.

—¿Qué ha pasado, cielo? Dímelo, por favor...

Y así, entre los brazos de su padre, Evelyne supo que había llegado el momento de contar toda la verdad.

Hablar con su padre había conseguido inculcarle fuerza y valentía. Al principio pensó que Thomas se disgustaría demasiado, pero cuando Evelyne le explicó que lo que le ocurría era que habían descubierto un mioma en el útero y no un principio de cáncer, su padre respiró aliviado. En todo momento fue paciente con ella, la escuchó hasta el final, y entendió que no le dijera lo de la enfermedad antes. También respetó la decisión que Evelyne había tomado con respecto a su relación con Mark, aunque no la compartía. Thomas era partidario de que, a pesar de que entre él y Mark las cosas no estaban bien, Evelyne hablase con él y le dijera la verdad.

—Lo que no decimos se nos acumula en el cuerpo, se convierte en insomnio, en nudos en la garganta, en nostalgia, en error, en duda, en tristeza. Lo que no decimos no se muere cielo, lo que no decimos nos mata —había dicho su padre en un intento por hacerla entrar en razón.

Pero Evelyne no estaba preparada. Necesitaba tiempo. Necesitaba asumir su condición antes de confesarle la verdad a Mark. Y por eso Thomas le hizo prometer que, aunque no fuera inmediatamente, le diría la verdad a Mark, porque a pesar de todo, él se merecía conocer la verdadera razón de la ruptura.

Levantarse aquel lunes le costó horrores. Si por ella hubiera sido, se habría quedado entre las sábanas durante horas. Pero tenía que ser fuerte y asumir las consecuencias de su decisión. Después de que le confesara a su padre su estado de salud, a duras penas Evelyne consiguió que volviera a su casa de Staten Island aquella noche. Necesitaba también soledad para hacerse a la idea, y después de unas cuantas horas, su padre lo entendió y permitió que durmiera sola con la promesa de que le llamaría al día siguiente.

Como de costumbre, dejó el coche en su plaza de garaje en Advertising y esta vez, en lugar de pasar por el hall para saludar a las recepcionistas, como hacia siempre, subió directa a la planta donde tenía su despacho y se encerró en él. Algo le decía que Mark intentaría ponerse en contacto con ella, así que lo primero que hizo fue vetarle la entrada en Advertising. Bastó una simple

llamada telefónica a las recepcionistas para que no le pasaran ninguna llamada de él. Quería impedir cualquier posibilidad de que subiese hasta su despacho. Necesitaba evitar el contacto costase lo que costase. Si volvía a verle, estaba segura de que acabaría en sus brazos de nuevo. Por eso necesitaba poner distancia entre ellos para que la decisión que ella misma había tomado se hiciera más fuerte en su interior y la preparase para el encuentro.

Pasadas un par de horas, no fue capaz de concentrarse. Se levantó de su escritorio, se acercó a la ventana y la abrió, sintiendo que necesitaba aire. El aire seco de finales de Agosto se metió en su despacho como una bofetada de calor. Cerró los ojos y aguantó el picor que sintió en los ojos, que amenazaban con soltar las lágrimas que retenía desde hacía un rato. Por más que lo intentaba, Mark siempre se colaba entre sus pensamientos. No dejaba de pensar en él, en sus ojos, en su boca y en su sensual sonrisa. Apenas hacía veinticuatro horas que no lo veía y aún no lograba entender cómo iba a seguir viviendo sin él.

Cuando la puerta de su despacho se abrió, no se sorprendió al ver aparecer a Victoria. No hizo falta que mirara en su dirección para saber que era ella. Evelyne se dio la vuelta limpiándose una lágrima que se deslizaba por su mejilla y sin hacer contacto visual, volvió a su sitio.

—Evy— dijo Victoria cerrando la puerta y acercándose hacia el escritorio con los brazos en jarra—. ¿Se puede saber que...?

Pero cuando observó las grandes ojeras que su amiga tenía bajo los ojos, Victoria paró en seco.

—Evy...

—Hola —fue lo único que supo decir cuando miró a su amiga por primera vez con los ojos brillantes.

—Evy... ¿Qué ha...? —tartamudeó Victoria apoyando las palmas de la mano en el escritorio, acercándose más a su amiga.

Evelyne miró hacia arriba, intentando en vano retener las lágrimas.

—Siéntate, por favor —pidió entrelazando las manos frente a ella.

Victoria hizo caso omiso y la escudriñó con la mirada.

—Mark me ha dicho que...

—Tenemos que hablar —la cortó Evelyne, sin ser capaz de escuchar lo que Mark había dicho a su mejor amiga.

—Pero...

—Por favor —suplicó Evelyne sin dejar de mirarla.

Victoria la miró de hito en hito, sin comprender.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó nerviosa—. ¿Habéis roto?

Evelyne resopló y bajó la mirada, sin ser capaz de asentir o de afirmarlo. Le dolía reconocer que su historia con Mark había acabado. Le dolía más de lo que jamás había imaginado.

—Mark dice que no le quieres —continuó Victoria con cara de pocos amigos—. Que no sientes lo mismo que él.

Evelyne tragó saliva con dificultad, intentando no venirse abajo. Se había abierto con su padre y había llegado el momento de hablarlo con su mejor amiga. Cuando levantó la vista para encontrarse con los ojos negros de Victoria, sintió que el mundo se la venía encima.

—Le mentí —confesó, mirando hacia arriba de nuevo, intentando que las lágrimas regresaran al interior de sus ojos.

Victoria levantó una ceja, extrañada, mientras su rostro se contraía.

—No puedo estar con él, Vicky... —confesó ella notando como se la cortaba la voz—. No puedo...

—¿Por qué? —quiso saber ella.

Tragó el nudo que se le empezó a formar en la garganta, y volvió a clavar los ojos en su amiga.

—Porque al menos uno de los dos merece ser feliz.

Victoria parpadeó, extrañada.

—No te entiendo...

Retuvo el sollozo que la vino y se llevó la mano a la boca.

—No puedo hacerle feliz, Vicky... No puedo hacer feliz a Mark...

El rostro de Victoria se afligió.

—¿Qué estás diciendo, Evelyne?

Las lágrimas deslizaron sin control por sus ojos y no pudo aguantar más el llanto. Se tapó el rostro con las manos, ocultándolo a su amiga.

—Evelyne...

—Estoy enferma, Vicky —confesó en un susurro, sin ser capaz de mirarle a la cara—. Tengo un mioma en el útero... Debido al historial médico de mi familia, tarde o temprano me quitaran el útero para evitar que se convierta en cáncer...y eso supone...supone que...no puedo darle hijos a Mark...

Casi pudo oír como el corazón de su amiga dejaba de latir. En el despacho solo se escuchaba el sollozo de Evelyne, que era incapaz de retener las

lágrimas.

—Pero... Mark...no...

—No lo sabe —confirmó Evelyne mirando a Victoria por primera vez. Su amiga se había quedado pálida y respiraba entrecortadamente.

—¿Y por qué no se lo has dicho? —quiso saber ella— ¿Por qué le has dicho que no le quieres?

Evelyne sonrió entristecida, limpiándose el rastro de lágrimas que se habían quedado en sus mejillas.

—Si se lo hubiera dicho la verdad no hubiera sido capaz de romper con él...—se encogió de hombros—. Mark me hubiera convencido para que siguiéramos juntos, para encontrar una solución. Y yo lo hubiera creído. ¿Cómo no le voy a creer si le quiero más que a nada? Pero eso no funcionaría Vicky... Pasarían los años y él se acabaría frustrando por estar con una mujer que no le hace feliz, que no es capaz de darle aquello que más desea. Una familia.

Victoria ahogó un grito.

—Pero, Evy...

—Se lo diré —dijo Evelyne resignada, sorbiendo por la nariz—. Te prometo que se lo diré, pero ahora...no puedo. No puedo Vicky, necesito tiempo... Necesito asimilar mi condición, necesito alejarme de él... Necesito olvidarme de él...

—Evy...

—Solo deja que sea yo quien se lo diga, por favor —pidió Evelyne llorosa—. No le digas nada...por favor...

Victoria asintió en silencio, mientras apretaba la boca para que las lágrimas no salieran de sus ojos. Evelyne sonrió sin ganas y volvió a pasar la palma de su mano por sus mejillas húmedas

—Lo siento mucho Evy...lo siento muchísimo...

Y cuando escuchó esas palabras de su mejor amiga, Evelyne no pudo evitar derrumbarse ante ella. Victoria dejó de retener el llanto y así, en silencio, se acompañaron entre lágrimas.

Habían pasado tres semanas. Veintitrés días exactamente. Poco más de quinientas horas. Y a pesar de todo, Mark no era capaz de sacarla de su cabeza.

Evelyne se lo había dejado bastante claro en el Aeropuerto, pero aun así, los primeros días él no se rindió. La llamó por teléfono en incontables ocasiones hasta que el buzón de voz le alertó de que ella le había bloqueado. No quería que se pusiera en contacto con él, le evitaba a toda costa. Incluso en el trabajo. Le mandó correos, la llamó a su despacho, pero nada. Incluso cuando había ido a buscarla las recepcionistas la habían bloqueado el paso.

Estaba más que claro que Evelyne quería cortar cualquier relación con él. Y no lo entendía. Por más que lo pensaba no lo entendía. ¿Había dejado de quererle? ¿O es que acaso ella nunca se había enamorado de él? No. Esa última posibilidad no era viable, por supuesto que no. Él lo había sentido. Había sentido que los sentimientos que tenían entre ellos eran fuertes, eran puros. Eran lo que todo el mundo se empeña en buscar durante toda su vida en cada esquina. Se querían. Se amaban. Lo sabía por la manera en la que se miraban, en la que se buscaban, en la que se besaban y se hacían el amor. Entonces, ¿qué era lo que había pasado?

—¡Mira tío! ¡Mira lo que hago! —gritó Sam desde la piscina, sacándolo de sus propios pensamientos.

Mark levantó una mano a modo de saludo y sonrió sin enseñar los dientes. Era una calurosa tarde de finales de Agosto y, como era habitual, había ido hasta casa de sus padres para pasar la tarde en la piscina que tenían en el jardín trasero. Laurent estaba dentro de la piscina con el pequeño Sam, que no paraba quieto y chapoteaba como podía con esos manguitos que le obligaban a tener los brazos separados del cuerpo.

A pocos metros de ellos, Sharon y Victoria disfrutaban de los rayos de sol en las tumbonas, y bajo la sombrilla, estaban Mark y Matthew. Mientras que su padre estaba inmerso en la lectura de los diarios, Mark estaba quieto, sentado, con las gafas de sol, el bañador puesto y una camisa de un tono azul apagado, contemplando a su sobrino jugar con su hermano.

—¿No te apetece meterte con ellos? —preguntó su madre girando la cabeza

hacia él.

—No —respondió Mark, sonando un tanto seco.

Sharon se incorporó en la tumbona y se subió las gafas de sol.

—Con lo que te gusta jugar con tu sobrino en la piscina.

—No me apetece, madre.

Sharon bajó la mirada, preocupada.

—Hijo, tienes que animarte.

—Estoy animado —sentenció sin mirarla.

—Oh, sí hermanito —dijo Laurent, que había salido de la piscina con Sam en sus brazos—. Eres el alma de la fiesta.

Mark le miró por encima de las gafas de sol y se contuvo para no mandar a la mierda a su hermano en presencia del pequeño.

Sharon se levantó con dos toallas de la mano y se las tendió a los recién llegados, envolviendo primero a su nieto con una de ellas.

—Ni se te ocurra mojarme —dijo Victoria cuando Laurent se acercó hacia ella.

—Solo te voy a dar un besito —espetó él divertido, apoyándose en la tumbona.

—¡Sécate primero! —gritó Victoria apartándose para evitar que las gotas que escurrían del cuerpo de Laurent la mojaran.

Sharon sonrió mientras estrechaba entre sus brazos al pequeño Sam. Incluso Matthew esbozó una sonrisa al ver aquella estampa tan habitual entre Laurent y Victoria. Pero Mark estaba impasible. En cualquier otra situación hubiera sonreído y hubiera entrado al trapo, pero no tenía ganas ni fuerzas para ser feliz.

Matthew cerró el periódico y se acercó a él ligeramente, inclinando el cuerpo en su dirección.

—¿Has vuelto a hablar con ella?

La pregunta pilló desprevenido a Mark. No tanto por el contenido de la misma, sino por la forma en la que su padre se había dirigido a él. Giró la cara y le contempló a través de los cristales oscuros de sus Ray Ban, sorprendiéndose al ver su expresión afligida. ¿Realmente su padre estaba preocupado por su relación con Evelyne? A decir verdad, desde que ella y su padre habían tenido la conversación en el cumpleaños de Victoria, algo había cambiado en la actitud de Matthew.

—No —dijo finalmente, intentando centrarse en la conversación con su

padre—. Desde que volvimos de Roma no he vuelto a hablar con ella. Me evita constantemente.

Matthew apretó los labios, afectado.

—Bueno —dijo Laurent sentándose en el suelo frente a ellos, con su hijo en brazos—. A veces las discusiones son así. Estáis pasando vuestra primera crisis.

—Ya —sentenció Mark cruzándose de brazos, sin creérselo.

—Dale tiempo para que se le pase el cabreo —continuó Laurent mientras ayudaba a su hijo con los bloques de plástico a formar una torre.

¿El cabreo? Mark apretó los labios. No era un simple cabreo. Evelyne le había dicho claramente que se había equivocado, que no tenía los mismos sentimientos que él. Que no le quería. Era una ruptura en toda regla, no una crisis. Maldijo para sus adentros sintiendo como la sangre se le calentaba.

—Un cabreo no dura tres semanas —argumentó Mark, con cara de pocos amigos.

Laurent sonrió de lado y le guiñó un ojo a su hermano.

—Bueno, ya sabes cómo son las mujeres, hermanito. Cuando se cabrean pueden estar enfadadas contigo durante semanas —se giró hacia Victoria, que seguía tumbada en la tumbona mientras escuchaba la conversación—. ¿Eh, Vicky? ¡Anda que no te duran a ti los enfados!

Victoria arrugó la boca y apartó la mirada, sin entrar en el juego de Laurent. Mark parpadeó ante la pasividad de la mujer, sorprendido. Normalmente, Victoria entraba al trapo de cualquier comentario jocoso que hiciese Laurent, pero aquella vez no.

Se había tensado, y no era normal en ella. Frunció el ceño y recordó el papel que había tenido Victoria en toda esta ruptura.

Al principio, cuando habló con ella después del viaje a Roma, se sorprendió por lo que había pasado y le dijo que hablaría con Evelyne. Después, tardó varios días en volver a ponerse en contacto con él, pero Mark no se dio cuenta porque se había cegado en hablar con Evelyne. Cuando Mark preguntó a Victoria si había hablado con ella, esta le dijo que sí, y que entendía su decisión. Que debía respetar los sentimientos de Evelyne. Y el asunto se quedó ahí. ¿Así de fácil?

—Victoria... —comenzó Mark sin saber muy bien como preguntar sin parecer muy brusco.

—¿Has hablado con Evelyne? —concluyó Matthew por él.

Victoria se tensó en la tumbona. Mark pudo verlo claramente cuando contrajo los músculos de su cuerpo.

—Claro, trabajamos juntas. Hablamos todos los días —respondió ella como si nada.

—Me refería a lo sucedido con Mark —indicó Matthew calmado.

Victoria se levantó y se sentó en la tumbona, enrollándose la toalla en el cuerpo, sin quitarse las gafas de sol.

—No solemos hablar de ese tema —dijo sin mirarles, entreteniéndose en colocarse la toalla adecuadamente.

—¿Por qué? —preguntó Matthew.

Porque le duele, que diga porque le duele, por amor de Dios, pensó Mark, sintiéndose como un mero espectador ante la conversación que estaban manteniendo su padre y Victoria. Si a Evelyne le dolía hablar de él significaba que aún tenía sentimientos por él, que no todo estaba perdido.

—Bueno... —Victoria carraspeó—. Evy es muy reservada con sus cosas, ya sabéis.

—¿Pero a ti te lo cuenta todo, no? —intervino Mark por primera vez.

Victoria le miró a través de los cristales, con una expresión demasiado recta en ella.

—Ha pasado página —sentenció Victoria mientras le temblaba el labio inferior.

Y ese comentario hizo dudar a Mark por primera vez. La tensión de Victoria, el tembleque en su boca, su actitud en general. Pasaba algo. Estaba claro que había algo que se le estaba escapando.

—Que pena... —dijo Sharon suspirando—. La verdad es que se os veía muy enamorados, hijo —miró a Mark entristecida.

—Ya, pues se ve que ella no estaba enamorada de mí —escupió Mark sintiendo como se le encogía el corazón. Sharon apoyó la mano en su rodilla y cuando giró la cara para sonreír a su madre, a Mark no le pasó desapercibido como Victoria tragó saliva costosamente.

—¿Qué ha podido pasar? —preguntó Matthew, interrumpiendo los pensamientos de su hijo—. ¿Hiciste algo que la disgustara, Mark?

—No —respondió convencido—. Esta vez no, padre.

Y lo decía de verdad. Estaba seguro que aquella vez no había hecho nada que la hubiera disgustado o decepcionado. Había sido totalmente sincero con ella, había puesto las cartas sobre la mesa y se había abierto en canal ante

aquella mujer que lo había vuelto loco.

Su padre chasqueó la lengua y apartó la mirada, fijándose en un punto lejano en el infinito. ¿Qué estaría pensando?

—Quizás se cansó de esperar a que te divorciaras de Susan —soltó de pronto Laurent—. O la incertidumbre de saber si el bebé es tuyo o no.

La presión se instaló en su cabeza, apretándole las sienes. No podía ser eso. ¿O sí? Maldita sea, lo habían hablado y Evelyne aceptó apoyarlo si el hijo de Susan era suyo.

—¿Es eso, Victoria? —preguntó Matthew, clavando los ojos en la novia de su hijo mayor—. ¿Susan tiene algo que ver en esto?

—No —respondió ella en un susurro—. Susan no tiene nada que ver.

—Pues entonces está con otro —soltó Laurent llevándose una mirada asesina de Mark. El simple hecho de pensar que Evelyne pudiera estar con otro hombre le mataba por dentro. No era capaz siquiera de aceptarlo. Que Evelyne se hubiera enamorado de otro era una de las mil posibilidades que Mark había barajado en su cabeza, porque una parte de él no asumía que de la noche a la mañana Evelyne hubiera dejado de amarle. Y sintió celos porque sabía que si alguien la conocía perdería la cabeza por ella como le pasó a él. Y cuando oyó a Laurent decir en alto aquella posibilidad sintió como la rabia le recorría entero y apretó los puños para controlarlo.

—¿Ha conocido a alguien? —preguntó Sharon apenada y temerosa de que la respuesta fuera positiva.

—No, por supuesto que no —dijo Victoria elevando el tono de voz.

Joder. Entonces no lo entendía. Mark no entendía nada. No le cabía en la cabeza. Si no estaba con otro, si no era por Susan, ¿entonces? ¿Acaso era verdad que jamás había estado enamorado de él? ¿Qué todo había sido una mentira? No. Se negaba a aceptar aquello. Se negaba a aceptar que no había tenido sentimientos por él. ¡Eso se nota, joder! Y él lo había notado. Si realmente Evelyne no tenía sentimientos por él, ¿por qué le evitaba a toda costa? ¿por qué no era capaz de hablar con él? Si Evelyne tenía tan claro que no le quería, que no sentía nada por él, ¿por qué no era capaz de mirarle a la cara? ¿De decirle todas las veces que hiciera falta que se había acabado?

Apoyó los codos en las rodillas y hundió la cabeza entre las manos, desesperado. Algo se le estaba escapando, ¿pero el qué? Levantó la cabeza y respiró hondo.

—¿Hay algo más, verdad? —se le escapó a Mark, mirando a Victoria—.

Hay algo que no me ha dicho. Algo que he hecho mal o que ha pasado que no me ha dicho.

El rostro de Victoria palideció de repente. A pesar de tener la piel bronceada por el sol, su cara se tornó blanquecina y Mark pudo ver la duda en sus ojos a través de las gafas de sol. Había lanzado la pregunta sin pensarla, expresando en alto sus propios pensamientos, y la reacción de Victoria le inquietó. Después de unos segundos en silencio, ella se quitó las gafas y las metió en su pequeño neceser, junto con una crema solar. Se levantó dispuesta a entrar en la casa, pero antes de que lo hiciera, Mark se levantó cerrándole el paso.

—No me has contestado, Victoria —dijo Mark poniéndose nervioso.

Victoria se detuvo en seco y, a pesar del sofocante calor, temblaba.

—¿A qué? —preguntó ella, mirándole por primera vez, con los ojos fruncidos.

—Hay algo. Algo que tú sabes, y que yo no —soltó sintiendo que se jugaba el todo o nada.

Victoria le aguantó la mirada unos segundos y después apartó la vista.

—No sé a qué te refieres.

—Sí que lo sabes —dijo Mark acercándose más a ella.

—Mark, tranquilo —espetó Laurent, levantándose y aproximándose a ellos.

Victoria cerró los ojos, y Mark supo que había dado en el clavo.

—Mírame a los ojos y dime que no hay nada más —espetó él subiéndose las gafas a la cabeza y clavando su mirada en ella—. Si es verdad que no siente nada por mí, entonces me alejaré de ella. Y aunque sea lo más difícil que haga en mi vida, juro que me olvidaré de Evelyne.

—Mark, hijo —dijo Sharon acercándose. Matthew se había levantado también pero se mantenía a una distancia prudencial.

Mark no hizo caso a su madre. Y tampoco a Laurent, que le miraba con los ojos entrecerrados, sin entender. En ese momento, solo estaba él y Victoria. Y la pregunta. La maldita pregunta.

Se acercó otro poco más a ella, pero Victoria no levantó la cabeza. No abrió los ojos para mirarle. Y fue su silencio el que le dio todas las respuestas. Había algo más.

—Victoria, por favor... —suplicó él.

Ella abrió la boca para hablar, pero lo único que salió fue un sollozo. Mierda. ¿Estaba llorando? Asustado, Mark dio un paso hacia atrás.

—¿Qué coño haces, Mark? —inquirió Laurent viendo la reacción de su chica.

Victoria se llevó la mano a la cara, intentando ocultar el lloro, en vano.

—Joder...Victoria, yo... —comenzó Mark pasándose una mano por el cabello.

—Lo siento...—susurró Victoria sin mirarle, antes de girarse y salir disparada hacia la casa.

—Quedaos con Sam —pidió Laurent chasqueando la lengua y saliendo detrás de ella.

Sharon se acercó a su nieto y le cogió en brazos. El pequeño había permanecido en un segundo plano durante todo el tiempo, entretenido, gracias a Dios, con sus juegos.

—Mark, cariño... —comenzó Sharon acercándose a él—. No puedes ponerte así, no puedes presionar de esa manera a Victoria...

—Ella sabe algo, madre —se justificó Mark plantándole cara.

—O no —soltó Sharon—. Igual solo está sensible por este tema, y por eso ha reaccionado así.

—Ha reaccionado así porque sabe algo —insistió Mark—. Sabe algo que yo no sé. Conozco a Victoria. Algo hay.

Sharon agachó la cabeza y abrazó a su nieto, acariciándole suavemente la espalda. Mark resopló. Le daba igual todo. Le daba igual que no le creyeran, le daba igual que pensarán que se estaba volviendo loco. La reacción de Victoria había sido esclarecedora para él. La mejor amiga de Evelyne sabía algo que él no. Y estaba dispuesto a averiguarlo. Se colocó las gafas de sol de nuevo, y se giró para dirigirse al interior de la casa, coger sus cosas y volver a su apartamento.

—Mark, cariño... —llamó su madre antes de que entrara. Mark se giró, con una expresión impasible—. Quizá tienes que pasar página tú también, hijo...

Mark cogió aire, hinchando su pecho.

—Si hay una mínima posibilidad de que esa mujer esté enamorada de mí, ten por seguro que lucharé con todas mis fuerzas para recuperarla.

Sharon esbozó una sonrisa triste. Sabía que a su madre no le gustaba nada verle así, tan apagado, tan afligido. Pero lo tenía claro. Quería a Evelyne, la amaba, joder. Y estaba dispuesto a averiguar que era aquello que se habían callado tanto ella como Victoria. Porque vivir sin ella le estaba matando.

Soltó el aire que había cogido antes y, después de mirar a sus padres,

desapareció en el interior de la casa. Sharon le miraba entristecida y Matthew, para su sorpresa, asintió con la cabeza. ¿Estaba dándole su aprobación con respecto a luchar por Evelyne?

Tecléo las últimas palabras de un correo y lo mandó por fin. Respiró aliviada y se apoyó en el respaldo de su silla. A pesar de estar a finales de Agosto y de que la mitad de sus clientes estaba de vacaciones, tenía trabajo. Aquella semana, como Victoria se había cogido unos días de descanso, tenía que encargarse de nuevo de la mayor parte de las campañas publicitarias. Menos mal que habían conseguido encontrar a Karen, su nueva secretaria desde hacía un par de semanas, y la estaba ayudando bastante con Advertising.

Evelyne se permitió parar unos minutos y miró su móvil. Tenía algunos mensajes de su padre preguntando cómo estaba y si no se cogía vacaciones, y otro par de Victoria en los que le enviaban algunas fotos de sus vacaciones en Miami con Laurent.

Respondió a su padre explicándole que estaba bien y le mandó unos emoticonos alegres a Victoria. Sonrió. Se alegraba por que la historia de su amiga con Laurent iba bien. Después de su cumpleaños, Victoria se había ido unos días, pero cuando su amiga le volvió a pedir una semana libre para disfrutar del verano, Evelyne no se pudo negar. Desde que había roto con Mark, Victoria no se había separado de ella en ningún momento. Y respetó su decisión cuando le contó la verdad sobre su estado de salud.

Miró el calendario y aguantó la respiración al ver que hacía exactamente un mes que Mark y ella no estaban juntos. Y se entristeció. Bueno, en realidad se entristeció un poco más de lo que habitualmente se encontraba, porque a pesar de haber pasado un mes, Evelyne se encontraba en un estado vital de supervivencia. No era capaz de dejar de pensar en él, de olvidarle. Y en más de una ocasión había estado a punto de llamarle, de ir a su encuentro para poder aplacar esa ansiedad que sentía desde que no estaba con él. Pero tenía que ser fuerte, tenía que aprender a vivir sin él aunque le costase la vida.

El teléfono de su despacho sonó sacándola de sus pensamientos. Carraspeó y presionó el botón de manos libres.

—¿Señorita Taylor? —preguntó la voz de una de las recepcionistas.

—Sí, dime.

—El señor Evans sube a su despacho.

¿Cómo que el señor Evans sube a su despacho? Se levantó dando un brinco de su asiento, y cuando quiso contestar, no le salió la voz. La llamada se cortó sin esperar respuesta y Evelyne se quedó mirando fijamente el aparato telefónico. ¿Mark estaba aquí? No podía ser. No podía estar aquí. ¿Acaso no les había pedido expresamente a las recepcionistas que Mark no subiera a su despacho bajo ningún concepto? Mierda. ¿Y ahora que hacía? ¿Estaba preparada para verlo? ¿Para reencontrarse con él?

Intentó moverse pero las piernas le fallaron. Estaba temblando. Evelyne, temple, por el amor de dios, se pidió a sí misma. Estaba barajando la posibilidad de salir pitando del despacho y esconderse en el de Victoria cuando la puerta se abrió de repente y se quedó sin respiración.

Enfundado en un traje de lino negro, combinándolo con una camisa blanca, Matthew Evans, y no Mark, apareció en el despacho de Evelyne. Llevaba una mano en el bolsillo de su pantalón y en la otra una carpeta marrón. Su pelo blanco y la barba de tres días que se había dejado, resaltaban aún más esos ojos verdes que compartían con el único hombre que había hecho perder la razón a Evelyne.

—Buenos días, Evelyne —saludó acercándose al escritorio y deteniéndose detrás de la silla que había para los invitados.

Evelyne irguió la espalda y se mantuvo detrás de la mesa. ¿Qué estaba haciendo allí el padre de Mark? Se cruzó de brazos para evitar que le viera el temblor que tenía en las manos y se alegró de haber elegido un vestido negro que le llegaba hasta las rodillas, ocultando así el nerviosismo que se instaló en sus piernas.

—No le esperaba, señor Evans —dijo ella, intentando que no le temblara la voz.

—Llámame Matthew, por favor.

Pero no lo hizo. Se miraron durante unos segundos que a Evelyne se le hicieron eternos. La expresión de Matthew era distinta a la de otras veces en las que habían coincidido, cuando se mostraba en tensión todo el tiempo, con el gesto forzado. Aquella vez, Matthew parecía incluso relajado, expectante. Evelyne arrugó el ceño sin entender qué es lo que estaba pasando.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Evans? —preguntó ella ante el incómodo silencio.

Matthew dio otro paso, acortando las distancias.

—He venido a disculparme.

Evelyne parpadeó sorprendida. ¿Había oído bien?

—Nunca me he comportado bien contigo, Evelyne —continuó Matthew—. Y te pido disculpas. Perdóname.

Le mantuvo la mirada, intentando aguantar su actitud impasible a pesar de que su corazón latía frenéticamente.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque me he equivocado —reconoció él sin apartar los ojos de ella. Viendo que Evelyne mantenía el silencio, continuó—. Te juzgué como la mujer que no eras, sin conocerte. Y lo siento.

El corazón le iba a mil. ¿Matthew estaba disculpándose con ella? Él dio un paso más hacia su dirección, acortando distancias. Evelyne le mantuvo la mirada. Sus ojos verdes estaban de un tono azulado, precioso. Y a pesar de todo lo que había pasado entre ellos, sintió que por primera vez, Matthew estaba siendo sincero con ella. Le estaba pidiendo perdón por las veces en las que habían coincidido, por sus maneras con ella y sus formas de faltarle al respeto.

Tomo aire para intentar relajarse y apaciguar el dolor que desde hacía semanas sentía en la parte baja de su vientre. Eran los nervios y el disgusto, se había dicho a sí misma. Podía haberlo mandado a la mierda, haberle dicho cuatro cosas bien dichas. Pero ella no era así. No la habían educado así. Soltó el aire que estaba reteniendo e hizo lo que tuvo que hacer.

—Acepto sus disculpas.

Los labios de Matthew se curvaron ligeramente, esbozando una pequeña sonrisa de lado. Soltó el aire por la nariz, aliviado, sin despegar sus ojos de los de ella. Evelyne parpadeó, sin entender por qué seguía ahí parado. Ya le había perdonado, ¿qué más quería? Cuando fue a hablar para preguntárselo, Matthew se adelantó.

—Le dijiste a Mark que no le querías —espetó lentamente—. ¿Por qué?

Aquello sí que no se lo esperaba. Había algo en su voz que denotaba nerviosismo, inquietud, aunque Matthew fuera un experto en mantener las apariencias. Evelyne sintió que el padre de Mark estaba preocupado, inquieto. ¿Estaría realmente perturbado por lo que había pasado entre su hijo y ella?

—Porque es la verdad —dijo ella sacando valor de su interior.

Matthew dio otro paso en su dirección. Ahora los dos estaban pegados a los extremos del escritorio, mirándose fijamente.

—A él podrás engañarle, pero a mí no —soltó tranquilo—. Solo he

necesitado verte una vez para saber que sigues enamorada de mi hijo.

Evelyne apretó los puños, escondidos entre sus brazos cruzados. Maldita sea. Podía haberse esperado cualquier cosa menos esa afirmación tan verídica. ¿Tanto se le notaba?

—Por eso evitas a Mark —continuó Matthew—. Por eso no quieres encontrarte con él. Porque en el momento en el que te mire a los ojos sabrá que le sigues amando.

La congoja subió hasta su garganta, instalándose como una bola de lágrimas. Todas y cada una de las palabras que había dicho Matthew eran ciertas. Evitaba a Mark para que no supiera que lo único que hacía era amarle, a pesar de la distancia, a pesar del tiempo separados.

—Si os amáis como lo hacéis —dijo Matthew endureciendo la expresión—. ¿Qué os impide estar juntos?

Evelyne cerró los ojos, intentando retener las lágrimas. Cuando volvió a abrirlos, la expresión de Matthew se había relajado.

—A veces el amor no puede ser —soltó ella, intentando sonar lo más convencida posible.

Matthew entornó los ojos, y la miró de hito en hito. Sin dejar de observarla, depositó la carpeta marrón que portaba en el escritorio. Cuando Evelyne desvió la mirada hacia ella, Matthew sacó un papel y lo deslizó por la mesa con una mano hasta dejarlo frente a ella.

Sin comprender, Evelyne le interrogó con la mirada.

—Léelo —dijo Matthew anticipándose a su pregunta.

Con las manos temblorosas cogió el papel. Parecía un informe médico, pero no entendía de qué. Lo único que logró ver fue una nota en mayúsculas que decía “NEGATIVO”.

—El bebé de Susan no es de Mark —soltó Matthew—. El hijo que espera ella es de Neil.

Evelyne levantó la vista y notó como la respiración se le tornaba agitada. El hijo de Susan no era de Mark. No era de Mark, repetía una y otra vez en su cabeza. Sintió una mezcla entre alivio y decepción. Alivio por haber descubierto la verdad, porque su teoría sobre la paternidad de ese hijo era cierta. Y decepción por lo que eso suponía también. Los ojos se le empañaron al pensar que Mark no sería padre en un futuro no muy lejano. Lo único por lo que podía alegrarse Evelyne si el hijo de Susan hubiera sido de Mark era porque él sería padre. Maldita sea.

—Ella misma me lo ha confesado —dijo Matthew cruzándose de brazos—. Vengo de recoger las pruebas que se ha hecho para enseñárselas a Mark.

—¿Todavía no lo sabe? —preguntó nerviosa.

—No —confesó Matthew—. Quería enseñártelo a ti primero.

¿A ella primero? ¿Por qué?

—Y esto también —continuó Matthew mientras sacaba otro papel del interior de la carpeta.

Evelyne dejó el primero y cogió el que Matthew le daba. Aquello era más fácil de intuir. Era un impreso de divorcio.

—Susan ha firmado los papeles del divorcio —se volvió a adelantar Matthew.

Llevada por un impulso, fue hasta la última página y respiró aliviada cuando vio la firma de Susan. Elegante, refinada y fina. Como ella. No había duda de que la firma era de Susan. Solo faltaba la de Mark, en el espacio en blanco que aparecía a continuación de la de Susan.

Sintió que le faltaba el aire y dejó los papeles encima de la mesa, justo en el mismo sitio en el que reposaba la prueba de paternidad. Se alejó como pudo hacia la ventana, dándole la espalda a Matthew. No podía ser. Mark era libre. Por fin. Después de tanto tiempo, después de tantos quebraderos de cabeza. Mark se divorciaría de Susan y ya no tendría nada que ver con ella. Estaba feliz por él aunque por dentro se muriera de pena.

—Ya no hay nada que os impida estar juntos —dijo Matthew acercándose a ella y deteniéndose tras Evelyne a una distancia prudencial.

Evelyne sintió el escozor de las lágrimas y se alegró de estar de espaldas a Matthew, para que no la viera derrumbarse. Esa espantosa sensación hizo que quisiera recuperar el control con todas sus fuerzas. Pero se sentía débil. Ya no tenía fuerzas para soportar todo aquello. ¿Matthew estaba intentando que lo suyo con Mark funcionase? ¿Les estaba dando su aprobación a pesar de que tenía debilidad por Susan?

—Matthew... —comenzó ella con un hilo de voz, sin saber muy bien qué decir.

—Sé que hay algo, Evelyne —le cortó él, dando un paso más hacia ella—. Sé que hay algo que te impide estar con mi hijo.

Evelyne ahogó un sollozo y se cubrió la boca, sin ser capaz de enfrentarse a los ojos de Matthew.

—Y sé que Victoria sabe lo que te ocurre, pero te está cubriendo.

—Matthew...

—Tú misma me lo dijiste —dijo Matthew acercándose más a ella—. Tú misma me dijiste que mirase más allá, que viese qué era lo que hacía feliz a mi hijo. Y a Mark le haces feliz tú. Te necesita. Y tú le necesitas a él. Os estáis muriendo en vida el uno sin el otro ¿No lo veis?

Evelyne cerró los ojos, pero las lágrimas fluyeron sin control. Se sentía mal por hundirse así, delante del padre de Mark. Pero no podía aguantar más. No podía seguir así. Y escuchar la realidad en boca de Matthew hizo que perdiera las pocas fuerzas que le quedaban.

—Lo siento... —murmuró ella entre lágrimas.

—¿Qué hay tan horrible que impide a dos personas como vosotros estar juntos cuando lo único que hacéis es amaros?

Hipó intentando controlar las lágrimas, pero no hubo manera. Evelyne no era capaz de dejar de llorar. ¿Y si lo decía? ¿Y si lo confesaba y acababa con todo eso?

—Se lo diré... se lo diré cuando sea capaz de asumirlo yo misma... —confesó mientras se limpiaba la mejilla mojada con la mano.

Matthew resopló a su lado, relajando los hombros. Pareció tranquilizarse ante la afirmación de Evelyne de que sí, había algo que les impedía estar juntos, aunque no fuera capaz de confesarlo a viva voz.

Sin saber en qué momento ocurrió, Evelyne sintió como Matthew le rodeaba por los hombros con un brazo y con el otro acunó su cara, llevándola hasta su cara para depositar un suave beso en su sien.

—Lo siento Evelyne... no quería...

—Necesito estar sola...por favor...

Matthew la retuvo un poco más entre sus brazos, depositó otro beso en su cabeza y se alejó de ella. Recogió la carpeta que descansaba en el escritorio y abrió la puerta del despacho.

—Evelyne... No dejéis que algo tan intenso como vuestro amor se muera. No es justo.

Y cuando Matthew cerró la puerta dejándola sola en el despacho, Evelyne se derrumbó por completo, sintiendo que todas y cada una de las palabras que había intercambiado con el padre de Mark, además de sinceras, eran tan reales y verdaderas como un puño.

Hacía calor pero sentía el frío recorriéndole de arriba abajo. Aquel día hacía un mes que Evelyne y él habían vuelto de sus pequeñas vacaciones en Roma. Un mes desde que ella había decidido terminar con su relación y romper con él. Y por mucho que pasaran los días, pensaba en ella tan intensamente como el primer día.

Apoyó la espalda en el respaldo del butacón de su despacho y se apretó el puente de la nariz. No podía sacársela de su cabeza, y mucho menos después de su encononazo con Victoria, hacía apenas una semana. Estaba seguro de que ella sabía algo. De que había algo más que les impedía estar juntos. ¿Pero el qué?

Cuando intentó ponerse en contacto de nuevo con Victoria, un par de días después de su encuentro, descubrió que ella y su hermano se habían tomado unos días de descanso. Era normal, pensó, estaban a finales de Agosto y la gente se iba de vacaciones. Aunque una parte de él pensaba que lo que quería Victoria era tomar distancia para no contarle aquello que no podía desvelar.

Cuando la puerta de su despacho se abrió sin previo aviso, se irguió instintivamente en su asiento, poniéndose en guardia.

Matthew entró como un elefante en una cacharrería. Cerró la puerta rápidamente y de dos zancadas llegó hasta el otro lado de la mesa donde estaba sentado Mark.

—Padre, qué sorpresa —dijo Mark levantando una ceja. Desde que Matthew había cesado su trabajo en la empresa, no había vuelto por las oficinas de M&S. Le resultaba raro que hubiera aparecido por allí, y sobre todo en la manera tan arrolladora en la que lo había hecho.

—He venido a traerte esto —dijo Matthew depositando una carpeta marrón encima del escritorio.

—Yo también me alegro de verte —masculló Mark un poco molesto por la actitud de su padre.

—Déjate de pamplinas —sentenció Matthew cruzándose de brazos—. Es urgente.

Mark le miró con la ceja levantada mientras acercaba la carpeta marrón hasta él. La abrió y comenzó a ver qué había en su interior.

—¿De qué se trata? —preguntó un tanto inquieto.

—Descúbrelo tú mismo.

El primer papel que había parecía ser un informe médico. Y no le hizo falta terminar de leerlo para saber de qué se trataba.

—Es una prueba de paternidad —se adelantó su padre, nervioso—. El hijo de Susan no es tuyo.

Mark le interrogó con la mirada.

—Pero... ¿Cómo?

—Me reuní con Susan ayer —explicó Matthew—. Y lo confesó todo. El bebé es de Neil. Aun así, le pedí amablemente que se hiciera la maldita prueba de paternidad. Y ahí la tienes.

Mark volvió a mirar el papel. No había duda. La prueba de paternidad del bebé era positiva para el ADN de Susan pero negativa para el suyo. El hijo que esperaba no era de él.

Sintió como si se acabara de quitar un gran peso de encima. Desde el principio sintió que ese niño no era suyo, pero no podía tirarlo todo por la borda simplemente por un presentimiento. Cerró los ojos y se volvió a apoyar contra el respaldo de la silla. Por fin el tormento del bebé había acabado, y lo mejor de todo, había acabado para bien. Dios, tenía ganas de decírselo a Evelyne, de compartirlo con ella, pero...

—Aún hay más —le dijo su padre señalando el resto de papeles de la carpeta marrón.

Mark se volvió a aproximar a la mesa y examinó el resto. Parpadeó cuando descubrió el siguiente. No podía ser. ¿Susan había...?

—En cuanto firmes en la última página, estarás divorciado de Susan —se volvió a anticipar su padre.

Mark pasó las hojas hasta la última y soltó el aire cuando vio la firma de su ahora, exmujer. Era libre. Susan había firmado los malditos papeles después de casi un año. No podía creérselo.

—¿Y qué pasa con la empresa, padre? La cláusula...

—La cláusula sigue vigente —dijo Matthew sonriendo levemente—. La empresa es cien por cien tuya Mark. La alianza entre los Evans y los Millers está rota.

Tragó saliva.

—Padre, yo...no quería...

—La empresa siempre fue mía, hijo. Sean fue solo un socio avalista que me

ayudó durante los primeros años. La única posibilidad de que la empresa pasara a los Miller era si Susan conseguía el puesto de Presidencia, pero ahora que eres tú y que vuestro matrimonio está roto, la alianza también. M&S es tuya Mark.

Él cerró los ojos, asimilando la información.

—¿Y qué pasará con Susan? —preguntó.

—Seguirá trabajando en M&S si así lo deseas —admitió Matthew—. Pero no podrá optar a la gerencia de la empresa, a no ser que tú se la cedas, claro.

No. Eso no. Ahora que había asumido la responsabilidad de llevar la empresa de su padre no se la cedería tan fácilmente a Susan, y mucho menos después de divorciarse de ella.

Dejó los papeles en la carpeta y miró a su padre, que le contemplaba desde su posición.

—¿Por qué has hecho esto, padre?

—Porque quiero que seas feliz —respondió Matthew sin dilación.

La confesión le pilló desprevenido y se conmovió. Jamás había oído a su padre hablarle así. Sonrió entristecido, ladeando los labios.

—¿Crees que no soy feliz por esto? —dijo señalando la carpeta.

Matthew gruñó y tomó asiento en la silla que había en el despacho, quedando de frente a su hijo, con la única separación del escritorio.

—Por supuesto que no —sentenció Matthew cruzándose de brazos—. No eres feliz porque no estás con ella. Con Evelyne.

Mark apartó la vista de esos ojos que eran igual que los suyos. A pesar de todas las diferencias que había entre ellos, su padre le conocía a la perfección.

—Padre, ella no quiere estar conmigo. No siente lo mismo que yo.

—Te equivocas.

Cuando levantó la vista para encontrarse con los ojos de su padre no le sorprendió la dureza de su mirada. La convicción en sus palabras se veía a la perfección en la intensidad con la que le miraba.

—Padre...

—Evelyne te quiere, Mark. Está enamorada de ti.

No pudo evitar soltar una risa carente de humor. Empezaba a ponerse nervioso por el rumbo que estaba tomando la conversación. ¿Por qué estaba tan seguro su padre?

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Porque la he visto —confesó Matthew sin pestañear—. Y solo me ha

hecho falta mirarla a los ojos una vez para saber que está enamorada de ti.

Parpadeó sin creer lo que acababa de oír.

—¿Cómo que la has visto? ¿Cuándo?

—Ahora. Vengo de estar con ella.

Mark se levantó nervioso y apoyó las palmas de sus manos en la mesa del escritorio.

—¿Has estado con ella?

—Sí —dijo Matthew con una calma inaudita—. He ido a verla a su despacho para enseñarle eso —y cuando Matthew señaló con la mirada la carpeta marrón, Mark hizo lo propio.

—¿Sabe que el bebé de Susan es de Neil?

—Ajá.

—¿Y qué dijo?

—Nada.

Mark se pasó una mano por su cabello, desesperado.

—¿¿Cómo que nada?!

—Cálmate y escúchame —pidió su padre clavándole la mirada—. He ido a verla para enseñarle los mismos papeles que acabas de ver. Quería comprobar por mí mismo que la razón por la cual no estáis juntos no tiene que ver con Susan, con el bebé o con el divorcio.

—Victoria dijo que...

—Sé lo que dijo Victoria, hijo —cortó Matthew—. Pero quería comprobarlo por mí mismo. Hay algo, sí. Y no es nada de esto.

—¿Entonces qué es? —preguntó inquieto Mark.

—No lo sé, tendrás que averiguarlo por tu cuenta.

Mark chasqueó la lengua y hundió la cabeza en los hombros.

—Ni siquiera me habla, padre. ¿Cómo voy a descubrir lo que sea que la pasa?

La mirada que lanzó Matthew a su hijo habló por si sola.

—Si de verdad quieres estar con ella, encuentra la manera.

Mark tomó aire y lo soltó en varias ocasiones. Su padre tenía razón. Tenía que haber una manera, ¿pero cuál?

—Victoria lo sabe, pero no me lo dirá —dijo en voz alta.

Matthew carraspeó, captando la atención de su hijo, que le miró.

—Quizá Victoria no sea la única que sabe lo que le pasa a Evelyne.

Y el brillo en los ojos de su padre le dio la clave. Tenía razón. Conocía a

Evelyne. Si lo sabía Victoria estaba seguro de que había otra persona que lo sabría también.

Matthew se levantó y se dirigió a la puerta.

—Padre —dijo Mark antes de que la abriera—. ¿Por qué has cambiado de parecer con ella?

Matthew giró todo el cuerpo y se quedó frente a su hijo.

—Todos nos equivocamos. Y yo lo hice con ella —tragó saliva y sonrió—. Pero me ha perdonado. Evelyne es una gran mujer. Es una de esas mujeres por las que vale la pena luchar. Si tú te das por vencido, no eres digno de ella. Así que no tires la toalla.

Matthew abrió la puerta y salió al pasillo.

—Gracias padre —dijo Mark antes de que desapareciera. Matthew se giró y le guiñó un ojo, en un particular gesto que sin duda, Laurent había heredado de él.

Cuando se quedó solo en el despacho, de pie frente a su escritorio, supo lo que tenía que hacer. Su padre tenía razón. Si Evelyne estaba enamorada de él, tenía que encontrar la manera de estar juntos. Si Victoria y ella no querían decirle lo que realmente ocurría, sabía que había otra persona que lo sabría. Thomas.

Apagó el motor de su Audi cuando lo estacionó al lado del Chevrolet rojo de Thomas. Mark se quedó inmóvil durante un par de minutos en el asiento del conductor, con las manos agarradas al volante y la cabeza apoyada en el reposacabezas. Necesitaba serenarse antes de encontrarse con el padre de Evelyne. La revelación de Matthew aquella misma mañana le había hecho tomar la decisión de verse con Thomas lo antes posible. Así, sin pensárselo. En caliente, como solía decirse. No acostumbraba a actuar de esa manera, no le gustaba actuar sin meditarlo. Normalmente prefería dejar pasar unos días para serenarse y enfriarse, y actuar así en consecuencia. Pero aquella vez no. Sabía perfectamente que estaba actuando a la desesperada, pero no quedaba otra opción si quería recuperar a Evelyne.

Salió del coche arremangándose la camisa blanca hasta los codos. El calor y los nervios estaban haciéndole sudar y no quería que Thomas le viera así.

Recorrió los escasos metros que le separaban de la puerta principal y cuando llegó, llamó al timbre sin pensárselo mucho. ¿Y si Evelyne estaba con él? No se había planteado esa posibilidad. ¿La vería? Dios, no podía creerse las ganas que tenía de verla, de volver a perderse en sus ojos, en sus labios...

La puerta se abrió más pronto de lo que Mark hubiera imaginado, devolviéndolo a la realidad. Thomas apareció tras ella con una camisa de lino blanca de manga corta y unas bermudas vaqueras. Tenía buen aspecto, incluso Mark juraría que estaba hasta un poco bronceado.

—Buenas tardes, señor Taylor.

—Mark —fue lo único que dijo Thomas cuando le vio. No había rastro de la forma en la que Thomas le había mirado la primera vez que se conocieron. En aquella ocasión, cuando acompañó a Evelyne fingiendo que eran novios para no preocuparle, los ojos de Thomas expresaban ilusión. Brillaban. Chispeaban. Pero ahora no. Ahora estaban fríos, incluso distantes. Tragó saliva intentando mantener su autocontrol.

—¿Puedo pasar? —preguntó Mark aguantándole la mirada.

Thomas se hizo a un lado y con la mano que no sujetaba la puerta le indicó que entrase. Mark hizo lo propio y cuando el padre de Evelyne cerró la puerta, le siguió hasta la cocina. Había tensión entre ellos, no cabía duda.

Thomas era un hombre bastante cercano y en ese momento estaba claro que estaba intentando mantener las distancias con Mark. Después de lo que había pasado entre su hija y él, era normal que tomase esa actitud, pensó Mark.

—¿Quieres algo? —preguntó Thomas sin mirarle mientras sacaba un par de vasos de la alacena—. Fiona ha preparado té helado.

—Gracias.

Mark aguardó al lado de la puerta de la cocina mientras Thomas preparaba las bebidas. El silencio que reinaba en toda la casa le estaba crispando los nervios.

—¿Está Fiona? —se atrevió a preguntar.

—No, ha salido a comprar —dijo Thomas sin girarse—. Siéntate, por favor.

Mark tomó asiento en la silla que quedaba más próxima a él, justo en el momento en el que Thomas depositaba un vaso lleno de té al alcance de su mano. Con toda la calma del mundo, el padre de Evelyne llenó otro vaso, que dejó encima de la mesa y se sentó en la silla opuesta. Thomas bebió un sorbo de su té, sin apartar la mirada de Mark, que le contemplaba sin aplacarse.

—Evelyne me contó lo suyo con Fiona —dijo Mark, nervioso—. Me alegro mucho por vosotros.

—Gracias —sentenció Thomas con el semblante serio.

Mark sintió como se le congelaba la sangre.

—Fiona es una mujer maravillosa —dijo sin saber muy bien qué decir.

—¿Has venido hasta aquí para hablar de Fiona? —preguntó Thomas con una expresión inescrutable.

Aquel hombre le imponía. Jamás, en sus treinta y dos años de vida se había sentido tan insignificante como con Thomas. Y no le culpaba. Entendía a la perfección cómo se sentía. El hombre que había destrozado el corazón de su hija estaba allí, en su casa, para pedirle explicaciones sobre ella. Cruzó los brazos en el pecho y cogió aire, dispuesto a conocer las respuestas que había venido a buscar.

—No —sentenció Mark con la voz grave—. He venido a hablar de Evelyne.

Thomas parpadeó lentamente, pero permaneció en silencio. Estaba claro que se esperaba aquello.

—Sé que me oculta algo —continuó Mark entornando los ojos—. Sé que hay algo que no me ha dicho, y quiero averiguar de qué se trata.

—¿Y por qué das por supuesto que te lo contaré yo?

Mark apretó los labios, aguantando la mirada de Thomas.

—Con su pregunta me confirma que realmente hay algo que Evelyne no me ha contado.

Thomas frunció el ceño ligeramente y Mark supo que había dado en el clavo. Si había cualquier duda sobre su suposición, Thomas las había despejado con aquella pregunta. Pasó un minuto entero en el que ninguno de los dos articuló palabra. Era como un duelo de resistencia, de paciencia. Antes de que Mark sucumbiera al silencio, Thomas se adelantó.

—Evelyne tiene sus razones.

—Explíqueme cuales son —dijo Mark con la voz ronca.

—No me corresponde a mí hacerlo, Mark —dijo Thomas en voz baja.

—Ella ni siquiera me habla —sentenció Mark sintiendo como la piel le quemaba bajo la ropa. Cada vez que recordaba que hacía un mes que no sabía nada de ella sentía como el pecho le oprimía, dejándole sin respiración. El silencio volvió a aparecer entre ellos, haciendo que la tensión en el ambiente fuera insoportable. Mark exhaló tenso. Tenía que tranquilizarse o lo único que conseguiría era que Thomas se cerrase más con él.

—Necesito que usted me lo diga —suplicó Mark sin apartar la mirada—. Por favor.

Esperó. Mark no quería presionar a Thomas, no quería que él descubriera la ansiedad y la desesperación que le recorría todo el cuerpo. Pero no dijo nada. Solo le miraba. Le miraba y le aguantaba la mirada, consiguiendo que los nervios le consumieran por dentro.

—Tienes que olvidarte de mi hija, Mark.

Cerró los ojos para ocultar su reacción.

—¿Es que no ve que no puedo? —gruñó entre dientes.

Thomas se levantó y se dirigió hacia el fregadero con su vaso. ¿En qué momento se había terminado el té?

—Es lo mejor para los dos —dijo Thomas sin girarse, y Mark sintió como el estómago se le revolvía al recordar que Evelyne le había dicho aquellas mismas palabras en el aeropuerto.

—¿Qué es lo mejor para los dos?! —gritó dando un puñetazo en la mesa, perdiendo el autocontrol que tanto se había esforzado por mantener—. ¡Su hija y yo nos queremos! ¿Cómo puede decir que lo mejor para los dos es estar separados? ¡No entiendo que hay tan terrible para que no podamos estar juntos!

Thomas no se giró, se apoyó contra la encimera de la cocina y hundió la cabeza. Mark supo que apretaba los ojos, aunque no le viera.

—Mark, Evelyne...

Él se puso en pie, sintiendo que la furia le consumía, le estrangulaba.

—¡Y ni se le ocurra decirme que ella no me ama, porque no me lo creo! Si Evelyne no sintiera nada por mí, si Evelyne no me quisiera, no tendría ningún problema en plantarme cara. ¡Pero no lo ha hecho! ¡Me evita!

Thomas no se inmutó y Mark apretó los puños, respirando agitadamente. Estaba claro que no conseguiría sacarle información a Thomas. Si Victoria era hermética, Thomas lo era aún más. ¿Qué cojones pasaba para que nadie le dijera lo que ocurría? Apretó los dientes y sintió como le dolía la mandíbula de la fuerza. Daba igual, ya encontraría la manera. No se rendiría tan fácilmente. Irguió la espalda, tomó aire y lo soltó bruscamente, cerrando los ojos y asimilando lo que acababa de pasar, calmándose.

—Siento haberle molestado, señor Taylor —dijo frustrado.

Giró sobre sus talones con la única intención de salir de allí. No esperaba a que Thomas le acompañara a la puerta. Sabía perfectamente donde estaba la salida.

—Mark —oyó que la voz de Thomas le llamaba justo en el momento en el que iba a salir por la puerta.

Mark se detuvo sin girarse, frente al salón en el que la última vez habían tomado café juntos, mientras Evelyne descansaba en su hombro. Thomas respiró forzosamente, devolviéndolo a Mark a la realidad. Antes de que se girase, Thomas habló.

—Evelyne está enferma.

La sangre se le heló en las venas y sintió como el tiempo se detenía a su alrededor. Sus músculos se habían quedado paralizados, no podía moverse, y como si el destino estuviera jugándole una mala pasada, sus ojos fueron a parar directamente al retrato que reposaba encima de la chimenea. La imagen de la madre de Evelyne se le clavó en la retina y, como si de una sucesión de flashes se tratase, los recuerdos le taladraron la cabeza. Él sonriendo ante el parecido que compartían Evelyne y su madre. Ella poniendo cara de susto cuando Thomas, aquella primera vez, le preguntó si conocía la historia de Eli. Él preguntando a Evelyne en el sofá por qué no le había contado lo de la enfermedad de su madre. Ella abriéndose ante él y contándole aquel episodio tan personal de su vida, que había acabado con la vida de su madre ocho años

atrás.

Mark se dio la vuelta y se encontró de nuevo con los ojos de Thomas, que habían cambiado. Ya no estaban distantes, ya no estaban fríos. Estaban compungidos, contraídos...Mark tragó saliva con dificultad, comenzando a sentirse levemente mareado. No podía ser. ¿Evelyne estaba...? Pero no era capaz de terminar la frase en su cabeza. No podía asimilarlo. ¿Desde cuándo? ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué no lo había compartido con él? Joder. Cerró los ojos unos segundos, y los volvió a abrir para, finalmente, realizar la pregunta que le estaba martilleando la cabeza.

—¿Es...?

—No —cortó Thomas antes de que terminara de formularla—. No es cáncer.

Tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta cuando soltó el aire que estaba conteniendo en los pulmones. Sintió como un rayo de esperanza aparecía al final del túnel. No era cáncer, repetía en su cabeza. No era cáncer. Menos mal.

—¿Qué es...? —comenzó Mark con la respiración agitada.

Thomas le contempló en silencio, cerró los ojos y se dirigió a la silla que minutos antes había ocupado. Se sentó, apoyó los codos en la mesa y la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

—Tiene un mioma en el útero.

Mark parpadeó, sin entender muy bien lo que aquella confesión conllevaba. El corazón le repiqueteaba en los oídos y no era capaz de moverse. Seguía allí, de pie, apoyado sobre el dintel de la puerta, mirando como un pánfilo al padre de la mujer de su vida. Un escalofrío le recorrió entero antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Es grave?

—No se va a morir, si es lo que quieres saber —soltó Thomas en un tono entre molesto y disgustado—. De momento es benigno, pero debido al historial familiar, lo más probable es que acaben quitándole el útero tarde o temprano para evitar cualquier posible derivación cancerígena.

Mark chasqueó la lengua dolido y apretó los puños.

—¿Por qué Evelyne no me lo ha dicho? —espetó.

Thomas cerró los ojos, conteniéndose. Mark bufó por la nariz y se separó de la puerta, acercándose de nuevo a la mesa de la cocina y encarándose con Thomas.

—¿Pensó por un momento que dejaría de quererla porque estuviera enferma?

Thomas alzó la mirada y se encontró con los ojos desesperados de Mark.

—No entiendes lo que te acabo de decir. No sabes lo que conlleva esa enfermedad.

Mark arrugó el ceño y apoyó las manos en la mesa, acortando la distancia entre los dos.

—Entonces explíquemelo.

Los ojos de Thomas se aclararon, pero no perdieron fuerza. Mark se inquietó aún más.

—Mi hija no podrá nunca ser madre.

La información se clavó en su pecho como si millones de agujas le perforaran su piel. Joder. Ahora muchas cosas tenían sentido. El cambio de actitud en ella, la forma en la que se acomplejó ante Susan en la última convención mientras no podía quitar sus ojos de su vientre, el vacío en su mirada cada vez que hablaban del futuro. ¿Acaso ya lo sabría en ese momento? Joder sí. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo había sido tan estúpido de no ver la situación?

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó Thomas con la voz suave.

Mark cerró los ojos y hundió la cabeza entre los hombros.

—Joder...

Pero sin duda lo que más le dolía era que Evelyne estuviera pasando por eso ella sola. No podía imaginarse el dolor, la angustia y la pena que estaría pasando en ese momento. Se sentía el hombre más idiota del mundo por no haberse dado cuenta del dolor que sufría la mujer a la que amaba.

—Si me lo hubiera dicho... —comenzó Mark con la voz rota—. Joder...

—Necesita tiempo para asumirlo.

—¿Para asumir el qué? —preguntó crispado.

—Mark. Evelyne jamás podrá darte hijos. Y eso la mata por dentro.

Mierda. Se desabrochó el primer botón de la camisa, agobiado por la presión que sentía en el pecho. Irguió la espalda, sin dejar de mirar a Thomas.

—Me da igual que no podamos tener hijos. La quiero a ella. Lo demás no importa.

Mark pareció atisbar una sonrisa que se dibujó en los labios de Thomas.

—Pero ella no lo ve así...

—¿Y cómo coño lo ve? —bufó—. ¡Ni siquiera me ha dado la oportunidad

de hablarlo!

Thomas se apoyó en la silla y se cruzó de brazos.

—Te lo he dicho —repitió Thomas—. Ya no es el hecho de que no pueda ser madre. Es el hecho de que no podrá darte hijos a ti, sabiendo que es algo que deseas en tu vida.

—La deseo más a ella en mi vida —escupió molesto, sin apartar los ojos de aquel hombre que le miraba con intensidad.

—Entonces demuéstreselo.

Ya. ¿Pero cómo? Aquella mujer no le contestaba al móvil, había desconectado su teléfono de casa. Ni siquiera le llegaban los malditos email que le mandaba constantemente. Era como si hubiera desaparecido, aunque sabía perfectamente que no se había ido a ninguna parte. Evelyne era una mujer cabezota. De armas tomar. Pero era la mujer que él quería en su vida. Como fuera. Le daba igual tener una maldita familia si ella estaba en su vida. ¿Es que no se daba cuenta?

Estiró la espalda y echó el cuello hacia atrás. Tomó aire y lo soltó lentamente, serenándose. Se giró hacia Thomas, que le contemplaba desde su posición sentada.

—Gracias —soltó Mark serio—. Por contármelo.

—No le hagas daño —espetó Thomas, levantándose aún con los brazos cruzados—. Si decides estar con ella, que sea con todas sus consecuencias.

Mark no se amedrentó. Avanzó hacia él, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón. Dio un resoplido en voz alta, sin contenerse.

—No importa donde ella vaya. No importa el tiempo que pasemos separados —confesó Mark—. Siempre voy a querer que regrese a mí. Siempre voy a querer que esté a mi lado —Thomas aguantó la respiración—. Me equivoqué y la hice daño, pero no volverá a ocurrir. Mi vida merece la pena desde que Evelyne apareció en ella. Y el único propósito que tengo es hacerla feliz como se merece. Por y para siempre.

Se contemplaron en silencio, aguantándose la mirada como habían estado haciendo durante toda la conversación.

Cuando ninguno de los dos habló pasado un minuto, Mark supo que la charla había terminado. Giró sobre sus talones y antes de que desapareciera hacia el pasillo, paró en seco, sin girarse.

—Gracias —repitió. Lo había dicho antes, pero sentía la necesidad de decirlo de nuevo. De agradecerle al padre de Evelyne el que, al final, acabara

contándole lo que a ella la afligía y atormentaba.

Pensó que Thomas no le respondería, pero cuando movió un pie para avanzar hacia la puerta de entrada, se adelantó.

—Gracias a ti. Por venir.

Y cuando Mark le miró por encima del hombro y vio que la expresión de los ojos de Thomas se habían relajado, supo que lo decía en serio. Y una parte de él quiso pensar que, incluso Thomas deseaba aquel encuentro para liberarse y ayudarle en la relación con su hija.

Aquella mañana de principios de Septiembre no se encontraba bien. Evelyne se había levantado con mal cuerpo y con unas náuseas terribles.

Después de llegar a su despacho y tomarse su habitual café, casi no le dio tiempo a llegar al baño, que se encontraba a escasos metros de su oficina, para vomitarlo todo. No entendía qué le pasaba. O sí, para qué engañarse. Desde su ruptura con Mark no levantaba cabeza. Lo intentaba, claro que lo intentaba. Pero no podía. Su cuerpo se había debilitado, se estaba consumiendo. Se encontraba cansada, tenía calambres en las piernas y el estómago parecía una montaña rusa. Estaba claro que estar sin Mark le estaba pasando factura.

Llegó a su despacho después de haberse refrescado un poco y enjuagado la boca. Cerró la puerta a sus espaldas y cuando se dio la vuelta, se sobresaltó.

—¡Karen! —gritó Evelyne—. No te había visto.

Una chica de piel oscura y grandes ojos marrones la miraba desde el centro de la habitación, con un montón de papeles cargados en sus brazos.

—¿Se encuentra bien, señorita Taylor?

Evelyne sonrió forzada y se acercó hasta ella.

—Solo estoy un poco indispuesta —respondió sentándose en su butacón de cuero, sintiendo un pinchazo en el vientre cuando lo hizo.

Karen se sentó frente a ella, en una de las sillas que tenía al otro lado del escritorio.

—Debería irse a casa —propuso la nueva secretaria con la boca pequeña, mirándola por el rabillo del ojo mientras colocaba y ordenaba los papeles encima de la mesa—. Puedo pedirle a Henry que me ayude con sus asuntos.

Evelyne sonrió. Le gustaba aquella nueva incorporación. Karen llevaba poco más de dos semanas en el puesto que antes ocupaba Neil, y la verdad es que lo estaba haciendo realmente bien. Era bastante atenta y predispuesta tanto con Victoria como con ella, y eso era un punto a favor.

—Gracias Karen, pero estoy bien —respondió Evelyne amablemente—. Habré comido algo en mal estado.

Karen asintió en silencio y volvió a los papeles que quedaban encima de la mesa.

—¿Repasamos su agenda? —preguntó pasando las hojas.

—Claro —respondió Evelyne desbloqueando la pantalla de su ordenador y abriendo su calendario.

—Hasta las 10 de la mañana está libre para preparar el dossier que tendrá que presentar la semana que viene ante el Comité de Empresa de Advertising. Luego está la reunión con TrescientosSesenta para cerrar la campaña publicitaria de esta temporada. Y a mediodía, tendrá que cubrir a Victoria en M&S. Hoy se tratará el avance para las campañas previstas con ellos para el año siguiente.

Mierda. Se le había olvidado que hoy era la reunión con M&S. ¿Dónde tenía la cabeza? Suspiró y se frotó la frente con los dedos.

—¿Dónde es la reunión con M&S? —preguntó Evelyne—. ¿Aquí?

—No —sentenció Karen revisando sus notas—. El señor Harris ha reservado una sala en sus instalaciones.

Respiró tranquila. Por un momento pensó que volvería a verse con Susan, pero recordó que Henry le había comentado que ella se había cogido la baja laboral y que ahora, durante su ausencia y hasta que encontraran a un remplazante, era Justin Harris, el responsable del Departamento de Administración, el que se hacía cargo de su puesto. Mejor, pensó para sí misma. En otra ocasión, y si Mark no hubiera asumido el puesto de presidencia de M&S, le tocaría reunirse con él como Adjunto del Departamento de Marketing que era. Un momento, ¿cuándo había vuelto Mark a su cabeza? Sintió como el calor subía hasta sus mejillas y la desazón se apoderaba de su pecho. ¿Por qué quería engañarse a sí misma? No dejaba de pensar en él, a pesar de llevar más de un mes sin verle.

—¿Quiere que le pida un taxi? —preguntó Karen sacándola de sus pensamientos.

—No te preocupes, iré andando.

A falta de cinco minutos para las doce en punto, Evelyne atravesaba las puertas de cristal del edificio donde se encontraban las oficinas de M&S. Se había acercado caminando, contando las manzanas que había de distancia entre M&S y Advertising, intentando ignorar el dolor que sentía en el vientre y en el pecho al pensar que Mark se encontraría a pocos metros de ella.

Le echaba de menos. Echaba de menos estar con él. Echaba de menos verlo,

sentirlo, tocarlo. Pero sobre todo echaba de menos al hombre en que se había convertido para ella. A pesar de todos los días que llevaban sin verse, le soñaba cada noche, le pensaba cada segundo. Aunque callase, aunque no lo confesase abiertamente. No era capaz de olvidarse de Mark. Y lo más triste es que todavía no había conseguido asumir su verdad para decírsela a él. Y eso la mataba por dentro, porque tendía que ser sincera tarde o temprano. Pero tenía miedo de confesarlo, de abrirse ante él y acabar cediendo a sus sentimientos.

—¿Puedo ayudarle en algo, señorita? —preguntó uno de los dos chicos que había en la recepción.

Evelyne parpadeó volviendo a la realidad. Mierda. Se había quedado parada delante de ella durante unos segundos sin decir nada. Tenía que concentrarse, maldita sea.

—Vengo a ver al señor Harris. Soy de Advertising.

El joven, que llevaba una camisa de manga corta con la marca corporativa de M&S, tecléo rápidamente en el teclado de su ordenador.

—Sígame, por favor —sentenció levantándose y saliendo a su encuentro por detrás del mostrador.

Evelyne le acompañó hasta uno de los ascensores y subió con él. Cuando se detuvieron en la planta indicada, el hombre salió primero y ella le siguió por uno de los enormes pasillos haciendo resonar los tacones de sus sandalias Lodi en beige, que había combinado en aquella ocasión con un vestido midi azul oscuro, de tirantes finos.

Giraron al final del pasillo hasta un ala donde parecía que todo eran salas de reuniones. El recepcionista se detuvo ante una de ellas, abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrase. Por un momento pensó que el hombre entraría con ella, pero cerró la puerta por fuera, dejándola allí a solas.

O no tan a solas.

La dejó con Mark.

Evelyne sintió como su estómago se contraía y su pecho se hundía en el hueco que había dejado. Mark estaba de pie junto a la pared de cristal que había en el lado más alejado de la habitación, con un traje azul marino y una corbata gris. Sus ojos verdes estaban más brillantes de lo normal, pero inescrutables.

—Evelyne —dijo con la voz grave.

Evelyne tragó saliva, sintiendo como el escalofrío que tanto había echado

de menos la recorría de arriba abajo, haciéndola temblar como una hoja. Le aguantó la mirada más tiempo del necesario, controlando sus emociones. Estar lejos de Mark había sido un infierno. Un auténtico y completo infierno. Y a pesar de morirse lentamente cada día que pasaba sin verle, en aquella ocasión no esperaba encontrárselo allí. De pie frente a ella, pronunciando su nombre como solo él lo hacía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Evelyne sintiéndose estúpida. ¿Qué iba a hacer allí? Era su puñetera empresa, podría estar donde quisiera, pensó.

Mark levantó una mano y se la pasó por el pelo. Si ella no tenía buen aspecto, él tampoco se quedaba corto. Aunque iba perfectamente vestido y afeitado, estaba desmejorado. Parecía no haber dormido en varias semanas, y Evelyne conocía a la perfección esa sensación. Mark tenía ojeras y su característica sonrisa de lado no aparecía por ninguna parte. En su lugar, su boca dibujaba una línea recta, inmutable.

—Tengo que hablar contigo.

Y el tono tan serio con el que lo dijo hizo que Evelyne se quedara sin respiración. Maldita sea. No estaba preparada para hablar con él. Todavía no. ¿Qué podía hacer? Tenía dos opciones: salir de allí y volver a huir, o esperar a que el señor Harris apareciera. Entonces se acabaría la conversación. Tomó aire a la vez que tomó una decisión. Apretando los labios se acercó a la mesa como si nada y depositó su maletín Samsonite, del que comenzó a sacar algunos papeles.

—Lo siento. Tengo una reunión con el señor Harris.

—Me temo que no.

Evelyne se detuvo y le miró, levantando una ceja, quedándose clavada en su sitio.

—¿Cómo qué no?

—Yo mismo he anulado la reunión.

—¿Qué? —preguntó Evelyne nerviosa—. ¿Por qué has hecho eso?

—Ya te lo he dicho —sentenció acercándose a ella, dando dos pasos—. Tenemos que hablar.

—No.

—Sí.

Se quedó boquiabierta al oírle tan seguro de sí mismo y notó como su cuerpo se tensaba.

—No...no tenemos nada de qué hablar, Mark —titubeó con un hilo de voz,

sintiendo como los nervios se apoderaban de ella y los ojos le empezaban a escocer. Antes de darle la oportunidad de seguir hablando, recogió los papeles como pudo y los introdujo de nuevo en su maletín, con las manos temblorosas.

—Pues yo creo que sí —dijo Mark acercándose otro paso más.

Evelyne parpadeó sin mirarle, sintiendo que se quedaba sin aire.

—Me da igual lo que tú creas —sentenció intentando sonar lo más convencida posible mientras cogía el maletín y giraba sobre sus talones.

Se acercó a la puerta para salir de allí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

La pregunta hizo que se le congelara la sangre. Mierda. ¿Lo sabía? ¿Mark sabía lo de su enfermedad? No. No podía ser, se repetía a sí misma. Victoria le había prometido que iba a mantener el secreto hasta que ella estuviera preparada para contárselo a él. Pero...su corazón le iba a mil, haciéndole pensar que sus sospechas eran ciertas. No, es una estratagema, pensó. Era una estratagema para retenerla y hablar con ella. Para conseguir que cediera.

Apretó los labios y agarró el pomo de la puerta. Antes de que pudiera abrirla, sintió como Mark se acercaba más y continuaba con la voz dura.

—¿Por qué no me contaste lo de tu enfermedad?

Evelyne sintió como se colapsaban sus pulmones, como su corazón se encogía, sus manos se congelaban y se le aceleraba la respiración. Lo sabía. Mark lo sabía. La razón por la que había decidido alejarse de él, la razón por la que no podían estar juntos simplemente porque Evelyne sabía que no le haría feliz. Maldita sea. Mark lo sabía.

Soltó el pomo de la puerta y apoyó la mano contra la pared. Necesitaba un punto de apoyo o su cuerpo se tambalearía sin control. Mierda. ¿Cómo...? Los ojos se le llenaron de lágrimas y la respiración se le descontroló.

—¿Cómo...? —comenzó con apenas un hilo de voz, sin girarse.

—Me lo dijo tu padre —confesó Mark dando un paso más hacia ella.

¿Su padre? ¿En qué momento se habían visto? ¿En qué momento se lo había contado? No entendía nada... Su padre. No podía creérselo. Thomas le había pedido a ella que se lo dijera a Mark en algún momento, que fuera sincera con él, pero... Jamás se imaginó que fuera su padre el que acabaría confesárselo. ¿Por qué? Cerró los ojos sintiendo como la desesperación se apoderaba de ella.

—No tenías derecho a...

—¿Qué no tenía derecho a qué, eh? —soltó Mark perdiendo los papeles, mientras la agarraba de la muñeca y la hacía girar para colocarla frente a él—. ¿Después de todo lo que hemos vivido crees que no tenía derecho a saberlo, Evelyne?

No era capaz de mirarle. Evelyne tenía los ojos cerrados, aguantando las lágrimas. Pero le sentía. Sentía el calor que desprendían los dedos de Mark alrededor de su muñeca. Sentía cómo la furia y la ansiedad dominaban todos los músculos de su cuerpo, a escasos centímetros del suyo. Dios, cuanto había echado de menos sentirle así, olerle, estar en la misma habitación que él. Después de pasar tantas semanas lejos de Mark, cada día que pasaba era una prueba de fuerza y de resistencia que ella misma se había obligado a superar.

Abrió los ojos, pero mantuvo la cabeza baja. El pecho de Mark quedaba frente a ella y pudo ver que también respiraba forzosamente.

—Iba a decírtelo... —confesó con un hilo de voz.

—¿Cuándo? —preguntó Mark con la voz ronca, acercándose más a ella.

Quiso hablar pero no pudo. El nudo en la garganta intentó salir convirtiéndose en una extraña mezcla entre gruñido y sollozo. No quería derrumbarse. No quería que él la viera así.

—Necesitaba asumirlo primero...

—¡No tienes que asumir nada, joder! —gritó desesperado, soltando el agarre de su muñeca y sujetándola por los hombros—. ¿Es que no lo entiendes, Evelyne?

Ella levantó la vista por primera vez y se encontró con los ojos verdes de Mark, que la miraban oscurecidos, llenos de dolor.

—El que no lo entiendes eres tú —escupió dolida mientras una lágrima resbalaba por su mejilla—. ¿Sabes acaso lo que conlleva lo que tengo? ¿Sabes lo que significa?

—¡Por supuesto que lo sé! ¡No soy idiota! —gritó herido, mirándola de hito en hito—. ¿Acaso pensaste que para lo único que quiero estar contigo es para eso? ¿Para tener hijos?

La manera tan clara y directa con la que lo dijo hizo que Evelyne se estremeciera aún más y se le encogiera el estómago, dándole un vuelco. Estaba enfadado. Su tono de voz y su mirada ofuscada lo delataban. Y ella lo entendía. Claro que lo entendía. Había ocultado una verdad muy dolorosa no solo para ella, sino también para él.

—Mark, yo...

—No. Escúchame —exigió bruscamente—. Me duele que me lo hayas ocultado. Me duele que te hayas alejado de mí de esta manera. Joder Evelyne, dijimos que lo hablaríamos todo. Que teníamos que comunicarnos. ¿Crees que me hubiera apartado de tu lado si me lo hubieras dicho? ¿Es eso?

—No... —susurró negando con la cabeza.

—¿Entonces qué, Evelyne?

Las lágrimas salían sin control y le costaba respirar.

—Joder, Mark... —dijo hipando—. Sé que no te hubieras ido, sé que te hubieras quedado conmigo, por eso no te lo dije...—Mark quiso interrumpir, pero Evelyne le pidió con la mirada que la dejara continuar—. Pero... ¿y después de un tiempo, qué?

—Evelyne...

—¿Después de un tiempo, qué?! —repitió ella dolida—. Te frustrarías por no poder formar una familia conmigo, por no tener hijos... Tú mismo lo dijiste. Has estado con una mujer durante muchos años que no tenía las mismas aspiraciones que tú, y mira cómo ha acabado. No quiero eso para nosotros.

—¿Y por eso me dejas?

Evelyne apartó la mirada e intentó separarse de él, pero Mark la sujetaba con fuerza por los hombros.

—Es lo mejor para los dos, Mark...

—Y una mierda es lo mejor —bufó él, sin hacer nada por mantener el autocontrol que siempre tenía—. ¿Vas a decirme que no me has echado de menos? ¿Qué no has pensado en mí cada puto día que hemos estado separados?

—Mark...

—No. No puedes fingir delante de mí. No me mientas más. Me dijiste que no me querías y por un momento me lo creí. ¡Joder, me lo creí! Pero el hecho de que me evitaras, de que no quisieras verme, lo único que hizo fue darme la razón. Me amas tanto como yo te amo a ti, Evelyne. Y eso es lo único que importa.

Evelyne negaba con la cabeza, sollozando.

—No...¿No te das cuenta? —dijo, hipando—. No podré hacerte feliz...

—¿Crees que tener hijos me hará feliz? —preguntó tenso—. Joder. Estás muy equivocada, Evelyne. Soy feliz porque estoy contigo. Todo lo demás me importa una mierda. Porque la vida sin ti no es vida, joder. Porque me

enamoré de ti y no puedo hacer otra cosa más que quererte.

—Pero...

—No me importa nada más. Solo te quiero a ti. No necesito nada más, Evelyne.

Notó como la sangre corría demasiado rápido por sus venas y el corazón le palpitaba con fuerza, queriendo salir desbocado por su pecho. Las lágrimas caían por sus mejillas sin control, pero las palabras de Mark la hacían feliz. ¿Solo la necesitaba a ella? ¿Valdría con eso? ¿Valdría con amarse? No podía ser tan simple. No podía. ¿Por qué le costaba tanto creerlo?

—Mark...

De repente notó un intenso dolor en el vientre, que la dejó sin respiración. El pinchazo duró unos segundos que se le hicieron interminables y sintió como algo resbalaba por sus piernas. ¿Qué estaba pasando? Intentó mirar hacia abajo pero no pudo ver nada, sus ojos estaban empañados en lágrimas. El nudo en el pecho oprimía tanto su respiración que sentía que se estaba ahogando, le faltaba el aire y no podía respirar. ¿Era ansiedad? ¿Qué narices estaba pasando? Instintivamente, se agarró a los brazos de Mark, que cambió su expresión y la miró asustado.

—¿Evelyne?

Pero había dejado de oír. De repente lo vio todo borroso, y después negro. Y supo en ese momento que se desmayaría en cuestión de segundos.

Le dolía todo. La cabeza, el vientre. Incluso el brazo derecho. La cabeza le martilleaba y no era capaz de entender del todo los susurros que oía. ¿Dónde estaba? Evelyne intentó abrir los ojos pero no pudo. Era como si los tuviera pegados. Agudizó el oído y poco a poco las palabras susurradas se fueron volviendo más claras.

—¿Por qué sigue inconsciente? —reconoció la voz de Mark angustiada. ¿Mark estaba allí? ¿Con ella?

—Creemos que la principal razón es fatiga. Pero no podemos descartar... nada.

—¿Nada de qué? —volvió a preguntar con la voz ronca.

—Mark, por favor, tranquilízate.

¡Papá! Pensó Evelyne, intentando abrir los ojos en vano. Era como si su cuerpo no reaccionase a ninguna orden que le enviaba.

—Debido al historial médico de la señorita Taylor, no queremos precipitarnos y dar un diagnóstico erróneo. Un desmayo puede ser habitual, sobre todo en esta época del año. Pero lo que nos preocupa es el sangrado que ha tenido. Queremos descartar cualquier tipo de carcinoma.

Oh, oh. Mierda. ¿Cáncer? Oyó como Mark soltaba el aire bruscamente por la nariz. ¿Y su padre? ¿Estaría bien? No quería preocuparle por nada del mundo. No quería que su corazón sufriera por ella. ¿Por qué el médico no tenía más tacto? Maldita sea.

—Hágale las pruebas necesarias, doctor —sentenció Thomas con una seguridad que impactó a Evelyne.

—Deberían descansar —sentenció el médico mientras parecía alejarse—. Una enfermera les llamará en cuanto ella se despierte.

La puerta se cerró.

—El doctor tiene razón —volvió a decir Thomas, serio—. Deberíamos descansar.

—Váyase usted, señor Taylor —dijo Mark con la voz rota—. Yo me quedo.

—Mark, deberías dormir.

—No. Quiero estar aquí cuando despierte.

Oyó como su padre chasqueaba la lengua. La tensión entre los dos hombres

más importantes de su vida se podía cortar con un cuchillo. Maldita sea. No quería que ellos estuvieran así. Intentó despertarse pero la niebla apareció de nuevo y cayó en la inconsciencia.

Abrió los ojos. Tuvo que parpadear varias veces para que sus ojos se adaptaran de nuevo a la luz. Estaba en una habitación de hospital, blanca e impoluta. Agudizó el oído y se sorprendió al encontrarse en absoluto silencio. Le dolía la cabeza y todo el cuerpo. Evelyne intentó moverse y al hacerlo sintió como el brazo derecho le escocía. ¿Qué pasaba? Giró la cabeza, contenta de que su cuerpo respondiera a sus órdenes, y vio una vía puesta en la parte interior del codo. Suero. Cuando intentó agarrarse la vía, notó que una mano agarraba la suya.

Giró la cabeza lentamente en su dirección y le vio. Mark estaba allí. Sentado en el butacón, frente a ella, descansando con la cabeza inclinada sobre el borde del respaldo. ¿Estaría dormido? Se permitió contemplarle durante unos pocos segundos, embelesada por cómo la luz del atardecer, que incidía desde la ventana, dibujaba su hermosa silueta.

Recordó que había ido a reunirse con el señor Harris a M&S y que cuando llegó a la Sala de Juntas se encontró con Mark. El nudo se le quedó en la garganta cuando recordó la conversación que tuvieron. Mark sabía lo de su enfermedad. Y le dijo que no le importaba. Que la quería a ella, sin importar nada más. Evelyne sintió como la emoción la podía y acarició despacio los nudillos de la mano de Mark que sujetaba la suya. Mark parpadeó y se giró hacia ella, despertándose.

—Evelyne... —su voz sonó ahogada pero aliviada.

—Hola —dijo ella sin poder evitar sonreír. Despertarse y encontrarle allí, junto a ella, le trajo una calma que no se esperaba. Le había echado tanto de menos...

Mark se levantó y se acercó a ella. Posó sus labios sobre su frente y le dio un beso cargado de sentimientos.

—Evelyne...

—¿Dónde está mi padre? —preguntó mirándole a los ojos por primera vez.

Mark le devolvió la mirada durante un segundo y luego la contempló calmadamente. Tomó un mechón de su pelo que caía por su frente y se lo colocó detrás de la oreja.

—Está abajo. En la cafetería con Fiona.

—¿Está bien? —preguntó nerviosa.

Mark sonrió.

—Tu padre está bien, Evelyne. Es tan duro como tú.

El comentario hizo sonreír a Evelyne. Desde siempre habían comparado su carácter con el de su padre, y eso la alegraba.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Mark, sin separarse ni un milímetro de ella.

—Dolorida —reconoció ella—. Y con sed. Tengo mucha sed.

Mark frunció el ceño, preocupado. Se puso de pie apresuradamente y se acercó a un botón de llamada que había junto a la cama.

—La enfermera vendrá enseguida —sentenció.

Evelyne asintió en silencio, al tiempo que Mark le agarraba la mano de nuevo y le acariciaba los nudillos cariñosamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin apartar los ojos de él.

—¿No lo recuerdas?

Evelyne apartó la mirada. Claro que lo recordaba. Se había desmayado en la Sala de Juntas mientras hablaba con Mark. Pero lo que le preocupaba no era eso. Instintivamente se agarró el vientre con la mano en la que tenía la vía, sintiendo como se quedaba sin respiración. Había sentido como sangraba entre las piernas. Y eso no era buena señal.

Una enfermera entró en la habitación. Parecía joven y amigable.

—Señorita Taylor, ¿cómo se encuentra? —preguntó acercándose a la cama.

—Tiene sed —respondió Mark adelantándose—. ¿Puede beber agua?

—Voy a comprobar sus constantes y le traeré un poco de agua enseguida.

La enfermera cogió un aparato para medir la tensión y se lo colocó en el brazo. Evelyne miró ansiosa a Mark. Odiaba los hospitales, pero el hecho de que él estuviera allí le traía paz. Maldita sea. Lo había echado tanto de menos. Jamás imaginó que tenerlo cerca sería tan reconfortable.

—La tensión arterial es normal —sentenció la enfermera mientras le quitaba el aparato. Y sin decir nada más salió de la habitación.

—Te desmayaste —dijo Mark cuando se quedaron solos—. Como no reaccionabas llamé a una ambulancia y te trajeron aquí.

La enfermera volvió a entrar en la habitación con una jarra de agua. Ambos se quedaron mirándose mientras ella le servía un vaso de agua y se lo daba.

—Beba a pequeños sorbos —le dijo.

—Vale —murmuró Evelyne dándole un sorbo al agua fresca.

—Voy a llamar al médico —indicó la enfermera antes de dejarles solos de nuevo.

Mark cogió el vaso de agua de Evelyne y lo depositó en la mesita que había al lado de la cama. Se sentó junto a ella y cogió su mano entre las suyas.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —quiso saber ella mirando por la ventana y viendo que había anochecido ya.

—Un día y medio.

Parpadeó. ¿Había estado tanto tiempo inconsciente?

—¿Qué es lo que tengo?

Ahora el que apartó la mirada fue Mark.

—Todavía no lo saben. Te han realizado algunas pruebas y estamos esperando los resultados.

Evelyne sintió como le oprimía el pecho. Se agarró instintivamente el vientre, sintiendo un ligero dolor. Mark apartó los ojos de ella, nervioso, y eso la inquietó más a ella.

—Sangré... ¿Verdad?

—Sí —confirmó él sin mirarla.

—Mark... —dijo ella, consiguiendo que la mirara—. ¿Qué tipo de pruebas me han hecho?

Mark cerró los ojos y soltó el aire por la nariz.

—Principalmente oncológicas.

Mierda. No lo había soñado. La conversación que había escuchado entre el médico, Mark y su padre era verdad. La habían hecho todo tipo de pruebas para descartar un posible cáncer. El mismo cáncer que acabó con la vida de su madre. Sintió como las lágrimas volvían a sus ojos y apartó la mirada de los preciosos ojos de Mark.

—Evelyne...

—Pensé que...—comenzó ella mirando hacia arriba e intentando en vano que las lágrimas se quedaran en sus ojos—. Pensé que solo eran nervios —se apretó un poco más el vientre—. Que me dolía la barriga por los nervios, por el disgusto.... No porque fuera...

—Todavía no lo sabes, Evelyne —dijo Mark acariciándole la mejilla dulcemente—. Tenemos que esperar a que nos den los resultados.

Sintió cómo las lágrimas se escapaban de sus ojos y le dio igual derrumbarse delante de Mark. Había estado tanto tiempo intentando mantener

las apariencias que ya no podía más.

—Pero mi madre...

—Que tu madre tuviera cáncer no significa que tú lo vayas a tener también —sentenció serio—. Tenemos que esperar a los resultados.

Hipó sin poder evitarlo. La respiración se le había alterado y se limpió las lágrimas con el reverso de la mano. Sentir que Mark mantenía así el tipo, las formas, hizo que se derrumbara más.

—Chis... Me mata que llores, Evelyne. Me mata —dijo Mark acercándose a ella y enjuagando sus lágrimas con los pulgares de sus manos.

—Solo... —comenzó ella con la voz rota—. Solo estoy asustada...

Mark la envolvió con sus brazos y la apretó contra su pecho.

—Lo sé. Yo también.

Y cuando Evelyne se abrazó a él, sintió que no era la única que tenía miedo. Mark temblaba. Estaba nervioso. Lo había notado cuando se despertó, al verle así, tan cansado y abatido. ¿Habría dormido algo? Se permitió esconder su cara en su pecho, notando como le empapaba la camisa blanca que parecía la misma que llevaba el último día que se vieron, en la Sala de Juntas.

—¿Y si... —comenzó ella con un hilo de voz—. ¿Y si...?

—Pase lo que pase estaré contigo, Evelyne —terció Mark apretándola más contra su pecho—. No voy a permitir que pases por algo así tu sola. No te dejaré sola nunca más.

Y oír aquella confesión tan profunda la estremeció por dentro. Joder. Todo era menos malo si estaba con él. Le necesitaba. Le necesitaba más que respirar. Y se había dado cuenta de ello cuando se había obligado a alejarse de él, como una estúpida.

—Lo siento...

—Evelyne.

—Lo siento tanto... —dijo sollozando, ocultando su rostro en el cuello de Mark—. Siento haberte mentido, siento haberte dicho que no te quería, pero... quería que te alejaras de mí, quería que fueras feliz, quería...

—¿Cuántas veces tengo que decirte que la única manera que tengo de ser feliz es estando contigo?

—Pero...yo...

Mark la separó de su cuerpo y le agarró la cara con las dos manos, secando con los pulgares las lágrimas que salían de sus ojos verdes, brillantes como nunca.

—Encontraremos la manera —dijo serio, haciendo que ella se estremeciera por completo—. Juntos encontraremos la solución a todo, Evelyne. Pase lo que pase. ¿No te das cuenta? Sé lo que es vivir sin ti y no quiero eso. Me muero sin ti. Mi vida sin ti no tiene sentido. Te quiero. Te quiero como nunca he querido a ninguna mujer. Y necesito estar contigo. Ahora y siempre.

Evelyne cerró los ojos y se agarró a los brazos de Mark. La vía de su brazo derecho le tiraba pero le daba igual.

—Yo también te quiero... —dijo en un suspiro.

Mark sonrió de lado y sus preciosos ojos verdes se volvieron más claros.

—Pensé que no me lo dirías nunca más.

Evelyne fue a replicar pero no pudo. La emoción la consumía por dentro, levantó la barbilla buscando el contacto con Mark, y cuando él depositó los labios sobre los suyos todo se desvaneció. Había echado tanto de menos a ese hombre, sus besos, su calor, su pasión... Evelyne deslizó las manos hasta su cuello, enterrando los dedos en su cabello y provocando un gemido en Mark que hizo que se estremecieran los dos.

La puerta se abrió de repente, haciendo que se separaran un poco. Mark se levantó de la cama, pero no quitó el contacto con ella. La agarró fuertemente de la mano cuando el doctor entró en la habitación ojeando una carpeta en la que, en teoría, estaba el historial médico de Evelyne.

—Veo que ya se ha despertado —dijo el hombre con una mueca en su rostro. Era mayor, aunque llevaba el pelo de un negro brillante, y era un poco regordete. La bata blanca le cerraba a duras penas—. ¿Cómo se encuentra, señorita Taylor?

—Bien —dijo con la voz queda, terminando de limpiarse las lágrimas con la mano que no le sujetaba Mark—. Un poco dolorida, pero bien.

—Es normal —sentenció el doctor acercándose a ellos—. Ha tenido un desmayo y un desgarro en el útero.

Mierda. Evelyne sintió como toda la alegría y la emoción que había sentido segundos antes con Mark se desvanecía. Se apretó el vientre de nuevo, temiéndose lo peor.

—¿Qué es lo que tengo? —preguntó con un hilo de voz.

La mano de Mark apretaba la suya en silencio, tenso. El doctor comenzó a pasar hojas de la carpeta que traía.

—Veamos, la analítica ha salido correcta, dentro de los valores normales —pasó la siguiente hoja—. El resto de pruebas que le hemos realizado no ha

dado resultados significativos, la verdad, pero...

—¿Es cáncer? —interrumpió Mark sin poder evitarlo.

Evelyne cerró los ojos por un segundo y los volvió a abrir cuando se giró desde su posición para contemplarle. Mark estaba tenso, demasiado nervioso. No apartaba la vista del doctor, ni siquiera pestañeaba. La mano que sujetaba la suya, apretaba con fuerza, intentando inculcarle el valor y la fuerza que incluso él mismo no tenía, pero que se esforzaba por encontrar en su interior.

El doctor sonrió levemente y Evelyne le contempló nerviosa.

—No. Ni mucho menos —sentenció divertido.

—¿Entonces? —preguntó Mark sin mover un músculo de su cuerpo.

El doctor cerró la carpeta con los informes y la apretó contra su pecho. Les miró detalladamente y cuando ya pensaban que no iba a decir nada, habló.

—Lo que la pasa es que está embarazada.

Evelyne se quedó mirando con la boca abierta al doctor. ¿Qué? ¿Había oído bien?

—¿Qué...? —tartamudeó.

—Enhorabuena, señorita Taylor. Está embarazada —repitió el doctor.

Un momento. ¿Cómo que enhorabuena? ¿Y si ella no quería ser madre? Pensó. ¿Pero qué narices estaba diciendo? ¡Por supuesto que quería ser madre!

—Pero...yo...tengo...

—Un mioma en el útero, lo sé —sentenció el doctor.

Evelyne miró a Mark, que se había quedado paralizado. La tensión y el pánico se reflejaban en su cara y a Evelyne se le atenazó la garganta. No podía ser. Ella no podía tener hijos. El médico se lo había dejado bien claro.

—Debe haber un error... —balbuceó ella—. Pensé que...

—Señorita Taylor, me he puesto en contacto con su ginecólogo y me ha confirmado que en su última revisión le informaron del mioma y que las posibilidades de poder tener hijos eran muy escasas.

—¿Entonces?

El doctor sonrió y le tendió un pequeño trozo de papel, del tamaño de una cuartilla.

—A veces los milagros ocurren.

Evelyne miró el papel que el doctor le ofrecía. Lo cogió sin apartar los ojos de él y se quedó sin respiración cuando vio de qué se trataba. Era una ecografía. En blanco y negro. Y en medio de la cantidad de líneas blancas,

negras y grises, se veía una forma ovalada, como de alubia. Diminuto pero visible. Ahí estaba. Un bebé. Un milagro.

—Está de unas cuatro o cinco semanas —dijo el doctor, y Evelyne le miró con los ojos como platos.

—Pero...yo...sangré...

—Es normal en un embarazo como el suyo, señorita Taylor. El mioma en el útero hace que se trate de un embarazo de riesgo. Tendrá que tener más cuidado y cuidarse más. Le recomendamos que guarde el mayor reposo posible. No se asuste si durante el embarazo vuelve a sangrar. Es totalmente normal.

Evelyne volvió a mirar la ecografía que sujetaba en su mano. Un bebé. No podía ser. No era posible. El médico le había dicho que no sería madre. Por eso había decidido terminar su relación con Mark. Por no poder darle una familia como él tanto ansiaba. Y ahora el destino había dado un giro de ciento ochenta grados y lo había cambiado todo por completo.

—Los dejaré solos —sentenció el doctor sonriendo, mientras se alejaba hacia la puerta—. Llámenme si me necesitan.

Volvieron a quedarse los dos solos. O los tres, mejor dicho. Evelyne contemplaba la ecografía que sujetaba en su mano, mientras que con la otra seguía agarrada a Mark, que se había quedado pálido, inmóvil, como si se hubiera convertido en piedra.

Embarazada. No podía creerse que estuviera embarazada. Pero ahí estaba. En la ecografía se veía claro, jamás pensó que se viera tan bien en una ecografía.

—Evelyne...

Cuando ella levantó la vista para mirarle se sorprendió. Mark estaba nervioso, pálido y con los ojos brillantes, de un verde tan claro que parecían casi transparente. Estaba emocionado y parecía que se iba a desmayar de un momento a otro. Evelyne tendió la ecografía y Mark la cogió con las dos manos, rompiendo el contacto que había entre ellos.

—Joder... —murmuró sin apartar la vista de la cuartilla, mientras se sentaba al lado de ella, en la cama—. Joder...

El pánico se apoderó de ella. ¿Y si Mark no...?

—Vamos a tener un bebé —dijo Mark sonriendo de lado a la fotografía, sacándola de sus pensamientos.

Las lágrimas se volvieron a acumular en sus ojos. Mark lo había dicho en

plural, refiriéndose a los dos. Estaba claro que no había duda. El médico había dicho que estaba de unas cuatro semanas y eso significaba que el bebé había sido concebido durante su viaje a Roma. La emoción le pudo y notó como un nudo se formaba en su garganta. Ahogó un sollozo y se limpió las lágrimas cuando resbalaron por sus ojos.

—Evelyne... —dijo Mark girándose hacia ella. Se asustó al ver lo compungida que estaba y ella pudo ver el pánico en sus ojos—. ¿Quieres tenerlo?

—¡Pues claro que quiero! —dijo molesta. ¿Cómo no iba a quererlo? ¿Acaso él...? —. ¿Tú no? —preguntó nerviosa.

Mark sonrió de lado, dejó la fotografía entre ellos y limpió de nuevo las lágrimas de sus ojos.

—¿Tu qué crees? —preguntó posando la mano libre sobre el vientre de ella. El calor que desprendía la hizo estremecer—. Vamos a tener un bebé. Y lo mejor de todo es que será nuestro.

Evelyne sonrió sin poder evitarlo. Quiso decir algo, pero Mark se acercó a ella y volvió a besarla. Con dulzura, con intensidad, con pasión. Como solo él la besaba.

La puerta volvió a abrirse de nuevo y Thomas entró alterado, con Fiona detrás de él.

—Acabamos de ver salir al doctor —dijo nervioso—. ¿Os han dado el resultado de las pruebas?

Evelyne asintió con la cabeza mientras Mark se levantaba de la cama, pero sin alejarse de ella.

—Cielo —dijo Thomas acercándose hasta ella—. ¿Por qué lloras?

Fiona ahogó un sollozo y se llevó las manos a la boca, asustada. Thomas se había quedado pálido al ver a su hija con la cara roja y los ojos vidriosos.

—No puede ser... —dijo compungido—. No puede ser... ¿Es...?

—No —dijo Mark antes de que terminara la frase. Y lo dijo moviendo la cabeza a ambos lados, mientras sonreía con su particular gesto en los labios.

—¿Entonces? —preguntó nervioso.

Evelyne estaba muy emocionada y las palabras no le salían cuando intento explicar a su padre lo que pasaba. Por eso tomó la ecografía que Mark había dejado sobre la cama y se la tendió a su padre. Thomas miró nervioso lo que su hija le ofrecía y después de unos segundos en tensión, la cogió con las manos temblorosas. Fiona había llegado hasta ellos y cuando vio el papel, se

llevó las manos a la boca de nuevo.

—¡No puede ser! —dijo mientras las lágrimas salían por sus ojos, de la emoción.

Thomas miró a su hija y a la fotografía en varias ocasiones, sin entender. Estaba nervioso y no asimilaba la información. Mark a su lado no dejaba de sonreír.

—¿Qué es...? Hija...

Evelyne se llevó la mano al vientre y se lo acarició dulcemente, mientras su padre la contemplaba extasiado.

—Enhorabuena papá —dijo sin poder evitar que las lágrimas salieran de sus ojos—. Vas a ser abuelo.

EPÍLOGO

3 años después...

El jardín de la casa de los Evans, a las afueras de Nueva York, estaba precioso. No habían escatimado en detalles: todo estaba decorado en colores blancos, rosas y morados. Había guirnaldas redondas suspendidas de los árboles, que seguramente se iluminarían cuando cayera la noche. La piscina estaba rodeada de velas y pequeñas islas con rosas blancas y rosas, dándole un toque muy elegante. Un poco más allá de la piscina, donde se encontraba el palacete en el que una vez Matthew y ella tuvieron una conversación, estaban las sillas dispuestas en hileras, decoradas con fundas blancas y lazos rosas, colocadas cuidadosamente con un espacio central cubierto de pétalos que haría las funciones del pasillo.

Evelyne sonrió al ver lo bonito que estaba el jardín. Jamás se hubiera imaginado que Victoria y Laurent se casarían en un ambiente tan íntimo, aunque su amiga se hubiera empeñado en invitar a más de cincuenta personas. Avanzó por el jardín hacia el palacete, donde se encontraban Mark y Laurent, charlando animadamente. Laurent se había decantado por un traje chaqué negro combinado con unos pantalones grises que iban a juego con la corbata en el mismo tono, anudada al estilo Trinity. A su lado, Mark llevaba un traje negro también, con una corbata negra sobre una camisa blanca. Cuando Evelyne se acercó a ellos, intentando que sus sandalias Lodi plateadas no se clavaran en la hierba, Mark estaba colocando una rosa en el ojal del chaqué de su hermano.

—No se va a sujetar —se quejaba Laurent, que estaba visiblemente nervioso.

—Cálmate —decía Mark concentrado en su labor—. Si te estás quieto te lo pondré para que no se mueva.

—Hola —saludó Evelyne cuando llegó hasta su lado.

—Evy —dijo Laurent con la barbilla levantada, tenso—. ¿Dónde está Vicky?

—Está dentro, en la casa —confirmó ella sonriente, viendo la hazaña de Mark—. Está acabando de prepararse.

—¿Está nerviosa? —quiso saber Laurent.

—Seguro que menos que tú —respondió Mark, finalizando su labor—. Listo.

—No estoy nervioso —dijo Laurent colocándose la corbata.

—No, qué va.

Mark y Evelyne intercambiaron una mirada cómplice.

—Bueno —carraspeó Laurent—. No todos los días se casa uno, ¿no?

—En eso te doy la razón —asintió Mark divertido. Se acercó a Evelyne y colocó la mano en la parte baja de su espalda—. ¿Cómo estás cariño?

—Bien —respondió ella disfrutando del beso en la sien que le depositó Mark.

—Deberías sentarte.

—Me aburro sentada.

—Evelyne...

—¡Mami! —gritó una pequeña vocecita tras ellos.

Una niña de dos años se soltó de la mano de Sharon, que caminaba hacia ellos con un vestido plateado de manga francesa, impecable para la madre del novio.

—¡Mami, upi! —pidió la niña colocándose delante de Evelyne y extendiendo los brazos hacia ella, en un gesto que le recordó al pequeño Sam.

—Eli, cariño, mami no puede cogerte ahora —dijo Mark dirigiéndose a ella.

La niña, que era la viva imagen de Evelyne pero con los ojos verdes de Mark y el pelo un poco más clarito, puso pucheros.

—Pero yo quiero mami...

—Mark, amor, no me importa —dijo Evelyne sin poder resistirse a la carita que le estaba poniendo su hija. Se agachó como pudo, debido a que su abultado vientre no le permitía realizar todos los movimientos con normalidad, y cogió a la niña en brazos.

—Evelyne, te vas a hacer daño —dijo Mark con cara de pocos amigos, colocando el vestido blanco de su hija para que no se le arrugara.

—Solo unos minutos. No va a pasar nada.

Mark puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír cuando vio cómo su hija se agarraba al cuello de su madre.

—Qué guapos estáis todos —dijo Sharon cuando llegó a su lado, con los ojos llenos de lágrimas.

—Mamá, ¿vas a volver a llorar? —dijo Laurent nervioso—. ¡Se supone que las bodas son felices!

—Y lloro de felicidad, hijo —explicó Sharon colocándole la chaqueta bien. Se giró hacia Evelyne y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, que se la había descolocado cuando cargó a la pequeña Eli en brazos.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó—. No deberías cargar a la niña...

—Ya se lo he dicho yo —dijo Mark orgulloso de que su madre le diera la razón.

Evelyne puso los ojos en blanco.

—Ahora la bajo —dijo dándole un beso cariñoso a su hija, que estaba feliz por estar entre los brazos de su madre.

—¿Ya habéis elegido nombre? —quiso saber Sharon, mientras le acariciaba el vientre a Evelyne.

—Todavía no, aún nos quedan dos meses —dijo Evelyne mirando a Mark, que le hacía monerías a su hija.

—El tiempo se pasa volando —aseguró Sharon contenta—. El pequeño estará con nosotros en menos de lo que pensamos.

—Nos gusta Max —intervino Mark. La verdad es que lo habían hablado pero no lo tenían del todo asegurado, aunque Max era un nombre que les gustaba a los dos.

—Qué nombre más bonito.

—¡Otro Evans en la familia! —dijo Laurent riendo nervioso—. Como estos sigan así, nos van a llenar la casa de niños...Y eso que Evy no podía tener hijos, que si no...

—Y yo tan contenta —dijo Sharon con los ojos brillantes.

—Bueno, la verdad que no pensaba que podría quedarme embarazada otra vez —confesó Evelyne—. Eli fue un milagro.

—Y Max será otro —dijo Mark mirando con ternura a Evelyne.

—Os compraré condones —soltó Laurent haciendo que Sharon ahogase un grito—. Porque si no...

—Mira que eres burro —espetó su madre—. ¡La niña está aquí!

—A esas edades no se da cuenta —dijo Laurent haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—La verdad es que si viene otro, no nos importaría —confesó Mark besando a Evelyne en la sien—. ¿Verdad?

Evelyne asintió. Lo habían hablado en alguna ocasión. Los dos embarazos

habían sido inesperados, pero después de que la dijeran que las probabilidades de quedarse embarazada eran muy escasas, jamás pensó que podría quedarse embarazada otra vez. Pero no le importaba. Y a Mark tampoco. Querían tener una familia, y mientras pudieran permitírselo, el resto daba igual. Además, al poco tiempo de quedarse embarazada de Eli, Mark y ella se habían ido a vivir juntos al ático que tenía Mark, y habían acondicionado la habitación de invitados para la pequeña. El piso de Evelyne lo habían alquilado y normalmente lo ocupaban estudiantes que estaban la mayor parte del año allí. Aun así, ahora mismo estaban buscando una casa más grande, a las afueras de Nueva York, para cuando llegara el pequeño Max.

—Los invitados ya están sentándose —dijo Matthew tras ellos, que venía acompañado de Thomas y el pequeño Sam, que parecía un hombrecito vestido igual que Laurent, con chaqué y corbata. Cada año que pasaba, Sam se parecía más a su padre. Ahora con seis años estaba más asentado y más tranquilo, y se desvivía por su prima Eli.

—¿Cómo estáis? —dijo Matthew acercándose a los hermanos.

—Cielo, no deberías cargar a la niña —susurró Thomas a Evelyne cuando le dio un beso en la mejilla—. Aunque te encuentres bien sigue siendo un embarazo de riesgo.

—Lo sé, lo sé —dijo Evelyne poniendo los ojos en blanco. Abrazó a la pequeña y la besó dulcemente en la mejilla—. ¿Vas con papi?

La niña asintió con los ojos muy abiertos, y cuando Evelyne le tendió su hija a Mark pudo ver la emoción en sus ojos. Daba igual las veces que viera a padre e hija juntos, siempre se emocionaba. Mark era un padrazo. Se desvivía por su hija día y noche, y eso la llenaba de felicidad. Por verle a él feliz y por ser feliz ella. Su familia era preciosa y dentro de poco serían uno más. La vida les había puesto a prueba durante un tiempo pero por fin, el destino les había dado lo que se merecían. La felicidad.

—Estás preciosa Evelyne —dijo Matthew a su lado, con la sonrisa de lado tan característica de los Evans.

Evelyne sonrió y se alisó su vestido rosa con escote ilusión, ceñido en el pecho y suelto en la cintura, para disimular la barriga.

—Bueno —dijo ella levantando una ceja—. Parezco una mesa camilla.

—No es verdad —dijo él dándole un beso en la mejilla—. El embarazo te sienta genial. Estás preciosa.

—Gracias Matthew —espetó ella con una sonrisa en la cara.

—¿Cómo está mi nieto? —preguntó mirando el vientre de Evelyne.

Ella cogió la mano de Matthew y la depositó sobre su barriga.

—Dando guerra, como siempre.

Los ojos de Matthew se iluminaron cuando sintió al pequeño Max moverse en el interior de Evelyne, y ella sonrió.

Matthew levantó la vista y miró a Evelyne con los ojos brillantes.

—Déjame cogerla un poco —se oyó decir a Thomas, que estaba con Mark y Eli.

Mark sonrió.

—¿Quieres ir con el abuelo? —preguntó a su hija, que asintió energicamente. Evelyne soltó una carcajada. Su pequeña siempre la sorprendía, le daba igual quien la cogiera, la cuestión era estar en brazos de alguien.

Mark besó a su hija y se la dio a Thomas, que la abrazó y la colmó de besos. Thomas se desvivía por su nieta, y siempre que podían, él y Fiona se acercaban para pasar tiempo con ella.

Evelyne no podía olvidarse de la cara de sorpresa puso su padre cuando le dijo que estaba embarazada, aunque para cara de sorpresa la que puso cuando le contaron que estaban esperando una niña y que la iban a llamar Eli, como su madre. Jamás había visto llorar tanto a su padre de alegría. Parecía otro. Además, si Matthew y ella habían acercado posiciones, Mark y Thomas también. Después de lo que había pasado era normal que su padre se mostrara reacio, pero poco a poco Mark demostró que la quería, que la amaba y que la cuidaría por encima de todo, a ella y a su hija, claro, y eso hizo que limaran asperezas.

—¿Puedo tocar yo también? —dijo Sam frente a Evelyne, sacándola de sus pensamientos.

Al principio no supo muy bien a qué se refería, pero como Matthew seguía con la mano sobre su vientre, supo que el sobrino de Mark quería sentir también a su primo.

—Claro cariño —dijo Evelyne cogiéndole una mano y poniéndola en el vientre.

Sam abrió mucho los ojos cuando sintió al bebé moverse y Evelyne no pudo evitar acariciarle la cabeza suavemente. Sam era un niño increíble y, a pesar de que intentase disimularlo, estaba nervioso. Era el encargado de los

anillos y llevaría a Eli de la mano, detrás de Victoria, hasta el palacete que haría las veces de altar.

—Evy, pequeña —dijo Fiona a su lado, que había llegado hasta ellos—. Victoria quiere verte.

Todos se giraron a mirar a la recién llegada.

—¿Va todo bien? —quiso saber Matthew, viendo que Laurent perdía color en las mejillas.

—Sí, si... solo está nerviosa —dijo Fiona con la boca pequeña.

Sharon se agarró a su esposo y Laurent se pasó la mano por el pelo, afectado.

—Voy ahora mismo —dijo Evelyne intentando no parecer inquieta. Se acercó a Mark y a su hija, y les besó—. Preparad todo, Victoria saldrá en un momento.

Mark asintió y bajó a su hija al suelo, que se juntó enseguida con Sam, agarrándole de la mano.

Evelyne se recogió un poco el bajo del vestido y enfiló hacia el interior de la casa. Sabía dónde encontrar a Victoria porque poco antes de que comenzara a vestirse, había estado con ella. ¿Qué habría pasado? Sabía que estaba nerviosa, pero...

Atravesó puertas, subió escaleras como pudo, agarrándose el vientre, y llegó hasta el piso superior donde Victoria estaba en una de las habitaciones. Entró en ella y cerró a su espalda.

—¿Vicky?

—Estoy en el baño.

Evelyne siguió la voz hasta una pequeña estancia con la puerta entreabierta. Cuando entró en el baño, se encontró a Victoria, vestida de novia, con un tocado perlado en el pelo, sentada en el borde de la bañera.

—¿Qué te pasa? —preguntó Evelyne—. No te irás a echar para atrás ahora, ¿no?

—Por supuesto que no. O sí. No lo sé —dijo Victoria levantado la vista y enfrentándose a los ojos de su amiga.

—Vicky...—dijo Evelyne acercándose a ella—. ¿Qué ocurre?

—Nada...

—Nada no. Suéltalo.

Victoria agachó la cabeza.

—He vomitado.

—Estás nerviosa —dijo Evelyne intentando que su tono sonara tranquilo—. Lávate la boca y vamos. Todo el mundo te está esperando.

—La novia siempre llega tarde.

—Vicky... —dijo poniendo los ojos en blanco.

Su amiga resopló y se abrazó a sí misma.

—¿Y si me estoy precipitando?

Evelyne parpadeó. ¿Lo decía en serio? ¿Su amiga iba a protagonizar un “novia a la fuga” y plantaría a Laurent en el altar? No podía permitirlo.

—No digas tonterías. Laurent y tú os queréis. Solo tienes miedo, como todas las novias antes de casarse. Es normal.

—¿Y si sale mal? —preguntó con mirada de cordero degollado.

—¿Por qué va a salir mal?

Victoria apretó los labios y apartó la vista de su amiga.

—No sé —dijo en un murmullo—. Muchas relaciones salen mal...

—Vicky...

—Fíjate en la de Laurent con Leslie —soltó Victoria con la voz queda—. Su relación no salió bien. Y la de Mark y Susan tampoco. ¿Y si no debería hacerlo?

—Vamos a ver Vicky —dijo Evelyne cogiéndola por los hombros, manteniendo el equilibrio como pudo sobre sus talones—. Que algunas relaciones no hayan salido bien, no significa que todas vayan a salir mal. Solo estás asustada porque es algo nuevo para ti, pero Laurent te quiere por encima de todo. ¡Te lo lleva demostrando todos estos años!

Victoria relajó el gesto y sonrió dulcemente, haciendo que Evelyne se relajara también.

—¿Ahora la que tienes miedo al amor eres tú? —preguntó divertida, recordando una conversación que mantuvieron las dos hace tres años, en su despacho—. Una vez me dijiste que el amor es para los valientes, ¿recuerdas? Y tú lo eres Vicky.

Su amiga se ruborizó y Evelyne supo que estaba recordando el mismo momento que ella. Se levantó apoyándose en la bañera y tendió la mano a Victoria.

—Menudas dos valientes estamos hechas —dijo Victoria mientras la agarraba y se levantaba también—. Es que somos la leche ¡nos hemos ido a enamorar de los Evans, ni más ni menos!

Evelyne sonrió ante el comentario de su amiga y se acercó a ella para

abrazarla, rodeándola como pudo con sus brazos.

—Gracias —susurró Victoria separándose de ella.

Evelyne contempló el vestido que su amiga había elegido. Habían ido juntas a la última prueba del vestido y no era la primera vez que lo veía, pero le sorprendió más con todo el atuendo al completo. Victoria había elegido un vestido estilo clásico, con la parte superior en encaje y escote Sabrina, con la espalda descubierta. Y una falda ligera, que caía suavemente. Estaba preciosa. Se había ondulado su corta melena, y había rematado su look con una diadema de encaje también. Estaba espectacular, muy acorde a su propio estilo.

—Ups —exclamó Evelyne cuando notó una patada en su vientre—. Parece que tu sobrino se alegra por ti, Vicky.

Su amiga colocó rápidamente la mano sobre la barriga de Evelyne para sentir al bebé.

—¡Qué mono! —exclamó con los ojos brillantes—. ¿Será un mini Mark?

Evelyne sonrió divertida. ¿Lo sería? Su hija Eli era un calco de ella. ¿Sería Max la viva imagen de su padre?

—Habrás que esperar a verlo —dijo Evelyne sin dejar de sonreír.

—Ya tengo ganas de quedarme embarazada yo también —soltó Victoria.

Evelyne levantó una ceja.

—Eres de lo que no hay —espetó con los brazos en jarra—. ¿Hace un minuto dudabas si casarte y ahora estás planteando tener un hijo?

—Una hija —corrigió Victoria—. Un niño no, quiero una niña.

Evelyne rompió a reír en carcajadas. Eso sí que no se lo esperaba.

—¿Pero bueno, por qué? Los niños son maravillosos.

—Lo sé —dijo Victoria poniendo cara de pícara—. Pero yo ya tengo uno.

Evelyne sintió como la emoción la podía. Sabía perfectamente que Victoria se refería a Sam, no hizo falta que se lo dijera. Sonrió como una boba cuando su amiga la guiñó un ojo. Aunque Victoria no lo dijera abiertamente, Evelyne sabía perfectamente que consideraba a Sam como un hijo suyo.

—Anda vamos —dijo Victoria cogiéndola por el brazo—. ¡Que estás entreteniéndome a la novia!

—Menudo morro tienes...

Cuando Evelyne y Victoria salieron al jardín, el padre de ella les estaba

esperando. Emocionada y feliz, Victoria se agarró al brazo de su padre para comenzar el paseo por el pasillo central que la llevaría hasta Laurent. Detrás, irían Sam y Eli, agarrados de la mano mientras tiraban pétalos de flores. Evelyne les colocó antes de que comenzaran a andar y no pudo evitar emocionarse cuando vio a su pequeña niña caminar detrás de su amiga, mientras Sam, hecho todo un hombrecito, ayudaba a su hija a que hiciera lo que él le indicaba.

Victoria llegó hasta donde se encontraba Laurent, que estaba custodiado por su padre y por Mark. El padre de Victoria le dio un beso en la mejilla y sonrió al que a partir de ahora sería su yerno oficialmente. La hermana de Victoria, al lado de ella y de su madre, le cogió el ramo de tulipanes blancos que ella misma había elegido y el cura, entre ellos, anunció que la ceremonia iba a comenzar. Evelyne se sentó en una de las primeras filas, junto con Eli y con Sam, que para sorpresa de todos, permanecieron sentados y atentos, sin hacer un ruido. Evelyne miró a Mark, que le dedicó una sonrisa de lado antes de centrarse en la ceremonia.

La última boda a la que Evelyne había asistido fue a la de sus amigos Lily y Eric, hacía más de cinco años. A día de hoy, seguían juntos y felices, cuidando del pequeño Jimmy, que cumpliría cuatro años en breve y que era más travieso que ninguno. Lily y Eric no habían decidido tener más hijos y se desvivían por su pequeño día y noche. Vanessa y Kevin no se habían casado, y por lo que parecía, tampoco tenía pinta de que fueran a casarse o tener hijos. Eran felices así. De vez en cuando Mark y ella se reunían con ellos cuatro en una cafetería para hablar de sus cosas, de sus trabajos y de los niños. Jimmy y Eli se llevaban bien, y aunque Eli era más tranquila que Jimmy, al final cuando se juntaban los dos acababan revolucionándolo todo.

Por otra parte, desde que Evelyne había tenido el encontronazo con Peter en el hospital, cuando Lily dio a luz, no se habían vuelto a ver. Sabía por Lily que Peter y Anne acabaron divorciándose al año de contraer matrimonio debido a las infidelidades de Peter, y que actualmente seguían liados con papeleos. Anne se había distanciado del grupo de amigos cuando descubrió las mentiras de Peter, y solo de vez en cuando hablaba con Lily. La teoría de su amiga era que Anne se sentía avergonzada por haber sido traicionada por su marido cuando ella había sido la amante de Peter, y la que hizo que Evelyne y él rompieran su relación.

A pesar de que no le gustaban nada este tipo de situaciones, Evelyne

coincidía con Lily, y una parte de ella se alegraba de que, a pesar de todo, el tiempo y el destino pusieran a cada uno en su lugar.

Podía decir lo mismo de Susan y Neil, pensó Evelyne. Finalmente, Susan abandonó por cuenta propia la empresa M&S, aunque Mark le dio la posibilidad de seguir en su puesto de trabajo. Quizá fue el orgullo, o el dolor, lo que hizo que Susan tomase la decisión de alejarse definitivamente de ellos y montar su propia empresa de cosmética con ayuda de su padre. Y a día de hoy seguía intentando hacerse un nombre dentro del mercado de la cosmética, aunque como era de suponer, Susan no contrató, ni contrataría nunca, los servicios publicitarios de Advertising, de la que Evelyne seguía formando parte.

Susan y Neil fueron padres de un niño al que llamaron Jayden, de poco más de dos años y medio. Y a pesar de que al principio Neil no quiso hacerse responsable de su hijo, no tuvo más remedio que hacerlo. Por lo que Evelyne y Mark sabían de Susan y Neil, gracias a Sharon, que les contaba las novedades de Susan porque seguía manteniendo una cordial relación con la madre de esta, mantenían un romance intermitente en el que, como era predecible, la constante eran las discusiones.

Evelyne volvió a mirar a Mark, que intercambió con ella una mirada cómplice, haciendo que se ruborizada de arriba abajo, como siempre que él decía su nombre.

Sonrió al pensar que, después de tanto tiempo, el amor que sentían el uno por el otro no se había apagado en ningún momento. Recordó aquella primera vez que se vieron en el bar y que Mark la miró con aquellos ojos verdes que solo un dos por ciento de la población tenía. Recordó también cuando ella se insinuó y él la rechazó, alegando que no pasaría nada entre ellos hasta que ella se enamorara de él. Y vaya que si lo hizo, pensó.

Después de aquellos primeros encuentros vinieron otros increíbles, como cuando durmieron juntos por primera vez, después de que él la acompañara a su casa y vivieran el tórrido encuentro en la cómoda de su habitación. O aquella vez que Mark fingió ser su novio delante de su padre para que este último no se disgustara. Y cómo olvidar el tenso encuentro con sus amigos en el bar y el posterior encuentro en su casa, cuando hicieron el amor por primera vez. Después de aquello vendría la noche en el Hotel London NYC, en el que Mark llenó todo de pétalos de rosas y le hizo el amor como nunca nadie se lo había hecho. Luego vendrían los momentos tristes y de oscuridad,

cuando Mark decidió romper con ella y dar otra oportunidad a Susan. A pesar de que después Mark se arrepintió y quiso recuperarla, ella no lo puso fácil. Se había abierto a Mark y, aunque lo reconoció más tarde, se había enamorado locamente de él cuando la besó de aquella manera en casa de su padre, entre lágrimas. Sí. Lo había meditado alguna vez. ¿Cuándo se había enamorado Evelyne de Mark? Ella pensó que fue después, cuando besó a Neil y no pudo seguir a más. Pero en realidad fue antes. Mucho antes. La vez en la que Mark y ella discutieron y la besó tan intensamente, que hizo que todas las heridas de su corazón se cerraran para darle una oportunidad al amor con él.

—¡Vivan los novios!

En ese momento, Victoria y Laurent se besaron, haciendo que todos los invitados rompieran en un estruendoso aplauso. Evelyne se limpió las lágrimas de felicidad que recorrían sus mejillas al recordar lo maravillosa que había sido la historia con Mark y se levantó también, para aplaudir. Sam y Eli salieron corriendo hacia el pasillo central para recoger los pétalos de flores que antes habían tirado para volver a lanzarlos contra los novios, que salieron entre vítores y silbidos hacia la otra dirección.

Matthew y Thomas siguieron de cerca a Eli y a Sam, avanzando con ellos mientras tiraban pétalos. Evelyne se quedó atrás, en su posición, contemplando la escena desde fuera. Laurent estaba muy emocionado, parecía estar a punto de echarse a llorar de un momento a otro. Victoria estaba eufórica, agarrada fuertemente a Laurent, que temblaba. Según iban avanzando, los invitados les iban siguiendo. Fiona iba con Sharon, enjuagándose las lágrimas de la emoción, por ver cómo Laurent, que era un hijo para las dos, se casaba con una gran mujer.

Mark apareció detrás de ella y, rodeándola con el brazo por la cintura, la besó suavemente en la mejilla.

—Mi hermano se va a echar a llorar en cualquier momento —dijo Mark divertido.

—Pobre, no seas malo —dijo Evelyne, sonriéndole—. Está muy emocionado.

—Ya lo sé —dijo Mark avanzando con ella hasta el pasillo central, repleto de flores.

—Ha sido una ceremonia preciosa —apuntó ella mientras caminaban lentamente hacia el resto de los invitados, que se habían dirigido a la zona en

la que habían puesto mesas, más allá de la piscina.

—Podríamos hacer algo así.

Evelyne lo miró con la ceja levantada, sin entender.

—¿A qué te refieres?

—A casarnos.

Evelyne parpadeó, sintiendo como el estómago le daba un vuelco.

—¿Quieres casarte otra vez después de lo que pasó con Susan? —preguntó divertida.

—Contigo lo quiero todo —soltó apretándola más contra su cuerpo—. ¿Cuándo te vas a dar cuenta, Evelyne?

Evelyne lo miró con los ojos brillantes, sintiendo el famoso escalofrío que solo él era capaz de hacerla sentir.

—¡Mami! ¡Papi! —gritó Eli acercándose a ellos.

Mark dejó de agarrar a Evelyne para coger a su hija en brazos y cargarla en su cintura con un brazo.

—¿Te lo estás pasando bien, princesa? —preguntó él.

—¡Siiii! —gritó de emoción abrazándose a su cuello.

Mark volvió a agarrar a Evelyne por la cintura y siguieron caminando juntos.

—¿Entonces no quieres casarte conmigo? —preguntó divertido.

Evelyne sonrió y le pasó el brazo por detrás, agarrándose también a su cintura.

—Yo no he dicho eso.

—Podríamos hacer algo sencillo —continuó él sin rendirse—. Los niños, nosotros. Mis padres, el tuyo. Lau y Victoria. Algo íntimo.

Evelyne reflexionó unos segundos. No era la primera vez que Mark le insinuaba lo de casarse. Eli había ocupado la mayor parte del tiempo y, aunque sí que disfrutasen de momentos juntos, priorizaban a su pequeña. Ahora que Max llegaría a sus vidas dentro de unos meses, todo volvería a cambiar. Aunque mentiría si dijera que no quería casarse con Mark algún día.

—Ya veremos —respondió pícaro.

—¿Qué tengo que hacer para que me aceptes en matrimonio?

Evelyne no pudo reprimir reírse. Lo miró traviesa y cuando Mark levantó una ceja, esperando su respuesta, decidió divertirse un poco.

—No me casaré contigo hasta que te enamores de mí.

Mark rió a carcajadas, sin esperarse esa respuesta tan conocida y

característica para ellos. La apretó fuerte contra él. Los dos estaban encantados por el juego que tenían. Era muy bonito saber que, a pesar de que pasase el tiempo, seguían picándose y buscándose mutuamente, sin importar nada más.

Mark se acercó a ella, para susurrarle al oído.

—Ya estoy enamorado de ti —dijo haciéndole cosquillas en la oreja—. Desde la primera vez que te vi, en aquel bar, sabía que eras tú, que por fin había encontrado a la mujer de mi vida.

Evelyne sonrió y giró la cara para que Mark le besara dulcemente en la mejilla. ¿Se cansaría alguna vez de lo romántico que era Mark? Sabía que la respuesta era no.

—Lo sé —soltó Evelyne con la voz melosa.

Mark volvió a reír a carcajadas.

—¿Lo sabes? —repitió feliz—. ¿Entonces eso es un sí? ¿Te casarás conmigo?

Evelyne levantó la cabeza y se puso de puntillas para acercarse a Mark.

—Puede —dijo besándole en los labios, notando como él sonreía de lado ante su gesto y ante su afirmación.

Fin...

Agradecimientos

A los que estuvieron a mi lado cuando más difícil lo vi todo.

A los que estuvieron a mi lado cuando esta locura comenzó a tener sentido.

A mis amigos, mi familia, mis compañeros de trabajo, escritores locos y gente maravillosa que he conocido en este último año.

A Nere, Chus y Alba, por su devoción, su apoyo y su cariño infinito.
¡Espero que os guste este final!

A mis lectores, porque sin ellos nada de esto habría sido posible.

A Evelyne y a Mark, por susurrarme su historia y ganarse un hueco en mi corazón.

Y a Víctor. Por existir. Por darle sentido a la palabra amor. Solo tú tienes la fórmula para hacer todo más fácil. Gracias por todo.



Ingeniera con alma de escritora. Así se define **Mª Jesús de la Torre** (Valladolid, 1988), que bajo el seudónimo de Beta Julieta ha publicado la *Bilogía Enamorados*, que consta de *Hasta que te enamores de mí* (Enero 2018) y *Enamorada de ti* (Noviembre 2018). Amante de la lectura, adora descubrir nuevos mundos y viajar. Como gran apasionada del amor, su debut como escritora no podía ser de otra manera que con una bilogía diferente, en el que el cambio de roles es fundamental, pero en la que no faltan el amor, la pasión y los momentos que, sin duda, os robaran el corazón.

Blog: <https://betajulietablog.wordpress.com/>

Instagram: <https://www.instagram.com/betajulieta9/>

Twitter: @BetaJulieta9

Facebook: <https://www.facebook.com/betajulieta/>